This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

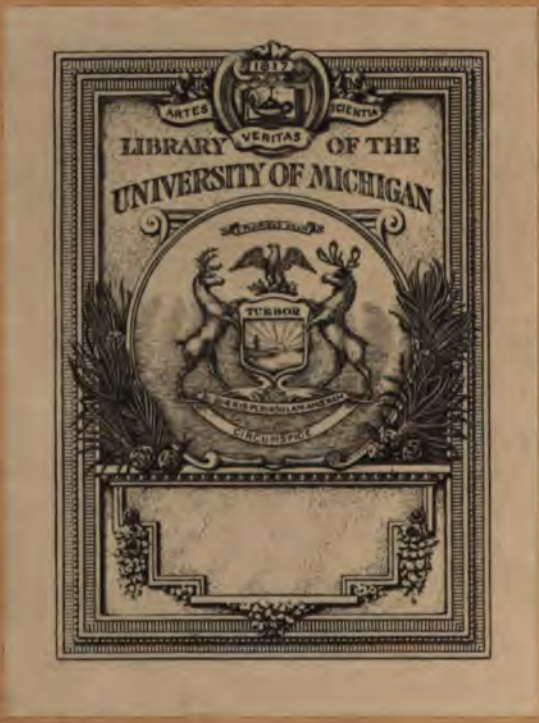
+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

303


1817
ARTES
SCIENTIA
VERITAS
LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF MICHIGAN
TUEBOR

F
225
.B58

Recopilación Historial

Nihil virtuti suae invium.

Tácito (*Vida de Agrícola*, XXVII).

BIBLIOTECA DE HISTORIA NACIONAL

VOLUMEN V

Recopilación Historial

Escrita en el siglo XVI por el Padre Fray Pedro de Aguado, y publicada ahora por primera vez.

1906

BOGOTÁ — COLOMBIA — S. A.

IMPRENTA NACIONAL

PENTATEUCO

Con este volumen se completan cinco de la BIBLIOTECA DE HISTORIA NACIONAL. *Lo mismo que los cuatro anteriores ha sido dirigida su publicación por los Sres. Posada é Ibáñez. Ambos pidieron á España el manuscrito y dirigieron los trabajos de imprenta. Posada escribió el prólogo, como en los publicados anteriormente.*

History
Complete sets
Stechert
3-31-45
51764

INTRODUCCION

FAMILIARES son al mundo entero los nombres de Pizarro y de Cortés, así como los de otros muchos de los conquistadores de América, y todo niño sabe quiénes eran los incas y los aztecas; pero pocos conocen los nombres de Jiménez de Quesada, de Belalcázar, de Federmann y demás soldados que sojuzgaron nuestro país; y es general la ignorancia sobre el reino de los chibchas. Debido es esto, sin duda, á que tuvieron las proezas de aquellos conquistadores sus cronistas, que á manera de escaldas ó trovadores, hicieron conocer sus hazañas. Primero fueron los mismos soldados que tomaron parte en la epopeya—Francisco Jerez en el Perú y Bernal Díaz en Méjico—quienes dieron el relato de sus aventuras; luégo vinieron cronistas como el inca Garcilaso y Solís; luégo modernos historiadores como Prescott y Quintana. Sencillas narraciones, poemas grandiosos, magníficas biografías, nada ha faltado á aquellos hombres aguerridos y audaces que arrancaron un mundo de las manos de las dinastías indígenas para ponerlo á los pies de los reyes de España.

Y nuestra conquista fue igualmente heroica. Hay en ella hechos dignos de trompeta épica y tan grandiosos como la quema de las naves y la prisión de Atahualpa; pero fue desgraciada en materia de historiadores. Lebrija y Saumartín, dos compañeros de Quesada y notables soldados de la conquista, apenas escribieron una carta al Rey de España, que publicóse siglos después por un literato francés. El valeroso Licenciado fundador de nuestra capital escribió, según parece, dos libros, *Epítome de la conquista* y *Ratos de Suesca*: ambos se perdieron inéditos, pero afortunadamente fueron conocidos por Piedrahita y algunos otros de nuestros historiadores. Castellanos, soldado igualmente de la conquista, escribió sus *Elegías* y su *Historia*, pero tan sólo se publicó en su época una parte de aquéllas; la otra

parte fue dada á luz apenas hace unos cincuenta años, y la *Historia*, perdida durante más de tres siglos, se publicó por primera vez á fines de la centuria pasada. Los trabajos de Rodríguez Fresle y del Padre Simón, inéditos estuvieron hasta hace pocos años. Ya estaban hechos, al publicarse estas narraciones, los manuales de historia, las cartas cronológicas, las grandes obras sobre el descubrimiento y conquista de América. Esos cronistas venían á servir á los eruditos, á aclarar puntos obscuros para los especialistas en estos estudios; pero los rasgos principales de la historia ya estaban hechos ante la gran masa que busca sólo las grandes figuras y los episodios más notables, los primeros actores y las mejores escenas del gran drama de la historia. De ahí que se quedaran como en la penumbra la vida de nuestros indígenas y los personajes de nuestra conquista.

Benéfica tarea es sin duda sacar de la sombra aquellas figuras llenas de heroísmo y grandeza, y mostrarlas sobre el grandioso escenario de la historia á todos los que gustan de admirar ese espectáculo maravilloso que comenzó al morir el siglo XV y se desarrolló con esplendidez durante casi toda la siguiente centuria.

"Quizás no hay en toda la historia del hombre—dice Heredia al traducir á Bernal Díaz del Castillo—drama moral más conmovedor, trascendental y patético: drama que se representa en toda la extensión de nuestro planeta, el cual de repente ensancha y hace retroceder sus horizontes, como en la escena de un teatro la tela de fondo levantándose abre inesperadas perspectivas."

Grandiosa es la obra de Colón, pero igualmente soberbia es la de los que vinieron á completarla. Como él, que desafió del piélago los peligros conocidos y los ignotos, aún más temibles, son heroicos aquellos hombres que se internaron en un continente virgen, lleno de misterio, desconocido y pavoroso. ¡Cuánto valor se necesita para entrar á una gruta no hollada jamás por planta humana? y aquí se trataba de una caverna más grande que toda la Europa, con bosques impenetrables y donde se oían rugidos de fieras y silbaban los venablos que arrojaban multitudes furiosas! "El descubrimiento que revela las tierras ignoradas—ha dicho un inteligente uruguayo (Rodó)—necesita completarse por el esfuerzo viril que las sojuzga."

Al hojear los tratados de historia universal, al consultar las enciclopedias se ve cuán desconocidos son nuestros aborígenes y nuestros conquistadores fuéra de nuestro país. La mitología de los chibchas, su vida nacional, los nombres de sus tribus vecinas, así como la vida y proezas de quienes la sojuzgaron, se hallan en completo olvido. Mitos y hazañas, fábulas ó historia, zipas y adelantados son cosas ignoradas aún por pacientes americanistas.

Para cooperar en la tarea de salvar de tal olvido esos nombres y esos hechos, va este libro que, como Castellanos y Simón, durmió también manuscrito largos siglos en completo abandono.

•

En el *Compendio histórico* de D. Joaquín Acosta hallámos por primera vez la mención de la obra que hoy publicamos. Fue este ilustre historiador quien nos puso en la pista de tan precioso códice. Al fin de su notable libro hace *mención del paradero de varios manuscritos que versan sobre la historia antigua de la Nueva Granada*, y allí señala como existente en el archivo de la Academia de Historia de Madrid la *Historia de Santa Marta y Nuevo Reino de Granada*, por el R. P. Aguado, en los legajos marcados con los números 24 á 26, 68 y 69. Nos dice también que la obra está dividida en dos partes, y que la segunda contiene diez y seis capítulos con 610 fojas rubricadas por Pedro Zapata del Mármol.

Dedicámonos á investigar datos biográficos y bibliográficos del Reverendo franciscano y de su obra, y hallámos los siguientes:

Juan Flórez de Ocáriz, en la nómina que hace de los Provinciales de San Francisco en sus *Genealogías*, dice: "4.° Fray Pedro de Aguado, año de 1573; en el de 1578 se embarcó á España para asistir al Capítulo general, dejando por su comisario á Fray Esteban Asensio, Guardián de Santafé."

Fernández de Piedrahita, en el prólogo de su *Historia*, dice: "La historia á que dio principio Fray Antonio Medrano, del orden de San Francisco, y persiguió en dos tomos Fray Pedro Aguado, su Provincial."

Topámos pues ahí con un nuevo nombre: el del Padre Medrano. Había que investigar también sobre éste y averiguar cuál fue su tarea de historiador.

En el Padre Simón encontrámos lo siguiente:

"El Padre Fray Francisco Medrano, de nuestra religión, comenzó á escribir, y murió en la demanda y en la de *El Dorado*, yendo con el mismo Adelantado, como veremos, y después el Padre Fray Pedro Aguado, Provincial que fue de esta Provincia, prosiguió la historia y la perfeccionó en dos buenos tomos que andan escritos de mano."

También nos dice el Padre Simón que el 1.° de Agosto de 1573 fue elegido Provincial del convento de San Francisco, y que era "hombre docto en teología, matemáticas y grande historiador, y que compuso dos grandes libros de los descubrimientos de este Reino y Tierrafirme, si bien no han tenido suerte de salir á luz, de cuyos

papeles, que hallé escritos, de su segunda parte, y autorizados del Secretario del Rey, por habérsele concedido licencia para imprimirlos, me he aprovechado mucho para estas que escribo, aunque la primera por descuido se deseó (sic) y no se puede hallar."

Y más adelante dice: "Fue procediendo en su oficio el Padre Fray Pedro Aguado, y habiendo visitado los conventos del Reino, bajó á hacer lo mismo á la Costa, y viéndose en el de Cartagena, se determinó el año de 1575, á sus principios, de embarcarse y pasar en España, á título de hallarse en el Capítulo general próximo venidero, no obstante que tiene dispuesto la religión no estén obligados á ir á ellos los Ministros provinciales de estas Provincias de las Indias, y que baste enviar un custodio de cada uno, si bien habrá seis años se ordenó fuese también al Capítulo general otro religioso con el voto del Provincial, como efectivamente se hizo, yendo dos al Capítulo pasado, que se celebró en Salamanca, donde se eligió el Reverendísimo Padre Fray Benigno de Génova, que hoy gobierna la Orden, por los grandes inconvenientes que se siguen por la ausencia de los Provinciales, como sucedió en la de este Padre Fray Pedro Aguado, pues dejando por su Comisario al Padre Fray Esteban (1), Guardián que á la sazón era de este convento de Santafé, luégo que supo su ausencia, los Definidores y Padres de la Provincia, fundados en una constitución general y de ella que había para esto, se juntaron á la convocación que hizo para ello el Padre Fray Francisco Calzada, Definidor más antiguo, por ordenarlo así la Constitución, le quitaron la comisión á dicho Padre Asensio y eligieron por Comisario Provincial, á 14 de Agosto del mismo año, al Padre Fray Gabriel de Valderrama."

Más adelante dice "que el Padre Aguado tomó muy despacio el estarse en España, pienso que con intentos de imprimir sus libros, aunque, como hemos dicho, no tuvo efecto, si bien se le dio licencia para la impresión." (2)

Ocurrímos á la monumental obra de León Pinelo, *Epítome de la Biblioteca Occidental*, donde se enumeran con pasmosa erudición todas las obras escritas sobre el Nuevo Mundo, y hallámos estos datos: "Fray Francisco de Medrano, franciscano: *Historia del Nuevo Reino de Granada*, M. S. no la acabó." "Fray Pedro de Aguado, franciscano, prosiguiendo la antecedente, escribió: *Descubrimiento y pacificación de la Provincia de Santa Marta y Nuevo Reino.* Con este título sacó privilegio para la impresión en el Real Consejo de las Indias,

(1) Dice así. Debe ser Esteban Asensio.

(2) *Noticias Historiales*, 7.ª noticia, Capítulo VII.

pero en la librería de D. Juan de Saldierna, donde se hallaba esta historia M. S. le tenía diferente, y según D. Nicolás Antonio, tomo 2.º, folio 131 de su biblioteca, decía: *Primera parte de la Recopilación historial resolutoria de Santa Marta y Nuevo Reino de Granada, en que se trata lo sucedido hasta el año de* 1618 (1), en 19 (2) libros M. SS. folio."

Y luégo, doscientas páginas más adelante, vuelve á mencionar á nuestro historiador: "Fray Pedro Aguado juntó diferentes relaciones de personas fidedignas de los descubrimientos que hubiesen visto hacer, particularmente en las islas de Barlovento, Veracruz, Tierra-firme, el Darién y otras Provincias de aquellas regiones, las cuales dejó en Córdoba á un impresor, donde las vio el inca Garcilaso de la Vega, autor de lo referido en el prólogo de la *Historia de la Florida*, comidas de polillas y ratones."

Todos estos escritores nos daban cuenta de los trabajos de Medrano y Aguado; pero ¿existiría aún la obra, esa obra que ya el inca Garcilaso había visto víctima de musarañas?

El famoso americanista Sr. Jiménez de la Espada, en el prólogo que escribió en 1877 á la obra de Cieza de León, *La guerra de Quito*, menciona el manuscrito de Aguado como si lo hubiese consultado: copia allí algunas frases para mostrar como éste cita la obra de aquél. No estaba pues extraviado ni destruido el precioso manuscrito hasta hace treinta años.

El sabio colombiano D. Ezequiel Uricoechea, en la introducción que escribió á la *Gramática Goajira* del Padre Celedón, dice que él hojeó en Madrid el manuscrito de Aguado y que hizo copiar algún capítulo de él.

Por conducto oficial hicimos pedir á España varias veces una copia del valioso manuscrito, mas nada se consiguió por circunstancias que no hay para qué rememorar. Dirigímonos al Sr. Santiago Pérez Triana, y este eximio escritor y buen patriota nos consiguió prontamente la deseada copia. El fue á la Academia de la Historia, halló allí el códice en el legajo que nosotros le habíamos indicado, consiguió la licencia, contrató al amanuense, dirigió la labor y á los pocos días nos envió la parte de la obra que hoy publicamos. Debido en gran manera á su patriotismo y esfuerzos podemos hoy editar, después de más de tres siglos de olvido, la historia de los Padres Medrano y Aguado, la cual viene á darnos datos interesantes y desconocidos. Van sólo nueve libros, únicos que hemos recibido. Si existieren los demás y vinieren luégo á nuestro poder formaremos con ellos otro volumen de esta Biblioteca.

(1) Debe ser 1568, pues así lo dice la portada.

(2) Debe ser 16, pues así lo dice en la portada y en el proemio, página 9, última línea.

Datos biográficos no hemos hallado ningunos sobre los dos Reverendos, fuéra de los pocos que quedan apuntados. Castellanos no menciona á Aguado y apenas una vez á Medrano, á quien llamó Antonio al enumerar los compañeros de Jiménez de Quesada en su expedición en busca de *El Dorado: De los Franciscos, Fray Antón Medrano y el Padre Fray Alonso de Mirueña.*

Cotejando la obra de Aguado con la de Simón se ve que éste copió párrafos enteros de ella. Viene así el presente libro á prestar un gran servicio á los eruditos. Se podrán ver los yerros de pluma ó de imprenta del Padre Simón al comparar sus datos con la fuente de donde los tomó.

Vaya, pues, la exhumación de este manuscrito como un homenaje á la memoria del ilustre franciscano, y como una ofrenda en el altar de las glorias de la conquista española.

RECOPILACION HISTORIAL

POR PEDRO DE AGUADO

PRIMERA PARTE

de la Recopilación Historial resolutoria de Santa Marta y Nuevo Reino de Granada, de las Indias del mar Océano, en la cual se trata del primer descubrimiento de Santa Marta y Nuevo Reino, y lo en él sucedido hasta el año de sesenta y ocho, con las guerras y fundaciones de todas las ciudades y villas de él; hecho y acabado por el Reverendo Padre Fray Pedro de Aguado, fraile de la Orden de San Francisco, de la regular observancia, Ministro provincial de la Provincia de Santafé del mismo Nuevo Reino de Granada, el cual va repartido en diez y seis libros. Dirigido á la Sacra Católica Real Magestad del Rey Don Felipe nuestro señor, segundo de este nombre.

A la Sacra Católica Real Majestad Don Felipe, segundo de este nombre, Rey de las Españas, Monarca universal del Nuevo Mundo; Fray Pedro de Aguado fraile menor, y el menor y más humilde de todos sus criados, salud y gloria inmortal desea.

LA necesidad natural ha enseñado, ilustre Monarca, á los hombres de poco sér, para ser algo y para que se eche menos de ver, su menos sér, ampararse de quien con el valor que Dios les comunicó y con el que han adquirido por sus personas, quedando su sér entero, puedan dar valor y sér á los que tuviesen la necesidad que yo tengo dél; y porque nadie en la tierra le puede dar á mi personas ni á mi trabajos, sino sólo Vuestra Majestad, ni á otro esta historia y verdadera recopilación se debe, parecióme fuera legítimo, aunque sea atrevimiento, no procurar lo que el derecho me da y la necesidad me pide, y puesto caso que yo conozca la pobreza y penuria que tengo de favor, para que no se eche de ver lo poco que soy, no pretendo con el de Vuestra Majestad ilustrar mi nombre ni engrandecer mi fama, sino que esta relación

que procuro dar de las cosas que he visto con los ojos y tocado con las manos y con tanto cuidado he sacado á luz, sea amparada y favorecida, para que tenga el sér que es necesario para ser vista con amor y leída con afición, pues con ella yo no pretendo sino hacer lo que debo como cristiano y fiel servidor de Vuestra Majestad; porque en el discurso de quince años, los mejores de mi vida, que me emplee en la predicación y conversión de los idólatras que como bestias vivían en el Nuevo Reino de aquellas Indias en servicio del demonio, entendí por muchas cédulas que vi de Vuestra Majestad el celo que tiene tan católico del aprovechamiento y conversión de aquellas ánimas, con el cual no solamente provee de personas eclesiásticas y seglares, para que las unas en el ministerio de justicia y las otras en el de las conciencias, pongan en ejecución lo que con tánta cristiandad y tan costosos medios Vuestra Majestad procura, que es la multiplicación de los cristianos y aumento de la Iglesia y fe de ella; he visto también que con mucho cuidado muchas veces ha enviado á mandar le aviseñ de los ritos y ceremonias y sacrificios con que aquella gente por industria de sus xeques y mohagnes sirven á los demonios como á sus dioses, y las demás cosas que pasan en deservicio de Dios y desacato de la Corona Real, para proveer en ello lo que convenga á la gloria de Dios Nuestro Señor y al servicio de la Majestad Católica; y por parecerme que nadie puede mejor que yo quitar el deseo de Vuestra Majestad, por no haber puesto ninguno aquel trabajo ni tenido aquel cuidado que para semejante aviso era necesario, me determiné en el presente discurso, aunque á mí no se me mandaba, obedecer á Vuestra Majestad haciéndole este pequeño servicio, y ofrecérsele como verdadero por haber sido testigo de vista y halládome á todo ó á la mayor parte presente en los trabajos que los españoles han pasado en el Nuevo Reino de Granada, donde yo he vivido. Bien veo que para hablar á Vuestra Majestad tenía necesidad de otro ingenio que el que aquí mostrare y de otro estilo que el que aquí hablare; pero si el ingenio es torpe y el estilo tosco, el deseo es vivo y la voluntad limada, que supliendo la falta que tánto descubre la mía, suplico á Vuestra Majestad, con la humildad que debo

reciba este servicio, con la clemencia y amor que suele recibir á los que con mayor amor le desean servir, pues ninguno en esto me puede hacer ventaja; en premio del cual, aun que no ha sido pequeño trabajo, no quiero otra cosa sino entender ha sido grato á Vuestra Majestad, pues con esta esperanza he podido tener menos dificultad en acabarle. Si pareciere atrevimiento, ninguno puede ser mayor que dejar de emprender los hombres cosas grandes, y dejar de tratar con personas grandes, en especial si trata cosas de su servicio; y por ser este mi intento, está mi culpa fuéra de pena.

Vasallo y Capellán de Vuestra Católica Real Majestad que sus reales manos besa.

PROEMIO AL LECTOR

LA obra más señalada y más heroica que Dios hizo cuando hizo el mundo fue criar al hombre retrato y semejanza de su divino Sér y Señor universal de todo lo criado, al cual, por haber de ser idea de todas las cosas que el mundo tenía y por haber de resplandecer en él más que en otra criatura el poder y sabiduría de Dios, no confió su creación á los elementos como les confió la creación de las demás cosas, sino determinó que las tres Divinas Personas juntas en una voluntad cada una le diese lo que era necesario para ser hechura y obra de tan Soberano Artífice, con lo cual también le dieron sabiduría para que supiese elegir lo bueno y apartarse de lo malo y para que con ella supiese hacer la voluntad de su Señor y proveer en las cosas que á su dignidad y estado convenían, con testimonio de lo cual le mandó Dios que pusiere nombre á todas las cosas animadas, y púsole tan al justo y natural, que aprobándole la Sabiduría Divina dijo el nombre que puso Adán es el propio y el que á cada una le conviene, pues con él abraza la calidad y propiedad de la cosa que nombra. Duróle tan poco esta merced que Dios le había hecho, y súpolo tan mal conservar, que obedeciendo al demonio y traspasando el precepto divino, no solamente dejó de ser sabio pero fue por ignorancia comparado á las bestias,

y fue semejante á cualquiera de ellas; verdad es que aunque Dios le castigó con tánta justicia y su pecado merecía tánto rigor, hízolo con tanta misericordia que le dejó el deseo natural de saber lo que con ignorancia había perdido y de lo que por el pecado había sido despojado; y porque esto no se puede hacer aunque más solicitud se ponga con la brevedad debida que el tiempo nos concede y por ser tan poca que no pasa de setenta años, y si más se vive es con dolor y trabajo, proveyó la Divina Misericordia que la industria humana hallase remedio para poner en ejecución su deseo dando los hombres presentes noticia á los que en los siglos venideros viniesen de las cosas de fama ó infamia que en los suyos sucediesen, y de aquí es que los que ahora vivimos sabemos lo general y mucho de lo particular que ha sucedido desde la creación del mundo hasta nuestros tiempos, y esto con tanta certidumbre como si presentes nos halláramos, porque los escritos divinos y curiosos historiadores tuvieron particular cuidado de darnos el aviso que bastaba aquietar nuestro deseo y corregir nuestras vidas, por ser las cosas pasadas ó tan acompañadas de virtud ó tan vestidas de vicios, que basten á enseñar á los que la oyeren lo que basta para abrazar la virtud y huir el vicio; y por ser la historia y lección de las escrituras un ejemplo tan vivo de hombres virtuosos y viciosos y una escuela de cosas señaladas y prodigiosas, parecióme que con justicia pudiera ser reprendido si fuera negligente en semejante trabajo, por faltar quien así le pudiera sacar á luz y por dar con él á los siglos venideros verdadera noticia de la memoria y fama de mis naturales, por cuyo trabajo y aventajados hechos es el valor de la Majestad Católica temido, su esfuerzo y ánimo en todo el mundo celebrado, la Santa Madre Iglesia aumentada y el nombre y gloria de nuestro Redentor Jesucristo conocido; y pues nuestros antepasados no hallaron otro remedio para enseñar á los que ahora vivimos y á los que vivirán después de nosotros la soberbia de los babilonios, el pecado de los sodomista, la ingratitud de los hebreos, la idolatría de los egipcios y la sabiduría de los griegos, sino la escritura, por ser ella el dibujo más cierto donde se esculpieron la fortaleza de Héctor, la

crueldad de Pirro, las mañas de Ulises, la sed de Alejandro, el valor de César, la justicia de Trajano y las virtudes de otros muchos varones á quienes el mundo por sus prodigiosas hazañas y heroicas obras, el día de hoy tiene particular respeto; y así fue cosa justa y necesaria ocuparme en semejante ejercicio, no solamente porque no quedasen sepultadas las cosas que en la presente historia con tánta necesidad se verán escritas por el amor que tengo á mi propia patria, que ha sido la que con tánta franqueza como madre ha proveído al nuevo mundo de gente que por fuerza ó por industria ha traído á los moradores que en él como bestias vivían en servicio del demonio, unas veces con armas, otras veces con doctrina, al conocimiento de Dios y al yugo de la fe, y porque obras tan señaladas no pueden dejar de animar á los que en semejante ejercicio quisieren emplear sus personas, pues no es de menos nombre que lo que más nombre ha dado á los que en el día de hoy más fama tienen, porque tan aventajados trabajos y tan merecidos premios no quedasen en las tinieblas que han quedado otras cosas de mucho lustre que en nuestra España han sucedido, no es fuéra de razón darle la honra que como á madre debo y perpetuar la memoria de sus hijos, que también la tienen merecida, pues vemos que con sus aventajadas plumas Tito Livio renueva cada día la de los romanos, Suetonio la de los Césares, Heródoto la de los Reyes de Egipto, Frigio la de Troya, Fretulpho la de los asirios, Polibio la de los Tolomeos, y así podríamos decir de otros muchos que han sido despertadores de los hechos y dichos de muchos varones ilustres que el tiempo, como voracísimo comedor, con sus muertes trabaja consumir. Bien veo que algunos, ó con envidia, ó con algún otro color que buscaron para dorar su intención, podrían decir es fuéra de mi estado y profesión ocuparme en escribir historias y dar cuenta de vidas ajenas, por parecerles fuera más justo, siendo la vida tan breve, la muerte tan incierta y mi hábito de tánta perfección, ocuparme en el oficio apostólico y evangélico, predicación entre gente tan tierna en la fe y tan dura en la idolatría, pues este era el mejor aparejo que podría hacer para acabar mi vida y dar cuenta á Dios de mis pecados; pero quien con cla-

ros ojos y desapasionada voluntad revolviere mi libro, me hallará fuéra de culpa, porque hallará en él cómo no solamente me he ocupado en la conversión de esta miserable gente, procurando el aumento de su cristiandad con muchas vigilias y con ordinarios trabajos, sino cómo á gloria, y honra de Dios, de quien nos viene todo suficiencia, virtud y bondad como de verdadera fuente, por espacio de quince años no ha habido religioso, en las partes donde á mí me cupo la suerte, que con más cuidado haya servido á la Majestad Divina y haya procurado el aumento de la Iglesia. Bien veo que la gente donde yo me ocupaba en este ministerio es gente que, ó por ejemplos de los españoles, ó por el poco cuidado con que son doctrinados, ó por el excesivo trabajo con que los molestan los que van de España, no ha recibido el provecho que fuera justo habiendo tánto tiempo que tienen noticia de la doctrina evangélica; pero consuélame que soy uno de los que con mayor frecuencia y con mayor cuidado, y no sé si diga el que más, se ha ocupado en aquellas partes en sembrar la semilla apostólica, que por la misericordia de Dios haré y espero que hará fruto de ciento; y no es pequeña lástima ni pequeña compasión que siendo la mies tan grande y el campo tan fértil, sean los obreros tan pocos y tan descuidados, en especial habiendo la Santa Madre Iglesia romana y en su nombre el Papa Alejandro, de gloriosa memoria, cometido y encargado en el tiempo que los católicos Reyes de España don Fernando y doña Isabel la gobernaban, la predicación y conversión de aquellas gentes á los dichos Reyes y sus sucesores, dándoles en señal de premio el dominio temporal de aquellos Reinos; bien creo yo que si sus personas se pudieran hallar presentes, que con más cuidado y con menos trabajo y aun con menos ofensa de Dios se hiciera mayor fruto en la viña del Señor; pero pues no pueden ser los hijos de Adán tan mal inclinados, no tenemos de qué maravillarnos cuando entendiéremos se hace menos de lo que sería justo. Con todo esto confieso no me he aprovechado lo que debía aprovecharme de los monásticos ejercicios que tan ordinarios en nuestra sagrada religión tenemos, ni de las inspiraciones divinas que de la mano de Dios tengo recibidas para dar cuenta de mi alma

cuando parezca el día de mi muerte delante de la Divina Justicia; pero tambien confieso que la relajación y tibieza de que puedo ser acusado no me ha proveído por la ocupación que he tenido en recopilar esta historia, parte porque los ratos que la necesidad natural me compelía recrearme para vivir, me ocupaba en escribir y recopilar las cosas que más necesarias me parecían, parte porque un religioso de mi orden que se llamaba Fray Antonio Medrano tenía comenzado este trabajo, por cuya muerte se quedará por salir á luz, el cual murió en la jornada que el Adelantado D. Gonzalo Jiménez de Quesada hizo desde el Nuevo Reino al Dorado, por ir en compañía suya con celo y ánimo de convertir almas y dar á la Iglesia nuestra madre nuevos hijos. De manera que el que quisiere ocupar su lengua en reprenderme como á negligente, me hallará con menos culpa de la que es necesaria para ejecutarme la pena. No quiero tampoco que se deje de entender la mucha parte que tengo, si tengo de decir verdad, en el trabajo de este Reverendo Padre, pues no me costó á mí poco al principio despertar muchas cosas y recopilar otras para hacer de todas ellas un cuerpo y un discurso, y lo que de él restaba procuré perfeccionar despues de cumplir con la obligación que tenía al oficio y gobierno de mi Provincia, y esto procurando no hacer en él ninguna falta; si todo esto no basta para dejar de condenarme, consuélame que otros muchos santos de muy escogido y aventajado espíritu han tenido semejante ocupación gastando en ella mucha ó la mayor parte de su vida; y pues ellos estando llenos de Dios tuvieron este ejercicio por bueno, no sé yo porqué se podrá decir ser en mí digno de reprensión, teniendo yo en escribir la intención y fin que ellos tuvieron, si no es por faltarme á mí el espíritu y santidad de que ellos estaban tan bien proveídos. Pero si ésta me falta, sé que no me falta la gana de acrecentar á servir á Dios y de despertar los ánimos de los buenos cristianos y animosos soldados para que vayan á emplear su vida en jornada tan católica, pues al fin de ella les tiene Dios aparejada la corona de la gloria. Aunque el proceso de esta historia parece algo largo, será sabroso al gusto del lector. Va esta primera parte repartida en diez y seis libros por que

sea menos penosa, en los cuales se trata del principal intento, el descubrimiento de Santa Marta poblada en tierra firme, ribera del mar Océano, que fue principal causa de descubrirse el Nuevo Reino de Granada, en el cual ha habido y hay tánta abundancia de riquezas y tan escogidos tesoros espirituales y corporales, que ninguno se ha descubierto que le pueda hacer ventaja. Los espirituales son tantos, por tener el demonio las almas de tántos indios ocupados en su servicio con tan diversos ritos y tan infernales ceremonias, que parecía imposible apartarlos de su voluntad, lo cual se ha hecho no con pequeño trabajo ni con pequeño favor de Dios en algunas partes de aquella tierra, y así espero se hará en todas, de manera que podemos decir que no es pequeña riqueza ganar las almas que estaban perdidas, habiendo Cristo dado por ellas la vida en precio á su padre. Las corporales de que los hombres tienen tánta sed son tantas que con dificultad se podrá creer lo que de ellas se dijere; ¿ quién podrá decir el mucho oro que allí se ha hallado, la mucha cantidad de piedras y esmeraldas que aunque en los siglos pasados eran de tánta estima, en los nuéstros, por la mucha abundancia que se ha hallado de ellas, han venido á ser de poco valor ? Todo esto he dicho para que á los que no llenare en aquella tierra el deseo de ocuparse en la conversión de los infieles, los llene la codicia de los bienes. Trata tambien de la fundación y poblaciones de las ciudades Santafé, Tunja, Vélez y todas las demás ciudades y villas que en el Reino se han edificado desde su principio hasta nuestros tiempos; otras conquistas y poblaciones que se han hecho y van haciendo en este Reino se dejan para la tercera parte de esta historia, con otras muchas cosas no menos dignas de memoria que las aquí puestas.

En el libro primero se trata del descubrimiento y primera fundación de la ciudad de Santa Marta y de su primer Gobernador, con los demás Gobernadores que en ella hubo hasta el Dr. Infante, en cuyo tiempo fue dada al Adelantado de Canaria, y de muchas y particulares jornadas y descubrimientos que se hicieron en tiempo de los Gobernadores, y de la tierra y valle de Tairona y otras Provincias que se descubrieron, con la declaración de lo que significa y el título y nombre de encomienda y encomendero y apuntamiento y repartimiento, etc., y de muchos Capitanes y personas señaladas que en Santa Marta hubo en el tiempo dicho.

LIBRO PRIMERO

CAPITULO PRIMERO

Que trata de quién fue el primer descubridor de Santa Marta y de la calidad de la tierra y valle de Tairona.

En nuestros tiempos más que en ninguno de los siglos pasados se halla estar las letras más encumbradas y subidas que nunca jamás estuvieron, así por ser muchos los que á ellas se han dado como por florecer excelentes y famosos varones en todo género de letras, especialmente en nuestra España, donde personas principales y poderosas han fundado muchos y diversos colegios donde no sólo los naturales puedan ser á poca costa enseñados pero los extranjeros que con virtuoso celo quisieren darse al estudio de las letras. Y ya que en esto con justa causa podamos decir que los de nuestra España excedieron á los griegos, los griegos les hicieron ventaja en tener cuenta con los militares hechos de sus na

turales, los cuales perpetuaron con la memoria de sus versos, con los cuales no sólo hicieron notorias las hazañas de los que descubrían nuevas Provincias y suscitaban nuevos Reinos pero á los que inventaban cualquier arte, aunque fuere de poca suerte. Y si en tiempo de los griegos las Indias Occidentales fueron descubiertas, pobladas y pacificadas, yo soy cierto que la memoria de los que las han descubierto y poblado estuviera más fresca y clara de lo que está, porque es verdad y así lo afirmo de parte de lo que he visto y entendido, que son y han sido muchos más los descubrimientos que en silencio se han pasado, por defecto de ser pobres y sin riquezas y no haber habido quien quisiese hacer memoria de ellos, que los que se han escrito, y así no se halla memoria de quiénes fueron los primeros descubridores de muchas Provincias que en las Indias se han descubierto. Esto he venido á tratar por la Provincia y ciudad de Santa Marta, de cuyo origen me es necesario escribir con todos sus sucesos por haber salido de ella y por mano de su Gobernador la gente que pobló el Nuevo Reino de Granada, de quien particularmente es esta historia, del cual, aunque con toda diligencia lo he procurado saber, no he hallado cosa cierta sino diversas y varias opiniones entre los antiguos que en esta Provincia estuvieron y anduvieron, y esto es en cuanto toca al primer descubridor de esta Provincia, porque unos atribuyen su primer descubrimiento á D. Rodrigo de Bastidas, poblador y fundador de Santa Marta, diciendo que éste, como persona poderosa ó rica, que residía en la isla española de Santo Domingo, viniendo ó pasando á tierra firme á hacer esclavos, la descubrió y en ella rescató con los naturales, de donde le quedó codicia mediante el oro que de rescates hubo de procurarla por gobernación y poblarla. Otros lo atribuyen á Pedrarias de Avila, que el año de catorce pasó por Gobernador de Castilla del Oro que era en las Provincias del Darién y llevando consigo mil quinientos hombres, los envió á poblar á diversas partes y que una parte de ellos fueron ó aportaron á Santa Marta y la descubrieron. Pero la más cierta y probable opinión por dicho de personas muy antiguas que aún hoy viven, es que no sólo esta Provincia de Santa Marta, mas todo lo que hay de costa

desde Cartagena hasta el Cabo de la Vela, fue descubierto el año de noventa y ocho por un Juan de Ojeda que vivía de hurtar ó rescatar esclavos, saliendo con sus navíos de Santo Domingo de la Isla Española y corriendo toda esta costa y tierra que he dicho, de la cual le pareció más rica y acomodada para sus rescates la Provincia de Santa Marta, y para rescatar más seguramente con los naturales hizo cierta fortaleza de tierra más arriba de donde está hoy poblada Santa Marta, donde dicen el Anconcito, cuyas ruinas y paredones á manera de antigualla se parecieron y vieron mucho tiempo después; y con este Juan de Ojeda se halló Bastidas en este descubrimiento de Santa Marta, de donde después de muerto Ojeda vino él á darse á los rescates y á cursar el viaje de Santa Marta y á tener más claridad y noticia de lo que la tierra era, por donde como he dicho vino después á pretenderla por Gobernación y á poblarla. Está esta Provincia de Santa Marta en la costa de tierra firme, veinte ó veinticinco leguas apartada del río grande de la Magdalena, hacía la parte del Sur, ó por más claridad, del Cabo de la Vela. En esta Provincia, donde caen las tierras y valles que dicen de Tairona, famosas por la mucha riqueza de oro que afirman los antiguos poseer los naturales de estas tierras y por la mucha belicosidad de los propios naturales, los cuales mediante sus ardides de guerra y bríos obstinados con que han defendido sus tierras y patrias, se han conservado y conservan en su libertad y gentilidad, á los cuales ha favorecido y favorece mucho la fortaleza de que Naturaleza acompañó aquella serranía, de suerte que si no es por donde dicen el Valle de Upar no pueden subir caballos á lo alto donde están las poblaciones de quien adelante en su lugar trataremos más particularmente. Es Santa Marta lo bajo donde los españoles poblaron tierra caliente y seca, aunque llana y no bien sana; tiene muy bien puerto y surgidero para los navíos. Está esta Provincia á poco más de once grados La gente es de buena disposición y bien agestada y andan vestidos con ciertas mantas de algodón que ellos mismos hacen, de los cuales asimismo. iremos tratando en el discurso de la historia, y acerca de los indios quiero advertir aquí de una cosa á los que lo ignoraren, porque mu-

chos han estado en Indias y lo saben, y con los tales yo no hablo, y es que por la mayor parte y aun cuasi generalmente todos los indios de las Indias son lampiños, sin barba ninguna en el rostro, y si algunos la tienen es muy poca ó ninguna, y á los que les nace ó nacía antes que tuviesen trato con los españoles, se la pelaban sin que dejasen crecer pelo de ella; ahora algunos, viendo el mucho caso que los españoles hacen de la barba, si alguna les nace la dejan y no se desprecian de traerla; y toda es gente muy morena, aunque en unas partes más que en otras, y lo mismo es en las disposiciones de los cuerpos, que los de unas Provincias son más crecidos y más robustos que los de otras, de lo cual también se irá apuntando por su orden como fuéremos tratando de las poblaciones de los pueblos y descubrimientos de las Provincias.

CAPITULO SEGUNDO

Que trata de quién fue el primer fundador y Gobernador de la ciudad de Santa Marta y de la gente que vino y se halló en su fundación.

De cualquiera de las maneras que he referido que la Provincia de Santa Marta se descubrió, Rodrigo Bastidas tuvo entera noticia de ella por su particular trato y rescates, de donde como he dicho vino á tomalle afición y á procurar poblalla y gobernalla. En efecto el vino á ser Gobernador de ella el año de veinte, ó por conducto del Emperador, ó por el Consejo Real de las Indias, ó por la Audiencia Real de Santo Domingo, porque de esto no hay ninguna evidencia más de que estando Bastidas en Santo Domingo como vecino de aquella ciudad y uno de los primeros pobladores, aunque como he dicho se aprovechara de los rescates, fue nombrado por Gobernador de la Provincia de Santa Marta, y para haberla de poblar aderezó un navío y metió en él ochenta hombres bien aderezados, y nombrando por Capitán de ellos á un Capitán Samaniegos, los envió á que le esperasen en la Provincia de Santa Marta porque él se quedaba haciendo y juntando más gente para ir luégo en su seguimiento. Samaniegos con sus ochenta hombres llegó al puerto de Santa Marta, donde surgió y saltó en tierra con su gente y compañeros, á los cuales

los indios recibieron amigablemente, creyendo que no hubiera más conversación que la de hasta allí, que después de hechos sus rescates luégo se iban, y así los hospedaron y proveyeron de lo necesario á su sustento hasta que vino Rodrigo de Bastidas, el cual armó en Santo Domingo otro navío grande ó nao, y juntó doscientos hombres y se proveyó de muchas cosas necesarias á su jornada, que fueron causa de empeñarse y adeudarse en cantidad de pesos de oro así, de la hacienda real como de particulares, por lo cual el Audiencia Real no le quería dar licencia ni consentir que saliese de la ciudad, y viendo esto Rodrigo de Bastidas, deseando que el trabajo que hasta allí había puesto no fuese en vano sino que hubiese efecto aunque fuese por mano de tercera persona, determinó de enviar la gente que tenía hecha, á Santa Marta, y encargarla toda á Samaniegos, á quien antes había enviado para que poblase é hiciese lo demás que le pareciese; y poniéndolo por obra, embarcó toda su gente en el navío que estaba surto en el río de Santo Domingo, llamado *Orama*. Y ya que se querían hacer á la vela, llegóse Bastidas al muelle y ribera del río á despedir y despedirse de su gente, que ya estaba embarcada, los cuales como le viesen saltaron algunos de ellos en el batel y llegándose á tierra adonde Bastidas estaba, dando á entender que se venían á despedir de él, le tomaron los que en el batel iban y forzosamente le metieron dentro y se lo llevaron al navío, y luégo sin detenerse punto, se hicieron á la vela, antes que el Audiencia pudiese enviárselo á quitar. Porque esta gente, deseosa de ganar fama y honra, parecíales y con mucha razón que si no llevaban consigo á sus Gobernador y Capitán general, que en poder de ningún mercenario no harían ni efectuarían lo que deseaban, antes se le representaba una diversidad de discordias y diabólicas contiendas por los inquietos ánimos de algunos bulliciosos soldados que consigo llevaban (según que después sucedieron) con llevar y tener presente la persona de su Gobernador Rodrigo de Bastidas, el cual con próspero tiempo llegó á la Provincia de Santa Marta, halló la demás gente que antes había enviado, y echando los soldados que consigo llevaba en tierra, dio con el navío al través porque la gente perdiere la

esperanza de volver á la mar, y el navío que primero había venido á Santa Marta con el Capitán Samaniegos envío con el propio Capitán y cierta gente á hacer esclavos á la costa del Nombre de Dios, para enviar algún oro á sus acreedores á Santo Domingo, y luégo hizo reseña de la gente que en tierra le quedaba, la cual repartió por compañías y escuadras de cincuenta en cincuenta hombres, encargándolos á personas principales como Capitanes de aquellas compañías, y luégo fundó y pobló la ciudad de Santa Marta, según algunos año de dos y otros año de veintidós, nombrando sus Alcaldes y Regidores y los otros Ministros de justicia y República necesarios para la administración y buen gobierno de la ciudad, lo cual concluso y efectuado, determinó el Gobernador de dar orden en aquella tierra y pueblos de los naturales que se viesen y visitasen porque si se hubiesen de repartir y encomendar en los vecinos y pobladores de aquel pueblo de lo que á cada uno se había de dar.

CAPITULO TERCERO

que trata de cómo el Gobernador Bastidas se fue á visitar las poblaciones de los naturales, y cómo ciertos Capitanes y personas principales ordenaron de matarle, y aunque el motín se descubrió no lo quiso remediar, por lo cual intentaron darle la muerte, y aunque lo hicieron no salieron con ello.

Poniendo en efecto el Gobernador Bastidas, según que ya lo tenía determinado, el salir á visitar los pueblos y naturales comarcanos á Santa Marta, tomó consigo la mitad de la gente española que allí había y metióse á la tierra adentro por los pueblos de los indios, los cuales lo recibieron de paz y amigablemente y le ofrecían y daban de presente de las riquezas que tenían y poseían cantidad de diez y ocho mil pesos de oro fino. Entre algunos de los que en el pueblo habían quedado, reinando en ellos la envidia, mal diabólico, fue concertado y tratado de dar la muerte al Gobernador, porque les parecía que de más de ser indignamente Rodrigo de Bastidas Gobernador de una Provincia y tierra tan rica, que ellos no participarían ni habrían parte del Tesoro que al Gobernador habían ofrecido los naturales; y teníalos tan ciegos la ava-

ricia y codicia de ver en su poder alguna parte de aquellas riquezas, que entendían no poder haber efecto la malvada avaricia si no fuera con la muerte de su Gobernador. Pero un soldado, persona de quien se haría mucho caso y aun algunos afirman que lo dejaba ó había dejado por su Teniente y Capitán en la ciudad de Santa Marta el Gobernador Bastidas y que tenía muy particular cuenta con su persona, honorificándola como era razón; éste convocó y atrajo á su opinión la más de la gente ociosa que en Santa Marta había quedado, para que luégo que el Gobernador Bastidas fuese vuelto, lo matasen y se alzasen con la tierra y riquezas de ello. Esta conspiración permitió Dios Todopoderoso que fuera descubierta, aunque no fue creída ni remediada por el Gobernador con la severidad y diligencia que era necesario, lo cual le hubiera de costar la vida, porque como uno de los conspiradores, que era Alcalde en Santa Marta, cayese enfermo y se viese en lo último de su vida, movido con celo cristiano para estorbar el daño y muertes futuras, manifestó el motín y combinación á cierta persona amigo y familiar de Rodrigo de Bastidas, el cual luégo dio aviso todo de ello al Gobernador, que aun todavía andaba en su visita la tierra adentro; y recibiendo las cartas, no hizo caso de lo que por ellas le avisaban, creyendo que ningún género de envidia ni codicia fuese ni pudiere ser parte para interrumpir el vínculo de amistad que entre él y sus amigos (en especial de aquel que decían lo intentaba) había; de suerte que por mano de aquel en quien él tánta confianza hacía, esperase recibir la muerte; echando de sí semejante sospecha el Gobernador Bastidas como cosa fabulosa, no hizo caso del aviso que se le había dado, según he dicho, y desde á pocos días se volvió sin ningún recelo de recibir daño á Santa Marta, donde estaban, y no habiendo perdido punto de su primer acuerdo, deseaban verle ya en el pueblo para darle una muerte tan miserable y trabajosa cual se la tenían ordenada y tramada. Llegado á Santa Marta Rodrigo de Bastidas, acerca de su opinión hizo de menos crédito que de antes el aviso que se le había dado del motín que contra él había, en hallar toda la gente del pueblo muy sosegada y reposada y sin señal de bullicio ni tumulto alguno. Porque

como este Gobernador era de ánimo sencillo y sosegado y reposado y de mucha confianza, parecióle que los ánimos de todos los hombres se debían juzgar por las apariencias y ceremonias exteriores, y que debajo de aquéllas no podía haber otro doblez ni cosa fingida en contrario de lo que cada uno exteriormente mostraba, lo cual le significaban y daban á entender los que procuraban su muerte interiormente, cursando con más continua familiaridad su casa que de antes, hasta que la fortuna les ofreciese tiempo ocasionado para poner en efecto sus designios, no mirando en esto el riesgo que el secreto de los casos arduos corre con la dilación y tardanza en el efectuarlos. Mas como el Gobernador Bastidas tuviese costumbre de que á la puerta de su casa se hiciese vela de soldados ó guardia cada noche, cupo su tiempo á la gente que á su cargo tenía un Capitán que era uno de los de la liga, el cual, como con los demás del motín hubiese comunicado la orden que en efectuarlo se había de tener y el tiempo les hubiese puesto la ocasión en las manos. Sucedió que una noche echó de vela dos soldados de poca suerte, para más disimuladamente matar al Gobernador. Porque estos perversos hombres, aunque estaban obstinados en efectuar esta maldad, pretendían hacerlo por mano ajena y con cierto color, de suerte que ya que el Gobernador muriese no se entendiese que ellos le habían dado la muerte; y así concertaron con tres soldados, hombres de desvergonzado atrevimiento, que dándoles lugar entrasen y diesen de puñaladas al Gobernador, y sin ser sentidos saliesen, y se echaría fama y pondría sospecha en diversas personas, de suerte que ellos no peligrasen. Yendo pues el Capitán la noche que se tenían señalada á visitar las velas, halló que la una dormía y la otra velaba, á la cual envió á su posada con título que le hiciese traer de beber, porque como la tierra es cálida á cualquiera hora de la noche incita á beber; con lo cual tuvieron lugar de entrar sin ser vistos ni sentidos los tres soldados á quien estaba cometida la muerte del Gobernador, el cual, como era ya hombre mayor y cargado, y la tierra cálida, dormía descubierto y descuidadamente. El uno se queda guardando una puerta; porque si viniese ruido y acudía gente, pudiese defenderles la entrada y los otros determinaron

entre sí de degollar al Gobernador, por parecerles que con menos ruido lo podrían matar de aquella suerte que á puñalada y como para este efecto pusiesen un puñal ó daga rota y que cortaba mal en la garganta del Gobernador, fue primero sentida que pudiese cortar los gaznates y gargüero y acudiendo con las manos á favorecer el detrimento en que estaba la garganta asió con fuerza la daga, de suerte que con ella no le pudieron hacer daño, aunque con otra que el otro compañero llevaba le dieron ciertas heridas de que creyeron haberle muerto, porque como el Gobernador y algunas indias de servicio que en su propio aposento dormían diesen voces y apellidasen el socorro de la gente del pueblo, y con la presteza necesaria no le favoreciesen, por ser ya media noche y estar todos durmiendo, fingiendo estar muerto de las heridas que le habían dado, se dejó caer de la cama abajo, y creyendo ser cierta su muerte, se salieron los tres soldados del aposento; y porque ya acudía alguna gente con hachas encendidas, se escondieron tras de una puerta de las de la calle, abriéndolas con sus espaldas el dicho Capitán, que fingía llegar á socorrer al Gobernador, aunque él y los demás de la liga bien creyeron que quedaba muerto, y así no dejaban entrar á nadie adonde D. Rodrigo de Bastidas estaba, hasta que cuasi toda la gente del pueblo fue junta, y fingiendo ignorancia en el negocio entraron todos de tropel, leales y desleales, y alzaron al Gobernador del suelo donde le hallaron caído y poniéndolo sobre la cama, luégo procuraren poner sospechas en particulares personas, diciendo que por entrar á dormir con las criadas del Gobernador habían intentado aquella maldad, y así sobre ello prendieron á algunos que de todo punto ignoraban la maldad. Un soldado llamado Palomino y otros principales amigos del Gobernador que no habían sido consentidores en esta maldad, luégo convocaron y juntaron algunos amigos suyos, personas sin sospecha, previniendo la traición de los principales del motín y de los otros sus aliados, y poniendo competente guarda en la persona del Gobernador le procuraron curar las heridas que le habían dado, no consintiendo que le entrase á ver ninguna de aquellas personas contra quien había presunción y sospecha que eran en la traición.

CAPITULO CUARTO

que trata de cómo los amotinados con cierta cautela intentaron de acabar de matar al Gobernador Bastidas, y como no salieron con ello, se metieron la tierra adentro.

Como fueron pasados tres días después de haber herido al Gobernador Rodrigo de Bastidas, y los que procuraban su muerte entendiesen y supiesen que era vivo, reinaba en ellos mayor maldad y deseo de acabarle de matar, pareciéndoles que si vivía los podría castigar con rigor conforme á como su maldad lo merecía; y así con este tirano deseo el Capitán intentó otro nuevo modo de traición, con el cual pensó enlazar ó enredar toda la gente del pueblo, y fue que publicando que deseaba la salud y vida del Gobernador Bastidas, hizo llamamiento y junta de toda la más de la gente que en el pueblo había, diciendo que era justo y necesario que se juntasen y congregasen todos los del pueblo para que con ánimos devotos se hiciesen procesiones y rogaciones á Dios Nuestro Señor por la salud y vida del Gobernador; y como la gente en alguna manera ignorase la maldad de este hombre, fácilmente con esta color fueron juntos en su propia casa con los demás sus secuaces, donde mudando la plática primera y convirtiéndola en otra nueva y revocada ponzoña les dijo que los había llamado con santo celo y propósito de que todos juntos y de conformidad fuesen en procesión á suplicar á Nuestro Señor Dios por la salud y vida de su Gobernador, el cual después había sido certificado por muchas personas que verdaderamente era muerto y pasado de esta presente vida y que algunos se fingían ser muy amigos y servidores al Gobernador malvadamente publicando estar vivo, á fin de en teniendo navíos de embarcarse con todo el oro que en aquella tierra se había habido, de lo cual dignamente merecían su parte cada uno de los que presentes estaban, pues lo habían trabajado y sudado como los que en su poder lo tenían; por tanto, que le parecía cosa acertada y aun necesaria que todos juntos como estaban se fuesen con las armas en las manos á casa del Gobernador y sacasen el oro del poder de los que lo tenían usurpado tiránicamente y tan en perjuicio

y daño de todos los que presentes estaban. Muchos ó los más de los que oyeron lo que el Capitán les había dicho, entendiendo ó creyendo ser así verdad, no les pareció mal lo que les decía, y los que sabían su maldad holgábanse de que no contradijesen los demás aquel parecer, porque pensaban y tenían determinado de ir con todo el Común que presente estaba, con título de que era muerto el Gobernador y que les diesen el oro, y entrando todos de tropel con el alboroto de saquear la casa, los á quien estaba cometido tendrían cuidado de acabar de matar al Gobernador. Pero estos malvados, amotinados, fueron frustrados de sus designios, porque como todos juntos saliesen de casa del Capitán dando voces y diciendo: "muerto es el Gobernador, dadnos el oro," fueron oídos por los amigos y aliados del Gobernador y otros soldados fieles que en su guarda estaban, los cuales, presumiendo la maldad que los amotinados llevaban pensada, tomaron las armas en las manos y pusiéronse á la puerta para defender la entrada, lo cual hicieron valerosamente, dando á entender á los que iban libres de la traición que su Gobernador era vivo, apellidando en su nombre el auxilio del Rey; y como el Capitán viese que su maldad descubiertamente era manifestada y la entrada se le había resistido, se fue con toda presteza á entrar ó tirar por cierta ventana baja con una ballesta al Gobernador para acabarle de matar; pero, como lo demás, le salió en vano, porque como en aquel paso se hallase un soldado llamado P.º Guerrero con un arcabuz, no dio lugar.... que hiciese ni efectuase lo que quería, y así fue defendido el Gobernador con buen ánimo de los que le guardaban y eran sus amigos. En estos alborotos, Palomino, que era hombre de fuerzas, arremetió con brío de buen soldado á uno de los amotinados, y abrazándose con él lo metió dentro del aposento donde el Gobernador estaba, diciéndole que viese cómo era falso lo que él y sus secuaces publicaban. Al cual como el Gobernador viese ninguna cosa, le dijo más de con buenas palabras significarle cuán ingratos le habían sido él y todos los demás, rogándole que le atrajese á su voluntad al Capitán, y así lo despidió de sí. Pero los soldados que en guardia del Gobernador estaban despojaron á este soldado

de las armas y vestidos que sobre su persona llevaba, de suerte que cuasi desnudo se volvió á salir, que no lo tuvo á poca ventura, pues pensó que aquellos sus enemigos le quitaran la vida, y así se fue derecho adonde el Capitán estaba, diciendo que ya no era tiempo de detenerse más en Santa Marta porque el Gobernador iba ya prevaleciendo y mejorando, y la gente se le iba allegando, y que en pocos días, si allí se detenían, recibirían la pena que su atrevimiento y deslealtad merecía, demás de que ellos se hallaban ya desamparados de todos los más soldados y gentes que al principio les habían seguido. El Capitán y los demás Capitanes sus colegas, viendo cuán declinante iba su bando y parcialidad, y que la compañía y gente del Gobernador prevalecía y se acrecentaba cada momento, determinaron de meterse á la tierra adentro, tomando consigo violentamente algunos soldados que cuasi con puras amenazas de muerte los sacaban de sus casas, y caminando hacia la parte de la enramada, iban, con una lengua ó intérprete que llevaban, diciendo á los indios y naturales por donde pasaban que estuviesen sobre el aviso porque dende á pocos días habían de venir por donde ellos iban muchos españoles de los que estaban en Santa Marta á cautivarlos y tomarlos para esclavos y llevarlos á Veraguas y á Santo Domingo y á otras partes, incitando á los indios á que estuviesen con las armas en las manos porque si de Santa Marta saliese algún Capitán con gente tras de ellos, los indios, entendiendo que les iban á hacer los males y daños que ellos les decían, les estorbasen el paso y los hiciesen volver atrás; y fue así en efecto que como en esta sazón hubiese llegado á Santa Marta el Cápitán Samaniegos, que había ido á hacer esclavos como atrás queda dicho y supiese la maldad que contra el Gobernador Bastidas habían intentado el Capitán y los demás, deseando que esta iniquidad no quedase sin castigo, rogó muy ahincadamente al Gobernador que le diese licencia para ir en seguimiento de él y los demás y traerlos á que recibiesen el castigo que su traición merecía, lo cual le fue concedido por el Gobernador; y como con cien hombres saliese en seguimiento y busca de esta gente, luégo que llegó á la población del Cacique de

Bonda, le fue resistido el paso porque los indios estaban con las armas en las manos, por la indignación en que los había puesto el amotinado y los demás, y salieron á pelear con Samaniegos, los cuales en la primera refriega le hirieron veinticinco hombres con flechas de yerba muy ponzoñosa y mortal, lo cual y al entender que toda la tierra estaba puesta en defenderle el paso, fue causa que dejando de seguir á los enemigos se volviese á Santa Marta. El Gobernador Bastidas, viéndose ya mejor de sus heridas y pareciéndole que para un hombre ya anciano como él no pertenecía el gobierno de gente de guerra, ni los bullicios de la soldadesca, determinó de salirse á Santa Marta y despoblarla é irse ó volverse á su casa, á Santo Domingo, á vivir en ocio y descanso en ese poco de tiempo de vida que por su buena industria y favor había adquirido, y para de todo punto ganar la gracia de la gente que consigo tenía, hizo manifestar por pregón público su ida, y que él haría gracia y donación á los soldados de cualquier cantidad de pesos de oro que le debiesen y les daba libertad para que fuesen donde quisiesen, los cuales mostrando gran sentimiento de que el Gobernador se quisiese ir y desamparar una tierra tan próspera como Santa Marta, pareciéndoles que con facilidad no podían hallar otra tál, se fueron á él y le agradecieron la liberalidad y esplendor de que con ellos usaba en largarles lo que le debían y le suplicaron que pues tan determinado estaba de salirse de Santa Marta, que ellos pretendían sustentar la ciudad y permanecer en ella; que les hiciese merced de darles y nombrarles un Teniente ó sustituto que les administrase y tuviese en justicia. El Gobernador se holgó muy mucho de ver que la gente quería sustentar aquella ciudad que él había poblado, y se lo agradeció mucho, y les dejó y nombró por su Teniente de Gobernanador al Capitán Palomino, persona afable y bien quista entre los soldados, los cuales lo aceptaron y se holgaron de ello, y poniendo por obra el Gobernador su partida, se embarcó en un navío que poco antes había tomado en la costa de Santa Marta, que de la isla de Cuba había salido por comisión de los Oficiales de ella á hacer esclavos; y como supiese que la gente de este navío había rescatado ó tomado esclava en lo

que él tenía por su jurisdicción, armó otro navío y convidó, con pujanza de gente, á aprehender á los de Cuba, y así fueron despojados los unos de los otros; pero este robo le causó harto daño á Bastidas, porque como se embarcase en el navío para irse á Santo Domingo y se gobernase por el mismo piloto que en él venía ó había venido de Cuba, fue cautelosamente guiado por el piloto y regresó á la propia isla de Cuba donde había antes salido, y sabido por los Oficiales lo que el Gobernador Bastidas había hecho con su navío, gente y hacienda, le prendieron porque les diese cuanto tenía en pago de lo que les había tomado, donde fue gravemente molestado y murió en prisión, sin volver más á Santo Domingo.

CAPITULO QUINTO

De lo que á el Capitán amotinado y á sus secuaces les sucedió en el tiempo que entre indios anduvieron, y del suceso y fin que los más del motín tuvieron, y de cómo el Teniente Palomino salió á pacificar algunas Provincias de Santa Marta, y de la opinión en que era tenido entre los indios.

En tanto que en Santa Marta y Cuba pasaban las cosas que he dicho acerca del Gobernador Bastidas, sus émulos y enemigos el Capitán y los demás llegaron á la Provincia y población del Cacique Tapiparabona, el cual los recibió de paz y en su amistad por respecto de ciertas guerras que tenía con otro Cacique principal llamado Vireburate, pretendiendo aquel bárbaro ayudarse del favor de estos españoles para ver de hacer guerra á sus contrarios, y así les rogó Tapiparabona que se fueran con él á hacer cierta cabalgada ó correría en tierras de su contrario, los cuales lo hicieron así que junto con los vasallos y sujeto al Cacique su confederado, fueron á dar de noche en tierra del adversario, y haciendo el daño que pudieron, se retiraron luégo temiendo no se juntasen los enemigos y viniesen á dar sobre ellos; pero su presteza les aprovechó poco. Luégo que el Cacique Vireburate sintió á sus enemigos en su tierra, tomó las armas y saliendo á ellos dio, antes que amaneciese, con su gente, en los españoles y les hirieron algunos, entre los cuales fue á uno de los tres que entraron á matar al Gobernador Bastidas, al cual dieron con una fle-

cha por la garganta, de que incontinenti murió sin hablar palabra; y vueltos á tierra del Cacique amigo, que en su favor los había llevado, fueron de él despedidos con ingratitud de bárbaro, diciéndoles secamente que no quería que estuviesen más tiempo en su territorio, sino que se fuesen donde quisiesen y les pareciese. El Capitán y sus secuaces caminaron por la costa de la mar la vuelta del cabo de la Vela, para de allí ir en demanda del Valle de Upar; y sucedió un día que yendo caminando la gente por orilla y ribera de la mar cúpole la retaguardia al segundo de los tres que entraron á matar al Gobernador Bastidas, el cual, como se quedase un poco trasero apartado de la demás gente, fue de improviso tragado de alguna fiera ó tigre, porque aunque luégo, incontinenti, le buscaron con mucha solicitud y cuidado, no pudieron hallar más de solamente un relicario de oro que solía traer al cuello, y así empezaban á recibir estos alterados, por justo juicio de Dios, el castigo que merecían sus maldades, porque dende há pocos días, estando esta gente alojada en la ribera del río que dicen de la Hacha, iba con ellos un Porras, persona principal y había sido Teniente y Justicia mayor por Bastidas, el cual llevaba á su cargo todo el oro que los indios les habían dado de presente y era de los que habían sido en que matasen al Gobernador, el cual llevaba consigo ciertos indios naturales de Santo Domingo, los cuales habían visto un navío que andaba por la mar, y también habían topado una canoa en el río de la Hacha, y hallando estas ocasiones tan á la mano que parecía que la fortuna se las ofrecía para su perdición, le dijeron á su amo Porras que si se quería ir al navío que ellos le llevarían en la canoa, el cual con codicia de aviarse y quedarse con el oro se embarcó de noche en la canoa sin ser sentido y se fue por la mar adelante gobernando los indios, y llegó al navío que iba á Santo Domingo, donde fue llevado el propio Porras después de amanecido. Visto por el Capitán que Porras se le había ido con el oro, caminó la tierra adentro en demanda del Valle de Upar, é yendo marchando por tierra muy llana permitió Dios Todopoderoso que á uno que había sido Tesorero por el Rey en Santa Marta, y era de los de la liga y motín,

se le quebrase una pierna, lo cual, visto por el Capitán, haciéndose ya ejecutor de la justicia divina, puso al Tesorero dicho en una hamaca ó sábana de algodón y colgándolo entre dos palos se lo dejó allí, donde miserablemente murió, y él caminó adelante con su gente, hasta que llegó al Valle de Upar, donde ya los soldados iban desabridos con él porque los trataba mal, y aunque padeciendo hambres y necesidades no sólo no los dejaba que fuesen á buscar lo que habían menester para su sustento, pero ni aun les quería dar de los mantenimientos que los indios traían de su voluntad, por lo cual atravesando las tierras que dicen de Porigueica los soldados, pareciéndoles que el tercero de los que entraron á matar al Gobernador privaba mucho con su Capitán, le rogaron que le hablase y le dijese que no les tratase de la suerte que los trataba, sino que si quería les diese ó repartiese con ellos alguna parte de la comida que los indios traían. El....., pareciéndole ser cosa fácil alcanzar aquello del Capitán, le debió hablar algo más familiarmente de lo que debiera, por lo cual otro día de mañana mandó el Capitán que marchase la gente del campo, y quedándose él en el alojamiento con ciertos soldados, hizo dar garrote á este tercero, y dejóselo allí muerto. Porque como había sido uno de los que se ofrecieron á matar al Gobernador Bastidas por contemplación del Capitán y de los demás del motín, y lo había intentado, jactábase de ello y aun se lo daba en cara al Capitán, diciendo que por servirle y ser su amigo se había puesto á lo que se puso; pero el Capitán tenía siempre que oía á este soldado en la memoria aquel apotegma de Octaviano César Augusto que jactándose Rehemytaces, Rey de Tracia, que había negado y dejado la parcialidad de Marco Antonio y pasádose á la del propio Octaviano, dijo el augusto volviendo la cabeza á ciertos Reyes otros que con él estaban: "la traición bien me place, mas el que la hace no me satisface"; y así se certifica que si el Capitán mató á este amotinado fue por no estar confiado de su lealtad. Marchó el Capitán con la gente que llevaba ya tan sujeta á su tiranía que no había hombre que se le osase descomedir, y metióse por la serranía adelante de Porigueica, donde tuvo muchos en-

cuentros y guazabaras con los naturales, los cuales le mataron toda la más de la gente que consigo llevaba, y lo hicieron retirar y volver atrás con solos catorce hombres, con los cuales se volvió á la costa de la mar y de allí caminó la vuelta de Santa Marta, atravesando por entre muchas poblaciones de indios muy belicosos, y ya que se vio cerca de Santa Marta se procuró informar de ciertos indios ladinos que encontró, y halló quién gobernaba la tierra, de los cuales supo cómo el gobierno de Santa Marta estaba á cargo del Capitán Palomino, á quien antes él había tenido por muy grande amigo, y pareciéndole que por la amistad pasada no le haría ningún desabrimiento el Teniente Palomino, se entró en el pueblo osadamente; pero su conjetura fue vana, porque Palomino, haciendo lo que era obligado á buen Juez, luégo que supo que este Capitán amotinado había entrado en el pueblo con algunos de los que le habían seguido, los prendió á todos, y al Capitán, como á más culpado y porque no intentase novedades en las tierras, no lo quiso castigar de su mano, mas envióIo á la Audiencia de Santo Domingo, preso y á muy buen recaudo, donde llegó un día después de haber muerto por justicia á Porras (el que en el río de la Hacha dije que se metió en una canoa con el oro y se fue á tomar un navío que andaba en la mar, donde pagó su delito), y lo mismo hizo este amotinado Capitán, porque luégo otro día de como llegó, sabido por la Audiencia que él había sido el movedor del motín, hicieron públicamente justicia de él, dándole la muerte natural, con que pagó la que él á otros había dado y á su Gobernador intentó dar. Otros algunos que en Santa Marta se prendieron con este Capitán, asimismo fueron enviados á Santo Domingo por el Teniente Palomino, donde cada cual fue castigado conforme á la culpa que tuvo, y así todos cuantos fueron participantes en esta traición, fueron castigados justamente por permisión divina. En tanto que los alterados andaban en los trabajos dichos y habían los fines y muertes que he referido, el Teniente Palomino procuró pacificar algunas provincias de las comarcanas á Santa Marta, que estaban rebeladas, y así fueron ciento y cincuenta hombres á pacificar los naturales de la Ciénaga de

Santa Marta, con los cuales tuvo muchas refriegas y guazabaras, en que le hirieron alguna gente, pero con todo eso salió victorioso y sujetó los naturales y hubo el Cacique y señor en su poder, y de allí llevando consigo y por guía al propio Cacique y señor de La Ciénaga, se fue á pacificar las provincias y pueblos llamados de Betunia y Posigueica, con propósito de asaltarlos y saquearlos; pero desde que llegaron á vista de ellos parecióles tan grande la población, que si en ella se metían con dificultad saldrían, y así por lo que vieron como por consejo del Cacique de La Ciénaga que consigo llevaban, dieron la vuelta y se tornaron á Santa Marta, donde luégo el Teniente Palomino, con cien hombres, se embarcó en un galeón que en el puerto estaba, y se fue á la vuelta de la enramada, y saltando en tierra en un pueblo llamado Cazareba, de muchos naturales y muy ricos, hubo en él y entre otros comarcanos más de cuarenta mil pesos de buen oro. De este Palomino se dice que asimismo fue muy temido y en cierta forma querido de los indios, porque usaba con ellos de rigor y amor, y con la una mano los castigaba y con la otra los halagaba; y tenía un caballo llamado Matamoros, de gran brío y fuerzas, en el cual Palomino hacía algunas cosas de que los indios se admiraban grandemente, como era saltando arroyos, ríos y peñascos y subir por partes muy ásperas y agrías en alcance de indios, de los cuales en guerras y guazabaras mató muchos, por lo cual y porque habiendo sobrevenido seco en la tierra, de suerte que á sus naturales se les perdieron sus sementeras y labranzas, los cuales por tener á Palomino por persona que les parecía á ellos que por ser más poderoso y fuerte y valiente guerrero, era más cabido con Dios, le dijeron que pues les había dicho que el Dios de los cristianos era el que creaba y había creado y hecho todas las cosas, y el que enviaba las lluvias á la tierra, que le rogase que enviase agua para que sus labranzas no se perdiesen. El Palomino debía de conocer algo del movimiento natural de los elementos y planetas, por donde le pareció que llovería presto y así respondió á los indios que aquella noche propia llovería, y fue así que ó por permisión divina ó por el natural curso, haciendo los

vapores de la tierra su oficio, sobrevinieron muy grandes aguaceros sobre la tierra, como Palomino lo había dicho á los indios, los cuales son gente que fácilmente se mueve á supersticiosas religiosas y no á seguir la verdadera, comenzaron á poner entrañablemente al Palomino en opinión de divino, de suerte que lo colocaron ellos entre sí por uno de sus ídolos y dioses, y hoy en día lo tienen en sus santuarios, puesto en estatuas de oro, caballero en su caballo Matamoros, armado, según andaba en la guerra, con la lanza en la mano, dándole la honra ó veneración que á los demás sus dioses ó simulacros, y nombrarles hoy á Palomino á estos bárbaros es nombrarles una cosa muy santa y religiosa; y es tan contumaz esta bárbara gente en las cosas de su falsa y vana religión, que lo que una vez toman entre sí en opinión de religión, después no es bastante ningún adverso suceso ni señal competente á desarraigárselo ni quitárselo del corazón, porque aunque después los certificaron y dijeron el infeliz suceso y muerte de Palomino, y cómo había sido ahogado en un río donde nunca más pareció, no por eso se apartaron de su idolatría y supersticiosa opinión de tener por inmortal y divino á Palomino, antes el haber muerto de la suerte que murió les fue causa de confirmarse en su error y vanidad, diciendo que por aquella vía de haberse desaparecido en el agua se había subido adonde ellos creen que están los demás sus ídolos y dioses.

CAPITULO SEXTO

Que trata de cómo la Audiencia de Santo Domingo, por muerte de Bastidas, proveyó por Gobernador de Santa Marta á Juan de Vadillo, y de lo que en Santa Marta sucedió.

Gobernando el Teniente Palomino tan á gusto de los españoles é indios que en la Provincia de Santa Marta habitaban, la Audiencia Real de Santo Domingo tuvo noticia de cómo el Gobernador Bastidas había muerto en la isla de Cuba, adonde engañosamente había sido llevado, y luégo proveyó por Gobernador de Santa Marta á otro vecino de Santo Domingo, llamado Juan de Vadillo, hombre rico y poderoso, el cual, haciendo cantidad de trescientos hombres, se vino la

vuelta de Santa Marta en sus navíos, y habiendo surgido en el puerto envió á tierra á Pedro de Heredia, á quien traía por Maestre de campo y Teniente general, que después fue Adelantado de Cartagena, á hacer saber á Palomino y á los demás que en Santa Marta estaban, cómo él venía por Gobernador de aquella tierra, enviado por la Audiencia de Santo Domingo, con propósito de que se le hiciese el recibimiento que como á Gobernador era razón que se le hiciese; pero como los de Santa Marta generalmente estuviesen bien con el Gobierno de Palomino, el cual no tenía aborrecido el mandar ni deseaba ver sobre sí superior, concertáronse fácilmente de no recibir por Gobernardor á Vadillo, con esperanza de que ó por costumbre ó por particular merced del Rey se quedaría Palomino con el gobierno perpetuo de aquella tierra, y así despidieron á Pedro de Heredia diciéndole que no estaban de propósito de recibir nuevo Gobernador, contentándose con el que tenían, y que dijese á Juan de Vadillo que no curando de saltar en tierra, se volviese á su casa, porque si otra cosa quisiese ó pretendiese hacer, con las armas en las manos se lo defenderían, y sería causa de muchos daños y muertes que por querer con violencia hacerse Gobernador forzosamente habían de sobrevenir; y diciendo esto, y volviéndose Heredia á los navíos, los de Santa Marta, con toda presteza, se pusieron á punto de guerra, poniendo en la playa de la mar ciertas piezas de artillería que tenían, con que pretendían echar á fondo los que pretendiesen ó quisiesen saltar en tierra. El Gobernador Juan de Vadillo, vista la respuesta que Heredia le llevó, no creyendo que era tan de veras el propósito de los que en Santa Marta estaban, ni que fueran parte para resistirle la entrada en tierra, comenzó á saltar con su gente armada en los bateles, lo cual le fue fácilmente estorbado é impedido, porque como los de tierra empezasen á disparar, con ánimo de damnificarle, contra él las piezas de artillería que tenían, le forzaron y constrifieron á que tornándose á meter en los navíos se hiciese á la vela y saliese con brevedad de aquel puerto, el cual se fue á surgir al Ancón de Concha, dos leguas apartado de Santa Marta, y echando allí toda su gente en tierra sin controver-

sia de nadie, pretendía irse por tierra en ordenanza de guerra con las armas en las manos á Santa Marta, y por fuerza ó de grado hacerse obedecer por Gobernador, fortificando ante todas cosas su alojamiento con un gran palenque de madera, que al rededor de él hizo en la propia ribera marítima donde había surgido, porque los enemigos, como hombres diestros en la tierra y que sabían bien todas las entradas y salidas, no les diesen algún asalto por parte no pensada. Sabido por Palomino y los demás cómo Juan de Vadillo había echado su gente en tierra y se había fortificado, determinaron de salirles al encuentro ó irlos á buscar adonde estuviesen; y tomando las armas con buen concierto y orden, marcharon hacia donde Vadillo estaba alojado, y se alojaron ellos asimismo á vista de los contrarios, con propósito de otro día presentarles la batalla y poner todas sus pretensiones en mano de la fortuna, para lo cual se citaron los unos á los otros, ofreciéndose para el siguiente día á darse la batalla, y aquella noche cada cual veló su campo muy recatadamente, teniendo contrarias cautelas y ardides de guerra, y llegado el día ninguno fue perezoso en sacar su gente de su alojamiento y ponerla en orden para arremeter y darse la batalla, la cual no dejara de ser bien sangrienta y calamitosa por estar los ánimos de los soldados encendidos en furor y con obstinada determinación de conservar y defender los unos su libertad y la tierra que poseían, los otros el pundonor de meter á su Gobernador en la posesión de su gobernación, de lo cual á ellos asimismo se les seguía, demás de la honra, particular interés y codicia de haber y participar de las riquezas de aquella tierra. Pero como estuviesen los unos y los otros esperando señal de sus Capitanes para arremeter, algunos devotos y cristianos sacerdotes viendo el gravísimo daño que presente estaba, en que se ofrecía á morir tánta cantidad de españoles, que por la mayor parte suele ser crudelísima la guerra que los unos á los otros se hacen. Suplicando á Dios que no permitiese que llegasen á efectuarse los males y daños que tan próximos estaban, tomando algunas imágenes del Crucifijo y de la bienaventurada Virgen Santa María, Nuestra Señora, se pusieron en medio de las dos Com-

pañías, rogando y suplicando á los Capitanes que por honra y veneración del Todopoderoso Dios y Hombre Jesucristo y de su Madre Santa María, cuyas imágenes tenían en las manos, se reportasen y dilatasen aquella batalla para otro día, en el cual tiempo Dios Todopoderoso proveería de concordia entre ellos; y como los Capitanes eran cristianos y los soldados también, olvidando las pasiones é intereses particulares fueron promovidos á tener reverencia y acatamiento á su Dios, cuyas figuras tenían presentes como gentes que seguían y tenían verdadera religión, y así, de común consentimiento suspendieron por entonces el darse la batalla, y se recogieron á sus alojamientos. Los sacerdotes, no perdiendo tan buena ocasión como Dios Todopoderoso les ofrecía, no cesaron de tratar la paz y concordia entre estos. Los Capitanes y sus gentes, para que la guerra no pasase adelante y, finalmente, permitiéndolo y queriéndolo Dios así, para que las muertes de tántas gentes como se esperaba que en el conflicto de la batalla podrían morir, se evitase, fueron concertados y confederados el Gobernador Vadillo y el Teniente Palomino por mano de los sacerdotes y religiosos, en que ambos, con igual jurisdicción, gobernasen la tierra y fuesen Gobernadores de ella hasta que el Rey en España proveyese otra cosa, sobre lo cual hicieron sus escrituras y juramentos, y fueron, para más firmeza de su amistad, confederados espiritualmente, recibiendo juntos el Santísimo Sacramento de la Eucaristía, por ceremonia más firme, estable y verdadera de perpetua hermandad y confederación. Porque aunque eran estos Capitanes cristianos y habían hecho juramentos y escrituras sobre su colligancia, parecíales que por mandar podían quebrantar cualesquiera leyes y juramentos, como dijo Eurípides, y después de él Julio César lo recibía muy comúnmente cuando empezó las competencias con Pompeyo, como lo escribe de él Marco Tulio Cicerón, y por otra causa quisieron como cristianos poner á su Dios en medio, á quien no se debía hacer ningún desacato, so pena de *ipso facto* recibir temporal y espiritual castigo; y hechas estas amistades, juntos y conformes se volvieron á Santa Marta, donde conforme al pacto hecho usaban entrambos de oficios de Gober-

nadores, de quien más propiamente podemos decir ser gobierno de Cónsules, porque los romanos, después de haber echado los Reyes de Roma para la administración pública de la justicia, nombraban cada año dos personas ó Gobernadores, que eran llamados Cónsules, los cuales, con igual jurisdicción, hacían todo lo que al gobierno público convenía y tocaba.

CAPITULO SEPTIMO

De cómo los dos Gobernadores Palomino y Vadillo salieron á pacificar las Provincias del Valle de Upar y de otras partes, y de cómo Palomino se ahogó.

La gente que con Villafuerte anduvo amotinada por las Provincias y Valle de Upar, había dado gran noticia y nueva de los muchos naturales que por aquella tierra por do habían andado vieron, y cuán rica era toda, por lo cual acordaron los Cónsules y Gobernadores Vadillo y Palomino de ir con la gente que tenían á pacificar aquella tierra y participar de las riquezas que en ella había; y mandando para ello apercibir á sus gentes, fue entre ellos concertado que el Gobernador Vadillo saliese delante á recoger y juntar la gente á un pueblo de indios llamado Guachaca, y que el Gobernador ó Teniente Palomino se quedase en Santa Marta despidiendo y echando fuéra los soldados que con ellos habían de ir, porque no se detuviesen ociosamente en el puerto. Salido de Santa Marta Vadillo con toda la más de la gente, por parecerle que se sustentarían y entretenían mal en Guachaca, se pasó adelante á otro pueblo de indios llamado Buya, en la Provincia de la Ramada, donde esperaba á Palomino. Es de saber que estos dos Gobernadores, para que mejor se hiciesen las cosas de la guerra, de conformidad nombraron por sus Capitanes de la gente que llevaban, de la cual hicieron cuatro Compañías, al Capitán Juan de Céspedes y al Capitán Juan de Escobar, que habían de ir con Palomino; y con el Gobernador Vadillo salieron delante los Capitanes Juan Muñoz, natural de Medina del Campo, y Antonio Ponce, natural de Carrión de los Condes, y Hernando de la Peña, natural del Condado, y Alonso Martín, Capitán de gastadores, natural de San Lucas, y por su Teniente general Pedro de

Heredia, los cuales todos eran personas calificadas y cuales convenían en experiencia para las cosas de la guerra. El Gobernador Palomino, con unos pocos amigos que con él quedaron en Santa Marta, se partió como por retaguardia de la gente y caminó hasta el pueblo de Guachaca, donde creyó hallar al Gobernador Vadillo con la gente, y como llegado á Guachaca no sólo no hallase á Vadillo pero ni aun aviso de dónde estaba ó la derrota que llevaba, recibió alguna alteración, á la cual encendían algunos amigos suyos diciéndole que Vadillo cautelosamente y á fin de alzarse con la gente y quedarse con el gobierno de toda ella, se había salido de aquel pueblo y caminaba apresuradamente por alejarse y apartarse de Santa Marta y de Palomino, que en ella había quedado. Aunque jamás el Gobernador Vadillo tuvo tal intención, no deja de atribuírsele la culpa por no avisar con tiempo á su compañero de lo que pretendía hacer ó haría para extirpar las sospechas posibles que contra él se podían presumir y engendrar. Palomino, no deteniéndose punto en Guachaca, caminaba á grandes jornadas y con apresuración por dar alcance á Vadillo, creyendo que era como le habían figurado; y habiendo pasado el paso que dicen de Marona, llegó á un río que sale á la mar y baja de las tierras nevadas de Santa Marta, riberas del cual se puso á almorzar con bien poco reposo, porque deseaba verse ya con Vadillo, y temiéndose de alguna celada iba armado con una cota y otros aderezos de hombre de guerra; y antes que los compañeros acabasen de almorzar, pidió Palomino su caballo Matamoros para pasar el río, que iba muy crecido, y aunque los que con él estaban le decían que no lo pasase, ciego de la cólera y enojo que contra Vadillo llevaba, propuso y determinó de pasarlo, no embargante que el caballo lo rehusaba y se volvía á salir del agua; pero como Palomino estuviese tan obstinado en seguir aquel su propósito contra toda fortuna, hirió reciamente de las espuelas al caballo, y haciéndole que se metiese en lo más hondo y caudaloso del río, fue sumido debajo del agua sin que pareciese más. Su caballo salió por la mar á la otra banda, y el Capitán Juan de Céspedes y el Capitán Juan de Escobar con otros seis de á caballo que iban en la compañía del

Gobernador ó Teniente Palomino, tomaron el caballo Matamoros y lo llevaron encubertado de luto adonde el Gobernador Vadillo estaba. Y así pereció este hombre que en fortuna y bondad de costumbres, y afable gobierno, había excedido á todos los que en su tiempo estuvieron en Santa Marta, y por este suceso infeliz fue llamado este río el *río de Palomino*, el cual nombre le dura hasta hoy. Los demás soldados que en su compañía iban, escarmentando en cabeza ajena, no quisieron echarse al agua, mas procuraron canoas de indios que por allí cerca estaban y pasaron el agua más seguramente, y dieron aviso al Gobernador Vadillo de la muerte de Palomino, el cual mostró pesarle mucho y procuró honrar su muerte con funerales exequias, aunque algunos no dejaron de decir que á Vadillo se había placido de la muerte de su colega y compañero, por no tener igual en el mandar, y luégo, conclusas sus exequias, se partió el Gobernador Vadillo con su gente del pueblo de Buya al de Tapiparaguana, donde Villafuerte estuvo con sus compañeros, cuyo cacique y moradores, viendo la mucha gente que Vadillo consigo traía, le salieron y recibieron de paz y amigablemente y le dieron de presente—según que en aquel tiempo lo acostumbraban estos bárbaros por conservar sus vidas—cantidad de oro fino. De esta población pasó adelante Vadillo con su gente y llegó á un pueblo de indios llamado Amaracoroto, poblado en las riberas del río que comúnmente suelen llamar en este tiempo de la Hacha, y de allí se llegaron á un estero ó lago que la mar y el río hacen, que llamaron las Zebellinas, junto al cual se alojaron, y estando allí llegó un navío de España con cosas de refresco y frutas y otras bujerías y mercadería para vender. Los soldados, con deseo de haber de estas cosas para su contento, persuadieron al Gobernador Vadillo que les diese sus partes de oro que hasta allí habían habido, para comprar lo que quisiesen; el cual lo hizo así y con esto ganó de todo punto loa y fama de buen Gobernador entre los soldados, que les parecía que en darles en tal tiempo el oro se lo daba graciosamente. Después de haberse holgado la gente en este alojamiento algunos días, caminaron la vuelta del Valle de Upar, que se toma desde este paraje, el más derecho camino

para él, llevando siempre de paz toda la gente é indios naturales por do pasaron; que en esto fue bien afortunado el Gobernador Vadillo, que después de haber salido de Santa Marta hasta que á ella volvió, con haber caminado por entre infinitas gentes y naturales, ningunas tomaron las armas para ofenderle ni resistirle el pasaje, antes todos le ofrecían, con muestra de verdadera amistad, de las comidas y vituallas que tenían, necesarias para el sustento de su gente y parte de las riquezas y oro que poseían. Con esta buena fortuna llegó el Gobernador Vadillo al Valle de Upar y á la Provincia de los Pacabueyes, cuyos naturales y moradores le recibieron con todas muestras de buena voluntad y le proveían de la comida necesaria y ofrecían mucha cantidad de oro, sin que para ello se les hiciese fuerza alguna. La orden que estos bárbaros tenían en venir á ver á los españoles y ofrecerles y darles lo que les querían dar era ésta: después de alojado el campo y puestos sus toldos y tiendas, los indios que en aquella comarca había se juntaban por sus familias y pueblos según el número que en cada pueblo ó familia había, y venía cada uno cargado de maíz, ó ahuyamas, ó pescado, ó patos—que los hay en esta provincia,—ó de lo que en su casa tenían que fuese cosa de mantenimiento, y preguntando quién era el Capitán y principal de los españoles, les era luégo enseñada su tienda y su persona, á la cual ofrecían y ponían delante todas aquellas cosas de comer que traían, para que él las repartiese entre sus gentes y soldados, y luégo cada indio llegábase al Gobernador y tocábale con la mano en la rodilla, bajando la cabeza, que es manera de saludar entre ellos á sus mayores; le ofrecía cada uno el oro que traía, y para recibirlo tenía allí el Gobernador un plato grande de plata en que lo echaban. Habiendo pues, con esta buena fortuna, corrido el Gobernador Vadillo y su gente toda la Provincia del Valle de Upar y de los Pacabueyes, en donde se le ofreció y dio de presente gran cantidad de oro, dio la vuelta á Santa Marta con gran contento de todos los que consigo llevaba, y halló la gente que en el pueblo había quedado muy pacífica y conforme, y él luégo ordenó de partir y partió el oro entre los soldados que con él habían ido, muy en conformidad de todos, de

suerte que nadie se quejó de él y propuso descansar algunos días. En este tiempo sucedió que un Contador del Rey, llamado el Comendador Ojeda, de su propia autoridad hizo fundición y marcación de oro, por lo cual el Gobernador lo quiso castigar con el rigor que su delito merecía, y al fin por ruegos de muchos lo remitió y envió preso á España. Era este Vadillo tan amigo de que no se les hiciese agravio á los naturales, que porque ciertos indios se quejaron de un Hernando Bermejo que les había tomado ciertas cosas y menudencias que ellos por principal hacienda tenían, lo condenó á muerte, y no bastaron los ruegos de todos los Capitanes que en el pueblo había para estorbar que se conmutase la pena de muerte en otra cosa, sino que por satisfacer á los indios lo hubo de ahorcar. Este Gobernador Vadillo fue el segundo que con gente entró en el Valle de Upar y Provincia de Pacabueyes y río de la Hacha y Ramada, porque antes de él había entrado el Capitán Villafuerte y sus compañeros, cuando huyendo del Gobernador Bastidas por el delito de motín que contra él habían cometido, se metieron la tierra adentro y anduvieron todas estas Provincias. De esta jornada salió tan próspero y rico el Maese de campo y Teniente general Pedro de Heredia, que se fue á España y con el oro que llevó procuró haber y hubo la Gobernación y adelantamiento de Cartagena, é hizo gente y volvió y pobló aquella Gobernación.

CAPITULO OCTAVO

De cómo fue proveído en España por Gobernador de Santa Marta García de Lerma, el cual tomó residencia á Juan de Vadillo.

Como en España se tuvo nueva de la muerte del Gobernador Bastidas, el Rey y los del Consejo Real de Indias proveyeron por Gobernador de Santa Marta á García de Lerma, persona principal, natural de Burgos, el cual para las jornadas y descubrimientos que pretendía hacer, juntó en España cuatrocientos hombres, con los cuales vino á Santa Marta y halló en el Gobierno de ella á Juan de Vadillo, que, como se ha dicho, estaba descansando de los trabajos pasados, al cual tomó residencia y con ella lo envió, unos dicen que á Espa-

ña, en el cual camino pereció ahogado, y otros que lo envió á Santo Domingo, donde después vivió mucho tiempo y al fin murió allí. En este tiempo los naturales é indios que había en la Provincia de Santa Marta no estaban ni habían sido repartidos ni encomendados en ningunas personas, y así recibían más comúnmente daño, y porque los soldados y gente que en Santa Marta residían, visto que los indios no tenían quien volviese por ellos ni los defendiese, iban muchas veces á sus pueblos á tomarles lo que tenían y á inquietarlos, por lo cual los vecinos de Santa Marta rogaron al Gobernador Lerma que los repartiese y encomendase así entre ellos como en los que él consigo había traído de España, el cual para mejor hacer el repartimiento de los indios salió de Santa Marta con la gente que le pareció, llevando consigo algunos Capitanes y personas señaladas que estaban ya diestros en la tierra, y entrando por las Provincias circunvecinas á Santa Marta hasta el Valle de Coto, y viendo que todos los naturales estaban pacíficos y sin hacer ni dar muestra ni señal de alboroto ni rebelión, dio la vuelta á Santa Marta para hacer su repartimiento; y para que fuese hecho á contento de todos quiso y ordenó que el Cabildo de la ciudad se hallase presente, y que la demás gente de la República nombrase una persona que asimismo en su nombre asistiese al hacer del repartimiento, los cuales nombraron á un Capitán Juan de Céspedes, persona entre ellos principal, que después fue de los descubridores y pobladores del Nuevo Reino, y como del repartimiento que se había de hacer había de redundar el contento ó descontento de muchos, para que mejor fuesen guiados y encaminados, usaron, ante todas cosas, de lo que como cristianos era razón que hiciesen, invocando el auxilio divino, mediante el sacrificio de una misa de Espíritu Santo que les dijo, votando y prometiendo acerca de ello, de hacer lo que debían y en sus conciencias les pareciese que era razón; y hecho esto hicieron su repartimiento de los naturales ó indios que había en el Valle de Coto y otros pueblos á él comarcanos, y Valles de Buriticá, Bondigua y Valle Hermoso, y en otras muchas poblaciones que cerca y comarcanas á estos valles había; dando á cada Capitán y vecino y soldado

conforme á lo que merecía y había trabajado. Y porque no todos los que estas historias leyeren por ventura entenderán qué cosa sea repartimiento de indios ni encomiendas, ni lo que de ello procede, pues no todos han estado en Indias, paréceme que no será fuéra de propósito tratarlo y declararlo en este lugar, así por la materia que se ha ofrecido como forzosamente se había de tratar y repetir adelante muchas veces este nombre de repartimiento y encomienda, y encomendadero, y depósito, y administración de indios. Ha sido costumbre muy usada en las Indias que cualquier Capitán que haya ido ó va á descubrir tierras nuevas, con poder real ó sin él, después de haber descubierto alguna rica Provincia y pacificado los naturales de ella y poblado su pueblo, para que los que con él han entrado en tal jornada se puedan mejor sustentar y permanezcan en la tierra y la conserven en amistad, señala á cada uno tanta cantidad de indios cuanta le parece que bastaren á darle sustento conforme á la calidad de la tierra y aun de la persona; y este señalamiento unas veces es por porsonas, diciendo: "yo os doy y señalo tantos indios casados, que se entienden con sus mujeres é hijos"; y otras veces por casas y buhios, señalándole tantas casas pobladas de visitación, que se entiende que han de tener moradores, porque hay en algunas partes indios que tienen á dos y á tres casas, y todas son de un solo dueño, y éstas no se cuentan más de por una; otras veces se da por señores y principales, nombrando el principal ó señor de tal parte con todos sus sujetos y datarios; y otras veces por términos de tal parte á tal parte los indios que hubiere ó tal valle. Esto que este Capitán hace, si no tiene poder real para encomendar, llámase solamente repartimiento y apuntamiento de lo que á cada uno señala, pero no tiene más fuerza de cuanto fuere la voluntad del Rey ó de la persona á quien el Rey da poder para encomendar los indios, y por respecto de llamarse aquella primera división de indios repartimiento, les ha quedado y queda después el nombre de repartimiento á aquella población ó suerte de indios que á cada un vecino le cupo, y así comúnmente á los indios que cada español tiene á su cargo les llaman el repartimiento de Fulano. Este primer reparti-

miento ó apuntamiento, hecho generalmente de los naturales de la Provincia nuevamente descubierta y poblada, es traído al Presidente ó Gobernador, que son los á quien el Rey suele dar poder para que encomienden, y estos superiores, si ven que el apuntamiento ó repartimiento hecho por el Capitán está sin agravio ni perjuicio de los más españoles que con él fueron, confírmalo, encomendando los indios en aquellas personas en quien antes estaban señalados y apuntados, y remueve de unos en otros, como le parece que es justicia. Este nombre de encomienda es una merced hecha por ley antigua de los Reyes de Castilla á los que descubriesen y pacificasen y poblasen en las Indias, en que les hacen merced de que aquellos indios que en su título ó cédula se contienen los tengan en encomienda (que es tanto como decir á su cargo) todos los días de su vida, y después de él su hijo ó hija mayor, y por defecto de hijos su mujer no más; y estos tales son llamados encomendadores, y es á su cargo el mirar por el bien espiritual y temporal de los indios de su encomienda, y darles doctrina; y los indios, supuestas las condiciones de la encomienda, son, por respecto de ellos, obligados á dar á sus encomenderos cada un año cierta cantidad de oro y otras cosas en que están tasados por los jueces y visitadores, para el sustento de los encomenderos, y este tributo en unas partes es llamado demora, como en la Provincia del Nuevo Reino de Granada y Santa Marta y Cartagena y en Perú y en Nueva España, y estos tributos y demoras han sido encomendados en mucha parte por los jueces que el Rey ha enviado, y leyes que cristianísimamente sobre ello han hecho, como adelante más particularmente lo diremos, porque antiguamente cada encomendadero sacaba todo lo que podía á sus indios, y les hacían que les proveyesen de muchas cosas que no podían, sin excesivo trabajo, dar ni cumplir los indios, y metían en esta demora ó tributo lo que llamaban y llaman servicio personal, que era por vía de feudo, á ver de dar á sus encomenderos tanta cantidad de cargas de leña cada un año, cierta cantidad de cargas de yerba para sus caballos, tánta cantidad de madera para hacer casas ó buhios. Todo lo cual habían de traer á cuestas á casa del encomende-

ro, con más todo el trigo, maíz y cebada y otras cosas que en el repartimiento se consiguen, que podrá ser adelante, donde trataremos de la moderación que en todo se ha puesto, especificarlos más particularmente. Estas encomiendas no pueden ser removidas ni quitadas á los que justamente las tienen, sino es por traición ó por malos tratamiento de indios, ó por herejes, que en todos los otros casos aunque el primer encomendero cometa algún delito, por donde merezca pena de muerte, no por eso se le quita á su sucesor el derecho y merced que el Rey le ha hecho y hace por la encomienda. Hay otro título llamado depósito, y otro que se dice administración y es de poca fuerza, que cada y cuando que el superior quiere removerlo lo remueve, y lo mismo la administración, y así se tendrá por avisado el lector que dondequiera que nombráremos encomendero ó encomenderos se entiende por aquellos á quien han sido repartidos y encomendados los indios, y que los tienen y poseen á su cargo. Pues de esta manera el Gobernador García de Lerma fue el primero que en Santa Marta, en la forma dicha, hizo repartimiento de los indios y naturales que en la Provincia había, y luégo como Gobernador los encomendó y dio encomiendas de ellos á los vecinos, y porque quedaba alguna gente sin suerte de indios, envió á descubrir y ver el Valle de Tairona, que es junto á las Sierras Nevadas de Santa Marta, al cual efecto fueron los Capitanes Juan Muñoz y Juan de la Feria con doscientos hombres, los cuales entraron con tan buena fortuna en Tairona, que demás de no moverse los naturales de aquel Valle, que es gente belicosísima é indómita, con las armas á defenderles la entrada, les dieron de presente más de ochenta mil pesos de oro fino, y sin dejar confirmada la paz ni rota la guerra se tornaron á salir, y se volvieron á Santa Marta, contentos con sus riquezas. El Gobernador Lerma, luégo que repartió y encomendó la tierra en naturales de ella para que los encomenderos y los indios entendiesen lo que habían de hacer, nombró dos personas principales, que fueron los Capitanes Antonio Ponce y Juan de Céspedes, á los cuales dio libertad que por el trabajo que en hacer esto habían de tener, pudiesen recibir y llevar lo que los indios y

Caciques les quisiesen dar de su voluntad, que llamaban zamaigira, como joya ó presente después de haber cumplido con sus encomenderos, porque luégo en la primera vista les habían de pagar el tributo ó demora que por el Gobernador les fue señalado; y así sin lo que los indios dieron á sus encomenderos, hubieron los dos Capitanes buen pedazo de oro, porque el Ponce hubo de su parte cuatro mil pesos de oro fino, con los cuales y con otros dos mil que al Gobernador ganó á los naipes se fue á España y vive en ocio y quietud en Carrión de los Condes; y Céspedes hubo siete mil pesos de oro fino. Apunto aquí esto por manera de antigüedad y cosa que en aquel tiempo se hacía y permitía y no lo tenían por cosa escrupulosa según la gran ceguedad en que todos vivían, lo cual en este nuestro tiempo no sólo no se permitiría, pero fuera castigado agriamente el que lo pretendiera hacer, por la mucha rectitud de los jueces y justificación y moderación de nuevas leyes hechas por los cristianísimos Reyes de Castilla en favor de los míseros indios y buen gobierno de las Indias, de las cuales, como he dicho, no dejaré de ir apuntando algunas en esta historia, según que la materia me ofreciere y pusiese delante la ocasión.

CAPITULO NOVENO

De cómo el Gobernador Lerma fue á visitar la Provincia de Posigueica y fue rebatido y echado de ella por los naturales.

Como el Gobernador García de Lerma había andado visitando las Provincias conjuntas á Santa Marta, y los naturales estaban pacíficos y le habían salido de paz y ofrecídole muchos presentes, entendió tener el mismo suceso y fortuna en otros que vivían más apartados algo, y así determinó de ir á visitar las Provincias de Posigueica y Buritaca, que están hacia la parte de Cartagena entre Santa Marta y el río grande de la Magdalena, que aún en este tiempo no se había entrado en él, y tomando consigo seiscientos hombres y á los Capitanes Berrío, Villalobos, Juan Muñoz y Juan de Escobar, y por Capitán de su guarda á Hernando de la Feria, se partió la vuelta de Buritaca, llevando consigo toda su recámara y

servicio de palacio, como si su caminar y jornada fueran por tierra muy asentada y reposada y de muy cordiales amigos; y entrado que fue en el Valle de Buritaca, los primeros indios de él lo recibieron amigablemente y le dieron de presente cuarenta libras de oro fino y le dijeron que no curase de pasar de allí, antes se volviese á salir con brevedad, porque los naturales y moradores de aquellas Provincias era gente muy belicosa y guerrera y que usaban de muy ponzoñosa y fina yerba en las flechas, los cuales se andaban convocando y juntando para tomar las armas en las manos y resistirles la entrada y aun rebatirles si pudiesen; pero García de Lerma, como llevaba consigo tánta y tan lucida compañía de soldados, no hizo caso del aviso que los indios le daban, antes los amenazó diciendo que él traía tánta y tan buena gente, que bastaban á domarlos y sujetarlos por muchos y muy belicosos que fuesen, á los cuales si con obstinación tomasen las armas contra él y su gente, castigaría tan áspera y cruelmente, que por entero quedasen castigados de su atrevimiento y domados de su soberbia. Y luégo otro día envió al Capitán Berrío con cien hombres á que viese cierta parte de aquella Provincia y reconociese las poblaciones y gente que en ellas había; pero no habiéndose apartado Berrío dos leguas de donde el Gobernador Lerma estaba, salieron á él mucha cantidad de naturales, á punto de guerra según su usanza, y dando en los españoles, no sólo les impidieron y estorbaron el pasar adelante, pero fueron rebatidos con daño y pérdida de algunos soldados que los indios le mataron, y sin hacer ningún efecto se volvieron adonde el Gobernador estaba muy confiado en la gentalla que consigo tenía, el cual, lleno de cólera del mal suceso que Berrío había habido, hizo luégo apercibir doscientos hombres para que con el Capitán Muñoz fuesen otro día siguiente á castigar la desvergüenza y atrevimiento de aquellos bárbaros que con tánta osadía habían el día antes ahuyentado á Berrío y á los que con él iban. Pero los indios, que con la victoria pasada no perdieron punto de tiempo, se habían juntado en gran cantidad para dar sobre el alojamiento del Gobernador, y estando ya para salir del alojamiento el Capitán Muñoz y los que con él habían de ir,

halláronse cercados de los naturales, los cuales arremetiendo con furia y brío de animosa gente, comenzaron á herir en los nuéstros, de suerte que los echaron de su alojamiento y mataron setenta ú ochenta hombres, sin otros muchos que quedaron heridos, y fue forzado el Gobernador á retirarse con toda presteza y á salirse de aquel Valle ó Provincia, porque le habían herido los indios en la primera arremetida, y así se volvió á Santa Marta con pérdida de mucha gente y de toda su recámara, en que había tapicería de paños de corte, reporteros, camas de campo, vajilla de plata y generalmente todas las cosas del servicio de su casa, que era muy de señor, sin escapar cosa alguna, y desde aquí no curó más el Gobernador García de Lerma salir á descubrimientos; mas estándose en Santa Marta gobernando la tierra en ociosa quietud, hizo por mano de un sobrino suyo, llamado Pedro de Lerma, diversas entradas y descubrimientos, el cual envió con obra de doscientos hombres en descubrimiento del río grande de la Magdalena por tierra, con el cual iba el Obispo de Santa Marta, llamado D. Juan Ortiz, para estorbar é impedir con celo pastoril que á los indios no se les hiciesen algunas demasías, ni fuerzas ni malos tratamientos, sino que por bien y con regalo fuesen traídos á la amistad y servidumbre de los españoles; pero este su buen propósito no le tuvo mucho tiempo, aunque habían sido bien persuadidos á ello por él los españoles, porque como fuesen entrando por gente de guerra que por su ferocidad acostumbran á comer carne humana, por lo cual son llamados comúnmente caribes, y llegasen á un pueblo cuyos moradores se habían ausentado y escondido de primera faz, después vinieron con sus armas, que son arcos y flechas, y comenzaron á flechar, de suerte que el señor Obispo estuvo en riesgo y aventura de ser mal herido de sus propias ovejas á quienes defendía y por quienes volvía, por lo cual mudó de improviso parecer y comenzó á inducir y decir á los soldados que hiriesen en ellos y los persiguiesen y sujetasen con las armas, que él los absolvería: tánto puede el temor de la muerte; y prosiguiendo su descubrimiento, llegaron á un pueblo de indios que por poseer y tener sus moradores muchas argollas de oro, fue dicho el pueblo de las argollas,

en el cual dieron de noche y robaron y rancharon todo lo que pudieron y capturaron todos los más de los moradores de él; y algunos que escaparon huyendo, juntándose, vinieron otro día con sus armas en las manos á dar sobre los españoles; pero como eran pocos y amedrentados, fueron fácilmente rebatidos y arruinados, y pasando adelante con su descubrimiento, llegaron á vista de otro pueblo que por su grandeza y buen parecer fue llamado Sevilla, cuyos moradores estaban con las armas en las manos esperando á los nuéstros para resistirles la entrada, lo cual hicieron animosamente, porque por defender á los nuéstros que no entrasen en su tierra les mataron quince españoles y cuatro caballos y les hirieron otros soldados; pero al fin fueles entrado el pueblo por fuerza y saqueado, y ellos ahuyentados de él, y de allí pasó al pueblo llamado Chimila, donde no hubo ninguna resistencia ni pendencia con los naturales; y después de haber el Capitán Lerma descubierto la Provincia de los Caribes y la de la gente blanca y río grande y parecerle que toda era gente pobre y de poco oro ni provecho, y que de andar entre ella no se podía adquirir sino las muertes de algunos soldados, dio la vuelta á Santa Marta, y este fue el primer descubrimiento de Chimila y gente blanca y por tierra el río grande de la Magdalena. Es, como se ha dicho, toda la gente de estas Provincias de los caribes y gente blanca, gentes que comen carne humana, y pensaban que asimismo la comían los españoles, por lo cual como en un pueblo por fuerza de armas constriñesen los soldados á los indios á que se redujesen en sus casas con el temor que tenían, se subían en unas barbacoas y lechos altos que dentro en los techos de sus casas tenían, y de allí arrojaban, á los que los entraban á buscar, sus propios hijos para que los comiesen; aunque otros dicen que habiéndoseles acabado las armas, los tiraban á los españoles desde lo alto para ofenderlos y defenderse de ellos, y era tan grande la fiereza de estos bárbaros, que faltándoles las armas para pelear, sus mujeres les arrojaban y tiraban á los enemigos las criaturas y niños hijos propios que á los pechos tenían, para ofenderlos y defenderse. Todos estos indios de estas Provincias referidas y generalmente todos los co-

marcanos á Santa Marta y á sus serranías y Provincias, son gente que usan y acostumbran poner en las flechas yerba ponzoñosa y pestilencial, con que matan la gente, de suerte que de los á quien hieren con las flechas que están untadas de esta yerba, muy pocos ó ningunos escapan, y por la mayor parte mueren rabiando y envarados, yertos y pasmados, y mediante el usar de esta yerba pestilencial para su defensa, se conservan y han defendido siempre de los españoles y nunca han sido enteramente sujetos ni domados de ellos. Desde pocos días que Pedro de Lerma hubo descansado, intentó hacer otra jornada y nuevo descubrimiento á las espaldas de las sierras de Santa Marta, porque como en algunas Provincias de las que la gente de Santa Marta hubiesen hallado algunas piedras esmeraldas, daban por noticia los indios que las tenían, que habían bajado de ciertas gentes que habitaban muy apartadas de su región hacia la parte del sur de aquella Provincia. Era esta tierra de donde se traían estas esmeraldas, lo que ahora llaman el Nuevo Reino de Granada. El Capitán Pedro de Lerma, habida licencia y comisión del Gobernador García de Lerma, se partió de Santa Marta con doscientos hombres y entre ellos los Capitanes Lebrija y Sanmartín, Céspedes y Juan Tafur, y Juan Muñoz, y caminando la vuelta de la Ramada y río de la Hacha, fueron á dar al Valle de Upar, y de allí por el río de Sarare á las riberas del río grande de la Magdalena, por cuyas riberas caminaron con excesivos trabajos hasta llegar al río que dijeron de Lebrija, donde les empezó á estorbar el camino la aspereza y maleza de la tierra, que era la más arcabuco y de raras poblaciones, y demás de esto entraba el invierno, que les causaba ser los trabajos doblados, porque como los soldados y aun Capitanes no tenían indios que les sirviesen, eran ellos mismos forzados á hacer lo que habían menester y á servirse á sí y á sus caballos, cogiéndoles la yerba y lo que habían de comer, por lo cual fueron constreñidos á dejar la demanda que llevaban é iban á descubrir, y dar la vuelta á Santa Marta, donde se hallaron dentro de pocos meses que dieron la vuelta, con cantidad de oro que los indios del río grande y de otras Provincias por do habían pa-

sado les habían dado de presente, y alguna parte de lo que habían tomado y ranchado en algunos pueblos. Llegados á Santa Marta hallaron que algunas poblaciones de indios se habían rebelado y alzado, como fueron las de Marona y Valle de Coto y Valle Hermoso, y no querían acudir con el feudo y tributo á sus encomenderos, por lo cual le fue encargado al Capitán Pedro de Lerma que los fuese á pacificar y traerlos á la sujeción y servidumbre que de antes tenían. El cual tomando consigo ciento veinte hombres, se fue la vuelta de Marona, con cuyos naturales tuvieron cierta refriega y guazabara bien reñida, y sin poderlos traer á confederación y amistad, dieron la vuelta hacia la mar á dar al Valle que dicen de Coronado, y de allí se vinieron á Santa Marta, y prosiguiendo su castigo y pacificación, fueron al Valle de Coto, y llegando á un pueblo grande y de muchos moradores, hallaron los puertos en armas para se defender, y acometiéndoles, fueron de ellos resistidos algún tiempo, aunque les hicieron al fin desamparar el pueblo, pero con daño de los nuéstros, porque les mataron treinta españoles é hirieron otros algunos; pero los indios no dejaron de recibir harto daño en sus personas, demás que les quemaron el pueblo; y pretendiendo haber entera venganza de los españoles que les habían muerto, quisieron los nuéstros pasar á quemar un pueblo de más de cuatrocientas casas que estaba de la otra banda del río de Coto, y yendo marchando con este propósito, al pasar del río les salieron al encuentro los indios con las armas en las manos, y no sólo les estorbaron el paso pero les tomaron á manos dos escuadras llamadas *Bartolomé García* y *García de Zitiel*, con otros españoles, y les mataron é hirieron otros muchos y los hicieron retirar al pueblo que habían quemado, donde hallaron obra de quinientos indios que los estaban esperando á punto de guerra, de los cuales asimismo fueron acometidos y constreñidos á retirarse á Tamaca, pueblo de indios amigos, y de allí se volvieron á Santa Marta con pérdida de hartos españoles que fueron muertos en el conflicto de las guazabaras ó reencuentros, sin contar los que los indios llevaron vivos en su poder, á los cuales dieron más crueles y prolijas muertes. Viendo los indios del Valle Hermoso las vic-

torias que habían habido los de Coto, acordaron rebelarse y no obedecer como antes solían á los españoles, por lo cual el Gobernador Lerma envió á que los castigasen á los Capitanes Céspedes y Escobar y Bueso, con doscientos hombres, los cuales dividieron la gente entre sí para dar en tres pueblos principales que en aquél Valle había y quemarlos y arruinarlos. Los dos Capitanes Escobar y Bueso quemaron y arruinaron los dos pueblos que en suerte les cupieron, y el Capitán Céspedes no quemó el que en suerte le cupo por haberse ido la gente de él y desamparádolo, y recogiéndose á un alto para de allí ofender y defenderse de quien les pretendiese damnificar; y como el Capitán Céspedes con su gente quisiere subir al cerro donde los indios estaban hechos fuertes, parecióle que era temeridad dejar solo un peligroso paso que á las espaldas tenía, el cual, si los indios le tomaran, peligrara él y su gente, y volviendo con presteza á reforzar y guardar con su gente aquél paso, se estuvo en él hasta que los otros dos Capitanes Escobar y Bueso llegaron allí, y quedando en guarda de aquel peligroso paso, el Capitán Céspedes subió con sus soldados y resistiendo valerosamente la furia de los bárbaros, les ganó el alto y alojamiento donde estaban, y dando en ellos fueron muertos muchos y los demás ahuyentados, y hecho este castigo se volvieron á Santa Marta; y desde á pocos días el Gobernador Lerma, queriendo ver si la gente y naturales del Valle de Tairona estaban domésticos y si los podrían atraer á su amistad, envió tercera vez gente á ellos, yendo por Capitanes su sobrino Pedro de Lerma y Alonso Martín y con ellos más de doscientos hombres, los cuales llegando al paraje donde antes había llegado el Capitán Villalobos, fueron acometidos de los indios y forzados á retirarse, con pérdida de algunos españoles y daño de sus propias personas, porque á entrambos Capitanes hirieron los indios, y así sin hacer ningún buen efecto se volvieron á Santa Marta.

CAPITULO DECIMO

En que se cuenta cómo el Gobernador Lerma, por temor de la gente que en Santa Marta tenía no se le fuese á Perú con la fama de las riquezas que en ella se habían descubierto, hizo hacer la jornada y descubrimiento del Zenú.

En este tiempo, que sería por el año de 1531, vino á Santa Marta la nueva del descubrimiento del Perú y de sus riquezas, por lo cual fueron muchos soldados promovidos á dejar la vivienda de Santa Marta é ir á participar de las riquezas nuevamente descubiertas. Porque en esta sazón estaban muchos de camino para ir á poblar á la gente blanca y de los caribes, la cual es gente desnuda, pobre y belicosa; por los cuales respectos los soldados que estaban para ir á ella lo dejaron y no se curaron de ello por irse, como he dicho, á Perú. El Gobernador Lerma, pretendiendo amplificar su gobernación y entretener la gente que no se le fuese, determinó que se hiciese una jornada en descubrimiento del Zenú, de quien en aquellos tiempos había gran noticia de muchas é infinitas riquezas de oro sobre la tierra; es esta noticia y Provincia de la otra banda del río grande de la Magdalena, hacia la parte de Cartagena, entre el mismo río grande y el río de Cauca, que nace en la gobernación de Popayán; y demás de esto en la propia sazón había hombres en Santa Marta que por tener algún conocimiento de la cosmografía y astrología certificaban al Gobernador que por conjeturas alcanzaban á saber y conocer que el río grande arriba, de la una y otra parte de él, había tierras riquísimas y muy pobladas. Con estas cosas fue algún tanto sosegado el ánimo de los soldados para dejar de ir á Perú y seguir el nuevo descubrimiento que el río grande arriba quería hacer, y así fueron juntos doscientos hombres y nombrados por Capitanes y administadores de todo lo criminal los Capitanes Céspedes y Juan de Sanmartín, y por Teniente general ó superior de todos éstos un licenciado ó bachiller Torres, canónigo de Santa Marta, clérigo y sacerdote de misa, y por Capitán de gastadores, que son macheteros y azadoneros, á un Santos de Saavedra, natural de Cáceres; todos los cuales juntos sa-

lieron de Santa Marta la vuelta de los caribes y gente blanca, para por allí arrimarse al río grande y proseguir su viaje, como lo hicieron. En estas poblaciones de los caribes y gente blanca dio cierta enfermedad al canónigo y Licenciado Torres, de que murió luégo; los Capitanes Céspedes y Sanmartín se hicieron publicar y obedecer por Tenientes de Gobernador, iguales en jurisdicción, y como eran personas de notable esplendor y virtud, nunca se desconformaron en el mandar, regir y gobernar, antes con toda afabilidad y modestia llevaron sus compañías pacíficamente, sin sucederles cosa próspera ni adversa, hasta el pueblo y Provincia llamada de Sampollón, que es más arriba de donde ahora está poblado el pueblo y ciudad de Tamalameque, en la ribera del río grande, á la parte de Santa Marta. Este Sampollón es donde antiguamente estaba poblado un pueblo de españoles llamado Santiago de Sampollón. En esta Provincia estuvieron estos dos Capitanes esperando ciertos bergantines que por el río habían de subir para que los pasasen de la otra parte. Porque pasa de esta manera que al tiempo que el Licenciado Torres y los Capitanes Céspedes y Sanmartín, con la demás gente, salieron de Santa Marta, el Gobernador Lerma hizo aderezar ciertos bergantines, en los cuales iban por Capitanes Luis de Manjarrés y Alonso Martínez (natural de Huelva), y los envió con cien hombres para que entrasen por la boca del río grande y fueran en seguimiento de los que iban por tierra. Salidas de Santa Marta, al tiempo del embocar por el río grande, les sobrevino un poco la tormenta que fue causa que el bergantín y fragata en que iba Manjarrés se hundiese y toda la gente de él pereciese, sin escapar más de sólo el Capitán Manjarrés, que por ser diestro y animoso nadador pudo soportar el ímpetu de la tormenta, y siendo favorecido de su buena fortuna, fue recogido en uno de los otros bergantines, los cuales navegaron el río arriba, y desde á poco tiempo, no sin falta de trabajos á causa de las grandes corrientes del río y algunos acometimientos que los indios en canoas les hacían por el agua, con que no dejaron de damnificarles, llegaron á Sampollón, donde la demás gente estaba esperando, y allí se regocijaron de verse los unos á los otros. El Capitán

Santos de Saavedra, siendo algo bullicioso y de ánimo mal reposado, mediante la pujanza de amigos que con su cargo había cobrado, entrometióse con libre desenvoltura en más negocios de los que le eran permitidos, dando á entonder que no debía de obedecer á los Capitanes Sanmartín y Céspedes como ellos pretendían ser obedecidos, los cuales se temieron por insignias que vieron que se les había de alzar ó amotinar algún día con parte de la gente, y esta presunción confirmó el Capitán Saavedra con que al tiempo que los bergantines llegaron á Sampollón, de su propia autoridad, con algunos amigos suyos, se metió en uno de ellos y echó fuéra al que los traía á cargo, y sin decir nada á los Tenientes y Capitanes comenzó á pasar de la otra banda del río á los que tenía por amigos. Pero disimulando con esta desenvoltura los Capitanes Céspedes y Sanmartín, fingiendo no hacer caso de ello, ni haberlo visto, con alegre demostración fingieron cierto convite y recreación otro día para por el río, entre los Tenientes y Capitanes que en los bergantines habían venido y otras personas principales del campo, y convidando entre los demás al Capitán Saavedra lo hicieron confesar y le dieron garrote en un varón del bergantín, y con esto se sosegaron los bulliciosos que entre la gente que llevaban se iban levantando. Muerto Saavedra, los Tenientes acabaron de pasar toda su gente de la otra parte del río, y como tenían por tan cierta su noticia, despidieron los bergantines y volviéronse á Santa Marta, y metiéndose ellos la tierra adentro comenzaron á dar en algunas poblaciones de indios que ahora sirven á la villa de Mompós, no muy abundantes de riquezas ni ellos en tanta cantidad como los españoles quisieran. Las cuales pasadas, luégo dieron en grandes arcabucos y manglares despoblados y muy trabajosos de caminar, los cuales rompieron y anduvieron hasta llegar á las riberas del río del Cauca, en las cuales, aunque había algunas poblaciones, no se trataban ni comunicaban por agua, y así demás de ser trabajoso el buscarlas y descubrirlas hacíanlas tan obscuras las espesuras de las montañas y manglares, que ningún trabajo de hombres era tolerable para descubrirlas. Visto esto y que la gente empezaba á enfermar, acordaron dar la vuelta sobre el río grande y en

pocos días volvieron al propio puerto do habían desembarcado, donde no menos trabajos pasaron por no tener bergantines en qué volver á pasar el río, que les fue forzoso ir á buscar por los pueblos comarcanos canoas en qué pasar, en las cuales, con harto trabajo, pasaron, y con mucho riesgo de sus personas, así por la grandeza é ímpetu del río como por no saber los españoles gobernar ni navegar aquel género de navíos pequeños, de quien en otra parte trataremos más largamente, declarando su proporción y manera de navegación. Pasada toda la gente de la otra parte del río, hacia la banda de Sampollón hallaron toda la gente anegada porque era ya entrado el invierno y habían cargado las aguas muy de golpe; y partidos de Sampollón se arrimaron todo lo que pudieron á la tierra, hasta llegar al paraje de un pueblo llamado Sopati, donde los dos Tenientes se dividieron y partieron entre sí la gente para ir por diferentes caminos ó á diferentes efectos, porque el Capitán Sanmartín pretendía ir á dar en el pueblo y poblaciones de Tamalameque para haber algún oro. El Capitán Céspedes pretendía ir á dar en cierto buhío ó santuario que tenía fama de muy grande y rico por tener en él el demonio sus particulares y familiares coloquios con los indios de algunas poblaciones del Valle de Upar, y así cada cual tomó su camino y derrota con la gente que le cupo.

CAPITULO UNDECIMO

De cómo el Capitán Sanmartín, yendo en demanda de Tamalameque, fue desbaratado de los indios y le mataron muchos españoles.

El Capitán Sanmartín, aunque toda la tierra que caía hacia la parte de Tamalameque estaba cubierta de agua, con la mucha codicia y avaricia que en él reinaba no le parecía cosa dificultosa el atravesar los lagos que por delante tenía, y así con algunas canoas que allí hubo pasó con su gente al pueblo de Sopatín, que estaba todo cercado de agua, aunque no era mucha la distancia que de él á la tierra firme ó enjuta había, y de allí, como estaba obstinado en aquel propósito de no irse sin ver á Tamalameque, propuso y determi-

nó por entero de pasar adelante con su gente, la cual opinión le fue contradicha por el Capitán Juan Tafur y por otros Capitanes y personas principales, poniéndole por delante la gran temeridad que quería hacer en llevar la gente suya caminando por agua, donde fácilmente podían ser damnificados de los naturales de aquellas Provincias, que con canoas los podían cercar y sojuzgarlos muy fácilmente; porque el Capitán Sanmartín, no considerando bien los daños que le podían sobrevenir, pretendía pasar en las canoas un golfo muy pequeño y muy hondable, que por delante tenía, hasta llegar á la tierra que de verano suele estar enjuta y descubierta, que eran unas largas campiñas y cabañas, y allí echar su gente, y pasar los caballos á nado hasta este propio lugar, y después de tenerlo todo pasado, irse caminando por el agua á pie y en los caballos hasta Tamalameque. Pero aunque Sanmartín había dicho á algunas personas que no se metería en aquel peligro tan evidente, todavía lo hubo de efectuar para daño suyo y muerte de muchos españoles que por su loca y atrevida obstinación le mataron; y fue así que metiendo todo el carruaje que tenía en las canoas, con los demás españoles se pasó de la otra banda del lago á lo menos hondable, que como hemos dicho de verano suele estar descubierto; y los soldados tomaron las sillas de los caballos y apartáronse con ellas á ponerlas encima de algunos árboles. Algunos españoles, buenos nadadores, que en Sopatín habían quedado para pasar á nado los caballos, jamás los pudieron hacer navegar por el agua, sino que entrando, luégo se volvían á salir, y así nunca los pudieron pasar adonde Sanmartín estaba con los demás españoles convertidos en pescados; porque es cierto que estaban en el agua hasta los sobacos, y todo lo que habían de caminar era de la propia hondura. Los indios de Sopatín que no se descuidaban punto en atalayar y mirar cómo podían damnificar á los nuéstros, hallaron la ocasión como deseaban, y viniendo con gran cantidad de canoas llenas de indios armados con gran cantidad de flechas, dieron en el Capitán Sanmartín y en los que con él estaban, é hiriendo de la primera arremetida á muchos, los constrifieron á desamparar, con gran daño y pérdida de los propios

españoles, las canoas que tenían, y arrojándose al agua eran muchos ahogados por no saber nadar, y otros con las heridas que tenían ó tiñendo el agua con su sangre, se les entraba la frialdad en el cuerpo de que asimismo se quedaban muertos en el agua. Algunos fueron socorridos yendo caminando por el agua, como fue el propio Sanmartín y Juan Tafur y otros de una canoa que el Capitán Cardoso, que había quedado en el pueblo de Sopatín, les envió, y éstos más escaparon por negligencia de los indios que no por la mucha diligencia que ellos pudieron poner en defender ni guarecer sus personas. Porque estos bárbaros, en la hora que vieron que los españoles desamparaban las canoas, diéronse á robar y tomar lo que en ellas había y dejaron de seguir la entera victoria que de los españoles podían haber; pero con todo eso les quedó la laguna ó ciénaga bien teñida en sangre y acompañada de cuerpos de españoles y convertido aquel lago en un triste espectáculo para los demás españoles que desde el pueblo de Lompatín lo estaban mirando. Los indios luégo se fueron derechos en sus canoas, y como el pueblo donde los que vimos habían quedado se recogieron, estaba cercado de agua, cercáronlos ellos de tal suerte que no podían pasar á la tierra firme, y en este cerco los tuvieron ciertos días con gran riesgo de acabarlos de matar y consumir á todos, porque ningún género de comida tenían, salvo cierta frutilla de la tierra, amarilla, que parecía ciruelas, y no les quedaba ya qué comer sino eran los caballos. Entre estos españoles habían quedado algunos soldados animosos y buenos nadadores, los cuales, para remedio de todos los demás, determinaron de echarse de noche al agua y salir nadando á la tierra firme é ir á llamar al Capitán Céspedes, que pocos días antes se había apartado de Sanmartín, como arriba se dijo, los cuales lo hicieron tan bien, que sin recibir daño ni ser sentidos de los indios, pasaron el agua y caminaron tan apresuradamente que alcanzaron al Capitán Céspedes, el cual como supiese la aflicción y cerco en que Sanmartín y los demás estaban, dio la vuelta al pueblo de Lompatín, y mediante su llegada se apartaron los indios del cerco y tuvieron lugar de pasar los españoles que aislados y cercados estaban

á la parte de tierra firme, y de allí se fueron todos juntos la vuelta del Valle de Upar, y del Valle de Upar á la enramada y costa de la mar, y de allí á Santa Marta, después de hacer veinte meses que habían salido de Santa Marta, donde hallaron que gobernaba el Dr. Infante, Oidor de Santo Domingo, porque en el ínterin que esta gente andaba en la jornada y descubrimiento dicho, murió el Gobernador García de Lerma de cierta enfermedad que le dio, y la Audiencia de Santo Domingo por su fin y muerte proveyó en el Gobierno de Santa Marta al Dr. Infante, aunque otros dicen que antes que Lerma muriese había venido Infante á tomarle residencia y que estándola dándola murió. Habíase en esta sazón quemado la mitad del pueblo y casas de Santa Marta, en que se perdió gran cantidad de pesos de oro y mercaderías y otras cosas que el fuego abrasó y consumió. El Dr. Infante gobernó pacífica y quietamente y pasó su gobierno cuasi en silencio, sin haber sucedido ni hecho cosa notable más de haber enviado un navío ó carabela con cincuenta hombres á hacer esclavos á la Provincia de La Enramada, con un Capitán Francisco Méndez, valenciano, y con el Capitán Rivera, á los cuales prendió el Capitán Nicolás Federmann, Teniente de Gobernador de Venezuela, que en la propia sazón andaba por las Provincias del cabo de la Vela y río de Macomite, según que más largamente se escribe en el libro donde tratamos de esta jornada de Federmann en la segunda parte También en tiempo de este Gobernador el Dr. Infante, un caballero portugués llamado Jerónimo Melo entró con ciertos bergantines y gente por la boca del río grande de la Magdalena, y navegando por él arriba llegó hasta donde ahora está poblado el pueblo de Tamalameque, y de allí se volvió á Santa Marta, donde murió; y así gobernó la tierra el Dr. Infante hasta que vino y entró en ella el Adelantado de Canaria D. Pedro Fernández de Lugo, á quien el Emperador y Rey de España hizo merced de la Gobernación de Santa Marta, según en el siguiente libro se tratará.

En el segundo libro se escribe y cuenta cómo el Emperador D. Carlos V dio la Gobernación de Santa Marta al Adelantado de Canaria D. Pedro Fernández de Lugo, el cual

venido que fue á su Gobernación, por su persona y la de su hijo y otros Capitanes, intentó algunas jornadas y entradas á pacificar á la Sierra de Santa Marta y Bonda, y á otras partes y Provincias en que la más insigne fue la que encargó al Licenciado D. Gonzalo Jiménez de Quesada, su Teniente general, en descubrimiento de los nacimientos del río grande de la Magdalena.

LIBRO SEGUNDO

CAPITULO PRIMERO

En que se escribe cómo el Adelantado de Canaria hubo del Emperador D. Carlos la Gobernación de Santa Marta por dos vidas.

Don Alonso de Lugo, primer Adelantado de las islas de Canaria, conquistó las islas de Tenerife y La Palma, por lo cual el Rey católico D. Fernando le dio el señorío de aquellas dos islas por dos vidas, de las cuales era Adelantado, y aunque su título era Adelantado de Canaria, no por eso su jurisdicción y señorío se extendió á la isla de Canaria, que siempre fue realinga, ni á ninguna de las otras cuatro islas; al cual después de sus días sucedió D. Pedro Fernández de Lugo, su hijo; éste, viendo que en él se acababa el Adelantamiento y señorío de aquella tierra, procuró dilatar y extender su estado con tratar con el Rey D. Carlos, Emperador quinto de este nombre, señor universal que en aquel tiempo era de los Reinos de Castilla y del Imperio y de las Indias, que le diese la Gobernación de Santa Marta por ciertas vidas, para él y para sus sucesores, con lo que él descubriese debajo de cierta demarcación Norte Sur, y que le dejaría el señorío de las Islas de La Palma y Tenerife que él entonces poseía. El Emperador tuvo por bien de hacer cualquier concierto con él, porque llevaban principio aquellas islas de ser de mucha utilidad á la Corona y Estado Real, y así le dio la Gobernación de Santa Marta por dos vidas, que la una fuese la suya y la otra de su sucesor, en las cuales fuese señor y Gobernador de

todo lo que descubriese y poblase, con otras particulares condiciones que hacen poco á nuestro propósito, lo cual se efectuó y celebró en España; como en las Islas de Canaria comenzó á juntar gente para irse á su Gobernación de Santa Marta y poblarla y conquistarla, en donde hizo mil y doscientos hombres, con los cuales y muchas municiones y aderezos de guerra llegó á la ciudad de Santa Marta con diez y ocho navíos por el año de treinta y cinco, donde halló que gobernaba el Capitán Juan de Céspedes, por el Dr. Infante, el cual, dejando el Gobierno, se volvió á Santo Domingo á residir en su silla de Oidor. Traía el Adelantado muchos y muy buenos aderezos de guerra para ofender y defenderse de los indios, pero no conforme á la usanza de Indias, cuya disciplina militar él no pensaba seguir, antes burlaba de ella como si hubiera de pelear con gente que á su similitud hubiera de usar la guerra. Trajo consigo demás de muchos caballeros muy principales y de mucha cuenta á su hijo D. Alonso Luis de Lugo y á los Capitanes Lázaro Fonte, natural de Tenerife, en las Canarias, y por su Teniente y Justicia mayor al Licenciado Jiménez de Quesada; al Capitán Juan de Albarracín, natural del puerto de Santa Marta; al Capitán Luis Bernal, natural del mismo puerto de Santa Marta; al Capitán Jerónimo Suárez, natural de Málaga, y á otro Capitán que se decía Madrid; al Maestre de Campo Diego de Urbina; al Capitán Tapia, natural de la ciudad de Avila; al Capitán D. Pedro de Portugal, y demás de esta gente que el Adelantado de Canaria metió en Santa Marta, había en ella de los antiguos Capitanes y pobladores y conquistadores otros quinientos hombres; y después de haberse metido en posesión de su Gobernación, lo primero que pretendió hacer fue procurar pacificar la tierra, que estaba alzada y rebelada la más de ella, para sacar de los naturales y señores de ella alguna cantidad de oro con qué poder pagar los fletes á los señores y Capitanes de los navíos y á otras personas que le habían prestado dineros, las que le fatigaban y daban prisa sobre la cobranza y paga de ellos. Para este efecto hizo reseña general de toda la gente que en Santa Marta á la sazón había, y que halló casi dos mil hombres, y luégo los mandó apercibir á todos los más,

que no quedaron en Santa Marta cien hombres, con los cuales el Adelantado comenzó á marchar hacia el pueblo del Cacique y señor llamado Bonda, llevando su gente en ordenanza y á paso de atambor con sus banderas tendidas. Algunos de aquellos Capitanes que de tiempo más antiguo habían estado en Santa Marta y sabían el modo como se debía encaminar aquella gente para más seguridad suya, avisaban al Adelantado que no curase de seguir aquellas ordenanzas ni hacer aquellas extorsiones de gentes y municiones, porque era poner toda su gente por blanco y terreno donde los indios disparasen sus flechas, que untadas con la ponzoñosa y pestífera yerba, solían tirar, con que en breve tiempo vería una irremediable mortandad en los suyos, porque por muy pequeñas heridas que con las enherboladas flechas tiradas por la furia de aquellos bárbaros recibiesen, no sería parte ninguna antigua experiencia de cirujanos ni letras de médicos que en su campo trajere á remediar las vidas de los que fuesen heridos. Pero de estas cosas burlaba el Adelantado, pareciéndole que eran fabulosas é inventadas por aquellos hombres, que se lo decían á fin que se hiciese particular cuenta y caso de ellos y que él fuese necesitado á tomar su consejo; pero el tiempo le constriñó después á que él viniese á pedir con ruegos y halagos lo que al principio de voluntad le ofrecían, porque como con su gente y campo marchase por junto á la sierra que era tierra llana y los indios desde los altos se pusiesen á ver aquel escuadrón de lucida gente caminar tan á compás y por tan nueva orden, seguramente les arrojaban algunas flechas con que herían muy á su salvo desde lo alto algunos de aquellos bisoños soldados que muy despacio iban caminando al són de sus atambores, sin que de toda aquella multitud de soldados pudiesen damnificarlos. La pretensión de los Capitanes viejos y experimentados en aquella milicia era que aquellos indómitos bárbaros, que ya diversas veces habían sido traídos por halagos y por temores y fuerzas á la amistad de los españoles, se viese con ellos de rigor, pues no tenían ningún agradecimiento, anticipándose, sin que de ellos fuesen sentidos, á ir á sus pueblos de noche y cogerlos descuidados sin que pudiesen enteramente tomar las armas en

las manos, con el cual ardid y con otros semejantes se suelen domar estos muy belicosos indios, los cuales si antes de ser asaltados y sujetos de la suerte dicha, sienten á sus contrarios los españoles, ninguna fuerza de armas será parte á sujetarlos y domarlos; porque como es gente tan suelta y hecha á andar por aquella áspera y montuosa tierra, y la saben toda, y tienen para su defensa el remedio de la ponzoñosa yerba que en las flechas ponen, cuyas pequeñas heridas, como se ha dicho, son irremediables, hacen muy á su salvo la guerra, y en tomando una vez las armas en la mano procuran haber entera victoria, dando sobre los españoles á horas no pensadas, confiados en el daño que con sus flechas y yerba les han de hacer, y que cuando los españoles más victoriosos fueren contra ellos y muy de vencida los llevaren, los han de andar á tomar y prender como fieras por los espesos bosques, porque como estos bárbaros vengan desnudos á la guerra y no traigan peso de armas ni ropa que les estorbe, fácilmente cuelan por cualquier espeso matorral y arcabuco, y así pocas veces los ofenden los españoles, si no es como he dicho, asaltándolos de noche con mucha presteza, lo cual no pensaba hacer el Adelantado, sino usar con ellos de todo comedimiento y modestia, llamándolos con halagos y buenas palabras, y por vía de dádivas y riquezas atraerlos á su amistad, pareciéndole que pues aquellos bárbaros era gente que poseía tánta riqueza de oro y tenían capacidad y entendimiento para conocer la grandeza de aquel metal, que es el más subido de los metales, que también lo tendrían para conocer los halagos y buenos tratamientos que él les pretendía hacer; y que ya que esto no bastare, con el temor de ver en su tierra tánta multitud de gentes, por evitar los daños que la guerra suele traer, le saldrían con algún partido. De todas estas consideraciones estaban bien apartados el señor y moradores de Bonda y de otros pueblos á él sujetos y comarcanos, teniendo, como he dicho, puesta toda su esperanza en la aspereza y en la fuerza de sus armas y en la ligereza de sus personas. El Adelantado, marchando con su campo, llegó á los llanos de Bonda, que está cuatro leguas de Santa Marta, donde los indios tenían muchas labranzas y sementeras para

su sustento, en donde hizo y situó su alojamiento muy por su orden y puso sus tiendas y pabellones y toldos; estos alojamientos se suelen comúnmente, á lo menos en el Nuevo Reino, llamar rancherías, y lo mismo llaman á cualquier sitio ó fortaleza donde los indios, dejada su antigua población, se recogen con el miedo de los españoles, y al saquear algún pueblo y tomar todo lo que en él hay, llaman ranchear, y al oro que de esta suerte se ha habido llaman oro de rancheo, y de esta suerte van colorando los actos de la avaricia y rapiña con vocablos exquisitos é inusitados. Los indios de Bonda, desde que vieron alojado el campo y gente del Adelantado, oyeron sonar una nueva orden de música que el Adelantado llevaba, como eran trompetas, chirimías y sacabuches, eran incitados á dar muestra de su muchedumbre por los altos de los cerros y aun de su desvergonzado atrevimiento, pues sin ningún temor se acercaban al alojamiento de los españoles sin querer llegar á dar la obediencia. El Gobernador, luégo que se hubo alojado, envió una lengua ó intérprete bien instruido á hablar al señor de Bonda y á que le dijese cómo S. M. le había enviado á aquella tierra para ser Gobernador y señor de ella; que le viniese á ver y reconocer y que él le guardaría la paz y amistad y le haría todo buen tratamiento y no consentiría que ningunos españoles le damnificaran, antes que si hasta allí algunos daños se le habían hecho, que él le satisfaría de ellos y castigaría los delincuentes, y otras cosas favorables para atraer á su amistad aquellos bárbaros. La guía é intérprete que fue era un indio natural de aquellas Provincias de Santa Marta, y desde á poco volvió y trajo consigo un indio que dijo ser principal y Capitán de los sujetos á Bonda, con el cual venían otros tres indios y todos cuatro desnudos en cueros, sin traer cosa sobre sí sino era mucha bija—betún colorado con que se tiñen todo el cuerpo en tiempo de sus regocijos ó de guerras—y algunas plumas y plumajes de guacamayos, y sus arcos y flechas en las manos. El Adelantado los recibió muy bien y alegremente y pareciéndole que era principio de venir de paz toda la demás gente, y les dijo lo que antes había dicho al intérprete que envió á llamarlos y con quien habían venido, añadiendo que

fuesen á su cacique Bonda y le dijesen lo que he referido y que demás de esto su principal venida había sido á que fuesen cristianos y se convirtiesen á la ley de Jesucristo, en cuya ley y los demás que con él venían, vivían, y otras santas exhortaciones, de las cuales, aunque los indios lo escuchaban y prestaban atención á ello, era por verse casi presos, pero no porque en sus corazones jamás ha reinado voluntad de dejar sus idolatrías y llegarse al camino de salvación; y conclusa su plática, en pago del presente que los indios le trajeron, que fue, casi por vía de escarnio, un poco de maíz blanco y un catabre ó cestillo blanco y unas pocas de guamas, que es cierta fruta común y de poca estimación, les dio el Adelantado muchas cuentas de España, que es rescate preciado entre ellos, y camisas de ruán y otras cosas de vestir, y tornándolos á enviar, les dijo que en todo caso volviesen otro día con su cacique, de paz. Los indios, despidiéndose del Adelantado, dijeron que otro día volverían de la suerte que verían, y así se volvieron á su tierra y serranía.

CAPITULO SEGUNDO

De cómo el Adelantado, llamando algunos soldados y Capitanes viejos, les preguntó lo que de la paz de aquellos indios les parecía, y lo que le respondieron.

Como el Adelantado, con el contento dicho, despidió los indios que habían venido de paz, mandó luégo llamar algunos de los soldados y Capitanes viejos, para informarse de ellos, como de hombres más expertos y cursados en aquella tierra, lo que les parecía de aquella gente y de la paz que habían principiado, la cual él tenía por muy firme y segura; y luégo que fueron juntos y platicaron sobre el caso, hubo entre elllos diferentes y dudosos pareceres, en que algunos con poco fundamento decían que sin falta vendrían de paz aquellos bárbaros, aunque no fuese más de ver muy por entero y particularmente aquel grande aparato de la gente y municiones que tan osadamente se les había puesto delante; pero otros que presente tenían la dudosa y mala fe de estos bárbaros y su desenvoltura y rústica desvergüenza, como

fueron los Capitanes Sanmartín y Céspedes y soldados viejos que á su opinión se arrimaron, declararon que no debía haber ningún descuido en el campo, guardias, velas y centinelas de él, porque claramente daban y habían dado los indios á entender sus designios y mal propósito, pues solamente habían enviado cuatro indios con las armas en las manos, casi dando á entender lo poco en que estimaban la potencia de los españoles, lo cual no solían ni acostumbraban hacer cuando enteramente venían á confederarse con españoles, y que el siguiente día, antes se debían esperar los enemigos con las armas en las manos que los amigos con quietud. De esto se alteró algo el Adelantado y mostró pesarle de que tan claramente tuviese ninguno atrevimiento de decir lo contrario de lo que él en su opinión é imaginativa tenía, y así respondió á los que esto le dijeron: "Vosotros, como estáis acostumbrados á derramar y verter la inocente sangre de estos míseros indios y á robarles lo que en sus casas tienen, querríais que viniesen con las armas en las manos á ofreceros ocasión con qué ejercitar vuestros actos y géneros de avaricia, y por eso claramente dais á entender claramente con palabras dobladas lo que en el corazón tenéis; pues entended que precio más la paz de este Cacique que la administración y señorío de una gran ciudad." Y menospreciando lo que le decían, los despidió, y encargó á los que tenían cargo de poner guardas y velar en el campo que tuviesen especial cuidado de velar. Aquella noche se les aportó la claridad del día y refrescó el aire con algún frío, porque como está cerca de allí la Sierra Nevada, aunque de día hace muy gran calor, las noches hace muy frescas y deseosas de ropa y abrigo. Estaba el alojamiento del Adelantado y su gente puesto junto á la propia Sierra, en el paso y camino por do bajaban y subían al pueblo de Bonda, en el cual paso los indios, al tiempo que tuvieron noticia de la salida de los españoles de Santa Marta, hicieron cierta palizada y palenque fuerte que atravesaba el paso y camino de la Sierra por donde se temía que habían de bajar indios si hubiesen de venir de guerra, y de la parte de arriba de este palenque y palizada fueron puestos cien hombres de guardia, con sus arcabuces, como por centinelas,

y en el cuerpo del alojamiento pusieron otras muchas velas y rondas de á pie y de á caballo, de suerte que si fueren acometidos no los hallasen descuidados, aunque no preparados para dejar de recibir daño. Ya que la mayor parte de la noche era pasada y que el día se acercaba, algunos Capitanes viejos comenzaron calladamente á apercibir su gente y armar sus personas, porque entendían que era más cierta la guerra que la paz de aquellos bárbaros, y con el bullicio de la gente D. Alonso Luis de Lugo, hijo del Adelantado, se vino á la tienda del Capitán Céspedes á ver y saber de qué dependía el levantarse los soldados tan de mañana, al cual halló que se estaba armando con las armas de que siempre había usado para defenderse de los indios; y como fuese admirado de una tan nueva manera de armas, llevóle adonde el Adelantado su padre estaba, para que le viese, é idos á la tienda ó toldo del Adelantado, pareciéndole cosa muy rústica y basta aquella manera de armas, comenzó á reírse y burlar de ellas, porque le parecía que era cosa más fuerte un coselete y una cota y otras armas ofensivas y defensivas que los españoles y otras muchas naciones han inventado y usado, que las que los de Indias habían inventado; y según parece el Adelantado se engañaba en esta su opinión, porque para la guerra de los indios y contra los indios está averiguado ser muy mejores obras las de algodón que las de hierro ni acero, por muchas razones que para ello se dan, y las más principales porque con este género de armas que de algodón hacen, los soldados en las Indias preparan y defienden sus personas y caballos desde la cabeza hasta la cola, sin que en ninguna parte les puedan herir, y esto no se podría tan en general ni fácilmente traer de España, y son armas livianas y que las sufre á llevar caminando el soldado y siempre le sirven de cama y lecho. Pues la materia me ofrece ocasión para decir la manera de estas armas, en este lugar tratarlo he, aunque tenía propósito de escribirlo más adelante, en el discurso del descubrimiento del Nuevo Reino. De anjeo ó de mantas delgadas de algodón se hacen unos sayos que llaman sayos de armas; éstos son largos, que llegan debajo de la rodilla ó á la pantorrilla, estofados todos de alto abajo de algo-

dón, de grueso de tres dedos, puesto el algodón muy por su orden entre dos lienzos que para cada cuarto del sayo se cortan, y luégo, después de apuntado, lo colchan con cairos, que son unos torzales de hilo de algodón, y estas colchaduras van, para más fortaleza del sayo, anudadas, de suerte que en cada puntada dan un nudo. Colchado cada cuarto del sayo por sí, lo juntan sin que en las costuras quede nada vacío, y de esta suerte y por esta orden hacen las mangas del sayo y su babera, de la propia suerte que se hacen la de los arneses ó coseletes, y los morriones ó celadas asimismo se hacen de algodón, colchados, aunque otros ó algunos los hacen de cuero de danta ó de cuero de vaca, con su estofado debajo, y el que para la cabeza puede haber un morrión ó celada de acero no lo rehusa, por los macanazos que al entrar en algunos bohíos ó casas se suelen dar. De este propio metal, que es el algodón y lienzo en la forma dicha, se hace testera para el caballo, que le cubre rostro y pescuezo y pecho, que le ampara toda la delantera y faldas, que desde el arzón delantero van ciñendo los lados y cubriendo las ancas y piernas del caballo; y armado con todas estas armas, puesto un hombre encima de un caballo, parece cosa más disforme y monstruosa de lo que aquí se puede figurar, porque como va tan aumentado con la grosedad é hinchazón del algodón, hácese de un jinete una torre ó una cara muy desproporcionada, de suerte que á los indios pone muy grande espanto ver aquella grandeza y ostentación que un hombre armado encima de un caballo, de la manera dicha, hace de más, que si no es por la visera, no le pueden herir por ninguna parte, porque las piernas y estriberas van cubiertas con las faldas del caballo, las cuales el jinete lleva atadas y ceñidas al cuerpo, también se hacen de la manera que las demás armas, grebas ó antiparas ó medias calzas para los pies y piernas, y éstas solamente se hacen para tierra, donde los indios acostumbran poner puyas por los caminos para que se empuyen é hinquen los que fueren á conquistarlos. Volviendo á la historia, ya que el Adelantado se había holgado de ver esta invención de armas, la aurora empezaba á dar señal, y los viejos Capitanes á decir que ya se acercaba la hora en que

si los indios habían de hacer daño, empezarían á disparar sus flechas; y estando en estas palabras oyeron grande alboroto entre los cien soldados que estaban haciendo guardia en el camino que bajaba de la Sierra, donde estaba el palenque hecho. Porque como los indios supiesen por sus espías que en aquel paso había gente de guardia, bajaron con mucho silencio de lo alto de la Sierra y dejando el camino principal se metieron por cierta senda que ellos sabían, y viniendo á tomar por un lado los que en el palenque hacían la guardia, sin ser sentidos de ellos, dispararon de repente una multitud de flechas con ponzoñosa yerba untadas, las cuales arrojaron con tanta furia, que de los que con ellas hirieron quedaron allí muertos treinta hombres, sin otros muchos que después dende á poco se iban muriendo con cruel rabia que la ponzoña de la yerba les causaba. Los soldados, como se sintieron herir de los indios, dieron arma en el Real, pretendiendo ser socorridos; pero los indios, con el silencio con que hicieron el daño, con ése se retiraron sin recibir daño ninguno y desde que en salvo se vieron puestos en lo alto, oyendo la gran grita y alboroto que los españoles tenían sobre el armarse y juntarse á sus compañías y ponerse á punto de guerra, ellos comenzaron á imitar el alboroto de los españoles, mostrando sus personas embijadas ó untadas con betún colorado y muy emplumajados, dando muy grandes voces y griterías, tocando muchas cornetas y fotutos y haciendo muchos y muy grandes ademanes y visajes con sus personas, dando por todas vías señal del contento que habían recibido con el asalto que hecho habían, del cual estaban satisfechos, porque habían damnificado á los nuéstros. El Adelantado, después que tuvo su gente armada y á punto de guerra, y había ya mandado llevar los enfermos ó heridos á Santa Marta, envió ciertos Capitanes con trescientos hombres hacia la mano izquierda de la Sierra, y que fuesen á dar al Valle Hermoso, haciendo el castigo que pudiesen, y él se subió la Sierra arriba derecho al pueblo de Bonda, donde se alojó, y viendo que los indios no se le apartaban, antes se le acercaban á su gente por emplear bien sus flechas, envió algunas compañías de arcabuceros que los ojeasen y ahuyentasen de donde

estaban, los cuales fueron y comenzaron á derribar algunos indios que á tiro de arcabuz los esperaban, donde con los arcabuces y doce lebreles que el adelantado había traído de España, mataron muchos indios; pero no tantos que amedrentasen por entero á los que vivos quedaban, de suerte que perdiesen los bríos que tenían. Porque como el Adelantado, sin esperar los arcabuceros que por los altos andaban ahuyentando los indios contra la opinión y parecer de muchos soldados y Capitanes viejos, quemase el pueblo de Bonda y se retirase á lo llano dejando sin amparo aquel paso, los indios comenzaron á revolver sus flechas y armas contra los arcabuceros con tanto ánimo, que los hicieron retirar y los pusieron en grande aprieto, por haberlos desamparado el Adelantado, y verdaderamente fueran allí muertos y desbaratados si no fueran favorecidos por el Capitán Céspedes, quien con gran riesgo de su persona y compañía los favoreció y sacó de aquel peligro en que estaban en gran riesgo y trabajo; porque juntándose muy gran cantidad de aquellos bárbaros, les habían tomado los pasos y salidas, y los tenían cuasi cercados, haciéndoles continua guerra. Mas desde que esto supo el Adelantado, envióles la gente de socorro y ayuda que le pareció y él quedóse alojado en los llanos de Bonda, esperando á juntar toda su gente y aun á ver si los indios se ablandarían con aquel poco daño que les había hecho y vendrían en su amistad. Los Capitanes y soldados que en el Valle Hermoso estaban, aunque peleaban con valor de buenos Capitanes, no pudieron resistir ni romper la multitud de los bárbaros que sobre ellos estaban, hasta que les llegó la gente que en su socorro enviaba el Adelantado, con los cuales tuvieron ocasión y fuerza entera para dar en los indios que los tenían cercados, y desbaratarlos y ahuyentarlos, matando muchos de ellos, con que hubieron la victoria de sus enemigos que poco antes entendían perder; y saliéndose del Valle Hermoso con poca pérdida y daño de los suyos, se volvieron al llano de Bonda, donde los esperaba el Adelantado con el resto de la gente.

CAPITULO TERCERO

De cómo después de haber estado con todo su campo el Adelantado algunos días en los llanos de Bonda, envió á su hijo D. Alonso Luis de Lugo á la Sierra á buscar oro, y lo que en toda la jornada, hasta llegar á La Enramada, le sucedió.

Teniendo ya junto todo su campo y compañías el Adelantado en el alojamiento de Bonda, determinó entretenerse allí algunos días por ver si los indios y señor de Bonda bajaban á procurar su amistad, sin querer más subir con su gente á lo alto, porque como este caballero era de singular virtud y tenía en mucho la vida y conservación de sus soldados, algunos de los cuales había visto de muy pequeñas heridas y picaduras de las flechas morir rabiando, no quiso ni consintió que se esparciese gente ni compañías de soldados por ninguna parte; pero al fin, vista la poca utilidad que de estar en aquel alojamiento se les seguía, y por otra parte las quejas que de sus acreedores le cercaban, cuyos clamores mezclados y llenos de amenazas de la Justicia Divina y humana á sus orejas llegaban, determinó poner á su hijo y una parte de sus soldados en aventura de lo que la fortuna con ellos quisiere hacer, y enviarlos á la Sierra Nevada y Valle de Tairona á que procurasen de grado ó por fuerza, con dádivas ó rescates, haber algún oro para el efecto dicho; y despidiendo á su hijo desde aquel alojamiento con la mayor parte de los soldados, él se volvió con el resto de la gente á Santa Marta, donde á la sazón llegaron ciertos soldados de los que en tiempo del Dr. Infante habían ido con el Capitán Francisco Méndez, valenciano, y con el Capitán Juan de Rivera á hacer esclavos á La Enramada, á los cuales había prendido el Teniente Nicolás Federmann y le dieron aviso de lo sucedido á sus Capitanes y de cómo la gente de Venezuela con su Capitán general, que era el propio Federmann, había llegado á los términos de su Gobernación y andaban haciendo daños en los naturales de ella, robándolos y llevándolos cautivos; por lo cual, escribiendo el Adelantado ciertas cartas á Federmann, excitándole que se saliese de su territorio y Gobernación, envió asimismo aviso á su hijo D. Alonso Luis de Lugo

que con la gente que tenía procurase llegarse hacia La Enramada y Río de la Hacha, y como pudiese echase á los de Venezuela de su tierra ; y porque la gente no se podía bien sustentar en Santa Marta, envió un sobrino suyo llamado Alonso de Lugo á que se entretuviese con más de doscientos hombres por los pueblos de Concha y Ancones, donde están Jauga, y Jairaca, y Guacharca, y Nando, y Naguange, pueblos de señores muy principales, puertos en las riberas y puertos del mar Océano, á que demás que entre estos indios se sustentasen algún tiempo, procurasen haber de ellos oro para ayudar á pagar sus deudas. Y aunque al tiempo que entró este Capitán con su gente en las poblaciones dichas fue afablemente recibido y hospedado de los moradores de ellas, después al tiempo que tornaba á salirse tomaron en algunos pueblos las armas contra él y le hicieron salir más de prisa que entró, con pérdida de muchos soldados que le hirieron con flechas de yerba, de que vinieron á morir todos los heridos, sin escapar ninguno. D. Alonso Luis de Lugo, luégo que tuvo el aviso que su padre le enviaba, propuso de ir en alcance y seguimiento de Federmann, concluida la demanda que entre manos llevaba, que era tomar ciertos señores ó caciques ricos, poblados en la Sierra, y así atravesando por las poblaciones de Bonda haciendo el daño que en ellas pudo, y por otras que en el camino había, cuyos moradores y naturales, no escapándose ni cobrando ningún eficaz temor que les incitase el brío por los daños que veían hacer en sus hermanos y parientes, antes animábanse á haber entera venganza de sus enemigos y á procurar hacer algún sacrificio á las ánimas de los que en aquella guerra eran muertos, con la sangre y vida de algunos españoles, se les ponían delante en cerrados escuadrones con sus muy crecidos arcos hechos conforme á la estatura de cada uno, con los cuales y con cierto artificio que para tender la cuerda que usaban traer en la mano derecha, arrojaban una innumerable lluvia de flechas con que hacían harto daño en los españoles ; pero al fin como la fuerza de los arcabuces fuese tánta y tan grande, eran no con mucha facilidad ahuyentados y esparcidos la muchedumbre de los desnudos bárbaros; y no dejando de tener continuas refriegas

y revueltas con los indios por do pasaba, llegó D. Alonso con su gente cerca de las poblaciones de los caciques y señores llamados Arogare y Marnare, á quien otros llaman Briburare, los cuales estaban ya con las armas en las manos esperando á los nuéstros. Velábanse estos bárbaros de noche por sus cuartos al són de un atambor grande que bien lejos oían, el cual tocaban al tiempo del rendir del cuarto, para que la demás gente que en el pueblo había estuviesen sobre el aviso y con cuidado para cuando se les hiciese señal de guerra, la cual asimismo se les había de hacer con aquel crecido tambor; pero los españoles y su Capitán los descuidaron con buen ardid, con que los vinieron á asaltar sin ser sentidos, porque como la jornada que habían de caminar de día la caminaron de noche, y ésta fuese tan larga que los indios no temían que los españoles la pudieran hacer en una noche, fueron con esto asegurados, y amaneciendo los nuéstros sobre las velas y guardas y dando asimismo con toda presteza en los pueblos de Arogare y Marnare, que estaban juntos, fueron presos los dos caciques y señores de ellos, en cuyo saco se hubo cantidad de oro, porque aunque estos bárbaros esperaban la venida de los españoles á su tierra, estaban tan confiados de la fortaleza del lugar y de sus bríos, fuerzas y armas, que no sólo no esperaban la ruin destrucción que por sus pueblos vieron, pero entendían y tenían por muy cierto haber una gran victoria de los españoles á costa de muy poca sangre suya, y con esta bárbara confianza no habían sacado las joyas de oro y otras cosas de sus personas y haciendas de sus pueblos, á ponerlas en cobro. D. Alonso, además del oro que los soldados recogieron por el pueblo hubo por el rescate de los dos principales cierta cantidad de libras de oro fino, con lo cual y con lo que entre los soldados hubo y tomó, afirman que recogió y metió en su poder más de ochocientas libras de oro fino, lo cual puso en muy buen cobro; y con propósito de hacer lo que después hizo, habló á todos los Capitanes y soldados del campo y les dijo y rogó que no curasen de dar parte á su padre del oro que había habido, ni le promoviesen á que lo desposeyese de lo que con tánto trabajo y riesgo de su persona él había ha-

bido, en lo cual le harían todo placer y contento y serían de él gratificados y galardonados en cosas que el tiempo ofrecería, y que los que con ánimos de damnificarle otra cosa hicieren, serían de él aborrecidos por extremo y aun por ventura en breve castigados, pues conforme á su naturaleza su padre no podía vivir mucho tiempo sin que la debilidad lo acabase de consumir, después de cuyos días él había de suceder en la Gobernación y como señor absoluto haría lo que quisiese y le pareciese de sus contrarios ; con estas palabras oprimió y atemorizó el ánimo de todos los que con él iban, de suerte que aunque después volvieron á Santa Marta, nunca el Adelantado tuvo noticia ni supo del oro que su hijo había habido, hasta que con ello fue ido á España. De esta población de Arogare y Marnare salió D. Alonso con su gente y se fue la vuelta de La Enramada y Río de la Hacha en demanda de Federmann, en el cual viaje pasó por las Provincias y pueblos de Bondigua y Guachaca, donde le dieron algunas guazabaras en que le hirieron y mataron casi cuarenta hombres, y con falta de comida llegó D. Alonso á La Enramada, donde halló que los soldados y gente de Venezuela eran ya idos la vuelta del Valle de Upar muchos días había, y pareciéndole cosa dificultosa el alcanzarles, envió con indios de la tierra las cartas que su padre había escrito á Federmann y él dio la vuelta con su gente á Santa Marta, donde asimismo fue perseguido, como luégo diremos, grandemente de los indios que por la costa de la mar había poblados, los cuales le hacían muchas emboscadas y celadas en que le mataron é hirieron cantidad de gentes. Los naturales de esta costa desde Santa Marta hasta La Enramada y Río de La Hacha son gente belicosa y que en sus flechas ponen yerba ponzoñosa, y son gente muy crecida y lucida: traen sus personas muy adornadas con piezas y joyas de oro; los varones traen orejeras de oro colgadas de las orejas, que cada una pesa quince y veinte pesos, y caricuríes puestos en las narices colgando de la ternilla de en medio, la cual abren y hienden para este efecto, y grandes chagualas, que son como patenas ó medias lunas; en los pechos y al cuello se ponen muchos géneros de cuentas hechas de huesos y de caracoles y de piedras verdes

que entre ellos son muy preciadas, y cuentas y argentería hecha de oro. Las mujeres casi traen las propias joyas que he dicho traen los varones, y demás de ellas muy grandes brazaletes y ajorcas de oro, y en las piernas, por sobre los tobillos y sobre las pantorrillas, traen grandes vueltas de chaquira y cuentas de oro ó de hueso, como es el posible del marido de cada una, y lo mismo traen en los molledos de los brazos y sobre los pechos; asimismo se ponen unas molduras de oro con que los traen cubiertos; y aunque entre estos indios hay y se hace alguna ropa de algodón, pocos la acostumbran traer, por ser la tierra caliente y ser para ellos cosa más recreable el andar desnudos que vestidos. Todas estas joyas y riquezas que estos indios é indias traían hase de entender que era en el tiempo de su libertad, antes que los españoles entrasen en sus tierras, y al tiempo que entraron las tenían y usaban de ellas, pero después que tántas veces han sido despojados de todo el oro y joyas que poseían, ya no usan de estas grandezas.

CAPITULO CUARTO

De lo que á D. Alonso Luis de Lugo, hijo del Adelantado, le sucedió en el camino con los indios que en él había poblados.

Había entre la serranía de Santa Marta, que baja hasta La Enramada, y la mar del Norte, muy estrechas angosturas por las cuales habían forzosamente de pasar los españoles, cuyos pasos los naturales é indios les tenían tomados con mucha cantidad de flecheros que les estorbasen el paso; y como á los españoles les era forzoso pasar por aquellas angosturas y estrechuras cubiertas de monte, iban sujetos á todo el daño que los indios les quisiesen hacer; y así pasaron como por contadero: como iban pasando los iban los indios flechando y maltratando; y así por asegurar algunos pasos le era forzoso á D. Alonso entretenerse en algunas partes, usando de ardides con los indios para descuidarlos y tener lugar de pasar con menos daño de los suyos, y en otras era con continuas arremetidas y acometimientos de los indios damnificados; todos estos daños y males causaba la ponzoñosa

yerba que en sus puntas traían las flechas que los indios tiraban, porque como algunas veces habré apuntado, solamente que la flecha hiciese un pequeño rasguño en la carne, de que tocase ó saliese sangre, era irremediable el mal y herida, porque cundiendo la ponzoña por la sangre adelante, les llegaba dentro de veinticuatro horas al corazón, donde reinando con más fuerza la ponzoña de la yerba, causaba en los hombres unos temblores y alborotamientos de cuerpo y privación de juicio que les hacía decir cosas temerarias y espantosas y de fe dudosas para hombres que se estaban muriendo, y al fin morían con una manera de desesperación que incitaba á los vivos antes á darse ellos propios la muerte que esperarla de aquella suerte; y para remedio de este mal y cura muy principal, tomaban los españoles al herido y luégo, incontinenti, antes que la yerba se extendiese por el cuerpo, cortábanle con bruta crueldad gran parte de la carne que cerca de la herida estaba, con la propia herida, que dejaban hecho un portillo y anatomía extraña, y luégo, para mitigar el dolor de esto, ponían le gran cantidad de solimán crudo, con que no sólo le abrasaban la herida que le habían hecho, pero lo más intrínseco de sus entrañas, y de esta suerte inventaban mil géneros de curas y remedios que más eran para matar animales y bestias que para dar vida á humanos hombres; y de estos remedios usan hoy también en el Nuevo Reino de Granada, en la Provincia de los Muzos, donde la yerba no es menos mala ni ponzoñosa que la de estas Provincias de Santa Marta de quien vamos contando; y es cierto que algunos de estos malvados bárbaros han usado é inventado otro género de yerba que con el vigor de su ponzoña causa que las carnes del propio herido en vida se le van cayendo á pedazos, dejando los huesos descarnados de todo punto, y perdiendo la humana carne su propio color, se convierte en otro como azul y morado que casi no se deja entender. Llegado D. Alonso Luis de Lugo con su gente á la Provincia de Bondigua, los indios estaban tan á punto de pelear, que desde la hora que en su tierra entró le comenzaron á dar guazabaras y hacerle guerra, teniéndole tomado cierto paso muy estrecho que adelante tenía que pasar, donde lo detuvieron con continuos

acometimientos cuatro días, sin poder damnificar á los indios en cosa alguna, por ser la tierra áspera y montuosa y guerrear los indios desde sus casas, lo cual les causaba mayor daño á los españoles, porque con el continuo trabajo de la guerra les acompañaba muy grande hambre y necesidad de comida, la cual allí no podían haber por tenerla toda los indios alzada y puesta en cobro. Don Alonso, viendo el aprieto en que estaba, llamó los soldados y Capitanes viejos que en su compañía estaban y les pidió parecer y consejo de lo que debían hacer y el modo que tendrían para salir del cerco y riesgo en que estaban é irse á Santa Marta, á los cuales pareció que en anocheciendo debía salir un Capitán con cien hombres á tomar y asegurar los pasos que los indios de día guardaban, y que después de entrada la noche se hiciesen grandes fuegos en el alojamiento, porque los indios entendiesen que había en él gente, y que todo el campo junto marchase en seguimiento de los cien soldados que adelante habían de ir. Parecióles bien esta industria de guerra á D. Alonso y á los demás, y así lo pusieron por obra. Llegada la noche salieron los cien soldados como estaba acordado, y caminando dieron en cierta trampa y celada que los indios tenían puesta, aunque rústicamente, en el camino, y era de esta suerte: que como el camino por donde iban los españoles marchando no era muy ancho ni escombrado, porque de una parte y otra de él era arcabuco y monte espeso, tenían los indios en cierta parte del camino unas cuerdas atravesadas dentro de la montaña donde ellos estaban encubiertos, y colgados de estas cuerdas muchos calabazos huecos y vacíos y otros huesos, con que al tiempo que alguna persona llegase á la cuerda hiciese sin pensar algún estruendo y fuese sentido; con este ardid fueron sentidos los cien soldados que de la vanguardia iban marchando de los indios que en la celada estaban puestos, de quienes recibieron una buena rociada de flechas con las cuales hirieron cuatro ó cinco hombres, y finalmente vinieron á las manos los españoles y los indios, en la cual pelea era gran ventaja la que los españoles les tenían con sus espadas, é hiriendo muchos de ellos les hicieron dejar sin estorbo el camino, y así tuvo toda la gente lugar de salir de este peligro en que los de

Bondigua les tenían puestos, y llegaron á Bonda, donde no recibieron daño más que de un solo indio que en un alto se les puso á flechar muy á su salvo, pero fue ahuyentado de aquel lugar por un soldado llamado Figueredo, portugués de nación, con que se aseguraron de todo punto del daño que aquel solo bárbaro les pudiera hacer con sus ponzoñosas flechas; y de allí otro día llegaron á la ciudad de Santa Marta, donde del Adelantado fueron todos recibidos con muy mucho contento, así por verlos volver á los más buenos y con salud, como porque entendía que se le traería el oro que esperaba para remedio de sus deudas; pero como D. Alonso, con la desordenada codicia que en él había reinado, hubiese, como se ha dicho, atemorizado la gente que no diesen noticia á su padre del oro que se había rancheado, aunque visitó á su padre no le dio á entender cosa ninguna de lo que traía, antes le comenzó á representar los trabajos y necesidades que en el camino había pasado en cuatro meses que fuéra de Santa Marta habían andado, y con toda presteza muy secretamente se concertó con un maestre de los que en el puerto estaban para que lo llevase á Castilla, y embarcándose con todo el oro que había habido, se hizo una noche á la vela y se fue la vuelta de España, dejando al Adelantado su padre muy cargado de deudas. Otro día de mañana supo el Adelantado cómo su hijo se le había alzado con el oro é ido á la vuelta de España, de que recibió grande enojo y pasión, porque como el Adelantado era hombre de gran verdad, sintió mucho que demás de la tiranía que su hijo había usado con él, le hubiese hecho caer en falta con los maestres y señores de los navíos, á los cuales con esperanza de su venida y socorro había entretenido mucho tiempo en el puerto de Santa Marta, á los cuales satisfizo con vender parte de la hacienda que en Santa Marta tenía, á menosprecio y con dineros que le prestaron y libranzas que hizo en sus mayordomos y factores que en las islas de Tenerife y La Palma tenía, y con esto se volvieron los navíos á España, en los cuales envió contra su hijo á un caballero llamado Diego López de Haro y á otro Diego de Cardinoso, escribiendo muy particularmente al Rey de la maldad y tiranía que su hijo había usado con él, que cierto fue cosa indigna de varones de tal linaje.

CAPITULO QUINTO

De la gran mortandad que de hambre y calenturas sobrevino en la gente que en Santa Marta había.

El Adelantado D. Pedro Fernández de Lugo se quedó en Santa Marta con toda su gente y con harta pena y descontento de la burla que su hijo le había hecho; pero como aquello era ya pasado y de bienes temporales, dábanle muy doblada y mayor pena el hambre y enfermedad que sobre su gente y pueblo habían sobrevenido, porque como el principal sustento era maíz, el cual no se había por respecto de estar los naturales rebeldes, no hallaron con dineros ni sin ellos qué comer, y sobre el hambre les daban muy recias calenturas de peste que en breve tiempo los despachaban, y acaecía por abreviar con los oficios echar quince ó veinte hombres en un hoyo, y era tan cuotidiano el morir en esta gente, que porque el clamor de las campanas no desanimase algunos enfermos que empezaban arreciar, ni apresurase el camino de los que enfermaban, hubo de mandar el Adelantado que por muerte de ninguna persona se tocasen campanas ni tañesen, y así los llevaban con silencio á enterrar. Muchas personas, viendo estas calamidades que en esta ciudad había, procuraban ausentarse é irse de ella para remediar sus vidas; y viendo el Adelantado que por una parte la enfermedad, por otra el hambre, por otra el temor, eran causa de írsele apocando la gente, acordó con parecer de muchos antiguos echarla fuera del pueblo á que hiciesen algún descubrimiento, porque con el ejercicio les parecía que se haría todo más remediable; pero esta jornada no la quiso el Adelantado hacer tan sin fundamento, como algunos al principio entendían que se haría, mas con toda diligencia se procuró informar qué derrota y camino se podría tomar para descubrir qué fuese ó pudiese ser más util y provechoso. Los antiguos le dijeron que no hallaban tierra qué poder seguir si no eran los nacimientos del río grande, porque hacia la parte del cabo de La Vela y laguna de Maracaibo era tierra que estaba ya toda corrida y andada por la gente de Venezuela, y por la parte del río grande la costa adelante estaba Car-

tagena, y que las sierras de Santa Marta sería sin ningún fruto el pretender entrar en ellas, antes redundaría en daño de la gente española, y que por tras la serranía de Santa Marta estaba ya por ellos visto todo, que era el Valle de Upar y río de Cesare, y que aunque dos veces habían llegado hasta cierta Provincia que está ribera del río que llaman Sompallón, que las enfermedades los habían abatido y hecho tornar abajo, y el haberse querido apartar del río; pero con la esperanza cierta que aquella grandeza de río les daba y había dado de que en sus nacimientos había alguna rica y próspera, tierra al Adelantado y á su Teniente general el Licenciado D. Gonzalo Jiménez de Quesada les pareció bien lo que los soldados y capitanes viejos decían y ellos asimismo hallaban por buenas conjeturas que un río que iba poblado y traía en sí muestras é insignias que confirmaban las opiniones dichas, no se debía menospreciar ni tener en poco, y ofreciéndose el Teniente Jiménez de Quesada, que aunque hombre criado entre las letras y sosiego y reposo del estudio, moraba en él un vigor y excelencia de ánimo y buena fortuna que le convidaba á abrazar aquesta trabajosa y dificultuosa empresa, y á tomar entre manos el descubrimiento y jornada de los nacimientos del río grande de la Magdalena, y movió de todo punto el ánimo del Adelantado á que haciendo nuevos gastos pusiese por obra aquesta empresa, determinando que se hiciesen bergantines y barcos que navegando el río arriba en compañía y en conserva de la gente que por tierra fuese, pudiesen ayudarse y favorecerse los unos á los otros y en ellos pasar toda la gente las ciénagas y esteros y otros ríos que á éste se juntan, que por ser hondables y caudalosos y aun de mucho riesgo por causa de los caimanes—pescados grandísimos de hechura de lagartos—con que excusarían las muertes y daños de muchos soldados que antes por este defecto habían peligrado y sido ahogados y muertos y arrebatados de los caimanes en las dos jornadas que en tiempo de García de Lerma, Gobernador de Santa Marta, se habían hecho; y en esto se dio tanta priesa el Adelantado, que en breve tiempo hizo seis barcos y bergantines, los cuales proveyó bastantemente de todo lo necesario para la jornada y viaje; y estando éstos á pique

para navegar, dio y entregó á su Teniente el Licenciado D. Gonzalo Jiménez de Quesada ocho compañías de infantería en que había seiscientos hombres, con los cuales iban por Capitanes Juan de Céspedes, Pedro Fernández de Valenzuela, Lázaro Fonte, Juan de Sanmartín, Lebrija, Juan del Junco, Gonzalo Suárez, Madrid, que murió en el camino; y con esto le dio cien caballos aderezados, sin la gente que había de ir en los bergantines, que serían otros doscientos hombres, y desde arriba y así se partió el Licenciado D. Gonzalo Jiménez de Quesada por tierra, la vuelta de Chimila, de la ciudad de Santa Marta, á cinco días del mes de Abril, año del nacimiento de Nuestro Salvador y Redentor Jesucristo de mil y quinientos y treinta y seis años, y dende á diez días después se partieron los seis bergantines del puerto de Santa Marta, llevando por su General al Capitan Diego de Urbina, vizcaíno; y los Capitanes de los bergantines eran Antonio Díaz Cardoso y Luis de Manjarrés, Juan Chamorro, y el otro era una fusta de Diego de Urbina; salieron de Santa Marta el miércoles santo y prosiguieron su viaje, de cuyo suceso luégo se dirá. El Teniente y Capitán D. Gonzalo Jiménez de Quesada caminó con su gente por tierra sin detenerse en ninguna parte hasta llegar á la Provincia de Chimila, de lo cual aunque en algunas partes atrás he apuntado, ahora hablaré más familiarmente, por no haber de volver tan pronto á pasar por ella. Esta Provincia está apartada de Santa Marta cuarenta leguas á la halda de la Provincia de los Caribes; es tierra algo fértil de agua y oro, poblada de gente desnuda, belicosa y muy crecida y herbolaria; es gente muy traidora, que nunca acomete sino es en celadas y emboscadas y puestos en salvo, y así hacen sus hechos y daños muy á su salvo y han recibido más daño de ellos los españoles que no los españoles les han hecho. La yerba de que usan es de la propia operación que la demás de la Provincia de Santa Marta, y así se está hoy por poblar y conquistar, aunque después acá han entrado en ella diversas veces españoles. El General Jiménez de Quesada, por las causas dichas y por entrar ya el invierno, pasó algo de priesa por esta Provincia, por lo cual así mismo le fue necesario arrimarse y tenerse á la Provincia de

los Caribes como á tierra más alta, por causa de algunas ciénagas é inundaciones que el río grande empezaba ya hacer con sus avenidas, y por esta causa dejó de seguir el camino derecho que iba al río grande, que no poco trabajo le costó por haber de ir descubriendo y abriendo nuevos caminos por sierras y montañas; acrecentó el trabajo al General y su gente un caudaloso río que al remate de la Provincia de Chimila se hacía, el cual por venir tan crecido y furioso los necesitó á que anduviesen algunos días á buscar paso, y al fin no pudiendo hallar cuál convenía, pasaron con sogas y cabuyas el hato y carruaje que tenían, donde por el mal aderezo perdieron muchas armas de soldados, así ofensivas como defensivas, que después les hicieron harta falta; pero con todos estos trabajos no se detenía mucho el General, procurando caminar con toda presteza por llegar á tomar al río grande antes que los bergantines se le pasasen adelante, porque aunque cuando salieron de Santa Marta fue concertado que se juntarían en la Provincia de Sampollón, que está poco menos de cien leguas el río arriba. Pretendía el General Jiménez de Quesada juntarse con ellos antes por remediar las vidas á algunos soldados que caían enfermos, que llevándolos en los barcos sería su mal menos dañoso ni sentido y no perecerían por el camino, y así con este apresurado caminar llegó á una pequeña población llamada Chiriguaná, donde con toda la priesa que pretendía llevar fue forzoso entretenerse á que tomasen aliento y descansasen los enfermos.

CAPITULO SEXTO

En que se escribe la fortuna que sobre los bergantines vino á la boca del río grande, y cómo fueron desbaratados.

Los cinco bergantines y la fusta, el día que salieron de Santa Marta, que fue miércoles santo, durmieron en un ancón junto á tierra, llamado los Dicos, y otro día, jueves santo, madrugaron antes que amaneciese, y comenzaron á navegar su viaje al río grande, y al tiempo que llegaron á la boca del río que estaba más conjunta á ellos, queriendo embocar por ella

para subir el río arriba, les sobrevino una tan repentina y recia tormenta, que los cuatro de los barcos no les bastó alijar lo que llevaban para su mantenimiento á la mar ni usar de todos los otros medios que los navegantes en semejantes tormentas suelen usar, y así fueron arrebatados del ímpetu y furor del viento, y con diversas torturas que cada cual padeció, fueron arrojados á diversos lugares y playas de la costa de Cartagena, y la fusta que de respeto llevaba por suya Diego de Urbina, con cincuenta hombres, la arrojaron el mar y el viento sobre el promontorio y punta de Morro Hermoso, que es en la costa de Cartagena, de la otra parte del río grande, tierra poblada de gente caribe y que en esta sazón estaba de guerra; y como los españoles saliesen mareados y mojados y atormentados de la mar y sin armas ningunas, y cada cual por su parte, dieron los indios en ellos, y sin que escapase ninguno con la vida, fueron miserable y cruelmente muertos por mano de aquellos bárbaros y sepultados en sus vientres. Adelante de este promontorio y punta hacia donde dicen el Arboleda dio y fue arrojada la fusta en que iba el Capitán Diego de Urbina, y como su hado permitiese que su fusta diese en tierra ya que anochecía, tuvo mejor ocasión que los pasados para se librar de las manos y vientres de los caribes; y desamparando él y toda su gente de todo punto la fusta con lo que en ella se había escapado, caminaron con toda presteza la vuelta de Cartagena, antes de ser sentidos de los indios, y así otro día, cuando amaneció, se hallaron todos salvos fuéra de peligro de los caribes y gente de guerra, y llegando á poblaciones de indios amigos y de paz sujetos á Cartagena, hubieron de ellos comida y matalotaje, con que prosiguiendo su viaje y camino llegaron á Cartagena. Otro bergantín del Capitán Antonio Díaz Cardoso dio en un ancón junto á Cartagena, llamado Zambe, y aunque estaba poblado de indios, eran amigos y feudatarios á Cartagena, y por eso no les hicieron daño, antes les vendieron por su rescate la comida que hubieron menester, y de allí, abonando el tiempo, se tornaron á embarcar y se fueron en su bergantín á Cartagena. El bergantín del Capitán Manjarrés aportó á la punta de Los Icacos,

que es ya muy junto á Cartagena; y aunque la mar lo echó en aquel puerto y lo hizo encallar en tierra, no fue con tanto rigor que se quebrase el barco; y así aplacada la tormenta, con la gente que consigo tenía, echó el barco á la mar y metiéndose en él con su gente, se fue como los demás á Cartagena. Los otros dos bergantines del Capitán Juan Chamorro y de Cardoso andaban algo rezagados y traseros, y así corrieron muy diferente fortuna; porque arrebatándolos el viento con su ímpetu, los arrojó en una bahía que entre las dos bocas del río grande se hace, donde pudieron echar sus áncoras y asegurar sus navíos de la tormenta, que allí no debía reinar con el ímpetu que en la mar; los cuales otro día, viernes santo, que ya la tormenta era sosegada, prosiguieron su viaje sin saber el suceso de sus compañeros; y navegando se metieron por la boca más pequeña del río, que está hacia la parte de Cartagena, por donde subieron hasta el pueblo llamado Malambo, donde no hallando rastro de sus compañeros, se estuvieron sin osar pasar de allí, porque los indios del río grande no los damnificasen con la mucha cantidad de canoas que podían juntar; y así se estuvieron en Malambo esperando que el Adelantado los socorriese de más compañía. El señor de este pueblo, que se llamaba Milo, estaba de paz y era amigo de cristianos y así proveía por su rescate á la gente de estos bergantines de lo que habían menester. Toda la gente de los bergantines que aportó á Cartagena, visto el mal suceso de su armada, se juntaron un día para ver lo que debían hacer, si volverían á Santa Marta á dar cuenta de lo sucedido al Adelantado y tornar á proseguir su viaje, ó se irían á buscar nuevas tierras en qué sustentarse. Sobre esto hubo en la gente muy diversos pareceres, y así no determinaron nada, mas cada uno siguió su opinión y parecer. El Capitán Diego de Urbina con todos los que quisieron seguir su opinión, se embarcó en navíos que á la sazón había, para Nombre de Dios, y de allí se pasó á Perú. Los otros dos Capitanes Manjarrés y Cardoso se metieron en una carabela que estaba de camino para Santa Marta, y dejando los bergantines en Cartagena á ciertos soldados amigos suyos, se volvieron á Santa Marta, de los cuales tuvo noticia el

Adelantado de la pérdida de sus bergantines y gente; y asimismo fue avisado que si no quería haber también la misma perdición de la gente que por tierra había enviado, que con toda brevedad mandase hacer bergantines ó barcas y enviárselos, porque de otra manera, ó en breve se volverían, ó todos perecerían por los muchos esteros y lagunas y ríos que habían de pasar; y porque por tierra no se podían proveer de todo el bastimento de comida que era necesario para tanta gente sin ser socorridos por el río; y otros muchos efectos que la compañía de los bergantines traía á los que por tierra iban caminando. El Adelantado, con toda presteza, hizo aderezar y poner á punto dos bergantines ó barcos grandes que había echados al través en la costa de Santa Marta. Y dende á poco un soldado de los dos bergantines que estaban en el río grande, en Malambo, con atrevimiento temerario, aunque le salió á bien, llamado Velasco de Villalpando, natural de Toro, se metió por entre muchas gentes de guerra y caribes y vino á Santa Marta á dar aviso al Adelantado de cómo los dos bergantines se habían salvado y escapado de la tormenta y estaban en Malambo esperando el socorro y ayuda que el Adelantado les había de enviar para proseguir su viaje, sin lo cual no pensaban proseguir por las causas dichas. En este mismo tiempo un soldado á quien en Cartagena el Capitán Cardoso había dado su bergantín, que se decia Juan del Olmo, natural de Portillo, que de muchos días atrás había trabajado y conquistado en la Provincia de Santa Marta, pretendiendo haber en ella entera gratificación de sus trabajos, se vino con el bergantín á Santa Marta y se ofreció con él al servicio del Adelantado, el cual se lo agradeció mucho, y hallándose en pocos días con estos tres bergantines y pareciéndole que con los dos que en el río grande estaban era bastante armada para seguramente navegar el río arriba é ir á socorrer la gente, nombró por Capitanes de la armada al Licenciado Gallegos, y á Albarracín, y á Cardoso, y por superior ó General de todos al Licenciado Gallegos, y dándoles la gente que le pareció ser menester y todos los aderezos que pudo, los despachó y despidió del puerto de Santa Marta; á los cuales corriéndoles mejor fortuna que á

los primeros entraron sin ninguna controversia por el río grande arriba, á las bocas del cual toparon un pequeño esquife con catorce ó quince hombres que habían escapado de una carabela que el propio Adelantado de Canaria había enviado con matalotaje y comida para que los bergantines se rehiciesen á la entrada del río, la cual por negligencia ó ignorancia del piloto dio en un brazo y se hizo pedazos y perdióse cuanto en ella iba, y ahogándose toda la demás de la gente, solamente habían escapado estos quince hombres, los cuales fueron recogidos en los bergantines y prosiguieron con ellos su viaje hasta encontrarse con los otros dos que en Malambo estaban, desde donde todos juntos comenzaron á navegar y proseguir su camino el río arriba en alcance del General Jiménez de Quesada, con muy buen orden y muy recatada y cautamente, porque los indios del río, como gente belicosísima, salían ordinariamente con muy grandes armadas de canoas, todas llenas de gente flechera y herbolaria á impedir el paso á los bergantines y ver si les podían hacer otros daños, y algunas veces se juntaban de muy lejos los indios, con sus canoas en que venían á juntar armada de más de dos mil canoas llenas de gente de guerra, con designio de tomar á mano los bergantines y entretenerlos; pero como aquel género de navíos que los indios usan, que es lo que yo aquí llamo canoas sea tan bajo y terrero y de tan poca defensa ni ofensa, eran desbaratadas y aun echadas á hondo con algunas pelotas de los versos que desde los bergantines les tiraban, aunque con sus furiosas y enherboladas flechas no dejaban de hacer daño en los españoles que en los bergantines iban. Al tiempo que el General Jiménez salió de Santa Marta, según parece quedó el Adelantado que dentro de cierto tiempo le seguiría é iría con el resto de la gente que en Santa Marta quedaba, el río arriba, y como después le sobrevino y sucedió el desbarate y pérdida de los bergantines, por donde, como se ha dicho, le fue necesario proveer otros de nuevo, dilatóse con esto su partida pero no perdió el propósito que tenía de seguirle, porque luégo que hubo despachado al Licenciado Gallegos con los tres bergantines, envió al Capitán Luis de Manjarrés con provisión de dineros á Santo

Domingo, para que allí como en tierra que había más copia de Oficiales y de las otras cosas necesarias, le hiciese hacer una fusta y tres bergantines y se los trajese á Santa Marta para navegar el río arriba; pero todo esto descompuso la fortuna y la muerte, porque el Capitán Manjarrés, llegado que fue á Santo Domingo, fue mandado prender así por dineros que decían deber allí, como por cierto casamiento ó palabra de casamiento que se le pedía, con lo cual ni tuvo ni le dieron lugar de efectuar lo que llevaba á cargo con la brevedad que se requería; y dende á un mes que el Capitán Manjarrés salió de Santa Marta, le dio al Adelantado D. Pedro Fernández de Lugo una enfermedad de que murió, y cesó la obra; pero su muerte fue muy sentida de todos los que en Santa Marta residían, por ser grandísimas la virtud, afabilidad y excelencia que en él moraban, de suerte que ninguna persona recibió notable agravio ni afrenta de su mano. Muchos atribuyeron la acelerada muerte de este excelente varón al grande enojo y pasión que su hijo le causó con su desobediencia y alzamiento, cuya muerte fue desde á diez meses de como llegó á Santa Marta. El Capitán Manjarrés dende á cuatro meses volvió de Santo Domingo con Jerónimo Lebrón, que por muerte del buen Adelantado vino á gobernar á Santa Marta, en su fusta y bergantín, y por haber cesado la peregrinación del patrón, cesó la jornada y navegación que pretendían hácer el río arriba en seguimiento del General Jiménez de Quesada.

CAPITULO SEPTIMO

Que trata de cómo el General Jiménez de Quesada salió de Chiriguaná, y lo que le sucedió hasta llegar á la Provincia de Sampollón.

Poco tiempo se detuvo el General Jiménez de Quesada en Chiriguaná, porque según la priesa con que caminaba y el brío y valor con que seguía su jornada, le era odioso todo ocio y reposo, y así salido que fue de Chiriguaná dio de repente en unos campos despoblados de naturales donde de golpe le faltó la comida y mantenimiento, de tal suerte que si la gente de á caballo no alcanzara y matara algunos venados

que por aquellas campiñas y cabañas había gran cantidad, ciertamente pereciera muy gran parte de la gente, aunque no dejaron de morir algunas personas que venían enfermas á quienes el hambre y falta de comida hizo irremediables sus enfermedades, y de este daño y hambre fueron causa las guías que llevaban, que eran españoles que ya otra vez habían andado aquel camino, los cuales por no mirar con la diligencia que era razón al tiempo que salieron de Chiriguaná el camino que tomaban, erraron la vía derecha y que habían de llevar, y así metieron el campo y gente donde hubiera de perecer si el camino despoblado se dilatara más, porque no tuvo más que hasta doce días, al cabo de los cuales, sin saber dónde iban, dieron de repente—encaminados por Dios Todopoderoso para que tánta gente no pereciese—en un lugarejo de indios en el cual se tomaron algunos para guías que en tres días sacaron al General y á su campo y gente fuéra de toda calamidad de hambre y lo metieron en las poblaciones de Tamalameque y Provincia de Pacabueyes, Provincia grande y de muchos y ricos naturales; ándase todo y sírvese por agua en canoas, así por las muchas y grandes lagunas que en ella se hacen, que hoy son llamadas las lagunas de Tamalameque, como por atravesar por esta Provincia el caudaloso río de Cesare, que saliendo de todas las Provincias comarcanas al Valle de Upar, entra en el río grande de la Magdalena. En esta Provincia de Pacabuey es la más señalada población la del señor y principal llamado Tamalameque, donde los españoles se aposentaron, así por ser pueblo muy vicioso y abundante de todo género de frutas de Indias, como por el sitio y asiento de él, que está todo cercado de agua á manera de isla, con tener de tierra firme no más de una sola entrada muy angosta, porque por la una parte lo cerca el río Cesare y por las otras las lagunas y lagos que por allí se hacen; demás de esto es famoso entre aquellos naturales de Pacabuey este pueblo de Tamalameque por ser de gran contrato y muy fértil y abundante de comidas, y que el señor de él es persona valerosa y temida de sus comarcanos en paz y en guerra, poseedor de muchas y muy fértiles tierras que cerca de su población están, y no menos es digno de notar

el modo con que el pueblo de este señor y principal está asentado entre esta isla, la cual está dividida en tres barrios y colaciones puestas en triángulo, todas de un mismo grandor y número; y aunque este pueblo donde el principal de aquella Provincia habitaba no era de excesivo grandor, sujetaba y poseía debajo de su mano otras muchas poblaciones que al rededor de sí tenía, y corría la fama y contrato de Tamalameque cuasi hasta Santa Marta. Este principal, teniendo noticia de cómo españoles se acercaban á su pueblo, juntó sus gentes de guerra y con las armas en las manos los esperó para resistirles y defenderles la entrada; pero como el General Jiménez de Quesada de atrás tuviese noticia de este pueblo y principal de Tamalameque y de su poder y grandeza, también venía apercibido con su gente para lo que se le ofreciese, y como se acercase al pueblo y lo quisiese entrar por aquella angosta entrada que por tierra firme tenía, fuele por los indios con mucha furia y ánimo estorbado el paso, el cual por su estrechura no daba lugar á que los españoles de tropel ó algunos juntos pudiesen arremeter, sino que uno á uno como por contadero habían de pasar; pero al fin, mediante la buena industria del General y ánimo de sus soldados, pasó. Los españoles entraron y rebatiendo los indios que en su defensa estaban, les fueron ganando el pueblo hasta que de todo punto entraron en él, lo cual por aquel paso hasta entonces no se había hecho por ningunos españoles de Santa Marta ni Venezuela que á este pueblo hubiesen llegado; y hallando tan buen aderezo para que la gente descansase y se reformase del trabajo y hambres pasados, determinó el General de alojarse por algunos días en este pueblo, de donde envió al Capitán Juan de Sanmartín con gente de á pie y de á caballo á que descubriese y viese el río grande, porque hasta entonces no lo habían podido tomar. Sanmartín se partió, y con harto trabajo y riesgo suyo y de los que con él iban, por causa de las lagunas y ciénagas que por delante tenía, que le eran grande estorbo é impedimento para él atravesar á buscar el río grande, dio en el dicho río de la Magdalena, y buscando paso para pasar de las lagunas para arriba, halló que no había otro más acomodado que la boca del río Cesare, donde

se junta con el de la Magdalena, y también se procuró informar si venían cerca los bergantines (de indios que por el río grande navegaban y habitaban), de los cuales tomó algunos y le dijeron cómo venían muy lejos el río abajo y que no llegarían tan presto á aquel paraje; de todo lo cual envió aviso al General, que estaba alojado en el pueblo de Tamalameque, y él se quedó con la más gente que tenía guardando aquel paso del río Cesare, porque en él no les fuese puesto algún impedimento ó celada por los indios. Luégo que el General Jiménez de Quesada supo lo que su Capitán Sanmartín le enviaba á decir, se salió del pueblo de Tamalameque con toda su gente, después de hacer veinte días que en él se había alojado, y caminó no con menos trabajo del que los primeros habían llevado, hasta donde Sanmartín les estaba esperando, y allí se alojó con su campo; pero la falta de la comida que siempre los perseguía no le dejó reposar mucho, antes luégo le constriñó á que pasasen el río Cesare, el cual pasaron en pequeñas canoas con harto riesgo y peligro de las vidas de muchos, por no tener el sostén y hueco que se requería para manejar gentes bisoñas y chapetonas. (Este nombre chapetón ó chapetones comúnmente se usa en muchas partes de Indias y se dice por la gente que nuevamente va á ellas y que no entienden los tratos, usanzas, dobleces y cautelas de las gentes de Indias; hombre que ignora lo que ha de hacer, decir y tratar). Pasada toda la gente de la parte de arriba del río Cesare, el General caminó por las riberas del río grande arriba sin detenerse en ninguna parte hasta llegar á la Provincia de Sampollón, por ser abundante de comidas y estar concertado que en esta Provincia había de esperar los bergantines y barcos, y aunque parecía que el camino desde Santa Marta hasta Sampollón era cosa sabida y por eso menos dificultosa, no dejaron de pasarse muchos y muy excesivos trabajos de hambres y enfermedades, ríos, ciénagas y arcabucos y montañas y aguas que llovían, con los cuales trabajos perdió y se le murieron al General desde que salió de Santa Marta hasta que llegó á esta Provincia de Sampollón, cien hombres; y después, como por esperar á los bergantines forzosamente hubo de detenerse algunos días y

aun meses en Sampollón, con tan largo ocio comenzóle á adolecer mucha gente y muy de golpe y á morírsele cada día, porque como toda la más de la gente que consigo llevaba era de poco tiempo venida de España y no estaban curtidos de los aires y vapores de la tierra, y después de esto la región de Sampollón donde estaban era muy malsana y de mala constelación, inficionábanse los hombres con los malos humores que todas estas cosas les atraían y fácilmente eran consumidos y muertos, sin poderlos remediar ni guarecer; lo cual visto y reconocido por el General y que la tardanza de los bergantines le era causa de recibir mayor daño y mortandad en su gente, envió con toda presteza al Capitán Sanmartín con cierta gente que volviendo el río abajo caminase á grandes jornadas hasta encontrar los bergantines, á los cuales diese toda la priesa posible para que su tardanza no fuese causa de más daños, lo cual como con discreción militar considerase el General Jiménez, fue gran remedio para el mal y daño que en su gente había venido; porque como Sanmartín caminase con la presteza que le fue encargada, no deteniéndose punto en el camino, á pocas jornadas dio con los bergantines que reposadamente y con recreación navegaban, en los cuales se metió con los que con él iban, y con más brevedad de la que se esperaba llegaron á Sampollón, donde con la vista los unos de los otros fueron grandemente regocijados y congratulados y los enfermos recibieron particular contento y alegría, así por algunos regalos que en los barcos se traían para su sustento y comida, como porque esperaban navegar en ellos con menos trabajo y riesgo de sus debilitados y flacos cuerpos. Los de los bergantines dieron noticia al General Jiménez de Quesada del mal suceso y pérdida que hubieron en la primera salida y de otras muchas guazabaras y batallas navales que en el río habían tenido con los indios y naturales que á las riberas de él estaban poblados, saliendo á ellos con poderosísimas armadas de canoas.

CAPITULO OCTAVO

En que se escribe cómo el General Jiménez de Quesada salió de la Provincia de Sampollón con su gente, y de las calamidades, muertes, hambres y otros trabajos que á él y á su gente les sobrevinieron en el camino.

En ocho días que la gente de los bergantines descansó en el alojamiento y Provincia de Sampollón, al General Jiménez de Quesada no le eran de tanta recreación y contento aquellos días como á los demás, porque como por ser General estuviese obligado á prevenir y proveer los casos necesarios al bien y conservación de su gente y á la prosecución de su jornada, y de su buena diligencia y cuidado pendiese todo, especialmente el remedio de mucha gente enferma que allí tenía, que era lo que más pena le daba, pretendiendo no gastar más tiempo y sujetarse á lo que la fortuna quisiese hacer, porque como el invierno entraba y el río crecía y el número de los enfermos se aumentaba y era tan grande que todos no podían ser llevados en los bergantines, pues los enfermos no los habían de navegar ni defender de las gentes que en el río habitaban, cuya principal guerra es por el agua, metió el General los más enfermos que pudo en los bergantines é hízolos navegar el río arriba, y él con todo el resto de la gente comenzó á caminar por tierra las riberas del río arriba, poniendo gran solicitud y cuidado en que no se le quedase atrás ningún enfermo, á los cuales socorría con sus propios caballos, yéndose él á pie todo lo más del camino por favorecer y guarecer las vidas de muchos que consumidas las fuerzas naturales por la enfermedad, no podían caminar. Lo mismo hacían los demás Capitanes y personas principales, usando con gran loa y alabanza de sus personas de toda misericordia con la gente enferma, poniéndose ellos en riesgo de cobrar otras tales enfermedades del trabajo del caminar á pie. Pero ninguna cosa hacía tolerables y ligeros estos trabajos la bondad del camino que llevaban, porque como los naturales que en las riberas de aquel río habitan, su principal trato, comercio y comunicación sea por el agua en canoas y no por tierra, no llevan ningún camino hecho ni abierto, y así eran for-

zados á ir rompiendo muy altos y espesos arcabucos y montañas de que está acompañada toda la mayor parte de las riberas de aquel río, y este trabajo era tan cuotidiano que si los soldados con los machetes y azadones y hachas no iban abriendo y rompiendo lo que se había de caminar, en ninguna manera era posible pasar adelante por otra parte. Hacía más duro y excesivo el trabajo de estos españoles la inundación del río, porque como ya las aguas hubiesen comenzado á caer y el río a crecer, inundaba y anegaba muchas partes de la tierra por donde los españoles forzosamente habían de pasar, y otros muchos ríos y crecidos arroyos que venían á dar al río grande, donde les era forzoso hacer puentes de madera y otras máquinas y artificios con que poder atravesar las hondables ciénagas, inundaciones y ríos que por su hondura no se podían vadear, y no sólo la creciente del río les causaba estos trabajos, pero muy nocibles daños, porque como por las ciénagas que se podían vadear entrasen algunos caimanes, que, como hemos dicho, son pescados de á diez, doce, quince, veinte y más pies de largo, de hechura de lagartos y de ferocidad de carniceras y caribes fieras, eran de ellos, con gran ímpetu, arrebatados algunos soldados al pasar de algunas ciénagas y ríos y sumergidos debajo del agua, sin poder ser remediados ni socorridos, y así recibían muy miserables y crudelísimas muertes. Por parte de tierra menos seguros iban, y con no menos temor de recibir semejantes daños, porque como en todas aquellas riberas y tierras comarcanas al río grande haya gran número de tigres, animales ferocísimos y enemiguísimos de la humana naturaleza, los cuales por su bruto y desvergonzado atrevimiento jamás dudan de acometer á hacer presa entre mucha gente, aunque esté armada y sobre el aviso, y así venían á los alojamientos y caminos por do la gente caminaba, y á traición, haciendo presa en algunos españoles, se los llevaban para su mantenimiento, sin poder ser socorridos ni librados de sus manos, porque al tiempo que hace la presa este animal es tan veloz y tan ligero en el acometer, y tan cruel en el echar mano ó asir del hombre, que del primer golpe queda con las manos y uñas, secundando con la presa de la boca, que aunque le quiten la presa

de entre las manos no tiene remedio su vida, y por eso pocas veces los soldados y españoles procuran seguir un animal de estos á quitarle el hombre que ha tomado, el cual llevan á cuestas ó arrastrando con tanta facilidad como un gato lleva un ratón, cuya similitud así en el talle de la persona como en el acometer y hacer la presa, es muy grande la que el tigre tiene al gato, excepto que es de grandor de un muy crecido mastín y mayor. La constelación del cielo no les era nada favorable á los nuéstros, porque dejados aparte los corruptos aires y vapores que en la tierra influían y engendraban, causadores de muchas enfermedades y mal humor, caían unos aguaceros que por particular influencia del cielo y exalaciones de la tierra de las gotas de agua, se engendraban en las carnes un género de gusanos extraño (aunque en las Indias es general en muchas partes), los cuales se criaban en las carnes de los hombres, sin haber en ellas ninguna llaga ni postema, sino que en lo más sano del cuerpo se congelaba y engendraba sin sentir este gusano; y yéndose metiendo en la carne deja por la parte de afuera un muy pequeño agujero como de punta de alfiler, por donde respira, y él por la parte de adentro se va rehaciendo y reformando de la substancia de la carne, y allí se hace tan grande como cualquier gusano de los que los bueyes crían (á los cuales llaman barros), y los matan con ponerles encima un parchecito de diaquilón ó trementina. De esta plaga sobre las demás fueron asimismo perseguidos y atribulados nuestros españoles, aunque sobre la congelación y engendración de estos gusanos hay muchas y diversas opiniones, que unos lo atribuyen á los aguaceros y otros á la constelación y vapores malos de la tierra, y por aquí van tratando como he dicho muchas diversidades de pareceres. Pero como dice el vulgar castellano, todos los duelos, etc., de lo cual les sobrevino tanta falta que les constreñía y forzaba á imitar muchas veces la brutalidad y crueldad de los tigres y caimanes, porque dejado aparte el comer los cueros unas y otras partes impúdicas de los caballos que se morían, lo cual tenían por muy particular y preciado regalo, había y hubo hombres que por conservar su vida procuraban con diligencia ver y saber si acaso se quedaba algún hombre muer-

to, á cuyo cuerpo acudían y cortaban y tomaban de él lo que les parecía, con lo cual oculta y escondidamente, guisándolo y aderezándolo al fuego, comían sin ningún asco ni pavor sus propias carnes, y hubo y les sobrevino tiempo en que considerando la canina hambre que entre los españoles había, miraba cada uno por su persona, temiendo que el hambre no fuese causa de recibir por mano de sus propios compañeros la muerte, y aunque los bergantines iban navegando por el río para prevenir estas necesidades y hambres, no podían dar bastimento á tánta gente, porque ya en este paraje las poblaciones de los indios eran ralas y esa comida que tenían la ponían con tiempo en cobro, alzándola y escondiéndola en lugares ignotos y que no podían ser hallados de españoles; y así se iban cada día muriendo de enfermos, débiles, flacos y hambrientos muchos españoles, demás de los que tigres y caimanes vimos arrebataban; y hombres hubo que con la grande aflicción y dolor que hambrientos y caminando padecían, tenían por mejor quedarse por las montañas y arcabucos y padecer con reposo que ir caminando y muriéndose, y así vimos se quedaron muchos, escondiéndose, porque la gente que el General Jiménez de Quesada llevaba puesta de retaguardia para que con semejantes desesperados hombres tuviesen cuenta, no fuesen ni fueron vistos, y aunque después los volvían á buscar, no eran jamás hallados. La pesadumbre y carga de estos trabajos, en los que morían, la hacía más ligera el consuelo espiritual que tenían por mano de dos sacerdotes que en el campo venían, tan sujetos á los trabajos y calamidades referidas como los demás soldados; el uno era Antón de Lezcano, clérigo de la Orden de San Pedro, natural de la Villa de Mula, y el otro Fray Domingo de las Casas, fraile de la Orden de Santo Domingo. Estos dos sacerdotes eran el principal refrigerio que los enfermos tenían confesándose con ellos y haciendo las otras cosas que como cristianos eran obligados, y así con más ánimo y esperanza de gozar de la bienaventuranza eterna, morían muchos enfermos, y particularmente por haber salido también proveído de sacerdotes, cosa muy necesaria para el bien espiritual de las ánimas, es digno el General Jiménez de Quesada de gran loor y alabanza y premio espiritual y temporal.

CAPITULO NOVENO

En que se escribe lo que le sucedió al Capitán Juan Tafur yendo á caza de venados con un oso hormiguero, y cómo el General Jiménez con toda la gente llegó á los cuatro brazos.

La falta de la comida y algunas veces el deseo de recrearse eran ocasión de que después de alojados los españoles y algunos días que paraban y descansaban por ser festivales y por otros forzosos respectos, saliesen soldados á caza de venados, en sus caballos, en los cuales algunas veces se hacían muy buenas monterías alcanzándolos con los caballos y alanceándolos, y esto no con mucha dificultad, porque como en toda tierra caliente todos los venados sean de menos aliento que los de tierra fría, y los pajonales y herbazales les sean grande estorbo é impedimento para correr, y el calor del sol les menoscabe de todo punto el anhélito, hacíanse muy buenas monterías sin perros más de con solos los caballos, y muchas veces á estos cazadores y monteros les sucedía adversamente, porque en lugar de venados hallaban animales feroces, como tigres, leones y osos y otras fieras que los ponían en confusión y aun detrimento de perderse ó ser muertos de ellas, y esto se pareció bien en una salida que el Capitán Juan Tafur hizo en compañía de otro soldado llamado Palacios, que yendo á cazar ó alancear venados, en lugar de la caza que buscaban hallaron un oso hormiguero, animal que aunque no es muy crecido de cuerpo, es espantable por la monstruosidad y terrible aspecto que en él puso Naturaleza, y siguiéndole con los caballos dábanle alcances todas las veces que querían, pero heríanle poco. Juan Tafur, que era hombre versuto y de recias fuerzas, porque el oso se les acercaba á un monte arcabuco ó montaña que por delante tenían, hiriôle reciamente atravesándole la lanza por el cuerpo, y con la fuerza que puso al sacarla y el desdén que el oso hizo, la quebró por medio; pero con la rabia y coraje que este animal tuvo de verse tan mal herido, dio un salto al través, del que se juntó á la cola del caballo de Tafur, y tomándola con entrambas manos comenzó á trepar y subir por ella arriba á las ancas del

caballo, sin que las coces y corcobos que el caballo tiró pudiesen echar de sí al oso, antes agarraba tan reciamente por las piernas y ancas del caballo arriba, que hincando sus crecidas uñas por el cuero y carne lo tenía muy sajado y mal herido. Juan Tafur sacó su espada para con ella herir y echar de sí el oso, pero como ya tuviese el hocico y cabeza conjunta con sus espaldas, no le pudo hacer ningún daño, ni menos el oso hacía á Juan Tafur con la boca, por tenerla muy estrecha y no aprovecharse de ella en ninguna manera para morder; mas toda su ofensa y defensa es con las uñas, con las cuales aún no había podido hacer presa en Juan Tafur, y verdaderamente lo pasara mal, porque ya había perdido él un estribo y la ación del otro se le había quebrado con la fuerza que había hecho, y estaba echado sobre la cervis y pescuezo del caballo, cuando se le acercó su compañero Palacios, el cual con la lanza que tenía hirió de otra mala lanzada al oso encima del caballo donde estaba, con lo cual le forzó á que se tornase á bajar por do había subido, y abrazando con ambos brazos y gran fuerza ambas piernas del caballo lo tuvo así, rompiendo el cuero y carne, hasta que se apeó Juan Tafur ó se arrojó del caballo, y tuvo lugar el caballo de mandarse más libre y sueltamente, y usando de todas sus fuerzas y poder echó de sí á coces al oso, el cual con estar tan mal herido aún no había perdido de todo punto su braveza y brío, antes con su bestial ímpetu se comenzó á retirar herido como estaba y á irse metiendo por un espeso pajonal. Siguióle Palacios y diole otra lanzada, con que lo hizo caer de un lado, donde pretendiendo defenderse de los que le perseguían comenzó á hacer rostro contra ellos; pero como por muchas partes y heridas respirase y perdiese por ello la furia y coraje, tuvieron lugar de llegarse más cerca y desjarretarlo y acabarlo de matar. Lleváronlo cargado al alojamiento de los demás españoles, y fue tenido en tánto como si fuera venado, porque repartiéndolo entre los más amigos y personas principales, lo comieron, sin que de él se perdiese cosa alguna. De la manera y condición de este animal se dirá adelante en la población de San Juan de los Llanos; por eso no será necesario tratarlo aquí. Pasadas algunas jornadas de donde

fue este suceso, ya el río se iba enangostando y la sierra juntando, poblados de muy espesas y crecidas montañas, dando evidentes muestras de ser dificultosa la subida y pasada arriba, cuando el General con la poca gente que le quedaba llegó á un pueblo de indios que de nombre de sus naturales era llamado La Tora, y los españoles le dijeron Barrancas Bermejas, y por otro nombre se llamó El Alojamiento de los cuatro Brazos, porque en poco campo se juntaban allí cerca cuatro ríos al río grande; y viendo el General que en aquel pueblo de La Tora había algunas comidas y que era acomodado sitio para descansar algunos días, y que la serranía que por delante tenía le mostraba claramente no ser cosa acertada pasar de allí con toda su gente, sin primero por el río ver lo que adelante estaba, se había alojado con todos estos presupuestos en este pueblo de La Tora; y no perdiendo punto porque la comida que allí había era muy poca para tánta gente, envió dos bergantines, los más ligeros, con gente bien dispuesta, que navegasen lo que pudiesen el río arriba y viesen lo que en él había, y la disposición de la tierra, si era poblada y andadera para pasar adelante, y viniesen con la presteza á ellos posible á darle aviso. Los dos bergantines se partieron, y á pocas jornadas que navegaron el río arrriba fueron impedidos de la gran corriente del río, porque como la serranía se estrechaba y juntaba por allí y asimismo el canal del río hacía la furia y corriente del agua muy mayor, de suerte que, como he dicho, impedía la navegación hacia arriba á los bergantines; demás de esto la tierra ó barrancas del río eran muy bajas, por lo cual estaban cubiertas de agua, inundadas y anegadas todas, y en todo lo que navegaron desde que se apartaron del pueblo de La Tora para arriba, no hallaron ninguna población ni ranchería de indios, antes todo les pareció tan áspero y malo y de muy espesas y crecidas montañas, que se les figuró que de ninguna manera podrían pasar gentes de allí para arriba, y con esto se volvieron al alojamiento de La Tora y de ello dieron entera relación á su General.

CAPITULO DECIMO

En que se escribe cómo el General Jiménez de Quesada envió al Capitán Sanmartín á descubrir en canoas por un río que de la sierra bajaba.

Estaba el General Jiménez de Quesada con esta nueva que del río arriba los bergantines le trajeron peritos, perplejo de todo punto, pues le habían significado y dicho que pasar adelante era imposible, y el volver atrás á él no le era honroso, porque le parecía cosa indigna de su persona y de otros muchos caballeros y soldados que con él estaban, dar la vuelta sin haber hecho cosa que á sus ojos pareciese memorable ni digna de ser escrita; porque los trabajos, hambres y muertes de sus soldados y compañeros y suyos que hasta allí se habían pasado y padecido, los tenían puestos en olvido y por muy extraños, con el ánimo y brío que para pasar y sufrir otros muy mayores que la fortuna les ofreciese, tenían presente, y así no había cosa más odiosa á los oídos del General y de muchos de los Capitanes y soldados que el tratar de volverse el río abajo; consideraba el General, y no sin discreción, de lo cual era adornado, que en algunos pueblos de los del río que atrás habían quedado se habían tomado ciertos pedazos de sal de la que en el Nuevo Reino se hace, que es muy diferente, en cuanto á la proporción, de la de la mar, que comúnmente es en grano y esta otra del Reino es en panes muy grandes, á manera de pilones de azúcar ; que aquesta nueva manera de sal no era de la mar sino de alguna Provincia rica de tierra, y aunque á los naturales del río se les preguntaba y había preguntado de dónde trajesen aquella nueva manera de sal, nunca daban entera razón de lo que se les preguntaba, y así por esta causa deseaba el General que ya que no podía subir el río arriba, ver si podría atravesar la serranía que sobre mano izquierda tenía, y con este designio habló al Capitán Sanmartín que de su compañía tomase la gente de mejor disposición y más sana que le pareciese, y con seis canoas navegase por un brazo ó río que de aquella propia serranía bajaba y se juntaba con el río grande, hasta verle el remate, y procurase

hacer por descubrir algún camino y población ó claridad que los guíase y pasase de la otra banda de la cordillera, que él tánto deseaba. El Capitán Sanmartín con veinticinco hombres se embarcó en sus canoas y navegando el brazuelo arriba anduvo todo lo que pudo, hasta que la gran corriente de la sierra le estorbó el navegar de las canoas y no poder pasar adelante con ellas; y antes de llegar á este lugar había el Capitán Sanmartín topado á la orilla de este río dos ó tres bohíos como ventas y aposentos de mercaderes y pasajeros, en que los naturales que por allí contrataban dormían y descansaban; y como forzado de la gran corriente é ímpetu del agua hubo Sanmartín de dejar las canoas y con su gente se metió la tierra adentro, donde dio en un camino y senda no muy ancho, por el cual siguiendo y caminando obra de dos leguas dio en uno ó dos lugarejos de indios de hasta cinco ó seis casas, cuyos moradores se habían ausentado sintiendo los españoles; en los cuales bohíos halló ciertos panes de sal de la que he dicho que en el Nuevo Reino se hace, y asimismo ciertas mantas pintadas; y como Sanmartín hallase tan buenas insignias de lo que buscaba, deseó haber algún indio de los de por allí, para que le diese lumbre y claridad de lo que pretendía, pero no hallándolo, siguió un camino que hacia la sierra se enderezaba, por el cual caminando halló asimismo algunos bohíos y ventas de depósito en que había cantidad de panes de sal, y deseando dar en la región y Provincia en donde aquélla sal se hacía, caminó hasta llegar al pie de la propia sierra, donde asimismo había ciertos bohíos con sal, y en todos los de atrás y estos últimos había alguna comida de maíz, aunque no mucha. Llegado Sanmartín al pie de la sierra fue inducido á pasar adelante por algunos de los soldados que con él estaban, pero no le pareció acertado hacerlo, porque demás de haber algunos días que habían salido del alojamiento de La Tora, estaban cuasi treinta leguas apartados de la gente, y ellos eran pocos para si hubiesen de dar en alguna población de indios belicosos; y así acordó no pasar de allí sin volver á dar cuenta de lo que había visto y hallado al General; y haciéndolo así, se volvió adonde había dejado las canoas, las cuales halló por-

que dejó en ellas españoles que las guardasen, y embarcándose en ellas con sus compañeros, llegó á La Tora, donde con la buena nueva que llevó dio muy gran contento á toda la gente, y especialmente al General, que tánto había deseado y deseaba hallar rastro y camino por do aquella sal venía y era traída, y así el propio General Jiménez de Quesada propuso luégo por su persona ir á hacer aquel descubrimiento y proseguir aquel camino que Sanmartín para la sierra había hallado, y con toda presteza mandó apercibir la gente que de á pie y de caballo había con él de ir, y puestos todos á punto, se partió el General por tierra llevando las canoas por el río, en tiempo de muy recias aguas que así en la sierra como en lo llano llovían; y marchando con el contínuo trabajo de ir abriendo camino, por ser la tierra montuosa, fue bajando por las riberas del brazuelo y río que Sanmartín había andado arriba; que habría desde el pueblo de La Tora hasta la primer venta ó bohío que Sanmartín había descubierto, de sal, catorce leguas, en las cuales fueron nuestro General y españoles tan acompañados de trabajos cuanto hasta allí los habían traído, porque demás del haber de ir abriendo el camino á pura fuerza é industria de brazos, con las muchas aguas el río creció en tanta manera, que inundada mucha parte fuéra de su natural camino y corriente, constreñía á nuestros Capitanes y soldados que de día anduviesen y caminasen como peces por el agua, y de noche se subiesen á dormir á los árboles, y esos pocos caballos que consigo llevaban no eran en nada reservados, porque durante el tiempo que la inundación y creciente del río tuvo, que fueron cuasi diez días, siempre dormían el agua á la cincha, y los soldados que á pie caminaban todo este tiempo la llevaban cuasi á los pechos; y en el comer se padecía el mismo trabajo, porque como la gran creciente del río les detuvo en el camino más de lo que habían de estar hasta llegar á las ventas (donde había comida) acabóseles ese poco matalotaje que de La Tora sacaron, antes de tiempo. Dábanse por ración á cada Capitán y soldado cuarenta granos de maíz tostado por día, y así el mayor regalo que en estas catorce leguas de camino y navegación tuvieron, fue un perro que

por yerro se había venido tras ellos de La Tora, con cuya carne se hizo un célebre convite á los principales, que entre ellos no fue menos estimado ni en menos tenido que los que algunos emperadores romanos acostumbraban dar, en que gastaban gran parte de lo que las rentas de su Imperio rentaban; y puédese creer, y así lo afirman algunos de los que presentes se hallaron, que pies, manos, cabeza, tripas ni pellejo del perro dejó de ser tan aprovechado como si fuera un muy gentil carnero, y aún más, porque pocas veces se aprovecha el pellejo de un carnero sino es para efectos de poca importancia, y el de este perro aprovechó para comer. Al cabo de dicho tiempo llegaron á la primera venta, que fue entero remedio de toda la gente que con el General iba, porque á tardarse los soldados dos días más, no pudieran llegar ni menos pudieran tornar y tomar, porque todos, ó los más, perecieran; pues era imposible poderse sustentar muchos días caminando por agua y sin comer. Allí hallaron algún maíz y otras raíces que debajo de tierra se crían, donde se holgaron y descansaron y reformaron algún tanto de la calamidad y trabajo pasado, y después de algunos días el General prosiguió su viaje y descubrimiento hasta llegar á las últimas ventas y bohíos donde Sanmartín había llegado y vuéltose, los cuales, como se ha dicho, estaban puestos al principio de la aspereza de la sierra, por lo cual era dificultoso entonces subir caballos, por no traer todo el aderezo necesario para aderezar el camino, y así determinó el General de quedarse allí con los caballos y enviar gente de á pie que fuesen á descubrir lo que adelante había, y siguiesen obstinadamente aquel camino por do parecía bajar los panes de sal dichos. Había antes de esto procurado el General haber algún indio de los que en aquellos bohíos habitaban, para guía, é informarse del de la derrota que debían tomar, y jamás lo pudo haber aunque llevaba consigo muy buenos y diligentes soldados y aun rastreadores, en lo cual se había detenido ocho días, y al fin, viendo que no podía hallar lo que pretendía, se determinó, como he dicho, á enviar á descubrir gente de á pie, al cual efecto envió á los Capitanes Juan de Céspedes y Lázaro Fonte y á su Alférez general

Antonio de Olalla y otros muy buenos soldados, dándoles de término y plazo solamente diez días; pero á los Capitanes, pareciéndoles poco, en secreto le dijeron que eran necesarios veinte, en los cuales sino volviesen de su descubrimiento los tuviesen por muertos. El General lo tuvo así por bien, y con esto se despidieron del General á descubrir, no cierto con el aparato de mamas y chinas y chinos y otras superfluidades que en este tiempo se usaban, dignas de ser reprobadas y aun castigadas, sino con sus armas á cuestas y sus mochilas al hombro, en que llevaban un poco de maíz tostado; y cuando había algún indio que por la industria de sus padres sabía moler y hacer cuatro bollos muy pajosos, esto era todo el regalo del mundo; y muchos y muy buenos escogidos y estimados soldados había que no se despreciaban de moler el maíz y hacer de ello puches y otros potajes y guisados, en aquel tiempo y entre ellos tan estimados cuanto en otros tiempos aborrecidos ; y como había muy pocos que trajesen servicio de indios, toda la demás comunidad de buenos soldados eran forzados á servirse en todas las cosas de que tenían necesidad, como era guisarse de comer, lavarse la ropa, coger la paja en que habían de dormir y abajarse á otros más humildes oficios, y esto sin hacer falta sus personas á lo que les fuese mandado por sus Capitanes y soldados. Todos estos trabajos y otros que en silencio paso, me parecen dignos de todo galardón y premio, de los cuales si ahora se tratase entre soldados que á muchas poblaciones y descubrimientos hubiesen de ir, ser cierto que aunque esperasen muy gran premio por haber de pasarlos, no lo aceptarían, antes lo dejarían de conseguir.

CAPITULO UNDECIMO

En que se escribe cómo el General Jiménez de Quesada envió los Capitanes Céspedes y Fonte á descubrir por las sierras de Opón adelante.

Los Capitanes Céspedes y Lázaro Fonte, con veinte hombres que les fueron dados por su General, se partieron de donde él estaba y comenzaron á caminar, con sus armas y

comida á cuestas, por un estrecho y angosto camino, subiendo por una asperísima y alta sierra, toda cubierta de muy espesa y cerrada montaña que con dificultad les dejaba ver la claridad del sol; sin llevar persona que los guiase y encaminase y diese alguna buena esperanza, que es lo que suele hacer tolerables y pasaderos cualesquier trabajos, por insufribles que sean; solamente iban sujetos adonde su fortuna y el remate de aquel camino que seguían les quisiese echar. Verdaderamente yo no hallo que enteramente se puedan escribir los trabajos, riesgos, infortunios y otras adversidades á que se sujetan y ponen los hombres que semejantes descubrimientos toman entre manos, porque los que van á guerras de reinos contra reinos llevan entre las manos sus premios y venlos cada día delante de sus ojos, y puesto caso que allí van sujetos á cien mil cuentos de peligros, el galardón que de próximo esperan haber con el despojo y saco de las ciudades, los trofeos y honras de las victorias, el tener presentes á sus Reyes de quienes esperan grandes premios y galardones, los animan á seguir semejantes guerras; pero aquí en este descubrimiento, en la una parte como he dicho, se quedaba el compañero arrimado á un árbol, muerto de hambre; en la otra arrebataba el caimán al pariente; en la otra llevaba el tigre al amigo; en la otra morían rabiando los soldados de las heridas que con yerba les habían dado; enfermedades, hambres que suelen hacer más intolerables los trabajos, y sobre todo sin saber adónde van ni qué galardón habrán, si serán tomados á manos de gentes no vistas ni conocidas y por ellas hechos pedazos, se meten ahora con ánimos invictos, cargados de sus comidas y con sus armas á cuestas por una sierra adelante que sólo el mirarla ponía temor, sujetándose en todo y por todo á la fortuna, que pocas veces suele dar esperanza con entero contento, porque les parecía que porque por aquel caminillo que seguían bajaban aquellos panes de sal que venían de tierra, que no podía dejar de serles muy útil y provechosa. Caminando pues nuestros descubridores, subiendo y bajando sierras y pasando arroyos y barrancos, dieron en un lugarejo poblado en las propias montañas, de hasta doce casas, cuyos moradores, habiendo antes sentido

la gente nunca por ellos vista que á sus casas iba, las desampararon y procuraron ponerse en salvo; los Capitanes, hallando allí más abundancia de comida que donde había quedado el General Jiménez de Quesada, le enviaron á decir con ciertos soldados que podía pasarse él y la gente que consigo tenía á aquel lugar, donde podrían mejor sustentarse, y si no quisiese hacer esto, les enviase de la gente que tenía consigo, para más seguramente pasar adelante con su descubrimiento, y ellos y sus soldados pusieron toda diligencia en procurar haber algunos de los moradores de aquellos bohíos; pero como ellos se habían puesto en cobro y era menester andarlos á cazar por las montañas como á fieras, no pudieron haber más de sólo un indio, que admirado y espantado de ver semejante novedad de gentes que las que en su pueblo veía, estuvo dos días con sus noches sin hablar palabra, creyendo que los españoles era alguna gente fiera y que comían carne humana, por lo cual esperaba que en breve le habían de dar la muerte y comérselo; pero viendo este bárbaro que su muerte se dilataba y que no harían de él lo que pensaba, á cabo del tiempo dicho habló á la lengua cuasi como hombre desesperado y que deseaba ya ver el fin y remate de su vida, con que todo temor se acaba; y se dijo: "Estos bárbaros que ni son gente como nosotros ni animales de los que en los arcabucos se crían, ¿qué piensan hacer de mí? Si me han de comer, ¿porqué no acaban de darme la muerte, y si nó porqué no me sueltan y dejan que me vaya donde quisiese?" Visto por los Capitanes lo que el indio decía tan desesperadamente, le comenzaron á consolar y decir con el intérprete que tenían, que sosegase su espíritu y no temiese recibir daño ninguno, porque ni eran gentes que comían carne humana ni pretendían demás de informarse de lo que adelante había, y de dónde él ó sus compañeros traían aquellos grandes panes de sal, de la cual le mostraron un gran pedazo. El indio, perdido ya el temor de perder su vida, les dijo que con mucha alegría los llevaría adonde aquella sal se hacía, y que les era necesario hacer comida ó matalotaje para tres días que habían de caminar por despobladas montañas, lo cual los españoles hicieron con mucha alegría. El General Jiménez de Quesada,

aunque los españoles le llegaron con el recaudo y mensaje que sus Capitanes le enviaron del lugarejo donde estaban, no le pareció que el camino de la sierra ni la subida de ella era tal que por entonces la pudiesen subir los caballos, y por no desampararlos ni dejarlos en aventura de que se perdieran y los tomasen los indios, envió toda la gente que consigo tenía adonde los dos Capitanes estaban, y él con ocho compañeros se quedó en aquellos bohíos con muy gran riesgo de sus personas, así por la poca comida que tenían como por enfermedades que luégo les dieron. Llegó el socorro que el General envió á sus Capitanes, y luégo se partieron con su guía y adalid para adelante, y pasados los tres días llegaron al valle que por nombre propio de sus naturales es dicho Opón, de donde los españoles dieron la nombradía á toda la serranía que por aquel camino hay, desde el río grande hasta la tierra rasa del reino, á la cual llamaron las sierras de Opón. La guía llevó á nuestros españoles á dar en un lugarejo y pueblo de hasta ocho ó diez casas, donde por no tener los moradores noticia de los españoles, estaban algo descuidados y se tomaron una docena de personas, varones y hembras, entre los cuales había una india que parece que con más amor que los demás se aficionó á los españoles, y, ó porque ella debía estar mal con su cacique ó por la poca fe que estos bárbaros suelen tener con sus mayores y compañeros, habló con la lengua é intérprete que llevaban y le dijo: "Dí á esta gente que pues nos han preso á nosotros, que vayan también á prender á nuestro principal y Cacique, que bien cerca de aquí está en ciertos regocijos; los Capitanes enviaron luégo una escuadra llamado *Juan Valenciano*, con ocho hombres, los cuales dieron en donde el Cacique de Opón estaba celebrando unas bodas ó desposorios con una nueva mujer que tomaba, y prendiéndolo con otras quince personas, interrumpieron sus regocijos y se volvieron adonde los Capitanes habían quedado, los cuales se holgaron y alegraron mucho con la presencia y vista del Cacique, al cual hicieron todo buen tratamiento, dándole de algunas cuentas de España y otros rescates que consigo llevaban, y le hablaron diciendo que ellos no le venían á damnificar en ninguna cosa, antes tenían en

mucho su amistad, la cual le conservarían y guardarían todo el tiempo que él no la quebrantase, y que al presente sólo querían que los llevase y encaminase al lugar y parte donde la sal que allí le mostraron se hacía, porque su Capitán los enviaba á aquel efecto. El Cacique mostró tener en mucho la amistad de los españoles y les respondió, aunque con mal propósito de hacer lo que le rogaban y llevarlos donde la sal se hacía. Los Capitanes, visto esto, dieron luégo orden en hacer algunas alpargatas con que sus españoles fuesen calzados, porque algunas jornadas habían caminado sin traer cosa alguna debajo de los pies, y así de unas hamacas ó sábanas de algodón que allí hallaron, Capitanes y soldados todos trabajaron dos días sin parar en hacer sus alpargatas, unos haciendo suelas, otros encapellando y otros cruzando, y de esta suerte proveyeron aquella necesidad que no era pequeña. El Cacique de Opón, pretendiendo librarse de las manos de los españoles ó matarlos, había mandado que toda su gente estuviese con las armas en las manos con propósito de meter los españoles por su población y que en ella fuesen acometidos y heridos de los suyos; pero Dios Todopoderoso estorbó que esta maldad de este bárbaro se efectuase é hizo que fuese descubierta y remediada de esta manera: yendo caminando los españoles y llevando por guía al Cacique de Opón, la india que antes les dio aviso que prendiesen este Cacique, les dijo asimismo cómo los llevaba por fuéra del derecho camino á meterles en una celada ó emboscada de indios que tenía puesta para matarlos; que mirasen lo que hacían, porque si lo seguían, todos serían muertos. Con esto los españoles se detuvieron, no pasando adelante por entonces, y tomando el Capitán Céspedes al Cacique le dijo, mediante el intérprete, que porqué era hombre de poca fe y era tan malo y perverso que habiéndoles prometido de serles amigo y de llevarlos por camino derecho adonde la sal se hacía, les faltaba ya en todo y torciendo la vía los llevaba á meter entre sus vasallos que emboscados tenía puestos para damnificarlos; que no curase de intentar aquellas novedades y maldades, sino que los llevase por derecho camino, porque si con obstinación pretendiese prevalecer en su maldad, en breve le darían una mise-

rable muerte con que hubiese entero castigo de su locura y atrevimiento. El Cacique comenzó á negar la verdad y tropezar en sus palabras, por lo cual un soldado de consentimiento de los Capitanes le dio un cintarazo de llano con la espada, que lo derribó en el suelo, y como el Cacique viese que su persona empezara á ser maltratada por su inconstancia y poca fe, envió luégo un indio á sus vasallos y súbditos, que dejadas las armas viniesen luégo con comidas y mantenimientos á cierto lugar donde aquella noche habían de ir á dormir, y dejando aquel camino guió y llevó á los españoles por su derecha derrota y vía; porque esta gente que en todo procura imitar á los brutos animales, ninguna cosa hacen ni cumplen por virtuosos ni voluntarios respetos, sino forzados y constreñidos del castigo y cuchillo que presente tienen; y así los llevó aquel día á dormir á un alojamiento donde sus indios acudieron como él les había mandado, cargados de comidas, de las cuales dijo á los españoles que tomasen las que menester hubiesen para el camino de tres días que tenían de andar por aquella montuosa serranía, hasta llegar á otra población de indios que al cabo de aquellas jornadas habían de hallar, lo cual fue hecho conforme al aviso, y los Capitanes, gratificando al primer indio que tomaron en el primer pueblo, que hasta allí los había guiado, y dando algunos rescates y cosas de España, lo dejaron y enviaron á su tierra; y al Cacique de Opón, porque no se les ausentase y dejase burlados y quedasen sin ninguna claridad ni guía, le pusieron una soga al pescuezo y lo encomendaron á unos soldados que tuviesen cuenta con él y cuidado de guardarlo, y llevándolo por delante para que los guiase, caminaron por su serranía adelante, y andadas las tres jornadas de muy perverso y doblado camino, llegaron al valle que llamaron del Alférez así por haber llegado primero á él que otro ninguno el Alférez Antonio de Olalla, como porque después el propio Alférez quedó en el Valle con gente, como adelante se dirá. En este Valle del Alférez había más gente y naturales que atrás en el de Opón, algunos de los cuales trajeron á los españoles mucha comida de la que en sus casas tenían, y aquí les tornó á avisar el Cacique de Opón que hiciesen comida ó matalotaje

para otras tres jornadas que les quedabán de montaña despoblada, lo cual hecho salieron del Valle del Alférez y caminaron adelante en seguimiento de su demanda de la sal, y llegaron cumplidas las tres jornadas al Valle de las Turmas, que después fue dicho el Valle de La Grita por las muchas voces y gritos que dieron cuando después el General con toda la gente entró en él. Está este valle fuéra de todas las montañas y serranías de Opón y al principio de la tierra rasa y alta del Reino, cuya vista dio mucho contento á los españoles, así por los muchos caminos que de él salían y humaredas de los náturales que veían, como porque no se les oponía por delante ninguna montaña, ni arcabuco, ni serranía que les estorbase la vista, la cual se extendía bien á lo largo. Los españoles se alojaron en unos bohíos ó casas de indios que allí estaban, con abundancia de maíz y otras cosas de comer, pretendiendo descansar del trabajo pasado; y el Capitán Céspedes, tomando consigo cinco hombres de los que menos habían sentido el trabajo, siguió por un camino de los que por delante tenían, y apartándose de los demás españoles obra de dos leguas, dio en un poblezuelo de indios, en el cual tomó cuasi treinta personas, y en un bohío que los indios tenían por templo halló ofrecidos á sus simulacros ciertas piedras, esmeraldas pequeñas de poco valor, y un poco de oro fino, con todo lo cual dio la vuelta adonde los demás españoles habían quedado alojados.

CAPITULO DUODECIMO

En que se escribe la vuelta que los Capitanes Céspedes y Lázaro Fonte hicieron á donde su General estaba, y los españoles que en el camino dejaron, y de cómo el General se volvió al pueblo de La Tora.

Los Capitanes Céspedes y Lázaro Fonte, aunque tenían necesidad de descansar algunos días en el Valle de La Grita con su gente, que iba fatigada, no les daba á ello lugar el término que su General les había dado, dentro del cual se habían de hallar en el lugar donde le habían dejado. Así dende á otro día dieron la vuelta muy regocijados con la tierra que habían visto y con la ger[illegible] [illegible]as qu[illegible]

llevaban, y llegados que fueron al Valle del Alférez, les fue necesario dejar allí gente, porque á uno de los soldados se le había desconcertado una pierna y no podía caminar ni lo podían llevar cargado, y así el propio Alférez Antonio de Olalla se quedó allí con ciertos soldados, y prosiguiendo su tornavuelta llegaron al valle de Opón, donde hicieron al Cacique que consigo llevaban que les proveyese de más indios y comida para hasta donde estaba el General esperando. El Cacique lo hizo así, que trayéndoles la comida que fue menester y algunos indios que la llevasen, lo dejaron en su casa con gratificación de su trabajo y en su amistad y gracia; porque aunque lo habían llevado casi aprisionado hasta el Valle de La Grita, siempre se le había hecho buen tratamiento á su persona; por donde el indio no habia tomado ningún particular odio con los cristianos, antes siempre daba muestras de holgarse con su amistad. De allí se volvieron los españoles á los bohíos primeros ó lugarejos que en la sierra habían hallado, donde tomaron la primer guía, en los cuales había cantidad de maíz, y porque los indios no lo sacasen de los bohíos y lo llevasen á esconder á partes donde no pudiese ser habido, que sería muy gran daño para los españoles que por allí habían luégo con su General de pasar, se quedó en los bohíos el Capitán Lázaro Fonte con unos pocos soldados, y el Capitán Céspedes, con el resto de la gente y los indios cargados de comida, prosiguieron su tornavuelta. Llegó donde el General Jiménez de Quesada había quedado con sus ocho compañeros, parte de los cuales estaban enfermos de enfermedades contagiosas que allí les habían dado; pero con la buena nueva de la tierra descubierta que el Capitán Céspedes les trajo, se alegraron muy mucho y cobraron aliento y fuerza para proseguir su descubrimiento. El General acordó luégo volver á La Tora para sacar de aquel alojamiento su gente y traerla toda en descubrimiento de la nueva tierra; y dejando en aquellos bohíos al pie de la sierra á su hermano Hernán Pérez de Quesada con algunos soldados que guardasen la comida que allí quedaba, se partió para el pueblo de La Tora, y llegado que fue al río ó brazuelo por do había subido, le fue forzado de dejar los caballos y

gente con ellos que los guardase, y él embarcándose en dos pequeñas canoas con los Capitanes Céspedes y Sanmartín y Valenzuela y Cardoso, navegó el brazuelo ó río abajo tres días, en los cuales llegó junto al propio río, donde acaeció una cosa digna de escribirse, por haber sido por ella milagrosamente librados de la muerte el General y los demás Capitanes que con él iban, y fue que al tiempo que llegaron junto al río grande, el General tuvo voluntad de saltar en tierra, y poniéndolo en efecto se estuvo allí un buen rato recreando con los que con él iban; por los cuales fue persuadido y rogado que no se estuviesen más allí, pues tan cerca estaba la demás gente que podía haber distancia de una legua hasta el pueblo de La Tora. El General les dijo que estaba de parecer y voluntad de dormir allí aquella noche; á los demás Capitanes parecióles más locura que cordura lo que su General quería hacer. Muy obstinadamente le importunaron y rogaron que no lo hiciese, sino que fuese á dar algún contento á la demás gente, donde asimismo ellos podrían descansar. El General, viendose tan importunado de los Capitanes que con él estaban, se embarcó en las canoas, y estando ya para navegar (encaminándolo así el Todopoderoso Dios, porque no pereciesen los Capitanes que allí iban, que eran los más principales del campo, con su General) se tornó á desembarcar y á saltar en tierra, diciendo que no le importunasen, que él no quería pasar de allí aquel día. De esta novedad pesó mucho á todos los que con el General estaban; pero como eran obligados á obedecer á su mayor, callaron y quedáronse allí aquella tarde y noche á dormir. Al tiempo que estas cosas pasaban al General y á los que con él estaban, habían venido al pueblo de La Tora á guerrear con los bergantines y gente de tierra más de quinientas canoas de indios muy belicosos que con su enherbolada flechería estaban dando batería; y si así como los Capitanes le importunaban al General se hiciera, todos ellos vinieran á dar en las canoas y manos de sus enemigos, donde de ninguna manera podrían escapar de morir heridos de sus flechas ó ahogados en el río; y como todo aquel día el número de las canoas de indios dichas anduviesen disparando sus flechas contra los españo-

les, sin haber de ellos ninguna victoria, venida la noche se esparcieron y volvieron á sus puestos y casas. Otro día de mañana el General y sus compañeros se embarcaron y se vinieron derecho á La Tora, donde lo primero que toparon fueron dos bergantines que andaban asegurando el río y viendo si habían quedado por allí algunas canoas rezagadas y puestas en celada; los cuales, como descubriesen las canoas en que el General iba navegando, y por verlas de lejos no reconocieron la gente que era, les tiraron una pelota con un verso de los que llevaban; que si, como en todo lo demás, en esto no le fuera favorable la fortuna á nuestro General, él acabara la vida por mano de los suyos, por haber dado la pelota tan cerca de la canoa en que él iba; y con temor de qué los de los bergantines no segundasen con su artillería, pensando que eran enemigos y podían ofenderle, mandó luégo el General alzar una bandera que pudiese ser vista y divisada de la gente de los bergantines, los cuales luégo que la vieron reconocieron ser su General, y volviéndose el uno á dar aviso al campo, que estaban bien tristes y congojosos con la tardanza, que había sido de cincuenta días, el otro se fue para las canoas, y saltando en él el General y la demás gente que con él iba, con gran gozo y contento se fueron todos juntos al alojamiento de La Tora, en donde aunque de la buena tierra que habían descubierto no tenían noticia, estaban con mucha alegría todos en saber la venida de su General, al cual amaban y estimaban mucho por su gran virtud y afabilidad. El General y los que con él iban fueron muy bien recibidos de los suyos, á los cuales se les dobló el contento desde que supieron el buen suceso que habían tenido los descubridores y la buena tierra que se había descubierto. El General, como era hombre cristianísimo y dado á la cristiana religión, que aunque andaba metido en cosas de guerra y trabajos que suelen quitar la devoción, no se olvidaba de los particulares beneficios que Dios le hacía, y en aquel descubrimiento tan miraculoso le había hecho, hallando á los sacerdotes en disposición de celebrar, les rogó que dijesen misa é hiciesen especial sacrificio á Dios Todopoderoso, dándole gracias por el gran beneficio y merced que les había hecho en depararles

una tierra donde esperaban que á su Divina Majestad se haría gran servicio en la conversión de los naturales de ella. Toda la gente del campo oyó misa con mucha devoción y contento espiritual, haciendo devotas oraciones á Dios, suplicándole les llevase adelante lo que por su bondad y misericordia les había deparado; pareciéndoles con cristiana consideración que ninguna cosa puede ser bien guiada ni encaminada si primero no es referida y atribuida y encomendada á Dios Nuestro Señor, sin cuya voluntad la hoja del árbol ni ninguna criatura racional ni irracional no se mueve; porque pocos días antes se habían visto ciegos de todo punto, sin remedio ninguno de pasar adelante ni de volver atrás. Hechas estas cosas, el General comenzó á visitar su gente y campo, como buen Capitán, la cual halló tan desmayada y falta de salud y llena de enfermedades, que sintiendo, como era razón, la mucha gente que se le había muerto, no pudo dejar de dar muestras de su sentimiento, porque demás de que desde que salió de Santa Marta hasta que llegó á este pueblo de La Tora, le habían muerto y consumido de accidente y debilidad más de doscientos hombres con varios acaecimientos, según atrás quedan referidos, en este pueblo se le habían muerto cuasi otros tantos de hambres y enfermedades, sin los que hallaba enfermos. El sentimiento de estas cosas y el trabajo del camino y descubrimiento de do venía, causaron á nuestro General una enfermedad no menos peligrosa para su persona que dañosa para su gente, de la cual estuvo muy afligido. Algunas personas, con celo de la salud de su General y viendo la poca gente que le había quedado, y que parecía cosa temeraria con tan pequeño número de soldados, que no llegaban á doscientos, y eso mal sanos, querer atravesar la maleza y aspereza de una montuosa serranía, y tan larga como era la de Opón, que tenía cuarenta leguas de travesía, y demás de esto meterse por tierras no sabidas y que daban muestras de tener infinidad de naturales, aconsejaban y decían al General Jiménez de Quesada que no debía pasar de allí si de todo punto no aborrecía su salud y vida y la de sus soldados, y como hombre que le fatigaba el vivir, quería meterse donde sólo la

maleza y aspereza de la tierra que habían de pasar, bastaba á consumir otro mayor número de gente que el que allí tenía, y más sano. Pero ninguna de estas cosas era suficiente á mudar al General de su opinión, que acompañada de animoso vigor, deseaba hacer y salir con alguna cosa memorable y en que hiciese servicio á Dios y á su Rey; y así respondió á los que esto le decían y aconsejaban, que aunque su celo era bueno, la obra que de él se podría seguir era contra su honor, pues justamente se le podía decir que se había vuelto de las puertas de una felicísima tierra, por su inconstancia, y que aunque en el camino muriese, él tenía por más gloriosa la muerte en aquella demanda que la vida con infamia, que de volverse se le podía seguir, y que les suplicaba que si querían conservar su vida y amistad que no le aconsejasen semejante hecho, pues ninguna cosa podría en él más brevemente consumir y quebrar estas dos cosas, que el persuadirle que se volviese; y así encubriendo con el buen ánimo que tenía las operaciones que la enfermedad en él hacía, dejó la cama y comenzó á dar orden en proseguir su jornada y no detenerse más en aquel pueblo, y así comenzó á encaminar su gente y soldados, llevando los más con bordones en las manos, porque como habían escapado flacos de la enfermedad, no podían caminar sin esta ayuda. El General asimismo prosiguió su camino, enfermo como estaba y purgado de un día, que puso gran duda á todos de su vida, por haberse de meter por camino tan fragoso y enfermo. Caminó tras su gente y sin suceder cosa notable llegaron al pie de las sierras donde había quedado Hernán Pérez de Quesada, al cual hallaron con dos hombres menos que le habían muerto los indios dueños de aquellos bohíos, por defender sus casas y quitarlas del poder de los españoles que se las tenían y en ellas estaban. Allí descansaron ciertos días, después de los cuales comenzaron á subir y caminar por la sierra, no con falta de trabajos, porque iban abriendo el camino y aderezándolo con azadones, y hubo pasos en estas sierras donde por no poderse aderezar ni deshechar, echaron por ellos á rodar los caballos á la aventura de si se tuviesen bien, que no tropicasen ó rodasen, escaparían con la vida, y si nó forzosamente se ha-

bían de hacer pedazos; y con este trabajo caminó el General con toda la gente, recogiendo los que por el camino habían quedado, hasta llegar al Valle del Alférez, al cual hallaron herido con otros soldados, porque los indios de aquel Valle, queriéndolos echar de su tierra y casas, habían congregádose y venido con mano armada contra ellos, los cuales peleando con ánimos varoniles, se defendieron de ellos, mediante el favor divino, y los ahuyentaron, aunque con heridas de algunos, como se ha dicho. Alojado el General en el Valle del Alférez, como iba la gente cansada y fatigada del camino pasado, fueles necesario holgar allí algunos días para que su gente se reformase, al cabo de los cuales prosiguió su viaje, y pasando toda la serranía y montaña de las sierras de Opón, llegó al Valle de La Grita, donde los primeros descubridores habían llegado. Es de saber que de este Valle de La Grita empieza la Provincia y gentes del Nuevo Reino de Granada, y así desde él empezará su descubrimiento en el siguiente libro; y desde este valle empieza otra lengua muy diferente de la de atrás, porque la gente que había poblada por las sierras de Opón toda hablaba el habla y lengua del río grande, de donde traían muy buenos intérpretes los españoles; y como llegados al Valle de La Grita se perdiese aquella lengua, hizo más dificultosa su jornada, ó á lo menos más dañosa, por no poder entender la lengua de la gente del Reino; pero un indio que al principio de las sierras de Opón se tomó, natural de las Provincias del Nuevo Reino, después poco á poco vino á entender la lengua castellana, que les fue harto provecho. Esta lengua ó indio fue llamado Pericón ó Perico, pero más comúnmente le llamaban Pericón. Réstame ahora decir para acabar de todo punto esta jornada del río grande, que al tiempo que el General Jiménez de Quesada salió del pueblo y alojamiento de La Tora, dejó en él al Licenciado Gallegos con los bergantines y la gente más enferma y que no podía caminar, con otros algunos soldados para su defensa y guardia, con pacto y concierto que en aquel pueblo le esperasen cierto tiempo señalado, dentro del cual les enviaría recado y aviso de la tierra y de lo que en ella ocurriese, y que si el término se pasase sin que el aviso se le

enviase, se volviese á Santa Marta; y como después el General entró en tierra donde no sólo no le convenía apartar de sí un soldado, pero buscar quien le ayudase, pasóse el término y tiempo con que él había de dar aviso, y así el Licenciado Gallegos se embarcó con la gente que con él estaba y se volvió río abajo á Santa Marta, donde halló ya muerto al Adelantado de Canaria D. Pedro Fernández de Lugo.

En el tercer Libro se escribe cómo el General Jiménez de Quesada, desde el Valle de La Grita, prosiguió el descubrimiento de la tierra y Provincia del Nuevo Reino de Granada, y entrando por la Provincia de Bogotá, la vieron y anduvieron, y de allí fueron en demanda de las minas donde se sacan las piedras esmeraldas; donde tuvieron noticia del cacique y señor de aquella Provincia, llamado Tunja, al cual prendieron y tomaron todas sus riquezas, y después de pasados algunos días, en los cuales sucedieron algunas guerras de indios y guazabaras, y haber muerto el señor de Bogotá, y haber intentado diversas veces salirse de la tierra del Reino, se volvieron á la Provincia de Bogotá, donde poblaron la ciudad de Santafé, y cómo yendo el General á España, se volvió del camino por la noticia que le dieron de la casa del sol, en la cual decían haber grandes riquezas.

LIBRO TERCERO

CAPITULO PRIMERO

En el cual se escribe la diferencia y altura que de la ciudad de Santa Marta al Nuevo Reino de Granada hay, y cómo los naturales del Valle de La Grita tomaron las armas y vinieron sobre los españoles y fueron rebatidos, los cuales, teniendo puesto cierta manera de cerco sobre los españoles, fueron ahuyentados con sólo la vista de algunos caballos que sueltos se fueron hacia su alojamiento.

SEGÚN en el precedente Libro queda escrito, hemos tratado largo los infortunios que para llegar al presente puesto como á principio de nueva tierra pasaron el General Jiménez de Quesada y sus Capitanes y soldados, y para más claridad así de lo que queda dicho como de lo que aquí adelante diremos y trataremos, es de saber que esta tierra rasa que al presente tienen por delante estos españoles está puesta en cinco grados de equinoccial y desde abajo, y que la ciudad de Santa Marta, de donde habrá un año que partieron, está en poco más de once grados, y que en todo este tiempo que caminaron fue subir y trepar hacia arriba, llegándose á la línea á tomar la cumbre y altura de las cordilleras y sierras donde manan y salen y están puestas las fuentes y nacimientos del río grande de la Magdalena, que, como he dicho, por su grande altura están fijadas en los grados que he referido, y de esto da testimonio la frialdad y destemplanza de toda la más de la Provincia del Nuevo Reino, donde habitan las gentes y naturales llamados *Moscas* y *Laches* y parte de *Chitareros*, que son los de las Provincias de Pamplona, cuya región es muy fría, por lo cual la conquista que al presente se les ofrece á estos españoles es muy diferente de la pasada,

cuanto en muchas cosas las calidades de las tierras y naturales de ellas difieren; y así, aunque la larga experiencia de los pasados sucesos tenía amaestrados á los más de los Capitanes y soldados viejos en las cosas de la guerra, al presente se hallaban perplejos en lo que debían hacer y en el modo y orden que debían tener para seguir y principiar la nueva conquista que la fortuna les ofrecía y ponía en las manos, por no haber conocido de todo punto qué gente era la que en aquesta tierra había ni hasta dónde llegaban sus bríos y ánimos, ni el género de armas de que usaban, hasta que después de rancheados ó alojados en el Valle de La Grita con prosupuesto de descansar allí algunos días y reformar así sus personas como sus jumentos y caballos de las hambres y trabajo que en el atravesar las sierras de Opón habían tenido; los naturales y moradores del Valle de La Grita y otros á ellos comarcanos, admirados de la nueva manera de gentes que por sus tierras tan atrevidamente se entraban, apoderándose de sus casas y labranzas y haciendas, se congregaron con designio de estorbarles el paso, y si pudiesen, hacerles volver atrás; y tomando las armas en la mano, que eran dardos pequeños de palma, tostados al fuego, cuyas heridas suelen ser ponzoñosas, y unas flechas largas que se tiran con ciertos amientos que los propios naturales llaman *quesque*, y algunas lanzas largas de á veinte palmos y más, y otro género de armas llamadas macanas, que son también de palma y les sirven de espadas para cuando llegan á romper y juntarse pie á pie, las cuales son de largor de una espada de mano y media, y otras mayores y otras menores, de anchor de una mano y más y menos, y por los lados delgadas y afiladas, y que con ellas suelen cortar y aun descuartizar un indio, se vinieron muy gran cantidad de estos bárbaros á acometer y tentar las fuerzas á nuestros españoles, y arremetiendo con buen ánimo, cesó su furia al mejor tiempo, porque como los españoles, cabalgando en sus caballos, saliesen á los indios á recibir en el camino el ímpetu que traían, no siguiendo la opinión que César reprobó en Pompeyo cuando en los campos de Farsalia, estándose quedos los pompeyanos en sus escuadrones recibieron el ímpetu de los de César, con que les fue hecho ma-

yor daño, más espantados los indios de la ferocidad y grandeza de los caballos y hombres armados que encima iban, que lastimados con sus lanzas, se retiraron, y volviendo las espaldas llenos de grandísimo temor y dejado el acometimiento que iban á hacer y alejándose algo de los españoles, se pusieron en los lugares más altos, donde á manera de cerco se estuvieron algunos días intentando rústicos modos de acometer y guerrear, pretendiendo con sus flacas armas y débiles ánimos ver el cabo y ruina de los enemigos; pero para frustrar de todo punto la bárbara determinación de esta canalla y su rústica obstinación, no fue menester el valor y fuerza de los soldados y Capitanes, sino sola la vista de algunos caballos que sueltos hacia sus alojamientos vieron ir, porque como una noche algunas yeguas que en el campo se llevaban se juntasen con los caballos y fuesen movidos por su natural y bruto accidente á querer tener exceso con ellas, huyendo las yeguas de los caballos y los caballos siguiéndolas, fueron á meterse por los alojamientos y rancherías de los indios, los cuales, espantados de ver tan grandes animales, creyendo que por mano de los españoles eran enviados á que los comiesen y despedazasen, comenzáronse á alborotar, y llenos de villano temor y miedo, comenzaron ciegamente á huir por donde y como podían, desamparando sus alojamientos con todo lo que en ellos tenían. El General y sus españoles, oyendo la vocería de los indios, creyeron que se movían para venir á dar sobre ellos y ponerlos en algún aprieto, y así tomaron con toda presteza sus armas y se pusieron á punto para recibir los enemigos, si viniesen; pero como la noche pasase y venido el día hallasen menos las yeguas y caballos y no viesen á los enemigos en sus alojamientos, fueron á buscar los españoles sus jumentos, los cuales hallaron dentro en los propios alojamientos y rancherías de los enemigos, de donde conjeturaron que había procedido el alboroto toda la noche pasada y el haberse ahuyentado los indios y dejado el cerco que ya había días que sobre los españoles tenían puesto, en el cual tiempo, como he dicho, acometieron muchas veces á los españoles y solamente les hirieron dos soldados y siempre quedaron ellos descompuestos y desordenados.

Con la vista de estas primeras gentes y modo de guerrear y armas que traían y ánimos que habían mostrado, conjeturaron muchos soldados viejos el poco daño que podían recibir si la muchedumbre de las gentes y naturales no los descomponía, y así su General determinó pasar adelante en demanda del pueblo ó laguna donde la sal se hacía, y para guía y lumbre de su demanda tenían y traían consigo un indio, de quien atrás hemos hecho mención, llamado Pericón por corrompimiento del vocablo, tomado al principio de las sierras de Opón, que por señas les había dado relación de cómo era natural de la Provincia de Bogotá y cómo había estado y sabía dónde la sal se hacía, y por señas les daba á entender y decía cómo en aquella tierra adonde iban había muy muchos indios y grandes señores, significando por muchas maneras y señales sus riquezas y grandezas y otras cosas que daban mucho contento con el oírlas; y después que en el Valle de La Grita estuvieron, la disposición de la tierra y el principio de ella, que era el valle donde estaban y los muchos caminos que por muchas partes atravesaban las grandes humaredas que de muy lejos se veían, que daban clara señal de grandes poblaciones. Parecióle al General y á los demás que todas estas señales y conjeturas eran principio de lo que el indio les había dicho, y así mandó apercibir toda su gente para pasar adelante, la cual era á esta sazón bien poca, porque de cuasi setecientos hombres que sacó de Santa Marta solamente metió en este Valle de La Grita ciento y setenta hombres, que fue harta pérdida y destrucción de españoles, y todos los demás fueron consumidos con las calamidades y enfermedades atrás referidas.

CAPITULO SEGUNDO

En el cual se escribe cómo el General Jiménez de Quesada salió con su gente del Valle de La Grita y entró por la tierra del Nuevo Reino adelante, por muchas poblaciones, hasta llegar al pueblo de San Gregorio, con todo lo que con los naturales de este pueblo les sucedió.

Del Valle de La Grita salió el General con su gente en buena orden y concierto puesta, y caminó por donde la guía

lo llevaba, pasando por diversas poblaciones de naturales que á una y á otra parte del camino quedaban todos, sin osar tomar armas en las manos ni resistir el paso y camino, porque como de la gente y naturales del Valle de La Grita habían tenido noticia del valor y constancia que los nuéstros habían tenido en guerrear, no curaban de salir á probar su fortuna.

El General, viendo que había entrado en tierra muy poblada, se alojó en un pequeño valle con su gente, y de allí envió á los Capitanes Sanmartín y Lázaro Fonte con gente que pasasen adelante, descubriendo y dándole noticia y aviso de las poblaciones y disposición de tierra que por delante llevaban. El Capitán Sanmartín caminó ciertas jornadas por tierra muy poblada, hasta que llegó á un valle que fue dicho y llamado el Valle de San Martín, que entiendo ser el que ahora dicen de Chipatá, en cuya Provincia esta poblada la ciudad de Vélez; el cual desde allí envió aviso al General que atrás quedara, diciendo que no debía andar la gente dividida en tierra tan poblada y abundante de naturaleza. El General luégo marchó con el resto de la gente y llegó adonde Sanmartín estaba, en el cual valle descansó ocho días con su gente, porque había en él grande abundancia de comidas de las que los indios en aquella tierra usan para su sustento, que es maíz, turmas, frisoles y otras raíces y legumbres que entre ellos son muy preciadas, y al cabo de estos días, sin que los indios moviesen sus armas contra los españoles, ni les hiciesen ningún daño, caminaron adelante y llegaron á un pueblo que fue llamado el pueblo de San Gregorio, por haber llegado allí el día de San Gregorio, cuyo nombre es, y en lengua de los naturales, Guachetá. La ceguedad é ignorancia de estas gentes era tan grande y ellos estaban tan metidos en el error y pecado de la idolatría y de adorar y respetar tánta diversidad de simulacros y dioses imaginados por ellos y hechos por sus propias manos, que verdaderamente quisieron también tener por tales á los españoles, y aun afirmativamente con obstinación cierto tiempo creyeron y los tuvieron en reputación de hijos del sol, á quien ellos tenían y adoraban por su principal dios, al cual tenían dedicados templos en que ofrecían y hacían sus sacrificios de humanas

criaturas, oro, esmeraldas, mantas y otras cosas. Pues de tener en la imaginación los indios, como he dicho, que los españoles eran hijos del sol, vinieron á llamarlos *Xua*, y así mismo imaginaron que por mandado del sol venían estos sus hijos, á quienes ellos tenían por inmortales, á castigarlos de sus deméritos y culpas, á los cuales hacían sacrificio como á dioses é hijos del sol, ofreciéndoles por los caminos y poniéndoles en algunas partes de ellos, por vía de sacrificio, algunas mantas y oro y esmeraldas, y junto con estos sahumerios de moque y otros pestíferos olores, de los cuales suelen usar en sus templos los sacerdotes ó xeques.

El pueblo de San Gregorio está puesto en un alto, sobre el cual hay otro alto de peñas que aquellos naturales tenían cuasi como por fuerza ó fortaleza, donde se recogieron en la hora que vieron ir marchando los españoles por un llano adelante hacia su pueblo de Guachetá, por el cual llano asimismo había cuantidad de mil casas, y los moradores de todas ellas se recogieron con los del pueblo de San Gregorio ó Guachetá, al cerro más alto que, como he dicho, sobre este pueblo estaba, y como los españoles llegasen al pie de la cuesta del pueblo de Guachetá, parecióle al General que se detuviesen allí hasta ver si podían dar á entender á los indios que en lo alto estaban, y de allí muy bien se veían, por señas que se les hiciesen, pues intérprete suficiente no había, que no les querían hacer mal ni daño ninguno, sino que procuraban su amistad para su beneficio y bien. Estando detenidos en esto el General y toda la gente, bajaron de lo más alto cinco indios, y acercándose un tiro de ballesta de los españoles, encendieron lumbre é hicieron fuego, con leña que para este objeto traían, en el propio camino por donde los españoles habían de subir, y dejando un indio viejo que entre ellos venía, junto á la lumbre, se retiraron y volvieron á su alto, porque ya el General había mandado que saliesen algunos soldados ligeros y procurasen tomar aquellos indios para con ellos ver si podían atraer á su amistad á los demás; y visto que los indios se habían recogido al alto, el General caminó con toda su gente hacia el pueblo, y llegado que fue adonde los indios habían hecho la candelada, hallaron al indio senta-

do junto á ella, al cual el principal de aquel pueblo había enviado por sacrificio á los españoles para si lo quisiesen comer, como hijos que eran del sol, porque estos bárbaros, entre las otras supersticiones que de su religión siguen y tienen, es hacer algunos sacrificios en los templos del sol, de hombres humanos, cuyos cuerpos, después de muertos, ponen en muy altos cerros para que el sol se sustente de ellos y los coma, y esta tienen por muy común opinión entre ellos; y cuando alguna seca les sobreviene, dicen que el sol su dios está enojado, porque no le proveen de mantenimiento, y así para aplacar su furor y darle de comer y que no retenga las lluvias, le hacen luégo muy grandes sacrificios de gente humana, según que también trataré más particularmente de estas cosas en el lugar dicho, y por estas causas, cómo á hijos de padre que comía carne humana y con ella se aplacaba, envió este bárbaro á los españoles el indio que junto á la candela hallaron, el cual el General tomó consigo y lo subió al pueblo de San Gregorio, donde con toda su gente se alojó, y procuró dar á entender al indio que por señas le había dicho cómo su Cacique ó principal le había enviado para que lo comiesen, que no comían carne humana ni venían á hacerles ningún daño ni mal, sino á procurar su amistad y comunicación; y estando en esto el General, los indios que en lo alto estaban, corroborados y fortalecidos, viendo que los españoles no habían muerto al indio que les habían enviado con vana consideración, pareciéndoles que por ser aquel indio viejo y de duras carnes no lo habían querido comer los españoles, y que así se habrían airado contra ellos con más furor, comenzaron desde donde estaban á arrojar y echar por el cerro abajo criaturas pequeñas y de poca edad, hijos de los propios indios, porque comiendo de ellas como de carne más tierna, los españoles hijos del sol fuesen mitigados de todo punto si algún furor tenían. De estas criaturas algunas llegaban muertas y otras aturdidas y otras vivas, y viendo el General la loca, cruel y bruta determinación y obstinación de estos bárbaros, aborreciendo de todo en todo aquel cruel hecho, comenzó con sus soldados á darles voces y hacerles entender por señas que les hacían que no echasen sus hijos ni los matasen de aquella

suerte, que era cosa que él mucho aborrecía, y tanta eficacia se puso en esto por parte del General, que los indios cesaron de arrojar tan bárbara y cruelmente sus hijos y muchachos, y conocieron cuánto los españoles aborrecían y abominaban lo que hacían, y luégo soltando el indio viejo con un bonete colorado y una camisa que le dio y cuentas y otras cosillas, lo envió con las torpes lenguas ó intérpretes que tenían á que fuesen á hablar al Cacique é indios de aquel pueblo que estaban en el peñol y les dijesen cómo no comían carne humana, antes procuraban conservar las vidas de los indios y su amistad, y otras muchas cosas para atraerlos á paz y concordia.

El viejo se fue derecho á lo alto con mucha alegría de verse con la vida segura, y las lenguas, no osando llegar adonde los indios estaban, les hablaron de bien cerca lo que se les había mandado, con todo lo cual fueron algún tanto ablandados los indios y quitados de su primer temor; y así abajaron cuatro indios por mandado de su Cacique, con los cuales el General habló más particularmente, dándoles, aunque con dificultad por defecto de los intérpretes, á entender lo que pretendía, así acerca de su bien y conservación espiritual como temporal, y dándoles algunas dádivas de cosas de España traídas, los tornó á enviar para que así su Cacique como toda la demás gente que en aquel fuerte estaban recogidos, se bajasen á sus casas y le proveyesen de comidas para su gente.

Vueltos los indios á lo alto, sucedió que dende á poco un soldado, andando con un hacho ó mechón de paja encendida, buscando en un bohío ó casa oro ú otras cosas de qué aprovecharse, pegó fuego al bohío, el cual se empezó á arder con gran riesgo de todos los demás que en aquel pueblo había, al cual acudieron luégo todos los españoles para apagar el fuego, porque de allí no prendiese en los demás y se quemasen todos; y como los indios desde lo alto viesen que los españoles andaban apagando y mitigando el fuego, conocieron más claramente ser gente que no les pretendía damnificar, y así ellos bajaron de lo alto en mucha cantidad á ayudar á apagar el fuego, porque su pueblo no se quemase, y de aquí comenzaron á tratar amigablemente con los españoles, y el General les tornó á hablar sobre las cosas referidas, y volviendo algunos de

ellos adonde su Cacique ó principal estaba, volvieron luégo enviados por él con venados muertos y gran cantidad de maíz y bollos que están hechos del propio maíz y otras cosas de comer, y mantas de algodón pintadas y blancas y coloradas y de otras muchas suertes que los indios de esta tierra hacen (porque lana no tienen ninguna) y oro, de todo lo cual envió el Cacique un buen presente al General, y luégo comenzó toda la gente que en el peñol estaba recogida, á bajar y á tratar más sin temor con los españoles, y de aquí tuvo principio la paz entre los españoles y gente del Nuevo Reino, y se fue prosiguiendo y dilatando por todos los pueblos dende en adelante; pero no fue cosa muy durable, porque como estos naturales sea gente de fe dudosa y de verdad incierta, después se rebelaron y tomaron las armas contra los españoles, como adelante se dirá.

CAPITULO TERCERO

En el cual se escribe la salida del General y su gente del pueblo de San Gregorio, llamado de sus moradores Guachetá. Trátase aquí la división de la tierra del Nuevo Reino, y cómo la poseían y tenían divisa entre sí y tiranizada Tunja y Bogotá, dos principales y caciques.

El defecto de no hallarse al presente el General Jiménez de Quesada con expertos y buenos y entendidos intérpretes y lenguas fue causa de muchos daños é inconvenientes que sucedieron, porque aunque los indios venían á tratar de paz y amistad con los españoles, los intérpretes que tenían eran tan torpes y bozales en la lengua castellana, que ni á los españoles daban ni podían dar enteramente á entender lo que los naturales y principales de la tierra decían, ni por el contrario entendían de todo punto lo que el General pretendía darles á entender acerca de su venida y entrada en la tierra y de otras muchas cosas que para la conservación y dilatación de la paz general por toda la Provincia era menester. Y así más ciegamente de lo que yo puedo escribir, ni aun se puede pensar, se metió esta gente española por una Provincia que si como era muy poblada, fuera la gente belicosa y contumaz y briosa en seguir la guerra, no pudieran dejar de peligrar todos y

ser muertos ó no con brevedad tornarse á salir de ella. Y así cuasi como quien á tientas camina, solamente con la demanda de la sal, con que hasta este paraje habían llegado, pasaron adelante del pueblo de San Gregorio, que ya también llamaban de La Paz, y caminando con buen orden y recatadamente llegaron al pueblo de la lengua zaque, cuyos moradores, por la nueva que ya de atrás tenían del poco mal y daño que los españoles hacían, los esperaron de paz sólo por ver una cosa para ellos tan hazañosa y extraña, pues ni la habían visto ni oído decir á sus mayores, como eran los españoles, gente vestida y blanca, y adornados los rostros con barbas; y aquella grandeza y ferocidad de los caballos, y la ligereza de los perros; que de cada cosa de estas imaginaban estos bárbaros cien mil géneros de vanidades, porque como estas gentes, demás de ser tan agrestes y de muy bajos y humildes entendimientos, ninguna noticia ni lumbre de fe natural tenían, con lo cual hubiesen jamás alcanzado á ver un Dios que todas las cosas crió, y estuviesen tan ciegos en la creencia y religión de sus falsos y vanos dioses á quien ellos atribuyen un poder tan limitado que aun la creación de las cosas que tenían y poseían en general no les atribuían, admirábanse y con mucha razón de lo que en los españoles y en sus jumentos veían, pareciéndoles que ya que en su opinión habían tenido á los españoles por hijos de su dios el sol, que no podían acabar de conjeturar ni entender quién hubiese criado los caballos y perros é inventado las otras cosas que traían, pues ellos habían carecido y carecían de ellas, y si sus dioses hubieran sido los autores de todo esto, también ellos hubieran participado del ó de todo ello; y con esta bárbara admiración no sólo los naturales de los pueblos que en el camino había, pero los de muy lejas poblaciones, venían llenos de admiración y convocados con la nueva que de los españoles había penetrado, acudía mucha parte de la tierra á grandes manadas á ver lo que nunca habían visto ni oído, y para que su vista fuese agradable á los españoles, cada cual traía el presente conforme al posible que tenía, aunque de venados y otros géneros de comida siempre trajeron en mucha abundancia.

El General, más por señas que con la plática de los intérpretes, procuraba dar á entender á los indios lo mucho en que tenía su paz y amistad y el galardón que habrían si la conservaban con lealtad, porque para otras honduras y altezas espirituales ni aun temporales que les quisiese decir ni dar á entender, el defecto dicho lo hacía cesar todo, y dejando con todo sosiego en sus casas los moradores de Lenguazaque, marchó y pasó adelante con su gente hasta llegar al pueblo de Cucunubá, donde asimismo, más por los respetos dichos de curiosidad de ver lo nunca visto, que con buena ni entrañable y amigable voluntad de ser amigos, se estuviesen en sus casas, continuando siempre la multitud de bárbaros que apartadas tenían sus habitaciones y moradas, su venida á ver nuestros españoles, con los errores y presupuestos dichos.

El General, luégo que los indios le empezaron á dar la paz en los pueblos de atrás, conociendo el atrevimiento y codicia de los españoles, y para que mejor les fuese guardada y conservada, hizo ciertas ordenanzas y capítulos que le parecieron ser necesarios para estos objetos, entre los cuales mandó, con pena de muerte, que ningún soldado ni español de ninguna calidad entrase en los bohíos ó casas de los indios que estuviesen de paz, sin su licencia y consentimiento, ni que á indio que de paz viniese se le tomase cosa alguna de lo que trajese, aun que fuesen cosas de comer, ni se les hiciesen otras fuerzas y agravios; las cuales ordenanzas procuró el General que se guardasen tan inviolablemente cuanto adelante se dirá, con el propio rigor con que las hizo.

Del pueblo de Cucunubá, pasando adelante y dejando los naturales de él pacíficos, llegó el General con su gente al pueblo de Suesca, que es del señorío de uno de los dos poderosos tiranos que en la Provincia del Nuevo Reino había; y para que mejor se entienda lo que vamos diciendo, es de saber que en la Provincia del Nuevo Reino de Granada, que es la que al presente se va descubriendo y por do los españoles van entrando, en que se incluye solamente la gente Mosca, de cuyos naturales está poblada, desde su antigüedad y principio siempre fue poseída de particulares Caciques y princi-

pales que por pueblos ó por valles tenían sujetos á sí los naturales, y cuasi se gobernaban con quietud, después de lo cual fueron creciendo por vía tiránica las fuerzas de dos de estos Caciques y principales de esta Provincia del Nuevo Reino, llamados Tunja y Bogotá, cada cual procurando sujetar á sí los otros Caciques que en su comarca había. Poco á poco estos dos principales, que estaban el uno del otro veinticinco leguas, se hicieron poderosos en los otros señores, sujetándolos, como he dicho, por fuerza de armas.

En esta sazón que el General entró con su gente en este Nuevo Reino, de quien vamos tratando, estos dos tiranos lo tenían diviso entre sí, sujetando y poseyendo el tirano y Cacique Bogotá desde un pueblo llamado Chocontá, hacia la parte del Sur, todo lo que hay hasta el pueblo de Guasca, que serán veinte leguas; y el tirano y Cacique Tunja poseía desde el pueblo llamado Turmequé, hacia la parte del Norte, todo lo que hay hasta el pueblo de Saboyá y Chipatá; y asimismo en esta sazón estaban estos dos tiranos enemistados y llenos de ira y furor el uno contra el otro, sobre ciertas enemistades que poco antes entre ellos se habían fraguado, y cada cual en su territorio aderezaba las armas y hacía y juntaba grandes municiones y vituallas para hacerse la guerra, convocando sus sujetos á que los siguiesen.

Después, dende algún tiempo que los españoles estuvieron poblados y entendieron la discordia que en esta sazón tenían los dos señores y principales, le pesó mucho al General Jiménez de Quesada por no haberlo podido alcanzar ni saber, porque pretendía, si lo supiera, llegarse á uno de los dos tiranos, y si le satisficiera con sus riquezas, ayudarle á guerrear, y después quedarse con la tierra y riqueza del uno y del otro, como al fin se quedó, aun que no con el oro; podrá ser que esto Jiménez de Quesada no lo tratase, pero así me lo certificaron.

Volviendo á la historia, por la Provincia del tirano Bogotá es por donde al presente han entrado el General Jiménez de Quesada, y la de Tunja al tiempo que llegó al pueblo de San Gregorio la dejó sobre mano izquierda, que pasaría apartado del propio pueblo de Tunja hasta cuatro leguas y

no más; y es cierto que si entonces acertara á dar de repente en el pueblo de este bárbaro Tunja, que le hallara descuidado, que en él se podían haber infinidad de riquezas de oro, que después se escondieron.

Llegado el General al pueblo de Suesca, que está puesto en un llano, cuasi en el propio Valle de Bogotá, los naturales y moradores de él esperaron asimismo de paz, con sus dádivas y presentes, que aunque eran de mantas y oro se pueden decir de poca importancia. Alojóse en este pueblo el General por gozar de la llanura de él y de los muchos venados que los indios le traían, donde sucedió un hecho al parecer escandaloso y tirano, aunque provechoso para que la paz de los indios fuese conservada, y la justicia temida, y las leyes guardadas; y fue que antes un poco de este pueblo de Suesca se había muerto una yegua de las que los soldados llevaban, y como un soldado llamado Juan Gordo saliese del alojamiento y fuese á proveerse de alguna carne de aquel animal muerto, en el camino encontró cuatro ó cinco indios que iban hacia donde el General estaba alojado y llevaban tres ó cuatro mantas para el General, los cuales, como toparon y vieron al soldado, sin que él llegase á ellos, le arrojaron las mantas en el suelo, para que las tomase, y dejándoselas allí se fueron y prosiguieron su camino adonde el General estaba, y el soldado adonde la yegua había muerto. Los indios le dijeron al General cómo traían unas mantas y las habían dado á un soldado que en el camino habían topado; el General, lleno de cólera de este negocio, pareciéndole que era grande atrevimiento y desvergüenza salir al camino y en menosprecio de lo que él tenía mandado, quitar á los indios lo que traían, procuró inquirir y saber qué soldado fuese aquel, y sabido, hizo á su Alguacil que estuviese á punto y que en llegando lo prendiese, lo cual se hizo así, y por este pequeño exceso que aun no se averiguó en ello, para ejemplar castigo de todos, hizo otro día de mañana ahorcar y dar garrote á Juan Gordo, sin poderle estorbar este hecho los ruegos de todos los del campo, ni incitarle á dejarlo de hacer por la poca gente que tenía y la mucha entre quien entraba; pero con este castigo, aunque á costa de la vida del pobre soldado, fue temido el

General dende en adelante y no hubo hombre que se le desmandase ni osase ir contra lo que tenía ordenado; y aun dende algunos días tuvo otro soldado llamado Palomo dado dos vueltas á un garrote, y cuasi ahogado se lo quitaron por fuerza, por haber, en compañía de otros soldados, tomado ciertos venados para su mantenimento á los indios que los traían. Más como he dicho, de este rigor y severidad sacó quietud para su gente, porque de otra manera cada cual se descomidiera y atreviera á hacer lo que quisiera y no se les dieran seis blancas por su General ni por lo que mandara, por ser en las Indias los hombres más libres de lo que deben ser con sus mayores; este castigo hizo el General al tiempo que con su gente salió del alojamiento y pueblo de Suesca.

CAPITULO CUARTO

En el cual se declaran dos puntos para ser mejor entendida esta historia y conquista del Nuevo Reino; escríbese cómo el tirano Bogotá tuvo noticia de los españoles y determinó hacerles guerra.

Dos puntos había de haber declarado y apuntado al principio de este Libro; pero pues mi descuido fue tánto, tómelos el lector aquí donde lo halla, que me parece que son necesarios para mejor ser entendida esta lectura, y que en algunas partes que se hallare breve y cortada no cause pesadumbre ni enojo. Hemos usado en lo escrito llamar esta Provincia el Nuevo Reino de Granada, y esto no se hace así porque el propio nombre de ella, puesto y usado por los naturales, sea éste, que puesto caso que desde el Valle de La Grita, discurriendo por toda la Provincia de Bogotá hasta los últimos fines de Tunja y sus comarcas, sea una manera de gente, y en pocas cosas, así de la lengua como de las ceremonias de su religión, difieren y varíen, y esta Provincia está cercada de otras gentes que en lenguas, trajes y supersticiones de sus idolatrías son muy diferentes y desemejables á éstos, y aun muchos de ellos muy grandes enemigos suyos, ningún nombre general que comprendiese toda esta Provincia del Nuevo Reino se halla haber usado, ni tenido sus naturales, sino solamente por pueblos y valles que tomaban el apellido del señor

particular que los poseía ó era principal y Cacique de ellos; y vista esta confusión y que no hallaba nombre general en esta tierra de que sus naturales usasen, he usado y aprovechádome del que el General Jiménez de Quesada adelante le puso, porque menos este General en el tiempo que en esta Provincia entraba, usó de ningún nombre general que la comprendiese, más de como he dicho, el cual después le puso lo que hoy se usa; acerca de esta generalidad de nombres es que cuando dicen los moscas se entiende por toda esta gente que estos dos tiranos Tunja y Bogotá poseían, y esta es costumbre introducida para distinguir esta gente de las otras sus comarcanas, que como he dicho son muy diferentes de ella, porque Muesca es nombre propio del indio, al cual en su lengua natural llaman Muesca como decir persona, etc.; que estos nombres hacen diferenciarse y conocerse las naciones, y aunque aquellos á quien llaman de esta nominación por el Reino de do son naturales tienen otros nombres, como es en España llamar á los de Sevilla sevillanos; y debajo de este nombre, que es de su pueblo ó patria particular, tienen otro nombre que es llamarse Juan y Pedro y Martín, etc. De esta suerte esta gente, de estas dos cabezas y tiranos referidos, son llamados, como he dicho, muescas, y los españoles, interrumpiendo el vocablo, los llaman moscas; y después viene la segunda distinción y nominación que procede de la particular y natural patria y pueblo de cada uno, y luégo sus nombre propios de cada persona. La causa principal de haber entre los españoles llamado á estas gentes moscas del nombre dicho para distinción de las otras gentes sus circunvecinas, ha sido y es que después de las fundaciones de Santafé, Tunja y Vélez, pueblos de españoles que están poblados dentro de los límites de esta gente mosca, se han poblado otros muchos pueblos de españoles, todos los cuales se incluyen al presente dentro de este término de nombre del Nuevo Reino de Granada, de los cuales, mediante Dios, trataremos adelante muy particularmente, y por la diferencia que hay de las gentes y naturales donde los demás pueblos están poblados; así de estos tres primeros hase entrado esta costumbre de llamar á los naturales de moscas; y así si un indio natural de estas Provincias y

pueblos de españoles dichos va á las demás circunvecinas y pueblos de españoles, es conocido así por este particular nombre de mosca como por el tratamiento de su persona, que es muy diferente en todo; y cuanto al primer punto basta lo dicho. Lo otro es que para que las cosas del descubrimiento y conquista del Nuevo Reino de Granada, que al presente entendemos por estas gentes moscas, se cuenten y escriban más claramente, y prosupuesto de no entremeter en ella las cosas tocantes á los naturales, antigüedades, ritos y ceremonias y religión de esta gente mosca; y con esto nos podemos volver al hilo de nuestra historia.

Al tiempo que el General Jiménez de Quesada y su gente entraron en el pueblo de Suesca, el Cacique y principal de él, admirado de lo que los demás se admiraban con la vista de los españoles y de sus jumentos, por su persona y de sus sujetos, procuró dar noticia al tirano Bogotá—cuyo feudatario era—de las nuevas gentes que por su tierra entraban. El designio de este bárbaro principal de Suesca que en dar este aviso á Bogotá tuvo, nunco se pudo saber, más de que como Bogotá era un tirano bárbaro y muy arrogante é hinchado con alguna más agudeza de la que á hombre tan rústico se puede atribuir, preguntó qué gente eran los españoles y cuántos en número y lo que comían y de qué se sustentaban, y de la ligereza de los caballos que traían; y como por el mucho trato y comercio que algunos indios habían tenido con los españoles, le diesen enteras señas y relación de lo que con ellos habían visto, afirmándole ser hombres, aunque de mayores bríos y ferocidad que ellos, juntó muchos de sus Capitanes y sujetos y les dijo: "Pues como vosotros que me tomáis y traéis las aves que por el aire van volando y los venados que en la tierra por su mucha ligereza no hay animal que se le compare, y soléis domar y tomar á manos á otros muchos ferocísimos animales que por los montes y cavernas de la tierra se crían, y que innumerables enemigos y gentes que se me han rebelado me los habéis sujetado y traído á mi servidumbre, ¿no seréis ahora poderosos para á ese poco y pequeño número de extraña gente que por mi tierra tan atrevidamente se meten, sujetarlos y traérmelos aquí presos?"

Los indios, que con tan bárbaro temor respetaban á este su Cacique y señor, se le ofrecieron de hacer mucho más de lo que él deseaba y pretendía, y así le dijeron que juntase gente para ello, y que en estando saldrían al encuentro á los españoles. Bogotá luégo á los Capitanes que tenían cargo de semejantes oficios, mandó que juntasen toda la más gente que se pudiese juntar, con designio de venir sobre los españoles á sujetarlos y resistirles la entrada, porque como he dicho, era este bárbaro tirano tan arrogante y soberbio en sí, que tenía por muy grande afrenta que contra su voluntad y sin hacerle saber primero entrasen por sus tierras los españoles, y esta hinchazón causó la moderación y benevolencia del General, que queriendo en esto imitar á Octaviano César, quería y preciaba más atraer á sí y á su amistad estas gentes, con reposo y sosiego y pacíficamente halagándolos, que con el rigor de la espada amedrentándolos y atemorizándolos; y es cierto que si de rigor usara y entrara atemorizando estas gentes, que ni este bárbaro se le atreviera con su soberbia á querer hollar su mansedumbre, ni aun osara alzarse con sus tesoros como después se alzó, habiendo sido frustrado de sus designios y derribado de su soberanía. En poner por obra esta su determinación no se detuvo mucho, porque como en esta sazón estaba para ir á guerrear con el señor Tunja, tenía ya su gente con las armas en las manos, y así más en breve de lo que se puede pensar la juntó y con mucha presteza, caminó hacia Suesca, donde el General se había alojado, que había diez leguas. El General se partió de Suesca con su gente la vuelta de Nemocón, que es uno de los pueblos donde la sal se hace, y por traer alguna gente enferma dejóla en la retaguardia seis hombres de á caballo con ellos para que los guardasen y amparasen, porque aunque la gente y naturales salían de paz, dudaba y no entendía ni alcanzaba el General la fe de estos bárbaros, aunque sabía que generalmente los indios son gentes de fe dudosa é incierta, y que pocas veces con firmeza perseveran en la amistad de los españoles, sin dejar de intentar en breve tiempo muchas novedades; y así procuraba ir recatado, y ya que con su avanguardia había [illegible] pueblo de Nemocón, los indios de Bogotá se le ha-

bían encubiertamente acercado á su gente de retaguardia, y como de repente pareciesen sobre ella y acometiesen á los españoles que allí iban, trabaron su escaramuza y guazabara, aunque con cobardes ánimos. Los españoles que allí se hallaron, que eran bien pocos, defendiendo con calor las personas de los enfermos, que no fuesen ofendidos por los indios, los entretuvieron hasta que llegó la nueva adonde el General estaba, el cual acudiendo con alguno de sus Capitanes y soldados, en sus caballos, á remediar aquella necesidad y aprieto en que la multitud de los bárbaros tenían puestos á los de la retaguardia llegaron con presteza é ímpetu, y arremetiendo á los indios hirieron ellos, matando muchos, de suerte que en breve espacio fue la canalla de aquellos bárbaros rebatida y ahuyentada y su Cacique y señor Bogotá, que de lejos estaba á la mira puesto sobre unas andas, en hombros de indios que lo traían, hizo lo mismo con toda presteza. Traían estos indios un cuerpo muerto, mirlado y seco, puesto en otras andas entoldadas de ricas mantas, en su escuadrón, en el cual debían venir confiados que les daría la victoria; pero como para resistir el ímpetu de los caballos en nada les ayudase la virtud de su muerto y cuerpo seco, lo soltaron y desampararon los que lo traían cargado, por guarecer sus personas.

El General se recogió al pueblo de Nemocón, donde se alojó, y algunos de los Capitanes que á caballo estaban fueron siguiendo el alcance de los indios, que por un llano adelante se iban retirando hacia un pueblo llamado Cajicá, donde se había ya recogido el tirano Bogotá en unos aposentos que allí tenía hechos, cercados con ciertas cercas de paja y maderos, que aunque toscamente hechos parecían muy bien. Estos aposentos y casas que aquí tenía Bogotá eran donde recogía las vituallas y municiones que para la guerra que contra Tunja pensaba hacer, juntaba y era necesario. Como Bogotá supo que los españoles iban siguiendo el alcance de su gente, salióse de este cercado y púsose en huida, retirándose hacia su pueblo donde él siempre habitaba, dicho del propio nombre Bogotá, que estaría de este de Cajicá cinco leguas, dejando mandado á sus indios que en el cercado se entretuviesen y defendiesen con los españoles para que no fue-

sen en su alcance y seguimiento. Los indios lo hicieron así, que recogiéndose en el cercado y casas de Bogotá que allí tenía, se hicieron fuertes, de suerte que los españoles que á caballo en su alcance iban se repararon y no osaron acometerlos, ni los indios, por el contrario, á salir de su cercado, y estando así suspensos, un indio bien dispuesto se partió de entre los demás con una lanza en la mano y ciertas tiraderas, que son unas flechas largas que se tiran con amiento, que en lengua de los indios se llama *quesque*, y arrostrando á los españoles dijo que si había allí alguno tan osado que quisiese pelear allí con él solo; lo cual visto por los de á caballo, uno de ellos, llamado el Capitán Lázaro Fonte, con consentimiento de los demás sus compañeros apresó su caballo y sin que el indio tuviese lugar de aprovecharse de sus armas, arremetió, y pasando por junto á él, le asió de los cabellos, y sin detenerse ni dejarlo llegar con los pies en el suelo, lo trajo colgando del cabello adonde sus compañeros estaban; lo cual visto por los demas indios que en el cercado estaban, comenzáronse á salir por diferentes puertas que en él había y huir cada cual como podía. Los españoles, que eran bien pocos, se entraron en el cercado y aposentos de Bogotá, donde hallaron todo el almacén y munición de armas que Bogotá juntaba para la guerra de Tunja, y mucha abundancia de vituallas y comidas, así de carnes de venados y maíz y turmas como de otras cosas; y visto esto, y que allí se podía sustentar la gente muy á placer, enviáronlo á hacer saber al General, que con el resto de la gente estaba alojado en Nemocón, admirado de ver de dónde y cómo la sal de los panes se hacía, que él entendía hacerse en alguna laguna grande de agua salada, y no se hace sino de unas pequeñas fuentes manantiales, de las cuales y del modo de hacerse de la sal adelante se dirá. El General, sabida la abundancia de comida que en el cercado de Cajicá había, salió de Nemocón con toda su gente otro día siguiente y fuese aposentar á él, adonde se holgó algunos días.

CAPITULO QUINTO

En que se escribe cómo los indios, visto que la gente de Bogotá había sido vencida, continuaron en paz; y Bogotá, porque los españoles se acercaban á su pueblo, procuraba entretenerlos unas veces con paz y amistad y otras con las armas.

Los indios, vista la victoria que los españoles habían habido contra Bogotá y su gente y cuán fácilmente habían sido desbaratados con pérdida de muchos de los guerreadores de Bogotá, continuaron su paz y amistad con los españoles y vinieron al pueblo de Cajicá donde el General estaba alojado, y trayéndole algunos presentillos de oro y mantas de poco valor, se les mostraban amigos. Asimismo el Cacique de Bogotá, visto el valor de los españoles y que de continuar la guerra contra ellos no se les podía seguir ningún provecho, trató asimismo de paz y amistad, aunque cautelosamente y sólo con designio de ver si podría estorbar á los españoles que no fuesen á su tierra, sino que se entretuviesen á lo largo apartados de su pueblo, y así envió algunos presentes al General y cantidad de comidas para él y sus soldados, y así en este tiempo estaba tan bastecido el campo, que había día que entraban en él ciento y cincuenta venados y cuando menos entraron fueron treinta, sin las otras vituallas. El General recibió amigablemente á los mensajeros que Bogotá enviaba y los abrazó y dio de lo que tenía, aunque por defecto de los intérpretes y lenguas, no entendía de todo punto lo que los indios decían.

El General, después de haber acariciado y recibido alegremente lo que Bogotá le enviaba, habló, aunque con la dificultad dicha de los intérpretes, á los indios que de su parte venían, y les dijo que aunque su Cacique y señor lo había hecho inconsideradamente en mover sus armas contra él sin ninguna ocasión y le había movido con esto la cólera para hacerle una cruel guerra, que vista aquella humildad con que venían, se le había aplacado el enojo y accidente que tenía, y que de todo punto se le quitaría y quedaría en perpetua amistad suya, si Bogotá, dejando aparte la bárbara arrogancia que tenía, le venía á visitar y á dar orden y asiento en la firmeza de la paz, y á entender y saber de él muchas

cosas que tenía que decirle, así tocantes á la religión como al reconocimiento del Rey y señor por quien era enviado. Los indios dieron muestras de entender muy por entero lo que se les decía, y certificando que Bogotá no haría otra cosa más de lo que el General mandaba, y así se fueron y otro día vinieron otros indios del propio Bogotá donde el General estaba, dándole vana esperanza de que su Cacique vendría á verle, y con mentiras y palabras entretuvieron al General algunos días en Cajicá y se fue á alojar al pueblo de Chía, donde por ser ya Semana Santa y tiempo de disponer y aparejar sus conciencias para la confesión y despender este santo tiempo en templados ejercicios, se detuvieron hasta el domingo de Cuasimodo; pero Bogotá, viendo que todavía, contra lo que él deseaba, los españoles se iban acercando, tornó á mudar propósito y á mover sus armas contra los españoles, y así el tiempo de contrición se les volvió de confusión, por la inquietud que los indios con sus continuas gritas y armás y acometimientos causaban, porque como eran mandados de este tirano á quien eran sujetos, que con obstinación pensaba seguir la guerra, aunque los indios siempre iban descalabrados, no por eso dejaban de hacer nuevos acometimientos.

El General en este tiempo, con algunos indios que de paz le venían, nunca dejaba de enviar mensajes á Bogotá, requiriéndole que dejando las armas viniesen en su amistad y á entender cómo había de obedecerle en nombre del Rey cuyo vasallo y ministro era; pero el bárbaro daba buenas respuestas y hacía malas obras con sus guerreros.

En este tiempo el Cacique y señor de Chía, donde estaba el General alojado, vino de paz y á la amistad del General y le sirvió y ayudó en todo lo que pudo con sus sujetos, á los cuales mandó que fuesen siempre amigos de los españoles y les ayudasen y favoreciesen cuanto pudiesen contra Bogotá, porque este principal, por particular y antigua enemistad y odio que á Bogotá tenía, deseaba ver su ruina y que los españoles le sujetasen y domasen, por ser hombre indómito, y que con la demasiada elación y soberbia trataba á los demás Caciques sus feudatarios, lo cual sentía mucho este Cacique de Chía, que era mancebo de poca edad, alegre, regocijado, y también

porque según su antigua costumbre, él sucedía en el señorío de Bogotá después de muerto el que señoreaba y mandaba, y por verse en aquesto deseaba que Bogotá fuese muerto por los españoles.

Asimismo en este pueblo de Chía vino á congratularse y hacerse paces con el General otro Cacique de un pueblo llamado Suba, el cual la guardó tan inviolablemente que jamás la quebrantó, y al tiempo de su muerte mandó á sus sujetos que siempre la conservasen y permaneciesen en el amistad de los españoles, y exhortado al tiempo de su muerte que se bautizase y fuese cristiano si quería gozar de la bienaventuranza eterna, él estuvo en hacer lo que se le aconsejaba, y llamando uno de los sacerdotes que con el General iban, le pidió el bautismo, el cual recibió; y dende á poco ó luégo murió. Este se entiende haber sido el primer indio que de este Nuevo Reino se convirtió y volvió cristiano.

El General, vista la obstinación de Bogotá, pasado el domingo de Cuasimodo, se partió de Chía y fue al pueblo del Cacique, Suba que está arrimado á un bajo cerro y cuchilla que en medio del valle de Bogotá se hace, y allí se alojaron, desde donde vieron muy grandes cercados así del propio señor de Bogotá como de otros muchos Caciques sus comarcanos y feudatarios, cuya vista era muy apacible por la representación que de lejos hacían, de grandes ostentaciones y muestras de casas que dentro de estos cercados había, porque aunque estos cercados eran de madera y varazones de arcabuco y groseramente hechos, estaban con tal orden trazados y cuadrados y puestos en su perfición, que de lejos representaban ser algunos edificios suntuosos y de gran majestad; y por esta vista que de presente vieron fue llamado este valle donde Bogotá residía, el Valle de los Alcázares, y consecuente á esto era este Valle de los Alcázares ó de Bogotá, que así se llama hoy, tan llano y ancho y vistoso, con las muchas poblaciones que en él había, que por él y por ser el General Jiménez de Quesada natural de la ciudad de Granada en España, Provincia de Andalucía, llamó á la Provincia donde estaba el *Nuevo Reino de Granada*, y desde este punto le quedó esta nominación.

En este pueblo de Suba se estuvo el General quince días, así por estar el río que por este Valle de Bogotá atraviesa y pasa, muy lleno de agua por la mucha que llovía, como por ver si Bogotá se apartaba de su obstinada rebelión y venía de paz; al cabo del cual tiempo el General se partió derecho al pueblo del Bogotá, el cual todavía se estaba en su casa con loco pensamiento de que los españoles no irían á ella; el cual, sabiendo cómo se le acercaban y temiendo ser preso, para tener lugar de huir, envió mucha cantidad de indios que en el río que atraviesa el valle por do los españoles habían de pasar, hiciesen la resistencia que pudiesen y los entretuviesen para que él tuviese lugar de ponerse en salvo con sus mujeres y riquezas. Los indios lo hicieron como por su Cacique les fue mandado, que viniendo al paso del río por do el General había de pasar, procuraron hacer su posible para resistir y defender la pasada á los nuéstros; pero al fin fueron rebatidos de aquel lugar y ahuyentados, y los españoles pasando el río se fueron á alojar á los propios cercados y aposentos y casas de Bogotá, donde por el rigor de las constituciones y leyes que el General había hecho, dejaron de sacar de algunos templos y bohíos dedicados á sus simulacros y dioses gran cantidad de oro que aún se estaba en ellos, porque como el General había ahorcado á un hombre porque recibió unas mantas que unos indios le dieron, y por sus ordenanzas tenía vedado que no entrasen en bohíos ningunos, no había soldado que se desmandase en cosa ninguna, ni fuese tan escudriñador de lo que había en las casas de los indios, como lo son los de este tiempo; y por esta causa tuvieron lugar los indios de venir de noche á los bohíos de sus sacrificios y sacar todo el oro que en ellos había y llevarlo á esconder á otras partes; y después, cuando acordaron buscarlo en la segunda vuelta que los españoles hicieron á esta Provincia y pueblo de Bogotá, fue en vano su deseo y trabajo, porque no hallaron sino muy poco oro, que por tenerlo los indios por viejo y de poco valor y provecho, ó por otras supersticiones que ellos suelen imaginar, lo dejaron.

CAPITULO SEXTO

En que se escriben las continuas guazabaras que Bogotá daba á los españoles por echarlos de su tierra; y cómo el General, descontento de la tierra en que estaba, envió á los Capitanes Céspedes y Sanmartín á descubrir por diferentes caminos.

Al tiempo que el General Jiménez de Quesada se entró en el pueblo y cercado de Bogotá, el propio Cacique y señor de Bogotá se recogió con sus mujeres, que serían hasta veinte ó treinta, á una casa de recreación que tenía apartada de su ordinaria habitación poco más de cuatro leguas, á la cual los españoles después llamaron la Casa del Monte, y de allí procuraba por todas vías damnificar á los nuéstros con enviar sobre ellos gente de guerra que con continuos acometimientos los echasen de la tierra, y así habían de estar siempre el General y los suyos con las armas en las manos; y aunque de continuo iban descalabrados y eran ahuyentados y rebatidos, no por eso dejaban de continuar la guerra, porque como éste bárbaro por su tiranía era muy temido de los indios, nunca le faltaba gente que enviar contra los españoles. Eranles favorables á estos mismos indios, para no ver de todo punto su ruina y destrucción, unas lagunas ó pantanos que cerca del pueblo de Bogotá había, en las cuales se recogían al tiempo que los españoles iban en su alcance, y allí guarecían las vidas los que escapaban, porque como aquellas lagunas fuesen de grandes cenagales y tremedales, no entraban dentro los españoles con sus caballos, por no ser sumidos en el cieno y puestos en notorio peligro.

El General, deseando siempre evitar guerra y que muriesen tánta multitud de bárbaros como por las puntas de las lanzas y espadas ellos mismos se metían, enviaba indios que de otras partes había, que fuesen á hablar á Bogotá de su parte y le convidasen con su amistad y con la paz, y le persuadiesen á que dejase las armas, pues tan poco se podía ganar en ellas.

El Cacique Bogotá, como con demasiada hinchazón estuviese confiado en la multitud de sus sujetos que cuasi desnudos y con toscas armas de palo peleaban, despedía los

mensajeros con sólo buena esperanza de que se harían paces; pero su gente siempre continuaba la guerra con los españoles, y visto el General que este tirano siempre pretendía cumplir con vanos cumplimientos, acordó irle á buscar donde estuviese, y tomando para ello indios que le guiasen, que decían saber aquella casa de recreación donde Bogotá estaba recogido, salió al efecto muchas noches y siempre fue burlado, porque como los guías fuesen naturales de la Provincia de Bogotá, y sus sujetos, no osaban llevar á los españoles donde su Cacique estaba, por un abusional temor que tenían de decir que si lo descubrían, que luégo se habían de morir ó sus simulacros ó dioses los habían de castigar; y para cumplir con el cuchillo de los españoles que sobre sí tenían, los llevaban y guiaban á diversos lugares, donde otros Caciques feudatarios de Bogotá estaban recogidos con sus gentes, dando á entender que aquellos eran los alojamientos de Bogotá; pero el General, viéndose burlado muchas veces de esta manera, cesó de hacer salidas en busca de Bogotá, cuya gente siempre continuaba el venirle á ofender, y acordó enviar á descubrir ciertas tierras altas, que por las partes del Poniente y del Sur tenía, porque como pocos años antes que de Santa Marta saliese, se había descubierto el Perú, con sus innumerables riquezas, cuya fama tenía muy hinchados y levantados los corazones de los hombres á querer que se igualasen todos los descubrimientos que hiciesen en riquezas y grandezas de las nuevas tierras, habíales parecido al General y á sus Capitanes esta tierra de Bogotá que descubierta tenían, de poca estimación, porque aunque era abundante de todos géneros de comidas y muy poblada de naturales, no habían dado en ninguna grosedad de oro, ni habían habido más de lo que los naturales de su voluntad les habían ofrecido, y así estaban algunos Capitanes y soldados juntamente con su General de opinión y parecer de dejar y desamparar la tierra en que estaban é ir á buscar otra de nuevo; y para este efecto y por las causas referidas, esparció su gente por diversas partes: al Capitán Juan de Sanmartín envió con veinte hombres la vía del Poniente á descubrir, y al Capitán Juan de Céspedes con otros tantos la vía del Sur, y él se quedó aloja-

do con el resto de la gente en el cercado y casa de Bogotá, el cual, continuando sus acometimientos y guerras, procurando poner en todo aprieto á los españoles, usó un día de un ardid que para hombre tosco y gente tan rústica fue demasiada agudeza; una noche, después de anochecido, vino un escuadrón de mucha gente de guerra á acometer el alojamiento, haciendo estruendo y ruido para que los españoles saliesen á ellos, y por otra parte venía otro escuadrón de gente con quietud y silencio para en saliendo los españoles á hacer resistencia al primer escuadrón, entrar en el alojamiento y pegar fuego á las casas y bohíos donde estaban alojados, de suerte que no pudiesen remediar ni acudir á entrambas partes y así recibiesen notable daño; pero como estos bárbaros, demás de ser de bríos flojos y tímidos, habían cobrado un particular é intrínseco temor á los españoles, aunque intentaron el hecho y lo pusieron por obra, no salieron con él, porque como viniesen de noche é hiciesen su acometimiento y parte de los españoles saliesen á rebatirlos, los que habían de pegar el fuego y dar por las espaldas del alojamiento, aunque comenzaron á encender los bohíos y arder con grandes llamas, y pusieron en alboroto la gente que en ellos estaba, no osaron defenderles con las armas, antes creyendo que iban á dar en ellos, huyeron luégo, y los españoles tuvieron lugar de sacar sus caballos y lo demás que en los bohíos tenían, y así por su culpa no hicieron esta vez los indios daño alguno que fuese notable en los españoles, más de quemar las casas, que eran de paja.

Los Capitanes Céspedes y Sanmartín salieron y siguieron sus descubrimientos, pero no hubieron entrambos igual fortuna en las cosas de la guerra, aunque en el descubrir de nueva tierra sí; porque como el Capitán Sanmartín, que caminaba hacia el Poniente, diese en ciertas gentes muy belicosas y caníbales llamados panches, con quien el Cacique Bogotá tenía continuas guerras y los tenía como por frontera de su tierra, fue de ellos rebatido con daño de algunos soldados á quienes los panches hirieron y acometieron con más audacia de la que de ellos se pensaba.

Estaban estos panches muy hechos en la guerra y á te-

ner las armas en la mano, porque Bogotá, como con mucha gente mosca que debajo de su mano tenía, pretendiese también sujetar estos panches, había poco antes tenido con ellos muy prolija guerra, y entrando con sus gentes por las Provincias y tierras de los panches, los cuales juntándose en mucha cantidad, habían echado fuéra de sus términos á Bogotá con gran pérdida de mucha gente que le mataron, de la cual comió muy poca la tierra, porque toda ella fue consumida en banquetes y fiestas que los panches, celebrando la victoria, se hacían unos á otros; porque por antiquísima costumbre, la cual hasta el día de hoy les dura, comen estos bárbaros carne humana, y cuando en más ocio y quietud están se mueven guerra los unos á los otros en su propia tierra, por tener ocasión de comerse los cuerpos de los que en el conflicto de las guazabaras murieren.

El Capitán Sanmartín, viendo que en las primeras poblaciones de los panches le había hecho el daño referido y que daba muestras aquella gente de seguirle con obstinación y haber entera victoria de él y de sus soldados, y que la gente era desnuda y pauperrísima y la tierra muy doblada, dio la vuelta y dentro de quinto día se halló en el alojamiento de Bogotá con su General, al cual dio relación de la maleza de aquella tierra y de los naturales de ella.

El Capitán Céspedes, siguiendo su descubrimiento la vía del Sur, dio en unos páramos de grandísima frialdad y raras poblaciones, cuyos moradores se sustentaban con solas turmas, raíces de una yerba que la tierra producía mediante la cultivación de los indios, sin otra cosa ninguna; porque los grandes y continuos hielos y fríos no daban lugar á que en ella se criasen otros mantenimientos; y vista la miseria de esta tierra, dio la vuelta el Capitán Céspedes sobre la mano derecha hacia el Poniente, donde los moradores de aquellos fríos páramos le decían que había muchas gentes y ricas, engañosamente, sólo por echarlo de su territorio; el cual fue á dar á una población de gentes de nación panches, que el señor de ella se llamaba Conchima, gente tan belicosa como la de donde había ido Sanmartín, y de la propia nación, que se extiende gran distancia, cuyos moradores, así por el calor del

ñoles hacían, determinó usar de otro nuevo remedio para echar los españoles de su tierra, ya que con las armas no había sido poderoso para ello, y fue que como Bogotá entendiese y supiese la mucha alegría y contento que los españoles mostraban cuando les daban y llevaban oro y piedras esmeraldas, y que con mucha instancia y ahinco preguntaban y procuraban saber dónde las esmeraldas se sacaban, lo cual jamás habían querido decir, envió un día diez ó doce indios cargados de comida y con algunas piedras esmeraldas, que fingiesen y diesen á entender que venían de lejas tierras, enviados por un Cacique que se decía Chocontá, que estaba á cuatro jornadas de las minas donde las esmeraldas se sacaban, el cual habiendo entendido que los cristianos habían entrado en aquella tierra por partes no sabidas y eran tenidos por hijos del sol, y buscaban los mineros de las esmeraldas, se las quería mostrar que estaban cerca de su tierra, en las tierras de otro Cacique ó señor su circunvecino, en donde él los pondría, para el cual efecto les enviaba aquellos mensajeros. Los indios, bien instruidos en el negocio por Bogotá, llegaron adonde el General estaba, fingiendo tan al natural su embajada, que quitaron toda nocible sospecha de sobre sí; los trajes mudados, los cuerpos sudados, y calurosos, y los rostros muy polvorosos, y su plática tan entera, que ninguno dejó de creer que era al pie de la letra lo que decían verdad; y como á esta sazón habían vuelto los Capitanes Céspedes y Sanmartín de sus descubrimientos y no habían hallado cosa que fuese tal cual la deseaban, movió con más vigor la embajada de los indios al General y á los españoles, á que dejando el pueblo y tierra de Bogotá, fuesen en demanda de las minas de esmeraldas; y por otra parte Bogotá dio aviso al Cacique de Chocontá, que era su feudatario, que los españoles irían á su tierra, mediante lo que él había ordenado, y que llegados que fuesen allá, los llevase y encaminase adonde las minas estaban.

Movido el General con su campo, caminó con más alegría de la que se puede decir, en demanda de las minas de esmeraldas; porque como hasta entonces había por el mundo muchas y diversas opiniones sobre el nacimiento y creación

de las esmeraldas, y no hubiese autor que diese entera noticia y relación de ellas cuanto á si se sacaban de minas ó nó, deseando el General y sus soldados ver de todo punto declarada esta duda y ver esta grandeza de minas, iban, como se ha dicho, con mucha alegría á verlas y descubrirlas. Al cabo de cuatro jornadas llegaron al valle de Chocontá, que llamaron del Espíritu Santo por haber tenido en él la Pascua de Pentecostés, el cual el Cacique Chocontá fingió ser el que los había enviado á llamar y les dio y encaminó adelante al valle y pueblo de Turmequé, llamado por los españoles de la Trompeta, por haber allí aderezado ó hecho de nuevo una maltratada trompeta que traían.

Este valle de Turmequé es el primer pueblo del señorío de Tunja, y el de Chocontá pasado es el postrero de Bogotá. El General se alojó en el pueblo de Turmequé, para de allí ir ó enviar á ver las minas, porque las guías que Chocontá le había dado y llevaban, decían que en donde las minas estaban era tierra estéril y falta de comida y no se podría sustentar en ellas toda la gente junta, y por esta causa, quedándose él alojado con la más de la gente en el valle de Turmequé ó de la Trompeta, envió al Capitán Pedro Fernández de Valenzuela con ciertos españoles que fuesen y viesen las minas de las esmeraldas, si era verdad que las había como los indios le habían dicho, las cuales halló en la Provincia y señorío de un Cacique llamado Somondoco, el cual y sus sujetos reconocían al señor de Turmequé. Están estas minas en una cuchilla ó loma de largo de media legua, que sale de otras lomas y sierras más altas; es la tierra de ella algo fofa y volcanosa; no labraban los indios estas minas todo el año, sino en tiempo de aguas ó que las aguas hubiesen acabado de pasar, porque con sus avenidas robasen y llevasen la tierra que sobre las minas caía, porque como estos naturales no tuviesen con qué cultivar la tierra artificios de hierro, sino solamente los que de madera hacían para sus labores, éstos eran tan flacos que no bastaban á desmontar ni limpiar la tierra que en las minas caía: por eso esperaban el remedio del agua.

Halláronse en estas minas dos vetas de veneros en que las

esmeraldas se criaban, y hallaron el uno de cristal y el otro azul, color del cielo. Valenzuela procuró sacar de estas vetas algunas esmeraldas para muestras, y trabajando en ello harto, sacó ciertas piedras de toda suerte, buenas y no tales y muy ruines, y viendo el gran trabajo con que se sacaban y la mucha flema que para ello era menester, y al cabo el poco provecho que de ello redundaba, se volvió adonde el General estaba. De este sitio de las minas por cierta quiebra que la sierra y cordillera hacía, vieron estos españoles una anchura y llanura de tierra apacible á sus ojos, y que con el deseo y codicia que tenían de haber otra cosa mejor y más rica que la que la fortuna les había puesto en las manos, se les figuraba que lo que veían no podía dejar de ser tierra muy próspera y de mucho valor. Eran esta llanura, que desde estas minas veían, los llanos que ahora dicen de Venezuela, tierra toda anegadiza y de raras y paupérrimas poblaciones y muy enferma por los malos aires que en ella corren, mediante los gruesos y corruptos vapores que de las tierras anegadizas y lagunas se levantan y congelan.

El General, sabida la certidumbre de las minas de esmeraldas y la relación que le traían de la llanura y valle que de ellas habían visto, se partió de Turmequé y valle de la Trompeta la vuelta de Somondoco, donde las minas estaban, con prosupuestos: el uno de con azadones y otros artificios labrar y seguir las dichas minas y ver si podía sacar de ellas alguna riqueza notable, y lo otro en el ínterin que esto se hacía enviar á descubrir y ver aquel llano valle y ancho que de allí se parecía. Caminando con su campo el General vino á dar al Valle de Tenzucha, que llamó de San Juan, por haber estado en él su Natividad, que estaría del pueblo del Cacique Somondoco, señor de las mismas esmeraldas, cuatro leguas, y de las propias minas siete; en el cual valle se alojó por ser abundante de comida, aunque en ella era bien proveído, así del señor de Turmequé como de otros muchos Caciques que á fin de que los españoles, necesitados de la falta de la comida, no los fuesen á buscar á sus casas ni á otras partes donde tenían escondidas sus mujeres é hijos y haciendas, procuraban tener el Real de los españoles bien proveído de comidas,

así de carnes de venados como de maíz y otros mantenimientos que en sus tierras se dan.

Alojado el General en este Valle de Tenzucha, determinó desde allí hacer lo que de atrás traía determinado, y así envió al Capitán Sanmartín con gente de á pie y de á caballo que fuese á descubrir y ver lo que era la tierra llana que desde las minas había visto Valenzuela, y asimismo envió gente con buenos aderezos y que labrasen las minas segunda vez, los cuales fueron, y sin hacer cosa memorable en ellas, se volvieron por ser cosa muy prolija el haber de esperar á topar con las bolsas y mineros en que las esmeraldas se crían, las cuales siguiendo las vetas de ellas se hallan á trechos; lo cual visto por el General quiso por su persona certificarse de este secreto de Naturaleza y ver por sus ojos lo que muchos grandes autores habían dudado haber; y así fue á las minas, y hallándose presente las hizo labrar y sacó esmeraldas de ellas, y tomó de ello entera fe y testimonio para satisfacción de los que dudasen las esmeraldas sacarse de minas y vetas debajo de la tierra; y con esto se volvió al valle de San Juan, donde dejara alojada su gente. El Capitán Sanmartín siguió su descubrimiento, y viendo la mala disposición de la tierra por do iba, envió á decir al General que no curase de seguirle, porque no había disposición de tierra por donde iba para poder pasar con su gente, porque demás de ser tan agria y doblada, era muy estéril y falta de comida; y prosiguiendo él su descubrimiento, bajó hasta junto á los propios llanos, donde halló una gente tan paupérrima y faltos de todas las cosas necesarias para el humano sustento, que solamente comían y se sustentaban de un género de hormigas gruesas, las cuales criaban aposta junto á sus casas, y de ellas y de otras silvestres raíces hacían ciertas tortas y comidas con que se sustentaban; y viendo esta monstruosidad de Naturaleza, no curó pasar de allí, y también por ver que toda la tierra llana que por delante tenía eran anegadizos; y con esto dio la vuelta adonde el General estaba, el cual con su gente había ya salido del Valle de San Juan, y alojádose en el valle que llamaron de Venegas, por haberlo descubierto Hernando Venegas, natural de Córdoba, á quien el General había enviado con

gente al propio efecto. Es este valle por otro nombre dicho Vaganing, en donde por irse el General con su gente apartando de la población y grosedad de la gente y tierra del Reino, no era proveído de mantenimientos ni visitado de naturales como de antes, y así se padecía á esta sazón necesidad de comidas entre los españoles.

CAPITULO OCTAVO

En que se escribe cómo el General Jiménez de Quesada tuvo noticia del Cacique Tunja y de sus riquezas, y cómo temiendo que no se alzase y rebelase y juntase sus gentes y armas contra los españoles, se partió, y á grandes jornadas fue con parte de sus soldados al pueblo de Tunja.

Como el General Jiménez de Quesada y algunos de sus Capitanes y soldados que tenían los ojos puestos más en las riquezas que en los naturales, estuviesen tan descontentos de la tierra del Reino que ya diversas veces hubiesen intentado salir de ella, y últimamente había respondido al Capitán Sanmartín que por la vía que llevaba no se podía caminar, procuraban y deseaban con grande instancia haber algunas guías que los llevasen á alguna buena tierra, y con este designio el General envió de su alojamiento, que al presente era en el Valle de Venegas, diferentes Capitanes y escuadras que le tomasen algunos indios para guías y adalides de lo que pretendía. Aunque la gente anduvo por todo aquel valle y sus comarcas todo un día, no se pudo tomar ningunos naturales, excepto dos indios que hubo en un escuadron llamado *Serrano*, los cuales, estando hablando con otra india, criada del propio Serrano, le preguntaron qué era lo que andaban á buscar los españoles de una parte á otra, sin tener sosiego ni asiento, que han dejado las tierras ricas y pobladas y de mucha comida atrás y se vienen por aquí, donde ellos, ni nosotros, ni nuestros hijos y mujeres tenemos qué comer; y como la india les respondiese que lo que ella había entendido era que andaban á buscar oro, lo cual deseaban hallar más que otra cosa ninguna, los indios le replicaron que porqué no iban, pues oro buscaban, adonde estaba el señor y principal de todas aquellas Provincias, llamado Tunja, que tenía y poseía

muy gran cantidad de oro él y sus indios, los cuales á las puertas de los bohíos tenían unos pedazos grandes de oro que sonaban y hacían són dándose los unos con los otros. La india, sabida esta nueva, dio de ella noticia y relación á su amo, y su amo la dio al Capitán Céspedes y Céspedes la dio al General que ya estaba estomagado y colérico del movimiento y mudamiento que los indios de aquella Provincia de Tunja habían hecho en no continuar su paz y proveerles de lo necesario, y tenía presunción é indicios muy grandes de que el principal y señor de aquella tierra, que aún en esta sazón no era conocido por su nombre, hacía gente para venir sobre él y hacerle guerra; y como se le diese esta noticia y el indio se ofreciese de guiarle y llevarle en breve adonde este Cacique estaba y tenía su habitación, determinó de ganarle por la mano en el acometer y ser con él en breve, antes que tuviese lugar de juntar su gente y tomar las armas en las manos y con ellas hacerle daño, y así con toda presteza de la gente que tenía consigo hizo apercibir y aderezar diez y seis hombres de á caballo y treinta peones, y poniéndose en camino, marchó la vía del pueblo de Tunja, guiándolo el indio que le había dado la noticia, por la altura de unos páramos de extrema frialdad, en los cuales le fue forzoso hacer jornada y dormir, donde hubiera de ser más el daño que el frío y hielo de aquel alto puesto les causara, que el que los indios con sus armas les podían hacer; porque penetraba tanto las carnes de los españoles el frío, que los constreñía á no apartarse del calor de la candela y fuego que habían hecho, y hombre hubo, entre ellos, que fue un Gómez de Corral, que aunque la ropa que encima del cuerpo tenía y la camisa pegada á raíz de las carnes se ardía, no la sentía por tenerle el frío comunicado y recogido en lo intrínseco de su cuerpo el calor natural, y fue necesario ponerle de nuevos vestidos.

El Cacique y señor de Tunja, aunque sabía que los españoles andaban por su tierra, no se había movido de su pueblo porque andaban algo apartados de él, y como comunicaban muy poco con todo el Real junto, pareciòle que no podía ser asaltado ni tom[illegible]do porque forzosamente le habían de dar [illegible] como el General, dejando

el carruaje que llevaba caminó á la ligera, y anduvo en tres días lo que había de andar en seis, cuando Tunja vino á saber su venida fue el propio día que había de entrar el General en su pueblo, y como era hombre mayor y cargado y lo hacían más pesado las muchas riquezas que consigo tenía, no se atrevio en tan breve tiempo como la diligencia y apresurado caminar de los españoles le daban, á poner en cobro su persona y hacienda, y por este uso de dar medios para ver si podía entretener los españoles que aquel día no llegasen á su pueblo. El uno fue que con gran presteza envió á demandar á los indios que había poblados por el camino por donde el General iba marchando, que tomando las armas en las manos saliesen á dar gritas al General y á los que con él iban y procurasen entretenerlos con designio de si pudiese, según pretendía, poner en cobro su persona y hacienda aquella noche, y otro día enviar sus gentes sobre los españoles como Bogotá lo había hecho, y por otra parte enviaba algunos de sus Caciques y principales á tratar de paz y amistad, diciendo que se entretuviese el General en los pueblos por do iba y que de allí se trataría lo que se debía hacer, porque él quería ser su amigo y confederado y haría todo lo que el General quisiese; y demás de esto venían é iban por el camino infinitos indios ligeros, á manera de postas, que por momentos llevaban á Tunja la nueva de la cantidad de españoles que iban y los caballos que llevaban y el paraje donde llegaban, y mientras más los españoles se acercaban á su pueblo, más mensajeros venían al General para que se detuviese y tratasen de paz y amistad. Pero el General, que todas estas cautelas y tratos dobles de este bárbaro entendía, no sólo no se detenía con los mensajes que le venían, pero estorbaba á los soldados que no se detuviesen en acometer y ofender á los indios que en la retaguardia les venían dando gritos y haciendo acometimientos de ofender á los españoles. Ultimamente, ya que el General estaba muy cerca de Tunja en una aldea pequeña, le salió á recibir un Cacique feudatario del señor y principal con muchos indios, diciendo que Tunja lo enviaba á recibirlos, el cual se daba por su amigo, según que antes se lo había enviado á decir, y que le rogaba que aque-

lla noche, para evitar el alboroto y escándalo de la gente de su pueblo, se quedasen á dormir en aquella aldea, donde serían bien proveídos de lo necesario, y que otro día se verían y hablarían.

El General, temiéndose de las cautelas de este bárbaro y pareciéndole que eran aquellas ostenciones de paz muy fingidas, no curó de detenerse aunque entre sus propios soldados hubo pareceres que por ser ya algo tarde y no saber qué gente tuviese consigo el Cacique Tunja, ni si estaría con las armas en la mano, ni de paz, debían quedarse á dormir en aquella aldea; y así prosiguieron el viaje hasta entrar, aunque ya tarde, en el propio pueblo de Tunja. Los indios, por apartar los españoles de donde el señor y principal estaba, llevárronlos á un cercado grande de un hermano suyo, dentro de la propia población, que por ser tan grande y hecho curiosamente para el modo de edificar de los indios, creyeron ser del propio Cacique, pero la guía que llevaban los apartó de este engaño y les dijo cómo no era aquel cercado y casas las del Cacique, sino otras más principales que estaban más abajo, á las cuales se fue luégo el General con toda su gente, que era nonada en comparación de la canalla que presente tenían de aquellos bárbaros, así moradores del propio pueblo como otra innumerable multitud de ellos que habían acudido á ver lo que se hacía entre los españoles y Tunja, y éstos sin otras innumerales gentes que del pueblo salían cargados de sus baratijas é hijos á esconderlas y apartarse de la presencia y vista de los españoles, la cual tenían por muy espantable y tremenda

Llegados los nuéstros al cercado del Cacique Tunja, el General se apeó de su caballo y con su Alférez Antonio de Olalla y el Veedor Diego de Aguilar, mandando que los demás estuvieran á punto y apercibidos para lo que se ofreciese, se entró en el cercado, sin embargo de que los indios con solas voces y grandes alaridos pretendían estorbar la entrada y hacer que se detuviesen; pero como los alaridos pocas veces ofendan, el General entró en aquel cercado donde Tunja tenía sus casas, que no era menos vistoso que el de Bogotá, aunque de maderas y cañas, y los bohíos y casas de paja, y esto se

ha de entender comúnmente en lo que tratáremos de este Reino, que cuando decimos bohíos es vocablo que los españoles llaman y tienen puesto á las casas de los indios, y que estas casas son de varas hecha la armazón y cimientos, y cubiertas de paja, según más largamente lo trataremos en otra parte.

Llegado que fue el General al aposento y bohío donde Tunja estaba, según la costumbre de sus mayores, sentado en el suelo encima de un lecho de espartillo, no se movió hasta que fue movido, y hablándole el General con su torpe intérprete que traía, le dijo cómo cierto señor, por cuyo mandado él había venido á aquella tierra, le enviaba á saludar y deseaba su amistad, la cual se había de conseguir y conservar mediante otras muchas cosas que se le habían de dar á entender, para lo cual era menester espacio y tiempo en que se tratasen, todo lo cual no podía haber efecto si primero él no tenía paz y amistad con los españoles que presentes estaban, y le hacía obras y tratamientos de amigos, lo cual si enteramente cumpliese, él como su General haría que á él ni á sus sujetos no se les hiciese daño ninguno y fuesen tratados como verdaderos y leales amigos; á lo cual Tunja respondió que de todo lo que se le decía se holgaba muy mucho y era contento de lo hacer y cumplir, pero que ya era tarde para dar fin y conclusión á cosa tan larga y de tánta importancia, y que se fuesen á alojar á una parte del pueblo donde él tenía proveído y aderezado. El General dijo que le placía así, y dejando en custodia y guardia de este Cacique á su Alférez con cuatro ó cinco arcabuceros, se recogió con la demás gente que consigo tenía al alojamiento que le estaba aderezado. La causa de dejar guardia el General en la persona de Tunja, era y fue de la sospecha que de antes tenía de que este Cacique ó principal se pretendía ausentar.

Había acudido al propio cercado mucha cantidad de indios que por diversas partes falsas que en él había entraban, y andaban muy inquietos de una parte á otra, dando muestras de pretender llevar fuéra de allí á su Cacique, y demás de esto de ciertas cosas de munición que el Cacique dentro de su cercado tenía prevenidas para la guerra que con Bogotá esperaba tener,

se sacaban muchas armas por particulares indios que las llevaban, los cuales, como ya fuese anochecido y viesen que el General con la mayor parte de la gente se había ido á aposentar y que con el Cacique habían quedado solos cinco españoles, movieron cierto tumulto para en él tener lugar de sacar á su Cacique fuéra del cercado, lo cual principiaron con empezar á tratar mal de palabra á los españoles que allí estaban y hablarles soberbiamente, y unos hablando y otros tomando en peso al Cacique para sacarlo fuéra y los soldados acudiendo á se lo defender, fue el tumulto encendido de suerte que oyéndolo el General acudió con toda presteza, y con él algunos soldados que se hallaron con las armas en la mano y cuando llegaron hallaron que ya los indios, sin haberlo podido estorbar el Alférez y los que con él estaban, echando mano á sus espadas para sólo espantar la canalla de bárbaros que estaban asidos al Cacique, y así se lo hicieron dejar y lo tornó el General á meter en el cercado y casa de su morada, y viendo lo que importaba á su salud y de todos los españoles que con él estaban, que el Cacique Tunja no se ausentase, pues teniéndolo los indios puesto en salvo luégo habían de venir sobre él con las armas, echando todos los indios que dentro del cercado estaban, le puso mayores guardias, con sus rondas de á caballo y soldados á las puertas del cercado que no dejasen entrar indio ninguno adonde el Cacique estaba.

CAPITULO NOVENO

En que se escribe cómo los soldados persuadieron al General Jiménez de Quesada que secuestase el oro que Tunja tenía dentro del cercado, el cual le fue tomado; y cómo el día siguiente Tunja dio licencia que buscasen y tomasen el oro que en el pueblo había.

Al tiempo que el General llegó al cercado de Tunja, como muchos soldados que con él iban llevaban el corazón puesto en dónde Tunja tendría sus riquezas y tesoros, llevaban los atalayadores ojos esparcidos y derramados á todas partes por ver si verían algún rastro de lo que pretendían, y al fin vieron que en lo alto de la casa donde habitaba, por la parte de fuéra, estaban groseramente puestos unos platos á manera

de patenas de oro y ciertas águilas de oro, y entre éstas puestos unos grandes caracoles de la mar, por tal orden que en tocando lo uno con lo otro, por el movimiento del aire, hacían un grosero sonido con que aquel bárbaro se contentaba; y de ver esto vinieron á presumir que lo que se les había dicho de la riqueza de este Cacique era cierto, por lo cual procuraron persuadir al General, aunque no fue necesario con obstinación, que pues sus fuerzas eran pocas para tener seguro al Cacique Tunja, que debía dar licencia que se buscasen sus tesoros y riquezas y fuesen secrestados para más seguridad suya hasta ver en lo que paraban sus amistades. Al General no le pareció mal lo que los soldados le decían, y así mandó al Capitán Céspedes que en los bohíos y casas que dentro del cercado había, buscase el oro que tenía y lo trajese ante sí para que fuese guardado con el presupuesto dicho.

Céspedes no fue nada negligente en efectuar lo que se le mandaba, y aun según supe de quien presente se halló, ya lo tenía efectuado, y comenzando anduvo por los bohíos que en el cercado había; los más, como he dicho, eran de municiones, en que tenía Tunja juntas muchas vituallas y pertrechos de guerra, para lo que se le aparejaba con Bogotá, en los cuales había muchas diademas, patenas, águilas y otras diferencias de joyas de oro que los indios llevaban puestas en sus personas cuando iban á la guerra y para sus regocijos y fiestas; todo lo cual fue recogido con otra mucha cantidad de oro y joyas de la suerte dicha, que en otra parte tenía Tunja del propio cercado, como puesto en depósito y guarda para su recreación y menesteres, y llevado adonde el General se había de alojar é alojado.

La multitud de los indios, como los habían quitado de la presencia de su Cacique, á quien mostraban amor mucho, en toda la noche reposaron ni durmieron; mas como gente que deseaba ver libre á su señor, se anduvieron por junto al cercado, dando muy grandes voces y viendo si podían entrar dentro, á los cuales les era defendida la entrada por los que guardaban las puertas y por las rondas de á caballo que alrededor del cercado andaban. Venido el día, los indios, no cesando sus alaridos y clamores por haber á las manos á su Cacique, daban

muestras de quererlo sacar por fuerza, como la noche antes lo habían intentado; pero fueron frustrados de sus designios, porque los españoles los ahuyentaron y echaron de junto al cercado, y dende á poco sacaron fuera el Cacique, de suerte que pudo ser visto de todos, y les habló y mitigó, con lo cual los indios se apaciguaron mucho, y como el Cacique entendiese la sed y agonía de los nuéstros que de oro tenían, por la solicitud que en despojarle de sus riquezas tenían, díjoles que si oro querían, que fuesen por el pueblo, donde hallarían muy gran cantidad, y que la tomasen. Los españoles, con licencia de su General, no fueron nada negligentes en irlo á buscar, el cual hallaban en bohíos muy viejos y antiquísimos, que daban á entender ser sepulturas de muertos, porque según algunos afirman, en esta Provincia de Tunja no se enterraban los indios con sus riquezas como en la Provincia de Bogotá, sino después de enterrado el indio, cuyas eran, se las ponían sobre la sepultura, y así con menos trabajo hallaban el oro y lo traían á cargas al montón, donde el General estaba. En un bohío muy viejo é inhabitable que en él no entraba nadie sino eran gallinazas á dormir y posar, el cual debía ser de algún antiguo y gran señor que allí debía estar enterrado de mucho tiempo, se halló un catauro hecho á manera de costal, cosido con hilo de oro y todo él lleno de tejuelos de oro, en que afirman haber doscientas libras de oro. Los indios viendo que los españoles recogían el oro que en su pueblo había, ellos también procuraron recoger lo que pudieron, y así es presunción que guardaron y alzaron más que les tomaron, que según muchos certifican, fueron dos mil libras de oro, sin piedras esmeraldas, y mucha ropa fina de algodón y cuentas de mucho precio entre ellos. Con este saco hecho con licencia y facultad del Cacique Tunja que estaba preso, se mitigó todo el alboroto que entre los españoles y los indios había, y el General luégo envió á llamar el resto de la gente que en el valle de Vaganig había quedado, donde ya había llegado el Capitán Sanmartín que había ido á descubrir los llanos, y asimismo habló con más reposo al Cacique, tratando de quietarlo y reprendiéndole de las cautelas de que había usado para matar los españoles, el cual siempre lo negó, por lo cual le decían que

tenía perdido no sólo el oro que allí de presente se le había tomado, pero todo lo demás que con las ricas esmeraldas tenía escondido puesto en cobro, lo cual debía entregar si quería salir de la prisión en que estaba; con lo cual Tunja se desabría tanto que aunque después le decían otras cosas de importancia tocantes á la lealtad y vasallaje que había de reconocer y tener á los Reyes de España, daba muestras de no oírlo de voluntad, ni tener gana de hacerlo; pero con todo esto jamás el General estorbó que no fuese visitado continuamente de todos sus sujetos y feudatarios, los que asimismo tenían particular cuidado de proveer á los españoles de todo lo necesario para su sustento.

El resto de los españoles que en Vaganig ó Valle de Venegas habían quedado, dende á ciertos días, por el llamamiento que de su General les fue hecho, vinieron á Tunja, donde por ser más el número de los españoles, había ya menos temor de que se recibiría daño de la gente de Tunja.

CAPITULO DECIMO

En que se escribe cómo el General Jiménez de Quesada, estando para salir á visitar la tierra de Tunja, tuvo noticia de las riquezas del señor de Sogamoso, en cuya demanda fue, al cual halló alzado con todas sus riquezas.

El Cacique y señor de Tunja preso, viendo el mucho contento que los españoles habían mostrado con aquella cantidad de oro que habían habido y lo mucho que después de juntos los españoles se regocijaban los unos con los otros, representando la felicidad que la fortuna les había, sin pensar, puesto en las manos, parecióle y consideró que si en las manos les ponía otro tesoro no menos que el que á él le habían tomado, que se les iría multiplicando el contento y aplazando la codicia, y así no sólo dejarían de pedir más oro del que le habían tomado, pero le soltarían de la prisión en que le tenían por este respecto, acordó decir al General y á sus Capitanes y soldados que por haber visto y entendido el deseo que tenían de haber más oro y él asimismo deseaba que lo hubiesen, que á ciertas jornadas de allí estaba un Cacique lla-

mado Sogamoso, hombre de gran veneración y religión por ser tenido, mediante sus supersticiones, por hijo del sol, á el cual, por ser persona de tanta estimación entre ellos y poseyera grandes riquezas, las cuales no sólo tenía en su casa, pero en sus templos y oratorios donde los presentes y sus mayores acostumbraban hacer grandes sacrificios, por ser aquel lugar tenido por más devoto y santo que otro ninguno de aquella tierra, y que si ellos usaban de presteza y llegaban adonde el Cacique Sogamoso estaba y lo hallaban descuidado, sin que tuviese lugar de huir ni alzar sus riquezas, que hallarían en harta abundancia de lo que buscaban. Tienen todos estos bárbaros muy poca fidelidad ni amistad los unos con los otros, y si el uno se ve preso y despojado de su hacienda, procura que de su vecino, y aun hermano y padre, se haga lo mismo, porque se huelgan mucho de que los otros padezcan los mismos trabajos y persecuciones que ellos.

Los españoles y su General se alegraron mucho con la buena nueva que Tunja les dio, así por las muchas riquezas que en ellas les prometía, como porque en la sazón que esta nueva se les dio estaba el General de camino con gente para ir á visitar la tierra y comarcas de Tunja, y así con la gente que tenía apercibida, que serían veinte hombres de á caballo y treinta de á pie, se partió la vuelta de Sogamoso, dejando toda custodia y recaudo en la persona de Tunja y oro que se le había tomado.

El Cacique de Sogamoso, como se ha dicho, era persona muy estimada entre los indios por su falsa religión, y así fue luégo por la posta avisado de cómo españoles caminaban hacia su pueblo, el cual habiendo tenido noticia del suceso y prisión de Tunja y de cómo para con ellos eran invencibles los españoles, no curó de fiarse de su poder, armas ni gente, ni de la autoridad de la estimación y religión de su persona, y tomando consigo todos sus tesoros y mujeres, se puso en salvo donde no le alcanzasen los actos de la avaricia española. El General siguió su camino y no falta quien afirma que lo llevó por el valle y poblaciones de Duitama y Paipa, donde por ser aquella gente más belicosa y atrevida que otra ninguna de los Moscas del reino, salieron con las armas en las

manos á estorbar el pasaje á los españoles, con los cuales tuvieron ciertas refriegas y escaramuzas de que quedaron con reputación de valientes, y con ellos se detuvo el General ciertos días cuya tardanza fue causa que Sogamoso fuese avisado y tuviese noticia de cómo los españoles se acercaban á su tierra y se alzase con sus tesoros. Que sea de la una ó de la otra manera, el General llegó á Sogamoso y no halló gente ninguna, sino todas las casas yermas y despobladas, y según algunos cuentan, un indio viejo, ya cano, de crecida barba, que fue cosa que hasta entonces no habían hallado, dentro de un santuario ó templo de los que en aquel pueblo había, que según se presumió debía ser jeque ó mohán de aquel templo, al cual se le preguntó dónde estaba el señor ó Cacique de aquel pueblo, y la causa de haberse ausentado con su gente; y dio por respuesta que había tenido noticia de la prisión de Tunja y de la ruina y saco que en su pueblo se había hecho, y que temiendo el mismo suceso é infortunio, se había retirado á lugares muy apartados é ignotos con su gente y haciendas. Los españoles, viéndose frustrados de sus designios, con licencia de su General diéronse á buscar oro por el pueblo y templos que en él había, que según su grandeza y ornato daban bien á entender y conocer la particular religión que en la gente y señor de aquella tierra había. Entre los otros templos había uno de extraña grandeza y ornato que decían los indios ser dedicado al dios Remichinchagagua, á quien veneraban mucho con sus ciegas supersticiones é idolatrías.

Este santuario andando dentro ciertos soldados con lumbre encendida á buscar oro, porque era muy lóbrego y obscuro por defecto de no tener lumbreras por donde la claridad pudiese entrar y dar luz y ser la puerta tan pequeña y baja que entraban abajados ó como suelen decir á gatas, por descuido de los que con la lumbre andaban dentro, vino á encenderse el fuego de suerte que no se pudo atajar ni remediar, porque como toda la cubierta era muy seca, de pajas, hízose más irremediable el daño, y así fue consumido del fuego, pero no en tan breve tiempo como se pudiera consumir otra casa de más fuertes materiales, porque como certifican

los antiguos que lo vieron y se hallaron presentes, que tuvo el fuego en él sin acabarse de consumir más tiempo de un año, y la causa de durar tánto el fuego dicen haber sido la mucha paja que sobre sí tenía, que conservaba después de quemada el fuego en los maderos gruesos que debajo de esta ceniza estaban. Aunque la gente del pueblo se había alzado y llevado consigo sus riquezas, todavía los soldados hallaron algún oro sobre algunas sepulturas de muertos y en el suelo de algunos templos, de lo que por no mirar en ello habían dejado; y de estos rezagados mendrugos se juntaron en este pueblo cuasi seiscientas libras de oro; y después de haber estado en este pueblo de Sogamoso el General y visto que no podía ser habido Sogamoso por no haber quien lo llevase ni guiase adonde estaba, dio la vuelta al pueblo de Tunja por la propia Provincia de Duitama por donde antes había pasado, cuyos naturales, como al tiempo que por ella pasaron los españoles, recibieron poco daño, lo cual tuvieron por gran victoria, estaban con rústica desvergüenza aparejados con las armas en la mano para de nuevo intentar de dar guerra al General y á los que con él iban, y así comenzaron á trabar algunas escaramuzas y guazabaras con los españoles, en las cuales, aunque siempre perdían, no dejaban de seguir con obstinación el guerrear; pero por entonces el General no curó de detenerse á domar de todo punto estos bárbaros, sino prosiguió su camino á Tunja, con designio de volver cuando mejor ocasión hubiese con toda su gente y hacer la guerra á estos bárbaros de la manera que ellos la deseaban; y dende á pocos días el General, después de haber andado y visitado por sus Capitanes algunas poblaciones de las comarcanas y sujetas á Tunja, dio la vuelta sobre Duitama, porque aquellos bárbaros, con la presunción que de sí tenían de ser más atrevidos que los demás indios de la provincia de Tunja, y por saber que el señor Tunja estaba preso, salían de sus casas con rústica desvergüenza, las armas en las manos, y corrían las tierras de los indios amigos y leales, haciendo muchos daños en sus personas, pueblos y labranzas y ejecutando en ellos todo género de crueldad. Los leales se quejaban de estos daños que de la gente de Duitama recibían, al General, para que lo reme-

diase y castigase con las armas, pues por respecto de conservar ellos su amistad, recibían tantos daños; é indignado de esto el General y de la desenvoltura con que le habían seguido cuando iba á Sogamoso, tomó consigo la más gente de á pie y de á caballo que pudo y entróse por tierra del señor de Paipa, que es un principal sujeto á Duitama, en cuyas tierras se alojó hasta descubrir y entender bien las celadas que Duitama les tenía puestas; el cual, como ninguna cosa temiese más que el acometer y ofender de los de á caballo, había hecho por los caminos y otras partes por do habían de andar, gran cantidad de hoyos anchos y hondos y dentro puestas muchas estacas y puyas, las puntas arriba, en que los caballos y gente se estacasen y matasen; y para descubrir primero estos hoyos que tánto daño podían hacer, se alojó el General en el valle y tierra de Paipa, que estará apartado de la población de Duitama legua y media, de donde corrían lo que en la comarca había; lo cual sabido por el señor ó Cacique Duitama, por quejas que su súbdito Paipa le había dado, diciendo que los españoles le echaban á perder las labranzas que en aquel valle había, y le comían los maíces y hacían otros muchos daños, envió al General muchos indios cargados de comida y mantenimiento de lo que en aquella tierra había, y le envió á decir que con toda presteza se saliese de la tierra y no hiciese en ella más daños de los hechos en las labranzas y maizales de los indios, si no quería ver la destrucción y ruina suya y de sus compañeros, á los cuales él con las armas en las manos haría que fuesen más bien mirados en tierra ajena y les daría el castigo que su demasiado atrevimiento y porfía temeraria merecía.

El General le envió á decir que hasta entonces él ni su gente no habían hecho ningún notable daño en tierra de Paipa ni en la suya, ni él venía sino á procurar su amistad, con la cual todos los daños de la guerra cesarían ya que reconociese por supremo y universal señor al Rey de Castilla, cuyo vasallo él era, como otros muchos Caciques y principales de aquella Provincia lo habían ya hecho y vivían y estaban contentos de ello, por ser sujetos á un Rey tan poderoso como debía ser y era el de los españoles, el cual tenía á su cargo la

administración de todos ellos, y que haciéndole como él se lo enviaba á rogar, le daría entera satisfacción y paga de cualquier daño que los españoles le hubiesen hecho.

Los indios y mensajeros se volvieron á su Cacique con esta respuesta que el General le dio, y otro día siguiente tomaron por mandado de Duitama adonde los españoles estaban, diciendo que el bárbaro respondía que no se curasen de tántas palabras ni preámbulos, como le habían enviado á decir, los cuales él ni amaba, ni quería oír; mas que luégo sin más dilaciones se saliesen de su territorio, que abreviando y acortando pláticas, dentro de cinco días él sería allí con su gente de guerra y haría con ellos lo que antes les había enviado á decir, pues tan obstinados estaban en quererse hacer señores de lo ajeno. El General, y aun los demás, pareciéndoles, creyendo que no habría efecto lo que el bárbaro Duitama enviaba á decir, le respondió que viniese, que en aquel sitio lo hallaría con su gente. Pero al quinto día Duitama, como hombre que tenía en poco á los enemigos, vino con sus gentes, que serían las que consigo traía más de ocho mil indios puestos en tres escuadrones y con largas lanzas y tiraderas macanas y hondas con que arrojaban reciamente una piedra, y ellos muy embijados y emplumajados, por un llano adelante, de lo cual tuvo aviso el General por una atalaya que en un alto tenía puesta; y de presto ensillaron los caballos que en el alojamiento había, que eran bien pocos, porque los más se habían ido á caza, y estaba tan desproveído de gente, que si los indios fuera gente de obstinado brío, fuera allí la muerte del General y de los que con él estaban.

Los indios se acercaron todo lo que pudieron al alojamiento de los españoles, donde con tanta facilidad fueron rebatidos, cuanto aquí se dirá; porque como un soldado llamado Antonio Bermúdez saliese de su rancho y toldo con su espada y rodela á ver por dó venían los indios, fue á dar con uno de los escuadrones, al cual luégo acudieron el General con otros dos de á caballo, y rompiendo por él, hirieron los que pudieron en la primera arremetida, lo cual visto por los demás indios que en este escuadrón estaban, que eran más de dos mil, comenzaron á abrirse y esparcirse y desamparar la

ordenanza que traían, porque esta cobarde gente, en viendo á uno de sus compañeros herido, luégo les parecía que había de ser aquella propia fortuna la suya, y que si no se apartaban y huían, serían muertos y heridos de la propia suerte. Y asimismo dieron en otro escuadrón de tantos indios el Capitán Céspedes y Gómez de Corral, y fue con la propia facilidad desbaratado; y otros soldados acudieron al tercer escuadrón y lo descompusieron; y en un momento se vio aquel campo lleno de cuerpos muertos, porque como esta canalla de bárbaros era en tánta cantidad y venían tan juntos, por huir caían unos sobre otros y se impedían y estorbaban el volver atrás, y eran alcanzados de los peones y heridos cruelmente, á los cuales amedrentó tanto la ferocidad y presencia de los caballos, que demás de ser ellos pusilánimes de su natural inclinación, les dura hasta hoy este temor.

Habida esta victoria, el General aún no había olvidado ni perdido el deseo que de descubrir y ver aquel gran valle de los llanos de Venezuela que desde Somondoco, do estaban las minas de las esmeraldas, se había visto; porque aunque en aquella sazón envió, como se ha dicho, á Sanmartín á descubrirlo, no le trajo entera relación de ello, y así queriendo ver si por esta de Duitama los podía descubrir, envió gente que lo anduviese y viese; los cuales fueron y pasando por el valle de Zenica, donde tuvieron algunas refriegas con los indios de él, llegaron cerca de la población de Onzaga, otro Cacique y señor que ahora está en el camino que se sigue y lleva á la ciudad de Pamplona, que es cuasi de la propia gente mosca en trajes y vivienda, aunque en la lengua difiere en parte; y viendo los españoles la disposición de tierra que por aquella parte iba, que era de grandes y dobladas sierras y despobladas, aunque rasas, dieron la vuelta adonde su General había quedado en el alojamiento de Paipa.

El Cacique de Duitama, viendo el disparate de su gente, se confederó con el Cacique Sogamoso y juntando ambos sus sujetos venían muy de ordinario á hacer acometimientos á los españoles, teniendo por reparo y fortaleza un pantano que hoy se dice el Pantano de Duitama, que en tiempo de invierno se hace en él un ancho lago, en el cual quedan muchas

islas descubiertas de agua y cubiertas de juncos, y hácese hondable que por partes cubre un hombre, y por parte, para ir á estas islas, se ha de ir el agua á los pechos, y por parecerles á estos dos Caciques lugar muy fuerte, ellos hicieron en las islas del pantano y lago su alojamiento, y de allí enviaban sus indios á que fueran muertos por mano de los españoles, lo cual los indios obedecían y hacían por temer la tiranía de su Cacique, que era muy grande y los oprimían á ellos.

Los españoles, yendo siguiendo los alcances de los indios que desbarataban, fueron á dar en el pantano, donde tenían hecho su alojamiento, al cual procuraron luégo entrar y asaltar, y poniéndolo por la obra, cuasi cubiertos con el agua, entraron en las islas y juncales, haciéndoles los indios toda la resistencia que pudieron. Los dos Caciques principales, en viendo la determinación de los españoles, se salieron por otra parte del lago, el cual, como era ancho y los nuéstros eran pocos, no se pudo guardar por todas partes para defender la salida á los indios, y así tuvieron lugar los principales de irse y no ser presos. Los españoles prendieron mucha gente que en el alojamiento hallaron, y hubieron poco oro de él, porque en otra parte más segura lo tenían guardado los indios, y así se tornaron á Paipa, y viendo cuán indómita estaba toda aquella gente, se volvieron á Tunja, donde había quedado el resto de los españoles.

CAPITULO UNDECIMO

En el cual se escribe cómo el Cacique é indios de Tunja dieron noticia al General Jiménez de Quesada de cuán gran señor era Bogotá, y de las muchas riquezas que poseía, y cómo el General fue por la posta con cierta gente á prenderlo.

En este tiempo el Cacique é indios de Tunja, deseando ver al señor de Bogotá, su contrario y enemigo, y á sus gentes y sujetos en la misma calamidad y ruina que ellos habían padecido, no cesaban de decir al General y á sus Capitanes y soldados lo mucho que perdían en no ir á dar sobre Bogotá y sus gentes, al cual si prendían y sujetaban juntamente con él, habrían una gran suma de oro, porque como señor más

poderoso y tirano y que con más opresión trataba á sus sujetos y los despojaba de sus riquezas, y que pocos días antes había habido particulares victorias de donde asimismo en el despojo de ellas hubo gran cantidad de oro, haciéndole señor de muchas riquezas, y en la verdad no se engañaban, según en la común opinión que hoy hay de aquel Cacique Bogotá, que gobernaba la Provincia cuando en ella entraron los españoles.

El General y los demás españoles, como aún hasta este tiempo les durase la indignación que contra Bogotá tenían, así por la burla que de ellos había hecho cuando en su Provincia estuvieron, prometiéndoles de salir de paz, como por las guazabaras que les dio, fácilmente se determinaron de volver sobre él y usar de toda presteza en el camino, para ver si lo podían haber á las manos, hallándole descuidado, y con su prisión, de más de castigar su bárbaro atrevimiento, conseguir la paz general de aquella Provincia y de sus sujetos, como se había conseguido y alcanzado con la prisión de Tunja, mediante la cual todos los más de sus sujetos se habían pacificado; y así tomando el General Jiménez de Quesada consigo cierta gente de á pie y de á caballo, dejando la demás en guarda del señor Tunja y de sus riquezas, se partió la vía de Bogotá, caminando de noche y de día y haciendo más largas jornadas por abreviar en el camino y ver si podía haber á las manos á Bogotá, el cual en ninguna cosa vivía descuidado, porque tenía ya apercibida la gente de su Provincia y territorio, y mandándoles que en la hora que españoles entrasen por ella hiciesen ahumadas, las cuales se fuesen continuando de pueblo en pueblo hasta que el aviso llegase á él con presteza, y demás de esto teniendo noticia Bogotá de cómo Tunja había sido preso y se le habían tomado sus riquezas y le pedían más, tomó él las suyas y las puso en tan buen cobro por mano de un su Capitán general, hombre muy privado suyo, que hasta hoy no han parecido, con designio de ya que á él le prendiesen, no le despojasen de su ídolo de oro, y por estas causas fue en vano la presteza de que el General usó, porque aunque veinticuatro leguas que hay desde Tunja al pueblo de Bogotá, anduvo en poco tiempo, la mañana que

llegó halló ya alzado al Cacique Bogotá de su pueblo é ídose á la casa que llamaron del monte; y como para ir en su álcance no tenían guías ningunos, alojáronse en el pueblo de Bogotá donde la primera vez se habían alojado, y de allí luégo el General comenzó á enviar algunos indios amigos que le fuesen á hablar y tratar de amistades y confederaciones, dondequiera que estuviesen; y aunque estos mensajeros fueron y apostaron donde Bogotá estaba, la respuesta que les dio fue luégo enviar gentes é indios de guerra para que acometiesen á los españoles é hiciesen todo el daño que en ellos pudiesen, de los cuales prendían algunos los nuéstros, y queriéndolos enviar con mensajes donde su Cacique estaba para ver si podían traerlo á su confederación y amistad, los indios lo rehusaban, diciendo que más querían estarse con los españoles que volver á la presencia de su Cacique, el cual con su cruel tiranía los había luégo de hacer volver con las armas en las manos contra los españoles, donde una vez ú otra habían de ser muertos; pero era tanta la elación y soberbia de este Cacique, que con recibir su gente notables daños de los españoles, no cesaba de embrollar y tener continuamente cercado con sus escuadrones el alojamiento de los españoles, haciéndoles continuos acometimientos, de tal suerte que le fue forzado al General, porque con la continua resistencia no se le cansasen los soldados y caballos, dividir la gente que consigo tenía en tres tercios ó escuadrones, para que por su orden peleasen, teniendo repartidos entre sí el tiempo del día y de las noches; y verdaderamente tuvieron de esta vez puestos en grande riesgo los indios á los españoles, porque demás de ser ellos en muy mucha cantidad, favorecíalos el sitio en que se recogían, que eran unos lagos y pantanos hechos de las inundaciones del río de Bogotá, en medio de las cuales había ciertas islas donde los indios se recogían y desde allí salían á acometer á los españoles, y en siendo por ellos ahuyentados y rebatidos, y yendo siguiéndolos, se recogían en estos lagos, que demás de ser algo hondables, porque daba el agua de ellos á los pechos, eran muy cenagosos y llenos de medaño y tierra, por lo cual los de á caballo, que eran los que desbarataban los indios y los seguían, no osaban entrar

tras de ellos por el lago, porque los caballos no se sumiesen en el cieno y fuesen muertos; y así aunque los indios siempre recibían daño y eran muertos muchos, con recogerse los que quedaban á las islas que en estos lagos había, eran luégo proveídos de socorro de mucha y nueva gente que el señor Bogotá les enviaba para que con aquellos sus bárbaros y continuos acometimientos entretuviesen á los españoles, de suerte que no pudiesen irlos á buscar, amenazando á los indios si les habían de hacer la guerra y se apartaban de donde los españoles estaban, los había de matar y consumir á todos.

Los españoles y su General, viendo que el guerrear llanamente, ni los muchos indios que habían muerto en las guazabaras y reencuentros no habían sido ni eran parte para echar de sobre sí aquella multitud de bárbaros, procuraron de usar de los agudos ardides que suelen; y así un día, habiéndose trabado escaramuza entre ellos y los indios, fingieron estar y ser la victoria de los indios, á fin de apartarlos de los lagos, donde se recogían, y juntamente con esto propusieron de no herir en la canalla de la gente común, sino en aquellas personas que por venir más señaladas en sus trajes y hábitos parecían ser Capitanes y principales. Y como los nuéstros se fuesen retirando y dando á entender á los contrarios que habían recibido daño notable, ellos propusieron de seguirlos, y así apartándose mucha distancia de los lagos, siguieron á los españoles con designio de haber entera victoria de ellos; pero como á los nuéstros les pareciese que estaban bien apartados los indios de su guarida, revolvieron sobre ellos, los cuales, volviendo la espalda, se dieron á huir vergonzosamente; y siguiendo los españoles al alcance no herían más de en aquellas personas que parecían ser principales, y la demás gente pasaban por ella como inútil; y esto les fue de mucho provecho, porque como después la multitud de los bárbaros se tornase á juntar y recoger en los lagos, fueron asimismo allí asaltados de los nuéstros por la parte de la laguna que pareció tener mejor entrada, y faltándoles como les faltaba las cabezas y Capitanes, y no teniendo al presente quien los oprimiese á entretenerse ni defenderse, dieron á huir desamparando de todo punto aquellos sitios donde tánto tiempo se

habían defendido, y así fueron ahuyentados y echados de allí, de tal manera que nunca tan presto volvieron á dar grita á los españoles, los cuales siguieron en sus caballos tan obstinadamente, que aunque eran en gran cantidad los indios que huían, fue grande el número de los que quedaron muertos, y volviéndose de seguir el alcance, vieron los Capitanes Maldonado y Lázaro Fonte estar dos indios escondidos en unas crecidas yerbas ó masiegas, que creyeron ser algunos animales del campo que allí se habían recogido, y llevándolos al alojamiento les fue preguntada la causa de su estada allí, los cuales dijeron ser criados del Cacique y señor Bogotá, el cual los había enviado á que viesen lo que pasaba y sus indios hacían con los españoles, lo cual sabido por el General, procuró saber de ellos en qué lugar estaba alojado ó escondido su señor Bogotá, el uno de los cuales, por ser más viejo y endurecido en su falsa fidelidad, no quiso decir ni declarar cosa alguna, por lo cual fue puesto á cuestión de tormento, atento lo que importaba para la paz universal el ser preso y descubierto Bogotá; y como con obstinación este bárbaro negase y por ello le fuesen arreciados los tormentos, fue miserablemente muerto en ellos; el otro su compañero, que era más mozo, temiendo haber el mismo fin, declaró luégo lo que le preguntaban y ofrecióse de llevar el General y españoles donde Bogotá estaba alojado y retraído; y partiéndose de noche á efectuar lo que tánto deseaban, fue el suceso tan avieso, que cuasi en todo quedaron burlados de la fortuna; porque como caminasen toda la noche hacia la casa del monte donde Bogotá estaba recogido y antes que fuese de día llegasen á ella y la asaltasen, los indios comenzaron á alborotarse y á huir saltando por diversas partes del cercado que allí tenían hecho, y como entre los demás huyese el mismo Bogotá, y por ser obscuro no fuese conocido, fue herido de ciertas heridas de las cuales fue á morir á un arcabuco ó monte pequeño que cerca de allí estaba.

Esta muerte de Bogotá unos la atribuyen que la hicieron y causaron hombres de á caballo que estaban al rededor del cercado, lanceándolo; y otros á un Domínguez, peón y ballestero, diciendo que este Bogotá no estaba en su cercado

y bohíos principales por costumbre de sus mayores que usaban en tiempo de guerra para más seguridad de sus personas estar apartados y fuéra de las casas principales en otras comunes y menos conocidas, y que usando Bogotá de esta antigualla, estaba en este tiempo y sazón fuéra del cercado principal, en un pequeño bohío con ciertas mujeres suyas, donde llegó este soldado Domínguez y lo hirió de las heridas de que murió en efecto. El fue muerto en este asalto, según después pareció, y aunque fue saqueada la casa y alojamiento donde Bogotá estaba, en ella no se halló ninguna notable riqueza, porque como se ha dicho, este Cacique, temiendo su infeliz suceso y en lo que había de venir á parar, la tenía escondida en parte donde nunca más ha parecido, y así el General, como no halló nada de lo que buscaba, dio la vuelta adonde solía estar alojado, en los antiguos cercados de Bogotá, en la cual jornada los indios, no habiendo visto ni entendido la muerte de su Cacique, fueron siguiendo con sus armas á los españoles con pertinacia, procurando damnificarles y hacerles todo el mal que pudiesen, y aunque alguna gente de á caballo iba en la retaguardia para ahuyentar los indios que los seguían, no por eso dejaban de irles dando alcances, aunque recibían harto más daño que hacían, hasta que bajaron al llano, donde los caballos pudieron mejor ser señores del campo, y de todo punto echaron de sí aquella multitud de bárbaros que los seguían.

Llegados el General y sus soldados al viejo alojamiento, se estuvieron en él algunos pocos de días por ver si habría entero efecto lo de la paz que pretendían, en los cuales nunca se pudo conseguir más paz ni conformidad que la de antes, que era lo que los Caciques de Chía, y Suba, y Tunja habían dado al principio y conservado, lo cual visto por el General se volvió otra vez á Tunja, donde había dejado el resto de la gente.

Los indios de Bogotá, después que hallaron muerto su Cacique, le hicieron enterrar con su acostumbrada solemnidad, y lo pusieron con parte de su oro donde no ha sido hasta ahora hallado, aunque dicen que la muerte de este Cacique no fue tan llorada ni sentida de sus sujetos como las de otros

sus antecesores, por respecto de tratarlos tan dura y tiránicamente como los trataba.

CAPITULO DUODECIMO

En el cual se escribe cómo estando en Tunja los españoles, trataron de permanecer en la tierra del Reino; y cómo el General, teniendo noticia de la mucha riqueza que en Neiva había, fue allá con parte de su gente, y lo que en la jornada le sucedió.

Vuelto el General á Tunja, estúvose allí algunos días en ocio y recreación con sus soldados y Capitanes, sin hacer ninguna salida notable, mas de tratar y comunicar sobre lo que harían en la tierra, si se poblarían en ella ó si buscarían salidas para los llanos (ruina y destrucción de cuantos en ellos han entrado) ó si se tornarían á salir; y en efecto, considerada la calidad y condición de la tierra y los muchos naturales que en ella parecía haber, y las buenas muestras de oro y esmeraldas que había dado, á los más no les parecía que era cosa de menospreciar ni tener en poco, sino que la debían poblar y permanecer en ella.

Irresolutos de todo punto en esto, de nuevo nació entre ellos contienda sobre en qué parte de las dos Provincias poblarían, si en Tunja, donde al presente estaban, ó en Bogotá, porque en este tiempo no podían dividirse á poblar dos pueblos, por ser los españoles pocos y los naturales muchos. Aunque en la tierra de Tunja habían habido mucha cantidad de oro, parecíales mejor tierra la de Bogotá, por ser más llana y apacible, de mejor temple y de más naturales, y demás de esto, como aún no tenían noticia de la muerte de Bogotá, parecíales que estando todos juntos y de asiento en su tierra, con las continuas persuasiones que le harían y asechanzas que le pondrían, un día ú otro vendrían á sus manos él y sus riquezas, y se apaciguarían los que por su respecto estuviesen rebeldes; y estando en estas contenciones, dieron nueva al General como adelante de Bogotá, cuasi la vía del Sur, había cierta Provincia de naturales llamada Neiva, en la cual se labraban minas de oro y sacaban de ellas los naturales gran cantidad de este metal y lo poseían en tal manera, que le afirmaban que ultra del mucho oro que los naturales de aquella

Provincia poseían, había en cierto templo ó casa de idolatría un pilar y poste muy grueso y alto, todo de oro macizo, la cual nueva llegó á tan buen tiempo, que no curando perder punto los españoles que estaban en opinión de irse á poblar á tierra de Bogotá, se pusieron luégo en camino y fueron á dar al pueblo de Suesca, que entonces llamaban de Juan Gordo (por la desgraciada muerte que á un soldado de este nombre le dio en él el General), donde se alojaron, y el General determinó dejar allí una parte de la gente española que consigo traía, y con la otra de ir en demanda de la Provincia de Neiva.

En este pueblo el General Jiménez de Quesada, después de la larga prisión en que había tenido al Cacique Tunja, lo soltó y le encomendó la paz y amistad que debía tener con él y con sus soldados si quería vivir en quietud y sosiego, lo cual fue de harto provecho á los españoles, por conservar, como conservó después, perpetua paz y amistad este principal y sus sujetos con los españoles; y hecho esto se partió el General con hasta diez hombres de á caballo y veinte peones, que le pareció harta gente para no más de dar vista á la tierra, si los naturales eran de la condición de los del Reino, y caminando por fríos y diversos páramos y muy trabajosos y aun peligrosos caminos, llegaron á la Provincia de Neiva, donde hallaron ser más la fama y ruido y estruendo que con aquella tierra les habían hecho que no lo que en ella había, y aunque era verdad que en ella se sacaba oro de minas de mucha calidad y quilates, era poco en cantidad y la tierra mal poblada de naturales y algo acompañada de montes y arcabucos, que juntamente con la constelación é influencia de las estrellas y cielo y del sol que arde con gran resplandor, la hacen enferma en tal manera que pocos españoles de los que en ella entraron dejaron de enfermar, é indios moscas que con los españoles iban, de morir.

Esta Provincia está asentada cuasi á los nacimientos del río grande de la Magdalena, que naciendo de sus maternas fuentes y manantiales poco más arriba, pasa con su corriente por medio de esta Provincia, la cual está grado y medio de la línea equinoccial, lo cual es cierto que á muchos anti-

guos pareciera cosa fabulosa decir que en estos grados habitase gente ni estuviese la tierra poblada; pero como he dicho, esta experiencia bien la pagaron los nuéstros con la poca salud que de aquí sacaron.

Había en este valle de Neiva de la una parte y otra del río algunas poblaciones. Los naturales que de esta parte estaban, teniendo noticia de la ida de los españoles, dejaron sus pueblos y se pasaron de la otra parte del río grande, y después que en su tierra vieron al General pasaron algunos á visitarlo, y trajéronle de presente obra de cincuenta libras de oro muy fino y subido en quilates. El General lo recibió alegremente, y como la lengua de esta gente fuese muy diferente de la del Reino, no tuvo con quién hablar á estos indios y preguntarles algunas cosas necesarias á su descubrimiento, y así con solas muestras de buena amistad y algunas cosas de España que les dio, los envió á su tierra de donde habían venido. Procuró el General por mano de los que con él iban, ver si el río arriba iban algunas poblaciones y la disposición de la tierra, y halláronla toda tan desierta y doblada y aparejada para enfermar, que tuvieron por muy mejor dar con brevedad la vuelta, que con esperanza de muchas riquezas detenerse más tiempo allí, porque les acaecía sentarse cuatro ó cinco soldados á comer en una mesa y levantarse todos con muy recias calenturas de ella. La noticia que del pilar y postel de oro se les había dado, era y fue que los indios de aquella tierra en cierto templo suyo tenían un estante y pilar, á quien particularmente hacían veneración por sus supersticiones y vanidad de religión, al cual tenían cubierto con unas grandes chagualas y planchas de batihoja que á los que lo veían daba á entender que todo era oro cuanto relumbraba; y así en esto como en lo demás fueron frustrados los nuéstros de sus designios, porque al tiempo que los indios del pueblo donde este pilar emplanchado y oro estaba, se quisieron ausentar, lo descompusieron y despojaron del oro y se lo llevaron consigo.

Tornáronse á salir del valle de Neiva, á quien por su mala constelación y suceso llamaron el valle de la tristura; el General y los españoles estaban tan enfermos y maltrados y

hospedados de la tierra, que fue necesario confesarlos en el camino y llevarlos con gran cuidado y vigilancia, porque no se les quedasen muertos en vida, hasta que entraron en la tierra fría, donde con el frescor de los sanos aires en breve tiempo recobraron su sanidad.

Vuelto el General al pueblo del Cacique Bogotá, donde ya otras veces había estado alojado, se alojó allí con designio de hacer asiento en la tierra y envió á llamar á su hermano Hernán Pérez de Quesada que con la demás gente había quedado en la Provincia de Suesca; aunque algunos afirman que cuando el General viniendo de Neiva llegó á Bogotá, que ya estaba alojado en el pueblo y bohíos Hernán Pérez de Quesada y los españoles que con él habían quedado, donde se supo de indios que luégo vinieron de paz, muy enteramente la muerte de Bogotá y lo mucho que los naturales, ó los más de ellos, holgaron por verse fuéra del yugo y sujeción de aquel tirano que con tánta severidad los había tratado en catorce años que había gobernado la tierra, como se ha dicho, en el cual tiempo no sólo traía trabajados los indios con sus guerras y bullicios, porque como este bárbaro era tan arrogante é hinchado, pretendía tiranizar toda la tierra y hacerse señor de ella, con lo cual trabajaba demasiadamente á sus sujetos; pero con nuevas imposiciones de tributos que cada día sobre los míseros indios ponía, los despojaba absoluta y disolutamente de todo el oro y esmeraldas que tenían y poseían, dejada aparte otra infinidad de imposiciones que sobre ellos tenía puestas; pero con todo eso, como creo que he dicho, no dejó de ser su entierro celebrado con la solemnidad y ceremonias con que por la costumbre de sus mayores entierran á estos señores Bogotás.

CAPÍTULO DECIMOTERCERO

En el cual se escribe cómo el General tuvo noticia de que un Capitán general de Bogotá, llamado Sagipa, se había alzado con el oro y esmeraldas del Cacique Bogotá que en la casa del monte fue muerto, y cómo procuró de atraerlo á su amistad para haber de él aquella riqueza.

Certificado el General de la muerte de Bogotá por algunos Caciques é indios que se lo decían, parecióle ser cierto

sólo por ver que generalmente los indios de la Provincia de Bogotá le salían de paz y procuraban su amistad, lo cual en vida de su Cacique jamás habían hecho por la opresión en que el bárbaro los tenía, de los cuales el General procuro inquirir y saber lo que se había hecho de las riquezas y oro que Bogotá en el tiempo de su tiranía había juntado y habido, los cuales le dijeron que antes que muriese había dado todo el oro y esmeraldas que tenía á un indio muy privado suyo y que en las cosas del gobierno y de la guerra era como su Teniente y Capitán general; el cual no sólo se había alzado y quedado con todo ello, pero que después de muerto el Cacique Bogotá se había él tiránicamente hecho señor de la tierra, y entrándose en el Cacicazgo que era de Bogotá, no viniéndole de derecho ó por la costumbre que de tiempo antiguo había acerca de la sucesión de aquel Cacicazgo, que era que demás de haber de ser el sucesor hijo de la hermana menor del señor de Bogotá, había de ser primero Cacique de Chía y desde allí había de pasar á serlo de Bogotá, y que en esta sazón á los españoles les era notorio era vivo el Cacique de Chía, á quien de derecho venía el Cacicazgo de Bogotá, el cual desde el principio había sido amigo de los españoles y conservado su amistad hasta este tiempo; y que este privado de Bogotá, que se había alzado con el Estado, demás de no pertenecerle era un hombre tan soberbio y tirano como el muerto Bogotá, y que siempre había seguido sus pisadas y aun temían todos que había de ser más cruel y riguroso que el muerto, por lo cual todos en general aborrecían su gobierno y deseaban verle fuéra de él; lo cual sabido y entendido por el General, procuró y supo el alojamiento de este nuevo tirano que por su propio nombre era llamado Sagipa, y porque no le sucediese con él lo que con Bogotá, no quiso ir á dar en su alojamiento, mas envióle con algunos indios á decir que no estuviese obstinado en seguir la opinión de su antecesor Bogotá, si no quería haber el mismo fin, mas que luégo viniese á la amistad de los españoles y reconociese el vasallaje á su Rey, como era obligado. Estaba fortificado en una alta sierra que cae las vertientes de las tierras de los indios llamados panches. Y asimismo el General entendió en atraer á sí á

los demás Caciques y señores principales de la Provincia porque aunque como se ha dicho, los más estaban de paz, jamás por sus personas habían visitado al General, mas enviábanle con sus indios y sujetos los mantenimientos necesarios y algunos presentes de oro y esmeraldas y aun al principio usaron de una invención graciosa, y fue que como algunos indios salían de paz, el General enviábalos que fuesen á llamar á sus Caciques para verlos, y como los Caciques supiesen que los enviaban á llamar, componían y adornaban de sus trajes y hábitos cacicales, que son algo diferenciados de los que tienen otros indios, á otros de aquellos bárbaros, á los cuales enviaban con título de Cacique adonde el General estaba, con los cuales, en presencia de los españoles, usaban los indios inferiores de las propias ceremonias y veneraciones que si fueran los mismos principales, porque así les era mandado. El General, creyendo que lo fingido era natural, hacía todo regalo á estos falsos Caciques y dábales bonetes y camisas de España y otras cosas con que iban muy contentos, que no poco provecho hacían para que después los señores naturales viniesen de paz, porque como supiesen que el General con algunos de los suyos comenzaba ya á entrar por sus tierras para por fuerza hacerles que hiciesen lo que antes de grado no habían querido hacer, temiendo el mal suceso de Bogotá y de otros muchos que en las guerras que habían principiado fueron muertos, y viendo el buen tratamiento que á los que salían de paz se les hacía, se venían todos á congratular y á ganar por la mano antes que los españoles llegasen á sus alojamientos y rancherías donde se habían retirado, y así con algunas salidas que á diversas partes se hicieron, fueron traídos á la amistad de los españoles todos los más de los Caciques y señores principales, y personalmente venían adonde el General estaba alojado á verle. Los mensajeros que habían ido donde Sagipa, nuevo tirano de Bogotá, estaba alojado y fortalecido, volvieron sin efectuar cosa ninguna porque pretendía seguir las pisadas de su antecesor, y aunque después por muchas veces fue rogado por el General, mediante los mensajeros que le eran enviados, á que viniese en la amistad de los españoles y á reconocer el dominio á su Rey y señor, ja-

más se movió si no fue á hacer el mal y daño que podía, enviando desde lo alto de la sierra donde estaba los indios de su opinión á que hiciesen mal en los que servían á los españoles, y así bajaban tan desvergonzadamente, que muchas veces daban en los indios que andaban á coger yerba para los caballos y los mataban.

El General, vista la rústica desvergüenza de este nuevo tirano, determinó de irlo á buscar á su alojamiento; aunque muchas veces salió de donde estaba con gente á buscarlo, nunca pudo dar con él, porque como este Sagipa había visto que mediante el caminar de noche habían dado en el Cacique Bogotá y lo habían prendido ó muerto, jamás se aseguró en un lugar, mas muchas ó las más noches le acontecía anochecer en una parte y amanecer en otra, y viendo que con esta diligencia y solicitud no lo podía haber, y como ya en este tiempo los más de los Caciques, mediante la buena diligencia de los españoles y de su General, estuviesen en paz, les mandó el General que en ninguna manera favoreciesen á Sagipa, que se intitulaba nuevo Cacique de Bogotá, con comidas, ni lo visitasen, ni en sus casas recibiesen ellos, ni sus sujetos, ninguno de los indios que andaban amotinados y seguían la opinión y rebelión de Sagipa. Fue este precepto del General tan guardado y cumplido por los Caciques é indios amigos, que en pocos días constriñeron al tirano Sagipa á que viniese á convidar al General su amistad, y esto lo hizo tan pesadamente, que después de haberse ofrecido de ser amigo, gastó muchos días en mensajes y préambulos, primero que quisiese venir personalmente adonde los españoles estaban; mas al fin lo hizo constreñido de temor y necesidad, que de una á otra parte le cercaban, y con toda la más de su gente, representando aquella bárbara autoridad y rústico señorío y majestad, vino un día adonde el General estaba, el cual lo recibió con mucha alegría y contento, y dándole algunas cosas de España que entre estos bárbaros son estimadas, y muchas cuentas de valor que entre ellos se usan por moneda, lo despidio diciéndole y amonestándole que si pensaba conservar la amistad de los españoles, que no se volviese á la sierra, si no que habitase en su población y en ella permaneciese. El

Cacique y tirano Sagipa se volvió muy contento con el buen recibimiento que se le había hecho, y dende en adelante por algunos días no dejó de visitar al General personalmente y con mucha familiaridad, sin tener ni dar muestras de ningún resabio, porque jamás el General le habló ni trató del oro de Bogotá, con que se había alzado, porque pretendía primero con prudencia, por halagos y buenas obras, obligar á este tirano á que de su voluntad diese lo que no era suyo ni le pertenecía, pues propiamente era hacienda de Bogotá su antecesor que por su rebelión y obstinada alteración que contra los españoles había tenido en no haber querido dar la obediencia á S. M., aunque le había sido requerido por muchas veces, se entendía haber incurrido en perdimiento de todo ello y pertenecer al Rey ó á los españoles presentes; y por esta vía pretendía el General que este Sagipa le entregase pacíficamente el oro y esmeraldas de Bogotá, dejado aparte que, como se ha dicho, este señorío y cacicazgo de derecho le venía y pertenecía al Cacique de Chía, á quien por su primera paz y conservación de ella tenían obligación de favorecer el General y sus soldados y ampararlo en su cacicazgo; pero todo esto se dejaba para mejor ocasión.

En este tiempo tuvo el Cacique Sagipa necesidad de entrar á hacer guerra en la tierra de los panches, enemigos antiquísimos de la gente mosca, y para entrar más seguro y haber más entera victoria, rogó al General que le fuese á ayudar con su gente, el cual para más obligar á su amistad y á lo que de él pretendía, fue con quince hombres de á caballo y algunos peones en compañía de Sagipa, que llevaba arriba de cinco mil indios de guerra, y entrando por las tierras y poblaciones de los panches, hicieron en ellas todo el daño que pudieron, y después de haber corrido mucha parte de la tierra de los panches, comarcana á la de los moscas, y haberla arruinado toda y muerto muchos indios, se volvieron al valle de Bogotá que llamaban de los Alcázares, y después de haber llegado al alojamiento de los españoles, el General se determinó de hablar á Sagipa para que le entregase el oro y esmeraldas del Cacique Bogotá, su antecesor, y poniendo en efecto su plática, le dijo que bien sabía cómo el señor de Bogotá

era muerto, el cual siempre había estado rebelde contra el servicio de S. M., y en señal de su rebelión y alteración había con continuas guerras perseguido á los españoles, por lo cual tenía perdido el oro y esmeraldas y otra hacienda cualquiera que poseyese, todo lo cual era notorio que él lo tenía y poseía; que le rogaba que pues los españoles habían de permanecer en aquella tierra y á él le era necesaria su amistad, que si quería conservarla le entregase todo el oro y esmeraldas que de Bogotá el muerto tenía en su poder. Sagipa respondió que era verdad que él lo tenía y poseía y que era contento de darlo y entregarlo todo, sin que quedase cosa ninguna, y porque le fue interrogada la cantidad que sería de oro, y el término á que se ofrecía á entregarlo, dijo que el oro que él tenía de Bogotá que había de entregar, sería en tanto cuanto cabía en cierto aposento pequeño que allí estaba y tenía presente, que era muy gran cantidad, y tres escudillas muy grandes llenas de finas esmeraldas, y que lo daría dentro de veinte días, sin que en ella hubiese falta, y todo esto prometía el bárbaro creyendo que lo habían de dejar ir por el oro; pero el General, que ya entendía hasta dónde se extendía la verdad de estos bárbaros, le dijo que para que su palabra se cumpliese y hubiese efecto lo que decía, se quedase aquellos veinte días en el alojamiento, porque si se viese fuéra de él no le pareciese hacer otra cosa, pues era general costumbre entre los indios no guardar ni cumplir su palabra con integridad.

El Cacique y tirano Sagipa dio muestras de no pesarle lo que el General hacía en tenerle allí, respondiendo que él era muy contento de ello, y así luégo envió por sus mujeres y criados y los tuvo allí, sirviéndose con autoridad de Cacique todo el término de los veinte días, y en los cuales nuestro General y españoles se hallaron los más ricos hombres del mundo, considerando las riquezas que Sagipa les había prometido de ponerles en las manos, porque si lo que este bárbaro decía que había de dar, diera y cumpliera, para cada español había un buen quintal de oro y aun dende arriba, sin las esmeraldas, que eran de gran valor; pero los veinte días se pasaron y tras de ellos otros veinte, y por aquí se fueron multi-

plicando y acrecentando los términos y plazos, y con el no cumplir su promesa, comenzó Sagipa á perder de su autoridad y á ser menos bien tratado que de antes, porque pretendió cumplir con solas palabras y aun lo hizo así aunque á su costa; porque pasa de esta manera: que como este bárbaro, ó por no tener lo que había dicho que daría ó por no despojarse de ello, hubiese traído muchos días en palabras y mentiras al General, fue molestado con algunas prisiones, para ver si por esta vía sacarían de él virtud, y como tampoco esto aprovechase, los Capitanes y soldados pusieron acusación al Sagipa ante su General, diciendo que se había alzado con aquel oro y esmeraldas de Bogotá, que por las causas arriba referidas pertenecía al Fisco Real y á ellos; y hechas las informaciones necesarias con los propios indios de la tierra que dijeron todo lo que querían y sabían, fue condenado el pobre preso á cuestión de tormentos para que declarase el oro y esmeraldas de Bogotá, siendo ante todas cosas proveído de curador; y substanciándose el proceso muy judicialmente de suerte que no llevase nulidades, como cosa que tánto importaba, puesto á cuestión de tormento, este miserable dijo que le llevasen los españoles donde él los guiaría y que allí estaba enterrado el oro y lo sacarían todo. Luégo fue sacado de la prisión y encargado á buenos soldados, que con todo recaudo y custodia lo llevasen por donde él los guiase, el cual los llevó por muy ásperas sierras y despeñaderos, de uno de los cuales, como hombre desesperado, se quiso arrojar adonde en poco espacio de tiempo quitara su persona de los temporales tormentos á que estaba condenado y á sus adversarios de congoja y trabajo; pero fue detenido de los que lo llevaban por una cabuya y gruesa soga que por fiador llevaba al pescuezo; y visto que la intención de este Cacique era buscar modos cómo irse de poder de los españoles, muerto ó vivo, lo volvieron á la prisión donde le fueron renovados los tormentos para que declarase dónde tenía el oro; pero como pertinazmente lo negase todo, y por ello se le fuesen agravando las penas, dentro de pocos días murió en la prisión y tormento, sin dar más que la esperanza que al principio había dado, y así fue llevado y sepultado por sus sujetos y parientes,

aunque universalmente todos los indios, como se ha dicho, aborrecían el señorío de este Sagipa por ser tan tirano como Bogotá, y por eso no fue sentido ni llorada su muerte por todos los de las Provincias sujetas á Bogotá, según lo acostumbran hacer en muertes de semejantes señores y Caciques.

CAPITULO DECIMOCUARTO

En el cual se escribe cómo fue repartido entre los españoles todo el oro y esmeraldas que en el Nuevo Reino habían habido, y cómo la ciudad de Santafé fue poblada.

Perdida de todo punto la esperanza de haber el oro y esmeraldas del Cacique Bogotá, el General y sus Capitanes y soldados determinaron que todo el oro y esmeraldas que en las contiendas y sacos pasados se habían habido, se partiese y dividiese conforme al cargo de guerreador que tenían, porque todo el oro que el General y españoles habían habido en este Nuevo Reino, desde que entraron en el valle de La Grita hasta esta sazón y punto, todo se había juntado y traído á montón, sin que ninguna persona osase defraudar un tomín por los grandes temores que el General les tenía puestos con el rigor de sus ordenanzas. Y así hechas las partes, cupo á cada peón á quinientos y veinte pesos, y el jinete ú hombre de á caballo doblado, que llamaron dos partes; y á los Capitanes doblado que á los jinetes, y el General, después de haber sacado el quinto de todo ello para el Rey, lo repartió todo por la orden dicha, entre los Capitanes y soldados, todo lo demás.

En este tiempo ya había tan pocas cosas de las de España en poder de los españoles, que valían á excesivos precios. Todos ó los más andaban vestidos de sayos y capas de mantas de la tierra, hechas de algodón, blancas y coloradas y pintadas de pincel, que las hacía esta gente mosca muy curiosamente. Valía una herradura para herrar los caballos treinta pesos, y un ciento de clavos de herrar ochenta pesos, y salía el caballo herrado de todos cuatro pies en ciento y cincuenta pesos de buen oro, y así muchos tenían por mejor hacer herraduras de oro bajo, que era medio oro, y herrar con ellas

sus caballos, que comprar herraduras de hierro. Un caballo común que se suele llamar matalote, valía y se vendía en mil pesos, y dende arriba; y si era caballo de buenas obras y parecer, valía dos mil pesos, y á este respecto eran los precios de las otras cosas que de España acertaban á haber, que eran bien raras, pues las hechuras de las capas y sayos y gorras que de mantas se hacían, no eran en menos moderadas que los precios de las otras cosas que se vendían; y así se estuvieron nuestros españoles con estos vestidos y trajes de mantas hasta que entró gente del Perú en la tierra con Belalcázar, que por sus dineros les proveyeron de muchas cosas para el ornato de sus personas.

Estando ya resolutos, como atrás queda dicho, el General y sus españoles en que la tierra se poblase y en ella permaneciesen, el General llamó muchos de los Caciques y señores de esta Provincia de Bogotá y les dijo como para su bien y conservación los españoles querían permanecer en la tierra y vivir en ella, y tenían necesidad de un sitio bueno y acomodado en que hiciesen sus casas y moradas; que ellos, si de ello eran contentos, se lo señalasen y diesen de su mano, tal cual convenía. Los principales le dieron por respuesta que se holgaban de que quisiesen permanecer en su tierra los españoles por el bien que de ello se les podía seguir, y que ellos mismos, pues había de ser el sitio para su habitación, lo buscasen, escogiesen y eligiesen en la parte y lugar que mejor les pareciese, que ellos les harían las casas en que viviesen.

El General, esto visto, envió de sus Capitanes y personas principales, por dos vías, á que viesen la tierra que caía dentro del Valle de los Alcázares, dicho ahora de Bogotá, y mirasen con atención el lugar más acomodado para la vivienda de los españoles. Los Capitanes Sanmartín y Gómez del Corral fueron por la parte del valle y serranía que cae hacia los panches, que es al Occidente, y los Capitanes Lebrija y Céspedes fueron por la parte del valle que cae hacia la cordillera y serranía de los llanos de Venezuela que es el Oriente; los cuales vueltos de ver la tierra, les pareció que el mejor sitió para poblar era el donde al presente está la ciudad de Santafé poblada, que en aquella sazón era un lugarejo de indios llama

do Teusaca, que tenía á su cargo un Capitán y principalejo sujeto á Tunja; y las causas por donde de los sitios del Valle de los Alcázares se tuvo por el mejor este de Teusaca era porque demás de estar bastecido de leña, yerba y agua para el servicio y conservación de los españoles, era lugar más corroborado y fortalecido para la defensa de los españoles y conservación de los que en la tierra quedasen; porque ya á esta sazón tenía el General determinado de irse en España á dar cuenta á S. M. de la tierra que había descubierto y de lo que en ella había, y había de llevar consigo sesenta hombres para su seguridad, porque había de salir por el propio camino que había entrado, y llevando toda esta gente eran pocos los españoles que en la tierra quedasen, y tenían necesidad de residir en el lugar acomodado para resistir la furia de los indios si en algún tiempo se rebelasen; y es este sitio un poco alto y algo escombrado y raso, y que de lo alto de la sierra no les podían ofender los indios, ni en ninguna manera se podían aprovechar en él contra los españoles; y por los respectos dichos, se determinaron de que el pueblo se hiciese y fundase en el sitio y lugar que he dicho, y así el General luégo envió al Capitán Gómez de Corral con ciertos soldados, y con ellos los Caciques é indios del valle, los cuales hicieron las casas que fueron necesarias para la habitación y vivienda de los españoles, que fueron bohíos de varas y paja cubiertos, los cuales después por muchos años les sirvieron de moradas, hasta que empezaron á hacer casas de tierra y tapias. Hechas las casas y ranchería, el General se mudó á ellas y allí fundó su pueblo, al cual llamó la ciudad de Santafé, así por ser, como ha dicho, él natural del Reino de Granada, como por estar esta ciudad fundada y asentada á los remates de una ancha y larga vega muy llana y semejante á la en que está fundada la ciudad de Santafé en la de Granada; é hizo sus Alcaldes y Regidores para la administración de las cosas tocantes á la República, y repartió solares é hizo y nombró otros oficiales que en semejantes nuevas fundaciones de pueblos se suelen hacer, y juntamente con esto repartió los naturales de la Provincia de Bogotá á los vecinos y personas que con él estaban que tenían más méritos y calidades en

sus personas, dando á cada un Cacique y Capitán con sus sujetos en depósito y encomienda, para que le diesen el sustento necesario, acerca de lo cual hay poco que tratar aquí, porque en lo que toca á la condición de estas encomiendas de indios y otras circunstancias que les competen, y el mòdo de pagar de tributos, ya lo dejo declarado bastantemente en el primer Libro, sobre el repartimiento que el Gobernador García de Lerma hizo de los naturales de Santa Marta, donde el que lo quisiere ver podrá acudir.

Hechas todas estas cosas por el General, con las cuales le pareció que bastantemente tenía dado asiento en la perpetuidad de la tierra, puso luégo en efecto su camino é ida á España, y dejando en la ciudad de Santafé por justicia mayor á Hernán Pérez de Quesada, su hermano, y encargada la conformidad al pueblo, tan necesaria para su perpetuidad, se partió de la ciudad de Santafé, la vuelta del valle de La Grita, y en el camino acordó volver á Somondoco, entre sí podía haber algunos engastes ricos de esmeraldas de las minas de se sacaban; y dividiendo su gente, envió la una parte con todo el oro que llevaba que le fuese á esperar á la pòblación de un Cacique llamado Tinjacá, que cae en la Provincia de Tunja, y él se fue con la otra parte de la gente á Somondoco y minas de las esmeraldas, adonde se detuvo algunos días, en los cuales la gente y soldados que le estaban esperando en Tinjacá tuvieron noticia cómo adelante de Sogamoso, en cierta Provincia de indios llamados laches, había una casa que por ser tan abundante de riquezas de oro, era llamada la casa del sol, donde muchas gentes moscas se enterraban é iban á idolatrar, de quien adelante daremos más larga relación.

Los españoles á quien esta noticia se había dado, pareciéndoles poco oro el que á España llevaban, acordaron rogar y suplicar al General que dilatase la ida para más adelante, pues la fortuna les ofrecía aquel gran tesoro de la casa del sol, que según los indios le figuraban, eran innumerables; y estimando con este intento y alegre nueva, llegó el General de las minas de las esmeraldas por do había ido, el cual, viendo el designio que todos sus soldados tenían y cuán deseosos estaban de ir á la casa del sol antes que á España, y lo mucho que á ello

lo incitaban con sus ruegos, y que si así era como se decía, le cabría también parte, dio la vuelta á Bogotá para de allí más cómodamente hacer esta jornada, donde se detuvo algunos días, que no fue poca la utilidad que á sus soldados se les siguió de este impedimento y estorbo de no conseguir su ida en España, porque dentro de pocos días entraron en el Reino los Capitanes Belalcázar y Federmann con más de trescientos hombres, los cuales, si en él no hallaran al General Jiménez de Quesada con toda su gente junta, es cierto que despojaran de la posesión en que estaban de los indios y Provincias del Nuevo Reino á los pocos españoles que en la ciudad de Santafé habían quedado poblados, como en el siguiente Libro se tratará.

En este cuarto libro se escribe la entrada de los Capitanes Belalcázar y Federmann en el Nuevo Reino y su ida juntamente con el General Jiménez de Quesada á España; la población de las ciudades de Vélez y Tunja; las jornadas que Hernán Pérez de Quesada hizo en descubrimiento de la casa del sol y del dorado, y el suceso de ellas, y la subida de Jerónimo Lebrón, Gobernador proveído por Santo Domingo al Reino; la jornada que el Capitán Maldonado hizo á los Palenques; la venida del Adelantado D. Alonso Luis de Lugo á Indias, y lo que en el Nuevo Reino hizo, y cómo para que le tomase residencia á él y á otros Gobernadores fue proveído el Licenciado Miguel Díaz Armendáriz, con el suceso de su gobierno, y cómo fue proveída Audiencia de Presidente y Oidores en el Nuevo Reino; y el tiempo en que se asentó; y los Oidores que ha habido en ella hasta este tiempo, con otras muchas cosas y sucesos que ha habido en las ciudades de Santafé, Tunja y Vélez hasta este tiempo, así entre los indios y españoles como los españoles solos entre sí.

LIBRO CUARTO

CAPITULO PRIMERO

En el cual se escribe la salida de los Capitanes Sebastián de Belalcázar y Federmann del Perú y de Venezuela á descubrir tierras nuevas, y cómo vinieron entrambos con su gente en un mismo tiempo á dar en el Nuevo Reino de Granada, después de haber un año que lo había descubierto y estado en él el General Jiménez de Quesada.

A esta Provincia del Nuevo Reino de Granada se vinieron á juntar y salir los Capitanes Federmann y Belalcázar, Tenientes de Gobernadores, que algunos años antes que el General Jiménez de Quesada habían salido con gente espa-

ñola de muy diferentes Provincias, á descubrir nuevas tierras y aun cuasi en demanda de este Nuevo Reino, porque el Capitán Nicolás Federmann, Teniente de Jorge Espira, Gobernador de Venezuela, saliendo de la ciudad de Coro, poblada en la costa del mar del Norte, cuasi en demanda de esta propia tierra, se pasó de la otra parte de la laguna de Maracaibo con designio de seguir un camino que pocos años antes había llevado Miser Ambrosio, Gobernador de la propia Provincia, por el cual había llegado á los términos que ahora tiene la ciudad de Pamplona, que confinan con la gente mosca, donde Miser Ambrosio torció la vía y erró la tierra, como en su historia se cuenta; pero arrepintiéndose de ello, se volvió de las Provincias de Pacabueyes y Valle de Upar con toda su gente á atravesar la laguna de Maracaibo y á seguir su descubrimiento por la vía de los llanos de Venezuela, por donde su Gobernador Jorge Espira había entrado á descubrir; el cual, de industria, erró en el camino, y prolongando las sierras y cordillera de la tierra del Nuevo Reino que caen sobre estos llanos, intentó diversas veces de atravesarlas y nunca pudo, hasta que llegó al paraje del pueblo de Nuestra Señora, donde al presente está poblada la ciudad de San Juan de los Llanos y por hallar por allí mejor y más apacible camino para atravesar la cordillera, se metió por la serranía adelante, y pasando por grandes montañas y sierras y frigidísimos páramos, vino á parar á las tierras de un Cacique mosca sufragáneo á la ciudad de Santafé, llamado Pasca, donde á la sazón estaba el Capitán Lázaro Fonte, á quien por cierto desacato había el General Jiménez de Quesada condenado á cortar la cabeza, y por ruego de todos los españoles le conmutó la sentencia en que estuviese con unos gruesos grillos de hierro á los pies en este pueblo de Pasca, que aún no estaba bien de paz, con rigor y apercibimiento de que si se quitaba los grillos y se le averiguaba se ejecutaría en su persona la pena de muerte. Este Capitán Lázaro Fonte tuvo noticia de los indios naturales, cómo por aquella parte de la cordillera y páramos que caen sobre los llanos entraban españoles ó gentes de la propia suerte que los que en el Reino estaban, y traían caballos y perros; que esta noticia más la daban por señas

que por palabras, porque no había indio en aquel pueblo que supiese hablar la lengua española ó castellana; y entendiendo el Capitán Lázaro Fonte por lo que los indios le daban á entender ser españoles, dio aviso de ello al General Jiménez de Quesada, escribiéndoselo en un pedazo de cuero de venado, que era el papel que entonces se usaba, y la tinta era hecha del betún que llaman bija, que era colorada. El General, recibida la carta, presumió qué fuese lo que en ella venía escrito, compuesto por Lázaro Fonte porque le diese libertad y le mandase venir; mas con estas sospechas no dejó de enviar ciertos españoles que fuesen á certificarse si era verdad que de aquella parte de la sierra venía gente, como se le había escrito, porque al tiempo que Lázaro Fonte dio el aviso, aún no sabía qué gente era ni de do venían, ni qué superior traían, y estando así suspenso el General Jiménez y toda su gente esperando la certidumbre de qué gente fuera la que por los páramos de Pasca entraba, le dieron otra nueva los indios de la tierra, diciendo que de la otra banda del río grande, junto á la Provincia de Neiva, había muchos españoles con caballos y gran cantidad de puercos que fueron los primeros que entraron en el Reino, y aunque de estas cosas no sabían los indios los nombres propios, por señas lo figuraban y daban á entender.

Esta gente que salió á la Provincia de Neiva y después vino á entrar en este Nuevo Reino, por cierto pueblo llamado Tibacuy, era el Capitán Belalcázar, que después fue Adelantado de Popayán, que habiendo salido de las Provincias del Perú por comisión del Gobernador de ellas D. Francisco Pizarro, que después fue Marqués, venía descubriendo nuevas tierras y camino para que por tierra se tractase la Provincia del Perú con la mar del Norte, y cuando llegó á este paraje de Neiva dejaba ya descubierta toda la Gobernación que por él fue dicha de Belalcázar y ahora se dice de Popayán.

El General Jiménez de Quesada, teniendo ya entera noticia de cómo los españoles que por Pasca entraban eran gente de Venezuela, procuró saber asimismo qué gente fue esta otra y cómo venía, porque al tiempo que salió de Santa Marta hubo nueva en aquella ciudad que en Perú se habían amo-

tinado ciertos Capitanes y temía no fuese alguno de ellos que se hubiese metido huyendo la tierra adentro, y para este efecto envió á su hermano Hernán Pérez de Quesada y al Capitán Céspedes con otros doce de á caballo y doce peones, para que viesen y reconociesen la gente que era y le diesen de ello aviso, y asimismo envió al Capitán Pedro Fernández de Valenzuela que fuese con otros ciertos caballeros á recibir á Federmann y á darle la enhorabuena de su llegada y á reconocer la gente que traía, y que procurasen que se juntasen todos y se sometiesen de bajo su dominio y jurisdicción. El Capitán Valenzuela fue á Pasca y vio á Federmann y á su gente, y vio cuán destraídos venían de vestidos y trabajados del camino por respecto de haber sido tan largo, y diose tan buena orden en todo que trajo fácilmente con su discreción y prudencia, que era mucha, á Federmann, y que haría lo que quisiese el General Jiménez de Quesada; y dejando encargada su gente al Capitán Pedro de Limpias, se vino á Santafé, á ver con el General Jiménez, donde fue muy bien recibido y se confederaron los dos Generales muy amigablemente, que fue asegurar un paso hasta peligroso, como luégo se dirá, porque el General y Teniente Federmann, como en aquella sazón la Gobernación de Venezuela era de los Berzares, mercaderes alemanes, pretendió al principio que la tierra del Reino entraba en su Gobernación; pero de todo esto se apartó, como he dicho, con designio y palabra de ser él y su gente amigos del General Jiménez de Quesada, y ser aprovechados todos los que en la tierra hubiese, y así se volvió á Pasca para traer toda su gente á la ciudad de Santafé. Hernán Pérez de Quesada, que había ido á reconocer la gente y españoles que habían llegado á Neiva, pasó el río grande y luégo dio en el rastro de la gente de Belalcázar, por el cual, y por las rancherías y alojamientos que hacían, reconocieron ser mucha gente, y recatadamente lo fueron siguiendo hasta que lo descubrieron en una Provincia llamada la Sabandija, llamada de este nombre por cierta manera de arañas ó mosquitos que en ella se crían, que picando en la carne alzan la roncha y queda en ella gran dolor y escocimiento por tres ó cuatro horas.

Hernán Pérez de Quesada, como descubrió el alojamiento de los de Belalcázar, se encubrió en una pequeña montaña con la gente que con él iba, hasta ver si podían haber alguna persona de los de Belalcázar, de quien se informase y supiese lo que pretendía, y para este efecto envió seis peones por la aldea del monte que se pusiesen en salto, en parte donde hubiese algún español ó indio ladino desmandado. Los seis soldados fueron á dar á un río que pasaba por el alojamiento de los de Belalcázar, donde hallaron tres soldados pescando y prendieron los dos y el otro se les fue por pies, los cuales trajeron donde Hernán Pérez estaba, y de ellos se informó quiénes y cuántos eran y el Capitán que traían y la derrota que llevaban, que era descubrir hasta la mar del Norte, á los cuales Hernán Pérez dijo asimismo por quién eran enviados y dónde estaban y la tierra que tenían descubierta, y cómo no había salido de Santafé más de avisarles que iban perdidos, y con esto los soltó y envió á su alojamiento, el cual hallaron muy alborotado y puesto en arma, con la nueva que el soldado que se huyó en la pesquería les había dado; y sabida la realidad de la verdad por Pedro de Puelles, que por ausencia de Belalcázar tenía á su cargo la gente que allí estaba, porque en esta sazón había ido el General Belalcázar á descubrir con gente, fue asegurado y para más se asegurar envió dos hidalgos de los principales del campo, el uno llamado Juan Cabrera y el otro el Capitán Melchor de Valdés, á que hablasen á Hernán Pérez de Quesada y á los que con él estaban y le saludasen y asegurasen de su parte que podían ir sin recelo ninguno á su alojamiento y holgarse con ellos algunas días. Hernán Pérez de Quesada lo hizo así y fue bien recibido de Pedro de Puelles y de los que con él estaban, y aquella misma noche vino el General Belalcázar á su alojamiento, llamado de su Alcalde mayor Pedro de Puelles, y el día siguiente, después de haber oído misa se trataron y comunicaron muy familiarmente, y Hernán Pérez de Quesada fingió haber sido enviado por su hermano el General á avisar á Belalcázar que no se metiese en descubrir por aquella vía la mar del Norte, que se perdería, por haber en su compañía personas que habían andado aquella tierra y visto su maleza y espesu-

ra de montañas. Belalcázar se lo agradeció y le ofreció á él y otras personas principales que en su compañía iban, que recibiesen de él algunas dádivas, como eran ropas de vestir, porque en su hábito daban á entender la necesidad que de ellas tenían, porque iban todos vestidos de ropa de algodón por defecto de no tener otra cosa, y así los soldados de Belalcázar burlaban de los vestidos y hábitos que llevaban los de Jiménez; porque como ellos habían salido del Perú, tierra muy rica y próspera, iban bien pertrechados de todo lo necesario de cosas de España para el ornato de sus personas, como eran ricos vestidos de sedas y finos paños, vajillas de plata, cotas de malla y gran servicio de indios del Perú, y mucha cantidad de puercos para su sustento, y en todo hacían grande ostentación y muestra de no padecer ninguna necesidad; y como he dicho, Hernán Pérez y los que con él iban, si no eran los caballos y sus personas, espadas y hierros de lanzas, otra cosa no podían decir que llevaban, ni tenían de España; y con toda esta necesidad jamás pudieron abatir á los del Reino que recibiesen de ellos alguna cosa de las muchas que les ofrecían, y concluyendo en todo Hernán Pérez de Quesada, recibió palabra y fe de Belalcázar que no pasaría del río grande hacia el Reino, pues le contaba que juntamente el General Jiménez y su gente poseían aquella tierra, y con esto se volvió muy contento á Santafé, donde su hermano estaba, y le dió entera relación de todo lo que pasaba; pero Belalcázar no pudo cumplir su palabra, porque fue forzado á quebrantarla por sus soldados, que tuvieron deseo de ver qué tierra era el Reino, en la cual pretendían permanecer los del General Jiménez de Quesada, y así pasando luégo el río grande se vino con su gente á alojar en un pueblo de indios moscas de la Provincia de Bogotá llamado Tibacuy, donde tuvo noticia de cómo la gente de Federmann estaba en Pasca alojada; y á esta sazón había ido el mismo Federmann, según he dicho, á Santafé á verse con el General Jiménez. Belalcázar, sabida esta nueva y habiéndole parecido bien á él y á sus soldados la tierra donde estaba y principio que de ella habían visto, deseando apoderarse en ella, escribió una carta á Federmann induciéndole que entrambos juntasen su gente, que eran cada ciento y se-

senta hombres, y apoderándose de toda la tierrra del Reino, echasen de ella al General Jiménez de Quesada. Esta carta llegó á poder de Pedro de Limpias, á quien con su gente había dejado Federmann, el cual se holgó mucho de ella y deseó que lo que Belalcázar escribía se efectuase; pero como Federmann estuviese ya, segúnse ha dicho, confederado con el General Jiménez y fuese hombre de pundonor y amigo de cumplir su palabra, no se curó de lo que Belalcázar le escribía ni de lo que su Capitán Limpias deseaba; y así tomó toda su gente y se fue la vuelta de Santafé, donde le fue hecho á toda su gente muy buen recibimiento, saliendo todos los de la ciudad en orden de guerra fuéra de ella á recibirlos, para más obligarlos á su amistad; en este ínterin supo el General Jiménez de Quesada cómo Belalcázar, contra lo que había prometido, se había entrado por la tierra del Reino y estaba alojado en Tibacuy, adonde le envió á decir con el Capitán Céspedes y otras personas principales, que porqué iba contra lo que había prometido y que se debía abstener de no pasar adelante por la tierra que él tenía ya conquistada y pacificada, si no quería inventar y ser causa de discordias nuevas. Céspedes llegó á Tibacuy y dio relación de su embajada á Belalcázar, el cual pretendía ser suya la Gobernación del Reino por cierta cédula que la Princesa le había dado para que descubriese y fuese Gobernador de lo que había entre la mar del Sur y la del Norte, de tal parte á tal parte.

Belalcázar, sabido cómo Federmann se había juntado con su gente al General Jiménez de Quesada, perdió de todo punto la esperanza que tenía de apoderarse en la tierra del Nuevo Reino, y así se entretuvo en Tibacuy algunos días con mensajes que de una parte á otra iban, hasta que ordenaron de que él y el General Jiménez se viesen y hablasen, el cual, dejando su gente alojada en Tibacuy, se fue con quince hombres de á caballo á la ciudad de Santafé, donde juntándose todos tres Generales y Tenientes de Gobernadores, trataron en dar orden en lo que convenía para la paz y quietud de los españoles y perpetuidad de la tierra. La gente y soldados de Belalcázar, como venían del Perú, donde siempre se deseaban novedades, siguieron luégo tras de su General, y cuando no

pensaron, supieron en Santafé cómo estaban á dos leguas de allí, en un pueblo de indios llamado Bosas, adonde les llegó, mandado de su General Belalcázar, que se alojasen y de allí no pasasen hasta que se lo mandase.

Los tres Generales, tratando en sus confederaciones, concertaron que por la pretensión que cada uno decía tener á la tierra del Nuevo Reino, que la gente de Federmann quedase en ella como más pacífica con la del General Jiménez, y que de los de Belalcázar, como gente más briosa, solamente quedasen cuarenta hombres, á los cuales Jiménez diese de comer, y el resto de la gente fuese con el Capitán Juan Cabrera á poblar la tierra que atrás dejaba Belalcázar descubierta, y todos estos soldados que en el Reino habían de quedar, quedaban debajo de la jurisdicción de la justicia que por mano del General Jiménez de Quesada les fuese puesta, donde poblando otros pueblos serían todos aprovechados y remediados, y que las tres cabezas se fuesen juntos á España á dar cuenta al Rey de lo que había y pretendían, donde S. M. haría lo que fuese justicia; y con este acuerdo los dos Capitanes Belalcázar y Federmann vendieron lo que traían, de que cada uno hubo quince ó veinte mil pesos, y juntando sus gentes estuvieron cierto tiempo todos debajo de la jurisdicción y dominio del General Jiménez de Quesada, en tanto que los bergantines en que habían de navegar el río abajo, se hacían.

CAPITULO SEGUNDO

En el cual se escribe cómo el General Jiménez de Quesada mandó hacer bergantines para en que él y los demás Capitanes se fuesen el río abajo á Cartagena, y cómo el Belalcázar tornó á intentar de quedarse con la tierra.

Hecho el concierto referido entre los tres Capitanes, Jiménez de Quesada luégo propuso ponerlo por la obra, para el cual objeto envió al Capitán Albarracín con gente á una Provincia y pueblo llamado Guataquí, que es en la Provincia de los panches, cerca de donde después se pobló la ciudad de Tocaima, porque por esta Provincia y pueblo de Guataquí pasa el río grande de la Magdalena, que teniendo sus nacimientos arriba de las Provincias de Neiva se junta con las aguas que

manan y corren de las Provincias de Bogotá y hacen un caudaloso río llamado el río de Bogotá, que es otro ramo y nacimiento del río grande. Estos dos ríos se juntan ocho leguas antes de esta Provincia de Guataquí, y cuando vienen á pasar por ella juntos, son ya tan caudalosos y van tan llanos que se puede navegar por ellos. De estos dos ríos, que son exordio y principio de este río grande, trataremos más particularmente adelante.

En tanto que el Capitán Albarracín con la gente que se había dado se entretenía haciendo los bergantines, los tres Generales se estaban en la ciudad de Santafé cada cual entre sus amigos y conocidos procurando el más oro que podía para España y procurando pacificar por mano del General Jiménez de Quesada, en quien había quedado la administración de la Justicia, como antes se la tenía, la tierra de Bogotá, porque con la mucha gente española que á la Provincia había ocurrido en tan breve tiempo, intentaron los indios novedades por no poderlos sustentar, á fin de que con la falta de la comida se fuesen de la tierra, y el nuevo señor de Bogotá que al tirano Sagipa había sucedido, asimismo se había rebelado y recogido con toda su gente á una Provincia llamada Tena, y en cierto sitio acomodado para ello se había fortalecido y recogido con toda su gente, desamparando de todo punto sus pueblos. El General Belalcázar envió á su Capitán Juan Cabrera con toda la más de su gente que se fuese la vuelta de Neiva y por allí se entretuviese hasta ver si él les enviaba á llamar, porque Belalcázar, como era hombre de mucho brío y ambicioso, deseaba con grande instancia quedar con el Gobierno del Reino, y ayudaban á esta su natural condición é inclinación algunos soldados de los del General Federmann, que deseaban que hubiese novedades, y á ello incitaba mucho el haber el General Jiménez de Quesada tratado de dejar por su Teniente y por Justicia mayor en el Reino á Hernán Pérez de Quesada, su hermano, al cual muchos soldados, por sus particulares pasiones, tenían por indigno é incapaz del cargo y quisieran que quedara con él uno de los tres Generales; y como en el General Belalcázar veían muestras y apariencias de ser y estar aficionado á la tierra y desear el Gobierno de

ella, no faltó quien trató con él lo que muchos soldados deseaban y tenían en voluntad, aborreciendo, como he dicho, el gobierno de Hernán Pérez.

Belalcázar, como hallase este aparejo y se le diese esta noticia, trató y concertó que porque de intentar su quedada en el Reino si se intentaba, como algunos querían, en la ciudad de Santafé, donde á la sazón residían, podía seguirse algún perjudicial tumulto y alboroto por estar el General Federmann y los más de sus soldados de la parcialidad y opinión del General Jiménez de Quesada, y todos juntos en Santafé, que debían dilatar el negocio para el tiempo de él embarcar en Guataquí, donde el Capitán Pedro de Limpias, que con más instancia deseaba este negocio, llegaría con amigos suyos y fingiendo que forzaban á Belalcázar á que se quedase en la tierra, echarían mano de él y lo retendrían por fuerza y harían que los otros dos Generales prosiguiesen su viaje; y con este trato y resolución llegó el tiempo en que los bergantines de todo punto se acabaron é hicieron, en el cual el General Jiménez de Quesada procuró asimismo dar asiento en todo lo que en la tierra se había de hacer; ordenó que luégo que él se fuese el río abajo se poblasen otros dos pueblos de españoles en los términos del Reino, que es la gente mosca, y que el uno fuese á poblar el Capitán Gonzalo Suárez Rondón en la tierra del Cacique y señor de Tunja, y el otro fuese á poblar el Capitán Martín Galeano en tierra del señor de Chipatá, que es una Provincia cercana al Valle de La Grita por donde entró el mismo General y su gente cuando entró en este Nuevo Reino; y juntamente con esto repartió los naturales que en estas dos Provincias había en los que las habían de ir á poblar, y dejando recibido por el Cabildo de Santafé y por toda la demás gente que en el Reino había, de quedar por Teniente General y Justicia mayor á su hermano Hernán Pérez de Quesada, así de la ciudad de Santafé como de los demás pueblos que se poblasen, se fue á embarcar con los otros dos Generales y otras muchas personas principales que habían habido cantidad de oro, con que podían vivir muy holgada y descansadamente en su tierra.

A esta sazón había salido de la ciudad de Santafé el Capi-

tán Pedro de Limpias con gente á echar fuéra del valle de Tena al señor de Bogotá, que como se ha dicho estaba allí recogido con mucha gente por no venir á los españoles, y como con su gente entrase Limpias en este valle, toda la gente mosca que por allí estaba esparcida se recogió á la mesa y sitio donde estaba fortalecido el Cacique Bogotá, donde se vinieron á recoger más de cinco mil indios. Los españoles determinaron de asaltar el lugar donde estaba Bogotá recogido y echar fuéra de él toda la gente mosca, para que se fuesen á sus pueblos, lo cual intentaron una madrugada poniéndose á subir por una cuesta arriba muy derecha y áspera y de muy gran riesgo para ellos. Los indios, como pretendían defenderse, estaban á punto de guerra y tenían puestas en el cantón del sitio de su alojamiento gran cantidad de piedras para arrojar á los españoles si quisiesen subir, lo cual pusieron en efecto luégo que los sintieron marchar la cuesta arriba hacia su alojamiento, contra los cuales derribaron el número de las piedras que tenían juntas que no debían de ser pocas ni muy pequeñas, y de esta manera de ofensa y defensa llamaban los españoles galgas; y como las galgas y piedras se les acabaron y viesen que los españoles subían, el señor de Bogotá y otros Caciques y principales que con él estaban mandaron á los indios, porque los españoles fuesen detenidos y ellos tuviesen lugar de huir, que arrojasen sobre ellos grandes líos de mantas y todas las vasijas y baratijas que tuviesen, lo cual hicieron los indios con gran presteza y diligencia con que entretuvieron harto tiempo á los nuéstros, de suerte que tuvieron lugar de irse todos los principales y la mayor parte del mujeriego y gente menuda con el oro y piedras esmeraldas que allí tenían recogido. Finalmente los españoles subieron y entraron por fuerza al alojamiento y arruinaron y ahuyentaron la más de la gente que en él estaba, que se arrojaban por grandes despeñaderos donde se mataban y hacían pedazos, sin otros muchos que por las espadas se metían y allí morían, y en este asalto y desbarate recibieron tal estrago los indios y quedaron tan atemorizados, que nunca más este Bogotá y su gente se tornó á inquietar ni rebelar por trabajos que les ocurriesen.

Concluso esto, Pedro de Limpias, como ya sabía la ida de los Generales á Guataquí á embarcarse, con los más de sus amigos se fue al astillero donde los bergantines estaban, donde ya el General Jiménez de Quesada había sido avisado del designio de Belalcázar y de Pedro de Limpias y de los demás de su opinión, por lo cual con toda presteza envió á llamar á su hermano Hernán Pérez que había quedado en Santafé con el gobierno de la tierra, mandóle que viniese donde él estaba, acompañado de los más amigos que pudiese. Hízolo así Hernán Pérez como su hermano el General lo envió á mandar, y cuando Limpias llegó halló ya fortalecido á Jiménez con el favor de su hermano y amigos, y siendo frustrado de sus designios, fue preso por el General Jiménez de Quesada, y con su prisión se sosegó todo lo que estaba ordenado, y pacíficamente se embarcaron los tres Generales en dos bergantines que se habían hecho, con todo lo demás del oro que en toda la Provincia del Nuevo Reino se había habido, y se fueron á Cartagena, porque el General Jiménez de Quesada, pretendiendo ganar buenas y gratificatorias albricias de S. M. por la tierra que había descubierto, no quiso ir por Santa Marta, temiendo que no estuviese en ella el Adelantado de Canaria ó su mandato, y le tomasen cuenta de todo lo que había hecho y descubierto, y de Cartagena se embarcaron todos tres Generales y muchos otros españoles de los que en su compañía iban, y se fueron la vuelta de España, donde llegaron en salvamento y dieron cuenta al Rey y Emperador de á lo que iban.

CAPITULO TERCERO

En que se escribe cómo Hernán Pérez de Quesada salió con gente en descubrimiento de la casa del sol, y pasando por las Provincias de los laches, llegó á las Provincias de los chitareros, donde ahora está poblada la ciudad de Pamplona.

Hernán Pérez de Quesada se quedó con el Gobierno de la tierra pacíficamente, porque como los que aborrecían su gobierno viesen que sus designios habían sido descubiertos y por eso frustrados y sus Capitanes Limpias y Belalcázar llevados el río abajo, todos se sosegaron y reposaron quitando

de sí todo sedicioso deseo de inquietudes y alborotos, y así dende adelante toda la gente española vivió muy conforme y procuraron conservar á Hernán Pérez en el gobierno de la tierra, como por obra después lo pusieron cuando viniendo Jerónimo Lebrón por Gobernador proveído de la Audiencia de Santo Domingo, no lo quisieron recibir, como adelante más largo se tratará.

Según atrás en el pasado Libro queda dicho, el volverse el General Jiménez de Quesada del camino que para España llevaba la primera vez, fue causa la noticia que le dieron de la casa del sol donde se decía haber tánta cantidad de oro, pues como su hermano Hernán Pérez de Quesada y todos los demás que en la ciudad de Santafé habían quedado, quedasen tan faltos de oro por haberlo dado todo á los Generales y á otras personas que á España iban con ellos, determinaron ante todas cosas de ir en demanda y descubrimiento de esta casa del sol; y así Hernán Pérez de Quesada, dejando en Santafé á los Capitanes Gonzalo Suárez y Martín Galeano, que habían de ir á poblar las dos Provincias de Tunja y Chipatá, con los que habían de ir con ellos á las poblazones según lo dejó ordenado el General Jiménez de Quesada, él se fue con ciento y tantos hombres, con título de Capitán General, llevando consigo á los Capitanes Céspedes, Rivera y Martínez, y atravesando por la Provincia de Tunja, sin que en ella estuviese fundado el pueblo de españoles, y por las tierras y poblaciones del Cacique y señor de Sogamoso, fue á salir á las Provincias de los laches, que están puestas en tierras por la mayor parte muy frías, de la otra banda del río que los españoles llaman de Sogamoso, y otros de Chicamoche, y otros de Serrano, que entra en el río grande de la Magdalena por más abajo del pueblo de La Tora.

Esta gente lache, así en personas como en trajes, lengua y habla y supersticiones de religión, es muy diferente de la gente del Reino llamada moscas. El primer pueblo de esta Provincia de los laches donde los españoles llegaron fue uno llamado Uva, cuyos moradores salieron de sus casas con las armas en las manos, que son muy largas lanzas de palma, á resistir y rebatir los españoles que por sus casas se entraban,

que serían hasta cuarenta hombres que iban de vanguardia, los cuales unos con otros anduvieron un buen rato porfiando con las armas los unos por entrar, los otros por defender sus casas; pero fueron los indios laches de este pueblo echados por los españoles, los cuales se alojaron en aquel día en sus casas, que eran las paredes de piedra aunque toscamente hechas, y las cubiertas y techos de paja. Los indios de Uva se recogieron al pueblo de Chita, que cerca de allí estaba, donde incitaron é indignaron á los naturales de él y de otros pueblos comarcanos á que tomasen las armas contra los españoles, que habían de pasar forzosamente por sus poblaciones, los cuales lo hicieron así y se juntaron más de dos mil indios con largas lanzas y macanas adornadas de una manera de estandartes hechos de plumas de guacamayas y papagayos y otros pájaros de colores, y otras de una pajuela delgada que desde lejos parecen bien y lucen mucho; y como otro día saliesen los españoles del pueblo de Uva y marchasen para el de Chita, dieron en un río de aqueste mesmo pueblo llamado el río de Uva, donde fueron detenidos por la gran creciente del río que no pudieron pasar con la brevedad que se requería, y así Hernán Pérez de Quesada con los que al principio pudieron pasar, que serían setenta hombres, caminó hacia el pueblo de Chita, de donde ya los indios habían salido divididos en tres escuadrones á recibir á los españoles en el camino, teniendo gran confianza en su gran número y en sus crecidas y grandes lanzas de palo. Hernán Pérez de Quesada descubrió los indios y vio los muchos que eran; quisiera retirarse á alguna parte hasta que el resto de su gente llegase, por no poner en condición la victoria, porque esta gente lache habían dado en el recuentro de atrás muestra de gente más belicosa y briosa que los moscas, y demás de esto hacían gran ventaja á los moscas así en la grandeza y disposición de cuerpos como en las armas, que era muy más peligrosas y largas que las que los moscas usaban. Pero los indios no dieron á Hernán Pérez lugar para que hiciese lo que quería y pretendía, porque como vieron los españoles, luégo se vinieron acercando á ellos con paso largo y les fue forzoso á Hernán Pérez y á los que con él estaban esperarlos y acometerlos por no perder nada de su reputa-

ción; la resolución de esto fue que desde que los indios se acercaron á los españoles se detuvieron y reposaron hasta que rompiendo por ellos los de á caballo fueron movidos á pelear, y meneando sus toscas lanzas y macanas de palo, procuraban hacer daño á los nuéstros, pero ninguna cosa les dañaron y ellos recibían en sus desnudos cuerpos grandes lanzadas de la gente de á caballo y heridas de los peones, de que morían y caían en el suelo muchos, lo cual les hizo perder el brío que traían y aflojar en el pelear, y así recibir más daño, que les constriñó á volver en poco tiempo las espaldas y darse á huir después de dejar caídos y muertos mucha parte de los que vinieron á travar la pelea. Los españoles se alojaron aquel día en el pueblo de Chita, y el siguiente marcharon adelante y fueron á dar al pueblo del Cocuy, que tendría ochocientas casas de morada, cuyos moradores se habían ausentado y desamparado el pueblo por haberse hallado parte de ellos en la guazabara el día antes, algunos de los cuales fueron conocidos por las señales y heridas que de la pelea sacaron, siendo después tomados en algunas partes donde estaban escondidos con sus mujeres é hijos.

Del pueblo del Cocuy pasaron adelante por los pueblos de Panqueva y Guacamayas y de Nuestra Señora y de los Azores, hasta llegar al Valle de los Cercados, que es lo que ahora se dice valle de Tequia, gente asimismo diferente en lengua y trajes de los laches. Llamóse este Valle de los Cercados, porque en él tenían los indios principales sus casas cercadas de grandes cercados de palos y cañas y carrizos y otras ramas de árboles, todo muy tejido y tupido.

En estas poblaciones se juntaron hasta quinientos indios y esperaron al Capitán Martínez que iba adelante á descubrir con treinta hombres; los cuales, aunque salieron bien pertrechados de lanzas, flechas y tiraderas, fueron con mucha facilidad desbaratados y ahuyentados de los nuéstros, porque á los primeros que vieron derribar y matar no curaron de esperar á recibir más daño en sus personas, antes quedaron tan atemorizados, que en cuanto tuvo la gente de aquesta nación y lengua, ellos mismos, desamparando sus casas, les pegaban fuego y las quemaban antes que los españoles llegasen á ellas.

Y pasando adelante fueron á dar á unos pueblos de indios que ahora sirven á Pamplona, llamados Cámara y Mogotocoro, donde hallaron ciertos pedazos de cadenas de hierro y dos ollas de cobre y otras insignias de haber andado españoles por allí como actualmente pasaba así, porque el Gobernador Miser Ambrosio, que salió á descubrir de la ciudad de Coro y Gobernación de Venezuela el año antes de mil y quinientos y veinte y nueve, pasando la laguna de Maracaibo, donde estuvo algún tiempo, vino á dar á las Provincias de Tamalameque, y de allí se metió la tierra adentro y caminó hasta que llegó á este pueblo de Cámara y Provincias donde está poblada Pamplona, donde murió y fue enterrado en el valle que por él fue dicho de Miser Ambrosio y hoy se llama de Chinácota, según en su historia más largamente se escribe.

Hernán Pérez y los demás, aunque entre ellos iban soldados de los que habían andado con Miser Ambrosio, no reconocieron luégo la tierra, hasta que metiéndose más por ella, pasaron por entre muchas poblaciones de indios cuyos naturales procuraban ofender á los nuéstros como lo habían hecho á la gente de Miser Ambrosio; pero de que llegaron á este valle de Miser Ambrosio, los soldados que con Hernán Pérez iban que se habían hallado en la muerte de Miser Ambrosio, reconocieron claramente el valle y dieron noticia de la poca población que de allí para abajo había y cuán cerca estaban de la laguna de Maracaibo, y así dieron la vuelta por el propio camino por do habían entrado, y al tiempo que los españoles se tornaban á salir de estas Provincias de Pamplona se juntaron más de mil indios de ellos y con sus armas siguieron algunos días la retaguardia de los españoles, y aunque no les mataron ningún soldado, todavía les causaron inquietud y demasiado cuidado por seguirla tan obstinadamente; hirieron algunos caballos y algunos perros de ayuda, pero como no tenían yerba no murió ninguno. Llegados á la Provincia de Tequia y de los Cercados, Hernán Pérez tuvo noticia cierta de cómo dejaba atrás la casa del sol, en el paraje de los pueblos del Cocuy, tras de una cordillera alta y de grandes páramos que allí se hacía á las vertientes de los llanos. Hernán Pérez acordó volver á buscarla, pero temiendo que en el Reino

hubiese con su larga ausencia algunas novedades, envió á buscar la noticia de la casa del sol al Capitán Céspedes con la mitad de la gente, y él con la otra mitad se vino á Tunja por la vía de ciertos pueblos de indios moscas llamados Chicamocha y Onzaga y otros que por este camino hay, que fuesen á salir á Tunja.

En este tiempo que Hernán Pérez de Quesada anduvo en este descubrimiento que he dicho, los Capitanes Suárez y Galeano salieron á poblar los dos pueblos con la gente que les fue señalada al principio, y el Capitán Suárez pobló su pueblo en la Provincia de Tunja en el propio sitio donde estaban los cercados y población del Cacique Tuuja al tiempo que el General Jiménez lo prendió y quitó el oro, al cual llamó la ciudad de Málaga, por ser él natural de este pueblo en España; y como este Cacique Tunja era tan afamado y nombrado y el pueblo se fundó en su propia población, vino á ser tan poderoso el tiempo y el vulgo, el cual jamás llaman á este pueblo sino Tunja, que perdió el nombre de Málaga y se quedó con el de Tunja, y así es hoy llamada la ciudad de Tunja.

El Capitán Galeano pasó á la Provincia de Chipatá y en ella pobló el pueblo que le fue mandado, el cual llaman la ciudad de Vélez, y con este apellido se quedó hasta este tiempo, aunque los indios por respeto de estar poblada en la Provincia de Chipatá nunca la llaman á esta ciudad sino Chipatá y á Santafé Bogotá, por estar asimismo poblada en la Provincia de Bogotá.

CAPITULO CUARTO

En que se escribe la falta de mantenimiento que en Santafé hubo y la causa de ello, y cómo por haber quedado en ella poca gente española se quisieron rebelar los naturales, y fue atajada y castigada su rebelión.

Salidos de la ciudad de Santafé los Capitanes Suárez y Galeano con su gente á poblar los pueblos dichos, quedó muy poca gente en ella y por Justicia el Capitán Juan Tafur, que á la sazón era Alcalde ordinario, que es el más preeminente cargo que en la República se suele dar, el cual por conservar la paz de los indios moscas de la Provincia de Bogotá, procu-

ró no hacerles daño ninguno en sus comidas, que era el mayor que en esta sazón podían recibir; y como los españoles aun hasta este tiempo no se hubiesen dado á labrar ni sembrar sino siempre se sustentasen de lo que los indios sembraban y cogían para su sustento, tenían por este respecto puestos en gran trabajo y necesidad á las naturales moscas de esta Provincia de Bogotá, y á esta causa también los españoles eran necesitados á buscar maíz para sustentarse, y por excusar y relevar de trabajo á estos naturales, el Capitán Juan Tafur hacía que fuesen por ello á las Provincias de los panches, donde había grande abundancia de maíz por ser la tierra tan fértil y fructífera; y traído que era al pueblo el maíz, era por el Capitán repartido entre todos los vecinos conforme á lo que cada uno había menester, y con este trabajo se sustentaron muchos días y meses, y por ser la gente y naturales de los panches tan belicosa y osada, le era y fue necesario al Capitán Juan Tafur enviar todos los españoles á que hiciesen alto á los indios que habían de traer el maíz, y él se quedaba en el pueblo con sólo ocho compañeros, de donde vinieron algunos Caciques y principales moscas de la Provincia de Bogotá á quererse rebelar y dar sobre la gente poca que en el pueblo quedaba, lo cual no fue tan oculto que no tuviese de ello noticia el Capitán Juan Tafur, y haciendo prender los Caciques y principales que trataban de esta rebelión y alteración, y averiguado el delito bastantemente, hizo justicia de algunos de ellos, con que se aseguraron los demás y dende en adelante no trataron de hacer cosa indebida, y los españoles se sustentaron con este trabajo hasta que dieron en que los indios les hiciesen particulares sementeras y labranzas para su sustento.

Los Capitanes Hernán Pérez de Quesada y Céspedes siguieron sus derrotas y jornadas por sus diferentes caminos á salir á Tunja, aunque llegado el Capitán Céspedes á la Provincia del Cocuy procuró saber de la casa del sol y allí halló guías que le guiaron á ella, la cual, como he dicho, estaba en un valle pasada la cordillera, junto á esta Provincia de los laches, que está hacia las vertientes de los llanos. Los indios que en esta casa del sol idolatraban y habían ofrecido gran can-

tidad de oro, tuvieron noticia de cómo los españoles iban en busca y demanda de ella, y acudieron con presteza temiendo que diesen con ella, y sacando el oro de petacas en que lo tenían puesto sobre unas altas barbacoas, hincheron las petacas de muy grandes guijarros y dejáronlas allí, con que burlaron muy graciosamente la codicia de los españoles.

El Capitán Céspedes con las guías que tenía atravesó la cordillera y dio en el valle y bohío de la casa del sol, al cual decían llamar de este nombre porque en cierta culata alta tenían puestos unos platos y patenas de oro que cuando el sol les daba resplandecían y se veían de muy lejos; y como el Capitán Céspedes y los que con él iban entrasen en el bohío y viesen las petacas puestas en alto y liadas y atadas y de gran peso, entendieron y creyeron que verdaderamente lo que dentro estaba era oro; mas después que las abrieron, vieron claramente la burla que por los bárbaros se les había hecho. Hallaron en este bohío algún oro y aun rastro de haber habido en él muy gran cantidad de oro, y hallaron muchas cuentas que entre los indios tienen valor, y unos caracoles grandes de la mar colgados. Dícese que en este santuario ó bohío de la casa del sol había muy ricos enterramientos y de mucho oro, los cuales Céspedes por no detenerse y ser cosa incierta no consintió cavar, y se tornó á salir á los pueblos del Cocuy; y que estando allá descansando los indios ladinos que los servían, que eran anaconas del Perú y otros moscas, volvieron á este santuario de la casa del sol que no debía estar muy lejos, por haber de las cuentas que en él habían quedado, y que al tiempo que bajaban una cuesta abajo á dar en él, vieron gran cantidad de indios que en él andaban, y para ahuyentarlos y que pensasen que eran españoles los anaconas, se les mostraron desde lejos y les dieron grita, y así los indios entendiendo que eran españoles los que tornaban, desamparando el santuario huyeron, y bajando los indios á él hallaron que habían cavado muchas sepulturas de donde parecía que habían sacado cantidad de oro por lo que por allí hallaron derramado y esparcido de lo que los indios habían sacado. Dieron de ello aviso al Capitán Céspedes que estaba en el Cocuy, el cual envió algunos soldados á que viesen si quedaban más sepulturas, los

cuales hallaron todas las más cavadas y algunas que quedaban por cavar abrieron y sacaron de ellas poca cantidad de oro, porque debían ser de señores pobres; y con esto se volvieron al Cocuy y de allí se vino Céspedes y la demás gente á Tunja, adonde dende á pocos días los señores y Caciques del Reino, así de la Provincia de Tunja como de Bogotá, trataron de rebelarse generalmente contra los españoles. Dícese que á ello fueron inducidos por los mohanes y jeques que á manera de sacerdotes tienen cargo del servicio de los templos y de la veneración de los simulacros é ídolos con quien tienen sus oráculos y pláticas, por medio de los cuales el demonio hablaba á los jeques diciendo que la diversidad de sus dioses estaban airados contra ellos porque consentían permanecer y estar en la tierra á los españoles, con cuya presencia había de venir á menos su veneración, y que debían procurar echarlos de ella, para que su idolatría fuese adelante; y que por esta vía fueron promovidos los Caciques de los jeques á tratar una general conspiración, que así se puede y debe decir, pues en ella trataban de meter generalmente á todos los españoles; pero la más cierta ocasión y causa de esta conspiración era y fue que á esta sazón los encomenderos empezaban á pedir á los indios de sus encomiendas los tributos y demoras que por razón de las encomiendas les habían de dar, y como en esta sazón no había ninguna tasa ni moderación en el levar y pedir de los tributos, sino que cada un encomendero pedía lo que le parecía, y los indios y señores principales no estaban aún hechos á este yugo, y entonces lo empezaban á recibir, quisieron ver si lo podrían echar de sí con tiempo ó antes de tiempo, y así trataron esta rebelión general, la cual ordenaron hacer y efectuar de esta manera: que cada Cacique ó principal en cierto día señalado había con sus sujetos de dar en la casa de su encomendero y matarlo ó quemarle dentro; y para que este trato y concierto no fuese descubierto por los indios ladinos que servían á los españoles de la propia nación mosca, fueles dado parte de ello, y por parte de los señores prometidas grandes remuneraciones por el secreto, y por parte de los jeques y personas que por tratar con los simulacros é ídolos eran tenidos en gran veneración y temidos espiritual y

temporalmente, les eran puestos grandes temores y amenazas con el castigo de la ira de sus dioses, los cuales serían contra ellos indignados si descubrían el hecho de la rebelión; y con esto no sólo propusieron los indios ladinos el guardar todo el secreto, pero se ofrecieron de tomar los frenos de los caballos y esconderlos y ponerlos en cobro, de suerte que no se pudiesen aprovechar de su ferocidad y ayuda; y las indias ladinas asimismo por tener particular entrada en los aposentos y cámaras donde los españoles sus amos dormían, se ofrecieron de tomarles las armas, espadas y rodelas á tiempo conveniente que no se pudiesen aprovechar de ello; y determinados todos los naturales moscas de poner de la forma dicha en efecto esta su rebelión, para por esta vía recobrar su libertad y llevar adelante sus idolatrías y gentilidades, luégo se dieron á hacer armas y otros pertrechos de guerra para si en alguna manera hubiese algunos españoles que se defendiesen, tener con qué ofenderles, porque en las guerras y conquistas pasadas habían despendido todo el almacén de armas que tenían.

Atribúyese al Cacique Tunja el trato y movimiento de esta rebelión, porque demás de declararlo así después muchos indios, este bárbaro, como había sido más agraviado que otro ninguno por los españoles, por el oro que le tomaron y larga prisión en que le tuvieron, deseaba hacer entera venganza de sus enemigos, y así lo procuraba, y ciertamente ello se efectuara y pudiera ser con muerte de todos los más de los españoles si no permitiera Dios verdadero que con tiempo fuera descubierta esta trama por una india ladina, natural de la Provincia de Duitama, que servía al Capitán Maldonado, que era encomendero de la propia Provincia y Cacique de Duitama. Esta india, estando en la ciudad de Santafé con su amo y señor, le dijo lo que en la Provincia de Tunja quedaba ordenado y tratado, y que si con tiempo no lo remediaban, que en breve verían la perdición y ruina de todos los españoles, de lo cual, para satisfacción de la justicia, se procuró, con todo secreto, haber información, y se halló ser verdad la conspiración, lo cual sabido por Hernán Pérez de Quesada, Justicia mayor del Reino, procuró castigar esta conspiración con el

menos alboroto que ser pudiese, y para este efecto se aprovechó curiosamente de una ocasión que á la mano halló.

En el pueblo de Tunja es costumbre muy antigua que de cuatro á cuatro días se hacía y hace un mercado dentro del propio pueblo del Cacique, adonde acudían á tratar y contratar, vender y comprar, infinita gentes de todos estados, al cual asimismo venían muchos Caciques y señores principales, así por contemplación del Cacique Tunja, en cuyo pueblo se hacía, como por sus particulares intereses y granjerías, de lo cual nunca se despreciaron estos bárbaros por grandes y principales señores que fuesen, porque todos en general son dados á la avaricia, y aunque algunas personas graves los han querido hacer exentos de este vicio no han podido.

Pues con esta ocasión trató Hernán Pérez con el Cacique y señor de Tunja que deseaba ver un mercado muy grande y suntuoso donde interviniesen muchos de los señores y personas principales de su territorio y hubiese gran concurso de gente en él.

El Cacique Tunja, como estuviese saneado de su gente que no habrían descubierto el motín ni él tampoco era de tan agudo juicio y entendimiento como se requería para presumir la intención de Hernán Pérez de Quesada, al primer mercado hizo juntar todos los más de los Caciques y principales comarcanos, y para más autoridad se quiso él hallar presente, donde se juntó muy gran copia de gente, y todos quitados de presumir el designio de Hernán Pérez, el cual, cuando más segura la gente en el mercado estaba, hizo salir los españoles armados, así á pie como á caballo, y que le cercasen y asegurasen el mercado, de suerte que ninguna persona saliese de él, y él propio con algunos de sus amigos y ministros se metió por entre los principales y Caciques, é informándose de quién era cada uno, empezó por el Cacique y señor de Tunja, al cual por su propia mano cortó la cabeza con un alfange que para el efecto traía, y lo mismo hizo á todos los demás Caciques principales que en el mercado había, donde con la sangre de los más culpados castigó y amedrentó á todos los menores, de suerte que no hubo tan presto quien tornase á tratar de otra conspiración. Esto sucedió el año de

cuarenta, en Tunja, poco tiempo después de poblada la ciudad de Málaga por los españoles.

CAPITULO QUINTO

En el cual se escribe cómo por razón y temor del castigo que Hernán Pérez de Quesada hizo en el Cacique y principales de Tunja, se alzó y rebeló el señor y Cacique de Guatavita en cuya tierra anduvo Hernán Pérez cierto tiempo, pacificándola Céspedes y Rivera.

El castigo que Hernán Pérez de Quesada hizo en el principal y Cacique de Tunja y de los demás sus feudatarios, ninguna cosa hostigó á los demás de las Provincias de Santafé y Vélez, antes temiendo los Caciques recibir la propia pena por su malvada traición, se comenzaron á alzar con sus sujetos, no que tomasen las armas como tenían pensado contra los españoles, sino solamente no servirles, ni verlos, ni visitarlos como antes solían.

El que en esta manera de alzamiento tomó la mano fue el señor de Guatavita, que cae en la Provincia de Bogotá, famoso entre sus naturales por haber sido en otro tiempo competidor del Cacique Bogotá, y aun algunos hay que afirman haber sido señor de más gente que Bogotá, y en nuestro tiempo es de más sujetos que ningún Cacique de los de la Provincia de Bogotá y Santafé.

Está este Cacique en el camino real que los españoles tratan y usan desde Santafé á Tunja, entre dos repartimientos y Caciques llamados Guasca y Chocontá; Guasca cae hacia la parte de Santafé, y Chocontá hacia la parte de Tunja, y todos son de los términos y jurisdicción de Santafé. Y por este respecto de estar este Cacique Guatavita en el camino donde podía hacer muy gran daño á los pasajeros, fue forzoso á Hernán Pérez ir con gente á pacificarlo, también porque ya algunos de sus comarcanos y feudatarios comenzaban á hacer lo mismo y á seguir su opinión.

Entró Hernán Pérez con la gente que le pareció por la tierra y poblaciones de Guatavita y procuró ver si por bien lo podía atraer á su amistad y á que conservase la paz que antes había dado; pero era este bárbaro de furiosa y rebelde

condición y muy arrogante, y así jamás quiso venir á la amistad de los españoles, aunque en sus tierras y sujetos se les hacían grandes daños, porque entrando por ellas los españoles con Hernán Pérez su Capitán, hacían todo el estrago que podían en las gentes de este Cacique Guatavita, las cuales asimismo siguiendo la opinión de su Cacique estaban ahuyentados fuéra de su tierra y poblaciones en partes remotas y escondidas tras de cerros y arcabucos; pero allá los iban á hallar los españoles, donde los pobres pagaban el seguir tan locamente á su Cacique. Pero era tanta la brutalidad de esta gente que ni castigo presente ni temor futuro era bastante á moverlos de lo que una vez les daban á entender sus principales, sino aquéllos seguían con tanta obstinación que la sangre que de ellos corría por todas partes no era poderosa á que dejando la rebelión de sus Caciques, que estaban puestos en salvo, viniesen á hacer lo que los españoles les decían, y así los desventurados unas veces tomando las armas en las manos y otras huyendo, siempre recibían daño en sus personas y haciendas, y aunque en estas Provincias de Guatavita y valles de Guachetá y Machetá anduvo Hernán Pérez muchos días haciendo castigo en estos á quien habían dado título de rebeldes, nunca pudo haber en su poder al señor de Guatavita, aunque después, andándo el tiempo, salió este Cacique de paz y fue preso y enviado á Santa Marta por hombre façineroso é inquieto; y al fin se salió de la Provincia de Guatavita dejándola bien castigada y azotada, donde hubieron los que á este castigo fueron un buen golpe de oro.

Salido que fue Hernán Pérez del castigo de Guatavita, halló toda la más de la tierra de Tunja, y Santafé, y Vélez, que se habían alzado y rebelado, á lo menos por la parte por donde los términos y naturales de todas tres ciudades se vienen á juntar, que es hacia donde dicen la laguna de Tinjacá; y para castigar los rebeldes y por amor ó por rigor traerlos á confederación y á amistad, envió Hernán Pérez de Quesada al Capitán Céspedes con ciento y treinta hombres que allanase y pacificase toda la tierra; el cual se fue derecho al pueblo de Tinjacá, que es de los términos de Tunja, y halló que el Cacique con toda su gente y otros comarcanos estaban recogi-

dos en unas islas que la laguna de Tinjacá hacía dentro en sí, á las cuales pasaban los indios con balsas que de hebea hacían, y por no ser las islas tan grandes que pudiese en ellas caber la multitud de los naturales que á esta laguna se recogían, hacían balsas muy grandes de la propia hebea y en ellas, aunque groseramente hechas, hacían sus apartados y habitaban y vivían sobre la laguna todas las más de las familias; y por ser tan hondable esta laguna y no poderse badear le fue necesario al Capitán Céspedes hacer canoas y entrar con ellas navegando por la laguna adelante, con que fueron echados y ahuyentados los indios que en la laguna estaban hechos fuertes; pero no se les tomó el oro que tenían, que era gran cantidad, y estaba esta gente tan obstinada en lo que sus Caciques los habían puesto, que ni por daños que se les hacían, ni por halagos y promesas los pudieron por esta vez atraer á la amistad de los españoles.

Casi en este mismo tiempo el Capitán Martín Galeano había salido de la ciudad de Vélez hacia la Provincia de Guane á descubrir, por lo cual había dejado pocos españoles en el pueblo y de esos los más se habían esparcido por sus repartimientos con más seguridad de la que el tiempo les daba, á los cuales los indios mataron cruelmente; y juntándose muy gran número de estos bárbaros, vinieron á dar sobre el Capitán Juan de Rivera que con cinco compañeros estaba en un repartimiento que por suyo tenía en esta propia Provincia de Vélez, llamado Saboyá, trayendo estos bárbaros consigo las armas y vestiduras de los españoles que habían muerto, para enseñándolas á los que iban á matar, ponerles mayor temor.

El Capitán Rivera era hombre cuidadoso entre indios y así nunca estaba sin tener un caballo ensillado y enfrenado, y él y sus armas puestas á punto, y como sintió el repentino tumulto de los indios que le tenían cercado, con toda presteza se armó de las armas que para entre indios se usan de algodón, y subió sobre su caballo, y con una lanza en la mano comenzó á escaramuzar y meterse entre los indios, que pasaban en número de dos mil. Los otros españoles eran peones, los cuales asimismo arremetieron á los indios, y en la primera arremetida fueron los tres de ellos muy mal heridos, los cua-

les viéndose de aquella manera se metieron por una montaña y cenagales, donde murieron.

El Capitán Rivera lo hacía tan bien entre sus enemigos, que matando é hiriendo con la lanza muchos de ellos, le fue necesario mudar caballo y así lo hizo mediante el ayuda de los dos españoles que con él habían quedado, que no se apartaban de su lado y estribos, porque con aquello y su buena diligencia guarecieron la vida. Subió el Capitán Rivera en otro caballo con toda presteza y tornó á sustentar la fuerza de los enemigos, donde de puro herir en ellos se le había quebrado la lanza y vio que uno de los indios que en la pelea andaban traía en la mano una lanza jineta que había sido de uno de los españoles que el día antes habían muerto, y para remediar esta necesidad, Rivera arremetió por entre la multitud de indios que le tenían cercado, y dando con el que traía la lanza, lo hirió con la media que en la mano llevaba y le quitó la otra que pretendía, y con ella tornó de nuevo á hacer tal estrago en los indios, que ellos tuvieron por bien de dar lugar que se fuese y los dejase, por ver tánta sangre de los suyos derramada por el suelo y tánta multitud de cuerpos muertos sin que él hubiese recibido ninguna herida ni daño notable, más de salir con más de doscientas flechas sobre sus armas y las de su caballo hincadas. De los dos españoles que con él quedaron, el uno lo desamparó pareciéndole que con dificultad escaparía de las manos de los bárbaros el Capitán Rivera, y él se escondió cerca de allí por no poder hacer otra cosa, en un arroyo debajo de una chorera de agua, donde el golpe del agua que de un alto caía lo cubría, y aunque los indios lo anduvieron á buscar y procuraron sacarlo por el rastro, nunca lo pudieron hallar, y dejando de buscarlo tuvo lugar de ir á Vélez. El otro soldado, que se decía Antón de Palma, nunca desamparó con sus armas el lado del Capitán Rivera, donde se guareció por su mucha ligereza. Dícese que en esta famosa guazabara le favoreció mucho al Capitán Rivera, para él salir con victoria, un indio que consigo tenía, que conociendo cuáles eran los principales y Capitanes de los indios, le decía y señalaba á quién había de herir, y así matando las cabezas y principales que entre los indios venían, cesó la fuga y brío de los indios.

El Capitán Rivera y Antón de Palma, escapando vivos y sanos de la de Saboyá, vinieron á salir al desaguadero de la laguna de Tinjacá, donde el Capitán Céspedes estaba alojado y su gente esparcida por algunas poblaciones comarcanas á la laguna, el cual como supiese el suceso del Capitán Rivera y luégo le viniesen á pedir socorro de parte de los vecinos de Vélez, á quienes los indios tenían cercados y puestos en muy grande aprieto y peligro, porque les habían constreñido á que con su hato se recogiesen á la plaza, se partió luégo la vuelta de Vélez con veinte hombres y dejó en su lugar al Capitán Rivera, para que haciendo recoger toda la gente, fuese luégo en su seguimiento, en lo cual se detuvo Rivera más tiempo de lo que el peligro de Vélez requería, porque como los soldados por las poblaciones comarcanas á la laguna se recogiesen desordenadamente, fueron algunos de ellos muertos por mano de los mismos indios á quienes andaban castigando.

El Capitán Céspedes llegó á Vélez y halló hasta doce hombres recogidos, como he dicho, en la plaza, y tan faltos de comida cuan hartos de miedo, y luégo dio orden Céspedes en que se proveyese de comida á los que en Vélez estaban, saliéndola á buscar á algunas partes, entre las cuales fueron una vez quince soldados á un pueblo de indios llamado Ture, legua y media de Vélez hacia el desembarcadero de Carare, donde les salió un muy buen escuadrón de indios de guerra á defenderles la comida y matarlos si pudiesen; pero los españoles lo hicieron tan briosamente, que ahuyentando los enemigos y con gran daño que en ellos hicieron, quedaron por señores de este pueblo.

Un indio de grandísima estatura y de miembros muy fornidos y versutos que entre los demás venía, quiso señalarse en los hechos así como lo era en la persona, el cual traía una larga macana y media docena de dardos, los cuales despendió acercándose á los españoles y metiéndose entre ellos con otros indios que seguían. Vino este gandul á caer en suerte á un soldado llamado Juan de Quincoces, hombre de muy pequeño cuerpo pero de gran valor y vigor de ánimo, á quien de verle de presencia tan diminutiva entendió el bárbaro tener sujeto y rendido, y así con la macana que traía le tiró un gol-

pe á la cabeza, y dándole sobre la rodela y el casco que llevaba, lo hizo arrodillar; pero al segundar con la macana se le metió Juan de Quincoces al indio de suerte que no pudo hacer golpe en él, y llegando los dos casi á los brazos, perdió el indio la soberbia juntamente con la vida, porque como para de tan cerca tuviese Quincoces armas aventajadas, hirió con ellas al indio de heridas de que murió allí luégo.

Después de haber estos soldados corrido muchas poblaciones y amedrentado los moradores de ellas, se volvieron con el bastimento que pudieron traer á Vélez, donde hallaron al Capitán Céspedes congojoso con la tardanza que el Capitán Rivera hacía en llegar desde la laguna de Tinjacá á Vélez; y con deseo de saber si venía y hacerle que apresurase el paso, envió Céspedes dos soldados con sus sayos de armas y espadas y rodelas, que fuesen hasta un río caudaloso que está á dos leguas de Vélez, llamado el río de Suárez, á ver si venía Rivera con la gente, y que de allí se volviesen; pero los soldados, que eran Alonso de Olalla y Fulano Paniagua, con más ánimo del que se puede presumir, pasaron adelante del río y caminando de noche jornada de nueve ó diez leguas, fueron á amanecer media legua de donde el Capitán Rivera estaba alojado, donde hallaron gran cantidad de indios que el día antes habían sido ahuyentados por los españoles á quienes habían acometido; y como viesen á estos dos soldados venir solos, luégo salieron con las armas contra ellos, dando muy grandes voces; pero los soldados, vistiéndose sus sayos de armas, entretuvieron con muy buen brío la multitud y fuerza de los bárbaros, que como cosa rendida los venían á tomar á manos, y defendiéndose de ellos valentísimamente, los entretuvieron hiriendo muchos de ellos, hasta que del alojamiento de Rivera fueron oídas las voces y gritería de los indios, y presumiendo lo que fuese, salió gente española con presteza y fueron de todo punto ahuyentados los indios.

El Capitán Rivera y los que con él estaban se admiraron de cómo estos dos soldados se pudieron defender de tánta cantidad de indios sin ser muertos ni heridos, y sabido al efecto que iban, se partieron otro día siguiente, y caminando por junto á la Provincia de Saboyá, fueron á dor-

mir tres leguas de Vélez, donde otro día de mañana parecieron indios sobre ellos, que los venían á tomar á manos y traían consigo demás de sus armas ordinarias muy gruesas zogas con que habían de atar á los españoles, y por haberse tardado, que empezaba á caminar la gente cuando asomaron á vista de los españoles, de irles dando caza en la retaguardia, la cual seguían muy obstinadamente, y por ir tan fortalecida de buenos soldados no le pudieron damnificar, antes los nuéstros les pusieren una emboscada en un pequeño monte, donde dejaron escondidos ciertos españoles, y como los demás fingiesen que huían, los indios se dieron á seguirlos ciegamente, hasta que dejaron á sus espaldas los de la emboscada, los cuales, saliendo á ellos, les hicieron todo el daño que pudieron, y revolviendo sobre los propios indios los que fingían ir huyendo, prendieron y tomaron vivos obra de veinte de estos bárbaros, á los cuales ataron con las zogas que traían para atar á los españoles y así fueron llevados á Vélez, donde fueron recibidos con mucho contento y alegría.

CAPITULO SEXTO

En que se escribe cómo salió el Capitán Céspedes de la ciudad de Vélez con su gente y se entró en el rincón de Vélez á castigar los rebeldes que en él había, y cómo á cabo de cierto tiempo, y después de haber andado pacificando por algunas partes, se volvió á alojar á la laguna de Tinjacá.

Con este socorro que el Capitán Céspedes hizo á Vélez se aseguró en alguna manera la gente española que en aquel pueblo residía, y dende á poco vino su Capitán Martín Galeano, que había ido á descubrir las Provincias de Guane, y con la gente que consigo traía, que de Vélez había llevado, se quedó el pueblo seguro y el Capitán Céspedes se partió á ver si podía pacificar los naturales y gente del rincón llamado de Vélez, que es ciertas poblaciones de gente indómita y muy belicosa y que jamás los han podido quietar ni asegurar por entero; las poblaciones principales que en este rincón hay son Saboyá, Cacique muy remiso en sus rebeliones; Tiquisoque, Agata y otras que incluyen en sí gran cantidad de naturales. A estos indios no los ponen ni han puesto en reputación

de belicosos los bríos que tienen, porque no son más animosos ni de mayor vigor que los demás naturales del Nuevo Reino, que todos son moscas; mas halos puesto en esta reputación la fortaleza de los lugares en que habitan y las armas de que usan, que son arcos y flechas enherboladas de muy ponzoñosa yerba que pocos escapan con las vidas de los á quien hieren, y juntamente con esto dieron en poner por los caminos mucha cantidad de púas untadas con yerba las puntas, contra los que entran y van hacia sus pueblos, y esta es la mayor y más larga guerra que estos indios hacen, porque una sola india vieja basta á dar guerra á un ejército de españoles, porque tomando gran cantidad de estas púas, las va con mucha presteza fijando en el suelo lo más escondidamente que puede, poniendo siempre las puntas contra los que van caminando, y como el número de las púas es tánto, no basta ningún remedio á descomponerlas, y así se empúan muchos españoles é indios de los que en su servicio llevan, de los cuales, como he dicho, escapan pocos; para contra estas púas y género de guerrear que los indios inventaron tienen los españoles por remedio hacer unas antiparras de algodón que son unas medias calzas estolfadas de algodón y colchadas que llevan de grueso una mano, con sus peales de la propia suerte, y los que van delante llevan calzadas estas antiparras y van con ellas quebrando y descomponiendo las púas, de suerte que los que atrás vienen, si derechamente los siguen, pocas veces se empúan ni lastiman; pero si se apartan á un lado ó á otro del camino por donde los de las antiparras no han hollado ni pasado, fácilmente tropiezan en las púas y se hieren, como he dicho, sin tener casi remedio ninguno, si no es hacer en ellos carnicerías y anatomías como acerca de la conquista de los muzos diré.

Entrado que fue el Capitán Céspedes entre estas gentes de este rincón de Vélez para pacificarlas y atraerlas á la amistad de los españoles y vecinos de Vélez, hizo muy poco efecto su entrada, porque como estos bárbaros estuviesen obstinados en conservar su libertad para mediante ella vivir en su gentilidad y llevar adelante sus idolatrías, tomaron luégo las armas y comenzaron á ponérsele delante al Capitán Céspedes

y á mostrarle con muchos visajes y meneos del cuerpo hechos por vía de escarnio, las ropas y vestidos de los españoles que poco tiempo antes habían muerto cerca de esta Provincia, diciendo á grandes voces que por los intérpretes que llevaban los españoles eran entendidas, que no curasen de entrarse por sus tierras pensando atraerlos á su amistad, porque era en vano su entrada, antes si con obstinación pretendiesen por vía de guerra domarlos y pacificarlos, recibirían de su mano el galardón y fin que los dueños cuyas eran las ropas que les mostraban habían recibido, y que lo más acertado y provechoso para los españoles era el volverse á salir, con lo cual asegurarían sus vidas; pero Céspedes, considerando cómo no era cosa que á él ni á los que le seguían convenía el hacer lo que los indios le decían, prosiguió su camino y entróseles por la tierra adentro sin embargo de la resistencia que le salieron á hacer y cada día le hacían, y comenzó á andar por las poblaciones de este rincón, teniendo cotidianamente reencuentros y guazabaras con los indios. Aunque siempre eran rebatidos y desbaratados con pérdida de su gente por los nuéstros, ninguna cosa les castigaba porque algunas veces herían y mataban á algún español lo que tenían ellos por entera victoria.

Anduvo por esta tierra el Capitán Céspedes dos meses, que como he dicho, nunca le faltó guerra con los indios, y viendo que por bien ni por mal podía atraerlos á su amistad, y que su presencia era necesaria por la gente que tenía para castigar otros muchos rebeldes que en las Provincias de Tunja y Santafé se habían alzado, se salió con su gente de esta Provincia y rincón de Vélez, dejando los indios bien descalabrados, aunque no corregidos ni enmendados.

En esta salida, casi en la propia Provincia, sucedió que nueve soldados se apartaron un día á un alojamiento y ranchería donde estaban recogidas más de cinco mil personas con sus riquezas y haciendas, en un pedazo de campiña rasa que entre un arcabuco ó montañuela se hacía. Estos soldados llegaron tan de súbito á este alojamiento donde toda esta multitud de indios estaba recogida, que no tuvieron lugar de volver las espaldas, porque los indios les tenían ya tomado el

paso por do habían de salir, por lo cual les fue forzoso arremeter á pelear con aquella canalla, la cual luégo que vieron los españoles tomaron las armas con mucho contento, pareciéndoles que los tenían ya rendidos; pero los nuéstros, arremetiendo á ellos con mucho brío y ánimo, los comenzaron á herir de tal suerte, que los unos por huir y otros por acometer á ofender á los españoles se embarazaban y estorbaban, pero no dejaban de tirar sus lanzas y gran cantidad de tiraderas, con que hirieron á los cuatro de ellos, pero no de suerte que dejasen de pelear y hacer su posible para conservar sus vidas, las cuales pretendían los indios sacrificar á sus simulacros.

En esta pelea oprimió el temor de la vida á la codicia, porque como estos españoles viesen en aquel alojamiento gran cantidad de oro, ninguno osó abatirse á ello, antes se decían que en ninguna manera se detuviesen ni ocupasen en tomar del oro que veían, si no querían perecer todos, mas que diesen priesa á herir y ahuyentar aquella multitud de gente que delante tenían y luégo tomarían lo que quisiesen; pero como los indios fuesen en tánta cantidad, por muchos que los españoles herían y mataban, parecía que no faltaba persona ninguna ni se hacía daño en ellos, y de esta suerte no pudieron conseguir su deseo ni tomar ningún oro, antes viéndose ya cansados de pelear con los indios, procuraron retirarse si los indios les daban lugar, los cuales por no poder vencer los indómitos ánimos de estos españoles y ver el estrago que los suyos recibían de sus manos y cortadoras espadas, les dieron lugar á que pudiesen salir y retirarse, después de haber recibido de ellos notable daño, con muerte de infinitos indios que mataron é hirieron, y así se tornaron á recoger donde la demás gente iba marchando, y dieron aviso al Capitán Céspedes de lo que les había pasado; el cual luégo otro día envió cantidad de soldados para que diesen en este alojamiento y ranchería de los indios, pero no les sucedió como pensaron ni imaginaron, porque no hallaron en él la gente, que se había mudado á otra parte, y así se volvieron sin hacer lo que pretendían, y el Capitán Céspedes prosiguio su viaje.

Entretanto que las cosas referidas pasaban en el rincón

de Vélez y Provincia de Saboyá, en la ciudad de Santafé no tenían menos desasosiego por haberse muchos Caciques particulares alterado y rebelado, y así salieron diversos Capitanes á castigar los rebeldes, y como la tierra es más llana y más rasa y los naturales más domésticos y que no usan de arcos y flechas ni de la pestífera y mortífera yerba de que poco há tratamos, fueron con más facilidad sujetados y reducidos á la servidumbre de los españoles; pero á la sazón que Céspedes salía de Saboyá se había alzado el señor de Suesca con sus sujetos, y Ubaté, y Suta, y Tausa, y Simijaca y otros muchos pueblos comarcanos á éstos, á los cuales envió Hernán Pérez de Quesada al Capitán Juan de Arévalo con copia de soldados que los redujese por bien y si nó que hiciese en ellos el castigo necesario para pacificación, el cual se alojó en el pueblo de Suesca y de allí enviaba á correr la tierra y á pacificar y domar los rebeldes.

El Capitán Céspedes, yendo marchando y entendiendo en pacificar la gente por do iba, que toda estaba rebelde, tuvo noticia de que hacia la parte de los muzos estaba recogida cierta cantidad de gente mosca en unas peñas altas, recogidos y fortalecidos, á los cuales envió al Capitán Rivera con treinta hombres, y llegados que fueron junto á las peñas, los indios se pusieron á defender la subida á los españoles, que era muy derecha y habían de ir asidos á bejucos para no caer, y aunque derribaron algunos de los que subían á lo alto, en efecto, mediante la ligereza y fortaleza de dos buenos soldados llamados Pedro Gutiérrez Canario y Alonso de Olalla, que pugnando contra la fuerza del lugar y multitud de los que lo defendían, subieron con notable peligro de sus personas y vidas, y rebatiendo á los que resistían la subida, dieron lugar á que los demás soldados, que también lo hicieron valerosamente, subiesen sobre el peñol, y luégo todos juntos echaron de él á los indios y gente de todo el fuerte que en él estaban fortalecidos para que se fuesen á sus pueblos; y aún no habían bien concluido este hecho, cuando de otro lugar más alto bajó contra los nuéstros un escuadrón de doscientos indios á punto de pelear, muy cargados de lanzas y tiraderas y macanas, con los cuales se trabó la pelea y tuvo gran rato, por tener los

indios el lugar más aventajado y alto de donde más á su salvo ofendían á los nuéstros; mas todavía los desbaratarom y ahuyentaron, haciendo en ellos el daño y estrago que pudieron, habiendo los españoles recibido de daño de sus manos solamente las heridas que á un español se dieron, pero con quedar estos indios desbaratados, ganaron entre los nuéstros reputación de más valientes que otros muchos de su propia nación, y con todos estos desbarates jamás acababan de volverse á la antigua confederación de los españoles y que cierto la deseaban eficazmente. Volvióse con esto el Capitán Rivera adonde el Capitán Céspedes había quedado alojado, y de allí todos juntos tomaron la vía de Zorocotá, donde tuvieron algunos reencuentros con algunos de los indios rebeldes, y de Zorocotá volvieron sobre Saboyá, donde había habido la guazabara el Capitán Rivera solo, cuyos naturales juntos en gran cantidad esperaron con las armas en las manos y aun salieron al camino con ellos á recibir á los nuéstros, pero fueron con mucha facilidad rebatidos y ahuyentados, sin que recibiesen ningún daño los españoles. Tenían estos bárbaros puesto en el camino por do los españoles habían de pasar, el cuerpo muerto de un español que al Capitán Rivera le tomaron á manos, para por esta vía vituperarlos de gente que no se vengase por entero de ellos, y de aquí dieron la vuelta hacia el desaguadero de la laguna de Tinjacá, donde el Capitán Céspedes se alojó con su gente.

CAPITULO SEPTIMO

En que se escribe cómo la tierra se acabó de pacificar mediante el rigor de que usaron los españoles y Capitanes que á ello salieron de Santafé y Tunja, y algunos particulares sucesos de españoles é indios, y la toma de los peñoles de Simijaca y Suta y Tausa donde mucha cantidad de naturales se habían recogido y fortificado.

Estando alojado el Capitán Céspedes en el desaguadero de la laguna de Tinjacá supo por nueva cierta cómo todos los más de los naturales de los pueblos comarcanos estaban recogidos y hechos fuertes en un peñol que por estar junto á un pueblo llamado de sus naturales Simijaca, fue dicho el peñol de Simijaca. Era este peñol una sierra muy derecha en la

cual había algunas concavidades y cuevas, á las cuales subían por un tan estrecho, angosto y derecho camino, que con poca resistencia que de lo alto se hiciese bastaba á defender la subida á cualesquier fortísimos soldados. En estas cuevas y concavidades, que estaban puestas unas sobre otras, y altas de los llanos más de cuatrocientos estados, se habían recogido todos los naturales de los pueblos dichos, con sus mujeres é hijos, y en la verdad no habían escogido mal sitio para su defensa si lo supieran defender y conservar; pero como esta gente sea en sí tan cobarde, ó por ventura permitía Dios Todopoderoso que á esta sazón lo fuesen, fueles ganado el peñol por el valor de los soldados españoles que á él subieron, lo cual pasó de esta manera: el Capitán Céspedes con la gente española que con él estaba se partió la vía de Simijica y llegó al pueblo, desde donde vio todos los indios encumbrados y puestos por aquellas cinglas de peñas y cuevas, desde donde luégo que vieron á los españores comenzaron á decirles muchos improperios y denuestos y tirarles piedras y palos y otras inmundicias con que ofenderlos. El Capitán Céspedes comenzó á hablarles desde donde estaba con las lenguas que tenía y á decirles que se moderasen y dejasen de seguir su opinión y rebelde obstinación, y dejando las armas, se bajasen á sus pueblos y moradas, donde vivieran con quietud y reposo y se les perdonaría la ofensa y delito de su alzamiento. Los bárbaros, como se veían corroborados en aquellas cuevas que cierto era lugar bien fortificado por naturaleza, menospreciando lo que el Capitán les decía, le respondían vituperándolo con palabras y tirando las armas desde lo alto con que ofenderle, y aunque otras veces les rogó y convidó con la paz y amistad, los indios nunca quisieron venir en ello, lo cual visto por el Capitán Céspedes y por los que con él estaban, entraron en consulta para tratar de qué suerte se podría asaltar y desbaratar aquel inexpugnable fuerte, sin daño de los españoles, y jamás hallaron modo convenible si no era bajando los indios abajo á pelear con los españoles, para que juntándose con ellos subiesen muy pegados, de suerte que los que más altos estaban no les pudiesen ofender con sus armas arrojadizas por temor de no herir á sus propios compañeros.

Y así fue concertado que ciertos soldados, peones muy ligeros, caminasen otro día de mañana y pasasen por cerca del peñol donde los indios estaban fingiendo ir adelante, para que si después, llegando la demás gente española, los indios bajasen á tener guazabara con ellos, los soldados peones acudiesen por las espaldas y diesen en ellos y les fuesen ganando lo alto con poco peligro, lo cual se efectuó así á muy poca costa de los nuéstros, porque como del pueblo de Tinjacá saliese un caudillo llamado Murcia con hasta quince buenos soldados, y pasase junto al peñol, los indios lo comenzaron á deshonrar y tirar de las armas que tenían, creyendo que iba á subir donde estaban; mas como lo viesen pasar de largo, bajaron de lo alto muy gran cantidad de bárbaros para irlos siguiendo, y desde que abajo se vieron hallaron junto á sí al Capitán Céspedes con la demás gente española, con los cuales comenzaron á pelear y á herirle algunos soldados. Murcia y sus compañeros desde que oyeron la grita, subieron una media ladera y arrimáronse al propio peñol, de tal suerte que por ir tan pegados los de lo alto no les podían hacer mal ni aun ver, y revolviendo sobre donde los indios estaban peleando con el Capitán Céspedes, les tomaron las espaldas y comenzaron á herir en ellos. Los indios, como sintieron herirse por las espaldas, revolvieron á tomar el camino ó senda por do habían de subir á su fortaleza, y pasando por entre los españoles que á sus espaldas tenían, comenzaron á subir los que de sus manos escaparon la cuesta arriba y á seguirlos algunos ligeros soldados para ser tan presto como ellos en lo alto donde estaban alojados en estrechas cuevas.

Entre los soldados españoles que seguían á los indios llevaba la delantera Alonso de Olalla, que era hombre suelto y ligero, y llegando á la primera cueva donde ya los indios se empezaron á hacer fuertes, los rebatió y entretuvo que no defendiesen la subida á los demás españoles que en su seguimiento iban, hasta que llegaron Pedro Gutiérrez Canario, y Juan de Quincoces, y Miguel Sánchez y un Antón Flamenco, que luégo llegó tras de Olalla, los cuales, mediante lo mucho y animosamente que pelearon y trabajaron, constriñeron á los bárbaros á que desamparando aquella cueva don-

de estaban, se retrujesen á otra más alta y de más trabajosa subida, la cual defendían briosamente y los nuéstros fueran desde allí rebatidos si no acertaran á llevar consigo un ballestero que mediante algunas jaras que tiró hizo á los indios que diesen lugar á los españoles dichos para que entrasen en aquella cueva donde estaban fortificados; y como delante de todos llegasen como más ligeros Pedro Gutiérrez y Olalla, recibieron sendos golpes bien peligrosos de indios que estando más altos y aventajados, tiraban grandes piedras, con una de las cuales dieron á Pedro Gutiérrez y lo derribaron allí en la propia cueva, quebrándole una espalda, y con otra volaron á Olalla de donde estaba y lo hicieron volver abajo por otro camino del que habían subido, y en más breve tiempo, porque como este español estuviese más al canto de la cueva hacia la parte de fuéra, diéronle con una gran piedra, y haciéndole bola, y de ella abajo cayó dando algunos golpes en algunos árboles que entre las peñas habían, agudos, hasta llegar al suelo, que había más de setenta estados, y aunque este español Olalla voló de tan alto, no murió de la caída, por ser guarecido y reparado de los golpes que daba, y dio con un sayo de armas y un morrión que llevaba vestido. Los demás españoles, aunque pocos, no perdieron el camino por ver el mal suceso de sus dos compañeros, antes como fortísimos soldados se metieron entre los enemigos, constriñéndolos á que ellos mismos se arrojasen de las cuevas y cinglas donde estaban metidos abajo, donde muchos murieron despeñados, y finalmente trabajaron tan bien, que de todo punto ganaron aquesta fortaleza y peñol, que solamente mirarla desde lo bajo ponía pavor y quitaba toda esperanza de poderla ganar. Fue el debarate de este peñol gran parte para que los indios se pacificasen y fuesen amigos, porque viendo cómo de él habían sido echados y despojados por los españoles, siendo el más fuerte sitio y lugar que indios tenían en el Reino, y los muchos naturales que habían despeñádose de él y muerto, determinaron muchos dar la obediencia y tomar sobre sí el yugo de la servidumbre que con tánta obstinación pretendían desechar.

Olalla ninguno pretendía que estuviese vivo, porque pa-

recía cosa imposible, habiendo caído de un lugar tan alto, dejar de haberse hecho pedazos; pero íbanlo á buscar para darle sepultura después de haber ganado el peñol, al cual hallaron vivo aunque muy molido y hecho pedazos, que en mucho tiempo después no se pudo reformar.

A esta sazón el Capitán Juan de Arévalo, que estaba en Suesca, había enviado gente y españoles á los pueblos de Suta y Tausa, cuyos moradores hallaron recogidos en otro peñol, no tan fuerte ni áspero como el de Simijaca, donde en algunas rancherías bajas tomaron cantidad de indios é indias, á los cuales, por castigo de su alzamiento, con bárbara crueldad les cortaban á unos la mano, á otros el pie, á otros las narices, á otros las orejas, y así los enviaban á que causasen más obstinación en los rebeldes. El caudillo, viendo que todos los más de los indios estaban recogidos en este peñol de Suta y Tausa, no atreviéndose á dar en él ni asaltarlo, envió á llamar al Capitán Juan de Arévalo á Suesca, donde estaba, el cual luégo aquella noche caminó y fue á amanecer adonde los demás españoles estaban; luégo dio orden en subir al peñol y ganarlo. El con ciertos soldados subió por una parte, y por otra envió á un Juan de Montalvo que en esta sazón había llegado adonde este peñol estaba, después de haberse hallado en la toma del de Simijaca, y subiendo cada cual por la parte que le cupo, el Juan de Montalvo, con más facilidad, después de haber bien peleado y trabajado, atrajo á sí los indios que á su parte caían, pacificándolos y haciéndolos que dejasen las armas y tuviesen por buena su amistad. Al Capitán Juan de Arévalo le resistían los indios la subida y él hacía muy gran daño en ellos, y era este peñol de tal suerte, que aunque toda la gente que había peleado con Montalvo y peleaba con Juan de Arévalo estaba hecha un escuadrón y cuerpo, los unos á la una parte estaban de paz y los de la otra guerreaban, y entre sí estaban tan apretados, que aunque Montalvo envió un indio con una carta á Juan de Arévalo para que se reportase y no damnificase tánto á los indios, nunca el que la llevaba pudo romper por el escuadrón á dar la carta á Arévalo; apretaba tanto á los que en su frontera tenía, que los hizo que cargando sobre una peña que del peñol salía á manera de

punta, con la mucha carga y peso cayóse la peña con muy gran cantidad de indios, donde todos los demás fueron muertos y los que vivos escaparon fue con piernas y brazos quebrados. Y así á poder de sangre vertida desbarató y ganó Juan de Arévalo esta fuerza, con pérdida de un buen soldado que con los indios se les despeñó llamado Fulano Barranco, y otros que le hirieron con flechas y lanzas; pero todo fue bien pagado, porque demás de los indios que despeñándose murieron, estaban debajo del peñol en lo llano cinco hombres de á caballo que de los que por su buena fortuna llegaban vivos y huían, los alanceaban, y así se hizo en este peñol un grande estrago de indios que amedrentó harto á los que vivos quedaron, y les forzó á que tuviesen por bueno el yugo y servidumdre de los españoles, y con estas maneras de castigos pacificó el Capitán Juan de Arévalo muchos pueblos de los que estaban rebeldes y los domó, de suerte que en mucho tiempo después no intentaron ninguna rebelión.

El Capitán Céspedes, después que hubo desbaratado el peñol de Simijaca, se pasó con su gente á pacificar el rincón y Provincias de Ubaté, donde anduvo algunos días y dejó pacífica mucha parte de aquella tierra, y de allí se volvió á la ciudad de Santafé, donde Hernán Pérez de Quesada estaba. Costó esta pacificación treinta españoles que los indios mataron en diversas partes.

En la ciudad de Tunja hubo pocas rebeliones después del castigo que Hernán Pérez hizo, y así fueron fáciles de castigar, excepto los que junto á la laguna de Tinjacá caían, que estos, mediante los estragos que en ellos hizo Céspedes y sus soldados, se quietaron. Fue asimismo famoso en Tunja el alzamiento del Cacique y gente de Duitama, á quien pacificó el Capitán Baltasar Maldonado con pura sangre, porque la obstinación de aquella gente y de su Cacique lo pedían así, y nunca fueran conservados en la quietud que hoy tienen si no se usara con ellos de un poco de rigor.

CAPITULO OCTAVO

En el cual se escribe cómo habiendo sido proveído Jerónimo Lebrón por Gobernador de Santa Marta, tuvo noticia que el General Jiménez de Quesada bajó del Reino á Cartagena y de allí se fue á España, y cómo pretendiendo Jerónimo Lebrón que el Nuevo Reino fuese de su gobernación, juntó gente é hizo bergantines y subió al Reino, y lo que le sucedió en su jornada.

Pocos días después que por la manera dicha fue la tierra pacificada, entró en el Reino Jerónimo Lebrón por Gobernador proveído por la Audiencia de Santo Domingo, pero no fue recibido de los Cabildos de Tunja y Santafé, aunque del de Vélez sí; y para que sobre el suceso de este Gobernador yo no quede corto y se haga entera claridad de lo que he apuntado, es necesario tomar su historia de un poco atrás, aunque sea fuéra del propósito de la historia del Nuevo Reino de quien vamos tratando.

Luégo que la Audiencia Real de Santo Domingo supo la muerte del Adelantado D. Pedro Fernández de Lugo, y que su hijo D. Alonso Luis de Lugo estaba en España, proveyeron por Gobernador de Santa Marta y de toda la Gobernación que competía al Adelantado, á un vecino, ciudadano honrado y principal de la propia ciudad de Santo Domingo, que es este Jerónimo Lebrón, el cual, venido que fue á Santa Marta, lo recibieron por tal Gobernador, y dicen que después dende á poco tiempo hubo confirmación de la Gobernación por el Emperador ó por el Real Consejo de las Indias.

Estando pues Jerónimo Lebrón en Santa Marta gobernando, le dieron nueva cómo el General Jiménez de Quesada, que de aquella Gobernación había salido por Teniente de D. Pedro Fernández de Lugo, cuyo sucesor él era, había bajado á Cartagena del Nuevo Reino, tierra que había descubierto, de muchos naturales y riquezas, y que desde allí se había ido á España á dar cuenta al Rey de lo hecho y descubierto. Jerónimo Lebrón, pareciéndole que por respecto de ser él Gobernador de Santa Marta, y por haber salido el General Jiménez de ella como Teniente y á costa del Adelantado viejo, le competía el gobierno y jurisdicción del Nuevo Reino, determinó de subir á él á participar de las riquezas que se ha-

bía publicado que en él había, y así con toda presteza hizo seis bergantines para la navegación del río, y juntó cuatrocientos hombres, y partiéndose él por tierra con los doscientos, envió los otros doscientos que entrando por la boca del río grande de la Magdalena, navegasen por él arriba hasta donde concertaron de juntarse.

En este viaje no dejó de pasarse muy gran necesidad de comida, porque como los naturales del río grande ya tenían experiencia de cómo los españoles que otras veces por allí habían pasado se sustentaban de lo que ellos cogían y sembraban, tenían todos alzadas y puestas en cobro las comidas, que fue causa de muchas muertes y enfermedades, de suerte que el mal de muchos era irremediable; en este viaje asimismo murió mucha gente, de que picándolos algunos murciélagos ó mosquitos, que los hay muy perjudiciales en este río, se le hacían llagas, las cuales, por la constelación del propio río y tierras de él, eran canceradas, y sin poderse remediar este mal, se comían los hombres de cáncer, y así eran miserablemente muertos.

Entre otras muchas cosas dignas de notar que en el viaje de Jerónimo Lebrón sucedieron en este río grande arriba, diré aquí dos ó tres, todas tocantes á la ferocidad de los lagartos que en él se crían, llamados caimanes. Entre otros muchos indios é indias que se llevaban cargados y en prisión para el servicio de los españoles, iba una cadena con doce presos cargados con sus colleras al pescuezo, por donde iba la cadena metida para seguridad de que los indios no se huyesen; estos doce indios eran gente criada en la ribera del propio río y por eso muy grandes nadadores, así las mujeres como los varones, los cuales, queriendo salir de aquella sujeción y cautiverio que llevaban, yendo caminando por junto al río grande dejaron las cargas que sobre sí tenían, y con su cadena y colleras al pescuezo se árrojaron al río y comenzaron á nadar, lo cual hacían con mucha destreza y liberalidad, y ya que iban cerca de la tierra, de la otra banda del río uno de estos lagartos ó caimanes asió de uno de los indios que en la cadena iban, y metiéndolo con demasiada furia debajo del agua para comer, sumergió asimismo á las otras once perso-

nas, y todas por la fuerza de este pescado fueron ahogadas y comidas de caimanes. Estaba un soldado puesto cerca de la barranca del río, apartado del agua obra de una vara de medir, al cual daba la claridad del sol á las espaldas, que causaba sombra en el agua, y como acaso pasase por allí uno de estos caimanes ó lagartos y viese la sombra del soldado que en el agua daba, creyendo ser persona, arremetió á hacer presa en ella con la boca, y como hallándose burlado viese el soldado que á la barranca estaba turbado de ver el caimán, revolvió con la cola y diole un golpe tan recio, que lo derribó é hizo caer en el agua y río, donde cogiéndolo entre los dientes se lo llevó casi sobre el agua á la otra banda del río, y en la orilla de él se lo comió á vista de muchos soldados, sin poder remediarlo.

Un día sucedió que una acémila ó macho que un soldado llevaba con su fardaje y ropa después de haberse alojado, fue á darle de beber al río, y como el macho metiese el hocico en el agua para beber, fue por él asido de un caimán. El macho hizo fuerza con las manos, de suerte que el caimán no lo pudo meter en el agua, y á los gemidos que daba acudió su dueño, y con él otros muchos soldados, y unos asieron del macho para detenerlo y otros con lanzas daban al caimán para que lo soltase, lo cual no aprovechó hasta que arrancó todo lo en que tenía hecho presa, que fueron todos los hocicos, y así quedó la acémila con todos los dientes descubiertos, que parecía andase de continuo riendo, y causaba gran risa á todos los soldados porque verdaderamente parecía cosa monstruosa y de gran fealdad.

Jerónimo Lebrón llegó al pueblo de La Tora con harta gente menos de la que sacó de Santa Marta, y los que á este pueblo llegaron con él iban ya tan trabajados y maltratados de las calamidades que en el camino habían pasado, que se les hacía dificultoso el pasar adelante con su empresa, especialmente viendo y entendiendo la gran serranía montuosa que les quedaba por pasar, que eran las sierras de Opón, por lo cual muchos soldados, hablándose unos á otros, determinaron embarcarse de noche en los bergantines y volverse en ellos el río abajo á Santa Marta y dejar al Gobernador con los que

con él quisiesen quedar que prosiguiesen su jornada, la cual á muchos parecía ser imposible llegar con ella al cabo. Tuvo Jerónimo Lebrón noticia de este trato, y sin hacer sobre ello ningún castigo, porque le parecía harta pena los trabajos que los soldados habían pasado y les quedaban por pasar, hizo sacar todos los bergantines á tierra, y para frustrar de todo punto los designios de los que pretendían volverse á Santa Marta, les pegó fuego y los quemó todos, y juntó toda la clavazón y herraje de ellos, y juntamente con los tiros de artillería que había llevado, los metió y escondió en una cueva ó caverna, y cubriéndolos con tierra los dejó allí. Este hecho causó gran murmullo entre la gente española que Lebrón tenía consigo, porque unos lo aprobaban por bueno y otros lo reprobaban por no tál, y así cada cual juzgaba el hecho como tenía el pecho, lo cual claramente entendió el Gobernador y para satisfacerlas á todos los juntó y les hizo una elegante oración, declarándoles las causas de haber quemado los bergantines, y cuán en su favor eran, pues algunos inconstantes soldados y de flacos ánimos pretendían volverse desde la puerta y entrada de la tierra donde habían de tener algún descanso, por irse á vivir en mísero y vil ocio, y que pues lo más del camino era pasado y los trabajos habían sufrido con valerosos ánimos, que á trueque de pasar lo poco que les quedaba por delante habrían un descanso próspero; pues si como él pensaba entraba en su poder el gobierno del Nuevo Reino, donde tánta posperidad le habían pintado, ellos serían mejorados ó á lo menos gratificados de lo que en la tierra hubiese; y diciendo y haciendo, sin detenerse más allí, luégo pasó adelante marchando por las riberas del brazuelo arriba, dando y repartiendo entre los más enfermos y debilitados sus propias cabalgaduras, las cuales iban tales que en tres leguas de tierra que había desde el pueblo de La Tora hasta una cabanilla que se hacía en un arcabuco, se tardaron diez días, y allí se detuvo el Gobernador Lebrón ocho días por ver si podía reformar su gente con unos palmitos amargos y hojas y flores de bihos; pero viendo que el detenerse era de ningún efecto, habló á los que más dejativos iban, diciéndoles que no había remedio sino morir ó pasar adelante; pero ninguna cosa

remediaban estas palabras las enfermedades de muchos, los cuales por no poder tolerar el trabajo del caminar sin comer querían y tenían por mejor quedarse por aquellos arcabucos y morir con brevedad que seguir aquellos trabajos del camino, y así delante del propio Gobernador y de sus Capitanes se metieron por la montaña y se escondían y quedaban vivos.

El Gobernador envió delante al Capitán Manjarrés que fuese con cierta gente descubriendo y siguiendo el camino que el General Jiménez de Quesada y su gente habían llevado, el cual llegó hasta el primer bohío que descubrió Sanmartín en las riberas del brazuelo, donde Manjarrés halló ciertos panes de sal de los del Reino y de allí envió á avisar á su Gobernador que quedaba atrás, y él marchó adelante siguiendo las pisadas y vestigios de la gente del General Jiménez de Quesada.

Jerónimo Lebrón, sabido esto y que el camino iba muy cerrado, envió delante á un Capitán Millán con noventa hombres macheteros y azadoneros que iban abriendo el camino, y luégo él siguió tras ellos, y así caminaron sin parar hasta llegar al Valle de Opón, dejando cada día gente y soldados vivos por el camino, que no podían dar paso adelante ó no se atrevían; del Valle del Opón pasaron al del Alférez, y desde el del Alférez al de La Grita, que es tierra del Reino, donde descansaron algunos días, y hecha reseña de la gente que había, halló el Gobernador Jerónimo Lebrón que de cuatrocientos hombres que de Santa Marta había sacado, solamente le quedaban ciento y cincuenta, que todos los demás fueron muertos en el camino de hambres y enfermedades y arrebatados de caimanes y despedazados de tigres y de otras fieras alimañas. Asimismo había perdido en el dicho camino doscientas cabalgaduras de las que él y su gente sacaron de Santa Marta.

Fue Jerónimo Lebrón y su gente el segundo que por este camino del río grande y sierras de Opón navegó el camino para el Nuevo Reino de Granada, y por eso se halla que padecieron tántos trabajos y perdieron tánta gente.

CAPITULO NOVENO

En el cual se escribe cómo Jerónimo Lebrón, después de haber descansado y ser recibido en la ciudad de Véles por Gobernador, en las de Tunja y Santafé no lo quisieron recibir por inducimiento de Hernán Pérez de Quesada.

Después de haber descansado Jerónimo Lebrón con la gente que le había quedado en el valle de La Grita, caminó adelante siguiendo el rastro y camino que en el primer descubrimiento habían llevado el General Jiménez de Quesada y su gente, y en pocos días llegó á la ciudad de Vélez, donde así por la poca gente española que en aquel pueblo había, como por ser toda gente pacífica y que no deseaba novedades ó escándalos, fue recibido por el Cabildo con muestras de placer por Gobernador, donde se detuvo Jerónimo Lebrón más de lo que convenía, que fue causa de no ser recibido en Tunja ni en Santafé, como luégo se dirá.

Los vecinos de Vélez, usando y aprovechándose de la potestad y jurisdicción del nuevo Gobernador, luégo procuraron que les diese cédulas de encomiendas de los indios que tenían, porque las que el General Jiménez de Quesada y Hernán Pérez de Quesada, su hermano, les habían dado, eran solamente depósitos, y en esto y en la reformación de algunos soldados que aún venían enfermos, se detuvo, como hemos dicho, Jerónimo Lebrón algunos días en Vélez, en el cual tiempo llegó la nueva de su llegada y venida á la ciudad de Tunja y á la de Santafé, donde á la sazón estaba Hernán Pérez de Quesada, que, como se ha dicho, era Justicia mayor y Capitán general del Reino, electo y nombrado por los Cabildos, el cual, como desease ser conservado en su trono y no tener sobre sí superior, trató con muchos amigos suyos y personas principales el notable daño que á todos los españoles que habían conquistado y ganado la tierra les vendría de ser gobernados por un nuevo Gobernador que á ella venía tan acompañado de amigos y personas, á quien forzosamente había de aprovechar y favorecer con perjuicio y daño suyo y de sus haciendas, y que para evitar y estorbar esto, debían repudiarlo con el mejor color que ser pudiese, de suerte que

remediaban estas palabras las enfermedades de muchos, los cuales por no poder tolerar el trabajo del caminar sin comer querían y tenían por mejor quedarse por aquellos arcabucos y morir con brevedad que seguir aquellos trabajos del camino, y así delante del propio Gobernador y de sus Capitanes se metieron por la montaña y se escondían y quedaban vivos.

El Gobernador envió delante al Capitán Manjarrés que fuese con cierta gente descubriendo y siguiendo el camino que el General Jiménez de Quesada y su gente habían llevado, el cual llegó hasta el primer bohío que descubrió Sanmartín en las riberas del brazuelo, donde Manjarrés halló ciertos panes de sal de los del Reino y de allí envió á avisar á su Gobernador que quedaba atrás, y él marchó adelante siguiendo las pisadas y vestigios de la gente del General Jiménez de Quesada.

Jerónimo Lebrón, sabido esto y que el camino iba muy cerrado, envió delante á un Capitán Millán con noventa hombres macheteros y azadoneros que iban abriendo el camino, y luégo él siguió tras ellos, y así caminaron sin parar hasta llegar al Valle de Opón, dejando cada día gente y soldados vivos por el camino, que no podían dar paso adelante ó no se atrevían; del Valle del Opón pasaron al del Alférez, y desde el del Alférez al de La Grita, que es tierra del Reino, donde descansaron algunos días, y hecha reseña de la gente que había, halló el Gobernador Jerónimo Lebrón que de cuatrocientos hombres que de Santa Marta había sacado, solamente le quedaban ciento y cincuenta, que todos los demás fueron muertos en el camino de hambres y enfermedades y arrebatados de caimanes y despedazados de tigres y de otras fieras alimañas. Asimismo había perdido en el dicho camino doscientas cabalgaduras de las que él y su gente sacaron de Santa Marta.

Fue Jerónimo Lebrón y su gente el segundo que por este camino del río grande y sierras de Opón navegó el camino para el Nuevo Reino de Granada, y por eso se halla que padecieron tántos trabajos y perdieron tánta gente.

CAPITULO NOVENO

En el cual se escribe cómo Jerónimo Lebrón, después de haber descansado y ser recibido en la ciudad de Vélez por Gobernador, en las de Tunja y Santafé no lo quisieron recibir por inducimiento de Hernán Pérez de Quesada.

Después de haber descansado Jerónimo Lebrón con la gente que le había quedado en el valle de La Grita, caminó adelante siguiendo el rastro y camino que en el primer descubrimiento habían llevado el General Jiménez de Quesada y su gente, y en pocos días llegó á la ciudad de Vélez, donde así por la poca gente española que en aquel pueblo había, como por ser toda gente pacífica y que no deseaba novedades ó escándalos, fue recibido por el Cabildo con muestras de placer por Gobernador, donde se detuvo Jerónimo Lebrón más de lo que convenía, que fue causa de no ser recibido en Tunja ni en Santafé, como luégo se dirá.

Los vecinos de Vélez, usando y aprovechándose de la potestad y jurisdicción del nuevo Gobernador, luégo procuraron que les diese cédulas de encomiendas de los indios que tenían, porque las que el General Jiménez de Quesada y Hernán Pérez de Quesada, su hermano, les habían dado, eran solamente depósitos, y en esto y en la reformación de algunos soldados que aún venían enfermos, se detuvo, como hemos dicho, Jerónimo Lebrón algunos días en Vélez, en el cual tiempo llegó la nueva de su llegada y venida á la ciudad de Tunja y á la de Santafé, donde á la sazón estaba Hernán Pérez de Quesada, que, como se ha dicho, era Justicia mayor y Capitán general del Reino, electo y nombrado por los Cabildos, el cual, como desease ser conservado en su trono y no tener sobre sí superior, trató con muchos amigos suyos y personas principales el notable daño que á todos los españoles que habían conquistado y ganado la tierra les vendría de ser gobernados por un nuevo Gobernador que á ella venía tan acompañado de amigos y personas, á quien forzosamente había de aprovechar y favorecer con perjuicio y daño suyo y de sus haciendas, y que para evitar y estorbar esto, debían repudiarlo con el mejor color que ser pudiese, de suerte que

no se les siguiese infamia notable para con el Rey. A todos los más les pareció bien lo que Hernán Pérez de Quesada decía, y aunque veían que el principal fin era su provecho particular, entendían que de ello se seguía el general á todos, y aun determinaron de no recibirle ni aceptarle por su Gobernador, y con esta determinación se partió Hernán Pérez de Quesada con toda la más gente de á pie y de á caballo que pudo para la ciudad de Tunja, donde proponiendo la propia plática que á los de Santafé, los halló del propio parecer, ofreciéndose todos á sustentarle y conservarle en su gobierno y seguirle en lo que determinase y quisiese hacer; y hallando Hernán Pérez toda la gente de estos dos pueblos, que era la más principal del Reino y mayor cantidad, tan de su bando y con propósito de seguir su opinión, envió dos Capitanes que fueron Juan de Arévalo y Juan Cabrera, á Vélez á hablar á Jerónimo Lebrón de su parte, á que supiesen de él, por cuyo mandado venía, y los poderes que traía y lo que pretendía hacer, y juntamente con ésto le dijesen cuán fuéra de recibirlo estaban los vecinos de Tunja y Santafé, y otros muchos soldados que en estos dos pueblos residían, y le persuadiesen que no diese ocasión á tumultos y alborotos, pues de ello sería deservido el Rey, y otras muchas cosas, las cuales con más arrogancia y libertad de la que era decente le dijeron y representaron á Jerónimo Lebrón los dos Capitanes Juan Cabrera y Juan de Arévalo, por lo cual así el Gobernador como otros muchos amigos suyos se desabrieron con ellos y les cobraron un tan intrínseco odio, que vinieron algunos principales á decir á Jerónimo Lebrón que si quería allanar todas las presunciones y pretensiones de Hernán Pérez y de sus amigos, cortase las cabezas á los dos mensajeros que habían dado muestras de muy belicosos y facinerosos y parecían ser de los más principales amigos de Hernán Pérez. Jerónimo Lebrón no lo quiso hacer por particulares respetos que á ello le movieron, pero después se arrepintió de no haberlo hecho, porque halló por experiencia que estos dos Capitanes sustentaron con obstinación que no fuese recibido por Gobernador más que otros ningunos.

En este tiempo llegó á Tunja un Francisco Arias que ha-

bía subido con Jerónimo Lebrón, y por ir desabrído con él dijo que bien podían no recibirle, porque los poderes que de Gobernador traía Jerónimo Lebrón, demás de no ser bastantes para entrar por Gobernador en el Nuevo Reino, eran dados por la Audiencia Real de Santo Domingo, que no obligaban á tanto como si fueran del Consejo Real de Indias, que fue dar grande avilantez á todos los plebeyos á que sustentasen su opinion.

Juan de Cabrera y Juan de Arévalo se volvieron á Tunja con respuesta de que el Gobernador Jerónimo Lebrón quedaba determinado de hacerse recibir y obedecer por tál, por fuerza ó de grado, lo cual sabido por Hernán Pérez de Quesada, luégo puso toda la gente que consigo tenía á punto de guerra para si fuere necesario hacer resistencia á Jerónimo Lebrón, y con toda ella se alojó fuéra de la ciudad de Tunjá en el propio camino que de Vélez venía, en lugar cómodo y fuerte para si viniesen á las manos. Jerónimo Lebrón fuéra de tiempo usó de presteza, y juntando la gente que consigo traía y otros soldados de los que en Vélez estaban, caminó á paso largo la vía de Tunja, llevando toda su gente armada y puesta en orden; llegó en poco tiempo á vista de Tunja, donde vio puesta la gente de su enemigo en orden en su propio alojamiento, para recibirle con las armas, por lo cual le fue necesario alojarse á vista de sus contrarios para antes de venir á rompimiento justificar su causa y dar á entender á los ciudadanos de Tunja y Santafé y á las demás personas que seguían á Hernán Pérez, cómo lo que pretendía era cosa justa, y que el Rey lo mandaba y quería; pero como la gente que Hernán Pérez de Quesada tenía consigo sobrepujase en número y en fortaleza á la de Jerónimo Lebrón, fuele dificultoso el salir con su empresa, y así luégo buenas personas se metieron de por medio á intervenir y tratar que no llegasen á rompimiento, sino que en la pretensión de entrambas cabezas se diese un medio cual conviniese para la paz y quietud de todos, y así se trató de que los dos Capitanes y Gobernadores se viesen juntos y que lo que concertasen aquello hiciesen.

Hernán Pérez dejó concertado con los de Tunja que él remitiría el negocio á lo que los Cabildos hiciesen, y que entonces

habría lugar de con menos escándalo echar á Jerónimo Lebrón de su pretensión, y con esto salió de su alojamiento con doce de á caballo, y Jerónimo Lebrón hizo lo mismo, y juntándose en una campiña que entre los dos alojamientos había, se hablaron muy cortésmente, y Hernán Pérez como ya tenía seguras las espaldas, y con esta color pretendía descargarse si en algún tiempo el Rey le quisiese castigar por esta resistencia, dijo á Jerónimo Lebrón que se presentase con sus provisiones ante los Cabildos de Tunja y Santafé, y que lo que ellos hiciesen él estaba presto á obedecerlo y pasar por ello. A Jerónimo Lebrón le pareció bien este medio, aunque no comprendió la malicia, y así lo aceptó, más por verse poco poderoso para con las armas hacerse recibir por Gobernador, que no porque tuviese por bueno este medio que Hernán Pérez dio, con el cual todos de conformidad se entraron en la ciudad de Tunja con sus gentes; y juntos los Alcaldes y Regidores, que todos eran muy particulares amigos de Hernán Pérez, se presentó ante ellos Jerónimo Lebrón con sus provisiones de Gobernador, las cuales vistas por los del Cabildo le respondieron que el Nuevo Reino no era Provincia de Santa Marta donde él era Gobernador, y que presupuesto que la tierra se había descubierto y poblado por gente que de Santa Marta había salido, que por la mucha distancia que de la una Provincia á la otra había, ellos cuando la poblaron la poblaron para que fuese Gobernación de por sí, fuéra de la jurisdicción de Santa Marta, sobre lo cual había ido en España su Capitán general Jiménez de Quesada á tratarlo con el Rey; que hasta tanto que de ello hubiesen respuesta y mandato expreso de la persona real, no pensaban recibir ningún Gobernador, y así no había lugar de recibirlo á él; de esta respuesta fue acelerado Jerónimo Lebrón y muchos de sus amigos; pero como el tiempo y pocas fuerzas no les daban ninguna ayuda á salir con su pretensión, salieron de Tunja y fuéronse á Santafé, siguiéndolos muchos de los suyos, y lo mismo hizo Hernán Pérez con los de su parcialidad.

Llegados todos á Santafé, se presentó Jerónimo Lebrón ante el Cabildo con sus provisiones y le fue respondido lo propio que en Tunja, y así se vio de todo punto burlado de la fortuna y perdida la esperanza de gobernar la tierra.

Hernán Pérez de Quesada, viéndose por esta vía confirmado en su Gobernación, para asegurarse de todo punto tratô de que á Jerónimo Lebrón se le comprase toda la hacienda que en el Reino había metido y se volviese á Santa Marta, pareciéndole que con su presencia no podía dejar de intentarse novedades como dende á poco tiempo se empezaron á intentar, porque muchas personas con particulares motivos comenzaron á decir que había sido gran yerro y aun delito el que se había cometido en no obedecer por Gobernador á Jerónimo Lebrón, y que debía ser obedecido; pero no osaban algunos ponerlo en efecto temiendo ser castigados del propio Jerónimo Lebrón, y vino sobre esto á términos el negocio que se llegaron soldados y gente á Jerónimo Lebrón induciéndole á que fuese adonde Hernán Pérez de Quesada estaba y lo prendiese, y si fuese necesario le cortara la cabeza, con que aseguraría su gobierno y sería obedecido por todos los pueblos; pero Jerónimo Lebrón era hombre de ánimo reposado y asentado, y no amaba nada los desasosiegos y tumultos, y así por esta vía nunca quiso entrar en posesión de la Gobernación, pareciéndole que si en ella entraba con derramamiento de sangre que no le podía suceder bien; pero no fue tan negligente Hernán Pérez de Quesada, porque luégo que entendió las novedades que algunos deseaban intentar con la presencia de Jerónimo Lebrón, le mandó notificar que dentro del tercero día saliese de los términos del Reino so pena de muerte ó perdimiento de bienes, con todos los que le quisiesen seguir; lo cual obedeció Jerónimo Lebrón temiendo la ejecución, porque luégo se partió para el astillero de Guataquí, tierra de los panches, donde el General Jiménez hizo sus bergantines, riberas del río grande, siguiéndole mucha gente, así de la que con él había venido de Santa Marta como de la que antes estaba en el Reino, entre los cuales fueron los Capitanes Juan del Junco, Gómez del Corral, Melchor de Valdés, Antonio Díaz Cardoso.

Hizo Jerónimo Lebrón dos bergantines en los cuales se embarcó y navegô el río abajo, donde fue muy perseguido de los naturales que en él había poblados, que salían en sus canoas á flecharle y estorvarle el viaje, y como iba agua abajo

y navegaban con mucha ligereza, llegaban á algunos pueblos de indios sin ser sentidos, á los cuales hallaban muy descuidados, y allí eran de ellos presos y cautivos y tomadas sus haciendas y joyas de oro. En esta vuelta, por dar, como he dicho, de repente Jerónimo Lebrón en algunos pueblos que estaban poblados en las riberas del río, hubo de ranchos más de cinco mil pesos de oro fino, y con esta recreación llegó á la mar y saltando en tierra se fueron los bergantines por el agua á Santa Marta, de donde le enviaron caballos para en que caminase él y los que con él iban.

Llegado que fue Jerónimo Lebrón á Santa Marta, fue bien recibido del Obispo D. Juan Fernández de Angulo y de los demás ciudadanos, y luégo comenzó á hacer sus informaciones de la resistencia y agravio que en el Reino se le habían hecho en no haberlo querido recibir, y hechas, las envió al Rey para que por ellas le constase de todo lo sucedido en el Nuevo Reino, escribiendo él sobre ello particularmente. Tenía gran queja Jerónimo Lebrón de los Capitanes Martínez, y Lázaro Fonte, y Juan Cabrera, y Juan de Arévalo, y Contreras, que parecía haberse mostrado más clara y particularmente contra él, y así iban las informaciones más agraviadas contra éstos.

Dende á un año que Jerónimo Lebrón volvió del Reino y estaba gobernando á Santa Marta, vino á ella por Teniente del Adelantado D. Alonso Luis de Lugo, sucesor de la gobernación por muerte de su padre, un Juan Benítez Pereira, el cual fue recibido y obedecido por tál, y Jerónimo Lebrón se volvió á Santo Domingo, de donde era vecino y tenía su casa vivienda, donde después murió.

Juan Benítez Pereira quiso subir al Reino, apoderarse de él por cosa perteneciente á la Gobernación del Adelantado de Canaria, pero pocas jornadas fuéra de Santa Marta le dio una enfermedad de que murió, y la gente se desbarató y volvió á Santa Marta, y así se quedó el gobierno de aquella ciudad en los Alcaldes ordinarios, que la tuvieron en justicia hasta que á ella vino el mismo Adelantado D. Alonso Luis de Lugo, como adelante se dirá.

CAPITULO DECIMO

En el cual se escribe cómo Hernán Pérez de Quesada, para aprovechar á los muchos españoles que en el Reino había, envió al Capitán Baltasar Maldonado que descubriese las sierras nevadas de Cartago con ciento y cincuenta hombres.

Volviendo á la Provincia del Nuevo Reino, Hernán Pérez de Quesada se quedó con su Gobernación en la tierra, y como en ella había ya mucha gente española, no había en los tres pueblos de Santafé, Tunja y Vélez para darles indios á todos con que se sustentasen, y por esta causa procuró que se hiciese algún descubrimiento y jornada donde la gente ociosa pudiese ser ocupada y tener de comer.

Desde la ciudad de Santafé se parecían unas sierras nevadas casi á la parte del Occidente que hoy llaman las de Cartago, que estarán apartadas de esta ciudad sesenta leguas (y es por el camino real que ahora se anda, y por donde la historia dice que Maldonado fue hay poco menos de ciento), las cuales muchas veces en este nuestro tiempo se ven cuando el elemento del aire no está turbio con los vapores y nubes que de la tierra se levantan, y como en las Indias en este tiempo se tuviese por común opinión que toda región donde la nieve hacía asiento era rica y próspera y muy poblada, fue promovido Hernán Pérez de Quesada á que se fuesen á descubrir estas sierras nevadas, y si la región fuese tal como deseaban, poblase la gente en ella, y así se remediarían los que no tenían sustento particular; y para este efecto nombró por Capitán al Capitán Baltasar Maldonado, y le dio ciento y cincuenta hombres, con los cuales se metió por la tierra de los panches y fue á dar á una población llamada Xaquima de sus propios moradores, los cuales, tomando las armas en las manos, pretendieron echar á los nuéstros de su tierra ó á lo menos estorbarles el camino, y aunque llegaron á las manos y algunos españoles corrieron peligro de ser muertos de los indios, con poco daño de los nuéstros fueron desbaratados y ahuyentados estos bárbaros, con pérdida de muchos de sus guerreadores que fueron muertos en el conflicto de la guazabara.

De Xaquima caminando fue á dar el Capitán Maldonado con su gente á un pueblo llamado de las Canoas, puesto en las riberas del río grande, donde los naturales procuraron defender su tierra y casas, pero fue vana pretensión por ser fácilmente desbaratados y ahuyentados de los nuéstros, con pérdida de muchos indios. Pasaron los españoles el río grande, de la otra banda, por junto á un pueblo llamado Honda, donde ni en el pasar del río ni en el entrar en el pueblo tuvieron ninguna resistencia de indios, donde fue necesario para guías y claridad de la tierra de adelante haber y tomar algunos indios, y para este efecto se quedó el Capitán Rivera puesto en salto en las propias casas y bohíos de Honda, donde los indios, como gente de guerra, vinieron recatadamente á ver sus casas, trayendo consigo sus armas. Rivera y otros ocho españoles que con él estaban salieron á ellos, pero fueron de prima faz puestos en aprieto, porque los indios, con sus arcos y flechas y lanzas que traían, se los esperaron é hirieron los más de ellos, y al propio Capitán le tomaron las guías que pretendían y se fueron siguiendo la demás gente, la cual hallaron alojados ribera de un río llamado Guarinó, cuyos naturales vinieron dende á poco á guerrear con los nuéstros, y como la tierra donde acometieron era rasa y llana, fueron desbaratados con mucha presteza y con muerte de muchos indios que les alancearon, recibiendo ellos sólo el daño de la muerte de un caballo. Y de este río de Guarinó marchando, entraron por la Provincia de los Palenques, que es donde al presente están pobladas las ciudades de Victoria y los Remedios, donde hallaron muchos pueblos de gente muy belicosa y guerrera, todos los más de los cuales estaban fortalecidos con palenques hechos de gruesos maderos donde defendían tan bien sus personas y haciendas, que en muchos días que el Capitán Maldonado anduvo por esta Provincia hubo muy pocas victorias con los indios. Quiso Maldonado asaltar y desbaratar uno de estos palenques junto al cual se alojó con toda su gente, de donde luégo salió muy dispuesto indio con una macana en las manos, y paseándose por delante de su palenque, comenzó á hablar muy soberbia y ásperamente como hombre á quien el atrevimiento de los españoles había causado particu-

lar enojo, diciendo que porqué eran tan locos que menospreciando el vivir se les venían á las puertas de sus casas, donde les incitaban á que tomando las armas les diesen el pago de su inconsiderado atrevimiento, y que lo más acertado y provechoso les sería volverse luégo antes que la multitud de gente que dentro de aquel palenque estaba fuesen indignados á tomar las armas; y este atrevimiento de este bárbaro causaba que como hasta entonces no había visto españoles ni sabía hasta dónde llegaban sus fuerzas y crueldades, y él y su gente eran señalados entre los demás naturales, parecíale que el mismo vigor tendría contra los españoles, y por eso habló tan atrevida y desenvueltamente; pero Maldonado, no curándose de sus vanas palabras, tomó consigo sesenta hombres y metióse en unas casas que junto al palenque estaban, aunque algo apartado de él, y de allí arremetieron estos soldados por mandado de su Capitán al palenque para asaltarlo y entrarlo por fuerza; pero fueron rebatidos de los bárbaros que dentro estaban, con pérdida de diez españoles que les mataron con lanzas y flechas que de dentro les tiraban. Juntó Maldonado toda su gente en aquellos bohíos en que se había apoderado, para de allí con más facilidad asaltar el palenque, y otro día le quiso dar otro asalto con cincuenta hombres que á ello envió, pero sin hacer ningún efecto se volvieron con pérdida de otros diez soldados que en el acometer el palenque les mataron los indios con flechas untadas de ponzoñosa yerba, y deseando el Capitán hacer algún daño en estos indios para que no quedasen tan victoriosos, hizo á un soldado extranjero llamado Mateo Sánchez Rey, que sobre unas ruedas como chirriôn armase cierta máquina de madera en la cual pudiesen llegar cubiertos españoles al palenque y asaltarlo; pero aunque esto fue hecho, no trajo ningún fruto, porque como la máquina fuese hecha y en ella se metiesen ocho españoles y se llegasen al palenque, los indios de la parte de adentro con garfios de madera derribaron la compostura y castillo y mataron á todos los que en él iban, sin escapar ninguno; y visto esto, el Capitán Maldonado, y que aunque había estado sobre aquel palenque cuarenta días, no lo había podido tomar, antes sin daño de los indios había perdido muchos de sus sol-

dados, y viendo la mucha vigilancia y solicitud que los indios ponían en guardar su palenque, así de noche como de día, sin perder punto en lo que tocaba á las velas y guardias, al orden que los españoles en esto tenían, alzó su gente de allí y siguió su descubrimiento de sierras nevadas, pasó por otras muchas poblaciones de esta Provincia de los Palenques, donde tuvo muchas guazabaras con los indios, en las cuales le mataron algunos soldados, y fue á salir á una Provincia llamada Mineima, donde hallaron rastro de la gente de Belalcázar que había pasado por allí; y como esta Provincia estuviese cercana á las sierras nevadas en cuyo descubrimiento y demanda iban, parecióles que no podía ser cosa próspera por la nueva que Belalcázar y los suyos habían dado de la tierra por do habían pasado, y así no curaron de ir más adelante con su descubrimiento, sino de allí se volvieron la vuelta del río grande por algunas poblaciones de gente belicosa, por las cuales pasaron trabajosamente, y pasando el río grande se volvieron al Nuevo Reino y ciudad de Santafé, de donde habían salido, donde hallaron á Hernán Pérez de Quesada que todavía gobernaba con quietud y ocio, así por la tranquilidad que entre los españoles había, como porque los naturales cansados y lastimados de las guerras pasadas, en las cuales fueron ásperamente castigados, no habían intentado ningunas novedades ni rebeliones.

Este Capitán Maldonado con esta gente fue el primero que descubrió esta Provincia de los Palenques y entró en ella y la anduvo, y después de él entraron otros como adelante, tratando de las poblaciones de Victoria y los Remedios que en ellas están poblados, se dirá.

CAPITULO UNDECIMO

En el cual se escribe la entrada de Montalvo de Lugo en el Nuevo Reino, y cómo persuadió á Hernán Pérez de Quesada que hiciese la jornada del Dorado, el cual salió á ella con su gente, y lo que le sucedió hasta llegar al río Papamene.

Pocos días después y aun casi en la misma sazón que el Capitán Maldonado salió del descubrimiento y jornada de sierras nevadas y de los palenques, entró en esta Provincia

del Nuevo Reino un Capitán Montalvo de Lugo con cierta cantidad de españoles que habían salido de la ciudad de Coro y Gobernación de Venezuela, que fue el quinto Capitán que en el Reino entró con gente; y para que por entero se sepa la causa de la entrada de este Capitán Montalvo en el Reino, aunque me aparte de la materia principal por haber de tocar muy peregrinos sucesos, la contaré.

Este Capitán Montalvo anduvo con el Gobernador Jorge Espira en la jornada que hizo por los llanos de Venezuela en demanda del Dorado, de quien atrás asimismo apunté acerca de Federmann, de donde, como dije, salió Jorge Espira perdido, y en el camino, por industria del mismo Federmann, se erraron, porque el uno caminaba hacia Coro, que es como decir al Norte, y el otro al Sur; y deseó Jorge Espira dar aviso á su Teniente y á su gente para que no se perdiesen, lo cual, aunque intentó, como en su jornada más largamente escribo, no pudo haber efecto por defecto de ciertos ríos que estorbaron el pasaje dé los españoles que á ello iban.

Llegado pues Jorge Espira á Coro, los que gobernaban la tierra, que eran el Dr. Navarro y el Obispo Bastidas, determinaron enviar á este Capitán Montalvo con la gente tras de Federmann á avisarle no siguiese los vestigios y pisadas del Gobernador Jorge Espira, porque se perdería, aunque otros dicen que lo enviaban á poblar las Provincias del Tocuyo y Barquisimeto, donde ahora, en la propia Gobernación, están poblados dos pueblos de estos propios nombres. De cualquiera suerte que haya sido, el Capitán Montalvo de Lugo se metió la tierra adentro y vino á parar á la Provincia de Barquisimeto, donde estaba el desembocadero de la sierra para los llanos, y estando en esta población y Provincia llegó el Capitán Reinoso con parte de la gente que Cedeño, Gobernador de la Trinidad, había metido de la costa de Maracapana y Cubagua la tierra adentro en demanda del Meta, donde por su muerte fue este Reinoso electo por Capitán general; y después de haber andado por diversas regiones, volvió atrás casi perdido y desbaratado, y aportó, como he dicho, con la mitad de la gente á esta Provincia de Barquisimeto, donde á la sazón estaba Montalvo, y la otra mitad se había apartado con Diego de

Losada, que era Maese de campo, á invernar á otra parte por no poderse sustentar juntos por la mucha gente que traían y poca comida que había.

El Capitán Montalvo, por quedarse con la gente de Reinoso y más seguramente proseguir su viaje, prendió al Reinoso, y sin causas que pareciesen justas, lo envió á Coro para que de allí lo enviasen á Santo Domingo á dar cuenta de ciertos desacatos y resistencias que en tiempo que Sedeño volvía se habían hecho á jueces que la Audiencia de Santo Domingo contra él envió; y juntando y congregando Montalvo la gente de Reinoso con la suya, caminó la vía de los llanos y luégo se puso en camino siguiendo á Federmann por la aldea de la sierra, donde pasó su gente por el yugo y trabajo que los demás sus antecesores en esta derrota habían pasado, con hambres, enfermedades, muertes, así de tigres como de caimanes, y otros infortunios que consumían los hombres; y antes de llegar al pueblo de Nuestra Señora por do Federmann había atravesado la cordillera, tuvo noticia por indios de la sierra cómo había españoles en este Reino, y hallando por allí parte cómoda para subir y atravesar la cumbre de la cordillera, lo hizo así, presumiendo que la noticia que los indios le daban de españoles fuese el Capitán Federmann en cuya demanda había salido de Coro. Vino á salir á la ciudad de Tunja, donde fue muy bien recibido de todos los del pueblo y de Hernán Pérez de Quesada, que tenía el gobierno supremo de la tierra, y tratándose y comunicándose los dos, el Capitán Montalvo de Lugo y Hernán Pérez de Quesada vinieron á tener tanta amistad el uno con el otro, que fue promovido Hernán Pérez por parte del Capitán Montalvo á ir con gente en descubrimiento del Dorado ó de cierta noticia adelante de Los Choques y Papamene, á quien atribuyeron este nombre de Dorado, porque como el Capitán Montalvo había andado en toda la jornada con el Gobernador Jorge Espira, y había visto las noticias que los indios del Papamene y Choques les habían dado, de que adelante de aquella mala tierra había infinitas gentes que poseían gran cantidad de oro y plata, y en el Reino había en este tiempo gran número de gente, y todos en él no se podían sustentar sin notable daño de los na-

turales, fue fácilmente Hernán Pérez determinado de juntar gente é ir en demanda de las tierras que el Capitán Montalvo le decía, en las cuales, como he dicho, le prometía gran felicidad así de riquezas como de naturales. Muchos buenos soldados así de los que en el Reino habían entrado con el General Jiménez de Quesada como de los que entraron con los Generales Belalcázar y Federmann, que por sus justos trabajos y méritos tenían indios encomendados y con ellos algún sosiego y descanso, movidos con loca y sobrada codicia los dejaban y desamparaban por irse con Hernán Pérez á participar de la nueva tierra que iban á descubrir; y después se hallaron tan burlados cuanto adelante se dirá, pues así de estos soldados como de los que después subieron el río arriba con Jerónimo Lebrón, como de los que el Capitán Montalvo trajo consigo, hizo y juntó Hernán Pérez de Quesada doscientos y ochenta hombres bien aderezados y ciento y cincuenta caballos y otros muchos pertrechos de guerra, y según afirman algunos de aquel tiempo, más de ocho ó diez mil indios é indias moscas para el servicio de estos españoles y llevar cargas y otros muchos efectos bestiales de que los indios é indias servían en aquel tiempo; y dejando Hernán Pérez de Quesada por su Teniente en el Reino al Capitán Gonzalo Suárez Rondón, se partió de la ciudad de Santafé por principio del mes de Septiembre, año de mil y quinientos y cuarenta, y llevando consigo á los Capitanes Montalvo, y Martínez, y Maldonado, caminó la vuelta de los llanos á tomar el pueblo que decían de Nuestra Señora por el camino que el General Nicolás Federmann había traído al tiempo que entró en el Reino, y al atravesar la cumbre de los páramos de Pasca le dio un recio temporal de frío y hielo, de tal suerte que mucha parte de los indios é indias que llevaban se murieron helados sin poder ser guarecidos de los españoles; y sin sucederle cosa que fuese notable, próspera ni adversa, llegó al pueblo de Nuestra Señora, que, como atrás he dicho, está á las haldas de la cordillera, junto á los propios llanos de Venezuela, donde por ir la gente algo fatigada del trabajo de la sierra y cordillera que habían atravesado, le fue necesario holgar y descansar veinte días, después de los cuales marchó con su cam-

po por tierra rasa y llana hasta llegar al río que llaman del Guaviare, el cual pasado, caminó hasta llegar al río de Papamene, que está á la entrada de las montañas por donde Hernán Pérez rehusaba entrar temiendo su perdición y la de su gente, y así se alojó junto á las montañas para ver el acuerdo que tomaría, porque muchos de los Capitanes y soldados viejos que con él iban reprobaban el entrar en las montañas como cosa pésima y mala para la salud y conservación de la gente española, de la cual hasta entonces no le había faltado ninguna; pero contra la opinión de todos los más prevaleció el parecer de Montalvo de Lugo, que ya era Teniente general de Hernán Pérez de Quesada, que le decía y persuadía que se metiese por la tierra de los choques adelante, y llegando á cierta punta ó promontorio que llamaban la punta de Finisterra donde á pocas jornadas daban en la noticia del Dorado, en cuya demanda habían salido, aunque en reiterar sobre este negocio se estuvieron algunos días.

Metime tan sin pensar en esta jornada de Hernán Pérez, que me parece que estoy obligado á pedir perdón al lector por haber salido tan de golpe de la Provincia ó historia del Nuevo Reino de quien iba tratando; pero como esta jornada se había de escribir en otra parte, para no interrumpir la historia ya que la he comenzado á escribir aquí, tenga paciencia el lector, y si alguna pesadumbre le diere por parecer que se quiebra con esto el hilo y materia de la conquista y sucesos del Reino, pase adelante donde se volviere á tratar de él.

CAPITULO DUODECIMO

De cómo Hernán Pérez de Quesada se metió con la gente que llevaba por las montañas del Papamene, donde perdiendo mucha de ella, fue á salir desbaratado á la villa de Pasto, Gobernación de Popayán.

Volviendo á la jornada de Hernán Pérez de Quesada, como antes dije, pudo más la opinión del Capitán Montalvo que los pareceres contrarios de otros muchos, y así Hernán Pérez, tomando por sus propias manos y claramente la perdición y ruina de su gente, se metió con toda ella por las montañas del Papamene y Choques [illegible] ya tierra y

región, así por estar cubierta de grandes montes por cuya espesura en pocas partes de ella llega el sol á bañar ni calentar la tierra, como por las grandes humedades que por esta causa y cuotidianas aguas que del cielo caen, hay en toda aquella región, es en sí de tan corruptos aires, que luégo comenzaron á enfermar los españoles é ir muriendo y quedándose por el camino, á cuya mala región ayudaba en sus operaciones tan perjudiciales á la salud humana, la falta de las comidas y mantenimientos que verdaderamente parece que por fatal constelación de alguno de los planetas ó estrellas que sobre esta región asisten, la hacen abundosa de muchas cosas perjudiciales á la conservación de la naturaleza humana y falta de las provechosas y necesarias.

Partido pues que fue Hernán Pérez de Quesada de su alojamiento, y entrado, como he dicho, por las montañas, comenzó á pasar muy crecidos ríos y trabajosos caminos, dejando en ellos muchos españoles é indios que se morían de enfermedades y hambres y otras calamidades y trabajos que les sobrevenían, con los cuales llegó al cabo de Finisterra y de allí volvió sobre la mano derecha, caminando siempre por montañas hasta llegar á un pueblo que llaman de la Guazabara, por haber los naturales de él salido de mano armada al Capitán Maldonado que iba en la vanguardia con cierta gente española, con los cuales tuvieron una reñida guazabara en que los indios fueron desbaratados. Alojóse Hernán Pérez de Quesada en este pueblo de la Guazabara por haber en él alguna comida para que descansase y reformase su gente, y estaba puesto en tal parte este pueblo que para salir de él é ir adelante fue necesario enviar á hacer puentes para pasar unas ciénagas que por delante tenían, en las cuales con el puro trabajo de los españoles se hicieron veinte y cuatro puentes bien largos de madera, y por ahorrar del trabajo que en hacer los puentes se había de pasar, y los que adelante la fortuna les prometía y ofrecía, quisiera Hernán Pérez volverse atrás desde este pueblo, pero todos le aconsejaban lo contrario, á causa de que toda la tierra que atrás dejaban era de raras poblaciones, y esas quedaban tan destruidas y arruinadas, que se creía no hallarían en ellas ningún género de

comida con que poder salir á lo raso, y perecerían todos de hambre en el camino; y así le fue forzoso pasar adelante con su descubrimiento por aquellas montañas por las cuales se hallaban tan pocas poblaciones de indios, y esas tan pequeñas, que cuando topaban un pueblezuelo ó lugarejo de hasta cuatro casas ó bohíos, les parecía que hallaban algún suntuoso pueblo, pero de ríos caudalosos topaban en grande abundancia, que los ponían en harto trabajo, y así cada día iba Hernán Pérez perdiendo de su gente así españoles como indios y caballos. Llegaron á un río que llamaron del Bagre, en el cual descansaron algunos días por hallar en él alguna comida, y pasando de allí adelante; dieron en otro río que llamaron de Olmeda, á causa de que pasándolo un hombre principal llamado Jorge de Olmeda, que en su caballo llevaba una india á las ancas, cayó el caballo y el río era furioso y húbose de ahogar en él este Olmeda. Estando toda la gente española pasando este río, ya que de la otra banda había pasado la mitad, creció el río con las muchas aguas que llovían, de tal suerte que nunca pudo en tres días pasar gente de la una parte á la otra, ni había lugar de hacerse puentes por la mucha anchura de él, y así los que habían quedado por pasar el río padecieron tal hambre y necesidad en estos tres días, que les fue forzoso matar un caballo de los que tenían, para comer; y viéndose en esta aflicción, encomendándose á Dios Todopoderoso, hicieron cierta promesa á Nuestra Señora por la evacuación del río para conservación de sus vidas, la cual hecha, abajó el agua de suerte que se pudo vadear el río, y lo pasaron con hambre y trabajo. Pasado el río, holgaron allí dos días con cierta comidilla de yuca y algunas legumbres de la tierra que hallaron, y prosiguiendo su viaje siempre por montañas y ríos que la fortuna les ponía por delante, llegaron al pueblo que llamaron de La Fragua, que serían veinte ó veinte y cinco casas extendidas en seis leguas de tierra de dos en dos y de una en una, por las cuales se esparcieron los españoles para poderse sustentar y descansar algunos días del trabajo del mal camino y ríos y hambres que siempre pasaban, dejando por todas partes gente atrás perdida.

Envió desde este alojamiento Hernán Pérez de Quesada

al Capitán Maldonado que fuese adelante á descubrir con ciertos soldados de los más sanos y robustos para sufrir el trabajo, el cual después de haber pasado más de veinte leguas de despobladas montañas, dio en algunas casas ó bohíos de indios; pero Hernán Pérez no quiso seguir aquel camino que Maldonado había descubierto, por parecerle que sería total destrucción y ruina de toda su gente, y así envió por otras partes otros Capitanes y caudillos á que descubriesen y viesen si había salida conveniente de suerte que no pereciesen todos.

El Capitán Martínez con los que con él iban dio en un río en cuyas riberas estaba un lugarejo de hasta ocho casas ó bohíos bien proveídos de comida, al cual, por ir los españoles tan hechos á no hallar pueblos de más de dos casas, y como dije el mayor de cuatro, pusieron á este Valladolid, nombre por cierto bien desemejable al pueblo y lugarejo que estaba puesto de la otra banda del río, que era algo caudaloso, y por donde había de pasar para ir al pueblo, lo dividía una isla de montaña que en medio de él había, en dos brazos, que el uno más cercano al pueblo era hondable y no se podía vadear, y el otro se vadeaba por cierta parte señalada. Martínez volvió á dar aviso á Hernán Pérez de Quesada que había quedado en el pueblo de La Fragua, el cual luégo se partió con su gente de á pie y de á caballo que consigo llevaba á la ribera del río donde estaba el lugarejo llamado Valladolid. Para haber de pasar luégo á la otra banda, fueles defendido y estorbado el pasaje por los indios del pueblo, que saltando en sus canoas y pasando el primer brazo á la isla que está en medio del río, las dejaban allí, y casi nadando pasaban el otro brazo con sus arcos y flechas en las manos y muchos dardos y hondas con que arrojaban piedras, y peleando desde la lengua del agua con los españoles, les defendieron por todo aquel día el pasaje; pero el día siguiente fueron los nuéstros satisfechos y vengados de la resistencia que los indios les habían hecho y guazabara que les habían dado, porque como venida la noche ellos fuesen á sus casas, el Capitán Montalvo hizo buscar vado en el primer brazo del río, y hallándolo, pasaron ciertos españoles á la isla que en el medio estaba, que como he dicho era montuosa, donde se emboscaron y pusieron en celada, y

como otro día de mañana los indios se tornasen á juntar y embarcar en las canoas para hacer lo que el día antes habían hecho, llegaron á la isla, y dejando allí sus canoas pasaron á dar guazabara á Montalvo que con otros pocos españoles se les había puesto delante, y como los indios llegasen á pelear, fue hecha señal, según estaba concertado, para que los españoles de la emboscada saliesen á dar por las espaldas en los indios, los cuales lo hicieron, así que saliendo de repente causaron tal espanto en los indios, que de turbados no osaron menear las armas, y acudiendo los demás españoles los tomaron en medio del río donde podían bien entrar los caballos, y allí hicieron tal estrago en ellos, que muy pocos escaparon con la vida, y así iba el río lleno de cuerpos muertos y teñido en sangre. Tomaron luégo los españoles las canoas y con ellas pasaron todos y su fardaje el río y se alojaron en el lugarejo de Valladolid, donde tuvieron qué comer algunos días. El Capitán Martínez fue el más mal librado en esta entrada de Valladolid, porque en la guazabara que con los indios dentro del río tuvieron, le dieron una lanzada de que le quebraron un ojo.

Acabada de comer la comida que en Valladolid se halló, marcharon el río arriba con menos concierto de lo que á gente de guerra era permitido, á causa de los muchos enfermos que de ordinario se llevaban en el campo tan debilitados que no podían llevar una espada en la mano, y unos acabados de morir y otros luégo caídos, y así era grande el trabajo que con ellos se llevaba por haber de ir siempre en la retaguardia gente con caballos recogiéndolos porque no se quedasen por el camino.

El día que los españoles salieron del pueblezuelo de indios llamado Valladolid, un escribano llamado Francisco García, que debía ser algo glotón, no pudiendo sufrir la pena que la falta de la comida le daba por ser su destemplanza grande, determinó de ahorcarse, y poniéndolo en efecto él mismo sin que otro le ayudase, se colgó de un palo del bohío donde estaba alojado. De donde saliendo fueron á parar á una loma alta en la cual había una poca de poblazón y comida de la cual envió Hernán Pérez á Maldonado con que fuese á descu-

brir si había algún camino por do salir de aquellas montañas. Maldonado caminó tres días sin saber por dónde iba, al cabo de los cuales atravesando la cordillera y cumbre de la sierra, dio en un valle de cabañas y mucha poblazón, llamado Sibundoy. Era este valle de los términos de la villa de Pasto de la Gobernación de Popayán, y á la sazón lo andaban pacificando ciertos Capitanes por mandado de Belalcázar, que ya era Adelantado de aquella Gobernación.

El Capitán Maldonado, no conociendo la tierra, volvió con mucho contento á dar aviso á Hernán Pérez, el cual luégo se movió con toda su gente á entrar en el Valle de Sibundoy con pérdida de muchos soldados que los indios le habían muerto en la loma donde había estado alojado, los cuales eran indios caníbales, y tan atrevidos y desvergonzados, que el día que los españoles levantaron sus toldas de aquel alojamiento, les tomaron los indios seis soldados á manos delante de toda la más gente, sin que se pudiese remediar por ser la tierra tan doblada y montuosa, y allí incontinenti los hicieron pedazos y se los llevaron cargados para comer.

En veinte leguas que de la loma dicha hasta el Valle de Sibundoy había por la maleza del camino, perecieron muchos españoles y caballos. Iba Hernán Pérez de Quesada tras toda su gente recogiéndola y animándola porque no se le quedase perdida y muerta más de la que se le había quedado, y llevaba la avanguardia el Capitán Montalvo con ciertos soldados, el cual entró en el Valle ya tarde y llegó á unos bohíos donde había harto maíz y otras raíces y legumbres que comer, en los cuales se alojó, y era tanta la hambre que llevaban, que españoles, indios y caballos en toda la noche no entendieron sino en comer, que no se veían hartos según la canina hambre que consigo traían. Otro día de mañana le salieron muchos indios de paz al Capitán Montalvo, y preguntándoles por señas dónde estuviesen españoles, dijeron que media legua de allí andaban los que como dije por mandado de Belalcázar pacificaban aquel valle, que eran el Capitán Pedro de Molina con cierta gente española, el cual, como por lengua de los indios tuviese noticia de la llegada de Montalvo á Sibundoy, envió dos soldados conocidos llamados Alonso del

Valle y Mansilla, que habían entrado en el Nuevo Reino con Belalcázar, á que supiesen qué gente era la que en el valle había entrado, los cuales lo hicieron como les fue mandado, y llevaron noticia á su Capitán Pedro de Molina del suceso de Hernán Pérez y de su gente.

El Capitán Molina otro día envió á recibir con contento á Hernán Pérez y á los que con él iban, con el Capitán Cepeda y otros cuatro vecinos de Pasto, con refresco para comer, donde se juntaron todos los unos y los otros, y se holgaron Hernán Pérez y sus compañeros de que Dios los hubiese sacado tan inopinadamente de una fragosidad y maleza de tierras y montañas en que andaban engolfados y perdidos, á tierra donde había cristianos que los socorriesen y favoreciesen. A Hernán Pérez le habían quedado ciertas cadenas de oro y otras joyas, las cuales allí ferió por ganados y los repartió entre los suyos para que se reformasen, y les dio licencia que se fuesen donde quisiese cada uno, y él con algunos que lo quisieron seguir se fue la vuelta de Cali á ver con el Adelantado Belalcázar, que en esta sazón residía en este pueblo, y los soldados cada cual se fue por su parte y algunos se volvieron al Reino de donde habían salido.

Perdió Hernán Pérez de la gente que sacó del Nuevo Reino, desde que se metió por las montañas del Papamene y Choques hasta que llegó al Valle de Sibundoy, pasados de cien españoles y más de ocho mil personas de indios é indias y la mayor parte de los caballos, que todos fueron muertos de hambres y ahogados en ríos y de enfermedades que por la mala constelación de la tierra les daban.

CAPITULO DECIMOTERCERO

En el cual se escribe cómo ido en España el General Jiménez de Quesada trató de comprar la Gobernación de Santa Marta al Adelantado D. Alonso Luis de Lugo, y cómo estuvieron concertados sobre ello y se deshizo el concierto por cierta ocasión, y cómo el Adelantado se partió de España para las Indias y llegó al cabo de la Vela, con lo que le sucedió hasta que llegó al Nuevo Reino.

En tanto que Hernán Pérez de Quesada andaba en esta calamitosa jornada, la cual llamaron y hoy llaman del Dora-

do, vino al Nuevo Reino el Adelantado D. Alonso Luis de Lugo, hijo del Adelantado viejo D. Pedro Fernández de Lugo, á quien por su gran bondad y cristiandad llamaron *el bueno.*

Al tiempo que el General Jiménez de Quesada llegó á Corte en España y dio noticia al Rey y á los de su Consejo de las Indias de la tierra que había descubierto, estaba asimismo en Corte D. Alonso Luis de Lugo, que había emparentado con el Comendador Mayor Francisco de los Cobos, y por esta vía vuelto en gracia con el Emperador, por donde vino á haber licencia de suceder en la Gobernación de Santa Marta, á quien asimismo por el respecto dicho se adjudicó el Nuevo Reino. El General Jiménez, deseando haber para sí la Gobernación, trató con el Adelantado D. Alonso Luis de Lugo que le vendiese ó cediese el derecho que á ella tenía, y le daría cierta cantidad de dineros; el Adelantado convino en ello, y tratóse en el precio, y fueron concertados en veinte y tantos mil ducados, de los cuales le dio luégo Jiménez una parte al Adelantado, que serían doce ó trece mil ducados, y ya que de ello se habían de hacer las escrituras y el Rey colar y pasar la Gobernación, fue impedido el Adelantado y estorbado por su deudo el Comendador Mayor á que no hiciese ni efectuase el cambio, diciendo que pues el General Jiménez se ofrecía de darle tánta suma de oro, que viniendo él en persona al Nuevo Reino, que era su Gobernación, mucha más cantidad habría, pues en adquirir dineros no era perezoso. El Adelantado, pareciéndole bien lo que Cobos le decía, salióse afuera del concierto que tenía hecho como persona poderosa, y dejó frustrado á Jiménez de su designio y sin el dinero que por señal le había dado, sin querérselo volver, diciendo que más cantidad se le debía por la parte que su padre había de haber del oro que en el Reino había habido.

Con este aviso y acuerdo, el Adelantado D. Alonso se determinó de volver á Indias, y habiendo y juntando cantidad de gente para subir seguramente al Nuevo Reino, fue á aportar al cabo de la Vela, donde adjudicando la tierra á su Gobernación, se entremetió en algunas cosas de que se desabrió mucho el Rey con él, porque usando de más señorío del que le era dado, sacó por fuerza de la Caja Real cierta cantidad

de marcos de perlas y oro contra la voluntad de los oficiales, á los cuales echó presos, é hizo otras molestias y agravios, diciendo que no le habían de estorbar que no tomase lo que de derecho le pertenecía, que era el dozavo del quinto real, sobre todo lo cual le escribió el Emperador y los del Consejo Real reprendiéndole ásperamente su atrevimiento y mandándole que volviese lo que allí había tomado, y se entiende que si no estuviera de por medio quien estaba, que fuera su atrevimiento, como era razón, atajado.

Del cabo de la Vela se vino á Santa Marta, donde hizo bergantines y sacó por tierra y por mar más de trescientos hombres, con los cuales caminó por tierra y por el río por el propio camino por do habían subido el General Jiménez de Quesada y su gente y después de ellos Jerónimo Lebrón; y como á esta sazón en las riberas de este río no había ningún pueblo de españoles poblados y los naturales estaban rebeldes y cada día tenían noticia de hasta dónde llegaban las fuerzas de la gente que por allí pasaba, hacíanse más belicosos y guerreros, y juntamente con esto tenían ya por aviso de en sintiendo que españoles subían el río arriba, quitar las comidas de junto á las riberas y llevarlas á esconder la tierra adentro, y así se hicieron tan nocibles los trabajos á esta gente, que el Adelantado llevó consigo como á los demás que antes habían pasado. Sólo una ventaja llevaban y tenían, que era saber que iban á tierra descubierta y poblada y por camino que ya se había andado otras veces.

La gente que el Adelantado llevaba consigo, como toda la más, era recién venida de España y que él la había traído consigo, que comúnmente llaman chapetones: probólos la tierra y comenzaron á enfermar por el camino y á morir y á quedarse muchos vivos escondidos por los montes á minción de que tigres ó indios los matasen ó ellos pereciesen de hambre como otros muchos habían hecho, y porque finalmente las persecuciones y mortandades y hambres y trabajos de esta gente del Adelantado no fueron menores que las de los demás que por este propio camino habían pasado, los cuales si por extenso se hubiesen de recontar, sería hacer larga digresión.

Digo que cuando el Adelantado llegó á las sierras de Opón llevaba ya menos más de los dos tercios de la gente española que de Santa Marta había sacado, consumidos con los trabajos referidos del camino. Llegados que fueron á la sierra y Valle de Opón, como era todo montañas y el camino iba muy cerrado de tal suerte que por haber crecido por el mucho monte no se podía ver ni se dejaba entender ni conocer, fue puesto el Adelantado en gran confusión con toda su gente, de tal suerte que estuvieron para volverse á Santa Marta, porque ni hallaban, como he dicho, camino para pasar adelante ni comida con qué sustentarse.

A esta sazón estaba en el Reino por Justicia mayor y Capitán general el Capitán Gonzalo Suárez Rondón, el cual tuvo nueva por lengua de los naturales del Valle de La Grita que se comunicaban y trataban con la gente y naturales del Valle de Opón, cómo en aquellas sierras había españoles, y deseando que no se perdiesen ni pereciesen, envió un buen soldado y buen peón llamado Martín de las Islas á que los fuese á guiar y sacar de aquellas montañas, el cual llegó á tiempo que ya, como dije, estaban para volverse á Santa Marta, que fuera harto mejor para la quietud y sosiego de muchos; y con indios que el Martín de las Islas llevaba, moscas, dio luégo aviso al Capitán Suárez cómo era el Adelantado de Canaria. Suárez, desde que lo supo, luégo aderezó cierto refresco de pan y carne y se lo envió al camino al Adelantado, lo cual le fue tan bien gratificado cuanto adelante se dirá.

El Adelantado y su gente salió de las montañas y sierras de Opón mediante la guía que se le había enviado, y luégo que entró en el Reino fue obedecido por Gobernador de él, porque traía nuevas provisiones, y así se apoderó de toda la jurisdicción y gobierno de él.

CAPITULO DECIMOCUARTO

En el cual se escribe lo que el Adelantado hizo é intentó durante el tiempo que en el Reino estuvo para sacar de él muy gran cantidad de oro, lo cual sacado, se volvió á España. Trátase aquí qué cosa es dejación de indios y del vender los repartimientos.

Después que el Adelantado D. Alonso tuvo debajo de su mando la tierra y pueblos del Nuevo Reino, toda su felicidad

era inquirir y saber qué personas de las que entraron en la tierra con el General Jiménez de Quesada tenían y poseían oro, y entre otras de quien le dieron noticia fue el Capitán Gonzalo Suárez Rondón. De éste procuró con buenas palabras sacar el oro que tenía escondido debajo de su madre la tierra, por quitarlo de las asechanzas de los hombres de quien siempre se temía, y como con buenos cumplimientos y razones no pudiese cobrar nada ni el Capitán Suárez le quisiese dar cosa ninguna, determinó hacerle hacer por fuerza lo que voluntad no tenía, y así porque no le quería dar el oro que tenía, lo prendió y tuvo preso y comenzó á molestarle con prisiones y otros agravios que le hacía, los cuales no bastaron á convencer el afligido ánimo del Capitán Suárez para que descubriese al Adelantado dónde tenía el oro que el uno con obstinación defendía y el otro con codicia procuraba, por lo cual presumiendo el Adelantado que un deudo ó cuñado de Suárez que se decía Pedro Vásquez de Loaisa, era ó podía ser sabedor del lugar donde Suárez tenía escondido el oro, porque como aún á esta sazón había pocos cofres, llaves ni otros géneros de custodias en el Reino, tenía por más seguro el esconder cada cual sus riquezas debajo de la tierra que no tenerlas en los frágiles bohíos en que vivían, y según he dicho, había hecho lo mismo el Capitán Suárez en presencia de este su pariente Pedro Vásquez, lo prendió, el cual como se viese oprimido de las molestias del Adelantado y aun que le amenazaba que le quería dar tormentos porque declarase lo que le mandaba, hubo con justo temor de descubrir dónde estaba el oro escondido, y enseñándoselo al Adelantado, sacó de él más de diez ó doce mil pesos, sin las piedras esmeraldas, que tenían harto valor y precio, y con todo esto jamás, durante el tiempo que el Adelantado estuvo en el Nuevo Reino, hubo hombre que pudiese recabar con él que soltase á Suárez de la prisión en que lo tenía, más aún después lo llevó consigo á la costa á Santa Marta y lo metió en el navío en que él se embarcó para España, con intento, según algunos han querido decir, de que pereciese en el camino; pero después le vino á soltar en el cabo de la Vela, como adelante se dirá. Y aunque no con tan notorias opresiones como las del Capitán Suárez, sacó

también el Adelantado oro de poder de otros muchos vecinos que lo tenían guardado para remedio de sus necesidades, de los cuales á unos se lo pagó con darles indios, que no los tenían, y á otros con mejorarlos en los repartimientos, y otros se quedaron sin ser gratificados en lo uno ni en lo otro, y aun sobre esto despojados de los indios que les habían sido dados por el Gobernador Jiménez de Quesada, por lo cual hasta hoy plañen la calamidad de este tiempo.

Usó el Adelantado de otro ardid más curioso y disimulado para hacer oro, y fue que trató con los cabildos y personas principales que porque la tierra y naturales del Nuevo Reino no estaban bien repartidos, ni conforme á derecho, que hiciesen dejación todos de los indios que tenían, para que él de nuevo los repartiese y encomendase, y porque no todos entenderán qué es esta dejación y se ha ofrecido aquí ocasión, quiérolo declarar á los que lo ignoran.

Dejación es una escritura que el que tiene indios encomendados hace y otorga ante un escribano, por la cual renuncia la encomienda que de los tales indios tiene, en el Rey, libremente, para que los dé y encomiende S. M. y sus Gobernadores en quien fuesen servidos, y estas dejaciones y renunciaciones son tan firmes y valederas, que si no fuese que al que hizo la dejación de nuevo le tornen á encomendar los indios que dejó, ni él ni sus hijos tienen derecho á ellos, y así está en arbitrio del que gobierna dar los indios renunciados á quien él quisiese y fuese su voluntad. En tiempo antiguo solían hacer estas renunciaciones de indios en favor de particulares personas con retención que si el Rey ó el Gobernador no tenía por bien de encomendar los indios en aquella persona en cuyo favor hacía la dejación, retenía en sí el derecho de la encomienda, y esta condición han quitado las Audiencias, pareciéndoles, y con muy gran razón, que la encomienda es administración de personas libres y no cosa vendible, porque las dejaciones hechas de esta manera traían consigo evidente y clara presunción de venta que de los repartimientos se hacía, lo cual los cristianísimos Reyes y los de su Consejo de las Indias han mandado extirpar y cesar con todo rigor, enviando sobre ello muchas y muy particulares cédulas y pro-

visiones así para los Jueces que no lo consientan y lo castiguen, como contra los que contraen y celebran las tales ventas que han sido mucha parte para ser agraviados y mal tratados los indios, porque uno que de aprovechamiento y demoras y por ventura violentamente ha habido de los indios que tiene encomendados diez ó veinte mil pesos, quiere irse con ellos en España, y para llevar otros cuatro ó cinco mil pesos más, procura vender los indios ó la encomienda á quien le dé esta cantidad de moneda, y allá tienen sus colores con los Jueces para que pasen los indios en el comprador, el cual en breve tiempo procura haber de ellos la moneda que le costaron y otro tanto como el que se los vendió había habido, y para este efecto forzosamente han de ser los míseros indios vejados y molestados con nuevos modos de trabajos y ocupaciones serviles con que no sólo son consumidos y muertos, pero algunas veces no les dejan tiempo para hacer sus sementeras, y si las hacen, es fuéra de sazón y de tiempo de labor, de suerte que se vienen á perder sus sementeras y sus hijos á perecer de hambre.

Esto todo ó la mayor parte está hoy remediado mediante la curiosidad y rigor de que han usado los Visitadores y Jueces que el Rey ha mandado y manda que visiten la tierra y los repartimientos de ella, y como dije, asimismo lo del vender de los repartimientos, y en todo cada día se va poniendo remedio de parte del mucho cuidado que S. M. y los de su Real Consejo de Indias han tenido y tienen del pro utilidad, conservación, conversión y aumento de los naturales de este Reino y de todas las Indias general y particularmente, de lo cual algunas cosas iremos tocando en el discurso de esta historia, así de las leyes y provisiones dadas en favor de los indios como de lo que en todo por esta causa se ha mejorado á los naturales del Nuevo Reino en lo espiritual y temporal.

Volviendo pues al Adelantado, demás de tratar que se hiciesen estas dejaciones, trató y concertó que los Cabildos eligiesen un Procurador general que le pidiese que de nuevo juntase é hiciese una masa toda la tierra y naturales de ella y los repartiese como convenía, por defecto de no estar bien repartidos. En lo de las dejaciones algunos las hicieron por

ser los indios que tenían de poca importancia, y otros que aunque eran muy buenos, confiados de su amistad que se les volverían, se ofrecían á dejarlos, algunos de los cuales se hallaron burlados por no tornárselos á encomendar, y otros no quisieron hacer dejación, á los cuales molestó gravemente el Adelantado con graves prisiones; y en lo del Procurador general hiciéronlo los Cabildos por complacerle, y ordenóse como él quiso, con lo cual tuvo mejor color para despojar generalmente á los encomenderos de los indios que tenían encomendados, reteniéndolos en sí un año, de los cuales cobró generalmente una demora que era el tributo que cada repartimiento de indios estaba obligado á dar en cada un año á su encomendero. Pasado este año comenzó á repartir la tierra y dar los repartimientos á quien quiso y le pareció, más por precio que por méritos, y puso en su cabeza, según algunos, más de treinta repartimientos de los mejores de la tierra.

En este tiempo volvió al Nuevo Reino Hernán Pérez de Quesada que, como dije, salió de la jornada del Dorado, perdido, á la Gobernación de Popayán, al cual asimismo comenzó á agraviar el Adelantado como á los demás vecinos, porque tuvo noticia de que este Hernán Pérez de Quesada y otro hermano suyo llamado Francisco de Quesada, con otros vecinos, escribían á España informando al Rey de los agravios y sinjusticias que hacía el Adelantado generalmente á todos en el Reino; y para dar color á sus aceleraciones y molestias que contra Hernán Pérez y su hermano hacía, les opuso que se querían levantar y amotinar é inventar novedades, y porque esta su oposición tuviese algún color ó apariencia de verdad, ahorcó un hombre que parecía ser familiar de Hernán Pérez, y con esta color los echó de la tierra á entrambos hermanos, enviándolos presos con el Capitán Céspedes que á esta sazón estaba de camino para ir á poblar la Provincia de los panches y sierras nevadas con gente que á su costa tenía hecha Céspedes, la cual le quitó el Adelantado diciendo que era necesario que fuese á reedificar á Santa Marta, que la habían asaltado y quemado franceses, y con esta color hizo al Capitán Céspedes su Teniente y envióla á Santa Marta, entregándole por presos á Hernán Pérez de Quesada y á Francis-

co de Quesada su hermano, para que los enviase con la misma color á Santo Domingo.

La gente que Céspedes tenía hecha la dio y entregó al Capitán Hernán Venegas Manosalbas, natural de Córdoba, para que fuese con ella al efecto que Céspedes había de ir, y así Venegas fue y pobló la ciudad que hoy dicen de Tocaima, en la Provincia de los panches, en las riberas del río grande, de cuya fundación y conquista se tratará particularmente adelante.

Céspedes se fue á la costa y trabajó todo lo que pudo en reedificar á Santa Marta y en hacer los indios comarcanos á ella de paz, y en gratificación de esto en el Reino el Adelantado le quitó su casa é indios y los dio al Capitán Montalvo de Lugo, de quien atrás hemos tratado que era su pariente, y le echó á perder otra mucha hacienda que Céspedes tenía en el Reino.

El Adelantado, pasando adelante con su manera de riguroso gobierno, quiso sacar cierto oro de la Caja del Rey, y como Briceño, que era tesorero, no se lo quisiese dar, lo echó preso y lo comenzó á molestar, por lo cual le fue necesario quebrantar las prisiones una noche, y él y otros muchos conquistadores que tenía presos porque no le querían dar oro y porque no hacían dejación de los indios que tenían encomendados, se huyeron y fueron á la costa para irse á quejar al Rey de las fuerzas é insolencias del Adelantado, el cual temiendo que no viniese Juez que le tomase residencia antes de salir de la tierra, apresuró su partida, y mandando hacer bergantines en la ciudad de Tocaima, se embarcó en ellos para la costa dejando bien arruinada la tierra y mudada toda, y en ella por su Teniente general al Capitán Montalvo de Lugo.

No trato particularmente de los agravios que el Adelantado hizo á muchos, por parecerme historia muy larga, y así no me resta por decir sino que fue venturoso en todo el Adelantado, porque al punto que llegó á Santa Marta llegó el Licenciado Miguel Díaz Armendáriz á Cartagena, que venía de España á tomarle residencia. El Adelantado se embarcó y fue la vuelta del cabo de la Vela, donde no le habían querido recibir, antes le habían tirado ciertos tiros de artillería

para que no saltase en tierra. Salieron de Santa Marta en su seguimiento en otro navío el Capitán Céspedes y otros muchos conquistadores del Reino, para irse á quejar de él al Rey, y alcanzáronle en el cabo de la Vela, donde ya estaba surto pero no obedecido por Gobernador; y como llegaron los agraviados del Reino hiciéronse con los ciudadanos del cabo de la Vela, á ruego de todos los cuales la Justicia de allí quitó las velas al navío del Adelantado, y por esta vía vinieron á oprimirle á que soltase al Capitán Suárez que llevaba preso y que pagase al tesorero del cabo de la Vela cierta cantidad de pesos de oro que le había tomado la primera vez que allí estuvo, y le hicieron que diese cédulas y mandamientos para que todos los que estaban allí agraviados del Reino se les volviesen sus repartimientos de indios de que habían sido despojados tan injustamente, y con esto lo dejaron irse á España con su tesoro, que fue en harta cantidad.

Hernán Pérez de Quesada y su hermano, estando embarcados en un navío de un Capitán Barchuleta, en el cual estaban asimismo el Obispo de Santa Marta D. Fray Martín de Calatayud, y el Capitán Gonzalo Suárez y otras muchas personas, cayó un rayo, y sin hundir ni quebrar el navío, mató al Capitán y señor de él llamado Barchuleta, y á Hernán Pérez de Quesada, y á Francisco de Quesada, su hermano, que estaban bien apartados unos de otros, y el Obispo quedó ciático y contrecho de un lado, y el Capitán Suárez quedó atónito y medio aturdido y espantado del furor y temor del rayo.

Durante el tiempo que el Adelantado D. Alonso Luis de Lugo estuvo en el Reino por el año de cuarenta y tres, envió al Capitán Luis Lanchero que descubriese desde Vélez camino y desembarcadero acomodado para entrar desde el río grande al Reino, porque el que por Opón se traía era insufrible y que no se podía caminar por él sin notable daño de los caminantes. Fue Lanchero con gente española que para ello se le dio y descubrió el desembarcadero que hoy llaman de Carare, por do entran los que vienen á aportar á Vélez, y de allí volvió á Vélez, el cual con la propia gente que había descubierto y abierto el desembarcadero y su camino, que eran cuarenta hombres de á pie, quiso atravesar á Santafé sin

llegar á la ciudad de Tunja ni á sus términos, y metiéndose por el Valle de Tuvinga que es en el rincón de Vélez, donde á la sazón estaba recogido el Cacique Saboyá con su gente que desde que dio la guazabara al Capitán Rivera hasta entonces siempre estuvo rebelado, dio en el alojamiento de Saboyá y los constriñó á que fuesen amigos y sirviesen á los españoles, y de allí fue descubriendo y atravesando toda la Provincia de los muzos donde hoy está poblado el pueblo de la Trinidad, que asimismo Lanchero pobló, como adelante se dirá, y salido que fue á Santafé pidió al Adelantado que quería volver á poblar aquesta Provincia de Muzo que había descubierto; el Adelantado le prometió que sí iría, pero nunca lo cumplió. Fue este el primer descubrimiento de la tierra de los muzos.

CAPITULO DECIMOQUINTO

En el cual se escribe la venida del Licenciado Miguel Díaz á Cartagena y la subida de Pedro de Orsúa al Reino, y las nuevas leyes hechas en favor de los naturales. Escríbese, en suma, el discurso del gobierno de Miguel Díaz.

Vueltos los del Reino del cabo de la Vela á Santa Marta, hallaron nueva cómo el Licenciado Miguel Díaz Armendáriz había llegado á la ciudad de Cartagena por Juez de residencia de las Gobernaciones de Cartagena, y Popayán, y Santa Marta, y Nuevo Reino de Granada, por lo cual luégo todos se partieron la vía de Cartagena, y llegados que fueron persuadieron al Licenciado Miguel Díaz que quisiese irse luégo con ellos al Nuevo Reino, el cual se excusó por entonces de lo hacer por respecto de la residencia que entre manos tenía y otras cosas tocantes al asiento y buen gobierno de aquella Gobernación; y como por esta vía no pudieron abreviar con el Licenciado Miguel Díaz á que luégo se partiese, trataron con él que enviase por su Teniente al Reino un sobrino suyo llamado Pedro de Orsúa, ofreciéndose ellos de hacerlo recibir por tál en el Nuevo Reino. Miguel Díaz vino en ello, y nombrando por su Teniente á Pedro de Orsúa, le envió con los que en Cartagena estaban agraviados del Adelantado, que subiesen todos al Reino, dándole bastantes poderes, aunque el Licenciado Miguel Díaz bien vio que no lo podía hacer, pero

como he dicho, á instancia y por complacer á los que se lo pedían y suplicaban, lo hizo, los cuales no se atrevían á volver al Reino aunque tenían cédula del Adelantado para que les volviesen los indios, porque como los que gobernaban la tierra, que eran los principales de ella, fueron las personas á quienes el Adelantado dio los indios que quitó á los que en la costa estaban, parecíales, y ello había de ser así, que subidos que fuesen al Reino, si no traían Juez de su mano que les diese y volviese sus indios, que nunca alcanzarían justicia, y por estas causas procuraron, como he dicho, que el Licenciado Miguel Díaz enviase con ellos á Pedro de Orsúa, como lo envió.

Partiéronse todos de Cartagena con otras gentes que para su resguardo juntaron para seguridad de los indios del río grande y sierras de Opón por do habían de pasar, y embarcáronse en cuatro bergantines, y como todos los más que en ellos iban eran hombres baquianos en la tierra, que es tanto como decir soldados viejos, no fue tan dificultoso ni tardío su viaje ni tan calamitoso como á los que antes habían andado este camino. Ya que llegaron cerca del Valle de La Grita, que es ya casi en los términos de la ciudad de Vélez, entraron en consulta por ver el modo que tendrían en que sin escándalo fuese recibido Pedro de Orsúa en el Reino, porque claramente veían que si primero no entraba el Gobernador Miguel Díaz á ser recibido, que ninguna obligación tenían á recibir ni admitir sus Tenientes, y parecíales que si el caso era descubierto y Pedro de Orsúa no se recibía, que ellos quedaban en riesgo y aventura de que el Teniente del Adelantado Montalvo de Lugo los maltratase y molestase, y aun por ventura que la gente se amotinase y no quisiesen recibir el propio Gobernador Miguel Díaz, temiendo otro yugo tan pesado como el del Adelantado, por defecto de conocer la rectitud de Miguel Díaz; y así determinaron que el Obispo D. Martín de Calatayud, que en esta compañía iba, y el Capitán Céspedes y otras personas se quedasen zagueros y rehacíos atrás, y que Pedro de Orsúa con el Tesorero Pedro Briceño, y el Capitán Galeano, y el Capitán Gonzalo Suárez, y Francisco de Figueredo, y Cristóbal Ruiz y otras personas de confianza

fuesen adelante, y entrando en Vélez diesen á entender que el Gobernador Miguel Díaz iba ó quedaba un poco atrás, y que solamente se habían anticipado á proveerle de alguna comida, el cual enviaba delante á su sobrino Pedro de Orsúa para que por él tomase la posesión de la Gobernación; por esta vía, de que los Cabildos temerían estar tan cerca el Gobernador, harían lo que se les rogase. Finalmente ello se puso en efecto así como se ordenó, y entrando Orsúa en Vélez, con el engaño y cautela referida le metieron en posesión del Gobierno, y de allí se partió con presteza á Tunja, donde asimismo con la misma cautela lo recibieron, y pasando á Santafé, donde á la sazón residía el Teniente del Adelantado Montalvo de Lugo, hizo juntar á Cabildo en la iglesia de la propia ciudad, donde debajo del trato dicho presentó sus recaudos Pedro de Orsúa, los cuales, como Montalvo de Lugo los viese, dijo que no se debían obedecer por respecto de que el Rey no mandaba recibir por Gobernador sino al Licenciado Miguel Díaz; pero como los demás del Cabildo temiesen la pronta llegada de Miguel Díaz, el cual gobernando les podía hacer bien y mal, tuviéronse en favorecer á Pedro de Orsúa, y así le admitieron aunque lo reclamaba Montalvo, el cual no queriendo dejar la vara que tenía, porque decía que como Teniente del Adelantado recibido la podía tener, Pedro de Orsúa, arremetiendo á él, se la quitó por fuerza y violentamente, y lo prendió y secrestó sus bienes, y lo envió preso á la ciudad de Cartagena, donde Miguel Díaz estaba, y él se quedó con el Gobierno de todo el Reino; y dende algunos meses concluyó el Licenciado Miguel Díaz la residencia del Gobernador de Cartagena Pedro de Heredia, y se subió al Nuevo Reino llevando consigo á Montalvo de Lugo para tomarle residencia.

Este Licenciado Miguel Díaz metió en el Reino las nuevas leyes que el cristianísimo Emperador D. Carlos, Rey de España, hizo y ordenó en favor de los indios en la ciudad de Barcelona el año pasado de mil y quinientos y cuarenta y dos, por las cuales se prohibía y prohibió que los indios no fuesen esclavos dende en adelante, y que los que hasta allí lo eran injustamente, fuesen libres, porque desde el año de mil y quinientos y cuatro hasta este tiempo hacíanse los indios

esclavos y comprábanse y contratábanse como tales, sin guardar en ello ninguna orden de las que el Rey había dado, y la causa de hacerse los indios esclavos procedió de que al principio que las Indias se descubrieron, los indios de la costa de tierra firme y de algunas islas mataron algunos frailes de todas Ordenes, sobre lo cual hubo en España congregación de religiosos y personas doctas de la Orden de Santo Domingo, que persuadieron al Rey que por muchas causas que Gomara trata en la *Historia general de las Indias*, que debían ser esclavos; y el Rey, como se lo aconsejaban tántas personas y tan doctas, vino en ello, ya digo, poniendo ciertas ordenanzas y condiciones que habían de preceder para que justamente fuesen esclavos, de las cuales ninguna se guardaba. Después á persuasión de los propios padres de la propia Orden de Santo Domingo, anuló el Rey aquel mandato por esta ley que he dicho, y restituyó á los indios en su libertad, y juntamente con esto mandó que fuesen tratados como personas libres y como los demás vasallos de la Corona de Castilla; y aunque en este Reino no se hacían los indios esclavos como en la costa, tenían á lo menos una manera de opresión, lo que llamaban ladinos y anacanas que de Perú se trajeron cuando Belalcázar entró en el Reino, de los cuales se vendieron muchos disimuladamente y eran enforzados á servir á los que los compraban, lo cual se estorbó por esta ley. Asimismo ordenó, por las dichas leyes, que ninguna persona se pudiese servir de los indios por ninguna vía contra su voluntad, y que los indios no fuesen cargados de una parte á otra con cargas que los consumían, y esto era muy acostumbrado en este tiempo.

Viendo los malos tratamientos y muertes de indios que se solían hacer tan disoluta y absolutamente, que verdaderamente los que hoy son vivos de aquel tiempo dicen que era tanta su ignorancia en esto del matar indios, que les parecía que no sólo no se cometía en ello pecado, pero que eran dignos de galardón por ello, y así mediante el rigor de esta ley y de otras que después acá se han hecho, hay mucha moderación en el maltratar indios ni matarlos, porque verdaderamente es grandísimo el cuidado que los Oidores y Visitadores

ponen en inquirir y saber el tratamiento bueno ó malo que cada encomendero hace á sus indios, y en otras ordenanzas que el Rey D. Felipe nuestro señor siendo Príncipe de España con acuerdo de los del Consejo Real de las Indias, hizo y ordenó, mandó que los tributos de los indios fuesen tasados y que sin tasa no se les llevase nada á los indios, refiriendo asimismo el buen tratamiento de los indios y el castigo y pena que se debía dar á los que los maltratasen, y otras cosas en favor de los indios como parecen por las mismas ordenanzas hechas en Valladolid el año de cuarenta y tres.

Todas estas cosas que consigo trajo Miguel Díaz causaron alguna pesadumbre á los españoles y encomenderos que en el Reino había, por irles á la mano en la libertad que antes tenían de tratar los indios como querían, oprimiéndolos en los servicios personales en más de lo que podían dar; aunque como casi en esta sazón se recrecieren las alteraciones del Perú de Gonzalo Pizarro, nunca Miguel Díaz hizo más de publicarlas, pero no se atrevió á ejecutarlas por temor que no hubiere alguna novedad en la tierra, y así en cosas tocantes á tributos y demoras se estuvo suspenso mucho tiempo después que los encomenderos llevaban todo lo que sus indios les querían dar de su voluntad, porque así lo rezaban en aquel tiempo las cédulas de encomiendas, como se podrá ver por su traslado que aquí irá inserto; pero los encomenderos procuraban sacar más de lo que los indios de su voluntad les querían dar, con mañas que para ello tenían con los caciques y principales, y así aunque como he dicho Miguel Díaz trajo estas tan justas y santas leyes al Reino, en ninguna manera pudieron ser cumplidas, excepto en lo que tocaba á la libertad de los indios y á su buen tratamiento, que esto siempre se cumplió y obedeció.

Gobernó con quietud Miguel Díaz el Reino seis años, en el cual tiempo, como he dicho, sucedió la rebelión de Gonzalo Pizarro. Envióle el Dr. Gasca á pedir socorro; tardáronse los mensajeros en el camino, por lo cual aunque tarde hizo cierta gente y envió por General de ella á su sobrino Pedro de Orsúa, y yendo caminando hacia Perú vino nueva que Pizarro era desbaratado y cesó la jornada con volverse la gente

al Reino. El Capitán Martínez pidió al Licenciado Miguel Díaz que le diese licencia para ir á poblar la Provincia de los muzos, que como he dicho había en tiempo del Adelantado descubierto Lanchero; diole Miguel Díaz la jornada é hizo cierta gente y entró en la Provincia, y sin poblar ni hacer cosa que fuese notable se tornó á salir. Después de éste, en tiempo del propio Miguel Díaz, entró con propósito de poblar Pedro de Orsúa su sobrino, por vía de Vélez, en esta Provincia de Muzo y volteóla por su lado, y vino á salir á la tierra de los panches sin hacer cosa notable.

Poblóse en tiempo del Licenciado Miguel Díaz la ciudad de Pamplona hacia la parte del Norte, la cual poblaron Pedro de Orsúa y Hortún Velasco, Capitanes que en aquella Provincia entraron con gente, cada cual por su parte, de cuya población y conquista adelante trátase largamente, y lo mismo se hará de la dicha ciudad y pueblo por su antigüedad, porque en esta parte que al presente llevo no es mi designio tratar más de lo sucedido en las ciudades de Santafé, Vélez y Tunja hasta este tiempo, como creo que lo tengo dicho atrás.

Después que Miguel Díaz hubo tomado la residencia al Capitán Montalvo, Teniente del Adelantado, lo envió con ella á España, pero él se fue á Santo Domingo, donde con ayuda de otros quejosos que á aquella Audiencia fueron de Miguel Díaz, alcanzó que se proveyese contra el Juez de residencia, y como en este tiempo tenía gran fama de rica la tierra del Nuevo Reino, tomóse para sí la comisión el Licenciado Curita, que era Oidor de la propia Audiencia, y vino al Nuevo Reino á tomar la residencia á Miguel Díaz; pero como á los del Nuevo Reino pocas veces les había ido bien con estas mutaciones y novedades, acordaron de no recibir al Licenciado Curita, mas con doméstica y paliada resistencia no le quisieron admitir al uso y ejercicio del oficio, y así le fue necesario y forzoso volverse á Santo Domingo, y Miguel Díaz se quedó en su Gobierno hasta que el Rey envió Audiencia al Nuevo Reino. De este desacato la Audiencia de Santo Domingo dio noticia al Real Consejo de las Indias, en el cual se proveyó que Miguel Díaz diese la residencia á la persona que nombrase la Audiencia de Santo Domingo, de lo cual tu-

vieron noticia los Oidores que vinieron al Nuevo Reino y enviaron á Miguel Díaz que fuese á Santo Domingo y allí diese su residencia; mas como los Jueces de aquella Audiencia y aun el propio Curita, que todavía estaba en ella, no habían olvidado el poco miramiento que se les tuvo en no querer recibir en el Nuevo Reino por Juez de residencia á Curita, sólo por no complacer á Miguel Díaz tornáronlo á enviar al Nuevo Reino para que en él diese su residencia á la persona que ellos nombraron, de donde le vino que se hicieron sus negocios con más rigor del que esperaba, y así fueron mal sonantes en el Real Consejo de las Indias, de donde vino el daño de no volver más á entrar en plaza de Gobernador ni Oidor, con haber sido uno de los Jueces que más apaciblemente han gobernado aquel Reino.

CAPITULO DECIMOSEXTO

En el cual se escribe la fundación de la Audiencia Real en el Nuevo Reino y los primeros Oidores que á ella vinieron, y cómo mandaron visitar la tierra de Tunja y el orden que en la visita se tuvo, y los naturales que se halló haber en los términos de aquella ciudad en este tiempo.

Desde que el General Jiménez de Quesada descubrió y pobló esta tierra del Nuevo Reino de Granada, que fue el año de treinta y siete, hasta el año de cincuenta, siempre fue sufragánea á la Audiencia de Santo Domingo, donde iban con las apelaciones que se interponían de los Gobernadores y de sus Jueces, y era tan larga la navegación que desde el Nuevo Reino á Santo Domingo hay, y de tántos peligros y riesgos así de agua como de tierra, que muchas personas perdían su justicia y la dejaban perder, y pasaban por muchas fuerzas y agravios y sinjusticias, que no solos los Gobernadores pero sus Tenientes y cualquier Alcalde les hacían, sólo por no ponerse á una tan larga y peligrosa itineración, porque desde la ciudad de Santafé á la de Cartagena hay casi doscientas leguas, que todas ó las más de ellas se caminan por el río grande de la Magdalena, por donde es más peligroso el caminar que trabajoso, respecto de su gran corriente y veloces raudales que en él hay, que muchas veces hacen trastornar

las canoas y ahogarse y perderse todo lo que en ellas va; y para ir desde Cartagena á Santo Domingo se había de atravesar un golfo que enmedio hay, que no se navega con todos tiempos ni con la facilidad que hacia otras partes, de todo lo cual y de otros muchos inconvenientes fue informado el Rey y el Real Consejo por mano de Procuradores y personas que para este efecto enviaron los vecinos del Nuevo Reino, y proveyeron que hubiese Audiencia en el Nuevo Reino en la ciudad de Santafé, y para este efecto y por primeros Oidores enviaron á los Licenciados Góngora y Galarza, que entraron en Santafé el año de cincuenta y fueron recibidos con mucho contento de todo el Reino, los cuales luégo sentaron y fijaron su audiencia y estrados, y se gobernó la tierra por diferente modo que de antes: las cédulas y provisiones que se despachaban, libradas como provisiones reales y selladas con el real sello.

En esta sazón estaban ya algo asentadas las cosas del Perú de las alteraciones pasadas de Pizarro, y así comenzaron los Oidores á dar asiento en las del Reino acerca de la moderación con que los naturales habían y debían ser tratados, y moderados sus tributos, lo cual, aunque antes había sido mandado, no se había efectuado por las conspiraciones del Perú, para el cual efecto mandaron que la tierra se visitase y se hiciese discreción de los naturales que cada repartimiento tenía, y de los tributos que pagaban, y de las granjerías que tenían, y de lo que podían pagar, para que conforme á la visita que se hiciese los Oidores tasasen y moderasen los tributos.

Para este efecto fue nombrado por Alcalde mayor el Capitán Ruiz de Orejuela, que visitó la Provincia de Tunja, y la orden que en ello tenía era ésta: ante el Escribano de visita que consigo llevaba, mandaba parecer ante sí al Cacique y Capitanes del repartimiento y pueblo donde estaba, y con una lengua ó intérprete les preguntaba sus nombres, los cuales declarados y escritos, les demandaba cuenta de los indios que tenían por sujetos y en el tal repartimiento había, y los Capitanes y Caciques les daban por granos de maíz contados los indios que les parecía y ellos querían dar; recibíaseles la cuen-

ta por granos de maíz, porque toda esta gente no sabe contar de coro más de hasta número de veinte, y en contando un veinte luégo cuentan otro, y así ratificando la memoria de los veinte con granos de maíz, van acrecentando todo el número que quieren, y en esta cuenta de indios que daban los Caciques solamente declaraban ó contaban los indios casados, sin que en ella entrasen los viejos ni los mancebos de hasta quince años y por casar.

Esta discreción y cuenta de los indios que en cada repartimiento había se hacía y en cada visita se hace, dejados aparte otros respectos, pero el principal es por saber si los tributos que dan son excesivos y más de los que conforme al número de los indios y á la calidad de la tierra y tratos y contratos y granjerías de ella pueden dar, para que en todo haya una cristiana moderación, como siempre el Rey lo ha mandado y encargado á sus Jueces por particulares cédulas. Tras de esto se les preguntaba á los Caciques y Capitanes que á quién tienen por su encomendero, los cuales luégo allí nombraban.

Esta orden que este Juez tuvo en hacer la discreción de los indios es diferente de la que ahora los Visitadores hacen, de la cual adelante se dirá; pero fuele necesario hacerla así porque ni en la tierra había el asiento y quietud que ahora hay, ni estaban los indios tan recogidos ni coadunados como en este tiempo, y otras muchas causas que había, que justamente impedían el no poderse haber entera ni cierta discreción de los indios que en cada pueblo había, y así se daba crédito á lo que el Cacique y sus Capitanes decían y daban por cuenta. Luégo se les interrogaba la demora y tributo de oro y mantas que daban en cada un año á su encomendero; el Cacique hacía demostración de cierta pesa de plomo ó de piedra que tenía, que pesaba una libra y media y dos libras ó más, y decía que daba á su encomendero cada año táutas pesas de oro de aquella suerte, y también hacía demostración de la suerte de oro que pagaba y daba de tributo, porque en este tiempo no daban los indios oro fino sino oro bajo desde siete hasta trece ó catorce quilates, porque siempre tuvieron por costumbre estos bárbaros de humillar y abajar los quilates y fineza del oro con echarle liga de cobre.

Demás de esto los encomenderos se concertaban con los Caciques de la cantidad de oro y mantas y otros tributos personales y serviles que les habían de dar y daban en cada un año, porque ni las encomiendas los declaraban ni los Gobernadores los habían osado tasar por la incomodidad del tiempo, que nunca en Perú había dejado de haber novedades y motines y rebeliones que eran causa de que los Jueces con rigor no cumpliesen las cédulas reales que sobre estos y otros casos el Rey proveía.

Demás de esto es de saber que no todos los indios pagaban oro á los encomenderos, porque no todos lo podían haber en tanta cantidad que con ello pudiesen cumplir su tributo y demora, y así en la parte donde había esta falta pagaban la demora en mantas de algodón blancas, coloradas y pintadas, y así hacían los indios la declaración.

Preguntábaseles que si el oro que pagaban de tributo si lo sacaban en su tierra ó dónde lo habían; á esto respondieron que por vía de rescates lo compraban en los mercados y lo juntaban para pagar á su encomendero, pero que en su tierra no lo sacaban, como es cierto que hasta este nuestro tiempo no se averigua que jamás los indios moscas sacasen oro en su tierra, ni se ha hallado en ella de minas, mas todo lo traían de rescate de Mariquita y Neiva y otras Provincias que de la otra banda del río grande hay, donde los propios naturales antiguamente labraban minas y sacaban oro y lo fundían y rescataban, y hoy se halla en las minas que los españoles han labrado y labran en Mariquita y los socavones y espeluncas y otros vestigios y señales que son clara muestra de haber en aquel lugar sacado los indios oro.

Interrogábaseles más qué otros tributos daban, y declaraban las labranzas de trigo, cebada, maíz y turmas que hacían, señalando el sitio de la tierra que le sembraban; declaraban asimismo los bohíos que en el pueblo hacían y madera que para ello llevaban á Tunja, y que ultra de esto, cuando su amo y encomendero iba á alguna parte le daban todos los indios que había menester para que le llevasen las petacas y cargas, aunque fuese camino muy lejos y apartado de su pueblo, y que le proveían la casa de toda la yerba y leña que ha-

bía menester para gastar en todo el año, y en algunos pueblos que eran fértiles y abundosos de caza y de otras cosas, daban á sus encomenderos venados, conejos y curíes y algunas cargas de hayo, que es cierta yerba que están mascando y rumiando los indios como ovejas lo más del día y aun de la noche; y para ver si eran ciertas y verdaderas estas cosas que los Caciques y Capitanes declaraban, el Juez tomaba juramento al encomendero, el cual las más veces conformaba con ellos y se hallaba ser verdad la declaración que los unos y los otros hacían; y para más claridad de los tratos y usanzas de la tierra se les hacían otras preguntas extraordinarias, que para memoria de lo venidero y mudanza que en todo vaya haciendo el tiempo, como en otras partes he dicho, pondré aquí, aunque primero ó antes de esto que quiero escribir se les preguntaba que si el tributo y demora así real como personal que á su encomendero pagaban en cada un año, si lo daban sin recibir en ello notable molestia ni daño, ni que por ello fuesen vejados y molestados de sus encomenderos; algunos respondían que en el juntar y buscar el oro pasaban trabajo, pero que lo demás lo hacían sin pesadumbre por estar ellos hechos y habituados á semejantes trabajos, y para declaración de lo demás, es de saber que en las tierras frías del Reino no se coge hayo ni algodón sino en algunos valles calientes que en los remates y caídas de esta tierra fría hay, por lo cual les es necesario á los indios que habitan en la región fría ir á buscar y comprar estas dos cosas á las tierras donde las hay, pues preguntóseles á estos tales indios que cómo habían y traían el hayo y el algodón de las partes referidas, y lo que en cada cosa interesaban, á lo cual decían que el algodón lo iban á comprar adonde lo había, que en esta Provincia de Tunja era hacia la parte de Sogamoso en más cantidad, y que allí dan por una carga de algodón por desmotar, que es lo que un indio puede cargar, una manta buena, y que traído á su tierra, aderezándolo, hilándolo y tejiéndolo, hacían de ella otra tan buena manta como la que habían dado y cuatro mantas chingamanales, que se llaman de este nombre por ser pequeñas y bastas y mal torcidas y peor tejidas, y suelen dar por una buena manta, tres, cuatro de estas chingamana-

les, y esto es todo lo que interesan y granjean en lo del algodón.

Por el hayo van asimismo á los lugares donde lo hay, y allí compran una carga, que, como dije, es lo que un indio caminando puede llevar á cuestas, y por ella dan dos mantas buenas y una chingamanal, y traída al mercado de Tunja les daban por ella y las vendían por dobladas mantas de lo que les había costado, y ahorraban la comida del camino que salía de la carga principal.

Demás de esto se les preguntaba á los Caciques si antes que los españoles entrasen en tierra y les sujetasen, si cada uno era señor por sí sin reconocer á otro superior á quien fuesen obligados á tributar y pagar feudo ú otro reconocimiento de vasallaje; á esto generalmente todos los indios moscas de la Provincia de Tunja respondían haber de muchos tiempos atrás siempre tenido por superior al Cacique ó señor llamado Tunja, al cual tributaban y servían en muchas cosas, como eran hacerle ciertas labranzas para las vituallas de la guerra y otras borracheras; ir á sus llamamientos y juntas de gente que para guerrear con la gente de Bogotá de cierto á cierto tiempo juntaba; renovarle y adornarle las casas de sus simulacros y sus cercados y las casas en que vivía y otras que para el depósito de las vituallas de la guerra tenía el Cacique de Tunja fuéra de su pueblo en otras partes acomodadas, para de allí llevarlas á las partes que conviniese como y cuando fuere necesario.

Demás de esto le pechaban y tributaban con oro y mantas que de tanto á tanto tiempo le daban los Capitanes y el Cacique, y queriendo descubrir qué tánto era lo que le tributaban y el tiempo en que se lo daban, no declaran en ello cosa cierta, porque unos dicen que de dos á dos lunas le iban á ver los Capitanes y le llevaban cada uno veinte mantas, y otros á más tiempo y posible de cada uno, y los Caciques pechaban y pagaban en mucha más cantidad.

Interrogóseles este feudo y pecho que pagaban á este Cacique de Tunja si se lo daban de su voluntad, ó si por alguna vía fueron ó eran forzados y constreñidos á ello; á esto replicaban y respondían cómo en tiempos pasados ellos fue-

ron libres de semejantes cargas é imposiciones, y que solamente cada pueblo y población reconocía á su Cacique y señor natural, á quien pagaban cierta manera de leve tributo, y andando el tiempo creció la elación y ambición del Cacique Tunja, mediante ser hombre supersticioso y que se mostraba ser perfecto en la observancia de su idolatría y en la interpretación de los oráculos de sus simulacros, con lo cual se hizo persona poderosa y de mucha reputación y veneración acerca de los bárbaros de esta Provincia de Tunja, y coaduvando y juntando á sí algunas gentes, comenzó á tiranizar la tierra por fuerza de armas y hacerse señor de ella, derramando la sangre de muchos Caciques y Capitanes que con obstinación pretendían defender y conservar su antigua libertad, cuyas cabezas el tirano Tunja quitaba, y con crueldad de bárbaro castigaba á los demás súbditos é indios que seguían la misma opinión de libertad, ahorcando y cortando pies, y manos, y narices, y orejas, y haciendo y ejerciendo en ellos otras muchas crueldades, y con este tiránico terror constriñó y forzó á los que dende en adelante sucedieron en los cacicazgos y señoríos á que fuesen sujetos y tributarios y le reconociesen por supremo señor, y así puso en ellos la imposición que quiso, la cual se le guardaba y guardó hasta el tiempo que el General Jiménez de Quesada y los demás españoles entraron en la tierra, dende el cual tiempo en adelante, aunque reconocían á Tunja por superior señor, pero no le eran tan sujetos como de antes á causa de las novedades que en la tierra hubo con la entrada y conquista y poblada de los españoles.

Acerca de sus Caciques particulares se les interrogó á los indios el tributo que cada indio le daba y los servicios que le hacían en cada un año antiguamente, y la claridad que á esto dan sólo es decir que le hacían cierta cantidad de labranzas y le renovaban en ciertos tiempos del año sus bohíos de morada y sus casas de idolatría, y cuando á estos trabajos iban ó se juntaban los indios para hacerlos, le daban cierto oro y mantas por tributo, y demás de esto le servían en todo lo que les mandaba, y le proveían de venados, conejos, curíes y todos otros géneros de caza que podían haber.

Preguntábaseles más que si antes que fuesen sujetos á los españoles andaban en sus contrataciones y por los mercados más libremente que en este tiempo; á esto decían que nó, porque antiguamente nunca dejó de haber entre los Caciques particulares algunas domésticas pasiones y discordias que eran causa de ponerse los unos á los otros acechanzas y matar á los contrarios que en sus tierras entraban, y así no osaban apartarse á contratar muy lejos cada uno de su natural; pero que ahora mediante el calor y favor de los españoles y la general paz y conformidad que entre ellos han puesto, y por temor del castigo que las justicias les hagan aunque cualquier indio vaya á contratar y á mercadear á cualesquier mercados, aunque sean muy apartados de su tierra, van sin ningún temor, porque por esta causa no hay quien les ose ofender ni matar como de antes lo hacían.

Y con esto daba el Juez fin á su visita, dando á entender á los indios cómo perpetuamente habían de permanecer los españoles en la tierra, y que muriéndose los encomenderos que eran vivos, habían de servir á sus hijos y serles feudatarios, y con esta forma discurrió este Visitador en este año de cincuenta y uno por todos los repartimientos de la Provincia de Tunja, los cuales entran los indios llamados laches que están de la otra banda del río Sogamoso, y haciendo la discreción de los naturales en la forma y manera dicha, halló que había cuarenta y un mil indios casados sin los viejos y mozos y muchachos de quince años para abajo.

De la tasa y retasa que por esta visita se hizo trataremos adelante en tiempo de Briceño y Montaño, porque estos Oidores Góngora y Galarza nunca retasaron la tierra ni tuvieron lugar para ello.

CAPITULO DECIMOSEPTIMO

En el cual se escriben los monasterios que hay de frailes de Santo Domingo y San Francisco en este Reino, y todo lo demás sucedido en tiempo de estos dos Oidores.

Como el principal intento de los cristianísimos Reyes de Castilla fue, y ha sido y siempre es, la conversión de los naturales de las Indias y de su buen tratamiento y conservación,

siempre han tenido muy especial cuidado de lo espiritual y temporal y bien suyo, porque en la hora que para el Gobierno temporal proveyeron de nuevos Jueces que con más rectitud y solicitud administrasen á todos justicia, así á indios como á españoles, luégo juntamente proveyeron de predicadores y ministros eclesiásticos que en la doctrina evangélica apacentasen, industriasen y enseñasen á los naturales, y así á su propia costa y expensas enviaron juntamente con los Oidores Góngora y Galarza frailes y religiosos de las Ordenes de San Francisco y Santo Domingo, personas doctas así en letras como en doctrina, vida y ejemplos, que comenzasen á cultivar y trabajar en esta viña del Señor.

Fundáronse en este tiempo monasterios de estas dos Ordenes en las ciudades de Santafé, Tunja y Vélez. En la ciudad de Tunja han permanecido siempre casas de entrambas Ordenes, y lo mismo ha sido en la ciudad de Santafé, que siempre han permanecido entrambas casas.

Viniendo á lo sucedido en este Reino en tiempo de estos Oidores, ellos enviaron al Capitán Francisco Núñez Pedroso con gente á que poblase de aquella parte del río grande, donde al presente está poblada la ciudad de San Sebastián de Mariquita, que este Capitán pobló y fundó entre ciertas gentes que en disposición y en costumbres y en otros actos de su gentilidad tienen gran similitud con los indios panches. Hanse descubierto y labrado en esta Provincia muy ricas minas de oro fino de quien adelante diremos.

Demás de este pueblo se fundó y pobló la ciudad de Ibagué, que cae más arriba de esta ciudad y algo más apartada del río grande de la Magdalena, y de la propia parte fuela á poblar y poblóla el Capitán Andrés López de Galarza, hermano del Licenciado Galarza, uno de los dos Oidores que en este tiempo gobernaban, de cuya población y conquista asimismo trataremos adelante.

Casi en este mismo tiempo volvió al Nuevo Reino de Granada el General Jiménez de Quesada, después de haber gastado y distribuido por diversas partes del mundo gran suma de oro y piedras esmeraldas de infinito valor que de esta tierra sacó. Diole el Emperador título de Mariscal del

Nuevo Reino con tres mil ducados de la Caja Real, los cuales mandó que se diesen en demoras de indios que fuesen vacando, y en el ínterin que estas vacaciones había, los fuese llevando de su Real Caja; mas en poco tiempo los Jueces le encomendaron para la renta de los tres mil ducados indios que se les pagasen.

Ultra de esto sucedió en estos días que los indios muzos estaban rebeldes, y que saliendo de los límites y términos de su propia tierra y poblaciones, hacían daño en los indios moscas, por lo cual enviaron los Oidores al Capitán Melchor de Valdés que los fuese á pacificar y traerlos á la amistad de los españoles por la mejor vía que pudiese; pero su ida causó más daño que provecho, porque sin que entrase mucho la tierra adentro, ni la hollase ni quebrantase, fue rebatido de los naturales con pérdida de muchos de los soldados que consigo metió, que fueron muertos por mano de los enemigos, con lo cual se dobló á los bárbaros la desvergüenza y ánimo y salían con más codicia y con menos temor á hacer daño en los indios moscas y á forzarles que siguiesen su opinión y se rebelasen, por lo cual tuvieron necesidad los Oidores de cometer otra vez la pacificación de aquella tierra al Capitán Pedro de Orsúa, que en aquesta sazón había salido de la población de Pamplona que en tiempo de Miguel Díaz habían él y Hortún Blasco poblado, según he referido y adelante trataré.

Orsúa, por complacer y hacer lo que los Oidores le mandaban, aceptó la jornada y juntó la gente que pudo y entró en los muzos por vía de Vélez, y dende á cierto tiempo que entró pobló la ciudad de Tudela, y por causas que á ello le movieron, se salió fuéra de la Provincia con algunos soldados amigos suyos y también por ver si le daban y querían dar los Oidores la jornada del Dorado.

Los que en Tudela quedaron, pareciéndoles ser cosa muy dificultosa el poderse sustentar entre gente tan belicosa é indómita, desampararon el pueblo y saliéronse al Reino, que fue cosa bien dañosa para la gente mosca y españoles que entre ellos vivían.

Dende á pocos días los Oidores tuvieron noticia que en la ciudad de Santa Marta había novedades entre los indios á

causa de que la gente de la sierra bajaba á dañar á los amigos y tenían puesto en algún aprieto al pueblo, por la cual ocasión enviaron á Pedro de Orsúa que hiciese gente y conquistase la sierra y la poblase; pero esta su comisión fue de ningún efecto, porque como Orsúa comenzase á juntar algunos españoles y los enviase la tierra adentro para que le esperasen en cierto pueblo, por descuido de algunas personas y Capitanes que llevaban cargo de acaudillar la gente, y por excesos de los propios soldados, fueron acometidos de los indios y heridos y muertos los más de ellos, y despojados de todo el bagaje y fardaje que habían metido, y los que pudieron escapar huyendo no lo tuvieron por afrenta, y así cesó la jornada.

Y finalmente tuvo el Gobierno de estos dos Oidores hasta el año de cincuenta y tres, que ya era venido al Reino por Oidor el Licenciado Francisco Briceño, á quien fue cometido el tomar la residencia del Adelantado D. Sebastián de Belalcázar, poblador de la Gobernación de Popayán.

Fue en este tiempo, digo, del Gobierno de estos dos Oidores, el alzamiento y conspiración de Francisco Fernández Girón, tirano que contra el servicio del Rey se alzó en el Cuzco sobre la ejecución de las nuevas leyes, y según la más común opinión por consentimiento y aun ruego de muchos pueblos que prometieron de seguirle y después se salieron afuera; pero él se gobernó tan cuerdamente, que afirman muchos de los presentes que se hallaron en su alteración, que prevaleciera mucho tiempo si por traición de sus propios soldados no fuera desbaratado.

El tiempo que gobernaron los dos Oidores solos túvose entre los conquistadores por feliz y bienaventurado, á causa de que con todos los sucesos, por feos y crueles que fuesen, hechos contra indios, los disimulaban, y no se pusieron en hacer cosa que les fuese molesta ni pesada, y con esta consideración lo casi lloran algunos aquel tiempo como gente ciega y que desean estar siempre en tinieblas y obscuridad.

Fue muerto en Mompós el año de cincuenta, de achaque de una purga, el Licenciado Gutiérrez de Mercado, que venía por Presidente con los Licenciados Góngora y Galarza.

CAPITULO DECIMOCTAVO

En que se escribe la entrada de los Licenciados Briceño y Montaño por Oidores en el Reino, y el discurso de su Gobierno en suma.

A causa de algunas informaciones y relaciones que contra los Licenciados Galarza y Góngora malvadamente se hicieron al Emperador, y en el Consejo de las Indias fue proveído el Licenciado Juan Montaño, natural de Palos, por Oidor del Nuevo Reino, y que juntamente con el Licenciado Briceño visitasen la Audiencia y tomasen residencia á los Oidores Galarza y Góngora.

Entró Montaño en Santafé el año referido de cincuenta y tres por *Corpus Christi*, y en tomando la vara en la mano luégo dio muestras de hombre arrogante y severo y en su mandar absoluto. Envió sobre la residencia presos á España á Góngora y Galarza, y fueron ahogados en la mar en el naufragio que en ella hubo el año de cincuenta y cuatro, en que perecieron otras muchas personas principales.

Este Oidor Montaño sólo hizo por cosa memorable una calzada de tierra en el pantano y lago que dicen de Fontibón, donde con la inundación y gran creciente que algunas veces hacía el río Bogotá, perecían y se ahogaban muchas personas de los naturales, y después que él principió esta obra se ha sustentado y ha sido gran bien y remedio para los indios y otros pasajeros que por esta ciénaga y pantano pasaban y habían forzosamente de pasar.

Publicóse en su tiempo la cesación y quitación del servicio personal de los indios, pero no hubo efecto ni se atrevieron á ello por lo que en otra parte he dicho, de haber sucedido en el Perú poco antes, por el mesmo caso, la rebelión de Francisco Hernández Girón, y sucesivo á éste la de Alvaro de Oyón en la Gobernación de Popayán, que aunque fue de poco momento, puso alteración en la tierra del Reino por haberse levantado tan junto á ella casi en este mismo tiempo ó poco antes.

Remitió el Rey al Licenciado Briceño y al Obispo del Nuevo Reino D. Fray Juan de Barrios la tasa y retasa de

los naturales, los cuales lo hicieron conforme á la visita que en tiempo de los Oidores Góngora y Galarza se había hecho, y porque de las tasaciones de aquel tiempo á las de este nuéstro hay mucha diferencia y cada día la ha de haber, que se van enmendando y reformando las Indias al uso español, me pareció cosa acertada poner aquí un traslado de las tasaciones que estos dos señores hicieron en este Reino, y de la forma que estaba son todas las demás hechas en Santafé y Tunja y en los demás pueblos donde alcanzó la visita y tasa.

En tiempo de estos dos Oidores se pobló la ciudad de San Juan de los Llanos por el Capitán Juan de Avellaneda Triviño. Diose comisión al Capitán Asensio de Salinas para que castigase los naturales rebeldes en las ciudades de Tocaima, Mariquita é Ibagué, y después de esto poblase un pueblo de españoles, el cual pobló después en tiempo del Licenciado Grajeda la ciudad de Victoria, y con esto y otros muchos sucesos de poco momento y que no hay necesidad de que quede memoria de ellos, tuvo fin el Gobierno de estos dos Oidores el año de cincuenta y siete ó cincuenta y ocho, estando ya en la Audiencia á este tiempo por Oidores el Licenciado Tomás López y el Dr. Juan Maldonado.

Ultra de esto, es de saber que todo lo sucedido desde el año de cincuenta y cinco en adelante sucedió en tiempo del Rey D. Felipe segundo de este nombre, porque este año dicho le dio y pasó el invictísimo Emperador D. Carlos, Rey de España y de las Indias, sus Reinos y señoríos en D. Felipe su hijo, y fue obedecido y coronado por Rey en todos ellos.

CAPITULO DECIMONOVENO

De un traslado de la tasación que el Obispo del Nuevo Reino y el Licenciado Francisco Briceño hicieron de los naturales del Nuevo Reino, año de cincuenta y cinco, el cual comienza así:

"D. Juan de los Barrios, por la gracia de Dios y de la Santa Iglesia de Roma Obispo de Santa Marta y de este Nuevo Reino de Granada de las Indias del mar Océano, y el Licenciado Francisco Briceño, Oidor en la Audiencia y Cancillería Real de Sus Majestades, que reside en esta ciudad de

Santafé del dicho Nuevo Reino, á vos el Capitán Hernán Venegas, vecino de esta ciudad, encomendero del repartimiento é indios de Guatavita y á los otros encomenderos y personas que después de vos sucedieren en el dicho repartimiento de Guatavita que es en esta Provincia de Santafé, y á los demás principales é indios vuestros sujetos que al presente sois y á los que después de vos sucedieren y estuvieren en el dicho repartimiento de Guatavita ó fuéra de él, ó á cada uno y cualquiera de vos sabed que en cumplimiento de lo que S. M. tiene proveído y mandado acerca de la tasación que se ha de hacer de los tributos que los naturales de este Reino han de dar á sus encomenderos, así para que los susodichos sepan lo que les han de pedir y llevar como para que los dichos naturales sean bien tratados y se conserven y aumenten por mandado de esta Real Audiencia, se nombró Visitador que visitase el dicho repartimiento de Guatavita que está encomendado en vos el dicho Capitán Venegas, del cual como sabéis se hizo la visita de él y se presentó ante Nós, y vista y comunicada con las personas de uso declaradas y nombradas que pareció que podían tener noticia de la disposición y posibilidad de dicho repartimiento de Guatavita é indios del cumplimiento de lo que S. M. tiene mandado cerca de que los dichos indios se tasen y moderen los tributos que á sus encomenderos han de dar cada un año, tasamos y declaramos haber dar el dicho repartimiento de Guatavita, Cacique é indios de él en cada un año á vos el dicho Capitán Venegas y á los que después de vos sucedieren en el adelante hasta tanto que S. M. otra cosa mande cerca de la dicha tasación, los tributos y servicios que de juro irán declarados en la forma y manera siguiente:

"Primeramente daréis vos el dicho Cacique é indios del dicho repartimiento de Guatavita al dicho Capitán Venegas, vuestro encomendero, y al que adelante fuere, en cada un año doce pesas de doscientos pesos cada una, la una de medio oro y las once de siete quilates y medio, puestas en su casa.

"Item le daréis en cada un año doscientas y cuarenta mantas buenas, de algodón, de largor de dos varas y sesma, y de ancho otro tanto, puestas en su casa.

"Item haréis en Gachetá una labranza de maíz de veinte hanegas de sembradura y asimismo le haréis en el valle una labranza de ocho hanegas de sembradura.

"Item le haréis una labranza de cebada de seis hanegas de sembradura en el dicho valle.

"Item sembraréis en la estancia que tiene en esta ciudad quince hanegas de maíz y asimismo le haréis una labranza de turmas, de cuatro hanegas de sembradura, en la tierra que os diere el encomendero, el cual os dé la simiente para sembrar las dichas labranzas,- las cuales labraréis, y beneficiaréis, y cogeréis con vuestros indios, y se lo pondréis todo en casa del encomendero.

"Item le daréis en cada un año, puestos en su casa, quince maderos estantes y ciento y cincuenta estantillos y trescientas varas para hacer casa.

"Item le daréis veinte indios ordinarios cada día para el servicio de su casa y para ir con él fuéra de esta ciudad á otras partes de este Reino y donde los mandaren, por sus lunas, por manera que sirvan todos en el dicho servicio y en lo que por el dicho encomendero les fuere mandado.

"Item le daréis cada día doce cargas de leña y diez de yerba de la medida y tamaño que vos será señalado, que es de vara y tres cuartas de gordor cada carga de la vara de esta ciudad.

"Item le daréis al dicho encomendero dos venados cada mes, puestos en su casa.

"Item le sembraréis y labraréis y beneficiaréis hasta cogerla en el valle de Gachetá una suerte de cañas dulces de ciento y cincuenta pasos en cuadra.

"Item le daréis seis indios para pastores en su tierra y no fuéra de ella, y otros seis para gañanes, labrando el encomendero con bueyes ó mulas, á los cuales dichos indios de pastores y gañanes les ha de dar el encomendero de comer y de vestir de la ropa de la tierra.

"Item, porque al religioso que vos ha de doctrinar é industriar en las cosas de nuestra santa fe católica, es justo que se le provea de comida y sustentación entretanto que no hay diezmos de que se pueda sustentar, vos, el dicho Cacique é

indios del dicho repartimiento daréis al dicho clérigo ó religioso para cada mes cuatro hanegas de maíz y cada semana diez aves, cinco hembras y cinco machos, y para los días que no fuesen de comer carne le daréis cada día doce huevos y pescado y cada día una cántara de chicha, y leña para quemar, y yerba para su cabalgadura si la tuviese, y en la cuaresma mandamos no le deis las dichas gallinas más que el pescado y huevos, lo cual le daréis el tiempo que residiere el dicho sacerdote en la doctrina.

"Por ende por la presente mandamos á vos, el dicho Capitán Venegas, encomendero del dicho repartimiento é indios de Guatavita, y á los encomenderos que adelante de él fueren, y á vos, el dicho Cacique de Guatavita, y á los demás principales é indios vuéstros, sujetos que al presente sois y de aquí adelante fueren, que guardéis y cumpláis la tasa y moderación de su uso contenida, y la tengáis en vuestro poder, y vos, el dicho Cacique é indios de Guatavita, deis y paguéis al dicho vuestro encomendero, y le hagáis las labranzas y demás servicios de su uso contenidos en cada un año, lo cual corra y se cuente desde el día que fuere pregonada y publicada la tasa de esta ciudad en adelante, los dichos tributos pagados cada seis meses, la mitad como de su uso va declarado, so pena que si pasado el dicho término en que así lo habéis de dar, dentro de veinte días primeros siguientes no los diéredes y pagáredes y hubiéredes dado y entregado, el dicho encomendero, conforme á la dicha tasación de su uso contenida, que le deis y paguéis los tributos y cosas que así debiéredes y restáredes por dar y pagar de cada mitad con el doblo y costas que sobre ello se siguieren y recrecieren, en la cual dicha pena vos condenamos y habemos por condenados en ella desde ahora para entonces y de entonces para ahora, y mandamos á cualquiera justicia de esta dicha ciudad de Santafé, que hagan y manden hacer entrega ejecución en vuestras personas y bienes por el principal y pena del doblo y costas conforme á derecho, y asimismo vos, el dicho encomendero, no podáis llevar ni llevéis el dicho repartimiento por vos ni por interpósita persona, pública ni secretamente, directa ni indirectamente, otra cosa alguna al dicho reparti-

miento de Guatavita, salvo lo de su uso contenido, so pena que por la primera vez que pareciese haber recibido más, como dicho es, demás de volver á los dichos indios lo que así les hubiéredes llevado, paguéis de pena el cuatro tanto del valor de ello para la cámara de S. M., y por la segunda, demás de volver la tal demasía á los dichos indios, vos condenamos en perdimiento de la mitad de vuestros bienes para la cámara de S. M., y por la tercera, demás de volver á los dichos indios la dicha demasía, hayáis perdido y perdáis la encomienda y otro cualquier derecho que á los indios tuviéredes, en la cual dicha pena desde ahora para entonces y de entonces para ahora vos condenamos y habemos por condenado lo contrario haciendo, y porque de ello vos, el dicho encomendero, no pretendáis ignorancia y sepáis lo que habéis de recibir, y el dicho Cacique é indios lo que han de dar, mandamos que cada uno de vos tenga en su poder este proveimiento de un tenor, reservando como reservamos en Nós y en la persona que en nombre de S. M. lo hubiese de hacer, facultad de añadir y quitar en la dicha tasación, todas las veces que pareciere deberse quitar y añadir en ella, conforme á lo cual el tiempo y posibilidad del dicho Cacique é indios pudiere y requiriere."

Pocos son los que no han excedido y quebrantado estas y las demás tasas y retasas, llevando más á sus indios encomendados de aquello que por ellas les ha sido señalado, y esto no tan cautamente que haya dejado de venir á noticia de los Jueces que podían ejecutar las penas arriba puestas; pero hasta ahora á pocos ó ninguno he visto desposeído de sus encomiendas.

Y es de saber que no todos son tasados de una misma manera, sino conforme á la tierra en que están y contratos de ella, porque en muchas Provincias ni hay oro, ni mantas, ni otras granjerías, y en tales partes y lugares les mandan dar de lo que tienen y crían, como son maíz y aves y cabuya para hacer sogas, pescado, miel de abejas, petacas, calabazos y botijas de trementina y mantas de cabellos que los indios laches acostumbran hacer de sus propios cabellos, y sal, y bija, que es cierto betún colorado con que en las borracheras se pintan y ponen galanos, y otras maneras de granjerías

que los indios tienen; pero en todo están estas tasaciones muy mudadas y encomendadas, como adelante se verá por la retasa que hizo el Licenciado Villafañe, Oidor de la propia Audiencia, y esto que así se les manda dar se entiende teniendo sacerdote de ordinario que enseñe la doctrina á los naturales del tal repartimiento, y en defecto de no haber doctrinante, los indios que no sean obligados á acudir con ninguna cosa á su encomendero, y si el tal lo recibiere sea obligado á se lo restituir y volver.

CAPITULO VIGESIMO

En el cual se escriben, en suma, todos los Jueces y otros sucesos notables que ha habido en la Audiencia y ciudad de Santafé desde el año de cincuenta y ocho hasta el de sesenta y ocho.

Del Nuevo Reino fue enviado á Corte Procurador que hiciese relación de la tierra y de la manera con que el Licenciado Montaño gobernaba y cuán poco remediaba en ello el Licenciado Briceño, su colega y compañero, y otras muchas cosas necesarias al bien del Reino, por cuya relación y petición fue proveído el Licenciado Alonso de Grajeda, que antes y después fue Oidor en la Audiencia de Santo Domingo, para que tomase residencia y cuenta al Licenciado Montaño y después de él al Licenciado Briceño.

Grajeda partió de España el año de cincuenta y siete, y el propio año entró en la ciudad de Santafé, donde como he dicho halló ya preso y quitado de la silla al Licenciado Montaño, y tomándolo á su cargo juntamente con los negocios de su residencia, hizo en todo lo que era obligado sin agraviar á ninguna persona, y hallando culpado al Licenciado Montaño en muchas fuerzas, cohechos, muertes y otros particulares agravios é injusticias, y grandes indicios contra él sobre lo de la rebelión, lo condenó á muerte y remitió la ejecución de la sentencia al Real Consejo de las Indias, donde fue condenado á muerte y ejecutada la justicia en su persona por mal Juez, en la villa de Madrid, donde fue degollado. Tomó asimismo Grajeda residencia al Licenciado Briceño, y enviándolo con ella á España fue dende á cierto tiem

po proveído por Gobernador de Guatemala, con que quitase la Audiencia que en aquella Provincia había, porque lo pidieron así los vecinos y á su petición lo proveyó el Rey; pero después se arrepintieron de ello y pidieron que se tornase á poner Audiencia.

Después del Licenciado Grajeda fue proveído por Oidor el Licenciado Melchor Pérez de Arteaga, natural de Salinas de Anaya, y él y los Licenciados Grajeda y Tomás López y Dr. Maldonado administraron algunos días la justicia del Distrito, aunque con poca conformidad, presidiendo como más antiguo el Licenciado Grajeda; en tiempo de los cuales se poblaron las ciudades de Victoria y Mérida: la una cae hacia la Gobernación de Popayán y la otra hacia la Gobernación de Venezuela, en las cuales poblaciones hubo algunas discordias, especialmente en la de Mérida, que duraron mucho tiempo entre los vecinos.

Salió el año de cincuenta y ocho por principio de él el Licenciado Tomás López, natural de Rendilla en el Alcarria, por expreso mandado del Rey, á visitar los pueblos de la Gobernación de Popayán, y luégo visitó los demás que había en el Nuevo Reino y fue el primer Oidor que salió á visitar. Era gran defensor y amparador del bien de los indios y hacía mucho por ellos, y muy pacífico, enemigo de bullicios grande amigo de reposo y sosiego y así escribió suplicando al Rey que le quitase el cargo de Oidor que tenía; hízose como lo pidió y en su plaza y silla fue proveído el Licenciado Angulo de Castrejón, natural de Cerbera, junto á Agreda, como luégo se dirá.

En tiempo de estos Oidores, el año de cincuenta y ocho, por fin de él, comenzó á dar entre los naturales una grave enfermedad de viruelas, pero muy contagiosa y pegajosa, de que murieron generalmente en el Nuevo Reino más de quince mil personas de los naturales, sin españoles, que en ellos no hacía la enfermedad tanto daño. La demostración de esta enfermedad era viruelas, pero á los que les daban se hinchaban y paraban adamascados y se henchían de gusanos y queresas que se les metían por las narices y por la boca y por otras partes del cuerpo, y era tanta la mortandad y enfermos

que de este mal había, que porque los españoles y otras personas se animasen á curar de la enfermedad que tenían á los indios, mandó la Audiencia por edicto público que fuesen obligados á servir los indios que escapasen vivos ciertos años á los españoles que los hubiesen curado y curasen, con que se remediaron muchos enfermos.

Después de la visita de Tomás López, bajó el Licenciado Melchor Pérez de Arteaga por Visitador á la costa del mar del Norte, que son las Gobernaciones de Santa Marta y Cartagena y pueblos poblados en las riberas del río grande, donde hizo muy buenas ordenanzas y constituciones en favor de los naturales, porque les era muy aficionado y hacía mucho por ellos.

Casi en este mismo tiempo se dio comisión para que se poblasen y conquistasen los muzos, indios muy belicosos y guerreros conjuntos á este Reino. Fue á ello el Capitán Luis Lanchero con gente y pobló la ciudad de la Trinidad de los Muzos, donde hay muy ricas minas de esmeraldas; y pocos días después llegó al Reino el Licenciado Diego Angulo, natural de Cerbera, en el lugar del Licenciado Tomás López, y luégo después de él llegó el Licenciado Diego de Villafañe, natural de Segovia. Estos dos Oidores tuvieron entre sí competencias sobre la antigüedad de asiento y voto, porque aunque el Licenciado Angulo llegó primero á la Audiencia y fue recibido por Oidor, fue antes de él proveído el Licenciado Villafañe, y al fin por tener paz y concordia entre sí echaron suertes sobre la antigüedad, y cayóle al Licenciado Angulo, y así gozaba de esta preeminencia.

Fue en este tiempo poblada la villa de San Cristóbal entre Mérida y Pamplona, y la villa de La Palma en tierra de muzos llamados colimas, y la ciudad de los Remedios en tierra de palenques.

Después de algunos días, llegándose el tiempo de la visita de los naturales, le cupo el visitar los pueblos de Tunja, Vélez y Pamplona al Licenciado Angulo, el cual visitó y retasó la tierra y procuró quitar el servicio personal, pero no lo pudo hacer de todo punto por no poner en confusión la tierra, porque el Licenciado Grajeda, que deseaba que en su tiempo

no hubiese novedades ni alteraciones, defendía obstinadamente la parte de los encomenderos y era en su favor, y así en el ínterin que él presidió nunca se quitó ni dio consentimiento á ello, pero en su lugar proveyó el Rey al Licenciado Juan López de Cepeda, que por Oidor más antiguo presidía en Santo Domingo, y al Licenciado Grajeda mandó que fuese á Santo Domingo y residiese en la propia silla del Licenciado Cepeda.

En este tiempo fue proveído el Licenciado Villafañe por visitador de los naturales de Santafé y pueblos de tierra caliente, que son Toca y Mariquita, Ibagué, Victoria y los Remedios, y estando visitando, que fue el año de sesenta y cuatro, vino por Presidente el Dr. Venero de Leiva, con el cual tuvieron algún asiento las nuevas poblaciones de Victoria y Remedios, Mérida y Muzo, y las villas de San Cristóbal y La Palma, porque encomendando los indios á los que las habían poblado y pacificado, hizo cesar su desasosiego de ir y venir cada día con quejas y pretensiones á la Audiencia, pretendiendo unos quitar los indios á los otros.

Y aquel Licenciado Villafañe había hecho la visita y estaba haciendo ó tenía ya hecha la retasa, sobre el hacerla guardar sucedieron entre él y los vecinos de Santafé ciertas discordias que por ser algo largas de contar no se dicen en este lugar, pero diránse luégo, por sí; y después de la visita del Licenciado Villafañe, fue proveído el Licenciado Valverde Fiscal por Visitador y Gobernador y Juez de residencia de Popayán, el cual después de haber acabado estas cosas que le fueron encargadas, se volvió á Santafé, donde por cédula particular del Rey fue tomada residencia al Licenciado Melchor Pérez de Arteaga, y fue fundada la Audiencia de Quito, y fueron divididos los términos entre las dos Audiencias por el río de Cauca abajo, de suerte que una parte de la Gobernación de Popayán cae en la Audiencia de Quito y otra en la del Nuevo Reino, pero no por eso deja de estar enteramente el gobierno en su Gobernador, que el Rey provee; y casi en este mismo tiempo fue proveído el Licenciado Juan López de Cepeda por Visitador de las Gobernaciones de Cartagena y Santa Marta, y asimismo fue hecha merced al Mariscal del

Nuevo Reino D. Gonzalo Jiménez de Quesada de título de Adelantado del Nuevo Reino, y después de haber el Rey hecho esta merced al Adelantado, pocos días adelante hizo al Obispo de Santa Marta, D. Fray Juan de los Barrios, de cuya Diócesis era el Nuevo Reino, Arzobispo del Nuevo Reino, y es ahora ciudad é iglesia metropolitana la de Santafé, y éste el primer Arzobispo de ella.

Casi en estos mismos días fue el descubrimiento de las minas esmeraldas que en la ciudad de la Trinidad de los Muzos fueron descubiertas—minas ciertamente riquísimas—por fin del año de sesenta y ocho y principio del de sesenta y nueve. Al cesar de las aguas y entrar del verano dio en los naturales y españoles generalmente una enfermedad muy variable que daba en muchas maneras, á unos en romadizo, á otros en dolor de costado, á otros en dolor de oído, de que murieron muchas gentes y especialmente de los naturales, y de la propia calamidad murió el Licenciado Diego de Villafañe, Oidor en la ciudad de Santafé.

He hecho esta digresión general así en suma por haber cosas particulares de que hacer mención, fuéra de las poblaciones y conquistas, que éstas adelante se escriben copiosamente, y si otros sucesos particulares á mi pluma ocurrieren que sean dignos de escribirse, también los iré escribiendo adelante.

CAPITULO VIGESIMOPRIMERO

En que se escribe la congregación que en el Nuevo Reino hubo sobre el quitar del servicio personal, y lo que en ella se determinó por mandado del Dr. Venero de Leiva, primer Presidente de la Audiencia.

Después de haber el Licenciado Diego Villafañe visitado los pueblos que eran á su cargo de visitar, y de haberse informado en la visita de los tratamientos, buenos ó malos, que á los naturales se les habían hecho, así por sus encomenderos como por sus ministros ó por otras personas, y de la diligencia, solicitud y cuidado que por parte de los encomenderos se ponía en la doctrina y conversión de los naturales de sus encomiendas para que viniesen al conocimiento de

nuestra santa fe católica y religión cristiana y de la remisión y descuido que en esto suelen tener, y de otros excesos y demasías, excediendo de las tasaciones de los tributos y demoras por vías y modos ilícitos, en perjuicio de los indios, sobre los cuales casos y otros muchos que es costumbre de visitadores saber y examinar contra cada encomendero, se hizo su proceso, y conforme á la culpa que de sus procesos resultaba, sentenció las causas más con equidad que con rigor, pretendiendo antes enmendar y remediar lo futuro, que castigar lo presente y pasado; y andando Villafañe en la visita y averiguaciones dichas, procuró asimismo, con toda diligencia y buena astucia, hacer discreción de los indios que cada encomendero tenía en su encomienda y de las haciendas que poseían, y tratos y contrataciones de que usaban, y de las granjerías con que se aprovechaban, y de todas las cosas que en su tierra criaban y de su cosecha tenían, para conforme á todo ello moderar y tasar los tributos á los naturales, de suerte que pagándolos á sus encomenderos les quedase con qué se sustentar y casar sus hijos y tiempo para poderse ocupar en las cosas de su conversión, lo cual los propios indios con su barbarismo y estar tan ofuscados en su gentilidad é idolatría estimaban en harto poco. Para este efecto de esta nueva moderación y retasa, después de haber visitado y andado como he dicho los pueblos y ciudades que he dicho, y sus naturales, y hecho la discreción de todos ellos, se recogió á la ciudad de Santafé, adonde comunicando el negocio de la retasa no sólo con el Arzobispo del Nuevo Reino D. Juan de los Barrios y Adelantado D. Gonzalo Jiménez, más con otras muchas personas doctas y principales y de mucha experiencia en los negocios de la tierra y naturales de ella, para conforme al parecer y decreto de todos ellos que sería muy acertado retasar la tierra, que es moderar ó acrecentar los tributos que los naturales habían de pagar conformándose en un todo con su posibilidad y número de tributos; y para que mejor se entienda lo que voy diciendo ó sea yo entendido, es de saber que desde que la Provincia del Nuevo Reino de Granada se descubrió y pobló, que fue año de treinta y siete y treinta y ocho, hasta este tiempo, que era año

de sesenta y cuatro, los encomenderos y vecinos de él estaban en costumbre de que los indios no sólo les diesen tributos de oro, y mantas, y esmeraldas, y otras cosas de esta suerte, que son llamados tributos reales, pero otros aprovechamientos de ayuda de costa, como eran tantas cargas de leña y tantas de yerba cada semana, y tantas piezas de servicio ordinario en casa, y tanta madera para bohíos, y no sólo habían de traer el trigo y maíz para su mantenimiento de sus casas, más todo lo demás que se hubiese de vender, y otras cosas de esta suerte que serían largas de contar, como se ha dicho en el capítulo décimonoveno, donde se trata de la tasa que el Obispo D. Fray Juan de los Barrios y el Licenciado Briceño hicieron, y á esto llamaban tributo y servicio personal.

Había muchas y diversas veces el Rey mandado por sus particulares cédulas y expresos mandatos que este servicio personal se quitase y no usasen de él los vecinos, lo cual se habían excusado de cumplir siempre los vecinos y aun defendido por el más honesto y acomodado medio que habían podido. Los Jueces pasados no habían puesto mucho calor ni rigor en quitarlo, teniendo presentes los muchos daños y discordias y escándalos que en Perú y otras Provincias de Indias se habían seguido por el mismo caso, entre los cuales los más insignes y señalados fueron la rebelión de Gonzalo Pizarro y el alzamiento de Francisco Hernández Girón, que tánta sangre de españoles é indios costaron.

En este mismo tiempo que se trataba de hacer esta retasa por el Licenciado Villafañe, entró en la ciudad de Santafé el Dr. Venero de Leiva, Presidente y Gobernador del Nuevo Reino, á quien el Rey y su Consejo Real de Indias habían muy particularmente mandado y encargado el negocio de quitar el servicio personal, y como llegó al tiempo dicho, y que se trataba de quitarlo, metió la mano en ello y procuró que en la nueva retasa que se hizo se les acrecentase á los encomenderos lo que interesaban en el servicio personal, y fuese conmutado en tributos reales, cesando dende en adelante la obligación que en los indios se imponía de cargar y traer á cuestas, á imitación de acémilas y bestias, á casas de sus encomenderos las cosas dichas.

Los vecinos y procuradores de las ciudades del Reino que á esta causa se habían juntado en Santafé, rehusaban que quitación y supresión de servicio personal hubiese efecto, estorbando y rehusando el efectuase con causas y razones que para ello daban, aunque no muy congruas ni suficientes para salir con su pretensión.

El Presidente Venero y Oidores, deseando satisfacer y contentar á los vecinos y cumplir y no quebrantar lo que el Rey les mandaba, ordenaron que para que se tratase y diese la mejor orden que conviniese, de suerte que los mandatos y cédulas del Rey fuesen cumplidos y los encomenderos no quedasen agraviados ni pudiesen formar quejas ni agravios contra ellos, hubiese junta de personas doctas y de calidad y vecinos principales y procuradores de las ciudades en la iglesia mayor, y que allí públicamente se viesen todas las leyes y provisiones reales dadas sobre el quitar del servicio personal, y dijesen los encomenderos y procuradores lo que tenían que decir en su favor y defensa y en conservación de su mala costumbre y posesión de servicio personal, y visto todo y oídas las partes, se proveería de conformidad lo que más útil fuese al procomún, de tal manera que las Repúblicas españolas se sustentasen y las de los naturales no se disminuyesen, ni lo que el Rey mandaba se dejase de cumplir.

Resolutos en esto el Presidente Venero y Oidores, se juntaron en la iglesia todas las personas ilustres y principales, así por letras como por armas que en Santafé en aquella sazón había, entre los cuales fueron el Arzobispo del Nuevo Reino D. Fray Juan de Barrios, fraile franciscano; el Obispo de Cartagena, D. Juan de Simancas, clérigo que había subido á consagrarse por mano del Arzobispo y estaba ya consagrado, y después de él fue consagrado en la misma ciudad D. Fray Pedro de Agreda, fraile dominico y Obispo de Venezuela; el Presidente del Nuevo Reino, Dr. Venero de Leiva; los Licenciados Juan López de Cepeda, Melchor Pérez de Arteaga, Angulo de Castrejón, Diego de Villafañe, Oidores; el Licenciado García de Valverde, Fiscal; los Prelados de las dos Ordenes de Santo Domingo y San Francisco, con otras personas doctas, así clérigos como frailes. Todas estas personas eran

de la parte favorable á los indios para que se les quitase el servicio personal, á lo cual contradecían el Adelantado D. Gonzalo Jiménez de Quesada y los Capitanes Céspedes, Venegas, Orejuela, Zorro, Rivera, con el Cabildo seglar y otras principales personas de la propia ciudad, juntamente con los procuradores de las ciudades que sobre ello habían sido enviados con otra mucha caballería que sobre el caso se habían juntado.

Propúsose la causa sobre que era la junta por parte del Presidente y Oidores, y para justificación de su pretensión, leyéronse las cédulas y premáticas de los Reyes de Castilla sobre que se quitase el servicio personal, y en aprobación de ellas y para que con más voluntad los vecinos las obedeciesen y dejasen cumplir y ejecutar, por los teólogos y letrados que presentes estaban se trajeron muchas autoridades de la Sagrada Escritura, con lo cual, y por ser todos los encomenderos de su natural muy dóciles y llegados á razón, y no sólo amigos de cumplir lo que su Rey y señor mandaba y á ellos les convenía y cumplía para descargo de sus conciencias, pero otra cualquiera cosa que sus Ministros, que presentes estaban, personas de tanta gravedad y autoridad como se ha dicho, mandasen, aunque fuese contra su propio patrimonio y haciendas, fue pues la resolución de la congregación, aunque hecha diversos días, porque para negocio tan grave y arduo así fue necesario, que el Visitador hiciese la retasa que entre las manos tenía de los tributos que los naturales habían de pagar dende en adelante á sus encomenderos, en tal forma y manera, que lo que hasta entonces daban los indios en servicios personales fuese conmutado y acrecentado en los tributos reales, de suerte que con lo que en tributos reales se les acrecentase, tuviesen para suplir y comprar las cosas que los indios les solían dar por el ordinario de sus casas en servicios personales, y que con esta conmutación no se usase más dende en adelante el servicio personal más de en las cosas y de la forma que por cédulas y particulares provisiones era permitido y estaba declarado é instituido.

CAPITULO VIGESIMOSEGUNDO

En el cual se escribe la alteración que hubo en Santafé entre el Licenciado Villafañe, Visitador de los indios, y los vecinos, sobre la retasa que el propio Oidor hizo de los tributos que los naturales habían de pagar.

El Visitador Villafañe, con parecer del Arzobispo y de algunos de los ya nombrados, hizo su retasa y moderación de los tributos que los indios habían de dar dende en adelante á los encomenderos, pareciéndole bastante y suficiente cantidad de tributo la por él señalada á cada uno para su sustento, imponiéndoles graves penas sobre el cumplimiento y guarda de ello y sobre que no llevasan más á los indios, ni los cargasen, ni se sirviesen de ellos personalmente en ningún género de servicio, lo cual venido á noticia de los encomenderos y vecinos no sólo no pensaban usar de la retasa por parecerles que era hecha muy en su perjuicio, pero ni aun recibir en su poder traslado ni letra de todo ello; y con esperanza de que la Audiencia lo remediara apelaron de todo para ante la Audiencia y los demás Jueces superiores.

El Visitador, pareciéndole que el apelar los vecinos de su retasa era remedio tomado industriosamente por ellos para estarse en su posesión antigua del servicio personal, ordenó un auto en que mandó, según la común opinión, que ni encomendero, ni soldado, ni otra persona de ninguna calidad, cargase ningún indio, con su voluntad ó sin ella, so pena de mil pesos, y al que no los tuviese que se la darían doscientos azotes, y aunque después jamás pareció este auto en esta forma, fue como he dicho común y vulgar opinión que se había apregonado. Los encomenderos, dando muestras de haber entrañablemente sentido esto, se juntaron luégo después de medio día en las casas de su consistorio á tratar de la afrenta y agravio que por el Visitador se les había hecho con lo mandado y apregonado, y sin ninguna señal que tuviese apariencia de dañada intención se salieron del consistorio y casa de Cabildo, y se fueron á las casas reales, donde estaban juntos en acuerdo Presidente y Oidores, tratando y determinando otros particulares pleitos que ante ellos pendían, y llegados á la puerta de la sala, el portero Porras dio noticia al Presi-

dente y Oidores cómo el Cabildo de la ciudad les quería hablar; fueles respondido que se detuviesen hasta concluir el acuerdo en que estaban, el cual concluso, el Presidente salió fuéra con uno de los Oidores á ver lo que el Cabildo y la demás gente querían, los cuales habían dado la mano para que hablase á nombre de todos al Capitán Juan Ruiz Orejuela, hombre bien dispuesto y anciano y digno de cualquiera alabanza, por lo mucho que en las conquistas y poblazones de Santa Marta y Nuevo Reino había servido y trabajado. Este, viendo salir al Presidente y Oidor, se apartó y adelantó de sus compañeros, é hincando la una rodilla en el suelo y hablando con el Presidente, le dijo en nombre de todos estas palabras: "Córtenos V. S. las cabezas como á leales servidores de S. M., y no consienta ni permita que por causa del Licenciado Villafañe nos las corten por traidores."

Estas palabras oyó el Licenciado Villafañe dentro de la sala del acuerdo donde había quedado, y dejándose arrebatar de un ímpetu y furia muy encendida en cólera, se aceleró tan ciegamente que con alborotadas y facinerosas voces comenzó á decir: "motín, motín, conspiración," y á pedir á gran priesa armas, pareciéndole que ya que algo de lo que decía fuera, que serían parte él y sus compañeros para resistir la furia del pueblo que presente estaba, los cuales no pudiendo sufrir ni tolerar una injuria tras otra, posponiendo las vidas y haciendas á la honra propia y común, se alteraron más de lo que debían y con palabras demasiadamente alteradas y pesadas le respondieron contradiciéndole lo del motín, y recuperando con palabras contrarias el agravio que se les había hecho en el auto que había mandado pregonar y publicar contra ellos, dando algunos muestra de querer llegarse allí para también por obra de violentas manos satisfacer sus furibundos ánimos.

Los Oidores y el Presidente, viendo cuán arrebatada é inopidadamente se había encendido un fuego no menos peligroso que dañoso á toda la república y aun á sus propias personas, no perdiendo punto de su prudencia y serenidad, dijeron y mandaron que ninguno trajese arma, ni la sacase, ni diese al Oidor, porque había allí presentes algunos espa-

ñoles de la propia casa del Presidente, siguiendo ó queriendo favorecerlos, y pareciendo convenir aun habían entrado á una recámara á sacar armas que las había en ella; pero el Licenciado Arteaga, tomando con presteza las varas que en ellos son insignias reales y que estaban en el propio aposento, las dio á sus compañeros, los cuales, tomándolas por principal amparo y defensa y mejor y más seguro instrumento que las armas para aplacar aquel fuego, con ellas en las manos se comenzaron á poner delante de los vecinos, mitigando sus furias con buenas palabras y comedimientos para que el fuego que en aceleradas palabras corría no pase en las armas cuyo efecto y fin no podía dejar de ser una miserable calamidad y ruina, no sólo de todo el Nuevo Reino, pero de mucha parte de las Indias, porque como esta tierra sea muy alta y esté casi en la cumbre de muchas serranías que de ella nacen y se desgajan, y apartada de la mar más de doscientas leguas, tiénese por tierra fortísima é inexpugnable, y que como haya defensa en ella con gran dificultad será entrada ni asaltada de enemigos; pero como el Licenciado Villafañe, demás de ser colérico era muy brioso, y á esta sazón estaba casi de todo punto apartado de toda razón, y lo mismo los vecinos, que ninguna cosa se reportaban ni moderaban más reviste y va creciendo entre ellos la discordia é ira.

Ponía gran temor en los ánimos del Presidente y Oidores que cuando estas cosas pasaban veían desde donde estaban gran turba de gentes y soldados que estaban casi como á la mira en la plaza mayor en ruedas y corrillos parlando, que eran señales de gran presunción é indicio de que los vecinos que con ellos estaban trajesen dañados designios é intenciones, y aunque no los trajesen ellos entre sí, con Villafañe se habían ya encendido tanto que habían puesto grandes sospechas en los ánimos de los Oidores y Presidente Venero; pero como todas estas cosas viese y considerase el Licenciado Juan López Cepeda, Oidor, hombre de admirable prudencia y experiencia en todas artes de ciencia como en disciplina militar, pareciéndole que si el Oidor Villafañe estaba más tiempo presente no podían dejar de haber mal efecto con irrecuperable daño de todos, se abrazó con él, y con una amorosa y herma

nable violencia sacó al Licenciado Villafañe de la sala y yéndose con él á su casa lo apartó de la airada presencia de los vecinos y encomenderos.

El Presidente Venero y los demás Oidores, con no menos loable prudencia y cordura, se pusieron á la puerta de la sala, no consintiendo con muy comedidas palabras que los demás vecinos saliesen en seguimiento del Oidor Villafañe, cuya venganza deseaban tomar y la tomaran si no redundara de ello alguna particular nota con que hicieran obscura la corona ilustre que por sus buenos hechos y obras pasadas merecían, y por respeto y miramiento de los que se lo rogaban é impedían, no curaron de perseverar en la salida y se quedaron allí con el Presidente y los demás Jueces, los cuales, llevando adelante la mitigación de este alboroto, les dijeron ser y estar ignorantes de la queja que tenían, la cual hubieran enmendado y aun castigado si á su noticia viniera, mas que lo mismo sería y se haría á su tiempo; y luégo que pareció estar los vecinos con otro reportamiento del con que las cosas dichas se habían pasado, el Presidente, usando de su poder y astucia para ver y conocer lo que en los vecinos había, poniendo en gran aventura su persona que más pareció temeridad que prudente audacia, les dijo y mandó que en pena de las aceleradas palabras de que algunos de ellos en presencia de la Audiencia habían usado, se fuesen como estaban encarcelados á las casas de su consistorio y Cabildo, lo cual recibieron é hicieron todos con tan buenas muestras de alegría cuanto nunca el Presidente creyó.

Muy de cierto se supo después que jamás fue la intención de los vecinos dañada ni de hacer cosa no debida ni que tuviese apariencia de ella, y que de lo que hicieron fue causa el propio Oidor por acelerarse y descomedirse tan áspera y repentinamente contra ellos; pero si como el Oidor decía se hiciera, que era tomar él y sus compañeros las armas en las manos, ellos fueran muertos y la tierra alzada á tiempo bien trabajoso para los Ministros del Rey, porque en esta sazón se hallaban en Santafé más de mil españoles que casi de todos los pueblos del Distrito se habían juntado á visitar al Presidente Venero y á darle el parabién de su venida y á otras

particulares pretensiones que cada cual tenía en diversas poblaciones y ciudades nuevamente pobladas, entre los cuales, después de mitigado este negocio y divulgado el suceso de él, se levantó un murmullo y diversidad de varios pareceres y opiniones, que cada cual publicaba conforme á lo que deseaba por los que amaban la paz y quietud de la república, claramente decían mal contra los que habían dado ocasión de poner en tal extremo el bien común, y los que de su natural eran sediciosos y bulliciosos y amigos de novedades, como por la mayor parte lo suelen ser los hombres de Indias, maldecían y blasfemaban atrevida y aun desvergonzadamente contra los que habiendo tenido tan buena ocasión para alzarse y alcanzar venganza de los superiores y otras personas contra quienes tenían odio, no se habían aprovechado de ella, y así cada cual hablaba libremente lo que le parecía; fue gran bien para aquesta rebelión no hubiese efecto el no hallarse presentes soldados que en otras hubiesen seguido las pisadas y opiniones de los tiranos que en las Indias se han alzado, los cuales suelen ser principiadores y grande ocasión de que semejantes maldades se efectúen, y así es cosa muy acertada y que con gran rigor se debía cumplir la que el Rey manda, que ningunas gentes de las que fueron en las alteraciones del Perú estén en las Indias.

Demás de la suma diligencia que el Presidente Venero y Oidores pusieron en aplacar y mitigar esta sedición, también fueron mucha parte en ello el Adelantado D. Gonzalo Jiménez de Quesada y el Capitán Hernán Venegas, natural de Córdoba, que mostrándose contra sus republicanos, y en favor de los Jueces y Ministros del Rey, se pusieron en pública enemistad con sus amigos y compañeros, de los cuales fueron por esta causa aborrecidos y murmurados oprobio de todo el vulgo. Aplacado todo el tumulto y murmullo de la demás gente, el Presidente y Oidores, luégo el propio día en la tarde, para más satisfacción y seguridad de la república, dieron á los presos sus casas por cárcel, y dende á pocos días los soltaron y fueron dados por libres de lo que el Fiscal sobre este caso les acusaba.

CAPITULO VIGESIMOTERCERO

En el cual se escribe la forma y manera como el Licenciado Villafañe retasó los indios de Santafé, y el Licenciado Angulo de Castrejón los de Tunja y Vélez.

Porque lo que de suso he contado procedió de la retasa que el Licenciado Villafañe hizo de los tributos que los naturales habían de dar á sus encomenderos, me parece ser cosa acertada poner aquí á la letra un trasunto de lo que en cada tasación se contenía y declaraba con lo que cada indio había de pagar á su encomendero, en el cual se verá asimismo la diferencia que de esta retasa hay á la antigua tasación que el Obispo del Nuevo Reino y el Licenciado Briceño hicieron el año de cincuenta y cinco, la cual dice de esta manera:

"El Licenciado Diego de Villafañe, Oidor por S. M. en la su Real Cancillería de este Nuevo Reino de Granada, y Visitador general, á vos el Cacique, Capitanes de indios de tal repartimiento que es en términos de esta ciudad de Santafé, y á vos Fulano su encomendero, ó al que adelante fuere su encomendero del dicho repartimiento, sabed: que S. M., como cristianísimo Rey y señor, deseando como desea el bien, conversión y aumento de los naturales de estas partes de Indias, ha hecho y mandado hacer muchas leyes y ordenanzas y enviado muchas provisiones y cédulas en su favor, por las cuales su principal intento ha sido y es la conversión de ellos, y aun descarga su real conciencia con los encomendar á personas particulares que tengan cargo de la instrucción y conversión, y que mediante entender en ello puedan llevar los tales encomenderos el tributo que fuere moderado y tasado que den de aquellas cosas que ellos tienen, crían y tratan en sus tierras y de aquello con que menos trabajo y más buenamente pueden y deben pagar, quedándoles siempre con que se alimentar y curar de sus enfermedades y casar sus hijos, y teniendo respeto cómo los tales naturales no sean agraviados y los tributos sean moderados de tal manera que les quede siempre con que puedan suplir sus necesidades, por manera que anden descansados y relevados, más ahora

que en tiempo de su infidelidad, y que antes enriquezcan que empobrezcan, pues no es razón que habiendo venido á la obediencia de S. M. sean de peor condición que los demás sus súbditos y vasallos, y que por vía de tributo no se les impongan servicios personales, teniendo en esto atención á que por andar ocupados en ellos no les falte tiempo para entender en las cosas de su conversión, ya que podrían los encomenderos dejar de cumplir con la obligación que tienen, de cuya causa los dichos indios se estuviesen en su infidelidad y sin lumbre de fe, por lo cual serían los dichos encomenderos obligados á restituir los tributos que les llevasen y hubiesen llevado no cumpliendo con la condición de las encomiendas, pues el origen y fin de ellas es para el bien y conversión de los dichos indios, y si les faltase el tiempo para entender en las cosas á ello tocante, como principal fundamento para ello, sería no cumplir la voluntad de S. M. y no poder llevar los encomenderos con buena conciencia sus tributos y demoras; y á mí, como Oidor de esta Real Audiencia, me fue cometida la visita de este Reino y tasar los tributos que hubiesen de dar los naturales que no estuviesen tasados, y retasar los que estuviesen tasados ó conviniese retasar, y conforme á la comisión que para ello se me dio, que por su largura no va aquí inserta, y está puesta por cabeza de esta visita, yo he visitado personalmente el dicho pueblo y repartimiento y he hecho la discreción de los naturales de él, y averiguados los frutos y granjerías que tienen y lo que más buenamente y con menos trabajo podrían tributar como se contiene en la discreción y autos sobre ellos hechos, teniendo consideración de la intención Real de S. M. y al descargo de su Real conciencia, y al bien de los naturales, y sustento de los encomenderos, y lo demás que para ello se debía considerar cristianamente, con celo de poner orden y concierto, y para que ambas repúblicas de indios y españoles buenamente se sustenten y vayan adelante, y que por causa de los muchos tributos é imposiciones y necesarios que hasta ahora á los dichos naturales les han sido y son puestos por la necesidad que ha habido, no sean tan vejados y molestados, ni que por dar tributos de lo que pueden y deben las doc-

trinas no se puedan sustentar ni los encomenderos; todo ello visto y platicado con personas de ciencia y conciencia, dando como por el presente doy por ninguno y de ningún valor y efecto la tasa que el dicho pueblo hasta ahora ha tenido, para que de aquí adelante no se pueda usar de ella y hasta tanto que por S. M. ó por quien en su nombre fuere parte sobre esto otra cosa se provea y mande, mando á vos el dicho Cacique, Capitán é indios de los pueblos que en cada un año deis al dicho vuestro encomendero, ó al que adelante fuere, las cosas y tributos siguientes."

Los tributos que este Oidor retasó en los indios moscas que en los términos de Santafé había generalmente, fue que cada indio, tasado por sí y por su casa, pagase de tributo en cada un año al encomendero una manta de la marca que tiene dos varas y sesma de largo y otro tanto de ancho, y dos tomines de buen oro, y media hanega de maíz, y que entre cada veinte indios beneficiasen y limpiasen y cogiesen una hanega de trigo de sembradura, dándoles el encomendero todo el aparejo que para sembrar y coger era necesario, reservando de este tributo á los viejos y enfermos y mancebos de quince años para abajo, y con esto dio por ninguna é hizo cesar la tasa de servicio personal, y de esto fue de lo que los vecinos de Santafé se tuvieron por agraviados y de donde procedieron los tumultos que en el antes de este Capítulo he contado. Lo que de este remedio enmendó la Audiencia fue que cada indio casado pagase de tributo cada un año un peso de buen oro, y entre dos una manta de la marca, y entre cada veinte indios sembrasen y beneficiasen una hanega de maíz y cavasen la tierra, porque el maíz no se siembra en la tierra arada de los bueyes en este Reino, sino en cierta manera de camellones altos que hacen á mano, y casi esta misma moderación hubo en el beneficiar el trigo conforme á lo que tenía mandado el Licenciado Villafañe; demás de esto mandaron en lo del servicio personal que por vía de concierto ó conducidos se les diesen á cada encomendero cada mes tantos indios para el servicio ordinario de sus casas y para pastores y gañanes los que eran menester, declarando el número de ellos y señalando el salario que á estos tales indios se les había de

dar y pagar, y con esto aprobaron y dieron por buena la retasa que había hecho el Licenciado Villafañe, habiendo proveído para esta última moderación de tributos el comunicarlo con el Arzobispo D. Fray Juan de Barrios y con el Adelantado y con algunos Capitanes y personas principales y antiguos del Reino; y lo que el Licenciado Villafañe en lo último de su retasa decía, era esto:

"La cual dicha tasación mando á vos los dichos Caciques, Capitanes é indios, guardéis y cumpláis y paguéis al dicho vuestro encomendero ó al que adelante fuere, en cada un año, desde el día que esta tasa os fuere entregada en adelante, pagando la mitad del dicho tributo por Navidad y la otra mitad por San Juan de Junio de cada un año, y si por los dichos tiempos y plazos no los cumpliéredes, podáis ser compelidos y ejecutados por ello y por las costas que sobre la cobranza se os hicieren; y vos, el dicho encomendero, no podáis recibir ni cobrar de los dichos indios, por vos ni por interpósita persona, directa ni indirecta, pública ni secretamente más tributo ni otra cosa de lo suso contenido, so pena que si los lleváredes por la primera vez, seais obligado á volver y volváis á los dichos indios lo que así lleváredes, demás de la dicha tasa con el doblo, y más cuatro tantos para la cámara de S. M.; y por la segunda vez, demás de la dicha pena, hayáis perdido y perdáis la encomienda y cualquier derecho que al dicho repartimiento tuviéredes, y la mitad de todos vuestros bienes para la cámara de S. M., en la cual pena vos condeno desde luégo lo contrario haciendo, ni seais osado de os servir de los dichos indios ni de alguno de ellos en ningún género de servicio más de lo suso declarado, so pena que por el mismo caso desde luégo los dichos indios queden vacos para que S. M. los provea en quien fuere servido; y vos, el dicho Cacique y Capitanes de indios, estaréis advertidos de no dar ni pagar la dicha demora y tributo de suso contenido, no habiendo en vuestro pueblo sacerdote que os doctrine y pueda y deba administrar los sacramentos; ni vos, el dicho encomendero, los podáis compeler por justicia ni en otra manera á que os lo den y paguen, so la dicha pena de privación de indios, y porque sepáis lo que habéis de pagar, mando que

cada uno de voz tenga un traslado de esta dicha tasación firmado de mi nombre y refrendado del escribano de cámara infrascrito.

"Hecha en Santafé, á diez días del mes de Junio de mil y quinientos y sesenta y cuatro años."

Pocos días antes de esta visita del Licenciado Villafañe visitó y tasó asimismo el Licenciado Angulo de Castrejón la Provincia y repartimiento de Tunja y Vélez, y en la retasa que hizo en la gente y naturales de nación mosca, porque también estos dos pueblos participan de otras gentes y naciones, mandó que cada indio pagase una manta de algodón de la marca, que como he dicho es dos varas y sesma de ancho y otro tanto de largo, y un peso de medio oro, y porque en la sazón no estaba quitado el servicio personal, mandó que de cada repartimiento diesen al encomendero tantas cargas de yerba y tantas de leña cada año, ó para comprarlas cierto número de mantas cual más los indios quisiesen dar, y las sementeras de trigo, y maíz, y cebada, y turmas, y otras cosas que se dan en estas Provincias; pero fue enmendada después por la Audiencia y quitado de todo punto el servicio personal, acrecentándoles lo que les pareció por ello al Presidente Venero y Oidores.

En el Libro quinto se trata de la pacificación y poblasón de la ciudad de Tocaima hecha por el Capitán Hernando Venegas Manosalvas, á quien después S. M. del Rey D. Felipe, nuestro señor, dio título de Mariscal del Nuevo Reino de Granada. Fue hecha en el año de mil y quinientos y cuarenta y seis, con comisión y conducta del Adelantado D. Alonso Luis de Lugo, el cual en este tiempo gobernaba el Nuevo Reino.

LIBRO QUINTO

CAPITULO PRIMERO

De cómo al Capitán Hernando Venegas Manosalvas, que después fue Mariscal del Reino, le fue dada conducta para que fuese á poblar un pueblo en las Provincias de los indios panches, y de cómo salió con gente y llegó á la Provincia de Tocaima, y envió á Martín Yáñez Tafur á ver la tierra y traer de pas á los naturales de ella.

Andando D. Alonso Luis de Lugo procurando oro con toda la solicitud á él posible para irse en España, como está dicho en el cuarto Libro de esta primera parte, vino la nueva cómo los franceses habían robado y destruido á la ciudad de Santa Marta de quien atrás hemos tratado, de lo cual recibió grande pena y turbación, porque él había dejado allí muchos soldados amigos suyos y muy principales y tenía grande esperanza de que para alcanzar su fin, que era de irse en España, le habían de ayudar con algún oro, lo cual ellos no podrían ya hacer con el mal suceso que con los franceses habían tenido, y con esta pena y turbación andaba muy

triste y pensativo imaginando lo que sería mejor hacer en este caso.

En este tiempo había dado comisión al Capitán Juan de Céspedes, persona muy principal, para que fuese á poblar la Provincia de los indios panches y á Sierras Nevadas, y por ser Céspedes un hombre de quien el Adelantado tenía grande confianza y que de las cosas y guerras de Santa Marta tenía mucha experiencia por haber estado en ella mucho tiempo y ser de los primeros soldados que en ella habían entrado, acordó de nombrarlo por su Teniente general, y que dejando la poblazón de los indios panches, fuese á socorrer á la ciudad de Santa Marta y poner en ella todo el resguardo posible, habiendo algunas fuerzas, de donde con la artillería que su padre el Adelantado había traído y dejado en ella se defendiesen sus moradores de sus enemigos los franceses. Tenía el Capitán Juan de Céspedes ya juntos sesenta soldados para ir á las Sierras Nevadas y Provincia de los panches, los cuales estaban pertrechados de armas y caballos que él les había dado y proveído de su propia hacienda y con sus dineros comprado.

Pues como el Capitán Hernando Venegas supiese que Juan de Céspedes dejaba la jornada que había comenzado y quería hacer, por mandarle el Adelantado ir á Santa Marta, rogó al Adelantado D. Alonso Luis de Lugo que le hiciese merced de darle á él la conducta de Capitán para que con la gente que el Capitán Céspedes tenía junta ir á poblar un pueblo en la Provincia de Tocaima, que era donde Céspedes había de ir y para donde la había juntado. El Adelantado, oída y vista la petición de Venegas, y conociendo su valor y ser, porque era, caballero y muy querido y amado de todos, por su llaneza y afabilidad, se la dio y nombrándole Capitán le dio y entregó los sesenta soldados que Céspedes tenía; tenida ya la conducta y comisión, el Capitán Venegas habló á toda su gente, y con la mayor brevedad que pudo se salió de la ciudad de Santafé, en seguimiento de su derrota y jornada; nombró por sus Capitanes y caudillos á Martín Yáñez Tafur, y á Salinas, y á Sabredo, y á Montero, aunque sólo el Martín Yáñez Tafur usó el oficio de Capitán y caudillo de

esta jornada, porque con dos salidas que hizo á traer la gente y naturales de paz se pobló el pueblo como adelante se dirá, y así no fue necesario que los demás usasen el oficio de Capitanes.

Salió el Capitán Venegas de la ciudad de Santafé con su gente en el año de cuarenta y seis, y caminando con ella llegó al pueblo de Tocaima, pueblo de los indios panches, á los cuales los españoles les pusieron este nombre de panches porque todos ellos tienen las cabezas pandas y anchas por tener de costumbre de en naciendo ponérselas sus madres entre dos tablas apretadas en como prensas, y traerlos así hasta que son ya grandes, y así les quedan las cabezas anchas y agudas de la parte alta, que si les quitasen el cabello parecen mitras cerradas. Estuvo pues en este pueblo y asiento de Tocaima Venegas descansando con su gente sin sucederle cosa contraria dos días, en los cuales acordó que Martín Yáñez Tafur saliese con cuarenta soldados á correr la tierra y Provincia, y á que trayendo de paz á los naturales de ella viese si hallaba algún asiento bueno y acomodado para fundar un pueblo en nombre de S. M., y así salió Martín Yáñez con su gente y fue á dar á una Provincia de unos indios llamados guacanes, donde siendo sentido de ellos, tomando las armas en las manos se pusieron en defensa de su tierra y casas; mas como llegasen á tentar las fuerzas de los españoles y hallasen en ellos tánta resistencia, acordaron ausentarse en el huir, pues no lo podían hacer en las armas. Las armas de que estos indios usan en sus guerras son flechas, lanzas, dardos y macanas, y aunque todos son corpulentos y de grandes ánimos, con mucha facilidad fueron ahuyentados de los nuéstros, dejando sus casas y haciendas, frágiles y de poco precio, en poder de los cristianos, y asimismo los que con descuidados pasos se tardaron en huir dejaban también las vidas. Fueron tomados en esta guazabara muchos bárbaros de todo sexo para el servicio de los españoles y con ellos mucho despojo de oro en chagualas, que son como patenas, como en otras partes queda dicho, y otras piezas de oro que los españoles llaman caracoles, los cuales acostumbran estos indios á traer colgados en las narices. Tomáronse asimismo

muchos catabres ó canastos de cuentas blancas y cinchos de lo mismo, entrecogidos en ellos muchos caracoles pequeños, que es un género de adorno para ellos de que usan en sus borracheras y bailes. Con la victoria y contento del despojo ó ranchería, que así se llama en estos tiempos el tomar, ó por mejor decir, el hurtar en guerra y fuéra de ella en estas partes, por disimulación y más en esto hablar, como en otras partes he dicho, detuviéronse los nuéstros en este pueblo de los indios guacanes, regocijando la victoria dos días, después de los cuales fue de acuerdo de todos que no se pasase más adelante sin dar cuenta á su Capitán Venegas de lo sucedido, y así todos juntos se volvieron al real, donde fueron muy bien recibidos de los que en él habían quedado.

Sabido por el Capitán Venegas el buen suceso que Martín Yáñez y su gente habían habido, para con mayor facilidad atraer á los bárbaros á su amistad y servidumbre mandó soltar la mayor parte de los indios que Martín Yáñez y su gente habían traído para su servicio, á los cuales envió á su tierra dándoles algunas cosas de rescates de España, como eran bonetes, cuchillos y cuentas, que no fue poca parte para que viniesen á servidumbre como vinieron de su propia voluntad y sin fuerza de armas, porque considerando los bárbaros el daño que de los nuéstros habían recibido y que no era menor el que les estaba aparejado si con obstinación tardaban en dar la paz á los españoles, acordaron de hacer de voluntad lo que entendían habían hacer por fuerza, y así otro día por la mañana, tomando de las cosas de comer que en sus casas tenían, se fueron al real de los españoles á darles las gracias por el beneficio de les haber soltado y enviado á sus parientes y amigos, y á se les ofrecer á servidumbre para todo lo que les quisiesen mandar. El Capitán Venegas los recibió con sus dones y ofrecimiento á servidumbre y paz muy amigablemente, y haciéndoles buen tratamiento con mucho amor, les dio de las cosas que de España tenía, y con lenguas les dio á entender el fin para que habían venido á su tierra él y sus compañeros, el cual no era para hacerles ningún mal ni daño, sino para ser sus amigos y defenderlos de quien mal ó daño les quisiese hacer, y para les enseñar muchas cosas

que ellos ignoraban, tocantes á la salvación de sus ánimas y cuerpos, así de los trabajos de esta vida como de los de la otra.

Todas estas cosas y otras muchas que el Capitán Venegas trató y dijo á estos indios guacanes las oyeron ellos con mucha atención y voluntad, lo cual dio harto contento á todos los que presentes estaban. Conociendo el Capitán Hernán Venegas, como hombre de experiencia, que en semejantes conquistas y poblazones suele haber de parte de los soldados algunos desconciertos y demasías en daño y perjuicio de los naturales, los cuales son ocasión y han sido de que las paces se quebranten y los contrarios se rebelen y tornen á tomar las armas con mayores bríos contra sus contrarios, queriendo y deseando que la paz y servidumbre á que estos bárbaros venían y querían sustentar se guardase sin que en ningún tiempo se les diese ocasión de lo contrario, mandó echar un bando en su real, por el cual mandó que so pena de la vida ningún soldado fuese osado á entrar en casa de indio ni le tomar cosa alguna de comida ni otra cosa sin su expresa licencia y mandado, para que lo que se les tomase se diese orden cómo se les pagase y no se les hiciese agravio ninguno.

Fue guardado este mandado y pregón entera y cumplidamente sin se exceder de él un punto, y para que los indios estuviesen más quietos y seguros, el Capitán les dio á entender con las lenguas lo que para su quietud y sosiego había mandado á sus soldados y compañeros, y con esto los indios se fueron á sus casas muy contentos y alegres.

CAPITULO SEGUNDO

Que trata de otra salida que hizo Martín Yáñez Tafur, y cómo conquistó y trajo de paz á los indios de la Provincia de Xaquima y de Guataquí, y de la fundación de la ciudad de Tocaima.

Idos los indios guacanes á sus casas, procuraban traer cada día comida á los españoles en agradecimiento del beneficio que de ellos habían recibido. Estas gentes panches son de tan noble condición que no tienen cosa suya que no la comuniquen y den con maravillosa liberalidad á cualquiera persona, aunque sean sus enemigos, salvo si actualmente están en

la guerra contra ellos, y así demás de por ser ellos naturalmente inclinados á esta generosidad, por tal beneficio que el día antes habían recibido de los nuéstros les traían mucha comida.

El Capitán Venegas, visto este tan buen principio que Martín Yáñez Tafur había tenido en la tierra, acordó que tornase á salir con cuarenta hombres de los que habían quedado en el real, por estar más descansados, á la Provincia de Xaquima, que por otro nombre se llama Otaima, á traer los naturales de ella de paz, encargándole que lo hiciese con el menor daño que posible fuese, porque ya el Capitán Venegas había tomado grande afición á la gente panche por verlos de tan buena inclinación, y así deseaba traerlos de paz más por dádivas que por fuerza de armas y malos tratamientos.

Pasados cinco días en los cuales Martín Yáñez descansó, apercibidos los cuarenta soldados, se salió con ellos en demanda de la Provincia de Xaquima, que no estaba muy lejos.

Los indios, como tenían noticia del daño y mala vecindad que los españoles hacían en las partes donde llegaban, porque aún no habían sabido ni había venido á su noticia el buen tratamiento y despidiente que los indios guacanes habían tenido y se les había hecho de los españoles cuando el Capitán Venegas les había enviado á sus casas sin les hacer mal ni daño, antes dándoles de lo que había tenido de cosas de España, acordaron de tomar las armas en las manos y defenderles la entrada en su tierra, no permitiendo que hiciesen asiento en ella, ni la viesen, si fuese posible ; y saliéndoles al camino, con buena orden, por unas lomas abajo, con gran gritería, les hacían muchas amenazas ; y mostrándoles cantidad de catabres ó canastos y sogas les decían en su lengua que aquellos canastos y sogas traían para atarlos, y después de haberlos hecho pedazos, llevarlos en aquellas cestas para con sus blancas carnes solemnizar sus fiestas y borracheras, triunfando de su victoria dándoles sus vientres por sepulcros, lo cual ellos tenían por muy antigua costumbre hacer con los naturales á ellos comarcanos.

El caudillo y sus compañeros, como vieron tánta multitud de indios, que serían más de dos mil, y oyeron la gritería

y regorizo que hacían, preguntaron á las lenguas ó intérpretes que llevaban que qué decían los indios de Otaima, y dijeron las lenguas que decían que en muy breve tiempo los habían de llevar á todos hechos pedazos en aquellos catabres para solemnizar y hacer muy grandes borracheras y poner sus cabezas en sus santuarios.

El caudillo Tafur conoció por los meneos harían conociese ser así lo que las lenguas decían, y llegándose cerca de los bárbaros á parte donde de ellos fuesen bien entendidas las lenguas, les mandó que les dijesen y amonestasen dejasen aquella necia y simple porfía, porque él ni sus compañeros no venían para ir en catabres ni á que con ellos solemnizasen sus borracheras, sino á ser sus amigos, y á que si ellos lo quisiesen ser suyos, no se les haría ningún mal ni daño, antes serían muy bien tratados y defendidos de otras cualesquiera personas que mal ó daño les pretendiesen hacer; y que de lo contrario se les seguiría mucho daño á ellos y á sus hijos y mujeres; porque ellos eran enviados por el Rey de España á poblar en aquellas partes y á que les enseñasen á conocer al Criador de todas las cosas y de qué manera le habían de servir, para por ello conseguir el descanso y bienaventuranza perpetua; y que si ellos esto no querían consentir y entender de voluntad y fin que era, que forzoso y con mucho daño que les harían, lo habían de hacer, así como en otras partes sus hermanos y compañeros lo habían hecho.

Los moradores de Otaima, aunque oyeron bien lo que Martín Yáñez Tafur con las lenguas les decía, no haciendo caso de ello se iban llegando á los españoles con su bárbaro atrevimiento, pretendiendo poner en efecto su loco y rústico propósito, creyendo que sin falta los habían de tomar á manos y sepultarlos en sus vientres; y el Capitán y sus soldados, visto que los indios se acercaban sin hacer caso de lo que se les decía, usando de su brazo y esforzado brío de españoles, arremetieron contra ellos y en poco espacio de tiempo los desbarataron é hicieron dejar las sogas y catabres con harto daño que en ellos se hizo, de lo cual quedaron tan escarmentados que tuvieron por muy bueno y acertado haber creído lo que se les había antes dicho, y recibido la paz

con que se les había convidado, y con esto de ahí adelante no osaron tomar más las armas contra los españoles y desde esta guazabara quedaron pacíficos y quietos y guardaron la paz con firmeza, sirviendo á los cristianos hasta el día de hoy. Hecho esto, el Capitán Martín Yáñez se volvió con su gente al real donde su Capitán Venegas estaba con la demás gente, del cual fue muy bien y alegremente recibido.

Después de haber descansado algunos días el Capitán Tafur y su gente, el Capitán Venegas trató de buscar lugar acomodado para poblar y fundar su ciudad. Tafur le dijo que no tratase de buscar otro más de lo que en que estaba alojado, porque en toda la tierra que él había andado no había visto ni hallado otro mejor. Oído esto, el Capitán Venegas se determinó de poblar en el sitio donde estaba, y así, haciendo las solemnidades y ceremonias acostumbradas en semejantes poblazones, pobló la ciudad y le puso por nombre el propio que los naturales tenían puesto á aquel sitio, que es la ciudad de Tocaima, y así quedó poblada esta ciudad en el sitio y lugar en que hoy está. Nombrados Alcaldes y Regidores por el Capitán Venegas, hizo el apuntamiento de los naturales y repartiólos entre los soldados, y con esto se tornó á la ciudad de Santafé, habiendo estado ocupado en esta jornada cinco meses, á dar cuenta de la que había hecho al Gobernador Montalvo de Lugo, que ya estaba en el Gobierno del Reino, dejando en su lugar por Teniente á Martín Yáñez Tafur, el cual estuvo en él hasta que Miguel Díaz de Armendáriz vino por Gobernador del Reino, que envió por Capitán de Tocaima y Justicia mayor al Capitán Hernando de Prado.

CAPITULO TERCERO

Que trata del asiento y temple de la ciudad de Tocaima y de algunas costumbres de los naturales de aquella Provincia.

Está la ciudad de Tocaima, como queda dicho en el capítulo antecedente, situada en la parte y lugar donde Hernando Venegas la pobló y fundó, sin se haber mudado á otra parte alguna, como lo han hecho otros pueblos y ciudades en

estas partes de Indias. El sitio en que está es caliente, tanto que desde las nueve horas de la mañana hasta las tres de la tarde no se puede andar por las partes donde no hay sombra, y este temple y calor es y dura por todo el año, porque así como en la tierra fría del Reino todo el año hace un temple y este frío, así en esta Provincia de Tocaima, que es en las faldas del Reino, hace calor todo el año.

La diferencia que en estos temples y Provincias hay de invierno y verano no es más de que el invierno llueve y el verano no llueve; pero los temples lloviendo y no lloviendo todos son unos en lo ser caliente ó ser frío.

En este sitio de Tocaima y en sus alrededores se dan todas las frutas que se dan en otras partes calientes, así de las de España como de las de la tierra: danse muchas uvas, higos, melones, piñas, guayabas, curas—que es una fruta como peras, salvo que tiene unos cuescos grandes dentro;—danse plátanos y otras muchas frutas. Las noches en esta ciudad son tales que con ellas se alivian los trabajos y disgustos de los días, porque son tan suaves y de tan lindo sereno, que aunque se quede un pliego de papel toda la noche en el campo se halla á la mañana tan enjuto como si hubiese estado metido en una casa y guardado. Los indios naturales de esta Provincia son gente de buena estatura, andan desnudos, así las hembras como los varones: las hembras traen solamente para cubrir sus partes impúdicas unas pampanillas como unos pañetes abiertos por abajo, y éstos traen tan bajos que lo alto de estas pampanillas se atan y ponen por bajo de los encuentros de las caderas; estas pampanillas hacen de algodón tejidas como mantas, y las mujeres de los Capitanes las traen entretejidas de unas cuentas blancas que de cáscaras de caracoles se hacen, que los españoles llaman quitero; y aunque á los cuellos traen todas cantidad de estas cuentas y de otras de hueso, estas pampanillas tienen por las mejores joyas de sus caras. Tienen estos bárbaros una ceremonia ó costumbre muy perjudicial y dañosa para ellos, aunque no hacen mucho caso del daño que de ella se les sigue y viene, y es que á las criaturas hembras que les nacen, á los ocho días ó diez, así como nacen, les cortan con unas cañas ó

Los casamientos entre esta nación panche se hacen con mucha facilidad, porque en estando la criatura sana de la herida que dije le dan á los ocho ó diez días, luégo el indio que la quiere por mujer da á la madre una sarta de cuentas ó una pampanilla de las que atrás quedan dichas, y así queda hecho el casamiento; esta sartilla ó pampanilla ha de guardar la madre para cuando la desposada sea de edad para poderla traer; estos casamientos se deshacen por hacer ella adulterio á su marido y no por otra causa, que en tal caso él la puede dejar.

En el sexto Libro se trata de la población de la ciudad de Pamplona hecha por Pedro de Orsúa, natural de un pueblo que se dice Orsúa, junto á la ciudad de Pamplona de Navarra, y Ortún Velasco, natural de la Villa de Cuéllar en Castilla la Vieja, en el año de cuarenta y nueve, gobernando el Nuevo Reino el Licenciado Miguel Díaz de Armendáriz.

LIBRO SEXTO

CAPITULO PRIMERO

Que trata de cómo fue dada al General Pedro de Orsúa conducta para ir á poblar á Sierras Nevadas por el Licenciado Miguel Díaz de Armendáriz.

Siendo Gobernador del Nuevo Reino de Granada el Licenciado Miguel Díaz Armendáriz en el año de cuarenta y nueve, por el mes de Septiembre Ortún Velasco, natural de la Villa de Cuéllar, deseaba trabajar y emplearse en servicio de su Rey y señor y de aumentar loa y fama, y así pidió al Licenciado Miguel Díaz licencia para hacer gente é ir á poblar las Sierras Nevadas que están á vista de la ciudad de Tunja, de donde él era vecino y encomendero, y Miguel Díaz, conociendo la persona y valor de Ortún Velasco y sabido cómo en todas las cosas que se le habían encomendado había hecho el deber así en el Reino como en la costa de Santa Marta, le dio y concedió la licencia que le pedía para que haciendo gente en todo el Reino fuese á poblar á las Sierras Nevadas así como él lo había pedido.

Ortún Velasco comenzó á procurar gente y en poco tiempo juntó sesenta y cinco soldados de á pie y de á caballo, con los cuales, después de muy bien pertrechados de armas y caballos y servicio de indios ladinos que ellos llaman anaconas, se salió de la ciudad de Tunja en demanda de las Sierras Nevadas, llevándolas siempre á vista de ojos por ser tanta su altura que sobrepujan á todas las demás sierras que por delante parecen.

En este tiempo había dado el Licenciado Miguel Díaz á su sobrino Pedro de Orsúa la jornada de entre los dos ríos que dicen el de Cavoca y el de la Magdalena; había quedado bien acreditado entre toda la gente del tiempo que había sido su Teniente general, y por esta causa mucha gente trataba con Pedro de Orsúa que pidiese á su tío Miguel Díaz alguna jornada para que en ella se emplease y tuviese donde dar de comer á sus amigos, que como está dicho tenía muchos, y por estas persuasiones que él y sus amigos hacían, le había dado ésta de entre los dos ríos, la cual no hubo efecto porque Francisco Núñez Pedroso, natural de la ciudad de Granada, había prometido á Pedro de Orsúa cierta cantidad de pesos de oro, y por ocasiones que para ello hubo no pudo cumplir con él, ni Pedro de Orsúa podía dar aviso á sus soldados para seguir su jornada y descubrimiento, á cuya causa estaba tan penado, que muy claramente era conocido de todos el disgusto que de no se poder aviar tenía.

Sabido por Miguel Díaz que su sobrino Pedro de Orsúa no hacía ni podía hacer su jornada por no tener oro para aviar la gente que consigo había de llevar, pareciôle que sería bien mudase la derrota, y que con algunos soldados y con el avío que pudiesen, fuese en seguimiento del Capitán Ortún Velasco, que llevaba sesenta y cinco hombres, y tomándolos con los que Pedro de Orsúa llevase, fuese á poblar á Sierras Nevadas, quitando y anulando á Ortún Velasco los recados y licencia que para ello llevaba, y así fue que dejando la derrota de los dos ríos, Miguel Díaz, su tío, le dio conducta para Sierras Nevadas, que son llamadas del Cocuy.

Pedro de Orsúa, con la mejor orden que pudo, con buenas palabras, juntó cuarenta y siete soldados; y dándoles el me-

jor avío que pudo, salió en demanda de su jornada en seguimiento de Ortún Velasco, por diferente camino del que Ortún Velasco llevaba, por llegar á verse con él antes que poblase ó se metiese la tierra adentro, y por llevar Pedro de Orsúa tan poca gente y mal aviada, no le causase más peligro en las guerras y guazabaras de los indios por donde pasasen y le fuese forzado volverse sin haber efecto su designio, pues caminando con esta presteza, pasados algunos días de camino sin en él les suceder cosa notable, llegó á un pueblo llamado Camara, nombre propio de los naturales, donde halló ciertos soldados que se habían quedado de los que Velasco llevaba, con algún descuido que en ellos hubo, porque habiendo salido á buscar caza para comer se fue el real, y ellos por tardarse en la vuelta se quedaron allí solos, que no les fue poco remedio llegar allí. Pedro de Orsúa, para que no fuesen muertos de los bárbaros que ya se andaban juntando para darles la muerte miserablemente, y esto fuera ya hecho antes que Pedro de Orsúa llegara si con la vista de Ortún Velasco y su gente los naturales no se hubieran ahuyentado y desparcido.

Pedro de Orsúa se informó del tiempo que Ortún Velasco salió del pueblo de Camara, al cual dijeron que no había dos días que había salido de él y que iba la vía de otro pueblo que se llamaba Rasgón. Pedro de Orsúa descansó en Camara dos días y de allí escribió á Ortún Velasco haciéndole saber cómo venía y que traía cuarenta y siete compañeros y conducta del Gobernador para con ellos y con todos los que más topase poblar un pueblo en Sierras Nevadas, que le suplicaba no dejase su camino yéndose con su gente hasta el Valle de Zulia, que lo mismo hacía él para que en él se juntasen y viesen, donde tratarían largo de lo que más conviniese hacer, y para que allí viese los recados que traía; vistas las cartas Ortún Velasco (el cual estaba en el pueblo llamado Rasgón) de Pedro de Orsúa, luégo se partió con su gente la vía del Valle de Zulia así como Pedro de Orsúa se lo rogaba.

Llegó Pedro de Orsúa al dicho Valle cinco días antes de todos Santos, habiéndose detenido en el camino dos meses. Ortún Velasco llegó dos días después, sin que al uno ni al otro

Capitán les sucediera cosa contraria á su viaje, porque así al uno como al otro los naturales por donde iban les salían con mucha comida de la que en sus casas y tierra tenían, sacándoles asimismo mucha cantidad de calabazas del brevaje ó vino que ellos tienen, el cual hacen de maíz y otra raíz que se dice yuca; á estas calabazas llamaban los naturales chitareros, y por salir con tanta cantidad de ellas, los españoles llamaron á los naturales de estas Provincias chitareros.

Después que los dos Capitanes se vieron juntos, Pedro de Orsúa mostró los recados que del Gobernador traía, y Ortún Velasco, visto que el Gobernador había nombrado á Pedro de Orsúa por Capitán de la derrota que él llevaba y que le rovocaba su conducta, recibió á Pedro de Orsúa por su Capitán con mucha alegría y contento, y con toda su gente se metió debajo de su bandera.

CAPITULO SEGUNDO

Que trata de la disposición del Valle de Zulia y cómo Pedro de Orsúa pobló en él la ciudad de Pamplona, y de la disposición de la tierra y condición de los naturales de ella.

Como Pedro de Orsúa se viese en el Valle de Zulia con ciento y doce soldados, y viese que en el mismo Valle había cantidad de indios y que era muy alegre y de buena disposición para asentar en él un pueblo en el cual se fortificase él y su gente para si los naturales quisiesen damnificar á los españoles tener en qué ampararse y defenderse, y para que dejando en él algunos de sus soldados, con los demás ver y correr la tierra y traer á los indios de paz y á servidumbre, acordó de poblar un pueblo en nombre de S. M., y poniéndolo por obra con las ceremonias acostumbradas, le pobló y puso por nombre la ciudad de Pamplona, por ser él de junto á la de Navarra que tiene este nombre Pamplona.

Acabadas las ceremonias y solemnidades de la poblazón, pidiólo por fe y testimonio á Juan de Padilla, escribano de la jornada, de cómo en nombre de S. M. poblaba aquella ciudad, con lo que quedó poblada y lo está hasta hoy en el sitio y lugar

donde Pedro de Orsúa la pobló, sin se haber mudado á otro cabo ni lugar.

El lugar donde está poblada esta ciudad de Pamplona es un valle que tendrá media legua de largo y no un cuarto de legua de ancho, por medio del cual pasa un arroyo de muy maravillosa agua donde se han hecho algunos molinos de pan; es este valle tan fértil y apacible, que por el muy templado temple que tiene se dan en él naranjas é higueras, limas y guayabas, y muy buen trigo; el primer año que en él se sembró trigo lo sembró un soldado como por cosa de burla, y de un cuartillo de ello que sembró cogió doce hanegas, y visto esto salieron á sembrarlo todos y así se cogió mucha abundancia de ello.

Los naturales de este valle no tenían Cacique ni en toda la Provincia de los indios que los españoles llamaron chitareros lo tienen; la orden de gobierno que entre sí tienen es que en cada pueblo obedecen al indio más rico y más valiente, y á éste tienen por Capitán de sus guerras. Es toda la gente de mediano cuerpo, bien ajustados y de color como los demás indios; vístense de mantas como los del Reino, aunque viven los más por valles que declinan más á calientes que fríos; es gente pobre y que no hacían por oro con tener en su tierra muchas minas y buenas que después los españoles descubrieron, de donde se ha sacado gran número de pesos de oro; los rescates de que esos indios usan es algodón y bija, que es una semilla de unos árboles como granados, de la cual hacen un betún que parece almagre ó bermellón, con que se pintan los cuerpos y las mantas que traen vestidas; los mantenimientos que tienen son maíz y panizo, yuca, batatas, raíces de apio, fresoles, curíes—que son unos animalejos como muy grandes ratones,—venados y conejos; las frutas son curas, guayabas, piñas, caimitos, uvas silvestres como las de España, guamas—que es una fruta larga así como cañafístola,—palmitos y miel de abejas criada en árboles; las aves son pauríes, que son unas aves negras del tamaño de pavas de España; hay también pavas de la tierra, que son poco menores que los pauríes, papagayos, guacamayas de la suerte de papagayos. Son estos indios idólatras como los moscas: tienen sus sante-

ros ó mohanes que hablan con el demonio, el cual les hace entender que él hacer llover, entre los cuales hay uno que es principal, y éste es un Capitán del pueblo llamado Cirivita, que los españoles llamaron Hontibón por la similitud que tiene á un pueblo de indios moscas que está legua y media de la ciudad de Santafé del Nuevo Reino de Granada de este nombre; este santero les hace entender que habla con su dios falso, y le dice lo que les ha de suceder, y á este veneran y ofrecen sus ofrendas. Es gente que no sabe guardar nada, porque en cogiendo sus labranzas se convidan unos á otros y en bebida y comida lo gastan todo sin dejar nada; sus cantos y borracheras y entierros son como los de los indios moscas; son muy grandes herbolarios y así se matan unos á otros muy fácilmente y con poca ocasión.

Esta Provincia de los chitareros es toda de serranía y algunas muy altas, así como las que llaman del páramo de Pamplona, las cuales son tan frigidísimas que muchos indios han perecido y muerto en ellas de frío, quedándose riendo y los ojos abiertos. Hay otros valles donde están las poblazones de los indios en las riberas de los ríos por ser más templadas.

CAPITULO TERCERO

En el cual se trata de la salida que hizo el General Pedro de Orsúa á conquistar y apaciguar la tierra, y de lo que en esta salida pasó hasta volver á Pamplona.

Entre muchas salidas que se hicieron para pacificar la tierra fue una á un pueblo que se dice Centimali, á la cual fue por Capitán Pedro de Orsúa con cuarenta hombres de á pie y de á caballo, y prosiguiendo su camino llegaron á un pueblo de indios que se dice Matachirá, donde fueron recibidos de los moradores de él con las armas en las manos, porque en sintiendo que nuevas gentes llegaban á sus casas y tierras, se salieron con mucha presteza de ellas y se subieron á un cerro ó sierra alta, y puestos en ella á la parte de Centimali, dando muchas voces llamaban á los moradores de él que saliesen á defender sus tierras, casas y haciendas, y volviéndose á los españoles les hacían grandes fieros y adema-

nes con cuerpos y piernas, haciéndoles la perneta en señal que los tenían en poco y que en muy breve tiempo tomarían venganza de su loco atrevimiento por haberse entrado en sus tierras tan osada y libremente.

El Capitán Pedro de Orsúa, visto que el intento de los indios era de pelear y defenderle la entrada en su tierra, con lenguas que llevaba les habló y dijo que él no venía á hacerles mal ni daño; que su pretensión era darles á entender su ceguedad y error que tenían en sus idolatrías y bárbaras costumbres, y que para ello le enviaba el Rey de Castilla, el cual era muy gran señor, como adelante por curso de tiempo más enteramente sabrían; que dejando las armas viniesen sin ningún miedo ni recelo, que él les daba su fe y palabra no se les haría ningún mal ni daño por él ni por sus compañeros en sus personas ni haciendas; que sólo querían al presente su amistad y alguna comida. Los indios, no haciendo caso de lo que Pedro de Orsúa por sus lenguas les decía, mostrábanle mucha cantidad de sogas que traían ceñidas á los cuerpos, diciendo que con aquellas sogas los habían de llevar atados para se holgar con ellos en sus borracheras y bailes. En estas pláticas de los unos y de los otros se gastó algún tiempo hasta que el sol se puso. Otro día en la mañana el Capitán Pedro de Orsúa apercibió toda su gente para dar en el alojamiento de los indios, el cual tenían en la loma donde el día antes se habían subido, y dejando diez soldados en un arroyo buscando minas de oro por le parecer que había en él mucha apariencia de lo haber en él, se subió con la demás gente á lo alto de la loma, de donde vido que por otras lomas venían tres escuadrones de indios del pueblo de Centimali, con mucha música que ellos hacen con unos calabazos largos como trompetas, y con buena orden se venían hacia ellos. El Capitán quiso dividir su gente para acometer á los escuadrones que por tres partes muy determinados venían, lo cual no pudo hacer por la mucha presteza con que los indios les acometieron, los cuales fueron muy presto desbaratados con mucha pérdida de muchos que allí quedaron muertos. Al tiempo que los escuadrones cerraron con los nuéstros, mucha cantidad de bárbaros que estaban á la mira para ver en qué paraba la

guerra, vieron los diez soldados que andaban buscando minas de oro en el río, y arremetiendo con un muy grande alarido, despidiendo infinidad de flechas contra ellos, los pusieron en muy grande aprieto, y cierto fueran muertos si con presteza no fueran socorridos de Pedro de Orsúa, y así sólo un soldado salió herido sin otro ningún daño. Los indios se retiraron y fueron huyendo con espanto y temor de ver el daño que habían recibido y el poco que de su parte habían hecho en los nuéstros, y de allí adelante no osaron tornar más á tomar las armas en las manos contra los enemigos, antes procuraron la paz y amistad de los cristianos con presentes de comida y otras cosas que á los nuéstros traían. En tres días que allí estuvieron descansando y viendo si podían descubrir algunas minas de oro que fuesen de seguir, visto que no se hallaba oro para seguir, acordó el Capitán que todos juntos se fuesen al Valle de Chinácota, en el cual hallaron un pueblo de más de setecientas casas de naturales, cuyos moradores estaban ausentes porque eran los que en Centimali habían dado la guazabara á los nuéstros, juntamente con los de Matachiva, y así el General pasó de largo y en tres días descubrió y vio todas las poblazones de todo el Valle de Chinácota hasta llegar á la Provincia que se dice Bochaga en lengua de los naturales, de los cuales los nuéstros fueron sentidos antes que á él llegasen, y así los recibieron con las armas en las manos, no porque tuviesen mucha gana de pelear sino porque de otros comarcanos sus vecinos tenían nueva del poco bien y mucho mal que los españoles hacían en las partes adonde llegaban, y así pretendían, aunque con bárbaro intento, excusarlo y defenderlo si pudiesen con algunas amenazas y fieros que les hacían. Hallóse entre ellos un indio más amigo de guerra y de defender su tierra por las armas que los otros, y éste, con loco atrevimiento, hizo á todos los bárbaros que se escondiesen en unos pajonales, tendidos en tierra para no ser vistos de los nuéstros, y estando así en emboscada fuesen más parte para por la retaguardia dar en los españoles y desbaratarlos ó hacer en ellos algún daño; y este indio que servía de sargento se fue algún tanto de trecho de camino desviado de la emboscada que dejaba hecha, para

que los españoles no parasen ni hiciesen caso de lo que antes de él estaba, dando á entender no haber nada, lo cual hacía con meneos y palabras fingiendo llamar á la gente que en pos de él venía; mas como la paja donde la emboscada estaba no fuese muy alta y algunos de los bárbaros se descuidasen á dejar algunas lanzas enhiestas é hincadas en el suelo, fueron vistos por los nuéstros y así no hubo efecto la traición ó invención que este bárbaro pensaba hacer. El Capitán, como vido las lanzas y reconoció haber emboscada de indios, mandó que toda la gente se fuese en orden á la parte donde las lanzas parecían, llevando él consigo una lengua aunque no muy experta, con la cual les iba requiriendo y rogando con la paz; mas ellos, no haciendo caso de lo que el Capitán con la lengua les decía, quisieron probar sus fuerzas, y viendo que los nuéstros estaban cerca, con un muy grande alarido se levantaron, y arremetiendo contra los nuéstros, en muy breve tiempo despendieron sobre ellos una multitud de flechas, donde se trabó una muy reñida pelea. Fueron tomados á manos de los indios dos españoles que si no fueran con tiempo socorridos de su Capitán, recibieran crueles muertes, y así aunque salieron mal heridos no murieron; fue otro soldado herido de una lanzada que le pasaba por el hueco todo el cuerpo, mas no murió por la mucha diligencia y cuidado que en su cura se puso; pero todas estas heridas pagaron bien los bárbaros con multitud de cuerpos que por el suelo quedaron, que apenas ellos podían huir y los nuéstros ir en su alcance sin ir sobre cuerpos muertos, y así fueron ahuyentados y castigados de su loco atrevimiento, donde también quedó el sargento que allí los había puesto, el cual había venido á cumplir su deseo al tiempo que vio que los indios arremetían; y hecho lo susodicho, Pedro de Orsúa se volvió á Pamplona con toda su gente sin que ningún soldado de los que había sacado le faltase.

CAPITULO CUARTO

En el cual se trata de otras salidas que el Capitán Pedro de Orsúa hizo y del apuntamiento que hizo de los indios de Pamplona.

Pasado el año de cuarenta y nueve y entrante el de cincuenta, tornó á salir el Capitán Pedro de Orsúa con cincuenta soldados de á pie y de á caballo en demanda de Sierras Nevadas, que están de la ciudad de Pamplona entre Sur y Poniente treinta leguas, para ver y descubrir si hallase algunas grandes poblazones de naturales con las cuales pudiese dar de comer á la gente que consigo había llevado, porque quería hacer el apuntamiento de todas aquellas Provincias á Pamplona comarcanas, y le parecía que para tánta gente había pocos naturales en ellas, en especial porque como él era tan de noble condición y amaba sobremanera á sus soldados, deseaba aventajarlos en repartimientos á todos los que en el Reino habían entrado, y con esta pretensión y deseo salió con su gente la vía de las Sierras Nevadas, como ya queda dicho, y llegados que fueron á un valle que se dice el Valle de Inzá, fueron sentidos de los indios de unas cabañas altas que por el redor del valle estaban, y viendo los naturales gente tan nueva y nunca por allí vista, no haciendo mucho caso de ellos sino con un género de desdén, les enviaron á tres bárbaros indios para que viesen qué gente fuese la que tan atrevida y osadamente se entraba por su tierra, y que viesen y mirasen su manera y orden de vivir y les trajesen alguno de ellos para verlo y saber de él de dónde venían y qué era lo que buscaban. Los tres indios, que deseaban dar contento á aquellos que les enviaban, no curando de salvoconducto ni de más demandas ni respuestas, se fueron sin ningún detenimiento ni estorbo y se metieron por el campo y andaban mirando á los soldados y á la gente que en su servicio iba, con tanta curiosidad y libertad como si muchos tiempos hubieran andado en su compañía; y andando de esta suerte sin que por ningún soldado ni otra persona les fuese impedido, ó porque pensaban que era de su compañía, ó porque estaban aguardando haber en qué paraba el atrevimiento suyo, se

llegaron á un soldado que por su pequeña estatura ó por verle con menos armas que á los otros les pareció podrían mejor con él que con otro, y asiéndole por las manos y brazos procuraban llevarlo adonde los bárbaros sus compañeros estaban, así como por ellos les había sido mandado; mas el soldado, viéndose asido tan de repente de aquellos tres indios, hizo fuerza para soltarse, y llamando socorro de los que cerca de él estaban, fue quitado á los indios y ellos llevados al Capitán sin que ningún soldado les hiciese mal ni daño, porque el Capitán tenía muy encargado el buen tratamiento de los indios y no permitía que fuéra de guazabara se les hiciese ningún daño.

Como el Capitán vio á los indios y fue informado de lo que pasaba, con una lengua ó intérprete les preguntó é inquirió de su venida, los cuales le dijeron la causa y razón de ella, y cómo los indios sus compañeros les habían enviado para que les llevasen alguno de ellos para ver qué gente era, y si fuere necesario defenderles la entrada y paso por su tierra, con las armas lo hiciesen. El Capitán Orsúa les habló amigablemente y les mandó dar algunas cosas de rescates de España que ellos tienen en mucho, como son cuchillos y cuentas de abalorio, y les dijo que volviesen á sus compañeros y amigos y les dijesen que él no venía á hacerles ningún mal ni daño, sino á ser sus amigos él y sus compañeros y á enseñarles á conocer el Dios verdadero que ellos ignoraban y la manera de cómo le habían de servir, y que para esto era necesario estar entre ellos algún tiempo, para lo cual habían poblado un pueblo en el Valle de Zulia donde quedaban otros sus compañeros; que lo que querían al presente era comida para ellos y para los que dejaban en el pueblo de Zulia, y esto que no querían que sólo ellos la diesen sino ellos y los demás comarcanos.

Oído por los tres indios lo que el General les decía, le respondieron que ellos querían ir á dar cuenta de lo que les decía á sus parientes y compañeros y que ellos volverían luégo con la respuesta y determinación de todos, y así se fueron donde los demás indios estaban. El General y sus soldados se estuvieron quedos sin salir á parte ninguna, aguardando la respuesta de los indios, y no con mucho des-

cuido de sus personas por tener entendido que su paz y ruego no había de ser aceptada ni recibida por los bárbaros, sospechando había de ser lo que fue, que oída la embajada por los indios que el General les enviaba, pareciéndoles que no les estaba bien sujetarse á gente nueva ni obligarse á nuevos gastos de comida y otras cosas que ellos imaginaban se les habían de ofrecer y añadir de trabajo, usando de la antigua costumbre que tienen en sus guerras de enviar aviso antes del acometer, tornaron á enviar los mismos tres indios al General y españoles diciendo que la respuesta que les daban á su petición era que ellos no tenían comida que les dar sino era de flechas, y dardos, y macanas, y piedras; que les hacían saber que con estos manjares y comida les venían á servir; que estuviesen prestos y aparejados para los recibir, lo cual ellos cumplieron tan bien, que apenas habían llegado los tres indios al campo de los españoles cuando la multitud de los bárbaros estaba sobre el campo. Viendo el General venir la furia de los bárbaros y que el asiento en que estaba con su campo no era para poderse aprovechar en él de los caballos que llevaba, mandó retirar la gente á un llano que cerca tenía, el cual se llegaba á un arcabuco ó pedazo de montaña. Los indios como vieron que los españoles se iban allegando al arcabuco, con mucho contento les empezaron á dar voces y decir: "Vais huyendo al arcabuco; pensáis que por meteros en él os habéis de escapar de nuestras carniceras y crueles manos; bien sabemos tomar venados en arcabucos y montañas espesas, y así haremos á vosotros." Un indio con más atrevimiento del que el tiempo le daba y permitía, se adelantó con una gran piedra en las manos, y llegándose á un soldado se la llegaba á la boca procurando meterle parte de la piedra en ella y diciendo: "Tóma, cóme, que esta es la comida que tenemos para os dar." El soldado, visto el atrevimiento del indio, le quiso dar el pago con una cuchillada, más el Capitán, que á esta sazón se halló cerca, se lo impidió y no le consintió que le hiciese ningún daño; mas un perro llamado Calisto que en el campo venía, hizo lo que al soldado le fue impedido, que echando mano con la boca de un brazo del indio, lo derribó é hizo pedazos sin que nadie fuese parte

á se lo impedir, el cual hecho fue principio de la pelea y rompimiento con los indios, que eran más de quinientos, donde los españoles lo hicieron tan varonilmente, acordándose de los varoniles ánimos españoles, que aunque parecía por los furiosos bríos de los bárbaros ser cosa imposible escapar ninguno con la vida, en muy poco tiempo los desbarataron matando mucha cantidad de ellos, donde entre todos nuestros españoles se señaló mucho un soldado llamado por nombre Juan Rodríguez Suárez, natural de la ciudad de Mérida, en Castilla.

Desbaratados y muertos los indios, los españoles se alojaron en sus propias casas, donde estuvieron seis días talando las comidas y árboles y llamando á los que habían quedado vivos de paz, los cuales no sólo no vinieron pero ni aun parecieron ningunos una legua al rededor, por no ver en sus personas lo que poco antes habían visto en sus amigos y vecinos y parientes. Como el Capitán vio que los indios no venían ni parecían por toda la comarca donde estaba alojado, alzó su campo y fue marchando con él la vía de Sierras Nevadas hasta llegar á un valle llamado de Socorima, donde los naturales de él le salieron de paz trayéndole mucha comida y algún oro en chagualas por presente y dijeza de su amistad, lo cual les agradeció mucho el Capitán y mandó á sus soldados que de todos fuesen aquellos indios bien tratados sin les hacer daño ni darles disgusto, pues ellos de su propia voluntad se habían sometido á dar la paz juntamente, partiendo con ellos de sus comidas y oro; y así por este mandato y por ser los indios de este Valle de Socorima gente muy dócil y de buena digestión, fueron allí recreados los españoles de comidas con mucha abundancia, y con mucho contento descansaron en él algunos días, después de los cuales se volvieron la vía de Pamplona, porque de estos naturales de este Valle de Socorima fueron informados no haber hacia las Sierras Nevadas la cantidad de indios que ellos pretendían y pensaban hallar, porque aunque había algunos, eran tan pocos, fuéra de los que ya estaban repartidos á la ciudad de Tunja, que no había para cada soldado tres indios; y visto y sabido esto se acordó que diesen la vuelta, donde pasando por un páramo ó cumbre de sierra hallaron mucha cantidad de indios

de los del Valle de Cima que poco había habían desbaratado y muerto, los cuales se habían venido á él huyendo á esconderse de los españoles. Estos indios estaban asidos unos á otros, echados en la tierra sin oír cosa de lo que se les decía y sin se poder apartar unos de otros, de tal manera que si algunos soldados asían y tiraban de algunos, todos los demás iban tras ellos asidos, y era tanta la cantidad de ellos, que había montón de más de trescientos varones y hembras, chicos y grandes, lo cual les había venido y sucedido de una tempestad de granizo y aire que había pasado; otros muchos estaban metidos en el agua hasta la cinta, y bajando las cabezas hacían muchos meneos y visajes con los ojos, que parecían locos y sin juicio, y así les quedó este nombre de locos á los indios que en este Valle de Socorima después se hallaron, y el valle se dice hoy el Valle de los Locos.

Llegado que fue el General Pedro de Orsúa á Pamplona, hizo su apuntamiento y dio á cada soldado los indios que le pareció merecía en depósito, para que poco á poco los llamase de paz y se sirviese de ellos como lo hacían otros soldados y vecinos en otras ciudades, y él se fue á la ciudad de Santafé á dar residencia, para lo cual había hallado en Pamplona recado de la Audiencia que era ya venida al Reino, de la cual eran Oidores Góngora y Galarza y le habían enviado á mandar que dejase la poblazón y fuese á dar cuenta de lo que había hecho, y así dejó en su lugar teniente al Capitán Ortún Velasco, al cual siempre había respetado y tenido en lugar de padre, no haciendo cosa sin su parecer.

CAPITULO QUINTO

Que trata de las salidas que se hicieron en la ciudad de Pamplona por mandado del Capitán Ortún Velasco.

Después de ido el Capitán Pedro de Orsúa á Santafé á dar su residencia, y dejado, como se ha dicho, á Ortún Velasco por su Teniente, con cargo que procurase de traer á los naturales de aquella Provincia á la paz y servidumbre de los españoles para que de esta manera fuesen proveídos de comida y otras cosas necesarias que en semejantes poblazones

nuevas suele haber, y porque al presente de lo que más necesidad tenían era de comida, el Capitán Ortún Velasco acordó de nombrar por Capitán y caudillo á Pedro Alonso de los Ojos, natural de la Sierra de Gata, para que fuese con treinta hombres á la Provincia de Chiracoca á llamar algunos indios de paz que al presente servían, á traer algún maíz para el sustento del pueblo, y con este designio y mandato salió el dicho Pedro de Alonso con sus treinta soldados la vía del Valle de Chiracoca, con menos orden de la que en semejantes tiempos suelen llenar los soldados, y sin ninguna sospecha de que por él les acaeciese cosa contraria; mas los indios que por el camino estaban poblados, viendo el poco recelo que los españoles llevaban y la poca guarda de sus personas, salieron muy repentinamente y dieron sobre ellos tomándolos divisos como iban caminando, é hirieron á siete de ellos con sus flechas y dardos; mataron asimismo mucha cantidad de los indios del servicio que llevaban los españoles; tomaron armas y ropa de vestir con todo el despojo que pudieron. Viéndose los españoles tan divididos y que no eran parte para resistir la furia de estos indios, se fueron retirando á una loma y de allí se fueron y volvieron á Pamplona á curar los heridos, de los cuales no murió ninguno, porque se puso gran diligencia y cuidado en su cura, y porque las flechas con que fueron heridos estaban untadas con yerba de poco vigor y fuerza y su ponzoña era poca. Después que los heridos fueron curados y estuvieron sanos y para salir, el Capitán Ortún Velasco tornó á nombrar caudillo para que fuese á castigar los delincuentes que habían herido y flechado y muerto la gente que con Pedro Alonso de los Ojos había ido, y para esto nombró á Juan Rodríguez Suárez, de quien atrás queda hecha mención.

Salió Juan Rodríguez con cuarenta hombres españoles bien aderezados y con más recato y cuidado que los otros, el cual se fue derecho á la loma donde estuvo Pedro Alonso recogido y retirado cuando se volvió con los heridos al pueblo, donde con mucha presteza fue cercado de los indios que en su comarca estaban con mucha vocería y armas, muy confiados en la victoria pasada, donde el dicho caudillo usó con ellos de un ardid, y fue que mandó á toda su gente que se

fuese retirando como gente que mostraba tenerles temor y que fuesen dejando algunas cosas por el camino para que los indios entendiesen que iban huyendo y de esta manera entrasen en tierra más conveniente para se poder aprovechar de ellos, y así entraron sin ningún recelo y comenzaron á coger de las cosas que los españoles iban dejando; visto tiempo conveniente, el Capitán revolvió sobre ellos con sus soldados y los castigó de suerte que quedaron bien escarmentados, desbaratándolos y haciendo tanta matanza en ellos, que muy pocos pudieron volver á sus casas á guardar el despojo que á los primeros habían tomado. Hecho el castigo y matanza los soldados fueron á la poblazón de los indios, donde hallaron mucho maíz y el hato que á los de Pedro Alonso habían tomado, y tomándolo con el maíz y cosas de comer que hallaron y pudieron cargar ellos y los indios amigos que con ellos iban, se tornaron con su Capitán y caudillo á la ciudad de Pamplona, donde fueron muy bien recibidos así por la comida que traían, que al presente era bien menester, como por la seguridad que les parecía tenían de que los indios que habían habido victoria con Pedro Alonso y los suyos no vendrían sobre el pueblo con el castigo que se les había hecho por Juan Rodríguez Suárez y sus compañeros.

CAPITULO SEXTO

Que trata cómo fueron descubiertas las minas de oro del río del Oro y de Suratá, páramo y vetas en la ciudad de Pamplona.

En el año de sesenta y uno, después que Juan Rodríguez Suárez volvió de hacer el castigo de los indios que estaban en el camino del Valle de Chiracoca y traer comida para la gente que en la ciudad quedaba, pareciéndole á Ortún Velasco que en muchas partes de las Provincias comarcanas á Pamplona había grande apariencia de haber minas de oro, envió á la ciudad de Santafé á llamar á un hombre llamado Villanueva, que tenía curso y entendía de minas de oro, ofreciéndole cuatrocientos pesos de oro porque fuese allá á buscarles algunas minas, enviándole relación de la disposición de la tierra y manera de pedrería, yerbas y aguas. Villanueva estaba

al presente con necesidad de algún dinero para pagar algunas deudas que tenía, y pareciéndole que por aquella vía mejor que por otra podría proveer á su necesidad con los cuatrocientos pesos que le ofrecían los vecinos de Pamplona, luégo sin más dilación se partió para allá, y llegado que fue, Ortún Velasco y él salieron de Pamplona con cuarenta soldados en demanda del río del Oro, porque de algunos indios á él comarcanos tenía ya noticia Ortún Velasco que de él sacaban oro los naturales que junto á él habitaban. Está este río del Oro quince leguas del lugar y sitio donde la ciudad de Pamplona está poblada; y dando catas este Villanueva en este río que al presente llaman del Oro, halló buen oro y de seguir, de á veintitrés micales y grano, y certificados que era cosa durable y que había mucho que labrar, se volvieron al pueblo ó ciudad á rehacerse de las cosas necesarias para volver á poblar las minas, trayendo indios con herramientas para que trabajasen y sacasen el oro; á la vuelta que volvían no fue por el camino que antes habían traído, sino por diferente lugar, con intento de ver si hallarían apariencia ó muestras de otras minas, y subiendo por un río que se dice el río de Suratá, nombre propio de un señor y Cacique que en él estaba poblado, el cual río entra en el río del Oro, dieron catas y descubrieron oro de seguir, del cual sacaron en poco espacio más de cien pesos de ello que después de ensayado se halló tener á veintiún quilates, lo cual fue harto contento para los españoles por ser este oro más granado que el del río del Oro. Pasando adelante llegaron á un páramo de grandísima frialdad, donde por ser ya tarde les fue forzado dormir aquella noche; y por ser otro día la festividad de la Asunción de Nuestra Señora, se estuvieron en él sin caminar, donde andando por el dicho páramo un soldado llamado por nombre Antonio de Berrío, natural de Granada, se llegó á una quebradilla, y escarbando descubrió un poquito de oro, y trayendo la nueva á la demás gente, fueron á la quebrada, y catando en ella hallaron tener mucho oro, aunque bajo, porque no tenía más que á diez y ocho quilates; fue tanta cantidad de oro la que se sacó de este páramo y quebradilla en tres años que duró la fuerza de ello, por estar encima y haz de la tierra, que pa

saron de un millón de pesos los que de él salieron, y entre esta cantidad se halló un grano de oro de quinientos y sesenta pesos envuelto con alguna piedra; otros de á ciento y de á ochenta y más, y menos muchos, y hasta hoy se saca oro de él, aunque poco.

Está este páramo de la ciudad de Pamplona siete leguas, las cuatro de subida, y las minas del río del Oro y las de Suratá han estado y están siempre pobladas, y se saca oro de ellas, aunque no tanto como al principio; otras minas se descubrieron legua y media del páramo, en una quebrada que se llama de Suatá, donde se halló oro de seguir y se labró tres ó cuatro años: no se labra al presente porque como se dieron mucha prisa á labrarlo al principio, faltó que no acudía tanto como deseaban los vecinos, y como en el páramo se sacaba más, dejóse lo menos por lo más y así se olvidó y se dejó de labrar en esta quebrada de Suatá.

En el año de sesenta y nueve, siguiendo el oro un Alonso Carrillo, vecino de Pamplona, natural de Azuaga, el río arriba de Suratá, por venir el oro corrido por él abajo, fue á dar en el nacimiento de él, donde halló una veta de oro que por algunas partes llevaba dos palmos de anchor y por otras uno, y metiéndose hasta el centro de la tierra donde estaba el oro envuelto en pedernales recios; después acá se han descubierto cerca de esta otras vetas aunque no tan ricas ni tan fundadas; habráse sacado de todas estas vetas hasta este tiempo, que es el año de setenta y cuatro, cien mil pesos de oro; están estas vetas en páramo muy frío, una legua del páramo que tengo dicho y seis leguas de Pamplona.

En el Libro séptimo se escribe y trata la población y fundación de la ciudad de Ibagué hecha por el Capitán Andrés López de Galarza, que antes había sido Contador de la Hacienda Real del Nuevo Reino de Granada en el año de mil y quinientos y cincuenta, siendo Oidores de la Cancillería y Audiencia Real del Reino los Licenciados Gòngora y Galarza.

LIBRO SEPTIMO

CAPITULO PRIMERO

Cómo fue nombrado por la Audiencia del Nuevo Reino el Capitán Galarza para que pacificase y poblase el Valle de Las Lanzas y los demás indios que hay entre Tocaima y Cartago, y las causas de ello, y la gente que juntó y salida que con ella hizo.

Después de la fundación de la Audiencia Real y Cancillería en el Nuevo Reino de Granada, que fue el año de cincuenta por el mes de Abril, la primera comisión que se dio para ir á poblar por los Oidores de ella, que eran los Licenciados Gòngora y Galarza, fue al Capitán Andrés López Galarza, que antes había sido Contador de la Hacienda Real en la ciudad de Santafé, de donde resultó poblarse la ciudad de Ibagué que hoy permanece, de cuya fundación y trabajos que en sustentarla y pacificarla han pasado los españoles que en ella han residido, se tratará, mediante Dios, en la siguiente narración, lo cual pasa de esta manera:

Había entre la ciudad de Tocaima del Nuevo Reino y la Villa de Cartago de la Gobernación de Popayán ciertas poblazones y vallas de indios muy belicosos y guerreros que impedían el atravesar y pasar de un pueblo á otro y de una Gobernación á otra por breve camino, y causaban que los viandantes y la comunicación y comercio de estas dos Gobernaciones fuese por partes y caminos muy largos y ásperos y malos, llevando la derrota por los pueblos de Neiva y Timaná, por donde se pasaba un muy largo y despoblado páramo, y tan frío y perjudicial, que en él se helaban y perecían muchas personas de las que habían de andar esta jornada; y demás de esto y de la aspereza y maleza de este camino, se hacía un grande rodeo de muchas leguas que doblaba el trabajo á los que lo caminaban su grande longura, y porque para remediar y atajar todos estos inconvenientes no había otro medio alguno, salvo pacificar y allanar los naturales de los Valles de Las Lanzas y de Choa, que son los que entre Cartago é Ibagué estaban, con otros muchos naturales á ellos comarcanos, juntáronse y concertáronse los vecinos de Santafé y Tocaima é hicieron que sus procuradores con otros del Distrito que con ellos se juntaron pidiesen á la Audiencia que nombrase persona y diese comisión para que entre los naturales dichos poblase un pueblo y pacificase el camino real por donde con más comodidad se tratasen y comunicasen los pueblos del Nuevo Reino con los de la Gobernación, de más de que por mano de los españoles que á ella poblasen serían los naturales doctrinados y puestos debajo del dominio de la Santa Madre Iglesia y darían la obediencia á S. M., y con ellos los reinos de su corona real se acrecentarían y las rentas y quintos reales serían más, porque la tierra tenía, según decían los que en ella y cerca de ella se habían hallado, grandes insignias y muestras de minas de oro y plata, de más de que serían los naturales reducidos á vivir políticamente y en razón y justicia y sin perjuicio unos de otros, y al contrario de como lo hacían, matándose y comiéndose, de todo lo cual tenían bastante información.

Parecióles bien á los Oidores y muy justa y acertada petición, y habiendo sido bastantemente informados de la bra-

veza y crueldad de estos indios y gentes del Valle de Las Lanzas y sus comarcas, y cuán bárbaramente y contra natura vivían, matándose unos á otros, sin causa ni razón ninguna se movían guerras más que civiles unos á los otros, y así entre sí se consumían y apocaban, y de la utilidad que á las repúblicas de los españoles se les seguía con que por las tierras de estos indios hubiese camino abierto y seguro por donde se comunicasen y tratasen la Gobernación de Popayán y el Nuevo Reino con menos trabajo que antes se solía hacer, nombraron á Andrés López de Galarza por Capitán y su justicia mayor para todo lo dicho y para hacer y juntar la gente de á pie y de á caballo que para ello fuese menester y quisiese, y juntamente con esto le dieron poder para que pudiese encomendar los indios de las Provincias dichas en las personas y soldados que con él fuesen y se hallasen en la poblazón y pacificación del pueblo ó pueblos que poblase, cosa que desde su tiempo acá ni aun muchos años antes se había jamás dado á ningún Capitán de los que iban á hacer nuevas poblazones ó descubrimientos; pero como á este tiempo no había en las cosas de las Indias las delicadezas que ahora hay, ni había suspensión en las nuevas poblazones, ni se ponían los escrúpulos en el encomendar de los indios que ahora se ponen, concedían las Audiencias con más facilidad cualquiera cosa que se les pedía, lo cual no se hace ahora, que no sólo no se da poder para poblar ni encomendar indios, mas ni aun para hacer depósitos de ellos que tengan ni puedan tener ninguna fijeza.

El Capitán Andrés López aceptó sus poderes y provisiones y luégo comenzó á usar de ellas y juntar soldados y aun vecinos de unos y otros pueblos, de todos los cuales en pocos días juntó de la otra banda del río grande, al paso que dicen de la canoa de Montero, noventa y tres hombres españoles, los cuarenta de á caballo y los demás peones todos bien aderezados, según la usanza de las Indias, con armas de hierro y de algodón, de todo lo cual hizo reseña y registro delante de Juan de Avellaneda, Alcalde de Santafé, á quien la Audiencia Real había enviado con comisión bastante para que en aquel paso registrase y mirase toda la gente así española

como naturales que con el Capitán Galarza iban, y los examinase y supiese de ellos si había alguno que lo llevasen forzado ó contra su voluntad, y á los que deliberaron no querer seguir ni ir con el Capitán Galarza, los volvieron á tierra de paz, donde los dejaron en su libertad y se volvieron á sus casas y tierras y naturalezas.

Llevó consigo entre la demás gente el Capitán Galarza un sacerdote llamado Francisco González Candis con todo el recaudo necesario para decir misa, la cual oída un día después de San Juan de Junio del mismo año de cincuenta, se partieron todos en concierto y con buena orden la vía del Valle de las Lanzas, á cuyo principio llegaron sin sucederles cosa próspera ni adversa los primeros días del mes de Julio, donde el Capitán Galarza y toda su gente fueron alojados, y allí divulgadas unas ordenanzas hechas por el mismo Capitán para el buen gobierno de su gente y compañía, por las cuales con gran rigor prohibió los pecados públicos, blasfemias y todo abuso de juramentos de que los soldados suelen usar muy comúnmente; prohibía asimismo, amenazando con gran castigo á los soldados, que sujetándose á su avaricia hiciesen fuerza á los naturales tomándoles sus haciendas y comidas y robándoles lo que en sus casas tenían, de cualquiera condición que fuesen; exhortaba por las propias ordenanzas que conservasen en paz y amistad á todos los naturales que la diesen y ofreciesen, y no se la quebrantasen ni traspasasen ni les hiciesen ningunas ofensas, injurias, males ni daños en sus personas, hijos y mujeres, de las que comúnmente los libres soldados en las Indias suelen hacer á todos géneros de personas, usando con ellas de bárbaras crueldades, con apercibimiento de usar con cada uno del que lo contrario hiciese, de todo el rigor que las leyes disponen y castigos que señalan, y mandar dar á los que semejantes delitos cometen y otras muchas cosas muy á propósito, de lo que tenía y llevaba entre manos, sólo para poner pavor y terror y aun castigo á algunos soldados de cruel y mala inclinación, porque para muchos y muy principales hijosdalgo que en su compañía llevaba é iban, ninguna de estas leyes eran menester.

Era el Capitán Galarza hombre de buena habilidad y cor-

tesano, y bien entendido y concertado, y bien hablado, y así hacía más con sus persuasiones y buenas razones que con todas estas capitulaciones y ordenanzas que por vía de leyes hacía; hecho esto nombró Capitanes y caudillos y otros Ministros y Oficiales que en semejantes jornadas se suelen nombrar para diversos sucesos y acaecimientos, á los Capitanes Francisco de Prado, vecino de Tocaima, y Juan Bretón, vecino de Timauá, que en el mismo tiempo había salido del Valle de La Plata y despoblado á Neiva por no ser parte para sustentarse en ella, y con ocho soldados se había juntado con el Capitán Galarza para entrar en esta tierra del Valle de Las Lanzas, los cuales dos Capitanes señaló y nombró por sus sustitutos y caudillos sobre toda la otra gente que consigo llevaba, que como se ha dicho era la más de ella muy principal, y de los señalados y conocidos por tales eran Mendoza de Arteaga, caballero vizcaíno alguacil mayor de la Audiencia; Alvaro García, Bartolomé Otalabarene, soldados que habían sido del mismo; Juan Bretón, Lope Salcedo, Pedro Gallegos, Gaspar Tavera, vecinos de Tocaima, y Francisco de Trejo, vecino del propio pueblo, uno de los que más calor metían y habían puesto en que se hiciese y ejecutase esta jornada, porque por noticia le había sido encomendado el Valle de Las Lanzas y había procurado entrar dentro, y nunca se había atrevido con compañía ni sin ella, temiendo la mucha y belicosa gente que en él había y el daño que le podría sobrevenir por entrar temerariamente en una poblazón de tántos naturales y tan indómitos; pero había sabido de otros indios más cercanos á Tocaima y que trataban con éstos, la mucha gente que en este valle había, y cómo era menester juntarse copia de españoles para entrar en él, y así venía ahora á hallarse presente y á ver si era cierta la noticia que se le había dado, y si había la gente y naturales que le habían dicho y certificado algunos indios ultra de los dichos. Iban otros muchos vecinos de Tocaima y soldados de mucha cuenta y pundonor de quien se hace muy gran ponderación y estimación en el Reino, de suerte que con razón se jactaba y podía jactar el Capitán Galarza que debajo de su bandera y mando había congregado y juntado parte de la mejor gente que en el Reino

había entrado, y así iban todos muy conformes y con toda amistad y concordia, sin recibir ni tener entre sí ninguna discordia ni dar á su Capitán ningún desabrimiento.

CAPITULO SEGUNDO

De cómo los españoles, saliendo del alojamiento del Valle de Las Lanzas, se metieron la tierra adentro hasta llegar al pueblo del Cacique llamado Laembiteme. Cuéntase de la bestialidad que estos indios usan en comerse unos á otros.

En el tiempo que los españoles y su Capitán estuvieron en este alojamiento del Valle de Las Lanzas, á quien sus propios moradores llaman Combaima, mediante los buenos tratamientos que á los indios se les hicieron, salieron todos de paz é hiciéronse amigos con los españoles y proveyéronles de comida con que se sustentaron el tiempo que allí estuvieron; y porque esta buena obra no fuese remunerada con ingratitud y obras malas, Galarza se excusó de entrar en las poblazones de los indios por no dar ocasión á algunos atrevidos soldados y á los indios ladinos que en su servicio llevaban, que metiéndose por las casas y pueblos de los indios les hiciesen algunos daños y forciblemente les tomasen lo que tuviesen y les diesen ocasión á que los que de su voluntad habían dado la paz y coligado de enemistad con los españoles, constreñidos á redimir las vejaciones que se les hiciesen, se rebelasen, y tomando las armas se moviesen con ánimos guerreros contra los nuéstros. Tenía ya Galarza noticia y sabía cuán briosa y belicosa gente era la de aquel Valle y con cuánta obstinación peleaban y se defendían si una vez tomaban las armas, y así apartando y excusando todas estas ocasiones, alzando sus toldos y tiendas tomó la vía de cierta poblazón llamada Metaima, que estaría apartada de aquel alojamiento donde había estado tres leguas, de la cual le habían dado noticia los indios del Valle de Las Lanzas, y aun le dieron guías para que por derecho y buen camino lo llevasen y guiasen á la poblazón y tierra de Metaima, cuyos moradores luégo tuvieron noticia y aviso por sus espías y centinelas de la vía y camino que los españoles llevaban, y pretendiendo estorbársela, se juntaron y congregaron todos los más que pu-

dieron, y en un pedazo de arcabuco ó montaña de casi dos leguas que los españoles habían de pasar, derribaron todos los árboles que junto al camino iban asidos, para con ellos embarazar y ocupar el camino, de suerte que por él no pudiesen pasar los caballos; pero todo este impedimento y estorbo les fue inútil, porque como los españoles iban proveídos de hachas y machetes y otras herramientas aptas para semejantes necesidades, fue abierto nuevo camino por mano de Lope de Salcedo y por otros españoles á quienes el Capitán Galarza envió al efecto, por donde sin ningún peligro pasaron los caballos y todo el bagaje y carruaje que los españoles llevaban, con gente que hacía grande ostentación y muestra de ir más españoles y gente de guerra de la que iba.

Llegados á Metaima, los indios, viendo que su ardid no les había aprovechado cosa ninguna y que los españoles y sus criados les podrían hacer mucho daño, no curaron ponerse en defensa ni ausentarse; mas estándose con sus mujeres é hijos en sus poblazones, salieron sus principales, que se llamaban Ilobone y Otopne, con sus mujeres é hijos y con muchos indios cargados de comidas de maíz, turmas, ñames y raíces de apios, guayabas, curas y otras frutas de la tierra, á recibir á los españoles, y llevándolos á sus propias casas los aposentaron en ellas, que eran unos bohíos que comúnmente los españoles llaman caneyes, por ser de diferente hechura que los demás, y ser las casas de que usan los indios de tierras calientes por la mayor parte hechas de aquesta hechura: son de vara en tierra y no muy anchos; tienen de largo á setenta, ochenta y á cien pasos; son cubiertos de palmicha ó de hojas de bihaos, ó de paja ó heno que en tierra rasa se cría; en cada bohío de estos vivía casi toda una familia ó cognación, porque se hallaba en cada casa de estas haber y morar de cincuenta personas para arriba.

El Capitán recibió con alegría su amistad, y con afabilidad y benevolencia les habló largo por medio de los intérpretes y lenguas que llevaba, haciéndoles saber algunas cosas tocantes á nuestra religión y fe católica, exhortándoles á tenerla y creerla, y á conocer y adorar un solo Dios inmortal, creador y hacedor de todas las cosas, manifestándoles la ce-

guedad de su manera de vivir y gentilidad, y el engaño en que el demonio, capital enemigo del género humano, los tenía á ellos y á todos los demás indios; y después de esto, cómo para vivir naturalmente bien y conforme á justicia, les era necesario ser vasallos y súbditos del Emperador y Rey de Castilla, cuyos súbditos él y los demás españoles que presentes estaban eran, y juntamente con esto les pidió que les diesen guías para pasar adelante á ver y andar las demás poblazones comarcanas á aquella Provincia.

Los indios, aunque atentamente oyeron todo lo que Galarza les decía, ninguna cosa les fue más grata y agradable que el pedirles guías para pasar adelante y el decirles que no se les haría ningún daño ni lo recibirían, porque juntamente con lo demás les dijo Galarza que en ningún tiempo se les haría agravio por sus soldados y compañeros, y que si en algo algún español ó indio de su servicio les damnificase, se lo dijesen y manifestasen, que él lo castigaría y satisfaría el agravio que hubiesen recibido, porque le era así mandado por el Rey y señor que á aquella tierra les había enviado. De estas dos cosas últimas se holgaron extrañamente los indios y más con el dar á entender que querían pasar adelante, porque como ellos tenían gran miedo de los españoles y les habían de proveer de lo necesario de sus comidas á ellos y á sus criados, hacíaseles muy pesado el gasto de sólo medio día que allí habían estado, y así le respondieron á Galarza que no sólo le darían guías, pero si fuese menester indios para llevar las cargas adelante también lo harían, y si quería que al momento se lo traerían todo: tánto era el deseo de echarlo de su tierra y poblazones; pero Galarza, que no pretendía andar la tierra tan por la posta, se detuvo en este alojamiento tres días con toda su gente, después de los cuales tomó guías y lo necesario y se fue con su gente la vía de Ibagué, pueblo de indios enemigo y contrario de los de Metaima, aunque de una misma nación y lengua, porque en toda esta Provincia los naturales son enemigos entre sí y se hacen guerra unos á otros sólo por comerse y sustentarse de sus propias carnes, no guardando en esto aun siquiera la costumbre que entre brutos animales se tiene, que es no comerse los de una especie unos á otros, porque es ave-

riguado que el tigre no come ni aun acomete á otro tigre, el león á otro león, el oso á otro oso, el perro á otro perro, ni el gato á otro gato, y solos los hombres, y entre los hombres solos los indios, se halla comerse unos á otros, y matarse y hacerse guerras para sólo este efecto, porque entre los que tienen y usan esta perversa y depravada costumbre, jamás se ha hallado ningún género de riquezas ni haciendas más de las comidas de maíz y otras raíces silvestres, y si se halla algún caso es poco para que por respeto de robarse y aquejarse y tomarse las haciendas los unos á los otros, se hagan guerra, pero ello es averiguado y muy cierto que por sólo el apetito del comer se mueven las guerras entre ellos, y cuando las comunes ocasiones de matarse faltan entre estos bárbaros, tienen por medio para venir á las manos el juntarse y congregarse en ciertos tiempos del año en algunas partes que tienen señaladas, y allí van todos los indios de cada pueblo ó parcialidad con sus armas en las manos y llevan consigo sus mujeres, las cuales llevan cosas que feriar y trocar entre sí, y juntas las mujeres de todos los pueblos de un valle ó comarca, hacen sus ferias y contratación unas con otras todas juntas, y en tanto que las mujeres están haciendo este mercado, los varones se están por sus parcialidades juntos con las armas en las manos y apartados unos de otros mirando el mercado que las mujeres hacen. Conclusas estas ferias de las mujeres y apartadas unas de otras adonde estaban sus maridos, ellos hacían cierta señal y comenzaban todos á pelear unos con otros, y á herirse y descalabrarse muy reciamente con las armas que traían, hasta que caían algunos muertos en el suelo, los cuales tomaban los del bando contrario y los llevaban para comer, y ellos mismos cuando les parecía se apartaban y hacían señal de retirarse, y se volvía cada cuadrilla á su pueblo con la carne ó indios muertos que habían podido haber.

Tornando al viaje de los españoles salidos de Metaima, dieron en el río de Tolima, el cual tiene este nombre de los propios naturales de aquella tierra que en su lengua llaman á la nieve *tolima*, y porque este río bajaba del cerro nevado de Cartago donde tenía su principio y nacimiento, y las aguas

de él eran derretidas de la propia nieve que es mucha y dura todo el año, le llamaron el Tolima, que como he dicho quiere decir nieve, y los españoles le llaman río de Tolima. Este hallaron muy crecido y de dificultoso pasaje á causa de ser grande su velocidad y corriente, y no tener ni hallarse en él ninguna tabla ni vado por donde pudiesen pasar sin temor de perder algunas piezas del servicio, porque los naturales de Ibagué, que cerca de él estaban poblados, aunque para pasarlo tenían y usaban puentes, en sintiendo que los españoles se les acercaban los deshicieron y quebraron todos, queriendo con esto excusar el pasaje á los nuéstros, pareciéndoles que su río tan ahocinado y cargado de piedras como éste iba, en ninguna manera lo pasarían los españoles si no era haciendo puentes; pero finalmente, ninguna de estas oposiciones fue parte para que los españoles se detuviesen sin pasar el río mucho tiempo, porque luégo que vieron su furia y aspereza, metieron sus caballos en medio de la corriente, y haciendo de ellos puente, pasaron toda la gente y chusma que tenían que pasar y su fardaje, y alojándose de la otra banda del río, sin que indios de paz ni de guerra se les acercasen, el siguiente día marcharon adelante y llegaron á la junta de dos ríos, el uno que baja del Valle de Anaima y el otro del Valle de Matagaima, en donde había una meseta llana que en redondo tenía como media legua, en la cual el Cacique y señor Laembiteme tenía parte de su poblazón, y en ella un gran golpe de gente de guerra con las armas en las manos, esperando á que los españoles llegasen ó pretendiesen subir cierto paso ó subida que para la mesa de la poblazón había, el cual pretendían defender obstinadamente, porque fuéra de aquella subida no había otra en toda la mesa que fuese acomodada para poder por ella subir los caballos al llano de la poblazón.

Los españoles, aunque reconocían la ventaja que los indios les tenían, así en tenerles tomado el alto y paso de la subida, como por su mucha multitud, que al parecer eran más de dos mil indios de pelea, no por eso dejaron de írseles acercando y llegándose á ellos hasta ponérseles á tiro de piedra. Los bárbaros, como vieron la osadía con que los españoles,

menospreciando su multitud y poder, se habían acercado, comenzaron á dar muy grandes alaridos y á tocar sus fotutos y cornetas y otros rústicos instrumentos de canillas de indios muertos que consigo traían, dando muestras de querer despedir y arrojar las armas arrojadizas que traían contra los españoles; pero luége se reportaron pareciéndoles que era bien hacer antes alguna amonestación á los nuéstros para justificación de su causa, que comenzar la pelea, y así les dijeron de suerte que los intérpretes lo entendieron, que se volviesen atrás y no curasen de pasar adelante si no querían en breve tiempo verse sepultados en sus vientres y destruidos y arruinados todos, sin que uno ni ninguno escapase, con lo cual enteramente pagarían su temeridad y atrevimiento.

Los soldados y caudillos, alborotados de ver la soberbia y elación con que los indios hablaban, quisieron in continenti arremeter á ellos para, desbaratándolos y matando los que pudiesen alcanzar, darles á conocer su poca constancia en cosas de guerra y el poco valor que para con los españoles tenían; pero el Capitán Galarza, conociendo la locura y fragilidad de aquella bárbara gente, hizo que los suyos se reportasen y mudasen consejo, y llegado á las lenguas é intérpretes que tenía, les hizo que hablasen á los indios y les dijesen la poca razón y causa que tenían para hacer los fieros que habían hecho y dicho, porque él y los demás españoles no iban á hacerles guerra ni mal ni daño alguno, sino á manifestarles la ley evangélica cuya profesión tenían y guardaban, y por eso se llamaban cristianos, mediante lo cual su principal intento era darles á conocer el verdadero Dios inmortal y enseñarles la observancia de sus mandamientos y su fe catôlica, mediante la cual, y el bautismo que se les daría queriéndolo ellos recibir, serían salvos y gozarían de la perpetua bienaventuranza que Dios por su misericordia daba á lós cristianos que profesaban y guardaban su ley, y que temporalmente eran vasallos del Rey de Castilla, señor muy poderoso, á quien estos indios llaman en su lengua Xe Amima, á quien obedecían y servían todos los cristianos y todos los indios, al cual ellos asimismo debían obedecer y servir y reconocerlo por tál, y á él en su nombre dar la obediencia y hermandad; por tanto,

que dejadas las armas se abrazasen con la paz que él les ofrecía, y que él los recibiría en su amistad y haría que ninguno de los que con él venían, españoles ni indios ni otra persona alguna, no les hiciesen mal ni daño ni les agraviasen en cosa ninguna, y en estas razones y otras que los indios replicaban, fueron detenidos sin acometerse ni hacerse mal alguno los unos á los otros hasta puesta del sol, en el cual tiempo los indios mudaron propósito de seguir lo que al principio habían comenzado, y se retiraron y apartaron del paso y subida que estaban guardando y pretendían defender, y dieron lugar á que los españoles subiesen sin guerra ni pelea al llano y mesa de la poblazón, donde los propios indios los aposentaron en sus propias casas y se estuvieron allí con ellos toda la tarde hasta que anocheció, y todos se recogieron adonde les pareció, porque el siguiente día en toda la poblazón ni en lo que de la comarca se divisaba, no pareció ninguna persona de los naturales sino solos los españoles y su servicio que se quedaron alojados en los bohíos y casas de los indios.

CAPITULO TERCERO

Cómo los indios prosiguieron su paz y Galarza su descubrimiento, y pasó al Valle de Anaima, donde tuvieron cercado á Salcedo los indios, y tuvo noticia de los indios de Buga y Gorones. Escríbese el modo de las armas con que esta gente pelea.

Puso mala sospecha á los españoles el haberse retirado y ausentado los indios con sus mujeres é hijos, porque se tiene ya experiencia que cuando después de haber dado la paz se recogen y desaparecen, que es para poner sus mujeres, hijos y haciendas en partes seguras y revolver con las armas sobre los españoles; pero éstos esta vez no lo hicieron así, antes conservando de su parte y prosiguiendo adelante con la paz que habían dado, volvieron pacíficamente á su propio pueblo donde los españoles estaban alojados, y allí les traían de la comida que tenían y algunas chagualas de oro que contrataban y feriaban con los españoles y con los indios de su servicio ladinos. Lo que más los naturales procuraban haber de los nuéstros era sal de la del Reino, que es en panes en pedazos grandes, y algunas gallinas blancas, porque de las otras ellos

no las querían, y algunos otros rescates y cuentas de España que los españoles llevaban para el efecto, porque de todas estas cosas y de otras muchas es esta tierra muy estéril y falta. Daban en pago de un pedazo de sal de dos ó tres libras una chaguala de oro fino que pesaba seis pesos y dende arriba, y por una gallina lo mismo, y al respecto pasaban los demás rescates y contratos. Detúvose en este alojamiento el Capitán Galarza con sus compañeros ocho días y más tiempo, donde le vinieron todos los naturales de aquel valle de paz y amistad, y entre ellos los Caciques y señores del Valle de Matagaima y del Valle de Anaima; le vinieron á ver los Caciques de Vilacaima.

El Valle de Matagaima tendrá dos leguas y media de largo, todo poblado lo raso de él, porque ésta tierra toda es doblada y muy quebrada, y todos los valles son rasos y pelados sin monte alguno hasta la mitad de las lomas y cuchillas, y de allí para arriba es arcabuco ó montaña muy crecida y espesa, y esto es general en toda tierra de Ibagué.

El Valle de Anaima tendrá cuatro leguas de largo, y dende arriba y todo lo raso del que se entiende lo bajo estaba poblado. Las armas de que generalmente usan los naturales de toda esta Provincia y región de Ibagué son lanzas hechas de los ijares de unas gruesas cañas huecas que los españoles llaman guaduas, las cuales son muy largas: hiéndenlas los indios y cuartéanlas y lábranlas, de suerte que les quedan de cada una de ellas hechas tres ó cuatro lanzas de á venticinco ó treinta palmos de largo, y á las puntas de estas lanzas engiren una punta de palma delgada que es madera más recia y tiesa, para con ella hacer mejor golpe. Con estas lanzas usan unos escudos ó paveres de cuero de danta seco y tieso, que es grande amparo y defensa y muy ligero. Estos escudos traían los indios colgados al pescuezo y cuando peleaban y jugaban de sus lanzas los echaban adelante para amparo de las barrigas, y cuando se retiraban ó huían, cosa muy común y nada vergonzosa para ellos, se los echaban muy ligeramente en las espaldas, colgados del pescuezo como los tenían, y así huían yendo adargados y arrodelados por detrás, que les era harto remedio para no recibir mucho daño de los que iban en

su alcance. También usaban con los mismos escudos dardos de palmo arrojadizos y macanas muy agudas á manera de montantes, hechas de madera de palma negra; usan asimismo para la guerra hondas con que arrojan y tiran con gran furia piedras y guijarros rollizos del grandor de huevos, de los cuales traen consigo mochilas llenas para tenerlos más á mano al tiempo de los menester; también se aprovechan en la guerra de las hachas de cobre que tienen para cortar madera. En todos estos géneros de armas son tan diestros estos indios, que aunque ellos en sí son gente bruta y las armas tan rústicas como por lo dicho se puede ver, defendían con ellas y con sus bríos, que no eran de menospreciar, muy bien la tierra (porque cualquiera de los naturales de esta Provincia nunca rehusaba el esperar uno por uno á cualquier español y pelear con él á pie quedo, y si como en los ánimos tenían igualdad la tuvieran en las armas, averiguadamente se estuvieran el día de hoy por conquistar y antes hubieran hecho daño que recibirlo, porque todos andan en carnes y así pelean); métense sin ningún temor los soldados armados por entre ellos, y allí cada cual les hiere como puede, según se ofrece la ocasión y necesidad, y aunque los indios del Valle de Anaima ó algunos de ellos habían salido de paz é ido á visitar al Capitán Galarza á su alojamiento, no por eso su amistad fue sincera ni llana, antes muy doblada y llena de maldad, como lo dieron bien á entender dende á poco que Lope de Salcedo con ciertos soldados que por compañeros le fueron dados entró en sus tierras y poblazones, contra los cuales tomaron las armas, no yéndoles á hacer ningún daño ni mal tratamiento, mas de á ver la poblazón y gente que era y á descubrir camino para que el resto de los soldados y carruaje pudiesen pasar adelante. Juntáronse gran número de indios de aquel Valle y cercando y tomando en medio á Salcedo y á los españoles que con él estaban, les pusieron en grande aprieto y riesgo de matarlos á todos, porque como esta gente sea animosa y su pelea sea acercándose á barloar con los españoles, los cuales no tenían consigo caballos, que es toda la fuerza de esta guerra, ni arcabuces, y el número de los combatientes tan desigual, porque para cada soldado de los que con

Salcedo estaban había quince y veinte indios, fueron los nuéstros forzados á dar mayores muestras de su valor peleando con la turba de los bárbaros que los tenían cercados y haciendo en ellos todo el estrago que podían, no cesando de pelear ni soltando las armas de noche ni de día de las manos, hasta que teniendo noticia el Capitán Galarza del suplicio y peligro en que estos soldados estaban, porque de ello le fue dado aviso por mano de indios amigos, envió más copia de gente y soldados que juntándose con los cercados, y acrecentándose á todos con el número el ánimo, sacudieron y echaron de sobre sí honrosamente la gente de la tierra, que con entera esperanza estaban de haber presto victoria de los españoles que cercados tenían, con cuyas vidas y cuerpos entendían hacer devotos sacrificios á sus carniceros vientres, sepulturas de carne humana.

Vuelto Salcedo y los demás españoles, el Capitán Galarza se partió luégo otro día con toda la Compañía junta; marchó concertadamente la vía de Anaima, lo cual visto y entendido por los naturales de aquella poblazón determinaron entre sí tomar de nuevo las armas, y acometiendo á los españoles, hacer en ellos la resistencia que les fuere posible; para el cual efecto se juntaron en el propio sitio donde habían tenido cercado á Lope de Salcedo más de cuatro mil indios de guerra, con todos los géneros de armas arriba nombrados.

Era este lugar un sitio muy llano, puesto por ribera y barranca de una quebrada que bajaba de la sierra y venía á dar al río principal que pasa y corre por medio del valle. Este llano, pareciéndoles á los indios que era acomodado para el alojamiento de los españoles y que se habían de ir derechos á él, fortaleciéronlo con mucha cantidad de hoyos que en él hicieron de á dos estados de hondo cada uno y muy llenos de estacones de palos de palmas las puntas para arriba, y por encima cubiertos con varas delgadas y paja y tierra encima para que estuviesen ocultos y no los echasen de ver hasta que estuviesen en la celada ó trampa. El anchor de cada hoyo de estos era tal, que cabían en cada uno de ellos dos hombres con sus caballos armados, y cierto era invención con que pudieran hacer muy gran daño á los nuéstros si no fuera gente

recatada para tener cuenta con semejantes cautelas y engaños, porque los bárbaros, para más incitar y convidar á los nuéstros á que cayesen en los hoyos, aguardaron á los españoles junto á ellos para que arremetiendo ó codiciando dar en los enemigos, arremetiendo con la furia que suelen, hallasen por delante aquella manera de foso, y cayendo dentro se metiesen las estacas por los cuerpos y muriesen á cuchillo de palo.

El Capitán Galarza, según lo tenía por costumbre, luégo que vio y reconoció que los indios les estaban esperando para pelear con ellos, hizo detener la gente antes de pasar la quebrada, y comenzó á hacerles requerimientos y protestaciones convidándoles con la paz y dándoles noticia del objeto de su venida y entrada en aquella tierra, según lo había hecho siempre antes de venir á pelea con los indios, y en estos requerimientos se detuvo un gran rato, de suerte que viendo los indios que se detenían los españoles, y creyendo que su detenimiento era por su temor y por estar ellos con las armas en las manos esperando el reencuentro, desampararon el puesto que tenían, y volviendo las espaldas se dieron á huir por entre los hoyos y á dejarlos atrás; los españoles se movieron perezosamente contra ellos no queriendo hacerles daño ni bañar con sangre de aquellos bárbaros la tierra, pretendiendo conservarlos para después tener quien les sirviese y sustentase; pero como un Juan Ortiz de Zárate, vizcaíno, quisiese señalarse, procuró tomar la delantera á todos sus compañeros, y puso las piernas á su caballo, y encarando á unos indios que de industria estaban esperando, fue tan veloz é inconsiderado en su arremetida y con ella desatinó de tal suerte á los indios, que ellos y él y su caballo todos cayeron dentro del hoyo y celada, pero el daño no fue igual á todos, porque como los indios cayeron primero, con sus cuerpos ocuparon las estacas que en el hoyo había, metiéndoselas por las carnes, y así Juan Ortiz y su caballo no recibieron ninguna lesión y fueron sacados del hoyo sanos y salvos, con lo cual fue descubierta la celada y fosos que los indios tenían hechos, y cesó el daño que pudieran recibir, porque dende en adelante caminaban todos con gran cuidado, mirando con atención donde ponían los pies.

Alojáronse aquella tarde en un lado ó punta de la sabana que estaba más escombrada y limpia de hoyos, y dende en adelante, por más de veinte días, se corrió toda la poblazón y tierra de este Valle de Anaima sin que los indios osasen venir á las manos con los nuéstros ni en ninguna parte de él tuviesen pelea ni batalla, ni trababan los unos con los otros, más de ponerse por los altos y arcabucos á dar grita; y cuando la comodidad de la tierra les ofrecía ocasión, desde algunos altos junto á la montaña echaban á rodar contra los nuéstros grandísimas piedras que pesaban, según su grandeza, á diez y á quince y veinte y á más quintales, porque con palancas movían en lo alto de las laderas las peñas que la Naturaleza había puesto y criado en lugares tan pendientes que con sólo menearlas ó moverlas con los palos las hacían rodar con extraña furia; mas aunque en lugares muy perjudiciales á los nuéstros les daban esta batería, fue Dios servido que nunca se recibió ningún daño.

En este Valle sucedió que después de haberse mitigado los indios y dado muestras de querer la paz y amistad de los españoles, un soldado extranjero llamado Nicardo llevaba consigo un indio ladino que entendía bien la lengua de aquella tierra, y como el Nicardo fuese algo codicioso y viese que entre aquestos naturales había algunas piezas de oro, envió al indio ladino que fuese y anduviese entre aquellos naturales y les dijese que el Capitán lo enviaba á que le diesen oro, porque lo había menester, donde no que irían los soldados á sus rancherías á hacerles guerra; los indios con este temor dábanle al indio ladino de Nicardo todo el oro que podían. Ultimamente sucedió que Nicardo envió á su indio ladino por oro, el cual encontró con cierto principal que le dijo que él tenía un poco de oro que dar al Capitán, pero que él en persona se lo quería dar por su propia mano; el dadinejo, queriendo salir con su demanda sin ser sentido, esperó á que fuese de noche y unióse con el principal y otros indios al alojamiento, y como estaban ya puestas velas y era ya cuando llegó al alojamiento muy tarde, fue sentido de las velas, los cuales creyendo que eran indios que venían á dar sobre los españoles, dieron alarma, y con su entrada hubo alguna tur-

bación entre los soldados, porque todos ó los más salieron al rebato con la alteración que semejantes casos suelen causar. Tomaron los indios y súpose de ellos la causa de su entrada á tal hora, y del ladino el oficio que él y su amo traían en tomar con honesto modo el oro á los indios, de lo cual se enojó mucho el Capitán Galarza, y haciendo apariencias de que quería castigar con pena pública al Nicardo, él mismo incitó secretamente á los soldados que le rogasen por él y se lo quitasen para con aquella ostentación y muestra de castigo poner temor en semejantes soldados para en adelante, pero el indio ladino pagó por él y por su amo, porque fue públicamente azotado y cortados los cabellos, aunque todos los indios son de tan poca vergüenza que no sienten por afrenta el azotarlos.

En el tiempo dicho dieron de todo punto la paz á los españoles muchos de los naturales de este valle que á los principios dieron muestras de obstinación en su rebeldía para por presencia venirles á servir, entre los cuales fue el más principal el Cacique llamado Bombo, de los cuales el Capitán se procuró informar de la gente que de la otra banda de la cordillera había y si podría pasar adelante en descubrimiento del camino para Cartago, porque el valle se remataba allí en la propia cordillera que está entre el río grande de la Magdalena y el río de Cauca. Los indios le dijeron que pasada esta cordillera, á la otra vertiente de ella había mucha copia de naturales, pero que no sabían distinguir si entre ellos ó cerca de ellos hubiese pueblo de españoles, como lo había, más de que certificaban lo de los naturales, los cuales según después pareció era en Bugalagrande, donde pobló el Capitán Alonso de Fuenmayor un pueblo del propio nombre y los gorones que sirven á Cali.

CAPITULO CUARTO

Que trata de cómo Galarza entró en la Provincia de Ibagué y pobló en ella la ciudad de Ibagué, que hasta hoy permanece, y cómo repartió la tierra entre sus soldados.

Habiéndose Galarza informado de los indios de Bombo y sabida la certidumbre de las cosas en el capítulo antecedente

referidas, cómo de la otra banda de la cordillera de la sierra había indios y poblazones, sospechó que también habría algún pueblo de españoles á quien sirviesen y fuesen feudatarios, los cuales pudieran haber venido de la Gobernación de Popayán á poblar por aquella tierra por estar cerca de los otros pueblos que ya tenían poblados, y para más enteramente se justificar de lo que los indios le habían dicho, y que ocularmente se viese, envió algunos soldados con un caudillo á que de lo alto de la sierra lo viesen y mirasen si parecían las poblazones que los indios de Bombo decían, y qué tantas serían, lo cual se podría ver por los humos que suelen salir de las tales poblazones donde los naturales habitan, y visto, volviesen sin pasar más adelante á darle aviso de todo para determinar lo que más conviniese y ver si iría adelante ó tomaría otra derrota para ver y pacificar las Provincias de Matacaima, y Villacaima, y Chitanema, y Chinacataima, de las cuales había tenido noticia antes que en esta Provincia de Bombo entrase.

Salidos los soldados, subieron á la cordillera, de donde mirando fueron tan pocos los bohíos ó casas que vieron, que les pareció haber muy poca poblazón de indios, y que según la noticia que algunas personas les habían dado de la disposición de la tierra, creían estar muy cerca de un pueblo de españoles llamado Cali, de la Gobernación de Popayán, y otro que se decía Bugalagrande, y con esto se volvieron á dar cuenta á su Capitán de lo que habían visto y les parecía de la tierra.

Sabiendo Galarza que los indios que estaban á las otras vertientes de la cordillera ya dicha eran tan pocos y que había sospecha evidente que cerca de ellos estaban españoles poblados, acordó de dar la vuelta atrás y no para adelante, tomando la derrota y camino de la Provincia de Ibagué, de donde pensaba ir á ver y pacificar las Provincias ya dichas, y así se fue con su gente la vía y derrota de la Provincia de Ibagué, con voluntad y determinación de en ella poblar y fijar un pueblo para dejar en él la gente que más fatigada traía, y con los demás pasar adelante á correr y andar la tierra para que después de vista toda la pudiese mejor repartir entre sus soldados.

En este camino de Ibagué tuvieron Galarza y sus compañeros algunas guazabaras con los naturales que por el camino había; mas saliendo de todas ellas sin recibir ningún daño y con poco que en los naturales hacían, pasaron adelante y se alojó con sus compañeros en el Valle de Ibagué, en el mejor sitio y lugar que les pareció que había en él, y pareciéndole que el sitio donde estaban era bueno y en él había todas las cosas necesarias á las nuevas poblazones, asentó y fijó en él el pueblo y ciudad de Ibagué, poniéndole el nombre de la propia Provincia, que fue en el año de mil y quinientos y cincuenta, haciendo las ceremonias acostumbradas en semejantes casos, después de lo cual Galarza salió con parte de sus soldados en demanda del descubrimiento de la Provincia de Toche, y llegado á ella reposó algunos días con su gente porque halló abundancia de comida de la que los naturales tenían.

En este tiempo que Galarza estuvo en esta Provincia alojado, envió dos soldados llamados Nicardo y Hoyos á una sierra que por delante tenía, para que de allí viesen y mirasen lo que había adelante. Envió Galarza estos dos soldados solos porque tenía la sierra tan cerca de sí, que le parecía podrían ser fácilmente remediados y favorecidos si algunos indios saliesen á ellos á impedirles la ida ó vuelta; mas ellos, olvidados del riesgo y peligro en que iban, y no llevando el resguardo y cuidado necesario de sus personas, con alguna codicia de la que en semejantes jornadas suele haber y hay, desviándose del camino y derrota que su Capitán les había mandado llevar, se metieron entre unas poblazones de indios que estaban en este Valle de Tocha antes de llegar á la sierra, á ranchar algún oro del que los indios de esta Provincia poseían; pero siendo sentidos de los indios antes que su codicia y desordenado deseo tuviese efecto, fueron de los indios muertos miserablemente y desollados los rostros, lo cual acostumbran á hacer estos indios con los enemigos que matan para traerlos por máscaras en sus bailes y borracheras.

Estuvo Galarza aguardando á estos soldados mucho espacio de tiempo, y visto que no venían, estaba muy penado sospechando que hubiesen habido algún mal suceso, y para certificarse de la causa de su tardanza, envió un caudillo con

algunos soldados, porque si acaso los indios hubiesen muerto á los dos primeros y estuviesen con las armas en las manos, cosa muy acostumbrada entre ellos, pudiesen rebatirlos y volverle á dar entera relación de lo que pasaba.

Llegado que fue el caudillo á la sierra, como no viese los soldados ni rastro de ellos, dio la vuelta con su gente por las poblazones de los indios, donde les salieron á recibir con las armas los delincuentes y malhechores, queriendo hacer en ellos lo que habían hecho en sus compañeros, y aunque los bárbaros eran muchos, con mucha facilidad fueron rebatidos de los nuéstros, donde yéndoles dando alcance, fueron á dar á una placeta que entre unos bohíos de los dichos bárbaros estaba, en la cual hallaron los cuerpos de los dos soldados con innumerable cantidad de flechas que les habían tirado, teniéndolos puestos como blanco de terrero, y como ya es dicho, los rostros desollados. Visto por el caudillo y soldados este tan triste espectáculo, tomaron los cuerpos muertos y llevárronlos á enterrar á una montañuela que por delante tenían, y sin se parar fueron á dar noticia de todo lo dicho al Capitán Galarza, el cual sabida la nueva y daño que los indios habían hecho, determinó de volverse con su gente á la ciudad de Ibagué, para que pertrechándose de más munición y soldados, volver á la Provincia de Toche á hacer castigo en sus moradores del atrevimiento y daño que habían hecho; donde después de haberse proveído de todo lo dicho, dio la vuelta con su gente á la Provincia y naturales ya dichos, de los cuales fue recibido con las armas en las manos, porque por espías que tras Galarza habían enviado tenían ya aviso cómo Galarza y su gente venían á su tierra; mas Galarza, vista la determinación de los indios, con lenguas que llevaba, como lo tenía de costumbre, les exhortó y rogó que dejasen las armas y recibiesen la paz, cual les prometía y daba su palabra de no hacerles mal ni daño ni consentir que de otros se les hiciese, porque él no quería sino su amistad, olvidando la muerte de sus soldados, que bien entendía que pues ellos les habían muerto, les habrían dado alguna ocasión para ello; los indios, no curando de lo que Galarza les decía, ni queriendo la paz con que les convidaba, procuraban de cercar los nuéstros para

damnificarlos por todas partes. Galarza, visto que no querían admitir la paz y clemencia con que los convidaba, arremetió á ellos por la parte que más fortalecida de gente tenían, donde con los caballos los desbarataron por ser tierra en la cual se podían aprovechar de ellos, y matando é hiriendo, hicieron bastante castigo, porque de más de quinientos que eran los que á esta guazabara vinieron, no volvió la décima parte á sus casas. Hecho esto, pasó Galarza con su gente á otra Provincia llamada Tocina, que está junto al morro nevado, y la pacificó y trajo de paz, con lo cual se volvió al pueblo de Ibagué sin haber recibido daño ninguno, y repartió y encomendó los indios de la tierra á toda su gente, á cada uno según sus méritos.

CAPITULO QUINTO

Que trata de una rebelión ó alzamiento que los indios de Ibagué hicieron, y del socorro que al Capitán Galarza le vino de Santafé.

Repartidos los indios de Ibagué y sus comarcas, como los soldados se quisiesen servir de ellos, y para esto muchas veces los llamasen y trajesen á hacer casas y labranzas, y no contentos con esto les pidiesen oro y aun hijos é hijas para su servicio, hacíanlo los indios de tan mala gana y con tanta pesadumbre, que algunas veces era necesario poner los amos las manos en ellos, dándoles algunos palos y azotes de que ellos se agraviaban y se sentían mucho, y muchas veces trataban entre sí diciendo que era mejor morir que pasar y sufrir tales afrentas y trabajos, y particularmente sentían mucho que les pidiesen y tomasen sus hijas, por lo cual se trató y comunicó entre ellos que se juntasen todas las Provincias de la comarca, y juntas y congregadas diesen un día en el pueblo de los españoles y matasen é hiriesen á todos los que pudiesen y se libertasen de tanta servidumbre y trabajo, lo cual pusieron por obra en el año de mil y quinientos y cincuenta, haciendo primero una general borrachera, porque como he dicho en otras partes de esta historia, tienen por costumbre todos los indios de estas partes hacer grandes borracheras, teniendo por cosa cierta que el indio después de bo-

rracho tiene mayores bríos y alcanza entera victoria de sus enemigos, y así juntos todos los bárbaros de estas Provincias dieron sobre el pueblo de Ibagué, y aunque los españoles fueron de ello avisados con tiempo y los hallaron apercibidos y puestos en armas, por ser la multitud de indios tanta que pasaban de ocho mil, no fueron parte para los desbaratar y echar de sí, antes les pusieron en tanto aprieto y conflicto, que por espacio de cuarenta días los tuvieron cercados sin les dejar salir por comida ni al servicio por agua para su sustento, dándoles cada día crueles guazabaras y guerras.

Visto el Capitán y la gente que la multitud de los bárbaros se iban aumentando y que no tenían remedio ni podían escapar de las manos de sus crueles enemigos, acordaron de enviar dos indios en tiempos diferentes para cada uno, por si á la ventura, con cartas á la Audiencia Real de Santafé, dando relación y noticia á los señores de ella del aprieto extremo en que estaban y necesidad que tenían, y cómo había ya tantos días que estaban cercados de toda la tierra y no eran bastantes para salir del pueblo por agua ni otros mantenimientos, pidiendo se les enviase socorro de gente con la mayor brevedad que posible fuese, si no querían que fuesen muertos y consumidos de los indios; después de lo cual, viendo el Capitán el peligro y riesgo en que estaban de ser llevados á manos de los bárbaros por ser ya tanto el desfallecimiento de su gente por la gran falta que de comida tenían, y que si tardaba el auxilio y socorro ocho días no tendrían fuerzas para pelear si los indios los incitasen á ello, acordó que todos juntos saliesen con buen orden á los enemigos, y con varoniles ánimos de españoles, empleasen sus fuerzas en ellos, ofreciéndose á morir ó á haber victoria, porque si se veían en manos y poder de los indios, sabían que sus muertes habían de ser más crueles y prolijas, y tenían por mejor morir en los encuentros que en los mercados y borracheras donde suelen y acostumbran á darles las muertes á los que á sus manos vienen, y así arremetiendo por una cuchilla arriba donde los más de los indios estaban, quisieron subir á ellos, más los bárbaros arrojaron tantas galgas y piedras que les fue necesario á Galarza y á su gente dar la vuelta por una ladera de la cuchilla é irla ga-

nando poco á poco con algunos arcabuceros que delante llevaban; y era tanta la turba de los indios que en la cuchilla estaba, que viendo que los españoles les iban subiendo, unos por defender la subida á los nuéstros y otros por huir, vinieron en tanta confusión y ceguedad, que unos á otros se arrojaban la cuchilla abajo, adonde eran recibidos de los nuéstros con las puntas de las espadas, y algunos que de rodar por la sierra abajo se escapaban, se iban al pueblo, y pegando fuego á las casas que ellos habían hecho para los españoles, las quemaban. Subidos los españoles á la cuchilla echaron de ella á los indios con mucho daño que en ellos hicieron, y habida victoria se volvieron al pueblo á descansar y dar orden cómo se ir y dejar el pueblo, porque ya les parecía que se tardaba el socorro que habían enviado á pedir con los dos indios á la Audiencia de Santafé, sospechando que habrían muerto á los indios de las cartas y no habrían podido llegar con ellas adonde los Oidores estaban, y que siendo así, ellos no podrían sustentarse en el pueblo, especial que ya las municiones se les habían acabado y la gente estaba muy debilitada del hambre y necesidad que en el cerco habían pasado.

Otro día por la mañana fue Dios servido que llegó el Capitán Salinas y Domingo Lozano con socorro de gente por mandado de la Audiencia Real y al llamado de los indios, y juntándose todos pacificaron y allanaron todas estas Provincias y las dejaron muy de paz y en servidumbre, aunque después de cinco ó seis años se tornaron á rebelar en una rebelión que hubo general de ellos y los indios panches y de Mariquita, como en la jornada de Mariquita se dirá.

Estas dos rebeliones fueron causa que de ocho mil indios que había en estas Provincias de Ibagué quedasen tan pocos, que aunque después se han hallado minas de oro y plata en la tierra, no han tenido los vecinos de Ibagué gente con qué labrarlas.

Son estos indios de Ibagué grandes carniceros de carne humana y de otra cualquiera carne; tienen algodón, aunque poco, de que hacen algunas mantas para se vestir; las indias son muy feas y traen en la cabeza unos bonetes de venado con que aprietan y cogen los cabellos. No hay entre ellos Ca-

ciques como entre otros indios, mas son mandados de algunos indios principales que entre ellos hay, á los cuales obedecen cuando les parece y les da gusto.

Es tierra muy áspera y fragosa en la que estos indios habitan y toda sierras peladas. El sitio donde está la ciudad de Ibagué puesta y fijada es del mejor y más suave temple que hay en todas estas partes, el cual ni es cálido ni frío sino de un medio en nada penoso.

En el Libro octavo se escribe cómo siendo Gobernador Miguel Díaz en el Nuevo Reino de Granada, se le dio licencia á Francisco Núñez Pedroso para ir á poblar de la otra banda del río grande por más abajo de Tocaima, en ciertas poblazones de indios panches que de aquella parte había. Llegado que fue Pedroso con los españoles que llevaba, no queriendo parar allí pasó adelante en demanda del Zenú, y atravesando la Provincia de los palenques fue á salir á las cabañas de Abura, donde halló al Capitán Hernando de Cepeda con más de cien hombres. Cuéntase todo lo que en esta jornada pasó hasta salir al Reino, y cómo tornó á pedir de nuevo esta jornada y pobló la ciudad de San Sebastián de Mariquita.

LIBRO OCTAVO

CAPITULO PRIMERO

En el cual se escribe cómo por el Licenciado Miguel Díaz fue dada comisión al Capitán Pedroso para ir á poblar á las Provincias de Mariquita, y cómo entró en ellas y determinó pasar al Zenú.

Aunque de la conquista y fundación de la ciudad de San Sebastián de Mariquita, poblada en las campiñas y riberas del río grande de la parte de Cartagena, en substancia haya poco que escribir, hesme forzoso alargar y extender la materia en este lugar, por haberle sucedido antes á Francisco Núñez Pedroso que la pobló y fundó, por esta misma ocasión de poblarla, algunos trabajos y desasosiegos que casi fueron

camino y vía y principio para ello, según en la consecuente digresión y escritura se verá si con atención se lee.

Fue pues el caso que el año de mil y quinientos y cuarenta y nueve, gobernando la tierra del Nuevo Reino el Licenciado Miguel Díaz Armendáriz, le fue dada comisión por el mismo Gobernador á este Francisco Núñez Pedroso, atendiendo su pretensión y pedimiento, para que pudiese ir y fuese, con los españoles que pudiese juntar, de la otra banda del río grande que cae más abajo de Tocaima, y entre las poblazones y naturales que allí hubiese poblase un pueblo.

En este tiempo concedíanse por los Gobernadores las licencias y comisiones para nuevos descubrimientos y nuevas poblazones más sin escrúpulo y más liberalmente que ahora en nuestros días, en los cuales, á lo menos en este Distrito del Nuevo Reino, no sólo no se concederá licencia para ello, mas entiendo que será gravemente castigado el que lo hiciese de su autoridad, aunque fuese forzado á ello.

Pedroso, usando de la facultad que el Gobernador Miguel Díaz le dió, juntó en pocos días más de setenta hombres, buenos soldados y bien aderezados y hechos ya á los trabajos y necesidades de las Indias, que cierto son excesivos, ó á lo menos lo eran en estos tiempos más que en otro ninguno, por no haber el proveimiento que de caballos y mantenimientos era necesario, con los cuales salió de Santafé, ciudad metropolitana en este Reino, y bajándose á aquella parte del Reino y río grande y Provincias donde su conducta rezaba, atravesó el río por la isleta y metióse con sus soldados por las poblazones y valles de Mariquita, Gualisguasquia y otros; y porque es bien advertir á los que esto ignoran, es de saber que aunque el pueblo que pobló después este Pedroso se dice Mariquita, que este nombre no es extranjero ni puesto en aquella tierra por los españoles, mas es nombre propio de los naturales, aunque corrompido por los españoles por esta causa: que en cierta guazabara que los indios dieron en tierra del principal de aquella comarca, llamado Malchita, siendo los indios desbaratados y yendo huyendo, iban invocando el nombre de su Cacique Malchita con muy grandes voces y alaridos que daban. Los españoles, como oyesen repetir tántas veces y con

tánto ahinco á Malchita, entendieron que decían Mariquita, y ansí usando siempre de este nombre, se quedó la tierra con él, y dende en adelante llamada esta tierra donde el pueblo de los españoles se pobló, Mariquita; y aun nombro yo aquí la tierra y gente por no discrepar ni quitarle el nombre propio de los naturales, los cuales tuvieron tan pocas refriegas y guazabaras con Pedroso cuando nunca se pensó, porque como antes había andado por esta tierra el Capitán Baltasar Maldonado cuando salió en demanda y descubrimiento de la Sierra Nevada de Cartago, y los indios tenían ya noticia de los bríos y fuerzas de los españoles, y también conocimiento de su clemencia, quisieron más con humildad conservar sus vidas que con bárbara arrogancia derramar su sangre, pues sabían que si saliesen con las armas á los españoles, no podían dejar de recibir daño sin hacerlo, y ya que lo hiciesen sería tan poco, que ni los unos ni los otros sintiesen. Admitió el Capitán Pedroso la paz que los indios le ofrecieron acompañada de algunas dádivas y presentes de oro y otras cosas de poco valor é importancia, y conservólos en su amistad todo el tiempo que por su tierra estuvo y anduvo, porque Pedroso, viendo la demostración que estos naturales habían hecho de gente paupérrima y de poco ó ningún posible. y que entre ellos no podía aprovecharlo él ni sus soldados, acordó no detenerse ni hacer asiento en esta Provincia sino pasar adelante en demanda del Pancenú, que en este tiempo tenía fama de tierra muy rica y próspera de oro finísimo, aun en poder de los naturales como en las sepulturas de los muertos, los cuales se enterraban con todas las más riquezas de oro que podían, porque los indios de esta Provincia del Zenú, á imitación y ejemplo de otras bárbaras naciones de Indias que tienen, que con las propias temporalidades que en esta vida poseen actualmente pasan á la otra, procuraban con grandísima diligencia en su vida adquirir y juntar todo el oro que podían, que en sus propias tierras lo sacaban, y con ello se enterraban creyendo que mientras más de este metal llevasen consigo, más bien lo pasarían y en más serían tenidos en los lugares y partes que imaginariamente tenían ellos constituidos para sus ánimas.

De este su designio dio este Capitán parte y noticia á sus soldados y compañeros, juntándolos á todos y hablándoles largamente sobre ello con palabras eficaces é incitativas á subir á la prosecución de muchas riquezas, á quien el vulgo locamente tiene puesto nombre de cumbre.

Hacía mucho para este propósito que Pedroso era hombre que había andado y estado en Perú, muchos días Provincia, donde por la influencia y virtud de los astros y planetas que allí reinan cobran los hombres que en ella están una superioridad de ánimos con los cuales parece que estiman y tienen en poco ser reyes y señores de las otras gentes de su propia nación, y mucho más de los extranjeros, y juntamente con esto parece que la tierra y constelación de ella les da una elocuencia en el hablar tan acompañada de eficacísimas palabras y razones, que con ellas atraen á sí los ánimos de gentes extrañas y que nunca vieron, á que consigan y hagan lo que ellos quieren y pretenden; y no sólo pára aquí la operación de la tierra, mas parece que para desdoración de lo dicho, hace los ánimos de los hombres tan bulliciosos y amigos de novedades, que perpetuamente querrían ver paz ni quietud donde estuviesen y anduviesen.

Los soldados de Pedroso, viendo la voluntad de su Capitán y lo mucho y bien que les había hablado así en alabanza de la felicidad de la tierra del Pancebú como ensalzándolos y persuadiéndolos á que lo siguiesen de voluntad, ofreciéronse de cumplir y hacer todo lo que él quería y pretendía, para lo cual fue mucha parte no haberles parecido bien la gente y tierra de esta Provincia de Mariquita donde estaban, por ser toda la gente desnuda y de pocas ó ningunas granjerías, y que en nación, actos y costumbres eran panches, gente que á imitación de los fieros canes tienen por costumbre comer carne humana, y para este efecto hácense guerras los unos á los otros.

CAPITULO SEGUNDO

En el cual se escribe cómo el Capitán Pedroso y sus soldados se salieron de las Provincias de Mariquita y entraron por la de los palenques, donde tuvieron ciertas refriegas con los indios del palenque de Ingrina y de la poblazón llamada Guatona.

Francisco Núñez Pedroso, viendo la voluntad que todos los soldados habían mostrado de seguir su opinión en ir en descubrimiento del Pancenú, se salió con su gente y se metió con el mejor concierto que pudo por la Provincia de los palenques, porque para ir á la tierra que pretendía de subir y poblar le era forzoso atravesar casi toda esta tierra de los palenques.

Es esta Provincia del Zenú, según la más común opinión, la tierra que por noticia se tiene la cual llaman de entre los dos ríos, que se entienden ciertas poblazones que están entre el río grande de la Magdalena y el río del Cauca, desde las poblazones de la Villa de Mompós, poblada en las riberas del río grande, para arriba, aunque la una poblazón y la otra no confinan por haber grandes montañas y despoblados en medio, pero casi la tierra es toda una, porque las poblazones é indios de Mompós casi todos caen entre estos dos ríos, porque por bajo de Mompós ciertas jornadas se vienen á juntar y hacerse entrambos un cuerpo. Item, asimismo hay personas que afirman esta misma jornada del Zenú y los ríos ser la que por vía de la Gobernación de Popayán llaman Antioquia, en cuyos principios estuvo antiguamente poblado un pueblo de españoles llamado Santafé de Antioquia, y fue despoblado por la crueldad y fiereza de sus naturales, que con obstinación procuraron echar á los españoles de sus tierras que son de ricas minas de oro y de pocos naturales. Estuvo esta jornada proveída por comisión del Consejo Real de las Indias dada á la Audiencia del Nuevo Reino el año de sesenta y siete, en el Capitán Fuenmayor, á quien nombraron por Gobernador de los pueblos que entre la Gobernación de Popayán y la de Cartagena se poblasen por el propio Fuenmayor, el cual murió estando esperando las provisiones y título de Gobernador que de España había de venir, y aun cesó la jornada.

Volviendo á lo que á los españoles sucedió en los palenques, es de saber que toda la más de la gente de esta Provincia está recogida en fuertes hechos de maderos gruesos que son llamados palenques, por respeto de las enemistades y crueles guerras que los unos tienen con los otros, que casi no se halla conformidad ni amistad entre ellos aunque fuesen vecinos muy cercanos, sino que cada cual acometía cuando la ocasión le daba lugar á su vecino y lo mataba ó arruinaba, y á esta causa las parentelas ó parcialidades hacían estos fuertes de gruesos maderos para su defensa y amparo, de donde vinieron los españoles á llamarla Provincia de los Palenques y ofrecérseles algunas dificultosas guazabaras con los indios, que por estar tan habituados á la guerra entre sí propios, venían después á pelear briosamente con los españoles. El primer palenque donde dieron fue uno llamado Ingrina, cuyos moradores lo pretendieron defender con obstinación, y verdaderamente, si los soldados que Pedroso llevaba consigo no fueran tan escogidos y hechos á la guerra de los indios, no hubieran este día la victoria que hubieron, porque poniéndose todos á punto de pelear y su Capitán en la delantera, arremetieron al palenque con tan buena orden y concierto y con tanto brío, que aunque la cerca era algo alta y sus defensores los que he dicho, la asaltaron y entraron y hubieron victoria de ellos, aunque al asaltar el palenque hirieron los indios un español de que murió al tercero día. Los indios recibieron daño aunque poco, porque como vieron que por la una parte les entraban los españoles, echaron fuéra sus mujeres é hijos por la otra y ellos se fueron huyendo tras de ellos sin que pudiesen ser alcanzados; pero ya que al entrar de los españoles no fueron descalabrados los indios, fueron lastimados al salir muy malamente, porque como Pedroso después de haber descansado y holgado en este palenque algunos días por el aparejó de comida que en él halló, se partiese para adelante, Juan Rodríguez Tonelero y otros catorce ó quince soldados se quedaron emboscados en el alojamiento para si acudiesen, como suelen los indios, á ver si se les había olvidado algo á los españoles, dar en ellos y amedrentarlos ó prenderlos.

Sucedióles también á estos españoles de la emboscada que

dende á una hora que la demás gente se había ido acudió gran cantidad de indios á dar en el alojamiento, bien descuidados de la celada que les estaba armada, y después que al caudillo le pareció tiempo, hizo señal de arremeter, y él y los demás soldados cogieron casi en medio muchos indios de los cuales hirieron algunos y prendieron golpe de ellos, y porque el nombre de los soldados fuese temido ó espantable á estos bárbaros, y la muerte del español quedase bien vengada, el caudillo con severidad de rústico se puso á derramar la sangre de los presos que entonces no le habían venido á ofender, sino solamente á ver, como se ha dicho, el alojamiento de los españoles y si había en él algo que hurtar; empaló en el propio lugar algunos indios y á otros cortaba las manos, y atándoselas y colgándoselas al pescuezo, los enviaba á que llevasen la nueva de su crueldad á las otras gentes que se habían vuelto huyendo, y algunos otros que fueron los más bien librados, se los llevó consigo para que cargasen las municiones y otras cargas necesarias á la jornada que había que llevarse.

Pedroso, caminando con su gente algunas jornadas, se fue á alojar cerca de una poblazón de poca gente llamada Guatona. El siguiente día salieron de madrugada ciertos soldados con un caudillo á dar en los bohíos y pueblo que el día antes habían visto, y como era gente que por tener cerca los enemigos estaban hechos á la guerra, no les puso ningún temor la repentina entrada por su pueblo de los españoles para que dejasen de tomar las armas y salirles al encuentro, antes creyendo ser indios sus contrarios que á semejante hora los solían acometer, se venían tan animosamente á abrazar con los españoles, que ellos mismos se les metían por las espadas y hacían presa en ellas creyendo ser macanas, y aun recibían más daño del que los soldados les quisieron hacer. Después de que el día de todo punto aclaró y se conocieron los unos á los otros, vieron los indios no ser los que les habían asaltado los que ellos pensaban sino gente de más valor y brío, y aun se comenzaron á retirar á la montaña y á desamparar sus casas después de haber herido á Calderón, buen soldado, con una flecha en los pechos, de que al tercero día murió. Como los indios se retiraron al monte, los soldados se dieron á saquear

los bohíos y casas de los indios tan desordenadamente, que hubieran de ser causa de su perdición si los enemigos briosamente revolvieran sobre ellos, y no sólo se siguió este daño, pero hubieran entre sí de reñir malamente y venir á las manos sobre la partición del saco ó rancheo, porque como unos tomasen algo y otros no nada, quisieron los que no tuvieron ningún aprovechamiento que todo se partiera, y los otros lo defendían y contradecían, no teniendo en este caso los unos ni los otros ningún respeto al caudillo que traían, que según la disciplina de Indias suele siempre ser respetado y acatado, antes usando en su presencia de palabras sobradas, le dieron ocasión á que se quejase de ellos al Capitán Pedroso de su poco y mal miramiento, de quien fueron después corregidos industriosa y mañosamente y con mucha cordura, porque en todas las cosas que había de hacer era tan bien concertado, que aunque usase de un poco de rigor ó aspereza en sus palabras, no por eso era aborrecido de los soldados, antes parecía que les convidaba á que le agradeciesen las correcciones que á algunos daba, usando de generalidad por no agraviar á ninguno en particular.

CAPITULO TERCERO

En el cual se escribe cómo el Capitán Pedroso con treinta y cinco soldados fue á dar en una poblazón que estaba sobre una loma, cuyos naturales se defendieron é hicieron fuertes en sus casas, en las cuales perecieron todos quemados.

Desde el sitio donde á esta sazón estaban alojados los españoles, que era junto al pueblo de Guacota, de quien de suso tratámos, se parecía en una loma alta y algo apartada un pueblo de muchos bohíos y gente, á la cual pretendió ir el Capitán Pedroso con treinta y cinco hombres y dar en el pueblo de madrugada ó de mañana para coger y haber alguna gente á las manos con quien procurar la paz y amistad de aquellos indios, para ser mejor guiado y encaminado y aun servido, porque siempre cuando se llevan así los indios de las Provincias por do pasan de paz, son los soldados mejor servidos y encaminados y aun más relevados de trabajo.

La tierra, como era muy fragosa y montuosa, no daba lugar á que de noche se caminase por ella, y á Pedroso le pareció que no debía caminar de día, porque si los indios le sentían ó veían ir á su poblazón, se pondrían con las armas en las manos á resistirles y defenderles algún peligroso paso donde los hiciesen volver atrás y con esto perdiesen algo de la reputación que tenían de valientes, porque casi generalmente tienen los indios en sí una costumbre de gente bárbara, que les parece que si una vez hacen volver las espaldas á los españoles, que por eso quedan tan temerosos que lo han de hacer siempre, y con esto les crece tanto el brío, que si no es que se hallen muy descalabrados, nunca dejan de entender y creer que han de ser siempre vencedores.

El medio que en esto tomó el Capitán fue mandar que se tomase bien el tino de donde estaba la poblazón, y que guiando y yendo delante hombres buenos atinadores y adalides, caminasen por partes inhabitables é inusitadas de los indios, fuéra de camino, á salir á la propia poblazón sin ser vistos ni sentidos de los bárbaros. Dióseles el cargo de ir delante á Juan Jiménez, y á Andrés Báez, y á Francisco Silvera, que demás de ser buenos guiadores eran sueltos y ligeros para alcanzar algún indio que delante se les pusiese, porque no fuese á dar la nueva de la ida de los españoles, y de esta suerte caminaron todo un día por la espesura de la montaña y agrura de las sierras con tanta presteza, que aunque estaban bien apartados de la poblazón, aquella propia noche se hallaron junto á ella como un tiro de arcabuz. Fueles necesario estar allí detenidos toda la noche con gran diligencia y reposo por no ser sentidos de los indios, donde se hubieran de helar de frío, porque como el lugar donde estaban era alto y escombrado y la noche hizo serena, que por la mayor parte en las Indias con estas tales noches suele helar ó caer grande rocío, y los soldados no llevaban más de sus armas á cuestas, amanecieron tan resfriados que casi no podían manejar las armas, y estando con este tormento del frío y el alba que ya esclarecía, que es cuando la noche suele más refrescar, vieron los soldados salir del pueblo é ir hacia donde ellos estaban gran golpe de gente que iban á unas fuentes de agua salada á to-

mar y traer agua para sus comidas en unos gruesos cañutos de guaduas ó cañas que llevaban colgados de las cabezas sobre las espaldas, los cuales juzgaban algunos temerosos soldados ser cargajes de flechas y la gente que los llevaba ser los indios del pueblo, por haber tenido aviso y noticia de su estada y llegada allí, les salían con las armas en las manos á recibir al camino.

Pedroso puso luégo con presteza y silencio los soldados en concierto y se fue acercando hacia esta gente, y dando en ella halló ser gente común y desapercibida y que no iban sino al efecto dicho, los cuales en el punto que los españoles dieron en ellos, alzaron un bárbaro alarido con el cual dieron á entender á la demás gente del pueblo la aflicción en que estaban de verse cercados de enemigos, y revolviendo los que más traseros venían sobre sus casas y poblazón, huyeron con toda la presteza que pudieron por ponerse en salvo. Los soldados, siguiendo el alcance de los indios, comenzaron á derramarse de dos en dos por el pueblo y casas de él á ver si podían tomar gente y ranchear algún oro ú otras cosas; pero de nada les aprovechó esta su presteza, porque como los indios eran gente de guerra y que temían la venida de los enemigos sobre sus casas, teníanlas fortificadas con unas puertas de golpe de unos tablones muy gruesos, puestas de tal suerte que antes que entrase dentro el que de fuéra venía, tocando en cierto palo en que forzosamente había de tocar, hacía caer la puerta que era como ratonera de golpe y quedaba cerrada, de suerte que por la parte de fuéra nunca más se podía abrir, y juntamente con esto tenían por los bohíos hechas troneras y saeteras para más seguramente poder damnificar á los que por de fuéra anduviesen, y de esta suerte y por esta causa nunca los soldados pudieron señorear ni apoderarse de ningún bohío ó casa, antes con querer entrar dentro fortificaban á los indios en sus casas, de suerte que en un punto se hallaron todos los naturales que en la poblazón había tan señores de ella como de antes se eran, porque no sólo los españoles no pudieron entrar pero ni aun sin gran peligro atravesar por entre los bohíos y casas de los indios, los cuales, teniendo esta su clausura y encerramiento por principal victoria, comenzaron

á tocar con mucho regocijo sus bárbaros instrumentos y á dar muy gran gritería y vocería de placer.

Pedroso, con lenguas é intérpretes que allí tenía, les comenzó desde afuera á hablar dándoles á entender cómo no pretendía damnificarles ni hacerles ningún daño ni mal tratamiento, sino haber su amistad y conservarlos en ella; pero la respuesta que los bárbaros le daban era reírse y tirarle flechas. Dos clérigos que consigo llevaba Pedroso hicieron lo que á su oficio competía, asimismo requiriendo á los indios por medio de los farantes que se dejasen de aquella necia y obstinada defensa de que usaban y se humillasen y confederasen con los españoles para que ellos les pudiesen dar á entender las cosas necesarias á su salvación y la vanidad de la gentilidad en que estaban engolfados; mas tan poco caso hacían de esto como de lo que poco antes les había dicho Pedroso.

En esto estuvieron los unos y los otros gran rato, en el cual tiempo los indios dieron un mal flechazo en la cabeza á Pedro Malates, español, de que murió, con lo cual fueron incitados algunos soldados á pegar fuego á los bohíos y casas de los indios, entendiendo que no fuese gente tan bárbara que quisiese antes morir en el fuego que rendirse á la fortuna, pues su hado les era favorable; pero los bárbaros fueron y quisieron ser en esto tan brutos é inconsiderados, que no sólo no quisieron rendirse á merced y voluntad de los que los tenían cercados, mas unos voluntariamente, aunque podían huir, no lo querían hacer, sino detenerse en las llamas del fuego á consumirse, y otros por no esperar esta muerte, que parece más cruel que otra ninguna, se ahorcaban en las cumbreras y varas de los bohíos, y dende á poco tiempo se vio en esta loma y pueblo un triste y calamitoso espectáculo, tal que á los propios inventores y causadores de él puso muy gran lástima y compasión, y se arrepintieron entrañablemente de haber sido causa de una tan gran crueldad, porque veían arder en las llamas del fuego no sólo á los guerreadores é indios mayores, y mancebos y muchachos, pero á muchas mujeres de todas suertes con sus criaturas, niños y niñas pequeños á los pechos, que difuntos como estaban y sorrascados de la

candela, parecía estar su sangre pidiendo justicia de la injusticia y crueldad que con ellos se había usado.

Pasaron las personas que aquí perecieron de número de cuatrocientas, y verdaderamente si de esta severidad los soldados no usaran, pudieran perecer á manos de los propios indios, porque al tiempo de retirarse y volverse atrás habían de dar los indios sobre ellos y seguirles en las partes que les parecieran aventajadas y peligrosas, para ser señores de los nuéstros donde fuera el daño harto, pues que matando á los que allí estaban, que eran treinta y cinco hombres, habían de dar en los demás que con el carruaje habían quedado alojados atrás, donde mataran los españoles que quedaban y los indios de su servicio, que eran más de cuatrocientas piezas.

Este daño hecho á costa de estos miserables parece que fue estorbo de otros, porque con la fama de esta severidad y crueldad cobraron tanto temor y miedo los indios comarcanos, que en muchos días no hubo indio ladino de los del servicio de los españoles, pues temían y huían de él creyendo que les había de alcanzar parte de las llamas y del fuego.

El Capitán Pedroso ni los sacerdotes que con él estaban no fueron parte para estorbar esta crueldad, aunque en alguna manera se puede decir que fueron causa, porque como los soldados estaban desarmados en el círculo del pueblo, los que estaban más apartados y escondidos de Pedroso por las causas dichas, pegaron fuego al bohío que más cercano á ellos estaba, y como de aquella parte arreciase el viento, con gran de ímpetu fue la llama cundiendo por todas las otras partes y casas y bohíos, que eran más de cincuenta, sin que ninguno fuese parte para poderlo estorbar ni apagar.

El remate y fin de este suceso fue que con todo el daño dicho los soldados se dieron á buscar oro entre los cuerpos muertos y ceniza de los bohíos, y hubieron de ellos como cinco ó seis libras de oro fino con que se volvieron al alojamiento donde había quedado la demás gente.

CAPITULO CUARTO

En el cual se escribe cómo Pedroso pasó adelante con su gente y entró en los Valles de Zamana y Punchina, que fue llamado Valle de Corpus Cristi, en cuyo río le resistieron los indios el pasaje, y cómo á la noche pasaron los españoles el río é hicieron una emboscada donde cayeron muchos indios.

Prosiguiendo Pedroso su descubrimiento y jornada fue á dar al Valle que ahora dicen de Zamana y pueblo de las Gallinas, donde halló abundancia de comida entre los naturales; alojóse en él con su gente y de aquí envió á Juan Carreño que fuese con ciertos soldados que él le señaló á descubrir á la parte de abajo las poblazones donde está poblada la ciudad de Victoria, de quien habían desde lo alto visto gran señal por las humaredas y fuegos que hacia aquella parte se divisaban, lo cual se dejó de ver del todo por flojedad de Carreño, que desde el camino se volvió sin hacer con diligencia lo que le era encargado, por algún particular temor, lo cual visto por Pedroso envió á Juan Portugués que fuese á descubrir hacia la poblazón que ahora es llamada Punchina, y siguiendo tras de él el propio Capitán con la demás gente, no se detuvieron hasta llegar al río que ahora es llamado de Nare, el cual iba tan crecido y caudaloso, que fue necesario hacer allí una canoa en que pasó toda la gente de la otra banda, lo cual fue hecho con presteza; y pasado el río Pedroso se alojó en cierto pueblo que de la otra banda estaba, donde ahorcó un negro por cierta desvergüenza y delito que cometió.

Desde este alojamiento se envió gente delante á descubrir, y caminando dieron en la poblazón y valle que ahora llaman de Punchina, que en aquella sazón le fue puesto el Valle de Corpus Cristi á causa de entrar en él estos soldados la víspera de esta solemne fiesta. Entraron por la culata ó caldera que hoy nombran los españoles de este nombre, y allí se tomaron algunos indios para guías, con que se volvieron los soldados adonde había quedado Pedroso, el cual luégo el siguiente día marchó con toda la gente y entró en este Valle de Corpus Cristi por la loma que dicen del Palmar, por llevarle por este camino las guías; los naturales de las poblazones más cercanas al camino, pegando fuego á sus propias ca-

sas, se retiraban é iban huyendo á las partes que les parecían más seguras para la conservación de sus vidas.

Pedroso no cesando de caminar fue á parar á las riberas del río Guataje, que es el propio del Valle de Corpus Cristi; los que iban de vanguardia hallaron el río algo crecido, y de la otra banda hasta trescientos indios que defendían el pasaje, por lo cual no quisieron ó no pudieron pasar de la otra banda, y aun se detuvieron hasta que el Capitán llegó, que venía algo trasero, el cual viendo el estorbo é impedimento que había para pasar aquella tarde, hizo alojar su gente algo apartada del río en una cuchilla alta de donde se veía y señoreaba lo que de la otra parte había, y hecho esto se abajó al río y se llegó y acercó todo lo que pudo á hablar con los indios que de la otra banda estaban, y con su intérprete que llevaba les comenzó á decir su parecer acerca de cuán bien les estaba á todos la paz y amistad para los bárbaros. No curando de lo que se les decía, respondían ferozmente palabras libres y de gente rústica, acompañadas de muchos meneos que con el cuerpo hacían, dando con las macanas grandes golpes por el suelo y piedras, diciendo y significando que de aquella suerte habían de tratar y matar á los nuéstros.

Acudió mucha cantidad de indios al paso, demás de los que al principio se hallaron allí, y como la noche cerrase de todo punto, los bárbaros no lo pudiendo acabar con su condición de tenerse allí aquella noche, temiendo que los nuéstros pasasen por alguna otra parte á dar en ellos, hicieron muchos bultos de paja y pusiéronlos á la vislumbre de las candelas y fuegos que tenían, de suerte que á los nuéstros les parecían personas é indios que estaban en aquel alojamiento para defender el paso, y con esta invención, después de haber estado dando voces y haciendo estruendo y ruido buen rato de la noche, sin ser sentidos de los españoles se fueron escondidamente á sus casas, pero con todo esto los nuéstros siempre tuvieron creído que los indios se estaban en su alojamiento con el engaño de los bultos de paja que veían. Pasado buen rato de la noche Pedroso mandó salir ciertos soldados que se habían apercibido para que fuesen á buscar el río abajo vado por donde pasar el río y diesen en los indios y los descalabrasen y ahuyentasen de donde estaban.

El camino para abajar al río era tan fragoso, por haberlo de llevar por parte oculta para no ser vistos de los indios, y la noche era tan obscura, que fue necesario para poder caminar llevar candelas encendidas, porque de otra suerte no había soldado que pudiese dar paso adelante sin gran peligro de caer y despeñarse. Bajados que fueron á la barranca ó ribera del río, hallaron que iba tan furioso y crecido que les era imposible pasarlo por muy buenos nadadores que fuesen, porque iba muy acanalado y veloz, y demás de esto muy acompañado de piedras y peñas. El remedio que para suplir esta necesidad tuvieron los soldados, fue cortar un grueso árbol que á la lengua del agua estaba, de suerte que cayó sobre el río y atravesó de la otra banda á la tierra firme, por donde tuvieron lugar de pasar los soldados seguramente, y acabados de pasar por la puente, creció el río de golpe y llevóse el árbol. Los soldados y su caudillo Diego Martín se acercaron todo lo que les pareció al alojamiento de los indios, y con gran quietud y silencio estuvieron esperando á que amaneciese para dar en el alojamiento de los bárbaros; pero como con el resplandor de la aurora mirasen atentamente aquello que habían tenido por indios, hallaron ser bultos de paja, con que fueron graciosamente burlados; pero esta fue ocasión para no se detener allí punto por estar en lo interior y más bajo de la loma, donde si acudían indios podían ser fácilmente maltratados y aun ahuyentados, y á esa causa el caudillo Diego Martín se dio priesa á subir á lo alto á una loma ó cumbre de sabanas que cerca estaba, y á esta hora asimismo los indios venían bajando por la loma abajo, y como el día amaneció cerrado, con la mucha y espesa neblina que había, ni los españoles veían bajar los indios ni los indios veían subir á los españoles; mas de que los soldados oyeron muy cerca de sí las cornetas de los bárbaros que bajaban, y sintiéronlas tan cerca que para no ser sentidos de ellos, lo más presto que pudieron, dividiéndose por la una y otra parte del camino, se emboscaron y agacharon entre algunas matas grandes y crecidas que por allí cerca había. Los indios, como en este instante descubriesen la gente que de la otra banda del río estaban alojados, iban tan atentos y ocupados con la vista en mirarlos, que no echaron

de ver en los rastros y vestigios que los españoles emboscados habían hecho, que es muy fácil de conocer, especialmente en tierra rasa donde cae rocío de noche, y como con este descuido pasasen casi la mayor parte de los indios adelante de donde estaba la emboscada, salieron los soldados á ellos y más los espantaron que lastimaron, porque como los españoles habían estado toda la noche desabrigados y al frío, que lo había hecho muy grande, estaban ateridos, de suerte que con gran trabajo podían manejar las armas, si no fue Andrés Vae, portugués, natural de Castiblanco, que arrojando y echando de sobre sí un sayo de armas que traía vestido, con su espada y rodela se arrojó liberal y animosamente entre los indios y comenzó á herir en ellos severamente. El temor de morir en poder de tantos enemigos como entre las manos tenían, hizo luégo cobrar el calor perdido á los demás soldados y dar con furia en los indios, de suerte que hiriendo y dejarretando los que podían, esparcieron en breve espacio los que en la emboscada habían entrado; pero esta victoria habida tan fácilmente fue luégo mezclada con gran temor de perderla, porque como los indios sintieron españoles de esta banda del río, comenzaron con grandes alaridos á apellidar la gente comarcana, y con voces feroces y espantables procurar apresurar el paso de los que los venían á favorecer; de suerte que dentro de una hora se hallaron juntos en lo alto de la loma más de dos mil indios de guerra, flecheros y macaneros, pero la mayor parte eran macaneros. Los españoles se vieron en tan grande aflicción de ver sobre sí la multitud de los bárbaros, que tuvieron por imposible, si no era mediante el auxilio y favor divino, escapar con la vida, y así como cristianos devota y lacrimosamente comenzaron á invocar el auxilioy favor divino, poniendo por medianera á la bienaventurada Virgen María Nuestra Señora y al bienaventurado Santiago, de que en esta Nación más que en otra ninguna son muy devotos y á quien en sus trabajos y necesidades suelen acudir, para que del Todopoderoso Dios inmortal les alcanzasen lo que piden, y fueles tan útil y provechoso este medio que tomaron, que vinieron á haber entera victoria de los indios aunque la pelea fue bien prolija y reñida, la cual pasó en esta manera.

CAPITULO QUINTO

En el cual se escriben dos guazabaras que los indios del Valle del Corpus Cristi dieron á los españoles en las riberas del río del propio Valle llamado Guataje, y el valor con que los españoles pelearon.

Juntos gran multitud de indios en lo alto de la loma, se pusieron en orden por sus escuadrones y concertadamente bajaron á arremeter con los diez y siete españoles, de los cuales sólo catorce les salieron al encuentro, porque los otros quedaron guardando un paso para que los indios por él no les tomasen las espaldas; y demás de ser tan pocos en número tenían otro defecto mayor: que entre todos ellos no había ballesta ni arcabuz sino que forzosamente habían de ofender y pelear pie á pie. Todas estas cosas veía el Capitán Pedreros desde donde estaba, que le daban harta más pena que á los propios que estaban en el peligro, porque desde donde estaba veía y señoreaba más enteramente la gran cantidad de indios que sobre los diez y siete soldados bajaban, y deseaba y procuraba enviarles socorro y auxilio y no podía ni era en su mano, porque como el río demás de ir muy crecido y recio fuese ahocinado ó lleno de piedras y peñascos, impedía de todo en todo el pasaje de los que querían ir á socorrer á los compañeros. Echáronse algunos caballos para que pasasen de la otra banda, pero todos se los llevaba la furia del agua sin que peligrase ninguno ni pasase el río; sólo Rodrigo del Río, natural de Maguer, buen soldado para semejantes necesidades, se arrojó en el agua en un caballo y pasó el río adonde los compañeros estaban ya envueltos con los indios, hiriendo en ellos y peleando briosamente. La pelea de estos bárbaros no era estarse pie á pie y siempre en una postura con los españoles, sino arremetían con un poco de furia contra los soldados, y en llegando á ellos que recibían de daño algunos indios de los delanteros que los nuéstros les mataban, tornábanse luégo á retirar y tener un poco atrás, y que les parecía, tornaban á arremeter otra vez y á llegarse á basloar con nuestros soldados, y en recibiendo algún daño de ellos se tornaban á retirar sin detenerse punto. Quisieron los bárbaros

arremeter una vez á los nuéstros abiertos en dos puntas ó alas para cogerlos en medio y más acomodadamente combatirles por todas partes; pero fueron entendidos y conocidos en su cautela: los nuéstros también se dividieron para herir en las puntas ó primeros indios de ellas, y viendo los bárbaros por el ademán que los nuéstros hicieron que era entendida su cautela, se detuvieron y de aquella vez no quisieron arremeter.

Era ya alto el día y el trabajo de la pelea y calor del sol tenían á los soldados algo aflojados con hambre y sed, y así les fue necesario, viendo algo apartados de sí á los indios, sentarse á comer unos secos y ásperos bollos de maíz que consigo traían, y enviar en sendos calabazos al río por agua á dos indios panches que consigo llevaban. Los indios, viendo que los españoles se juntaron y sentaron á comer, estuviéronse quedos sin arremeter á ellos mientras comieron. En el ínterin que esto pasaba, de esta banda del río donde Pedroso estaba alojado no tuvieron mucho reposo ni contento, porque cuando más descuidados estaban dieron sobre el alojamiento obra de mil y quinientos indios, pretendiendo arruinarlo y destruirlo todo; pero como se hallasen en la sazón que llegaron algunos caballos ensillados y en ellos subiesen buenos jinetes, fueron los indios frustrados de sus designios, porque arremetiendo á ellos los de á caballo y otros muchos soldados buenos peones, los ahuyentaron y desbarataron con daño y pérdida de algunos que en la guazabara y alcance murieron, que fue esto muy gran parte para que los indios que de la otra banda del río estaban perdiesen del brío y esperanza que tenían de haber victoria de los nuéstros.

Estando pues las cosas de la guazabara suspendidas por el almuerzo de los diez y siete españoles y reposo de los indios, se levanta en pie uno de los bárbaros y pareciéndole cosa de poca estimación y menosprecio el número de los españoles con quienes tanto tiempo habían peleado, dijo á muy grandes voces: "¿Qué es lo que hacemos aquí? ¿Por ventura no es cosa de gran vergüenza para nosotros que con armas pretendamos vencer y haber á nuestras manos tan pequeño número de enemigos? Soltad, soltad las armas y vayan unos

por una parte y otros por otra y cojámoslos en medio y así con facilidad los podremos matar y hacer de ellos lo que quisiéremos." Y con esto se levantaron todos y dividiéronse en tres partes: el un escuadrón había de arremeter por la cuesta abajo por do solía, y los otros dos por los lados. Los españoles esperaron como solían la turbamulta que por la loma ó cuchilla bajaban abajo contra ellos, dejando divididos de sí solamente los tres soldados que aseguraban las espaldas, que eran León, Igoroa y Francisco de Medina, á los cuales más presto que otros ningunos salieron los indios que por el lado derecho habían tomado, y dando en ellos antes que los de la parte izquierda subiesen, tuvieron lugar de resistirles y ahuyentarles y así nunca osaron salir á lo alto los que por el lado izquierdo subían. Los demás indios, haciendo su arremetida por la cuchilla abajo, se tornaron á juntar con los catorce españoles para pelear con ellos en la forma dicha, donde sucedió que Alonso Márquez, soldado español, de un revés que dio á un indio le derribó la cabeza de los hombros, y tomándola del suelo por los cabellos, que eran bien largos, la arrojó en medio del escuadrón de los indios, con que les puso tal espanto y temor, que les hizo perder el brío y obstinación con que peleaban y aflojar de tal suerte, que arremetiendo á ellos los españoles los llevaron casi corriendo por la cuchilla y loma arriba hasta que les tomaron un alto donde estaban dos ó tres bohíos y allí se hicieron fuertes por ser lugar acomodado para ello, hasta que Pedroso y toda la demás gente, después de haberse aplacado la inundación y furia del río, pasaron y se fueron á alojar al propio sitio de que los diez y siete españoles, á pesar de sus enemigos, se habían apoderado.

Fue grande el contento que el Capitán Pedroso recibió de hallar á todos sus soldados vivos y sin heridas porque si no fue Diego Pinto, portugués, que le dieron un flechazo en una mejilla, otro daño ninguno no recibieron. Erale causa de contento á Pedroso ver el valor con que los soldados dichos se habían defendido de un tan gran número de bárbaros, porque como él veía y consideraba los pocos y desapercibidos soldados que de la una parte estaban, y los grandes

escuadrones de indios que contra ellos bajaban y se juntaban de todas partes, siempre estuvo temeroso y dudoso de la salud de los suyos y los juzgó y reputó por muertos y desbaratados; pero después que se juntó con ellos y los halló victoriosos, comenzóles á sublimar y ensalzar con alabanzas dichas en favor de su fortaleza y vigor de ánimos cuales el valor y brío con que pelearon lo merecían.

CAPITULO SEXTO

En el cual se escribe cómo el Capitán Pedroso entró en las cabañas de Aburrá, donde tuvo noticia del Capitán Hernando Cepeda que con gente andaba en ellas, y á esta causa pobló allí un pueblo y envió á requerir á Cepeda que se saliese de la tierra.

Detúvose en este alojamiento algunos días el Capitán Pedroso porque la gente descansase del trabajo pasado, de donde envió un caudillo que siguiendo el camino que por la loma adelante iba, descubriese algunas jornadas y viese la tierra por do habían de pasar, si había en ella peligro para los soldados.

Caminando el caudillo por la vía y derrota que Pedroso le mandó, fue á dar en ciertas vegas y llanadas de tierra rasa que son hoy llamadas las sabanas de Aburrá, tierra que por ninguno de los que en la compañía iban nunca había sido vista ni se reconoció. Viéronse en ella algunas carreras que casi en alguna manera querían imitar á las que en la tierra de Bogotá y Guatavita en el Nuevo Reino se hallaron, por lo cual después los descubridores de estas sabanas volvieron adonde Pedroso estaba y le dieron relatación de lo que habían descubierto y visto, sin dar señas de poblazones sino solamente haber apariencia de haberlas. Nació entre los soldados un género de contento y alegría extraño, porque les parecía que las señales que se habían visto eran en alguna manera de tener cierta esperanza de que aquí en esta tierra era la que iban á buscar del Zenú, y que sería muy feliz y rica por aquella señal de carreras que en ellas hallaron, porque en todas las comarcas del Nuevo Reino solamente en la Provincia de Bogotá gente rica y de mucho oro fue hallada y no en

otra parte ninguna, y así no había soldado que en su presunción no se prometiese á sí mismo una infinidad de oro, con el cual se hallaba el más próspero y bienaventurado del mundo; pero toda esta su vana esperanza se les convirtió en viento y aun si se puede decir en llanto, por los infelices sucesos que pocos días después tuvieron con el Capitán Hernando de Cepeda, á quien en las propias sabanas toparon con aventajada gente que los sujetó y prendió.

Los indios del Valle de Corpus Cristi, aunque como se ha dicho al principio fueron descalabrados y desbaratados, no por eso dejaron de acudir otras muchas veces de noche al alojamiento de los españoles; mas como Pedroso siempre vivía recatadamente y con sus velas y rondas, eran sentidos los bárbaros antes que pudiesen hacer daño, y así eran ahuyentados y rebatidos con daño propio.

Con la buena nueva referida, Pedroso con todos los soldados alzó sus toldos y caminó la vía de las sabanas de Aburrá, á las cuales bajó la víspera de San Juan con mucho regocijo y contento de todos los que en su compañía iban, porque como he dicho, no había soldado que no se hallase señor de mucho oro y tuviese el ánimo y pensamiento puesto en una gran suma de este preciado metal.

Desde el principio de la sabana envió Pedroso veinticinco hombres que fuesen á ver lo que adelante había. Estos, yendo caminando, dieron en el rastro muy fresco de los caballos y gente de Cepeda, que les puso grande admiración y aun confusión, y procurando con diligencia saber é inquirir qué gente fuese la que había hecho aquel rastro que habían topado, hubieron á las manos una esclava que les dio noticia cómo era el Capitán Hernando de Cepeda que con ciento y veinte hombres había salido y retirado de la Gobernación de Popayán, porque allí el Licenciado Francisco Briceño, á quien el Emperador había enviado á aquella Gobernación por Juez de Residencia contra el Licenciado Belalcázar, se la quería tomar del tiempo que había sido justicia en ella por Belalcázar, y temiéndose Cepeda que le había de hallar culpado en la muerte del Mariscal Jorge Robledo y que por ello había de ser ásperamente castigado, por no dar la residencia ni verse

en algún riesgo ó aprieto, se quiso hacer á lo largo con la gente que á la sazón halló, pero no porque anduviese amotinado como rebelde, porque su salida de la Gobernación fue con color de que iba á poblar la tierra de entre los dos ríos y conquistarla y hacer este servicio al Rey, que si con otro color saliera no dejaran de seguirle hasta destruirle.

Los soldados de Pedroso, habida esta relación, se retiraron y volvieron á do su Capitán había quedado y le dieron relación de lo que habían visto y sabían, que puso en grande espanto y admiración á Pedroso y aun en confusión y perplejidad de lo que debía hacer, porque se hallaba con menos gente de la que era necesaria para conservarse en su trono de Capitán y defender la tierra, aunque estuvo de propósito de dar una noche con los suyos en el alojamiento de Cepeda, que estaba descuidado de tener tan cerca de sí á los enemigos y así dormían y se trataban con más descuido y recato del que les era permitido; y cierto saliera Pedroso con cualquiera cosa que por esta vía intentara ó pretendiera hacer, pero tuvo sospecha de algunos de sus soldados que por ir algo estomagados con él le faltarían cuando más los hubiese menester, y así apartando de sí este acuerdo, tomó otro que aunque inútil á lo menos érale más provechoso para su salud y quietud, y fue que llamando y juntando los soldados que en su compañía iban les dio generalmente noticia de lo que había y les dijo el poco remedio que tenían para echar de sí á Cepeda y á su gente si no era poblando en donde estaban un pueblo por jurisdicción y distrito del Nuevo Reino, para que hallándolos poblados allí Cepeda, se abstuviese de hacerles ningún agravio ni pretendiese echarlos de la tierra.

Vinieron en ello todos los soldados y Pedroso hizo luégo sus diligencias y autos según en semejantes casos se suelen hacer, y pobló en donde estaba un pueblo que llamó la ciudad de San Sebastián, y nombró y eligió sus Alcaldes y Regidores y los demás oficiales, y hecho esto se acordó entre el Capitán y los Alcaldes y Regidores que enviase á hablar á Cepeda y á decirle cómo estaban poblados en aquella tierra y tenían repartidos entre sí los naturales de ella; que debía abstenerse de entrar por sus términos y jurisdicción de mano arma-

da, y que si con buenas palabras no se comidiese Cepeda, que se le hiciesen requerimientos y protestaciones acerca de los daños y muertes que sucediesen. Para este efecto fue nombrado el Capitán Martín Yáñez Tafur, que al presente es vecino de Tocaima, el cual yendo con cierto escribano adonde Cepeda estaba alojado, después de haberle saludado de parte de su Capitán y pueblo, le habló sobre el negocio que iba á tratar con él y hallólo algo áspero y desusado de lo que pretendía y quisiera Pedroso, por lo cual Martín Yáñez Tafur usó de los requerimientos que llevaba é hizo demostración de los poderes y comisión que Pedroso tenía del Gobernador Miguel Díaz; pero como Cepeda y muchos de los que con él estaban no pensaban llevar los negocios por razones ni por papeles, reíanse mucho de lo que se les leía y requería de parte de Pedroso, porque aquella gente, hecha á los bullicios y desasosiegos de ira, algunos de los cuales se habían hallado en la rebelión de Gonzalo Pizarro y en las diferencias de Almagros y Pizarros, parecíales cosa rústica y de bárbaros querer y pretender defender con papeles que de todo punto son sordos é inútiles lo que consistía en fuerza de armas y favor de fortuna. Despidió Cepeda á Tafur con buena y cortés crianza, diciéndole que el siguiente día iría con otros dos compañeros al pueblo ó ciudad de San Sebastián á verse con Pedroso, y allí se daría orden y medio en lo que se debía hacer en conformidad de todos, porque aun á esta hora Cepeda no sabía ni tenía noticia de la gente que consigo tenía el Capitán Pedroso ni de lo que entre ellos pasaba, aunque en alguna manera lo presumía pues con aquella honrosa color le habían convidado con la paz.

CAPITULO SEPTIMO

En el cual se escribe cómo el Capitán Cepeda fue avisado de la poca gente que Pedroso tenía y cómo vino con su compañía sobre el alojamiento de Pedroso y lo prendió y quiso cortar la cabeza.

El Capitán Pedroso sosegó alguna cosa con la respuesta que Martín Yáñez Tafur le trajo, con que el poco concepto que en la lealtad de algunos soldados tenía le hacía estar pe-

nado y dudoso de que se hiciese ninguna cosa de las que él pretendía y quisiera hacer, y en efecto ello fue así, que luégo que Tafur entró en el alojamiento de Pedroso y se supo la respuesta que el Capitán Cepeda les había dado, algunos soldados que por su intrínseca emulación y enemistad deseaban ver á Pedroso derribado de su Capitanía, secretamente por mano de anconas é indios ladinos dieron con cartas aviso á Cepeda de la gente que Pedroso llevaba y de la discordia que entre algunos de sus soldados había y del modo y tiempo en que el pueblo se había poblado y la causa de todo ello, incitándole para que si de mano armada viniese sobre el alojamiento de Pedroso, podría con facilidad prenderlo y haberlo á las manos, así por la mucha gente que consigo Cepeda tenía como porque entre los soldados de Pedroso había hombres que si viniesen á las manos le seguirían y ayudarían, y así eran menos soldados los que consigo Pedroso tenía de los que él pensaba.

Alegróse y restauró mucho ánimo Cepeda con esta nueva y aviso que le fue dado, y llamando aparte á su maese de campo y á otras personas principales de las de su compañía y dándoles noticia del aviso que había tenido, les pidió consejo y parecer de lo que se había de hacer, y como éstos todos eran gente de ira que como esos traían los ánimos ensalzados y subidos en la cumbre de una loca arrogancia y soberbia, respondieron á su Capitán que era muy mejor que los soldados y gente del Reino fuesen sujetos á los de la Gobernacion y mandados por ellos, que no que los del Reino los sujetasen y mandasen, y así fueron fácilmente resolutos y determinados en que otro día siguiente toda la gente de Cepeda puesta en orden amaneciese sobre el alojamiento de Pedroso y así se pusiesen en defensa, por fuerza ó de grado sujetarlos y hacer de ellos á su voluntad; y con este atrevido acuerdo comenzaron á aderezar sus cotas y arcabuces y otras armas ofensivas y defensivas de que venían más bien proveídos que la gente de Pedroso, y el día siguiente antes que amaneciese se movieron en orden para donde estaba alojado el Capitán Pedroso, que esperaba aunque dudosamente que Cepeda le cumpliría la palabra de venir con dos compañeros á visitarle; mas de que

aclarando el día vio por una cuchilla ó loma abajo descender toda la compañía del Capitán Cepeda puestos en ordenanza, marchando á compás y paso de atambor, con su bandera de campo tendida, presumió luégo Pedroso la traición que de parte de los suyos se había hecho, y viendo que no era poderoso para resistir á los contrarios ni había comodidad para honrosamente poderse retirar, mandó echar bandos en su alojamiento que ningún soldado hiciere ningún acometimiento ni mudamiento de las puertas de sus toldos, aunque en alguna manera les agraviasen los de Cepeda, porque Pedroso pretendía con cordura pasar aquel agravio que se le hacía por Cepeda, y adelante, andando el tiempo, tomar y haber venganza de él si la fortuna le ofreciese ocasión para ello, poniendo él de su parte toda la diligencia y solicitud posible; y juntamente con esto mandó á los Alcaldes del pueblo que con su escribano fuesen ó saliesen al camino y encuentro á requerir á Cepeda que se detuviese y no entrase en el pueblo que por distrito del Nuevo Reino tenían ellos poblado. Salieron los Alcaldes y el escribano á hacer sus requerimientos, y luégo que se acercaron al escuadrón y gente de Cepeda que venía marchando la loma abajo, fueron tomados por los soldados, permitiéndolo así su Capitán, y metidos en la ordenanza y compañía de los soldados, sin detenerse ni repararse en ello un punto, y pasados adelante comenzaron á entrar por medio del alojamiento de la gente de Pedroso, sin que ninguno de sus soldados excediese de lo que él les tenía mandado, lo cual visto por el Capitán Cepeda mandó luégo á su alguacil, que se decía Alonso de Bocanegra, hiciese echar bando entre sus soldados que ninguno llegase á toldo ni á otra casa de los soldados de Pedroso so pena de la vida, lo cual se hizo y cumplió así; y pasando Cepeda marchando con su gente por entre los soldados y alojamiento del Capitán Pedroso, casi dando á entender que lo tenía en poco con su ventaja de soldados bulliciosos, se fue á alojar al canto del pueblo que allí tenían poblado, que aunque se estaban en su alojamiento y ranchería no por eso dejaban de usar de las ceremonias populares como si estuvieran poblados de mucho tiempo y fundada su ciudad.

Reparado el lugar dicho, Cepeda con toda su gente, puesto en concierto y orden con las armas en la mano, envió á su alguacil á que prendiendo al Capitán Pedroso, lo llevase adonde él estaba. El alguacil fue liberalmente, y permitiéndolo así el propio Pedroso para por esta vía asegurar su vida y redimir las vejaciones y otras molestias que se le podían hacer, se dejó prender y llevar delante de Cepeda, que comedida y generosamente lo puso en prisión, dándole en custodia y guarda á aquellos sus familiares de quienes él tenía más confianza; y hecho esto mandó llamar y juntar á todos los soldados de Pedroso y comenzóles á hablar, poniéndoles por delante la tierra que iba á descubrir, que era la noticia de entre los dos ríos donde esperaba en pocos días entrar y verse en posesión de una felicísima y rica tierra, donde no solamente los igualaría con sus soldados y compañeros que siempre le habían seguido, pero los aventajaría en todo si con liberalidad le siguiesen y acompañasen, y si nó que libremente podían seguir su voluntad y opinión é ir con Pedroso donde quisiesen, porque al presente si él lo tenía detenido y aprisionado, habíalo hecho por excusar discordias y novedades entre los soldados; pero que cuando ellos quisiesen irse la vuelta del Reino, que los soltaría; y aunque Cepeda les habló de otra manera, su secreto designio era muy diferente de lo que les decía, porque lo que con estas dobladas palabras pretendía solamente era descubrir de raíz las voluntades de algunos perplejos soldados de quienes él tenía sospecha de que en habiendo ocasión le habían de ser contrarios, y así luégo comenzó á haber bullicio entre los unos y los otros soldados, porque los que estaban mal con Pedroso luégo se obligaron y pasaron al alojamiento de Cepeda, y los que asimismo aborrecían el dominio y mando de Cepeda se pasaron al alojamiento de Pedroso, de donde nació de repente un escándalo y alboroto no pensado, procurando cada cual que prevaleciese el Capitán cuya opinión seguían publicando con palabras y ademanes lo que deseaban y procuraban, y para mitigarlo y apagarlo todo con más facilidad y á menos costo quiso Cepeda secretamente dar garrote ó cortar la cabeza á Pedroso, pareciéndole que con su muerte cesarían los bullicios que con

su presencia causaba entre los soldados, pero como de esto que Cepeda quería tan feamente hacer tuviesen noticia Juan López de Gamboa y el Capitán Gonzalo Díaz y el maese de campo Narváez y otros amigos suyos, fuéronle á la mano á Cepeda diciéndole que con aquel tan malvado como cruel hecho que pretendía y quería hacer, daría ocasión á que sus émulos y enemigos que en Popayán y por toda la Gobernación habían quedado derramados se confirmasen y afirmasen en su primera opinión y mala fama que contra él habían derramado, diciendo que venía alzado, y que para no cobrar un tan infame nombre ni ponerse en aventura de que le cortasen á él y á sus amigos las cabezas, no solamente no debía hacer lo que quería y pretendía, pero soltando á Pedroso de la prisión en que tenía se había de confederar y juntar con él, pues era persona que en el valor y suerte se le podía igualar y juntamente con él gobernar la gente y proseguir su descubrimiento y jornada. Cepeda, aunque algo contra su opinión y voluntad, hubo de hacer lo que los soldados y amigos suyos le aconsejaron, por parecerle honroso medio para conservarse en su trono y mando, y aun soltando á Pedroso de la prisión en que lo tenía se confederó con él por mano de sus propios amigos y de otras personas principales que en ambas compañías había, y concertaron seguir juntos la jornada y andar siempre muy iguales y conformes, aunque Cepeda con su pujanza de amigos y soldados siempre quería que Pedroso le respetase y acatase, lo cual le era muy duro y grave y fue causa de que no permaneciese entre ellos esta confederación.

CAPITULO OCTAVO

En el cual se escribe cómo el Capitán Cepeda salió á descubrir con ochenta hombres, y de la gran hambre que en el camino se padeció, y las muertes que los indios dieron á Juan Portugués y á Limpias, español.

Aunque la exterior confederación de los dos Capitanes dio contento á muchos de los soldados por parecerles que cesaban ya las discordias y diferencias pasadas, y que con la conformidad presente conseguirían y alcanzarían la entrada de la tierra que iban á buscar para su general y común des-

canso, pero los demás soldados que tenían experiencia de la soberbia que en los hombres del Perú suele reinar, y veían que el Capitán Pedroso daba y había dado muestras de valeroso y de hombre que sabía conocer la ocasión y aprovecharse de ella cuando la fortuna se le ofreciese, juzgaban y veían claramente que aquella ostentación y muestra de amistad que daban entre sí los Capitanes, no sólo no había de ser permanente pero había de parir una calamitosa discordia é inquietud entre ellos y los soldados, que los había de poner en extremo de perderse y matarse.

El Capitán Cepeda, no dejando de vivir recatadamente, tenía muy particular cuidado que las cosas de la jornada fuesen adelante y no cesasen, y así caminó con toda la gente junta y se fue á alojar á un sitio y poblazón de indios que fue llamado el Castillo de Montalbán, bien proveído de comida, donde los Capitanes se alojaron de consentimiento de sus naturales, que les salieron de paz y los recibieron amigablemente.

Hízose en este alojamiento reseña de la gente española que había; halláronse cincuenta hombres de á caballo y ciento y tantos de á pie, toda gente muy lucida y que allí donde estaban daban muestras de que bastaban á resistir y domar innumerables gentes; pero dende á pocos días los redomó y humilló una poca de hambre que padecieron, de tal suerte que si hubiera indios donde les tomó la voz de la falta de la comida que les acometieran, sin falta ninguna se los llevaran á manos, porque como Cepeda quisiese desde el alojamiento del Castillo de Montalbán ir á descubrir hacia la parte y vía por donde le convenia seguir su descubrimiento, mandó apercibir ochenta hombres de los más sospechosos, y dejando á los demás en el alojamiento con el Capitán Pedroso, caminó por espacio de nueve días por tierra despoblada y muy falta de comidas y tal que si no eran ciertas legumbres llamadas acederas no había otra cosa que comer; llegaron al bohío que fue dicho ó llamado del diablo por haber muerto en él los indios defendiéndose cuatro españoles, donde hubo bien poco que comer, que no bastó á restaurarles el daño y hambre que padecían, y así se detuvieron, por lo cual más prosi

guiendo su descubrimiento iban recibiendo mayor daño en sus personas por no hallar qué comer.

Sucedió que yendo marchando vieron un pedazo de sabana ó vega quemado y abrasado de pocos días. Tres soldados baquianos, presumiendo que los indios que habían pegado fuego á aquella tierra que parecía estar quemada no estarían muy apartados de por allí, se fueron para la quemazón que veían, y andando por ella dieron en un camino muy seguido, que siguiéndolo ellos los metió por una montaña que por delante tenían, en la cual hallaron unos ranchos ó casas ó pequeñuelos bohíos donde habían estado alojados, según las señales que hallaron, pocos días antes indios que era señal de haber gente cerca; volviéronse adonde Cepeda iba marchando y rompiendo la agreste paja sin camino, con gran trabajo de sus soldados, y alcanzándole le dieron noticia de lo que habían hallado y visto. Cepeda revolvió con su gente la vía que los españoles habían descubierto, y llegó aquella noche con gran trabajo y descaecimiento de los suyos al alojamiento del arcabuco, aunque con la esperanza que llevaban de hallar presto comida se habían alentado alguna cosa en el ánimo pero no en las fuerzas; hartáronse en la montaña, aunque tarde, de algunos palmitos mezclados de un silvestre amargor para comer; mas con las hambres que todos tenían á ninguno le supo mal, antes les pesó de lo poco que hubo otro día de mañana.

El maese de campo Narváez que iba en esta jornada puso en concierto la gente, poniendo por delante á aquellos que tenían el aspecto más entero y mejor, así para arremeter como para ofender, como hombres que con más fuerza podrían rebatir la furia é impetu de los enemigos que sobre ellos viniesen, y con el mejor orden que les fue posible caminaron todo aquel día por la montaña adelante, sin topar cosa que les diese contento ni les mitigase la hambre, que juntamente con el caminar les daba muy grande fatiga, así corporal como espiritual; solamente entre aquella montaña hallaron un palmar de palmitos no muy saludables, de los cuales cortaron y cogieron todos los que pudieron, así los españoles como los indios, y como llevaban los estómagos debilitados y comieron

ó se hartaron de un tan indigestible manjar, corrompió á muchos de suerte que hubiera de ser mayor el daño de haber comido que antes les era el no comer; pero con todo este trabajo siguieron el siguiente día la vía y camino que entre manos tenían y fuéronse á alojar á las riberas de un río bien hondable que no podían proseguir ni pasar adelante.

Algunos soldados había que por ser antiguos en las Indias y estar ya hechos á padecer semejantes trabajos y necesidades, no hacía en ellos tanta impresión el trabajo y necesidad de hambre como en los demás; algunos de éstos, en la hora que estuvieron alojados, siguieron por el camino adelante, y apartándose distancia de una legua descubrieron ciertas labranzas y rozas de indios y en ellas un bohío, con lo cual dieron la vuelta sobre el alojamiento donde el Capitán Cepeda con la demás gente había quedado. Dieron la noticia y relación de lo que habían visto y cuán cerca tenían la comida, con lo cual sembraron entre la gente así española como indios de servicio que consigo llevaban, en un general contento y alegría tal, que casi olvidados de la calamitosa hambre que tenían, se procuraban regocijar é inventar juegos de pasatiempo unos con otros para desterrar de todo punto de entre sí la tristeza; la noche pasaron con estos entretenimientos porque no les pareciese más larga de lo que en semejantes tiempos suele acontecer, y venido el día, casi sin que el Capitán ni maese de campo los pudiese detener ni poner en concierto para poder resistir á los indios si al encuentro les saliesen, se fueron unos tras otros bien desconcertadamente hasta llegar á aquella parte donde el día antes habían visto el bohío y las labranzas, y entrando por ellas sin ninguna reportación ni atención, se daban desordenadamente á comer de todo lo que topaban por delante, y aunque así en el bohío como en las labranzas había mucho maíz y yuca, batata y otras raíces y legumbres, en poco tiempo lo consumieron y asolaron todo, y ciertamente si á esta hora acudieran indios á dar en los soldados, por pocos que fueran no dejaran de haber entera victoria de los nuéstros ó al menos hicieran gran daño en ellos.

Aún no estaban de todo punto alojados los españoles

cuando tres soldados llamados Juan Portugués, y Limpias, y Moreno, pareciéndoles poco lo que por allí se podía hallar para lo que habían menester, pasaron más adelante siguiendo cierto camino que la fortuna les ofreció, por el cual fueron á dar á un bohío bien proveído de comida aunque algo apartado del primero; no hallaron en él gente, mas entendiendo que el Capitán y los demás soldados los siguieran y fueran aquella noche á dormir adonde ellos estaban, se estuvieron quedos con necia esperanza, muy confiados en sus fuerzas y brazos. Juntáronse los indios que por allí cerca había, y como vieron á estos tres soldados solos, dieron sobre ellos con sus armas y mataron á Juan Portugués y á Limpias, que con bríos y ánimos de españoles salieron á ellos con sus espadas y rodelas, y peleando valerosamente mataron, antes de ser muertos, algunos de los enemigos. Moreno, como vio á los indios embarazados con sus dos compañeros, diose á huir por lo más espeso de la montaña para no ser visto, y así escapó con la vida, queriéndola más conservar aunque con alguna infamia, por haberse retirado fuéra de tiempo y dejado á sus compañeros entre los enemigos peleando, que perderla cobrando loa y fama de buen soldado y valiente guerreador, porque este hombre quería más que se dijese por él un más infame que honroso apotema, que algunos soldados pusilánimes tienen por flor en Indias, diciendo que querían más que se diga por ellos: "aquí huyó Fulano," que no "aquí murió Fulano," cosa cierto indigna del nombre y valor español.

CAPITULO NOVENO

En el cual se escribe cómo Cepeda envió por los dos españoles muertos y los mandó enterrar, y los indios juntándose vinieron sobre el alojamiento y les hirieron muchos soldados, de los cuales murieron algunos, quedando los nuéstros victoriosos; se tornó á salir Cepeda y se volvió á juntar con Pedroso.

Como la gente llegó al primer bohío tan fatigada de hambre, después que tomaron y repartieron entre sí la comida que en el bohío había, se esparcieron sin orden alguno por los alrededores, que parecía y había algunas labranzas, á re-

coger comida. Cepeda estuvo quedo en el bohío con unos pocos soldados que le estuvieron acompañando, y desde que se hizo tarde y ora de recoger, mandó soltar un cercete que llevaba, con que dio é hizo señal á los soldados, no sólo que se juntasen pero donde se habían de juntar, porque como se ha dicho, hasta esta hora no lo sabían en aquella distancia de tiempo que hasta la noche quedaba; se juntó toda la gente, así españoles como indios, sin faltar más de los tres españoles dichos, que los dos ya eran muertos y el uno iba ya caminando y huyendo hacia donde ellos estaban. Nunca el ausencia y falta de estos tres soldados puso sospecha en Cepeda ni en los demás españoles, porque como eran tenidos por hombres que de cualquier aprieto en que se viesen sabrían salir parciales, que su tardanza era más de industria que de necesidad.

Moreno, caminando la noche con harto trabajo, porque á espaldas vueltas le habían dado algunos indios, que al principio le siguieron, una mala herida, vino á aportar otro día de mañana adonde el Capitán estaba alojado y dio noticia del mal suceso suyo y de sus compañeros, que fue harto sentido por los soldados de la compañía. Cepeda hizo apercibir luégo treinta hombres y que fuesen á ver lo sucedido de los otros dos soldados, porque aún Moreno no los había dejado muertos sino peleando, por haber tomado la corrida temprano y con tiempo; pero claramente se presumía que eran muertos, según las nuevas y señas que Moreno dio. Fueron los treinta soldados y llegados al bohío hallaron los dos españoles muertos en el campo donde habían peleado, desnudos en carnes, porque los bárbaros no sólo los habían despojado de todo lo que tenían vestido sobre sí, pero después de haberlos muerto, con crueldad bárbara les habían quebrado las quijadas y cabezas y brazos y piernas, y asimismo hallaron los indios que los dos españoles habían muerto allí junto, así con sus caracoles en las narices, de oro fino, que cada uno pesaba ocho pesos. Los soldados tomaron sus dos difuntos y los trajeron al alojamiento donde Cepeda había quedado, donde fueron enterrados con menos pompa de lo que ellos poco antes habían pensado y aun tratado.

Los indios, como les sucedió bien con la muerte de estos

dos españoles, el siguiente día luégo de mañana comenzaron á convocarse y juntarse con grandes alaridos é instrumentos de atambores, cornetas y fotutos que tocaban, de suerte que los nuéstros les oían muy bien, y presumiendo algunos de los más baquianos lo que era y podía ser, aconsejaron al Capitán que estuviese muy sobre el aviso y pusiese dobladas guardias y velas, porque si los bárbaros, que ellos presumían por lo que oían, viniesen á darles guazabara, los hallasen apercibidos y con las armas en las manos. Cepeda, tomando y aceptando el consejo y parecer que se le daba, luégo lo puso por la obra, poniendo por su propia mano todo recado en su alojamiento, como en cosa que tanto le importaba. Los bárbaros se juntaron bien en breve, y como á hora de las diez del día hurtaron el viento á los guardias y centinelas é hicieron su acometida por otra parte muy diferente de la que los nuéstros pensaron, porque como estos bárbaros sabían muy bien la tierra y habían enviado antes sus escuchas ó espías á ver y reconocer la parte del camino por donde ellos pretendían hacer su arremetida, mudaron consejo, y dando la vuelta por la otra parte del real, por donde no había camino, tomaron á los nuéstros por las espaldas, y por esta causa muy descuidados, y arremetieron á ellos muy briosamente sin que recibiesen ni en ellos los soldados pudiesen hacer daño ninguno; antes ellos con su primera y súbita arremetida mataron á Valle, hermano del Obispo de Popayán, é hirieron veintitrés españoles de flechazos, entre los cuales fueron Valdelamar y el Capitán Ayala y Alonso Pérez y Talavera, que luégo murieron casi rabiando de las heridas que les dieron, que debían estar untadas las flechas con algún ponzoñoso betún; y habiendo recibido los nuéstros casi todo este daño, revolvieron sobre los enemigos, los cuales asimismo esperaron con buen ánimo la arremetida de los nuéstros, hasta recibir en sus personas las heridas de las espadas, de las cuales poco á poco se fueron retirando y haciendo atrás hasta meterse en la montaña ó arcabuco, porque entendiendo los indios que las espadas no eran más dañinas que sus macanas, armas todas de palo, y que si no es atormentar ó aturdir ó magullar no hacen otro daño, íbanse entreteniendo y reci-

biendo más daño del que ellos propios pensaban recibir, mas no tanto cuanto los soldados con la rabia que de ver presentes á sus compañeros muertos y heridos tenían, quisieron hacer. Los indios, luégo que se entraron en el arcabuco, no curaron de revolver sobre los españoles porque veían que dejaban muertos y tendidos en el suelo, de sus compañeros, más de cincuenta, que aunque les harían poca falta, por ser ellos en mucho número, cada cual temía no corriese por él la misma fortuna. No quisieron los soldados seguir el alcance de los enemigos, porque como en los que quedaban muertos veían relucir gruesos caracuríes y chagualas y orejeras de oro, cada cual se abatía y abajaba á despojar el cuerpo muerto de lo que tenía, antes que seguir los vivos con peligro y daño suyos.

Tomáronse en este despojo de los indios muertos más de quinientos pesos de oro finísimo que les ponía muy gran contento y ánimo á los soldados, y con aquella buena señal de oro que veían presente ni se acordaban de los muertos ni se les daba cosa alguna de los heridos, porque la esperanza que su propia codicia les daba de que por allí habían de hallar mucho oro les hacía poner en olvido el daño recibido; volvieron el siguiente día los indios á probar y tentar su fortuna, mas aunque venían en aumentado número de los que el día antes habían venido, no por eso se atrevieron á hacer la misma arremetida, antes haciendo fieros desde afuera convidaron á los nuéstros á que saliesen á ellos, los cuales con codicia del despojo no fueron nada perezosos; mas saliendo á ellos con doblados ánimos y bríos que el día antes los forzaron á que sin llegar á las manos se arredrasen bien á lo largo, de suerte que aunque los nuéstros lo desearon y procuraron, nunca les pudieron dar alcance, porque aunque los indios eran los mismos que el día antes habían peleado, traían los ánimos muy quebrantados y temerosos con el daño que recibieron en la guazabara, y así nunca más volvieron á hacer acometimiento á los españoles, aunque estuvieron allí después tres ó cuatro días, al remate de los cuales Cepeda se tornó á salir proveyéndose de la comida necesaria para el camino, tomando la madrugada porque la fuerza del calor del

sol no fatigase á los soldados heridos y flechados en una áspera subida que tenían que subir al principio de su jornada. Fue su vuelta pacífica porque en el camino no les salieron ningunos indios á hacerles daño ni estorbarles el pasaje.

CAPITULO DECIMO

En el cual se escribe de cómo algunos soldados de los de Pedroso con consejo de su Capitán se salieron de noche la vuelta del Reino, y cómo Cepeda envió tras ellos á Narváez, su maese de campo, con cuarenta hombres, y matando algunos en cierta refriega que tuvieron, volvió á los demás á poder del Capitán Cepeda.

Juntos los dos Capitanes esta segunda vez con toda la gente, Pedroso, como en condición era naturalmente español, que su feroz brío y codicia que siempre tienen de subir á lo alto y no consentir superioridad, sentía grandemente y no lo podía digerir ni disimular en su estómago que Cepeda con aquel paliado y honroso título de libertad ó de serle igual en mando y jurisdicción con la fuerza de su potencia lo tuviese casi sujeto y que en el campo no se hiciese cosa ninguna de lo que él quisiese ni mandase, aunque era venerable y honrosamente tratada su persona; andaban asimismo los más de los soldados de Pedroso muy mustios y desabridos porque oían á sus oídos decir que Cepeda, ya que la fortuna le pusiese en alguna próspera y rica tierra, pretendía y aun tenía determinado de cumplir con ellos de palabra y satisfacerlos con buenos comedimientos y á los suyos repartir y dar lo que en la tierra hubiese y se hallase, y con esto deseaban grandemente hallar comodidad con quien poder á su salvo salirse de la sujeción que Cepeda tenía sobre ellos; los que tenían este deseo hablaron á Pedroso dándole presente y descubriéndose á él pidiéndole parecer de lo que debían hacer, pero hallábase Pedroso tan atalayado y mirado de sus contrarios, que en ninguna manera se determinó á juntar los suyos y salirse con ellos, porque le parecía que si con la pujanza que Cepeda tenía les seguía obstinadamente, que no podía dejar de correr peligro su salud y la de otros muchos amigos suyos, y así tuvo por mejor de aconsejar á los soldados que parecer le pedían que de noche se saliesen del alojamiento y siguie-

sen su camino la vía del Reino y procurasen caminar apresuradamente y dar noticia de lo que pasaba al Licenciado Miguel Díaz, para que si pudiese pusiese remedio en lo de su prisión y en los demás agravios que le habían sido hechos, sobre lo cual escribió cartas muy llenas de quejas para el Gobernador y otros amigos suyos que en el Reino tenía.

Juntáronse de la parcialidad de Pedroso veintidós hombres, y con todo su servicio y baratijas se salieron de noche del alojamiento sin ser sentidos de ningunos de los contrarios, ni aun fueron hallados menos hasta el siguiente día que iba el sol bien alto, que tuvo Cepeda noticia de ello y se quiso enojar y aun mover coléricamente contra Pedroso, pero los sacerdotes y otras buenas personas que en el alojamiento había mitigaron y moderaron cuerdamente esta furia de Cepeda y le hicieron que á lo menos contra el Capitán Pedroso no hiciese ninguna demostración de ella, pues de tornar á romper los dos se habían de seguir mayores daños, porque estos medianeros de paz claramente veían que algunos sediciosos soldados que estaban mal con Cepeda, que eran de su propia compañía, y otros deseaban públicas enemistades y discusiones y que viniesen en rompimiento para poder ellos tomar cuando algún tumulto se moviese venganza de sangre, y otros que aborrecían á Pedroso deseaban que entre los dos Capitanes hubiese públicas enemistades y discusiones y viniesen en rompimiento para poder ellos tomar venganza de sus intrínsecas pasiones y enemistades, y demás de esto conocían que Pedroso era de ánimo feroz y que no sufría ningunas alteradas palabras que Cepeda le dijese, sino que respondiendo ó replicándole se había de encender entre ellos un fuego dificultoso de apagar si no fuese con el derramamiento de la sangre de muchos de los que estaban presentes, porque tenían por muy cierto que si en esta sazón quisiese ó pretendiese Cepeda prender á Pedroso, se le había de defender y le habían de acudir muchos que secretamente eran de su opinión, donde la victoria estaba dudosa.

Con las persuasiones de estas buenas personas, Cepeda no curó de hablar sobre el caso á Pedroso; mas con toda presteza despachó á Narváez, su maese de campo, con cuarenta

hombres bien aderezados que fuese en seguimiento de los veintidós soldados que se iban la vuelta del río grande para pasarse al Reino. Narváez caminó aprisa porque llevaba los soldados desocupados con solas las armas, y fue siguiendo el rastro de la gente de Pedroso que pretendiendo encubrirse, iban caminando por fuéra de camino, y como llevaban mucho volumen de piezas y cargas y con esto iban muy embarazados, no sólo dejaban clara señal de la vía que llevaban, pero caminaban muy despacio y descuidadamente para hombres que se iban retirando y huyendo de sus enemigos, y donde habían de llevar la mayor fuerza, que era en la retaguardia, pues aquel era más peligroso lugar yendo tras ellos sus contrarios, aquella parte llevaban con menos guarnición y defensa, porque solamente iban en ella dos soldados, y el último, que era Andrés Báez, llevaba una lanza asida por el hierro y arrastrando por el suelo tras sí á causa de ser espesa montaña por donde iban caminando; y como los más delanteros soldados que iban con Narváez, sin ser sentidos hasta hollar con los pies la lanza que Andrés Báez llevaba, quitáronsela fácilmente y con ella misma le dieron ciertas lanzadas de que murió. El otro soldado, que era Alonso Márquez, se retiró dando voces á los compañeros que iban algo delanteros; y significándoles por ellas el aprieto en que se veía y el riesgo en que todos estaban, les hizo volver atrás á verse con la gente y soldados que tras ellos había Cepeda enviado; juntáronse los unos y los otros muy cerca para haber de ofenderse, pero antes de venir en rompimiento quisieron ver si se podía evitar el daño presente, y así los de Cepeda tomando la mano en hablar como más poderosos comenzaron á persuadir á sus contrarios que dejándose de la errada vía que llevaban se volviesen amigablemente adonde Cepeda estaba, pues el designio de su Capitán era aprovecharlos á todos y que fuesen á gozar de las riquezas que la fortuna les ofrecía y casi les tenía puesta en las manos, con que evitarían el daño que aunque futuro podían hacer cuenta que tenían presente si no queriendo gozar de la clemencia de su Capitán, que significaban ser grande, se ofrecían con loca aunque honrosa obstinación al cuchillo y muerte que se les

daría brevemente por la comisión que Cepeda les había dado, porque como al tiempo que envió Cepeda á prender los soldados de Pedroso que iban huyendo de su doméstica tiranía estuviese tan iracundo y lleno de cólera, con precipitado ánimo dio mandamiento á todos los que enviaba para que si los contrarios se defendiesen, los matasen; los de Pedroso, y Andrés Báez como más osado, respondió que en procurar ellos su libertad ninguna ofensa ni injuria habían hecho á Cepeda, pues ni le debían feudo ni por otra vía estaban obligados á seguir su opinión, de la cual había dado muestras ser más rebelde y tiránica que leal, pues con violencia de hombre liberal y libre les había despojado de su Capitán y les había forzado á que contra su voluntad le siguiesen; y que pues de la severidad y grave dominio de un hombre tan intolerable para ellos habían salido, que no les parecía cosa acertada dejar de seguir su viaje é ir á tierra del Rey donde los hombres gozaban de la libertad en que Dios inmortal los crió, por volverse al yugo de la esclavonia.

Narváez, maese de campo, replicando y concluyendo para remitirlo á las manos, si fuese menester, concluyó diciendo que no quisiesen ser homicidas de sí mismos por seguir su opinión; que de conformidad todos juntos se volviesen pues á ninguno se le había de hacer agravio ni demasía por este hecho, y si no querían sino obstinadamente poner el negocio en las armas, que no fuese á su cargo el daño que sucediese. Aún no había Narváez concluido con estas palabras cuando el Capitán Hernán Pérez, que era del bando contrario, tiró una estocada á Narváez con ánimo y brío de con su muerte haber victoria, pero como Narváez llevase debajo la ropa una muy buena cota, reparando la espada en ella se dobló y torció de suerte que no se pudo aprovechar en el segundo golpe de ella. Traía Narváez consigo algunos ballesteros, los cuales á este punto tenían las ballestas armadas y puestas en ellas sus saetas ó jaras, y como vieron el acometimiento que Hernán Pérez había hecho, asestándolas contra los enemigos apretaron las llaves y dispararon las jaras, con que de esta primera rociada mataron á Andrés Vásquez, y á Juan de Peñuela, y á Castillo, y á Valdelamar y otros

muchos que hirieron malamente, con lo cual de todo punto desesperaron los de Pedroso de haber victoria ni de poderse librar de las manos de sus enemigos, y así dándoles Narváez su fe y palabra por el Capitán Cepeda ni por otra persona ninguna no les sería hecho ningún agravio, se dieron por sus prisioneros y fueron despojados de todo el servicio y armas que llevaban, y luégo dando la vuelta para el alojamiento donde Cepeda estaba, envió delante Narváez mensajeros que diesen aviso de lo sucedido.

CAPITULO UNDECIMO

En el cual se escribe como Pedroso quiso matar á Cepeda por la muerte y prisión de sus soldados y Cepeda quiso ahorcar algunos de los soldados presos, y cómo fue aplacada esta sedición por mano de los sacerdotes y otras personas, y Narváez volvió las armas á los que estaban presos para que se soltasen y huyesen.

Habíase Pedroso hecho afable y muy bien quisto con los soldados y gente de Cepeda, y los más de ellos, ya que en lo público no se mostraban parciales y de su bando, por no macular su honra y ser notados ó motejados de banderizos y traidores á su Capitán, secretamente le habían prometido de no serle contrarios ni ofenderle en cosa ninguna que se ofreciese, y así vivía Pedroso con mayor esperanza de conseguir y efectuar lo que pretendía para su libertad, que en breve tiempo pretendía recobrar, pues así fué que llegado que fue al alojamiento, la nueva de las muertes y prisión de sus soldados, y estando encendido en una iracundia y cólera que casi le tenía furioso y privado de sentido, le dijeron que Cepeda estaba muy alegre y contento de lo que Narváez, su maese de campo, había hecho, y que pretendía pasar adelante con un género de cruel castigo, dando la muerte á muchos de los soldados que traían presos, y no pudiendo sufrir con paciencia que Cepeda, no contentándose con la sangre que por su mandado y mano había derramado de sus compañeros y soldados, pretendiese y quisiese con las soberbias palabras que había dicho darle aquel disgusto á Pedroso, y aun por ventura ponerlo por obra, sin detenerse ni aguardar á más consejo tomó consigo á Diego de Posadas y á Gonzalo

Díaz Gallego, y sin darles parte de lo que pretendía hacer, se fue derecho á la posada y tienda del Capitán Cepeda, y sin que las velas y guardas que á la puerta estaban fuesen parte para impedirle la entrada, se entró, echando mano á la espada, donde Cepeda estaba algo alborotado y con sobresalto del tumulto que á su puerta oyó, y como viese entrar á Pedroso en la forma dicha, y se hallase algo desarmado; riose de él y retrújose al reparo de la cama en donde dormía, que junto á sí tenía. Estaba á esta sazón con Cepeda Jiménez, Canónigo de Popayán, el cual, viendo la aceleración y ferocidad con que Pedroso había entrado, echando mano á la espada, tomó un alabarda que junto á sí tenía, y poniéndola contra Pedroso le dijo que se detuviese si no quería recibir de sus sagradas manos la pena de su acelerada cólera y locura. Pedroso se reportó y detuvo sin poder poner por obra lo que pretendía y quería hacer, que era matar á Cepeda y con esto redimir su vejación y la de sus soldados, porque luégo acudieron á la grita y vocería que dentro en el rancho había muchos soldados armados de los de Cepeda, y como vieron que la pasión y pendencia era entre los dos Capitanes, no curaron de mostrarse de bando ninguno, sino con ostentación de meter paz y apagar la sedición que había, tomaron entre sí á Pedroso y sacáronlo amigablemente de la presencia y cara de Cepeda, para que con estar apartado el uno del otro reportasen y mitigasen su cólera y no se tornase á encender de suerte que se viniesen á matar ellos y sus amigos, porque Cepeda como vio que acudían á las voces más soldados de los de su compañía y que á Pedroso se le había pasado y perdido su primera ocasión de matarle, cobró brío y encendióse y comenzóse á derramar con palabras ásperas y coléricas, á las cuales Pedroso respondía con el mismo accidente.

Mitigada esta sedición que entre los dos Capitanes había, como Cepeda estaba más pujante de gente y armas, en que consiste en semejantes tiempos el derecho y justicia de cada uno, mandó luégo aprisionar á Pedroso en su propia posada, mandándole que so pena de la vida no saliese de ella y guardase la carcelería que por él le era impuesta. Pedroso, que aún estaba con parte de su encendimiento y furia, replicó ás-

peramente que él no conocía ni tenía por juez competente á Cepeda, para poderle mandar, ni que fuese obligado á cumplir sus preceptos, mas antes pretendía por mano y poderío de juez que lo pudiese hacer por comisión real, haber de él entera venganza, así de los soldados que le había hecho matar como de la tiranía con que le había despojado de su gente y despoblado de su pueblo.

Estando las cosas en este estado llegó el maese de campo Narváez con los prisioneros, y yéndose con ellos derecho á la posada del Capitán Cepeda fueron por su mandato puestos en prisión en una pequeña casa que junto á su aposento tenía, y juntamente con esto mandó hacer tres horcas en que pretendía colgar algunos de los presos, y con este intento se fue al lugar donde los tenía aprisionados con su Teniente y escribano, y sacando de la prisión á Velmonte, soldado de los de Pedroso, le interrogó, precisas las circunstancias que en semejantes actos suele haber, si conocía al Capitán Cepeda por su Capitán general, que justa y derechamente tenía dominio y mando de superioridad sobre él y los demás soldados. Velmonte, ayudado de los clamores y voces de los demás presos, respondió juntamente con ellos que no sólo no le tenían y conocían por Capitán ni juez suyo, pero que antes les parecía que se gobernaba y sustentaba tiránicamente, pues demás de las fuerzas y agravios que les había tan severamente hecho, sabían claramente que se había retirado y salido de la Gobernación de Popayán por no dar residencia al Licenciado Briceño, que por mandado y comisión real se le quería y pretendía tomar, y que con más justo y derecho título debía de ser obedecido y reconocido el Capitán Pedroso por General, que otro ninguno, pues traía bastantes licencias y comisión de Miguel Díaz, Gobernador del Nuevo Reino por el Rey para serlo, y así lo entendían hacer y tener desde en adelante. Sintió mucho el Capitán Cepeda esta arrogante y libre respuesta que los presos le dieron, y así se salió de entre ellos y con doblada cólera de la que antes tenía y yéndose á su casa envió á llamar dos clérigos y les dijo que fuesen á confesar á Diego de Posadas y á Barrios, porque quería ahorcarlos y hacer justicia de ellos por lo que habían he-

cho y dicho; pero los soldados, como tenían esperanza que sobre este caso había de haber nuevos tumultos y revueltas, por lo que del Capitán Pedroso y de otros muchos soldados habían entendido, respondieron á los clérigos que se fuesen con Dios, porque ellos ni querían confesarse ni entonces tenían para qué, pues no había necesidad que á ello les obligase, porque si Cepeda pensaba darles la muerte, otros muchos había en el alojamiento que se lo estorbarían, y con esto desecharon de sí á los clérigos y se fueron á decir misa.

Narváez, maese de campo, que todas estas cosas veía, pareciéndole que eran hechas en oprobio y menosprecio suyo por haber dado entera fe y palabra á los soldados de Pedroso al tiempo que se le rindieron y les prendió que no se les haría agravio ninguno y que sus ruegos y suplicaciones no habían aprovechado cosa alguna para que Cepeda se apartara de su ira y apostemada pasión, determinó por su propia mano dar libertad á los presos, y tomando todas las armas que les había quitado cuando les prendió, las llevó al lugar donde estaban presos y se las dio y entregó á cada uno, diciéndoles que cuando les pareciese y la ocasión se lo ofreciese rompiesen las prisiones en que estaban y usasen de su libertad.

En tanto que Narváez hizo esto, toda la demás gente y los Capitanes se habían recogido á la iglesia á oír misa, y estándola oyendo, los clérigos que la decían y oficiaban con celo cristiano y devoto, deseando apartar las discordias y muertes de españoles que casi presentes veían, tomaron en las manos un crucifijo, memoria y señal de Cristo crucificado, Dios y hombre verdadero, cubierto con un velo negro, y llegándose á donde Cepeda estaba le descubrieron el crucifijo, Dios y hombre, á quien Cepeda se humilló con ostentación devota y lacrimosa; los sacerdotes y otros principales que allí se llegaron le rogaron con gran vehemencia que apartándose de su obstinación en que estaba de ahorcar á algunos soldados por reverencia del Crucificado que por él y por todos había sido en la cruz enclavado que presente tenían, no derramase más sangre humana de la que había derramado, y otorgando la vida á los presos los soltase de la prisión en que los tenía. Cepeda, aunque parecía en alguna manera hombre austero y

contumaz, movióse con cristianas entrañas de ver la encarecida forma en que se lo rogaban, poniéndole delante la figura de su propio Criador y Redentor y Dios verdadero; otorgó y concedió lo que se le pedía y prometió de hacerlo y ponerlo por obra soltando á los presos; y con este buen medio que estos cristianos clérigos tuvieron cesaron las muertes de muchos que parecían que por una vía ó por otra estaban muy propincuas.

CAPITULO DUODECIMO

En el cual se escribe cómo Cepeda, para asegurarse, envió á Pedroso á Cartago y él se quedó con toda la gente, y cómo después los soldados de Pedroso, tomando por su caudillo á Narváez, maese de campo, quisieron matar á Cepeda y apalearon á su Alcalde mayor Prado y se salieron la vuelta del Reino, y el gran temor que los pueblos de la Gobernación tuvieron de que Narváez anduviese rebelado.

Pareciéndole al Capitán Hernando de Cepeda que ninguna seguridad podía tener en tanto que el Capitán Pedroso estuviese en su compañía, determinó echarlo de sí y enviarlo á Cartago, porque claramente veía mucha diversidad de opiniones entre los soldados, aprobando unos lo que hacía y otros reprobándolo, y pareciéndoles las cosas más de tirano rebelde que de verdadero Capitán, temíanse y con muy justa causa que si otra vez se tornaban á encender y renovar las sediciones pasadas, no se aplacarían sin derramarse mucha sangre de españoles, por haber visto claras muestras de haber entre sus soldados hombres que de todo punto daban muestras de aborrecerle y desear que hubiese novedades para claramente dar muestras de lo que en el corazón tenía, y por estas causas al tiempo que se le pidió que no ahorcase á los que quería ahorcar, sacó por condición que Pedroso se saliese á Cartago con la gente que él le señalase para ir seguro por el camino, y aunque luégo no se puso por la obra dende á poco tiempo, por lo que he dicho, fue necesitado y forzado á pedir que Pedroso cumpliese el concierto y lo que había por mano de los terceros prometido. Cumplió Pedroso su promesa, aunque contra su voluntad, por parecerle cosa dura y de mal ejemplo que asegurando él su vida con esta honrosa condición, dejase á sus soldados y compañeros puestos en poder de

sus enemigos en ventura y riesgo de ser maltratados y aun presos y ajusticiados por vía de vengarse de las cosas que poco antes habían entre ellos pasado.

En la hora que Cepeda se viese solo y sin el estímulo que en Pedroso tenía, se ensoberbeció y comenzó á tratar arrogantemente á los soldados de Pedroso y á quererlos supeditar no sólo por su propia persona mas también por medio de sus soldados, que en todo pretendían ser señores y aventajados á los demás; y dende á pocos días se ofreció cierta ocasión por donde Cepeda y Narváez, su maese de campo, vinieron á quebrar y romper de todo punto, de suerte que nunca más entre ellos hubo dende en adelante ninguna concordia ni consideración, y procuró Narváez por estos modos mostrarse afable y amigo á los soldados de Pedroso, en manera que entre ellos era Narváez tenido por cabeza y caudillo, y como Cepeda no cesase ni se abstuviese de tratar ásperamente á los soldados de Pedroso, habláronse todos, que serían cuarenta y siete hombres, y determinaron de eligiendo por su caudillo á Narváez, maese de campo de Cepeda, salirse de su compañía á la vuelta del Reino; pero esto no lo quisieron hacer con la moderación que pudieran, por tomar alguna venganza de quien tan mal y soberbiamente les había tratado, y así juntándose todos estos soldados, una noche de mano armada vinieron á casa del Capitán Cepeda con designio de matarlo, ó afrentarlo, ó hacerle la injuria y agravio que les pareciese; pero como Cepeda, antes que la turba de los soldados llegasen ni entrasen en su aposento, sintiese el ruido y la sedición de los que le iban á matar, y por ello conociese el mal que le estaba propincuo y sobrevenía, tomó el más presto aunque no honroso remedio que pudo, y metiéndose debajo de la barbacoa y cama donde dormía, se escondió, de suerte que los soldados no le hallaron ni pudieron haber para ejecución de sus furiosas cóleras, pero saqueáronle la casa y tomáronle una botija de pólvora y tres arcabuces y otras armas y municiones que tenía, y como al ruido y tumulto de los soldados acudiese Juan de Prado, su Teniente ó Alcalde mayor, fue recibido por la turba de los soldados, y quitándole la vara que traía, porque no pareciese que ofendían aquella insignia

real á quien los españoles veneran y acatan mucho, lo maltrataron y afrentaron con ánimos sediciosos, dándole desmesuradamente de palos, con que demás de la afrenta que le hicieron en ofenderle con instrumento ó azote de animales y bestias, le dejaron muy maltratada la persona, de suerte que de ello estuvo muy malo; y despojando de todas las ballestas que en el alojamiento había á los soldados de Cepeda, tomaron para sí las que les pareció que habrían menester y á las demás les quitaron las nueces y las dejaron como cosas que sin este medio son de todo punto inútiles y sin provecho, y publicando que los que por conseguir y alcanzar su libertad les quisiesen seguir y acompañar, que ellos les ampararían y defenderían; se salieron en medio del día del alojamiento de Cepeda, y caminando la vía del Reino se fueron á alojar á los nacimientos del río de San Bartolomé, donde hicieron muy largas picas para su defensa y ofensa de los enemigos que en su alcance fuesen.

Luégo que Cepeda vio ida la turba de los soldados de cuyas violentas manos le parecía que por merced y dón particular de Dios se había escapado, despachó y envió sus cartas y mensajeros á Cartago y á los otros pueblos de la Gobernación, á decir y dar noticia que Narváez y sus compañeros iban amotinados ó alzados contra el Rey, que estuviesen sobre aviso para hacerles la resistencia que fuese necesaria, y después de haber derramado esta nueva por toda la Gobernación, llegó Narváez y sus compañeros á tierra de Arma para por allí tomar más derecho y mejor vía para el Reino; pero como Juan de Vega, Teniente de aquel pueblo, tuviese noticia de ello, tomó consigo veinte hombres que pudo sacar del pueblo, y con ellos bien aderezados para la guerra salió al encuentro á Narváez, con pensamiento de prenderlo y desbaratarlo si pudiese, y como Narváez se estuviese sesteando en la quebrada de Maitama y las piezas é indios del servicio anduviesen derramados por allí cerca, dieron en ellos el Teniente Vega y los demás que con él iban, y prendieron á algunos. Salvador Pérez, que se halló cerca, dio aviso con presteza á sus compañeros, poniéndolos en alboroto de lo que pasaba; levantáronse todos los que estaban en el heno

echados y reposando y poniendo sus arcabuces y armas á punto llegó á ellos Vega con los demás soldados que le acompañaban, y como vio que sus contrarios estaban con las armas en las manos para recibirle con rigor de guerra y de enemigos, se reparó sin osar arremeter, y fuele saludable acuerdo, porque si otra cosa quisiera hacer allí perecieran él y los que le acompañaban, y viendo su mansedumbre un soldado de los de Narváez se llegó á Vega disimuladamente por vía de escarnio y de traición, confiado en la pujanza y fuerza de sus compañeros, le quitó el freno y cabezadas del caballo en que estaba caballero, y como él quisiere estorbarlo ó defenderlo, otro soldado arcabucero de los de Narváez, poniendo la mecha en la serpentina del arcabuz, le apuntó y encaró con él diciendo que si se meneaba lo había de matar. El Teniente Vega, viéndose así maltratar y que Narváez ni aun sus propios compañeros no le favorecían en cosa alguna, volviendo por su propia salud habló diciendo que él no había salido de su pueblo ni venido á ellos con ánimo de ofenderlos ni agraviarlos, pues no había habido ninguna causa para ello, mas solamente venía á ver la gente que era, porque los indios naturales de aquella Provincia le habían dado noticia de su llegada y venida por allí, y que pues él y ellos y los unos y los otros todos eran servidores de su Rey y no andaban fuéra de su servicio, que no había razón que justa fuese por donde se descomidiesen ni se quisiesen señalar contra él.

Narváez, que por cabeza del bando contrario estaba, le replicó que en sus obras no había dado muestras ni señal de lo que con sus palabras significaba, porque su llegada allí más había sido de gentes que venían á saltear caminantes que de vecinos que los venían á visitar y favorecer, pues antes sabían y les constaba cómo iban al Nuevo Reino con ciertos despachos para el Gobernador Miguel Díaz. Agravióse Vega de esto que Narváez le respondió y acelerándose el uno y el otro en palabras en que los dos solamente riñesen, vinieron á desafiarse y poner la justificación de sus palabras en que los dos solamente riñesen con sus espadas y dagas, apartados de la demás gente; pero como á Vega le pareciese que

por muchos respectos no podía ganar nada con Narváez, que públicamente se había quitado la cota que traía vestida, rehusó la lid de entre los dos y se retiró y volvió á su pueblo y envió otro día muy buen refresco para Narváez y sus soldados, los cuales en gratificación de esto y para quitar la sospecha que de su lealtad se tenía en todos los pueblos de la Gobernación, dejó en una ramada y repartimiento del Capitán Suero Díaz, Narváez, tres arcabuces y seis ballestas, y escribiendo á Juan de Vega, le dijo que allí le dejaba aquellas armas para la pacificación de su pueblo y tierra, y que no eran obras aquellas de hombres contra quien se presumiese ni pusiese duda en su lealtad.

Estaba el Capitán Pedroso á esta sazón en Cartago, donde de noche y de día se velaban con gran temor de que Narváez había de ir sobre ellos por lo que Cepeda les había escrito; mas como Pedroso por cartas y certificaciones que de amigos suyos tenía, hiciese cierto á los de Cartago y los demás pueblos comarcanos que no había que temer ni poner sospecha en la lealtad de Narváez ni de los demás soldados, porque iban al Reino á negocios que les convenía, perdieron de todo punto la sospecha y temor que tenían, y Narváez y los demás soldados, atravesando toda la Sierra Nevada de Cartago, sin querer entrar en aquel pueblo donde tanta sospecha se tenía de su lealtad, se vinieron la vía del Reino, pasando por las poblazones de Toligua y otros indios de Mariquita y fueron á dar á las minas del Venadillo, donde estaban vecinos de Tocaima sacando oro, y de allí se pasaron adelante. En el camino de atrás, en la poblazón de Tolingua, quisieron los indios dar en estos españoles y ofenderlos, pero como todos eran hombres baquianos y de guerra, entendiendo la traición que los indios les ordenaban, anticipáronse y dieron en ellos donde se habían juntado en una borrachera, y aunque casi desarmados los españoles, los desbarataron y ahuyentaron de la junta y se estuvieron allí algunos días, hasta que los indios, procurando su amistad, les salieron de paz y les sirvieron lealmente todo el tiempo que allí estuvieron, y cuando se quisieron salir y proseguir su camino hacia el Reino, les acompañaron ciertas jornadas llevándoles las

cargas y comida necesaria, y los tornaron á enviar los españoles á su tierra sin hacerles daño alguno.

El Capitán Cepeda, después que se apartó de él Narváez con la demás gente, tornó á haber alteraciones entre los soldados que le quedaban, por lo cual tuvo por más sano y acertado consejo dejar la jornada y volverse á la Gobernación, y así lo hizo y efectuó.

CAPITULO DECIMOTERCERO

En el cual se escribe cómo vuelto Pedroso al Nuevo Reino pidió comisión á la Audiencia para ir á poblar en las Provincias de Gualiguas, Quindo y Mariquita, donde pobló la ciudad de San Sebastián de Mariquita, y lo que sucedió en el ínterin que en ella estuvo Pedroso.

Era Gobernador de Popayán, según se ha dicho, al tiempo que todas estas cosas pasaban el Licenciado Francisco Briceño, el cual informado de lo que entre Cepeda y Pedroso pasaba y las injusticias y agravios que á Pedroso se le habían hecho, le dio licencia para que libremente se fuese donde quisiese.

Volvióse Pedroso al Nuevo Reino y halló que no había en él Gobernador sino Audiencia en la ciudad de Santafé, en la cual estaban por Oidores los Licenciados Galarza y Góngora, personas de grande equidad y moderación. Fue Pedroso bien recibido de los soldados que le habían seguido y por ellos persuadido que volviesen á la Provincia de Mariquita y Gualí y las otras tierras comarcanas, á poblar un pueblo, pues la primera vez que con él habían ido salieron á este efecto, y por su desordenada codicia habían pasado adonde habían padecido las calamidades y trabajos dichos.

Certificábanle á Pedroso, y él lo conocía así, que pues en la Provincia de Tocaima, en el río del Venadillo, había descubiertas minas de oro, que muy mejor se podrían descubrir abajo en las tierras de Mariquita, por tener la tierra muy mejor disposición y comodidad para ello, según el conocimiento y experiencia de algunos de los soldados que por aquella tierra habían andado.

El Capitán Pedroso, como halló tan entera voluntad en

los soldados que eran los que habían de poblar y sustentar la tierra, no fue en cosa ninguna perezoso, antes con la diligencia y solicitud necesarias habló á los Oidores que le diesen licencia y conducta para que él pudiese volver con gente á aquella tierra y Provincias de Gualí, por donde él había andado y visto y descubierto, y que en ellas pudiese poblar un pueblo. Concediéronle los Oidores la facultad que pedía, y él, usando de ella, juntó la gente que pudo, que serían hasta cuarenta hombres, y con ellos se fue derecho como hombre que ya sabía el camino á la tierra y Provincia dicha, donde hizo y nombró sus caudillos y comenzó á enviar soldados por las poblazones de los indios á pacificarlos y traerlos de paz, y que corriesen y viesen los naturales que en la Provincia había, para qne más cómodamente él pudiese repartirlos entre los soldados sin fraude ni engaño de ninguno. De las primeras salidas que se hicieron fue á la poblazón llamada Brina, cuyos naturales se juntaron y tomando las armas en las manos vinieron sobre los españoles y acometiéndoles muy briosamente les mataron á Juan López de Gamboa y á Villanueva y otros dos anaconas, con que los indios cobraron muy grande ánimo y los soldados españoles quedaron algo amedrentados y con temor de que no les hiciesen más daño, porque aunque en esta primera arremetida con recibir el daño dicho fueron rebatidos, los soldados temieron que juntándose en mayor cantidad y número de indios tornasen á venir sobre ellos y les hiciesen doblado daño, y así se volvieron con más brevedad de la que quisieran adonde Pedroso había quedado alojado con la demás gente; fue en esta salida por caudillo de la gente el Capitán Gonzalo Díaz, gallego de nación.

El Capitán Pedroso, viendo el mal suceso de sus soldados y que sin dejar castigado el atrevimiento de los indios se habían vuelto, tomó consigo una parte de los españoles y volvió á la poblazón de Brina, donde hizo algún castigo y estrago en los indios, de suerte que en pocos días después de haber andado aquella poblazón y otras á ella comarcanas, y hollándolas con algún rigor, constriñó á los naturales á que les saliesen de paz y les fuesen amigos y feudatarios, y hecho esto en aquella parte de Brina que parecía ser más necesario, dis-

currió por toda la tierra y poblazones de ella, y después de haberla andado y haberle salido de paz todos los indios de ella, se volvió á su alojamiento, donde por el año de mil y quinientos y cincuenta y dos pobló la ciudad de San Sebastián de Mariquita, en el sitio y lugar que hoy permanece, nombró sus Alcaldes y Regidores y los otros oficiales necesarios para el gobierno de la república.

Fueron primeros Alcaldes de este pueblo Francisco de Arco y Juan de Barrios, entrambos de nación gallegos, y como aún en esta sazón Pedroso no había repartido los naturales entre los españoles para que cada cual acudiese á su depositario ó á servirle, hizo de común venir al lugar donde se había poblado gran cantidad de indios para que hiciesen las casas y bohíos de los españoles, lo cual acabado, los bárbaros miraron en que en el lugar no había muchos españoles, que en su comparación de ellos eran muy pocos, y pareciéndoles que si ellos se juntasen y los acometiesen en dos partes que los podrían á todos matar ó echar de sus tierras, consultáronlo entre sí y determinaron de hacerlo.

El orden que los bárbaros dieron para ejecutar su maldad fue que juntándose la mayor cantidad que de ellos se pudiesen juntar, se partiesen en dos partes y la una se emboscase junto al pueblo para cuando fuese apellidada y llamada, y la otra viniese con disimulada cautela de paz al pueblo y dijesen á Pedroso que venían á cavar y hacer alguna labranza en la parte que se les mandase, y que así irían con los que habían de cavar algunos españoles á situarles el lugar, y tenían lugar de dar en ellos á su salvo, y en el propio tiempo harían lo mismo en el pueblo los de las emboscadas, y los unos por un cabo y los otros por otro podrían conseguir lo que pretendían; y con este acuerdo los bárbaros se juntaron, y los unos se emboscaron y los otros entraron en el pueblo con la demanda y cautela dicha.

Pedroso, considerando que comedimiento tan liberalmente hecho en ninguna manera podía ser sincero ni llano sino con algún doblez, sacó cinco indios de entre los demás que dijeron ser los principales ó caciques de la demás gente, y la otra turbamulta envió con quince soldados algo apartados

del pueblo á una vega donde hiciesen la labranza que decían querer hacer, é idos éstos apartó uno de los principales y preguntóle la causa de su venida y lo que los indios pretendían hacer. El bárbaro, sin ningún temor de recibir castigo, dijo claramente lo que tenían ordenado y trazado entre todos los indios, y cómo estaban emboscados muy gran cantidad de ellos junto al pueblo. Apartó Pedroso á éste y tomó á otro de los principales é interrogóle sobre el hecho, y dio la misma relación; y como fuese certificado de la traición, envió con presteza á llamar los soldados que estaban viendo hacer la labranza de los indios, los cuales venidos entrególes los cinco principales para que á su voluntad hiciesen de ellos, de suerte que quedasen castigados de su maldad y traidor atrevimiento, y que en aquéllos fuesen asimismo castigados los demás delincuentes por no derramar mucha sangre de aquellos indios que pretendían y querían conservar para su servicio.

Los soldados tomaron los cinco indios y á los tres ahorcaron y á los dos empalaron, con cuyas muertes quedaron tan hostigados y escarmentados los demás, que nunca tornaron dende en adelante por mucho tiempo á intentar ningunas novedades, especialmente los de Gualí, Guasquia y Mariquita. Mas dende en adelante vinieron al pueblo á servir en doméstica servidumbre, lo cual visto por el Capitán Pedroso, los repartió y dio en depósito á todos los que habían trabajado en aquella tierra, y dejando por su Teniente al Capitán Gonzalo Díaz, se vino á la ciudad de Santafé á dar cuenta de lo que había hecho á los Oidores.

Gonzalo Díaz se dio á buscar minas de oro, y dende á cierto tiempo se descubrieron las que hoy en día se labran en el río y quebrada de Gualí y en los cerros que ahora llaman el Real Viejo, donde se ha sacado y saca mucho oro y fino.

CAPITULO DECIMOCUARTO

En el cual se escribe cómo en el alzamiento general que hubo en el año de cincuenta y seis se alzaron también los indios de Mariquita y los de la isleta del río grande, y cómo fueron todos pacificados.

Los naturales é indios de la Provincia y poblazones de Mariquita desde el tiempo que he referido hasta el año suce-

sivo de cincuenta y seis, sirvieron á sus encomenderos pacíficamente sin haber removimiento ni alzamiento entre ellos, con que allende de los otros servicios ordinarios que les hacían, como era labrar, cavar, sembrar, sustentarles y hacerles las casas, les daban sus hijos é hijas para que les sirviesen no sólo en sus casas más en las minas sacando oro.

Fue pues por fin del año dicho un alzamiento general entre toda la gente de aquella nación panches, que parece que por influencia de algún astro ó estrella de pésima constelación vinieron á un mismo tiempo á conspirar todos, comenzando desde la Provincia de Tocaima y aun desde los confines de Bogotá, donde llega y participa esta gente panche; fue la conspiración discurriendo por los naturales de Ibagué y Cartago y toda la Provincia de los Palenques, que es donde ahora están poblados los pueblos y ciudades de Victoria y los Remedios, y últimamente llegó este planeta ó sirio á los naturales de la ciudad de Mariquita, los cuales, siendo persuadidos de algunos de sus vecinos á que quitasen la obediencia á sus encomenderos, como los indios de los otros pueblos y ciudades comarcanos lo habían hecho, so color de que siendo la conspiración general entre todos los naturales había comodidad para arruinar los pueblos y echar los españoles de ellos. Los indios de Mariquita, como no eran menos amigos de novedades ni enemigos de su libertad, que tan de veras en esta general rebelión se les prometía, comenzáronse á alzar y abstenerse de servir á los españoles según antes lo solían hacer, y para poner pavor y amedrentar de veras á los españoles, comenzaron á tomar las armas en las manos y á venir sobre el alojamiento y ranchería de las minas del oro, dando algunas guazabaras á los españoles que allí estaban, y procuraban impedir y estorbar que no se sacase oro.

Los indios de la isleta del río grande, siguiendo en esto la común opinión, mataron á Luis Vivas, su encomendero, caballero natural de Medina del Campo é hijo del Alcaide de la Mota, estando entre ellos descuidado y pacífico, como otras veces solía hacerlo, y con este malvado hecho comenzaron estos indios á hacer obras que correspondiesen con su mal-

vada intención y hecho; andaban por el Río Grande en canoas, salteando los navegantes y caminantes, impidiéndoles que no pasasen por allí, para arriba ni para abajo, con lo cual impedían de todo punto la provisión de vituallas para las minas, que por temor de no ser asaltados y muertos de estos bárbaros que á manera de piratas tenían con sus canoas tomados los pasos del río por la una y otra parte de la isleta, no había español que se quisiese aventurar á pasar el río, y á esta causa casi habían cesado el labrarse las minas y el sacarse de ellas oro, con lo cual más que con otro género de guerra había más peligro y riesgo de despoblarse el pueblo, y viendo los vecinos de Mariquita que aunque había muchos días que habían enviado por socorro ó facultad á la Real Audiencia con que pudiesen castigar la rebelión y delitos cometidos por los naturales, no les era dada respuesta ninguna, y que en la tardanza de atajarse y castigarse los delitos que los indios cometían había evidente peligro, acordaron ellos por su propia autoridad remediarlo y castigarlo, aunque con peligro, porque por muchos y muy justos respectos tenía la Audiencia prohibido que las ciudades ni cabildos no enviasen á castigar ningunos indios por graves delitos que hiciesen, atento á los excesos que en el castigarlos se cometían, porque tanta pena se daba al inocente como al culpado, y á las veces más y tanta al delincuente como al salvo, y no había guardar tela ni término de juicio en cosa ninguna, sino discurrir por las poblazones á hecho, donde pagaban chicos y grandes, varones y mujeres, y atenta á estas severidades había la Audiencia castigado á algunos crueles hombres que las habían cometido, y lo mismo hicieran en los vecinos de Mariquita si hicieran algún castigo desordenado, por lo cual, como he dicho, estaban temerosos y no se querían entrometer en castigar sus rebeldes, ni menos querían que su pueblo se perdiese.

Consultaron entre sí los vecinos lo que debían hacer para allanar la isleta del río grande, que era de donde más daño les venía, y tuvieron por más sano y acertado consejo que el Cabildo eligiese un caudillo y alguacil que fuese á prender los culpados en la muerte de Luis Vivas y asegurar el paso

del río. Nombraron para este efecto de industria á un Alonso, mozo ó criado de un vecino de aquel pueblo, para que como hombre suelto y que no tenía hacienda que perder, hiciese lo que le pareciese en los indios, porque no hubiera persona ninguna que caudal tuviera que quisiera aceptar el cargo de alguacil para aquel efecto, temiendo el daño y pérdida que de ello se le podía seguir. Hecho el nombramiento de Alonso por alguacil, se juntaron hasta catorce vecinos con otros españoles criados suyos, y con las más armas que pudieron de arcabuces, espadas y rodelas, se fueron la vuelta de la isleta, debajo del dominio y jurisdicción de Alonso el alguacil, en las canoas que hubieron menester, navegando el río grande arriba, y llegados que fueron junto á la isla y queriendo saltar en ella para allanarla y hacer lo que les convenía, fueron rebatidos por la furia y canalla de los bárbaros que en aquella isleta estaban recogidos, que entre los naturales y forasteros serranos que se les habían llegado y juntado había más de seiscientos indios de pelea, los más de los cuales todos eran flecheros, y con sus arcos y flechas habían forzado á los españoles á que se retirasen y no les entrasen en tierra, lo cual hicieron los bárbaros con muy gentil denuedo y brío; los nuéstros se retiraron á la tierra firme que más cercana tenían, y saltando en tierra hicieron allí sus reparos para que las flechas de los indios descubiertamente no les hiciesen daño ni mal alguno; los reparos y baluartes eran palos hincados en el suelo y por lo alto de ellos atravesadas varas de donde se colgaban todo género de mantas y frazadas flojamente tendidas, para que dando en ellas las flechas perdiesen parte de la furia y se detuviesen de suerte que ya que pasasen no les pudiesen hacer daño. Los indios asimismo en su isla, cerca del agua, hacían palizadas y palenques con algunos hoyos ó cavas donde los bárbaros se metían, y cubriendo allí sus cuerpos tiraban más seguramente sus flechas contra los nuéstros, porque temían grandemente los indios el daño de los arcabuces, y con estos reparos les parecía que estaban algo amparados y con alguna defensa de las balas, y hacían harto más daño con esta su manera de trincheras á los españoles que no los españoles á ellos.

Estuviéronse algunos días cada cual en su puesto sin que los nuéstros pudiesen ni osasen arrojarse al agua en las canoas á asaltar los enemigos, por la gran guardia que entre sí tenían de noche y de día en su isla, y como la navegación de las canoas es tan frágil y peligrosa y el río tan hondable, temían no les sucediese alguna general desgracia que hiciese más irremediable el daño y alzamiento de los indios, y así estuvieron muchas veces por dejar lo comenzado y volverse á su pueblo, mas veían y consideraban que si no echaban los bárbaros de la isla y aseguraban aquel paso, que ellos no podían vivir ni tener ningún sustento, pues todo les había de emanar de la labor de las minas, lo cual en la manera dicha impedían los indios.

Estando en esta confusión y aun aflicción vinieron á los españoles muchos indios de pueblos comarcanos que en lenguaje eran diferentes de los isleños y por muchos respetos sus enemigos, de quienes deseaban haber y tomar particular venganza, porque como estos indios de la tierra firme que se vinieron á ofrecer á los nuéstros pasaban muchas veces por el río navegando por junto á la isla, los indios isleños salían á ellos y los salteaban y mataban y comían por ser de diferente nación y venedizos en aquella tierra y poblados en ella tiranamente, porque por cierta seca que en tiempo de sus mayores hubo en tierras muy apartadas de este río, donde la prosapia de estos bárbaros era natural, habían venido muy gran cantidad de gente retirándose al río grande, en cuyas riberas hicieron asiento, y como los pasados de los isleños eran naturales de las riberas del río, quisieron echar los venedizos de sus tierras, y como eran muchos no pudieron, y así se sustentaron continuas guerras y enemistad que entre ellos había, y hecha pues confederación y alianza entre los españoles y los indios, los unos con las flechas y los otros con los arcabuces comenzaron á dar continua batería desde donde estaban á los enemigos, pero de ninguna cosa les prestaba ni ningún efecto hacían con ello, por estar los indios de la isla tan fortificados y reparados como estaban. La última determinación que los nuéstros tomaron y que más les prestó fue atar en algunas flechas algunos botafuegos ó mechones

del río. Nombraron par
mozo ó criado de un v
hombre suelto y que
lo que le pareciese en
ninguna que caudal
alguacil para aquel e
ello se le podía segui
alguacil, se juntaron
les criados suyos, y
buces, espadas y ro
bajo del dominio y
canoas que hubie
arriba, y llegados
tar en ella para all
rebatidos por la f
isleta estaban rec
serranos que se
seiscientos indios
flecheros, y con
pañoles á que se
hicieron los bá
nuéstros se retir
nían, y saltando
las flechas de lo
daño ni mal alg
cados en el suel
donde se colgab
mente tendidas,
sen parte de la
pasasen no les pu
su isla, cerca del
gunos hoyos ó ca
briendo allí sus cu
contra los nuéstro
el daño de los arca
estaban algo ampa
y hacían harto más
los españoles que n

después de haber asegurado las que más necesidad te- que eran las de Ibagué y Tocaima, se vino con la gente dados que á su cargo tenía á las Provincias de Mariqui- según algunos, á ruego de los propios vecinos, pero de que junto á su pueblo los vieron con la turba de solda- que consigo traía, temiendo los de Mariquita la ruina y lación de sus naturales, le enviaron á requerir que se sa- de su tierra con la gente que traía. Salinas, lo más acer- mente que pudo, sin dar ocasión de escándalo ni tumulto que algunos de sus soldados lo deseaban, se fue á la Pro- ia de Gualí, donde anduvo algunos días pacificando aque- naturales con daño y riesgo suyo y de sus soldados, por los indios muy belicosos y la tierra asperísima, sin po os domar y pacificar, y de aquí pasó con los que le qui- on seguir á la Provincia de los palenques, donde pobló la dad de Victoria, según que adelante se contará, y dende adelante los naturales de Mariquita han estado muy pací- os y amigos de los españoles, y las minas siempre se han brado y beneficiado y sacado de ellas oro. Ha habido en te pueblo diversos Corregidores hasta este nuestro tiempo, e los cuales hay poco que escribir, porque solamente se ocu- aron en la administración de la justicia pública y no en uerras ni otros sucesos de indios; sólo D. Antonio de Toledo, siendo Alcalde el año de sesenta, salió con gente y pobló la villa de La Palma, de cuya conquista y población adelante se dirá.

hechos de trapos viejos llenos de azufre y otros betunes que avivan el fuego, y encendidos los tiraban á las casas de los indios, de donde resultó pegarse fuego en algunos bohíos, y los indios no pudiendo apagarlo acudiendo á matarlo, eran malamente heridos de las flechas y arcabuces de los nuéstros. El viento que corría era recio, con lo cual se hizo en breve tiempo el incendio de los bohíos irreparable y empecible á los enemigos, y andaban todos turbados y alborotados procurando por todas las vías y modos á ellos posibles remediar el fuego.

Los nuéstros, aprovechándose de la ocasión que en las manos tenían, con increíble presteza saltaron en las canoas y pasaron á la isla sin recibir ningún daño ni que por los enemigos les fuese hecha ninguna resistencia. Acrecentóse con esto la turbación y aflicción de los de la isla, de tal suerte que tomaron por mejor y más saludable consejo arrojarse al agua que rendirse á los españoles, y así unos nadando y otros asidos á palos y otros á sus compañeros y hermanos, los hijos á los padres, las criaturas con sus madres y muchas indias con dos y tres niños cargados, todos iban navegando ó hechos baya el río abajo, y unos salían á tierra, otros se sumían ó hundían en el agua por no saber nadar, otros eran arrebatados de la crueldad de los caimanes y de otros pescados y sumergidos en lo hondo del río, y así cada cual había vario suceso; pues de otros muchos indios é indias y criaturas que defendiéndose con obstinación quedaron en los bohíos, no sé qué decir, sino que allí perecieron abrasados del incendio gentes de todo sexo, y así fue mucha la gente que con este asalto y saco pereció, de suerte que nunca más se volvió á poblar este lugar de sus propios naturales ni de otros ningunos.

Sucedió este cruel suceso ó hecho la víspera de San Juan del año de cincuenta y siete, y el caudillo ó alguacil Alonso, quedando muy ufano de esta victoria, dende á pocos días pagó su maldad en poder de unos indios que más abajo de esta isla en la ribera del propio río habitaban, que dándole cruelmente administraron la ejecución de la justicia.

Para el castigo de Ibagué, y Tocaima, y Mariquita fue proveído por la Real Audiencia el Capitán Asensio de Salinas, que con la gente necesaria corriese estas Provincias; el

cual después de haber asegurado las que más necesidad tenían, que eran las de Ibagué y Tocaima, se vino con la gente y soldados que á su cargo tenía á las Provincias de Mariquita, y según algunos, á ruego de los propios vecinos, pero desde que junto á su pueblo los vieron con la turba de soldados que consigo traía, temiendo los de Mariquita la ruina y asolación de sus naturales, le enviaron á requerir que se saliese de su tierra con la gente que traía. Salinas, lo más acertadamente que pudo, sin dar ocasión de escándalo ni tumulto porque algunos de sus soldados lo deseaban, se fue á la Provincia de Gualí, donde anduvo algunos días pacificando aquellos naturales con daño y riesgo suyo y de sus soldados, por ser los indios muy belicosos y la tierra asperísima, sin poderlos domar y pacificar, y de aquí pasó con los que le quisieron seguir á la Provincia de los palenques, donde pobló la ciudad de Victoria, según que adelante se contará, y dende en adelante los naturales de Mariquita han estado muy pacíficos y amigos de los españoles, y las minas siempre se han labrado y beneficiado y sacado de ellas oro. Ha habido en este pueblo diversos Corregidores hasta este nuestro tiempo, de los cuales hay poco que escribir, porque solamente se ocuparon en la administración de la justicia pública y no en guerras ni otros sucesos de indios; sólo D. Antonio de Toledo, siendo Alcalde el año de sesenta, salió con gente y pobló la villa de La Palma, de cuya conquista y población adelante se dirá.

En el Libro noveno se escribe y trata de la población y fundación de la ciudad de San Juan de los Llanos, hecha por Juan de Avellaneda Temiño y la discreción de aquella tierra, y algunas cosas notables acerca de las culebras y fieros animales que en ellas se crían, con algunas costumbres y opiniones de los naturales é indios de ella y algunos particulares sucesos de españoles.

LIBRO NOVENO

CAPITULO PRIMERO

En el cual se escribe cómo el Capitán Juan de Avellaneda Temiño, por comisión que la Audiencia del Nuevo Reino le dio para buscar minas de oro, entró con ciertos españoles en la Provincia de los guayupes.

La ciudad de San Juan de los Llanos, puesta y poblada en las faldas y cordilleras del Nuevo Reino en las otras sus vertientes que corren ó caen sobre los llanos de Venezuela, tuvo origen el año del Señor de mil y quinientos y cincuenta y cinco, gobernando el Distrito del Nuevo Reino los Oidores y Licenciados Montaño y Briceño, y porque haya entera noticia de su fundación y de su fundador y de algunos particulares sucesos que en ella ha habido, es de saber que en compañía del Teniente Nicolás Federmann, que por vía de Venezuela entró en el Reino luégo que se pobló, según atrás queda dicho y adelante más largamente se dirá, donde tra-

taremos de la jornada de este Federmann, entró un soldado llamado Juan de Avellaneda Temiño, natural de España, de un pueblo que se dice Quintanapolla, junto á Burgos, el cual antes de juntarse con Federmann había andado con el Capitán Herrera en el río de Uriaparia mucho tiempo, y subido por él arriba más de doscientas leguas con excesivos trabajos de hambre y necesidades y guerras y otros infortunios que en aquella jornada se pasaron allí, y salido de allí entró por la tierra adentro de Cubagua, en compañía de Jenónimo Ortol, donde después de haber caminado mucho tiempo por provincias y tierras incógnitas y obscuras, y muy estériles y faltas de comida, vino á salir á las Provincias del Tocuyo y Barquisimeto con los Capitanes Nieto y Alderete, donde se juntaron con la gente de Nicolás Federmann, y los Capitanes fueron enviados á Coro y los soldados que quisieron seguir á Federmann le siguieron y vinieron con él á este Reino.

De estas dos jornadas asimismo que he referido del río de Uriaparia y de Jerónimo Ortol se da entera noticia en la segunda parte de esta historia, pues como Juan de Avellaneda hubiese andado y peregrinado por tantas tierras y provincias cuantas en el proceso de la historia referida se podrá ver, y al tiempo que con el Teniente Federmann hubo de entrar en este Reino atravesó por una Provincia de indios llamada guayupes, que está en aquella vertiente de la cordillera que he referido, donde comúnmente los españoles solían llamar el pueblo de Nuestra Señora, pareciôle la tierra de buena disposición para tener minas de oro, y en ella había cantidad de naturales aunque no muchos, los cuales después vinieron á ser menos, porque como todas las compañías de españoles de Coro salían antiguamente á descubrir y venían bajando la sierra iban á parar y descansar en esta Provincia de estos guayupes y pueblo de Nuestra Señora, y en aquel tiempo se hacían esclavos los indios, y demás de esto no tenían cuasi por escrúpulo matar, ni maltratar, ni cargar, ni sacar de sus naturales los indios, fueron estos pobres guayupes muy arruinados y destruidos, así de sus personas, mujeres é hijos, como de sus casas y haciendas, porque antes de Federmann estuvo en ellos alojado el Gobernador Jorge Es-

pira con más de trescientos hombres muchos días, y después de él este Teniente Federmann con ciento y setenta hombres, y después de Federmann estuvo Hernán Pérez de Quesada, que salió del Reino en demanda del Dorado con más de doscientos hombres y más de ocho mil indios moscas que son ruina y asolación de todo lo que por delante topan, y después de Hernán Pérez de Quesada estuvo el General Felipe de Utre con otros cien hombres, y toda esta gente se sustentaba el tiempo que en esta Provincia de los guayupes estaba de lo que los míseros indios tenían para su sustento, y cada cual de estos Capitanes y de sus soldados procuraron haber y tomar los indios que podían de esta Provincia y nación para que les sirviesen, pues gente que tan combatida fue y tan salteada y llevada en cautiverio, imposible es que quedase mucha de ella, porque considerados los daños que en aquellos tiempos se hacían en los indios tan libre y atrevidamente, es imposible que estos guayupes, habiendo estado en ellos las compañías de gentes que he referido, no dejasen de ser tan atribulados y destrozados cuanto he significado y mucho más.

Esta tierra le pareció bien, como he dicho, á Juan de Avellaneda, por tener disposición de minas de oro, y aunque el defecto de los pocos naturales le tuvo mucho tiempo resfriada la voluntad de ir á poblarlos ó pedir licencia para ello, la gran voluntad y deseo que de como suelen decir acrecentar honra tenía, avivó su memoria á la ambición, de suerte que por no hallar otra salida mejor donde ir á poblar, fue inclinado á pedir esta jornada de los guayupes, y aun para que se la diesen los Oidores la pidió so color de ir á buscar minas de oro y descubrirlas, y así fue que en el año dicho de cincuenta y cinco, habiéndole concedido á Juan de Avellaneda Temiño comisión para ir á buscar minas de oro hacia aquella Provincia de los guayupes, juntó en la ciudad de Santafé, donde á la sazón él era vecino y encomendero de indios, veinticinco españoles, con los cuales después de haber gastado alguna parte de su hacienda en aviarlos y pertrecharlos de las cosas necesarias, se metió la tierra adentro tomando la vía de los guayupes, y atravesando la cordillera del Reino, que es muy alta y frigidísima, fue á dar á una po-

blazón de indios que estaba al principio y entrada de los guayupes, cuyo principal ó Cacique se decía Narizagua, persona de mucha estimación entre aquella nación guayupe, el cual Juan de Avellaneda trajo á su amistad por mano de un Juan Gutiérrez de Aguilón que entendía muy bien aquella lengua y era encomendero de otro cacique ó principal que más cercano á Santafé estaba, ya de muchos días atrás puesto en la servidumbre y feudo de los españoles, á quien llaman Paz. Este principal de la encomienda de Aguilón tenía antigua contratación y amistad con el Cacique Narizagua, que iba asimismo con Juan de Avellaneda y la demás gente por cuya intercesión é importunación de Avellaneda, el Cacique Narizagua envió á hablar á ciertos principales de los guayupes llamados Yayay, Quere, Comajagua, haciéndoles saber cómo estaban allí en sus pueblos los españoles dichos, que pretendían pasar adelante á sus poblazones á vivir entre ellos, y que según con él las muestras habían dado era gente que ni hacía ni pretendía hacer ningún mal ni daño á los indios; antes les trataban bien y amigablemente y les daban de lo que tenían, entre los cuales venía Aguilón, español á quien él tenía particular amistad y voluntad y entendía que les sería favorable, y de que el principal ó Capitán de los españoles deseaba verlos en su amistad, que le parecía que debían ganarle por la mano y ser su amigo y venirle á visitar, pues después de fuerza ó de grado lo habían de venir á hacer.

Estas palabras del Cacique Narizagua, aunque por terceras personas dichas, pudieron tanto con los caciques y principales de los guapuyes, que á la hora que á sus orejas llegaron se partieron cada cual con los más indios que pudieron para adonde Avellaneda estaba, del cual fueron recibidos amigablemente y exhortados y rogados para que les fuesen perpetuos y leales amigos y tributarios, y dándoles algunas cosas de rescates de españoles, como son cuentas de vidrio y cuchillos, los indios y principales les prometieron de serles amigos y de hacer todo lo que les mandasen, sin excederse en cosa ninguna, dando muestras de todo contento y alegría en saber y entender que iban á vivir entre ellos.

El Cacique Narizagua intercedió y terció en esta confederación y amistad todo lo que pudo, que fue mucha parte para ello; también como Aguilón, español, era persona que entendía muy bien la lengua de estos bárbaros y les hablaba más desenvueltamente palabras regaladas y amorosas, hízose de todo punto fija la amistad, con lo cual se partió Avellaneda y los demás españoles que con él estaban del pueblo de Narizagua adelante, llevándoles los indios guayupes que allí habían venido con los principales arriba nombrados todo su fardaje, y para que la paz y amistad de estos bárbaros fuese enteramente guardada y la de los demás mejor se pudiese conseguir y alcanzar, mandó Avellaneda por pregón y ordenanza pública, con graves penas sobre la observancia de ella, que no se les tomase á los indios ninguna cosa de sus haciendas ni labranzas, ni se les maltratase en sus personas, ni en sus casas entrasen ningunas personas, y que la comida se les comprase con cuchillos y cuentas y otras cosas de poco valor que los indios tenían en mucha estimación, con la cual manera de mercado y feria y con ver que no se les hacía ningún daño ni se les tomaba cosa alguna por fuerza, no sólo se afirmaron y conservaron en la paz y amistad de los españoles, pero persuadieron en breve tiempo á todos sus comarcanos y vecinos á que hiciesen lo mismo, y así mediante esta buena orden en breve tiempo tuvo Avellaneda todos los indios guayupes de paz y sus amigos, puestos en su sujeción y caminando por sus tierras y poblazones bien servido y acompañado de los naturales y de sus principales fue á alojarse en las tierras del Cacique Comazagua, poblado en las riberas del río Ariare de la otra banda de él, y Avellaneda y los demás españoles se alojaron en la ribera del propio río Ariare, antes de pasarle ni llegar al pueblo del Cacique Comazagua, por quitar la ocasión de que algún soldado se desmandase á hacerle daño.

Convínole reposar en este alojamiento algunos días á Juan de Avellaneda, por traer algo cansados y maltratados del camino los soldados, porque como la bajada de la cordillera es tan larga y todo lo más de ella montañas, érales necesario abrir el camino para que los caballos pasasen, y

como el trabajo era mucho y los soldados entre quien se repartió pocos, sintiéronlo como era razón.

En este tiempo de *requiem* Avellaneda procuró informarse de los naturales si sabían de minas de oro, y él asimismo consideró la disposición de la tierra y á qué parte de ella había mejores señales y muestras de minas de oro, porque como había mucho tiempo que con Federmann pasó por ella, érale necesario de nuevo recorrer no sólo la memoria de lo pasado pero todo lo que había andado para dar con la quebrada ó río en que se había visto apariencia ó señal de oro. Los indios, como en esta Provincia jamás lo acostumbraron sacar, no supieron dar razón de lo que se les preguntaba, y así estaba el negocio más ciego y obscuro de lo que Avellaneda quisiera.

CAPITULO SEGUNDO

En el cual se escribe la principal causa por que los indios guayupes no tuvieron guerras con el Capitán Avellaneda y con los que con él entraron, y las causas por que entre otros naturales, después de dada la paz, se intentan novedades, y cómo Avellaneda envió un caudillo á descubrir minas de oro y fueron descubiertas.

Algunas personas habrá que de parte del odio y aborrecimiento que justamente tienen contra los crueles y crueldades hechas en los indios al tiempo de entrar á poblar en nuevas provincias, viendo la moderada entrada que Avellaneda y sus soldados tuvieron en estos guayupes y la facilidad con que fueron atraídos á la amistad de los españoles y conservados en ella, les parecerá que todos pudieran haber hecho lo mismo y excusado las guerras y otros incendios y muertes que en otras partes se han hecho, usando de aquestos medios de que Avellaneda usó, ó atribuirán esta pacífica entrada á la buena fortuna del Capitán ó á la buena condición y moderación de los naturales.

Ninguna de las tales cosas, ni aun los medios ni ruegos del Cacique Narizagua, ni la presencia de Aguilón y de su principal causaron entero efecto en lo dicho ni fueron parte bastante para excusarse estos indios de recibir algún daño; la causa principal de haberse humillado y pacificado tan presto fueron los grandes y excesivos trabajos en que en los tiem-

pos pasados se habían visto con los españoles y compañías ya referidas, que en esta provincia ó parte de ella estuvieron, donde habían sido bastantemente conquistados y redomados y esquilmados, y como supieron que Avellaneda y los demás españoles iban á residir y vivir entre ellos y tenían ya noticia por interpretación de los indios moscas de Santafé cómo donde los españoles poblaban no consentían que se sacasen los naturales para ninguna parte, antes los defendían y amparaban de quien mal les quería hacer, y temiéndose estos guayupes que por vía de Venezuela no viniesen á su territorio algunas compañías de gente como antes habían hecho y los acabasen de destruir, tuvieron por bien de recibir amigablemente en su compañía y tierra á estos españoles para que cuando fuese menester los defendiesen y conservasen, demás de que, como he dicho, tenían bastante experiencia del rigor, fuerzas y trabajos de los españoles, á los cuales para excusarse de sus manos ni era bastante el defenderse ni el huirse y esconderse, porque hasta en las cavernas y escondrijos de la tierra donde sus mayores huyendo de las calamidades pasadas se habían escondido, habían sido hallados y descubiertos de los españoles.

Estas cosas fueron las principales que á estos bárbaros atrajeron á la amistad de los españoles y al yugo de la servidumbre, porque el remedio de dádivas é intérpretes, y halagos y buenos tratamientos, muchos Capitanes lo han usado y aun entiendo que todos los más, pero como los indios sean de entendimiento tan rústico y bárbaro y nunca habían otras veces llegado á saber y conocer hasta dónde llegan las fuerzas y armas de los españoles, á la hora imaginan que aquella entrada en su tierra con ruegos, y halagos, y dádivas, y buenos tratamientos, es por temor que les tienen los españoles y por ser menos poderosos que ellos, y de aquí cuando los españoles piensan que los tienen de paz y en su amistad, los hallan sobre sí con las armas en las manos, de donde vienen á tener principio las guerras y ser prolijas, porque aunque en el primer reencuentro sean desbaratados y ahuyentados por los españoles, nunca entre ellos falta un mohán embaidor, que es el intérprete que habla con el demonio, que

á instancia del propio demonio que desea ver de todo punto la ruina y perdición de los míseros indios, el cual les persuade á que sigan la guerra con obstinación y que habrán victoria porque sus simulacros se lo dicen, de donde vienen los bárbaros á seguir con obstinación la enemistad contra los españoles y hacerles cada día acometimientos para echarlos de la tierra, donde nunca dejan de volver menos de los que entraron en la lid, y ya que por vía de guerra no los pueden echar de la tierra, el demonio por mano de sus mohanes y farsantes les dice que se retiren y escondan y aparten de los españoles á partes remotas y escondidas donde muchos de ellos vienen á morir de hambre, y yéndolos á buscar los españoles para atraerlos á su amistad y quitarles el miedo que tienen, son inducidos á tomar las armas para se defender, y así nunca les faltan modos como se perder y destruir; y aunque sea verdad que no haya causa ni razón legítima para que los españoles se entrometan en forzar á los indios por estos modos á que vengan en su amistad, pues de ellos se siguen los daños que he referido, y es notorio, pero algunas veces es necesario para la conservación de los indios amigos y que están ya debajo del dominio y amparo real, los cuales muchas veces por este respeto reciben daño de los otros bárbaros sus vecinos que están rebeldes y causan daño como he dicho á los amigos, y aun á las veces ponen por su rústica desvergüenza y atrevimiento en riesgo los pueblos de españoles de despoblarse y de que entre los indios amigos se pierdan y obscurezcan los tiernos principios que hay de fe católica.

Es cierto que los más pueblos que se han poblado en los confines de este Reino después de su primera conquista y pacificación, ha sido el principal intento y fin de los que lo han enviado á poblar el conservar en paz y amistad á los indios amigos y sujetos al dominio real y librarlos de los daños que por los indios sus vecinos les son hechos, y así algunas veces han sido causa en este Reino las naciones comarcanas, en tiempo que estaban indómitas y vivían en su libertad, de que se ordenasen é intentasen novedades entre los naturales moscas para haberse de alzar generalmente y matar á los es-

pañoles de todos los pueblos, porque los rebeldes con amenazas y temores muchas veces los promovían á esto, y siempre que se puebla un pueblo de españoles, como la tierra es larga, después que se han domado los rebeldes que causaban daño á los amigos y feudatarios del pueblo primero, á los indios que se han sujetado por esta causa luégo los persiguen otros sus vecinos que viven en su libertad, y los damnifican, por donde los jueces ó superiores, para conservar y sustentar el segundo pueblo y los naturales de él, permiten que los vayan á pacificar, de donde proceden luégo las guerras referidas por inducimiento del demonio más que por propia voluntad de los indios, porque aunque hay hombres de ánimos crueles no serían bastantes sus fuerzas de éstos á interrumpir la buena orden si los indios no ofreciesen las ocasiones en las manos, las cuales, como he dicho, ofrecen más por persuasión del demonio, enemigo suyo y nuéstro, que por defender su libertad; porque claro está que si en las pacificaciones modernas donde los Capitanes y soldados por temor de las residencias y castigos que les han de sobrevenir procuran evitar todo lo que en sí es posible los daños y malos tratamientos, y con toda diligencia y á costa de rescates que llevan y dádivas que á los indios dan, procuran traerlos á su amistad conservándoles en la mayor parte de la libertad que siempre tuvieron y aun en toda, porque nunca á los principios se les impone á los indios tanta carga de servidumbres como después andando el tiempo, que lo más á que se extienden es á que se les hagan labranzas de maíz para su sustento y algunos bohíos que se hacen con facilidad, y aun esto muchas veces se les paga.

Luégo síguese que el tomar las armas los indios en semejantes tiempos que no es por conservar su libertad, la cual ellos defenderían muy justamente, sino por las persuasiones referidas del demonio, lo cual se ha sabido claramente de los propios indios después de pacíficos; y si esto es bien ó mal hecho, ó justo ó injusto, júzguenlo los teólogos y canonistas y personas doctas que lo entienden, porque aquí mi intención no es de aprobar ni reprobar ninguna cosa de estas, pues es materia muy distinta de la que voy tratando; sólo ha sido mi intento en esta parte dar claridad y noticia de lo que en

este Reino he visto y oído y entendido, porque de todo lo escrito en esta historia parte de ello he visto por mis propios ojos y parte he sabido de los propios que en ello se han hallado; y pues la materia que al principio de este capítulo comencé queda con sus circunstancias medianamente declarada, y en lo que fuere falta se podrá hallar en algunas partes del discurso de la escritura, tornaré á lo principal que en este Libro voy tratando de la poblazón de San Juan de los Llanos.

Después que el Capitán Avellaneda hubo con sus soldados algunos días descansado en el alojamiento que hizo riberas del río Ariare, envió un caudillo con parte de la gente española que con él estaba, que fuese el río arriba de Ariare, costeándolo hacia sus nacimientos, y viese si llevaba oro, y el caudillo y los españoles se partieron el río arriba, llevando consigo negros é indios buenos lavadores y sacadores de oro, y todo el recado para sacarlo, como son bateas, almocafíes barras y azadones, y siguiendo el río Ariare arriba, apartados á distancia de una jornada de donde Avellaneda había quedado, catearon el río y lavando del cascajo que en la madre de él había, hallaron muy buen oro y lo mismo hallaron fuéra del río en sus riberas; sacóse oro muy granado y fino que tenía á más de á veinte quilates; sacáronse puntas del río en estas primeras catas de á ocho y diez pesos cada una; es oro que su bajera y menos valor es sobre plata, que es tenido por mejor que el que la tiene sobre el cobre.

Tiene este río Ariare sus nacimientos en los páramos que llaman de Fosca y Pasca, que es lo alto de la cordillera más cercana á ciertos pueblos de indios moscas llamados de este nombre Fosca y Pasca, de donde fueron los páramos llamados así y también porque los indios y naturales de estos dos pueblos van á hacer sus monterías de venados y conejos á estos páramos, de los cuales se crían en mucha cantidad; y bajando este río Ariare de la cumbre y altera de estos páramos, se despeña con grande ímpetu por entre unas sierras muy fragosas y ásperas que lo más del año están cubiertas de nieve, y desembocando de estas sierras como de una angosta canal da en tierra algo llana y asentada, por donde el río va con menos velocidad que en las partes dichas, aunque

no deja de llevar muy grande corriente, tanto que por ella y por las grandes piedras donde se hallaron estas minas hoy no se ha sacado gran cantidad de oro, porque según afirman algunos experimentados hombres que tienen conocimiento del descubrir y labrar minas de oro, juzgan por ciertas conjeturas ir este río por la madre y canal del lastrado de oro, y por defecto de su gran corriente y mucha agua y gran cargazón de piedras no se puede sacar, aunque en ello se ha puesto la diligencia posible. El agua de este río es delgada y muy dulce y gustosa. En lo llano se junta con el río Uriari. Es todo él muy abundante de todo género de pescados de buen sabor y comer; hácense en él grandes pesquerías así por los indios como por los españoles.

El caudillo y sus compañeros, después de haber sacado cierta cantidad de oro para certificación y muestra de que en aquel río lo había, se volvieron adonde Avellaneda estaba, donde después de haberse visto por todos una tan buena muestra de oro como fue la que allí de prima faz se sacó, no hubo hombre español de los que allí estaban que no se juzgase por muy feliz y bienaventurado en haber entrado en aquella tierra, porque imaginaba en sí que en breve tiempo se había de hallar señor de tanto oro cuanto hubiese menester para irse á su tierra y hacer un buen mayorazgo, y así fue celebrada esta primera muestra de oro y descubrimiento de las minas con mucho contento y alegría de todos los españoles y de su Capitán.

CAPITULO TERCERO

En el cual se escribe cómo el Capitán Avellaneda dio noticia de las minas y tierra de los guapuyes á la Audiencia del Nuevo Reino y le fue dada comisión para que poblase, el cual pobló la ciudad de San Juan de los Llanos, y cómo fue mudada diversas veces hasta ponerla donde al presente está, y la venida de Avellaneda á la Audiencia á dar cuenta de lo que había hecho y á pretender comisión para hacer otra jornada.

Juan de Avellaneda, luégo que las minas fueron descubiertas, propuso de dar noticia de ello á la Audiencia para que le diese licencia y facultad y comisión para poblar; pero los demás españoles que con él estaban, juzgando ser el oro

de las minas mucho y no muy trabajoso de sacar, parecíales que de más de ser cumplimiento superfluo el que Avellaneda quería hacer en dar aviso y pedir licencia á la Audiencia, era en su perjuicio, porque como en el Reino y ciudad de Santafé se diese noticia de las ricas minas que se habían descubierto y de la quietud de los naturales, habían de pretender algunas favorecidas personas ir á gozar de lo que ellos habían descubierto y pacificado y merecían justamente poseer, y así comenzaron á decir al Capitán Avellaneda que era muy temprano para dar aquel aviso y que sin esperar licencia de la Audiencia podía poblar y repartir los naturales entre ellos, pues en ello no se cometía ningún delito, y que cuando la tierra tuviese más asiento y ellos algún posible, se podría muy bien hacer lo que el Capitán pretendía; pero Avellaneda, considerando el daño ó daños que de hacer lo que los soldados le decían se le podría seguir, y demás de esto la poca gente española que consigo tenía y la vuelta que los indios suelen dar é intentar novedades, la cual si estos guapuyes dieran estando entre ellos no más de los veinticinco españoles que Avellaneda había metido, los podían acometer á tiempo que los hallaran divididos y les hicieran y causaran harto mal y daño y aun por ventura los mataran á todos; y así se resumió en poner por obra su primera determinación, y enviando por mensajero y farante del negocio á un Antonio de Robles con sus cartas y muestras de oro que cierto era bueno y de estimar, le dio instrucción de lo que había de pedir en la Audiencir y hacer en la ciudad de Santafé para atraer á sí gente y soldados.

Llegando Robles á Santafé los Oidores Briceño y Montaño lo recibieron alegremente, y pareciéndoles muy bien la muestra del oro y que labrándose y sustentándose las minas sería cosa de que se seguiría grande utilidad y provecho á toda la república y quintos reales, le enviaron y dieron luégo comisión á Avellaneda para que en aquella Provincia de guayupes poblase un pueblo de españoles, nombrándolo á él por su Teniente y Justicia mayor y dándole comisión para que repartiese los naturales entre los españoles que en el pueblo habían de permanecer, haciendo de ellos apuntamiento ó re-

partimiento y enviándoselo para que si les pareciese lo confirmasen; y juntamente con esto procuraron que con Antonio de Robles se juntase alguna gente española para que fuesen á ayudar á los que con Avellaneda estaban á sustentar más seguramente la tierra, con cuyo favor y calor Robles juntó veinte hombres y habidas sus provisiones y recados se volvió á la Provincia de los guapuyes, donde Avellaneda estaba. Fue alegre su llegada así por los buenos despachos que se le habían dado como por la compañía que consigo llevaba.

Avellaneda, luégo que vio la comisión que la Audiencia le enviaba, pobló en el propio sitio donde estaba alojado, en las riberas del río Ariare, un pueblo al cual llamó San Juan por haberlo poblado víspera del bienaventurado San Juan Bautista del año de cincuenta y seis, y llámase de los Llanos por estar poblado junto á los llanos de Venezuela; poblóla en este sitio con aditamento de mudarla á otro lugar mejor cuando conviniese, que es común usanza de pobladores en las Indias, porque nunca en la primera vuelta que por la tierra dan ven enteramente todo lo necesario y buen acomodo que hay en la tierra, y después andando el tiempo vienen á tener conocimiento y noticia de mejores sitios ó lugares donde mudan y fijan sus pueblos. Las ceremonias con que estas poblazones se hacen y fijan no será necesario decirlas ni repetirlas en este lugar, pues en diversas partes otras de esta historia se hallarán escritas, y lo mismo la elección que el Capitán hace cuando puebla de Alcaldes y Regidores, y otras circunstancias que las tales poblazones traen consigo.

Avellaneda se detuvo con su pueblo en este alojamiento del río Ariare algunos días hasta que acabó de ver y repartir los naturales entre los españoles que consigo tenía, haciendo de ellos su repartimiento y apuntamiento general, después de lo cual, por ser este sitio muy bajo y ahogado, sujeto á los vapores y neblinas que del río é inundaciones suyas se levantaban, que lo hacían enfermo, se mudaron de común consentimiento siete leguas más adelante, á la tierra de un principal ó cacique llamado Caure, que pareció ser tierra más alta, y escombrada, y rasa, y airosa, y fresca; púsose el pueblo á las faldas de unas sierras altas, á la parte del poniente de

ellas, las cuales hacen cierta abra ó boquerón, por donde desembocaba sobre el pueblo de los españoles el viento vendaval tan recio y frigidísimo que parecía ser muy perjudicial á la salud y vivienda de los españoles y naturales, por cuya causa determinaron los vecinos de pasarse tres leguas más abajo, al sitio donde al presente está, que es á las riberas del río llamado Guape; es este sitio sano y de buen temple y aires incorruptos, de grandes sabanas y campos rasos abundosos de caza de venados, bien proveído de agua, yerba y leña, que todo lo tienen cerca del pueblo.

Este sitio donde esta ciudad fue fijada y al presente está poblada es apartado de una legua del pueblo que en esta Provincia llamaron de Nuestra Señora, los españoles como van de este pueblo de Nuestra Señora á la ciudad de Santafé, de donde está apartada esta ciudad distancia de cuarenta leguas hacia la parte del Sur saliendo de Santafé, y cae su poblazón y provincia á las espaldas de los pueblos de Ubaque, Fosca y Pasca, que como he dicho es gente mosca y de los términos de Santafé.

El Capitán Avellaneda, fijado el pueblo en la parte y lugar dicho y dada la mejor orden que pudo para que aquella tierra tuviese asiento y los naturales fuesen conservados en su paz y amistad, y los españoles les hiciesen todo buen tratamiento, se vino á la ciudad de Santafé á dar cuenta á la Audiencia de lo que había hecho y era la tierra, y á que le confirmasen el repartimiento que de los naturales en los españoles hizo, y á que se le diese otra nueva conducta ó comisión para pasar adelante de la Provincia de los guayupes á ciertas provisiones que se le habían dado por noticia y poblar en ellas un pueblo. Los Oidores le confirmaron el repartimiento que de los guayupes había hecho y le concedieron nueva comisión para juntar y hacer gente y proseguir la demanda y descubrimiento que pretendía, pero esto le salió en blanco á Avellaneda, porque como ya por virtud de la comisión que se le había concedido hubiese comenzado á juntar gente para conseguir su jornada, le fue suspendida la comisión por la Audiencia, no se sabe si por alguna nueva comisión ó provisión que de España hubiese venido suspendiendo

las jornadas y nuevos descubrimientos y poblazones, ó si por emulación de algunas personas que no estaban bien con Avellaneda, ó de religiosos ó personas doctas que viendo y considerando los daños que por algunos crueles y malos hombres se hacen y cometen en semejantes entradas, persuaden á los Presidentes, Oidores y Gobernadores que no las den ni consientar hacer, demás de la nueva suspensión que el Rey tiene puesta en ello; y religiosos hay tan escrupulosos en este caso de las jornadas, que á ningún soldado que tenga entero propósito de ir á ellas le quieren confesar ni oír de penitencia, por parecerles que todo el tiempo que el tal soldado está con aquel propósito de entrar y andar en jornadas, hallan no estar en buen estado, porque considerando cuán generales son los daños y males que en las jornadas se hacen y cometen, á todos los soldados que á ellas iban, á los unos porque actualmente los perpetran y cometen, á los otros porque les dan favor y auxilio, y á los otros porque se hallaron presentes á ello, mediante lo cual parece que aunque sus ánimos estuvieron apartados de aquellas crueldades y sus manos de los robos, en alguna manera dieron auxilio y favor á los malos por ir en su compañía, y así desechan de sí estos hombres, sin quererlos oír ni absolver, lo cual á muchos ignorantes ha parecido demasiado rigor y estrecheza, y aun estos tales sacerdotes religiosos muchas veces no quieren confesar ni oír en penitencia á los que han andado en jornadas, por parecerles que pocas veces cumplen las restituciones que se les mandan hacer, y se les pasa un año y dos y diez sin hacerlas, el cual rigor también se extiende contra los encomenderos que son descuidados y negligentes en procurar lo que conviene á la doctrina y conversión de sus encomendados y muy diligentes y solícitos en cobrar de ellos sus tributos y demoras tasadas, y algunas veces más de las tasadas.

Volviendo á lo que de Avellaneda iba tratando, como vio que le fue quitada y suspendida le comisión que para su nueva jornaba le había sido dada, él se vio tan desesperado ó lleno de cólera que estuvo por no volver más á la ciudad de San Juan de los Llanos, antes procurar despoblarla, lo cual pudiera fácilmente hacer; pero como él había sido el funda-

dor de ella y á quien más infamia se le seguía de su despoblazón, perdiendo el enojo que tenía se volvió á ella, y llevando nuevo socorro de ganados y gente la sustentó y ha sustentado hasta que se le otorgó la jornada que pretendía, de la cual se dirá adelante. De ella salió perdido y se volvió á venir á San Juan de los Llanos, donde ha estado sustentándole hasta el día de hoy, aunque con trabajo suyo y de los españoles, porque los indios y naturales de aquella Provincia fueron después muchos menos de los que al principio parecieron, porque las minas de oro no salieron tan prósperas como pensaron y la muestra dieron, y así ha sido este pueblo más destrucción y ruina de españoles que por ir y venir á él y sustentarlo han perecido ahogados de ríos y muertos de indios y de fieras, que en pro ni utilidad particular ni general; algunos de los cuales, por parecer sus muertes más juicio y castigo de Dios particular que sucedidas acá, se tratará en los siguientes capítulos para ejemplo de los que viven disoluta y absolutamente y sujetos á sus desordenados apetitos, y asimismo de algunas propiedades de los naturales y fuerza de animales que en esta tierra se han visto.

CAPITULO CUARTO

En el cual se escribe la disolución que en este Reino hay entre los españoles de vivir tan lujuriosamente y el poco remedio que en ello pone la justicia, y las desastradas muertes que han sufrido algunas personas que de esta suerte han vivido.

Es tan grande la disolución que en algunas partes hay entre españoles de vivir lujuriosa y carnalmente, que verdaderamente me pone espanto y admiración; y ponen en este desorden y disolución tan poco remedio los jueces y justicias que si no son los que como he dicho Dios Todopoderoso ha querido castigar para ejemplo y enmienda nuéstra, jamás he visto que sobre este caso se haya hecho ningún castigo por la justicia, ni aun siquiera imponer terror ó temor á los muchachos que nueva y libremente crían, de los cuales pocos hay que no se precien de tener una y dos y tres mancebas indias ó mestizas, y esto no muy cautamente porque todos ó los más en són de criadas las tienen en sus casas sujetas á su

apetito y voluntad; y ya que las justicias son remisas en esto y negligentes, no veo que por vía de los confesores se remedie cosa alguna este daño, sino que cada año los veo absueltos y confesados y recibir el Santísimo Sacramento de la Eucaristía, pues es cierto y tengo para mí que muy pocas cosas de estas ignoran estos confesores, porque en sus generales reprensiones las publican los predicadores, el cual vicio y disolución no pequeño daño causa á los naturales sino muy grande y pernicioso, porque con el común mal ejemplo que con este vicio y otros les dan muchas personas, cuando les trataren de que dejen la multitud de mujeres y mancebas que tienen y que se queden con una para que naturalmente vivan, bien claro está que responderán lo que ven, y así es tan poco el fruto que en ellos se hace con la doctrina que se les da á causa de este y de otros muchos ejemplos, que los más de ellos entiendo que se están hoy en su antigua barbarie y gentilidad sin llegarse casi nada siquiera á la ley natural, porque conforme á las ocasiones dichas para que obren conforme á la evangélica ley es muy temprano, y como dice Santo Tomás en la Suma contra gentiles, más mueven los..... (*) llegábanse así los bárbaros á halagarlo y decíanle..... (*) quiere decir padre no te vayas al cielo que luégo te iremos á servir, y con esto se les mostraba manso, y los indios hacían luégo lo que él quería; pero estos embustes no le excusaron de que no muriese ahogado, y sin estos otros que por conservar á sus concubinas y tenerlas ó traerlas consigo han sido miserablemente muertos ellos y ellas, como fue un Francisco Rodríguez, que viniendo de San Juan de los Llanos á Santafé traía consigo una india, la cual venía indispuesta, y en cierta montaña junto á los páramos de Fosca y Pasca se adelantó de él otro español que con él iba é indios de cargas que llevaban, y quedándose los dos solos cada uno de ellos fue muerto de por sí por osos y leones que en este arcabuco los hay, y así perecieron entrambos á manos de animales; otro soldado, Francisco Carrión, trayendo consigo una india de un repartimiento de unos amigos suyos contra la voluntad de

(*) Mutilado el original.

su padre de la india, el cual venía juntamente con el Carrión, y habiéndose quedado á dormir en el camino por no alcanzar al pueblo, el Carrión con título de que la india, que era de buen parecer, no se le huyese, la echó consigo en la..... (*)

CAPITULO QUINTO

En el cual se escribe la diversidad y monstruosidad de culebras, tigres, osos y otros animales que en esta tierra se crían, y de algunas aves y de su proporción. Trátanse algunos daños que tigres en indios han hecho.

Al principio de este Libro dije cómo esta ciudad de San Juan de los Llanos ya estaba fundada al pie de la cordillera del Reino, de la otra parte de ella, junto á los llanos de Venezuela, en la Provincia de los guayupes, cuya región y tierra participa de los altos de la cordillera y de lo bajo de los llanos, porque desde donde el pueblo está puesto para arriba está toda la serranía que cuelga y depende de la cordillera donde toda la más de esta gente guayupes están poblados, la cual es tierra no muy escombrada ni rasa, porque á partes tiene y cría en sí grandes montañas y á partes sabanas. Como he dicho, es tierra doblada y áspera; del pueblo para abajo es tierra llana, y de los llanos de Venezuela todo lo más de ella rasa y escombrada, pero cubierta de una paja muy alta y muy dañina á las piernas de los indios, porque se las roza y rasguña, y para remediar esto los indios hacen de cuero de venados cierto calzado que les llega sobre los tobillos y de allí para arriba se ponen cierta manera de medias calzas hechas de un cáñamo sacado de unas hojas de árboles á quien llaman palmichas, y para que más cómodamente se pueda andar por estas sabanas y campiñas tienen los indios cuidado de pegarles fuego diversas veces del año, porque de otra suerte no se podría andar por ellas á causa que como he dicho crece tanto la paja de estos llanos que cubre un hombre de á caballo.

Es toda esta tierra muy caliente, y lo llano en extremo grado; críanse en ellas generalmente mucha cantidad de venados, de los cuales se matan muchos porque corren poco, y á

(*) Mutilado el original.

uña de caballo los alcanzan y alancean. Críanse grandes culebras de las que llaman bobas, y en esta tierra de San Juan de los Llanos mató un Pedro de Sanmiguel una culebra que tenía veinticuatro pies de largo, y cuando la mató estaba este animal en una ciénaga de poca agua, enroscada comiendo un venado que había tomado, y era tan grande el bulto que hacía, que aunque por otros españoles fue vista en la ciénaga, fue juzgada por roca ó peña; el venado no lo comía como lo comen los otros animales, sino teníalo muy molido y hecho pedazos, y entero y por entre las piernas lo iba chupando dejando el cuero ó piel entero, y así lo hacen las demás culebras que por la mayor parte se sustentan de venados y otros animales, á los cuales se les enroscan al pescuezo y cuerpo y así los ahogan con su mucho apretar. También se sustentan de los pescados y animales que en el agua se crían, donde las culebras por la mayor parte habitan. Estas culebras grandes que llaman bobas siempre suelen ser pardas. Hay otras muchas maneras de culebras de menor grandeza que las dichas, pero de diversos colores y efectos por su mortal ponzoña, como son las verdes, y coloradas, y azules, y matizadas de diversas pinturas, y con muchas ruedas por todo el cuerpo; otra culebra hay negra y larga cuya ponzoña es de tal vigor y fuerza, que muchas veces acaece á la persona á quien muerden ó pican echar sangre por los oídos, ojos y narices, y boca, y por entre las uñas de las manos y de los pies, cosa cierto de grande admiración y temor. También hay aquí de las culebras de cascabel que porque son y traen casi á la punta de la cola cierta verruga hueca que suena ó hace cierto ruido son llamadas de cascabel, cuya ponzoña mata al que pica dentro de veinticuatro horas. Hay víboras y otro género de culebras pardas; hay otras pintadas con cierta manera de cadenilla, que también son ponzoñosas. La dentadura y colmillos de todas estas culebras, demás de ser muy agudos, están puestos por tal orden por la sabia Naturaleza, que los recogen y extienden cada vez que quieren de la forma que el gato hace sus uñas cada vez que quiere aprovecharse de ellas. De todos estos géneros de culebras se han muerto en esta Provincia y términos de San Juan por los españoles, especialmente de las grandes.

Crían asimismo estos Llanos gran cantidad de tigres, que como en otras partes he dicho es animal feroz y traidor y de grandes fuerzas y furia; su proporción al natural es la del gato; su grandor es de un becerro de seis meses y mayor; su color es casi amarillo, todo manchado de pintas negras; algunos españoles, vecinos de San Juan han muerto algunos de estos tigres peleando con ellos en el campo, con armas arrojadizas tiradas desde afuera. Han estos animales hecho grandes daños en algunos pueblos de indios, comiéndose los naturales hasta despoblarlos y arruinarlos de todo punto, lo cual hacen muy atrevida y desvergonzadamente, y después de una vez cebados en hacer saltos y daños en un pueblo de indios, nunca cesan hasta que los matan, lo cual los indios hacen pocas veces, por ser tan pusilánimes y poco ingeniosos, pero los españoles les atajan su carnicera furia con unos corrales cubiertos por encima con una gruesa puerta de golpe, donde les arman con alguna presa de indio ó india muerto que les han hecho soltar, y allí les dan de arcabuzazos y los matan. Dende á poco tiempo que esta ciudad se pobló se comenzó á cebar un tigre en un pueblo ó lugar de indios que tenía encomendados un Amaro, en que había más de cien personas, y en muy poco tiempo se los comió todos, sin que los miserables indios tuviesen habilidad de atajar la furia de este animal, antes es como he dicho tanta la bestialidad de estos bárbaros, que habiendo quedado obra de seis personas de este pueblo se retiraron á otro de un Alonso Buey, que estaba apartado de allí, tras de los cuales el tigre se fue porque la comida no le faltase, y como se alojasen estas seis personas en un bohío, este carnicero animal se puso en salto, de suerte que la propia noche que llegaron mató un muchacho que salía á proveerse, y como los indios que allí estaban vieron que eran seguidos del tigre, acordaron de irse de allí adonde había españoles, pero un bárbaro de éstos, ya envejecido en días, no se quiso salir de aquel bohío él ni su mujer, diciendo que él había visto todos los daños que aquel tigre había hecho, y que aunque había ya acabado de matar y comer toda la gente de su pueblo, que á él ni su mujer no había osado llegar, y con esta bárbara con

fianza se estuvo quedo hasta que el tigre volvió á buscar de comer, y hallando los dos viejos en el bohío, marido y mujer, los mató á entrambos y uno á uno se los llevó á la montaña, donde los comió, y luégo comenzó á dar tras la gente de aqueste pueblo segundo, donde cada día hacía grandes saltos en indios é indias, hasta que el encomendero, por reparar y atajar los daños que sus indios recibían, hizo un corral donde lo tomó y mató, después de haber este animal fiero muerto más de doscientas personas y haber hecho grandísimos saltos en indios y negros, tanto que casi toda la Provincia lo temía extrañamente por su grande atrevimiento; tenía de largo después de muerto diez pies y medio y tan viejo que de cano tenía ya perdidas la pintas negras.

Después de los tigres son muchos los osos que en esta tierra hay, aunque no tan dañinos como los tigres, pero es animal que si siente que le han miedo, arremete y hace el daño que puede; pero pocas veces, como he dicho, acometen á los hombres, aunque sean indios, si no es como he dicho que sienten que les tienen temor. Los naturales de esta Provincia afirman que en tiempos pasados haber habido en ella un oso del tamaño y grandor de un caballo, el cual tenía la cara y pecho blancos y hacía su habitación en una montaña alta que está sobre un pueblo de indios llamado Pisirí, de donde salía á matar indios para su mantenimiento, y que fue tanto el daño que hizo y tanto el temor que los indios le cobraron, que todos los más dejando sus poblazones y naturalezas se iban á vivir á otras partes. Hay otro género de osos que llaman hormigueros, que serán del grandor de un crecido lebrel; en los lados tiene figurado por la pintura del pelo de blanco y pardo obscuro una forma de daga; el hocico, de los ojos para adelante, tiene el largor de dos cuartas de vara, y raso, sin criar en él pelo ninguno, y redondo; la boca tienen tan pequeña, que en ella no les cabe un dedo; no tienen dientes ni muelas y es redonda, y cuando más la abre será como la ventana de la nariz de un hombre; su mantenimiento es solamente hormigas, de donde se le dio la nominación de oso hormiguero; la forma que tiene en comer hormigas es esta: vase este animal á los hormigueros y partes donde las hormi-

gas se crían, y con las manos mueve la tierra de las cuevas de las hormigas para que ellas, sintiendo el movimiento, salgan como suelen, alborotadas, y en viendo el oso que las hormigas salen, de golpe saca la lengua, que la tiene muy larga, y tiéndela por cima del hormiguero, á la cual luégo acuden las hormigas y péganse á morderla en muy grande cantidad, y después que el oso siente su lengua bien cubierta de hormigas, recógesela en la boca y tragáselas todas, y con esto se sustenta y pasa la vida. Hay otro animalejo, que los indios llaman en su lengua hangod, del tamaño y grandor de un crecido zorro, á quien la sabia Naturaleza proveyó de tal ornato para la crianza de sus hijos pequeños, que cada vez que ha de caminar los mete en unas bolsas que junto á las tetas tiene, que se abren y cierran de la manera que las pestañas de los ojos, y se los lleva muy seguros y escondidos sin que se echen de ver, cosa cierto de gran maravilla. También el mismo mico ó mono á quien llaman gato de arcabuco, todas las veces que camina lleva á sus hijos á cuestas, aunque sean tres ó cuatro, los cuales van tan pegados á la madre, que sin hacerle estorbo salta con ellos de un árbol á otro con mucha facilidad y ligereza, que la tienen grandísima en andar por los árboles y saltar de unos en otros; un gato de estos por la punta de la cola se ase de una rama, y para aventarse más á lo largo y alcanzar á otro árbol que está apartado de donde está colgado, da dos ó tres vaivenes con la rama hacia atrás, como quien toma corrida para saltar más, y así se arroja con sus hijos á cuestas, y nunca le verán errar el golpe ó salto que va á hacer. Otro animalejo se cría en esta tierra, del tamaño de un pequeño lechón, y tiene unas lanas como de coracinas que le cubren desde la cabeza hasta la punta de la cola, y le hacen una armadura ó cubierta muy graciosa, debajo de la cual mete y esconde pies y manos.

En los ríos se cría un animal de hechura de un puerco, salvo que el hocico tiene romo como becerro, los pies y manos tiene de la forma de los del pato, y aunque su criación y habitación es en el agua, susténtase fuéra de las yerbas que por las riberas se crían; su carne es de buen comer; háconse de ella perniles, porque siempre andan gordos; llámanse co

múnmente guardatinajos y por otro nombre arribobos; no son éstos los que llaman manatíes; mátanlos los indios con flechas cuando salen á pacer á tierra. Hay pericos ligeros, de cuya proporción en otra parte tratámos. Otros muchos géneros de animales hay, así feroces como domésticos, de extraña naturaleza, de que aún no se tiene entera noticia, por lo cual no van aquí escritos. Otros muchos géneros de sabandijas ó pequeños animalejos produce la tierra, que comúnmente su utilidad redunda en pesadumbre y daño de los hombres, á similitud de otros que en España hay, como son alacranes de feble ponzoña, arañas perjudiciales, murciélagos muy dañinos que de noche dan crueles bocados en las personas dondequiera que las hallan descubiertas; pulgas, piojos y otros, que á la imitación de éstos, se sustentan de sangre humana, á quien llaman pitos; son del tamaño de un tábano; acuden de noche adonde la gente duerme, y allí sin ser sentidos chupan de la sangre toda la que pueden. La nigua es otra sabandija más pequeña que la pulga y de la propia hechura y color, á quien ha hecho famosa su generalidad en las Indias y su perjuicio en las gentes, especialmente en los muchachos que andan descalzos, á quienes se les meten por entre las uñas de los pies, y después de encarnadas allí dentro de la carne se van hinchando y creciendo como una garrapata gorda; algunas veces dan pesadumbre por haberse de hacer en la carne mayor portillo al sacarlas que el que ellas hicieron cuando entraron, que era muy pequeño, y todo cuanto chupan y engruesan dentro de la carne lo convierten en liendres, de donde se engendra tanta multitud de ellas cuantas hay; acuden más comúnmente á los pies que á otra parte alguna de todo el cuerpo, y la causa de esto yo no entiendo qué sea; pocas veces son sentidas al entrar, porque son tan pequeñas que casi me parece que tienen el grandor del arador, y así cuando vienen á sacarse no dejan de haberse hinchado harto. Otros habrán tratado más largo y particularmente de esta sabandija, y por eso yo no quiero hablar más de ella.

No menos poblado está el aire de diversidad de aves que la tierra de animales, pero aunque yo estuviera obligado á

dar entera relación y aun mediana de todo ello, era imposible poderlo cumplir por muchas causas que el lector podría considerar, y así reciba por servicio el trabajo de lo que acerca de estas cosas y otras semejantes aquí en breve hallare escritas. Un curioso pájaro se cría en esta tierra y en otras muchas partes, del tamaño y color de una mirla, excepto que tiene la cola larga y amarilla, y es tal el instinto que la Naturaleza en esta avecilla puso, que por librar sus hijos de las manos de los gatos y otros animales que por los árboles y montañas andan, hace su nido en la más delgada punta del ramo que más fuéra sale del árbol, de la cual cuelga un bejuco que es como una rama delgada de hiedra en el aire, como una vara de medir, y allí hace y ordena su nido por tal orden que de nadie son ofendidos sus hijos, y con tanta curiosidad hecho y ordenado, que pone admiración el mirarlos, porque los hacen casi tan largos como una media calza y muy fornidos de mucha fagina ó menuda rama que traen, y para el lecho de los hijos donde se han de criar pone un vello de una yerba que es como el que echa el cardo ó alcachofa, y en esta forma se juntan á criar grandes manadas de estos pájaros y hacer sus nidos apartados unos de otros muy concertadamente. Hay paujíes, que es un ave negra del tamaño de un gran capón, de muy buena carne de comer; los machos crían sobre la cabeza una piedra tan alta como dos dedos, turquesada, y de este color son los huevos que la hembra pone y del grandor de los de una gallina Otro pájaro se cría cierto de extraña naturaleza por la particularidad que en él hay; él será en el cuerpo del grandor de una mirla y aun más pequeño, pintado todo de verde, amarillo y negro el pico, del cual es tamaño y tan grueso como un estuche de mujer, y con él hace tanto de estruendo y ruido que si no lo ven ni saben lo que es, les parece que están muchas personas con piedras partiendo nueces, y así ha habido españoles que oyendo el ruido que este pájaro hace con este disforme pico que tiene, andando en conquistas, creyendo ser gente de los naturales, acudir donde oyen el ruido y hallarse burlados. Un pájaro cría la tierra á quien por ser tan pequeño llaman los españoles tominejo, pintado de finos colores, verdes, azules y amarillos, que

jamás se posa ni pára en árbol para comer sino en el aire, sustentándose con las alas, come y chupa el meollo ó corazón de las flores, que es de lo que se sustenta; es mucho más pequeño que un pajarillo á quien llaman mosquito en muchas partes de España, y de estos tominejos ha acontecido pesar cuatrocientos de ellos juntos, con pluma, tripas y pies, y no llegar á pesar una libra. Y para en cuanto á las aves baste lo dicho en este lugar, que aunque como he dicho no tengo obligación á tratar de estas particularidades, por el discurso de la historia se hallarán derramados otros muchos géneros de aves y animales fieros y culebras, sin los referidos; de los ríos no tengo que particularizar aquí sino que en esta tierra son abundantísimos de pescados de muchas maneras y géneros, y que todos son de comer y en ellos hacen los indios y españoles grandes pesquerías.

CAPITULO SEXTO

En el cual se escribe la manera de la gente guayupe y sus casamientos, y lo que hacen con los primeros hijos que les nacen, y las ceremonias de que usan, y la manera de curarse, y las preeminencias de los médicos y otras particularidades que entre ellos se usan.

Los indios guayupes es gente de buena disposición y bien agestada y lucida, y muy amigos de españoles y de imitar su manera de vivir; andan desnudos en carnes, no porque les faltara algodón de que hiciesen vestidos, mas por ser ellos en sí laxativos y de poco trabajo, y también como la tierra es tan cálida que jamás se siente frío en ella, aunque sea tiempo de muchas aguas no hay rigor de frío que les compela á abrigarse como á otros indios de tierras frías, como son los de Santafé, Tunja y Vélez, que aunque en los naturales moscas no se coge ningún algodón, ellos por abrigarse y tener con qué cubrir sus carnes lo traen de estos llanos y gente que junto á ellos habitan. Estos guayupes se precian mucho de buen cabello, el cual curan y benefician y lo traen muy largo y tendido por las espaldas; pélanse las frentes y hácense en ellas muy largas entradas y muy bien ordenadas; algunas veces se recogen el cabello con unas anchas tranzaderas de al-

godón y lo juntan todo al colodrillo, de tal suerte que queda hecho de él en aquel lugar una rosa de la forma de las que algunos curiosos soldados hacen en las ligagambas. Las mujeres de estos guayupes andan de la propia suerte que los varones, excepto que cubren sus partes vergonzosas con cierta tablilla ó corteza de árbol puntiaguda que traen atada á la cintura. Sus casas ó bohíos son largos y de vara en tierra, á quien los españoles llaman caneyes, en donde habitan y moran muchos indios casados juntos, y su dormir es en hamacas de algodón ó de damajagua.

Sus casamientos son por interés, que el que se quiere casar trata con los padres ó hermanos de la moza á quien está aficionado, que se la den por mujer, y ellos se la otorgan con que les ha de dar algún precio conforme al posible que tiene, y la mitad de esto que dio por la mujer se le ha de dar al Cacique ó principal, y con esto celebran sus bodas con la solemnidad de beber y bailar y danzar, que en otras muchas naciones lo suelen hacer, y después de juntos, si la mujer se empreña, el primer hijo ó hija que pare lo entierran vivo ó lo echan un río abajo, cosa cierto que en crueldad y brutalidad excede á todas las criaturas racionales é irracionales, porque no sé de ninguna que no procure conservar sus hijos; antes como se lee y aun se ha visto por experiencia de la víbora que se da en manjar y sustento á sus hijos, y el pelícano, ave de grande estimación, que sus propias entrañas rompe para conservar la vida de sus pollos, y no sólo tienen estos bárbaros esta abubión, pero si segundariamente se empreña la mujer y pare hija y algún indio le dice que pór ser hembra nó vale nada y no la debe criar, luégo la mata, y lo mismo hacen de la tercera y cuarta.

Las causas que estos brutos dan para matar sus primeros hijos es decir que de ordinario los primeros hijos son aviesos y traviesos y muy fuéra de la voluntad y obediencia de sus padres, y que demás de esto consumen mucho los primeros hijos la juventud de las madres y las envejecen, y por aquí discurren por un maremagno de disparates sin pies ni cabeza, ni orden ni concierto ninguno, y para restauración del daño del primer hijo celebran el del segundo con muy

donosas ceremonias, al padre del cual llevan á encerrar á un bohío ó casa que para este efecto tienen diputada, y al tiempo de él entrar en ella están á la puerta muchos indios con manojos de hortigas vivas con las cuales le azotan todos hasta que gastan las que en la mano cada uno tiene, y pasada esta flagelación, llegan á él doce indios, los más ancianos y graves del pueblo, y cada cual le da un repelón y le arranca los cabellos que puede y se los lleva consigo y los guarda para el efecto que luégo se dirá, y con esto encierran al indio donde no ha de ver sol, ni á su hijo nacido ni á su mujer por espacio de una luna, que es un mes, en el cual tiempo ha de comer por tasa y dieta sólo una totuma de mazamorra pequeña cada día, que es como una escudilla de guchas ó peleadas, y de cinco á cinco días un pan ó torta de cazabe con una totuma de vino hecho de cierta cáscara de cedro que muelen y cuecen y perfeccionan de suerte que la pueden beber.

Pasado el mes del ayuno y encerramiento, vienen los doce viejos con los cabellos que repelaron y arrancaron al padre del infante nacido, y tráenlos atados cada uno en una lanza, y todos los más indios del pueblo vienen con ellos, y sacando al ayunador del bohío donde ha estado, se van con él á cierta plaza del pueblo que para el efecto tienen limpia y aderezada, y en medio de ella los doce viejos hincan sus doce lanzas y se tornan á sentar, y estando en silencio se llega donde las lanzas están hincadas el mohán del pueblo, que es como sacerdote, persona tenida entre ellos en mucha veneración, y trae un grueso cordel y un manojo de hortigas en las manos, y tomando una de las lanzas dice á altas voces que si entre los que están presentes hay alguno tan atrevido y esforzado que le ose quitar la lanza que tiene en las manos, que se venga para él; luégo se levanta el indio que ha salido del ayuno y se va para donde el mohán está, haciendo ademanes de hombre feroz y valiente, al cual el mohán recibe dándole muy recios azotes con el cordel que en la mano tiene y hortigándole con el manojo de hortigas, y si tiene tal sufrimiento que no se queja, es por esta ceremonia tenido por muy valiente y belicoso dende en adelante, y allí le untan ó lavan todo con una salmuera de ají ó pimienta todo el cuerpo y

con esto lo llevan á ver su mujer y su hijo con muy gran regocijo, lo cual tienen estos bárbaros por tan substancial ceremonia, que afirman que si la dejasen de hacer la criatura nacida perecería; y aun dicen que el ayuno lo solían guardar y tener hasta que el niño ó criatura gateaba ó era de tres meses, en el cual tiempo no veían al hijo ni á la madre, ni comían sino con la limitación y moderación dicha, y que después que los españoles poblaron en su tierra, por andar ocupados en servirles no guardan esta su ceremonia por entero como solían.

Si la criatura es varón, después que es ya de crecida edad, su padre hace un gran convite al pueblo, donde hay grandes bailes y en él se hace una gran candela ó fuego por cuya llama ó resplandor el principal del pueblo y los más ancianos y honrados de él le pasan muchas veces, y hecho esto, el Cacique toma un gran manojo de ásperas hortigas y con él azota al mancebo ó mozo muy bien, y luégo calientan en el fuego las puntas de ciertas lanzas que allí tienen y con ellas le dan algunas punzadas al muchado por el cuerpo, sin que se le haga daño, y esta ceremonia ó vanidad dicen hacer porque este muchacho sea buen guerrero y en la guerra no sienta las heridas y lanzadas que se le dieren.

Los mantenimientos de estos guayupes son yuca, maíz, cazabe y pescado y carne de venado, que como dije se matan en esta tierra muchos, y puercos de monte que llaman báquiras y todas otras comidas. Empero, su principal sustento es el beber, y todo lo más del maíz y yuca que cogen lo des penden en hacer sus brevajes; no comen ningunas aves de ningún género que sean, y al tiempo del sembrar y coger sus maíces no ha de llegar á ellos mujer que estuviere con su regla, y para sembrar ají buscan una india doncella, por que de otra manera dicen que no nacerá.

Es gente que se hace muy poca guerra la una á la otra, ni aun á las naciones comarcanas, antes bien procuran vivir en ocio y quietud; las armas de que usan son unos dardos arrojadizos de cierto palo recio á quien llaman pipire; tráenlos muy adornados y engalanados con plumas de aves de diversos colores que los hacen lucir y parecen muy bien; usan

unas macanas de tres esquinas que hacen pesado golpe, las cuales asimismo traen adornadas de plumas de colores y atadas á la muñeca, porque aunque se les suelte de la mano no se la lleven. Es ésta gente que se precia de tener limpia su casa y pertenencia de dentro y fuéra, tanto que para que cerca de sus casas y pueblo no haya cosa que huela mal, se van á proveer y expeler las inmundicias del cuerpo al río, y el que fuéra de allí lo hiciese sería tenido por infame entre ellos.

Entre estos guayupes son los más estimados y temidos los médicos por sus particulares embustes y embaimientos, con que dan á entender á los mismos indios que se pueden convertir y convierten en tigres, osos y otros fieros animales que les suelen damnificar. Es oficio el de los médicos que se hereda de padre á hijo; tiénenles un servil temor, de suerte que temiendo sus palabras y obras, les son muy sujetos, tanto que si á uno de estos médicos le parece bien la hija de cualquier plebeyo, aunque sea muy principal, y la pide para tener acceso con ella, se le ha de dar y no se le ha de negar. Ayúdanles á hacer sus labranzas, y continuo los procuran tener propicios con dádivas que les dan y presentes que les hacen. La manera de curar de éstos es tan supersticiosa cuanto ellos son fabuladores: si van á visitar ó curar á algún enfermo de mal intrínseco que procede de mal humor, como son calenturas y otros dolores particulares, hacen poner al enfermo en una hamaca en el aire y pónenle dos fuegos de mucha leña uno de un lado y otro del otro, y llegando á él comienzan á soplar y á decir ciertas palabras supersticiosas en su lengua, y con esto y con las candelas encendidas que lo asan vivo se lo tienen allí hasta que muere ó restaura su salud. Cualquiera hinchazón que les sobrevenga en cualquiera parte del cuerpo tienen que les procede de la mano de otros indios, que les han echado algunas maldiciones ó han hechizado por haberles hurtado alguna cosa ó dado algún desabrimiento, con los cuales los médicos ganan mayor honra y fama que con otros ningunos, porque llevando cuando los van á curar en la boca yerbas ó alguna espina ó gusano, les chupan la hinchazón muy reciamente y hacen otras ceremonias, y

echando delante de los que están presentes lo que en la boca llevaban, les dan á entender que lo sacaron de la hinchazón del enfermo, lo cual les es muy enteramente creído. Todo otro género de enfermedad, como son heridas y llagas y lepra, lo curan con yerbas de particulares virtudes, con que sanan.

Hay entre estos guayupes una usanza que entre pocas naciones de indios jamás se ha hallado, y es que á los indios que por ser huérfanos y no tener quien los provea de lo necesario padecen necesidad, les permiten que anden demandando ostiátim por el pueblo lo que han menester para su sustento y mantenimiento y de una vez recoger comida para ocho ó diez días, y acabado aquel mantenimiento tornan á pedir de nuevo.

Acostumbran á tomar la yopa y el tabaco, que lo uno es una semilla ó pepita de árbol, y lo otro es cierta hoja que crían, ancha, larga y vellosa, y esto lo toman en humo, unas veces por la boca y otras por las narices, hasta que los emborracha y priva del juicio, y así quedan adormecidos, donde el demonio en sueños les representa todas las vanidades y maldades que él quiera, lo cual ellos tienen por muy cierta revelación y no excederán de aquello que han soñado aunque mueran. Esta costumbre de tomar la yopa y el tabaco es muy general en todo el Nuevo Reino, y aun entiendo que en toda la mayor parte de las Indias más que en otra ninguna contratación, por ser instrumento ó medio de que el demonio se aprovecha mucho con ellos, porque como dije, mediante el humo que los indios toman de estas dos cosas se emborrachan y privan del natural juicio, y allí tiene el enemigo lugar más acomodado para hacerles idolatrar y seguir las otras falsas opiniones que quiere.

CAPITULO SEPTIMO

En el cual se escribe la manera de los entierros y sucesión de los caciques de los indios guayupes, con algunas opiniones que tienen acerca del haber Dios y de la creación del hombre, y de la luna, y sol, y temblor de tierra, y otras particularidades.

Es cosa de admirar y son de llorar los errores y ceguedades de la gentilidad de las Indias, y cuán varios son en las ce

remonias, así del vivir como del morir y enterrar los muertos, y en las de su idolatría á quien algunos llaman impropiamente religión, y así como en el hablar haya la confusión que es notoria, así en todo lo demás son disformes y variables. Dicen estos indios que sus mayores solían y acostumbraban enterrar los muertos debajo de la tierra, y que porque los comían y consumían los gusanos, les fue mandado por sus simulacros, á quienes ellos tienen por Dios, que los quemasen é hiciesen polvo con las ceremonias que diremos, que no son menos de notar, para el conocimiento de la barbarie de estas gentes, que las demás sus ceremonias. Si el difunto es cacique, ó principal capitán, ó persona que forzosamente haya de tener sucesor, pónenle el cuerpo en un ornajo ó palo hueco á manera de ataúd, y allí le ponen fuego hasta ser consumido y convertido en polvo y ceniza el cuerpo, la cual echan en uña vasija ó múcura, apartando los huesos por si los cuales muelen y echan en otra vasija, donde los tienen bien tapados y guardados hasta que el sucesor ó los parientes más cercanos del difunto han hecho todas las vasijas de vino que han podido, y para cierto día señalado, convida á todos los de su pueblo y á sus comarcanos, donde después de congregados los parientes más cercanos del muerto se adornan con sus más ricos y galanos atavíos, que son algunas chagualijas ó joyas de oro y cuentas hechas de caracoles, y algunos cobertores de plumas, y tomando las vasijas donde están las cenizas y los polvos del muerto, las cuales así componen y guarnecen de las joyas y aderezos que cuando era vivo tenía y poseía, las traen á la casa donde la gente está congregada, y en medio de ello las ponen sobre la silla en que el muerto en vida se solía sentar, la cual asimismo ésta aderezada lo más galanamente que pueden aderezarla. Hecho esto, se levantan dos ó tres de los más cercanos del muerto y parientes suyos, y tomando la silla con las vasijas sobre los hombros, comienzan á bailar con ella, y tras éstos se levantan los caciques y principales que allí hay con los demás indios, y poniendo los unos las manos sobre los hombros de los otros, van bailando por lo largo de la casa, llevando siempre en medio las cenizas del muerto ; y con esta orden salen fuéra del bohío

y dan una vuelta alrededor de él y entran por otra puerta al contrario de como salieron, y con la misma orden de bailar ponen las cenizas y silla donde estaban, y tórnanse á sentar en sus asientos en el suelo, por la orden que antes estaban; y así se están descansando en silencio; un buen rato después del cual pasado, se levanta el sucesor del muerto con una lanza en la mano, y puesto junto á la silla de las cenizas, dice cómo es él cacique y señor de aquel pueblo y á quien todos han de obedecer, entender y tener por señor, y que si entre los presentes hay alguno que al señorío tenga mejor derecho que él, que quite la lanza de donde él la tiene puesta si fuere hombre para ello, y que si saliere con su empresa también podrá salir con su señorío y cacicazgo. Sobre esto trata allí ó habla largamente lo que le parece, lo cual acabado, se levanta un viejo de los más honrados del pueblo y dice:

"El es el verdadero cacique, y que no hay quien mejor derecho tenga al cacicazgo, y que como tál será obedecido, honrado y servido de sus súbditos." Y esta plática del principal sucesor y respuesta del viejo se hace tres veces sucesiva una de otra, las cuales acabadas, se quitan las cenizas de sobre la silla del muerto, en la cual se sienta el sucesor y manda llegar á sí todos los parientes y parientas más cercanos del cacique muerto, hijos é hijas, si los tiene, y por orden los manda sentar de un lado y del otro de su silla y asiento, y luégo toma la mano en hablar el viejo que le había otorgado la confirmación del señorío, el cual le encarga al nuevo cacique los hijos é hijas y parientes del muerto que están presentes, encargándole el buen tratamiento de ellos; y cesando el viejo de hablar, se levantan los indios que en sus hombros han llevado las cenizas del muerto y toman sobre sí con la misma silla al nuevo señor, y tráenlo con la demás gente, bailando de la propia suerte que con las cenizas hicieron, hasta volverlo al propio lugar, donde tornados todos á sentarse con mucho silencio, comienza un indio á hacer cierta lamentación muy dolorosa y lacrimosa, al cual en voz alta siguen todos los demás, casi haciendo una manera de llanto bien sentido que dura cierto espacio, después del cual todos

cesan á una su llanto, é incontinenti le traen al nuevo cacique en ciertos vasos las cenizas del muerto deshechas en vino, de las cuales él bebe y da á beber á los parientes del muerto y á los demás principales ó caciques que allí estén; el cual brevaje procuran que venga también compasado, que á lo menos todos los caciques que están presentes alcancen de él, porque si acaso faltare para alguno, éste á quien no le alcanzase parte lo tendría por caso de menos valer é infame; y del demás vino que tienen hecho dan á beber á los demás indios, y luégo se levantan todos y comienzan á danzar y cantar, con sus arcos y sus flechas en las manos, y sus flechas lo más galanas que pueden con plumajería de aves de diversos colores. Duran estas fiestas tres ó cuatro días con sus noches, en el cual tiempo nunca cesan de danzar, bailar y cantar por su orden, y cuando cesan de cantar dan muy grandes silbos y voces, haciendo grandes ademanes y pernajes con los cuerpos.

El vino que beben en estas fiestas es muy espeso, y tanto que les basta para comida y bebida, lo cual beben muy á menudo, porque dando cinco ó seis vueltas á la redonda, puestos los unos las manos sobre los hombros de los otros, cantando con cierto compás de pies que concierta con el tono que de cantar llevan, se sientan y les dan á beber, y luégo se levantan y tornan á bailar y cantar y dar otras tantas vueltas y á tornarse á sentar y beber, y así gastan el tiempo dicho. Y es de saber que estos cantos van mezclados con lloro, porque al tiempo que se sientan á beber y han bebido todos, un indio principal á quien le es encargado, comienza á llorar y á hacer conmemoración por el cacique muerto, y luégo le siguen todos con sus llorosas voces muy á compás, y en cesando de llorar el principal luégo cesan todos y se levantan á proseguir su baile y cánticos, tan sin pesadumbre como si tristura no hubiera pasado por ellos, y así duran las fiestas y llanto cuanto dura el vino, que como dije suelen ser tres ó cuatro días con sus noches. Esta ceremonia del beber las cenizas de los difuntos dicen estos bárbaros que la hacen porque el muerto torna á revivir en aquellos que beben de sus cenizas.

Algunas opiniones tienen estos indios acerca del haber Dios y de la creación del mundo, y del sol, y la luna, y temblores de tierra, que las más de ellas no son menos erróneas que las de los otros gentiles, y aunque á mí me certificaron que estos bárbaros conocen que hay un Señor y Dios muy grande en el cielo, á quien llaman Inainaqui, el cual les ha dado y da todos los mantenimientos de yuca, maíz, carne, pescado y otras cosas necesarias para su sustento, no puedo creer que en gente tan bárbara haya tan particular conocimiento, pues vemos claramente la variación de los muy doctos y entendidos en cosas naturales, los filósofos antiguos, que cuanto alcanzaron y supieron no llegaron á conocer ni distinguir otro tanto como esto, y por esto tengo que los intérpretes entendieron mal á estos indios sobre esta declaración dicha del haber Dios Omnipotente, á quien ellos dicen que honran con hacerle muy grandes borracheras, y que si no lo santifican con estas fiestas se enoja y no les deja coger maíz ni yuca, de lo cual Inainaqui está bien proveído, que es circunstancia que da claramente á entender que no alcanzan estos bárbaros lo que poco há dije de la Omnipotencia del verdadero Dios. Preguntándole á esta gente si tienen alguna noticia de la creación del mundo y del hombre, dicen que no más de que al principio, antes que hubiese ninguna gente en el mundo, había sólo un indio y una india, de los cuales proceden ellos y los indios llamados saes y eperiguas, y todas las otras gentes que hay por el mundo, los cuales después de acabados de morir bajará Dios del cielo y criará otros de nuevo para que tornen á poblar la tierra.

Tienen sus pactos y tratos con el demonio, más por temor que por amor, al cual ellos no tienen por bueno, según dicen, sino por cosa pésima y mala y causador de todos sus males; pero que porque convirtiéndose en tigre ó en otro fiero animal no los mate, le sirven. Tienen que el sol es marido de la luna, y que son casados, y que del sol proceden las secas y calores y del otro las lluvias y aguas, y así fingen que cuando hace gran seca que la luna ruega al sol que se temple y modere y deje que caiga algún aguacero, y que cuando cae mucha agua que es perjudicial á los maíces, que el sol le va

á la mano á la luna y la hace que se abstenga de llover. Cuando sobreviene algún eclipse de la luna virgen, que es que los muertos sus antepasados se levantan á buscar de comer y beber, á los cuales amagan con las lanzas y armas que tienen, haciendo grandes ademanes con el cuerpo y dando muy grandes voces y alaridos, porque los muertos entiendan que ellos están vivos y con su fuerza y vigor para pelear y hacer guerra, según que ellos lo estaban antes que muriesen, y para ponerles algún temor y espanto á los muertos porque no vengan adonde ellos están; y con estas y otras supersticiosas ceremonias que hacen, se entran en sus casas y beben de aquel su vinazo todo lo que pueden. Cuando la luna trae consigo un cerco redondo que la ciñe toda, dicen que les es señal de gran fertilidad y abundancia de comidas, y esperan muy prósperos temporales; y cuando el cerco de la luna es quebrado ó medio, lo tienen á muy mala señal, así de hambres como de enfermedades y otras calamidades, y para evitar estos males que por el prodigio de la luna entienden que les han de sobrevenir, salen de sus casas y comienzan á soplar á todas partes, con el cual soplo dicen que echan la futura calamidad fuéra de su tierra, y tras esto hacen grandes ayunos, con las cuales cosas ellos están satisfechos que de todo punto hacen cesar aquellas cosas que imaginan haberles de sobrevenir por la señal de la luna.

Tienen esta opinión acerca del temblor de la tierra, no menos de reír que las pasadas, y es que dicen proceder este temblor de que el dios que ellos imaginan se echa á dormir en la cama, y como es tan grande y tan pesado, con el golpe que da al tiempo que se va á acostar hace temblar la tierra, y para que del temblor no les sobrevenga algún daño, ayunan una semana, y así vienen seguros de que por esta vía les venga daño alguno. No se han podido saber otras particularidades de las naturalezas é idolatrías de estos bárbaros guayupes, aunque en ello se ha puesto toda diligencia, pero por lo dicho se podrá ver y juzgar las demás costumbres que de éstos quisieren saber.

CAPITULO OCTAVO

En el cual se escriben algunas costumbres que en los casamientos y enterramientos tienen los indios saes, que son en esta Provincia de San Juan diferentes de los guayupes.

En esta Provincia de San Juan de los Llanos, demás de los indios guayupes, hay otra nación de indios llamados saes, que en algunas cosas difieren y varían de las costumbres de los guayupes, de los cuales diré aquí solamente las cosas que hacen.

Fuéra de las referidas costumbres de los guayupes y en lo que de ellos hacen diferencia, porque en todo lo demás cuasi son uniformes, y así no habrá mucho que decir de ellos, los saes es gente robusta é indómita, y fugitiva y muy enemigos de españoles y de su trato y conversación y amistad, pero grandes trabajadores y cultivadores.

En sus casamientos no son nada escrupulosos ni aun celosos; el haber y elegir mujer cada uno se hace en esta manera: que en ciertos tiempos del año se congregan y juntan todos los varones y mujeres de un pueblo en cierta casa señalada y diputada para este efecto, donde hay ya prevenidas grandes vasijas de vino, y allí comienzan á danzar y bailar y cantar todos, según su costumbre, y á beber todo el vino que pueden, con el cual se escalientan y provocan á lujuria así varones como mujeres, y después de encendidos en el torpe deseo, cada cual se ayunta á su mujer ó marido, y las que quedan que no son casadas y varones por casar, allí toma cada cual la que le parece y cumple con ella su torpe deseo, y dende en adelante la tiene por mujer; y aquí no hay ningún estupro ó corrompimiento de doncella en estos casamientos, porque cuando la mujer llega á edad de conocer varón está ya corrompida, que la corrompen en su niñez emborrachándolas primero para que no sientan dolor en ello, y así primero son malas que buenas mujeres, de donde les viene ser libres así con sus padres como con sus maridos, porque ni los padres las guardan cuando pequeñas, ni tienen maridos ni ningún dominio sobre ellas ni sobre los hijos después que pasan de diez años, y cada cual vive en su libertad desde

esta edad; ni las celan ni aun tienen libertad para ello, porque si por esta ó por otra cualquiera ocasión las enojasen, á la hora se irían con otro sin que el primero fuese poderoso para tornarla á sí.

Hay otra manera de casamientos en que las mujeres eligen y escogen los maridos, y es en esta forma: que al tiempo que á una mujer doncella le abaja la primera vez su regla ó mujeril costumbre, sus padres la tienen encerrada sin que salga donde le dé sol ni luna, ni á fiestas ni borracheras, tres meses después de los cuales el padre de la moza hace muy gran cantidad de vino y convida á beber á la borrachera á todos los indios y principales de su pueblo, donde después juntos y coadunados todos es traída la moza y allí le cortan los cabellos todos á la redonda por cima de las orejas y la pintan muy galanamente con jagua, y la adornan de las galas y joyas que el padre y la madre para este efecto tienen, y hecho esto los indios que allí están la toman en medio, y con un cestillo hecho á manera de adufre esquinado puesto sobre la cabeza, la traen cantando de una parte á otra, sustentándole el cestillo cuatro indias que lo llevan asido de las cuatro esquinas, el cual va lleno de todo género de comida, como son yuca, batatas, pan de maíz, y pan de yuca, y maní y otras cosas que ellos tienen por principal comida. La moza á quien se hace la fiesta echa el ojo á quien mejor le parece de los que en la fiesta ó baile andan, ó al que es más aficionado, y á aquél da de la comida que en el cestillo lleva, el cual ha de ser su marido si quisiere, y si no quisiere ha de tener aquella primera vez exceso con ella aunque no quiera, y después ella se puede casar con el que quisiere ó con el que la quisiere, y es costumbre que si el marido dentro del año no empreña la mujer, que ella puede apartarse de él é ir á buscar á otro, y si el otro no la empreñare, puede andar de uno en otro hasta que tope quien la empreñe, y con aquél se queda, y por aquesta causa hay algunos indios en esta Provincia que tienen muchas mujeres; y de estas dos maneras dichas celebran sus barraganías; pues en el parir no son menos brutos que en lo demás, porque en la hora que cualquiera india se siente propincua al parto, se mete en lo más espeso de la

montaña que más cerca halla y allí se está hasta que ha parido sola, y acabando de echar la criatura déjala allí y va á llamar á su marido ó á otra deuda suya, y tráenle agua con que se lave ella y su criatura, y si el marido muestra tristeza y pesar con el nacimiento del nuevo hijo, la madre luégo lo echa en el río ó lo entierra vivo, porque le parece que en no mostrar contento su marido da á entender que no tiene por su hijo á la tal criatura recién nacida; pero si de ello muestra contento, todos juntos y muy alegres se van á su casa, donde celebran con alegría el parto de la mujer y nacimiento del hijo.

Acerca del enterrar los muertos la costumbre de estos indios saes es ésta: ponen el cuerpo del difunto sobre una barbacoa ó lecho, y allí debajo le ponen fuego para que se ase, y á medio asar lo sacan del fuego y quitan de la barbacoa, y allí lo parten por sus suertes entre los parientes más cercanos del muerto; y si la persona á quien cupo aquesta carne es pobre y no puede hacer el gasto del vino que es necesario para hacer borrachera ó convite general con el vino que tiene, él y su mujer é hijos se comen el cuarto del muerto que les cupo, y beben tanto vino hasta que de embriagados se caen dormidos en el suelo, y allí se quedan y están hasta que otro día amanece, y recuerdan olvidados de la tristura del día pasado, porque el comer de la carne del muerto con que en ella intervino el beber, la celebran con grandes llantos y tristura, todo lo cual les hace olvidar el vino. Los indios que son ricos y tienen abundancia de yuca y maíz para hacer convite general, luégo que les dan su cuarto ó parte del muerto, lo hacen ceniza y polvos, los cuales guardan en una múcura ó cántaro en el ínterim que el vino necesario se hace; y después de hecho, el que hace la fiesta ú exequias del muerto convida á los demás del pueblo, y congregados todos en casa del que convida se celebran las exequias mezcladas con fiesta de la propia suerte que los guayupes, de quienes en el capítulo antecedente se escribió, y sólo comen estos indios saes este género de carne de sus difuntos, y no otro ninguno de ninguna condición que sea, ni de aves. Su sustento es el vino y maíz, yuca, batatas, fríjoles, maní y otras legumbres de poca subs-

tancia con que viven tan contentos y lucios y gordos como otras naciones con sus opulentas comidas. En todo lo demás entiendo, como he dicho, que siguen la vivienda, opiniones y ceremonias de los guayupes, que son harto bestiales.

CAPITULO NOVENO

En el cual se escribe cómo el Capitán Avellaneda volvió á la ciudad de Santafé á pedir nueva conducta para poblar otro pueblo, la cual le fue concedida, y juntando setenta hombres se volvió á San Juan de los Llanos, de donde salió á su jornada y descubrimiento. Cuéntase todo lo que le sucedió hasta pasar el río de Oma, en donde se alojó y envió á Hernando de Alcalá á descubrir cierta noticia.

Para entera relación de los sucesos de San Juan de los Llanos me es necesario escribir aquí otra jornada y poblazón que el Capitán Avellaneda hizo, que no permaneció según atrás lo apunté y dije, para cuya declaración es de saber que como por efecto de haberle quitado y denegado á Avellaneda los Oidores Briceño y Montaño la comisión que para que poblase otro pueblo se le había dado, él se volvió, como en su lugar más largamente lo conté, á San Juan de los Llanos, y allí se estuvo algunos días inquiriendo y sabiendo de los indios qué gente había por las faldas y vertientes de la cordillera adelante, y si cierta noticia que desde tiempo antiguo se tenía entre españoles de un valle de la plata era cierta y verdadera. Los indios le daban en todo tan buena esperanza, que verdaderamente movieron de todo punto el ánimo de Avellaneda á que con toda instancia tornase á procurar conducta y licencia de la Audiencia para ir con gente á buscar y descubrir este valle de La Plata, aunque el color para que se le diese había de ser diferente, y con esta sed y codicia volvió á Santafé, donde hizo relación en la Audiencia que en aquella Provincia había grandes minas de oro y muy ricas, de donde podrían venir en grande aumento los quintos reales, las cuales no se podrían labrar sino era poblándose en comarca conveniente para asegurar los naturales, otro pueblo de españoles; y para confirmación de esta relación nunca faltaron por ventura testigos que la confirmaron é hicieron cierta.

La Audiencia, vista la relación y petición de Avellaneda

le dio comisión para que llevase la gente española que pudiese y hubiese menester y con ella poblase un pueblo donde le pareciese. Avellaneda, con la nueva comisión, no fue nada perezoso en buscar soldados que le siguiesen, á los cuales además de ayudarles con dineros para que se proveyesen de las cosas necesarias, les prometía grandes gratificaciones, certificándoles que la prosperidad de la tierra era de tanta fecundidad y felicidad, que en ningún tiempo se arrepentirían de haber ido en su compañía, y con estos y otros cumplimientos y ofrecimientos juntó setenta hombres en pocos días y con ellos se volvió á San Juan de los Llanos para desde allí dar principio á su jornada, donde él y los demás soldados que en su compañía fueron descansaron algunos días y aderezaron sus armas y otras cosas necesarias para el avío de semejantes jornadas; y puesto todo á punto, Avellaneda salió de San Juan de los Llanos con su gente y con los que del pueblo le quisieron seguir, ya cerca del invierno, porque cuando el verano entrase tuviesen lugar de caminar y pasar con tiempo enjuto algunos arcabucos que se habían de pasar, y así caminó con su gente y se metió en la Provincia de los indios llamados epergiros, que en esta sazón estaban de guerra, y después los pacificó el propio Avellaneda.

Alojóse con su gente en la mejor parte que le pareció, para con menos trabajo pasar el ímpetu del invierno; pero como dende á pocos días tuviese necesidad de volver á San Juan de los Llanos, para que su gente se pudiese mejor sustentar la dividió en dos partes: la una dejó alojada en las riberas de un río llamado La Herradura, donde quedaron por caudillos Francisco de Bastidas y Francisco Barba, y la otra parte de la gente quedó alojada en una poblazón de indios cuyo cacique ó capitán se llamaba Buzama, y los españoles llamaron este pueblo el Real del Jubileo, por haber ganado en él cierta indulgencia y gracia concedida por el Sumo Pontífice, y con esta gente quedó por caudillo y Teniente general de Avellaneda Alonso de Ortega, natural de Badajoz, hombre baquiano en las Indias y de experiencia. Este Ortega estuvo por Teniente de cierto pueblo en la Gobernación de Popayán, y por cierto mal suceso que allí tuvo se vino á Santafé y entró en esta jornada.

Con dejar esta orden entre su gente se fue Avellaneda con confianza de que no corría ningún mal suceso entre su gente, porque los naturales no eran muy belicosos ni en tanta cantidad que se atreviesen á tomar las armas en las manos contra ellos; mas no pasaron muchos días sin que hubiese averías y muertes y aun voluntades de tornarse á salir, porque como los soldados y caudillos que habían quedado alojados en La Herradura tuviesen necesidad de comida y la fuesen á buscar á un pueblo de indios llamado Capoquingua, que estaba puesto en la cumbre de un alto cerro cuya subida era tan dificultosa y áspera por la naturaleza del lugar que sin que en ella hubiese resistencia era trabajosa de subir, los naturales, sintiendo ir á su pueblo á estos españoles, tomaron las armas en las manos y con muchas galgas que puestas á punto tenían, cuando les pareció tiempo acomodado que ya iban subiendo por la empinada subida del cerro, arrojando las galgas y piedras sobre los españoles y acometiéndoles ellos con sus armas, los rebatieron é hicieron volver las espaldas, cuyo alcance los indios siguieron animosamente hasta arredrarlos de su tierra, hiriéndoles muchos indios ladinos de su servicio que consigo llevaban, de los cuales murieron los más, y quitándoles todo el cordaje ó carruaje que llevaban, porque los españoles á quienes sucedió esto no eran más de diez y siete y los indios en gran número y multitud, y así les pareció que no era cobardía ni caso infame retirarse tan apresuradamente y sin concierto, perdiendo el hato y ropa que consigo llevaban, entendiendo que si se ponían á defenderlo aventuraban y ponían en notorio peligro sus vidas, y aun afirmaron que de industria lo habían dejado atrás, porque los enemigos se ocupasen en robarlo y no los siguiesen con todo brío.

Los caudillos Bastidas y Barba, temiendo que los naturales con la ufanía de la victoria que habían habido no se juntasen y viniesen sobre ellos, enviaron á pedir socorro á Ortega, dándole relación del mal suceso que habían tenido y del recelo con que estaban, el cual luégo con todos los soldados que consigo tenía, se juntó con los demás en el alojamiento del río de La Herradura y allí determinaron es-

tarse todos juntos hasta que Avellaneda volviese; donde el Teniente Ortega comenzó á ser mal quisto y aborrecido de algunos soldados, los cuales por esto y por parecerles que la jornada iba muy á la larga, se volvieron á San Juan de los Llanos, y tras de ellos envió Ortega dos soldados para que avisasen al Capitán Avellaneda de cómo la gente estaba ya descontenta de su tardanza y se comenzaban á salir y desbaratarse, y á darle aviso de los que se habían huido; los mensajeros toparon en el camino á Avellaneda y por particulares pasiones que con Ortega tenían le hicieron muy contraria relación de la que les había sido mandado, porque como tenían las intenciones dañadas y emponzoñadas, dijéronle que le era necesario darse prisa á caminar donde su gente estaba, porque Ortega. á quien la había dejado encargada, se quería alzar con ella y meterse la tierra adentro, y que algunos soldados porque no querían seguir su opinión los maltrataba, por lo cual se huían y ausentaban.

Avellaneda se admiró de lo que estos mensajeros le dijeron, porque tenía gran confianza de la amistad y virtud de Ortega, y así nunca dio entero crédito á lo que se le dijo. Llegado que fue al alojamiento de la Herradura halló ser falso y compuesto todo lo que se le había dicho, y disimulando con todo por no alborotar la gente, antes darles ejemplo de la particular virtud que en él moraba, los confederó é hizo á todos amigos con el Ortega, para que dende en adelante no hubiese entre ellos ningunas novedades; y luégo otro día siguiente caminó adelante con su gente para irla engolfando la tierra adentro y que fuesen perdiendo el deseo de salir y volverse atrás, y después de haber caminado dos jornadas se alojó en un sitio que los españoles llamaron el Real de los Puercos, por haber hecho allí cierta montería de puercos monteses llamados báquiras, donde con el regocijo de la montería se detuvieron cuatro días, que fue la causa de que algunos soldados intentasen volverse atrás; pero sus designios fueron descubiertos y Avellaneda tuvo noticia de ellos y los procuró mitigar y amansar cuerdamente, más con benevolencia que con rigor, y prosiguió su jornada con presteza, y acercándose á un río caudaloso que los naturales llaman Oma,

lo pasó con su gente por una angostura que á manera de puente el río ó barranca hacía, porque saliendo dos puntas de peña de la una y otra parte del río, la una frontera de la otra, se venían á confrontar y poner tan cerca que con un corto salto lo pasaba un hombre, y en este vacío ó salto que las piedras hacían se pusieron palos gruesos para que seguramente pasase toda la gente, y luégo desbarató Avellaneda la puente para que no pasasen con facilidad los que atrás pretendiesen volver. Los caballos pasaron á nado por el río que luégo por bajo de la angostura y puente hacía un buen remanso y playa.

Pasado el río Oma se alojó Avellaneda en las riberas de él, y de allí envió una escuadra ó caudillo llamado Hernando de Alcalá con treinta hombres que fuese descubriendo y viese cierta poblazón que un indio que consigo traía le había dado, de muchos naturales y ricos que adelante había. Los españoles caminaron llevando por guía al indio que les había dado la noticia, el cual, guiándolos por cierta montaña que por delante tenían, los llevó á dar en el lugar donde el río Guaviare desemboca de la sierra, porque según parece esta gente iba bojeando lo llano cuasi arrimados á la cordillera del Reino. Los españoles vieron de la otra parte del río labranzas de indios y manera de haber poblazón, pero la grandeza del río no los dejaba pasar de la otra banda. El caudillo Alcalá, por volver con entera relación á su Capitán de lo que había sido encargado, mandó á seis soldados, buenos nadadores, que pasasen el río á nado y escondidamente procurasen ver lo que de la otra banda había; mas los soldados, temiendo cierto raudal ó angostura que allí debajo el río hacía, se subieron un cuarto de legua más arriba, donde cortando ciertos palos de balsa atáronlos juntos y en ellos sus armas y espadas y rodelas y sus ropas que llevaban vestidas, y arrojándose al río yendo asidos á los palos, la velocicidad y fuerza del agua los arrebató con tanto ímpetu que les quitó los palos en que llevaban atadas las armas de las manos y los forzó á que volviesen atrás, y así fueron constreñidos á tornarse á tierra y volverse donde los demás compañeros habían quedado, los cuales estando esperando en la

ribera del río á ver si parecían de la otra banda los seis españoles, vieron venir los palos de balsa atados, los cuales topando en unas piedras del río descubrieron una de las espadas que en ellos iban atadas, y arrojándose algunos soldados al agua sacaron los palos y armas y ropas de los seis españoles, los cuales luégo conocieron y aun creyeron que hubiesen sido ahogados ó que los indios al pasar del río los hubiesen muerto; pero estando con esta pena llegaron los seis soldados desnudos en carnes y con la misma pena de que el río les hubiese llevado la ropa y armas, mas como todo lo hallasen allí fuéra de peligro, holgáronse y alegráronse, porque no debían tener muchas más ropas de vestir ni armas de las que el río les había llevado.

La guía, siendo interrogada de la gente que de aquella banda del río había, dijo: que no cuidasen de pasar porque era gente muy belicosa y guerrera y que peleaban con lanzas y rodelas, y que aunque no comían carne humana, eran muy crueles y carniceros: que á los que habían en su poder cortaban las cabezas, y las manos, y los pies, y las ofrecían en sacrificio á sus simulacros, y que pues tanto deseo tenían de ver gente, que el río abajo la había en mucha cantidad y más doméstica que la que desde allí se parecía. Los españoles, aunque estaban faltos de comida, porque ni por aquellas riberas del río por donde andaban la hallaban ni de su alojamiento habían sacado comida para más de dos días y había ya cinco que andaban fuéra, y así era grandísima el hambre y necesidad que pasaban, pero con toda esta necesidad se animaron á caminar el río abajo, por el cual fueron una jornada sin hallar ningún rastro de gente ni de comida, que era causa de fatigarles y aquejarles más el hambre, y así determinaron de volverse adonde su Capitán había quedado, pero los soldados se desconformaron en que unos querían volver por el propio camino por do habían ido y otros querían atravesar por allí derechos al río de Oma por donde les parecía que atajaban camino y aventuraban hallar que comer.

Alcalá con los que le quisieron seguir se volvió por el camino por donde había ido con harta hambre, la cual mitigaban con un palmito que cada día cortaban, para el cual efecto se

juntaban veinte soldados que con el caudillo iban á hora de vísperas con hachas, y cuando se ponía el sol aún no lo habían acabado de limpiar de pura flaqueza y cansancio del camino, y con este remedio se sustentaron cuatro días que tardaron en llegar al alojamiento, y de un palmito comían cada un día los veinte soldados y su caudillo. Llegados al alojamiento hallaron que los diez soldados que atravesaron al río de Oma no habían llegado, porque siguiendo su vía y derrota dieron en un pedazo de montaña ó arcabuco donde el hambre les forzó á que comiesen cierta frutilla que aquella montaña criaba que parecía nísperos, y bebiendo sobre ella agua se les fue acortando la vista de los ojos de tal suerte que casi no veían por donde iban; pero uno de estos soldados que en el comer fue más templado que los otros, no siendo tan atormentado ni privado de la vista como los demás, diose prisa á caminar y llegó al alojamiento, donde dio noticia al Capitán del mal suceso suyo y de sus compañeros, los cuales demás del mal de los ojos quedaban ya fuéra del arcabuco con grandes calenturas.

Avellaneda con toda presteza envió soldados con caballos á que los trajesen, los cuales cuando al alojamiento llegaron iban tan consumidos, que como suelen decir no llevaban más que la madera; pero ellos fueron justamente castigados de su inobediencia y loco atrevimiento, pues de más de ir contra la voluntad de su caudillo quisieron meterse por tierra que no sabían ni habían andado y pudieron topar con algunos indios que los mataran á todos.

CAPITULO DECIMO

En el cual se escribe cómo el Capitán Avellaneda se partió del alojamiento del río Oma y pasó con su gente el río Guaviare y se alojó á las riberas de él, y de allí fue con algunos de sus soldados á ciertos pueblos de indios donde le dieron algunas guazabaras, las cuales escribiré aquí.

Como Alcalá y los españoles que con él fueron habían visto de la otra banda del río Guaviare labranzas y señales de haber poblazones de indios, y no habían traído ninguna otra claridad ni certidumbre de ello, pesóle á Avellaneda y

quisiera luégo partirse con toda su gente, mas la enfermedad y flaqueza de los diez soldados que por buscar nuevo camino habían perdido la vista de los ojos, no le daban lugar á ello, sino que forzosamente había de esperar á que mejorasen y convaleciesen; pero como Alonso de Ortega entendiese y conociese que el Capitán deseaba ver y saber la claridad de aquella tierra, mandó á siete negros esclavos suyos que consigó llevaba que siguiendo el camino que Alcalá había seguido hasta llegar al Guaviare, procurasen pasarlo y ver con toda diligencia lo que había de la otra banda, y volviesen á darle aviso. Los esclavos se partieron con sus armas, que eran arcos y flechas, y pasaron el río Guaviare porque lo hallaron muy bajo y desmenguado, y amparándose con el velamen de la noche siguieron por cierta cuchilla ó loma por do fueron á dar á un pueblo ó lugar de indios en que había ocho casas grandes que tenían buen golpe de gente, y para no ser damnificados de ella los negros entraron por el lugar haciendo muy grande ruido y alboroto, para con aquel tumulto espantar y alborotar los indios, lo cual al principio les salió á bien, porque como los moradores del lugar oyeran los alaridos de los negros, dieron á huir y desamparar sus casas, creyendo ser más gente; pero como después por los clamores y voces de algunos indios é indias que los esclavos tenían presos entendiesen los naturales cuán pocos eran los que les habían saqueado el lugar, tomaron las armas y juntándose vinieron sobre ellos, y haciéndoles perder y dejar la presa y volver las espaldas los echaron y ahuyentaron del pueblo y aun los siguieron con tanta obstinación que por huir cayó uno de los negros en un aljibe que cerca al camino estaba, y aunque era de noche los indios lo sintieron y dieron en él; pero los negros pretendiéndolo librar revolvieron sobre los indios, los cuales como eran muchos causaron que la pretensión de los negros fuese vana, aunque no dejaron de pelear un rato los unos con los otros, en que los esclavos hicieron todo su posible y aun damnificaron en harto los indios, porque disparando en ellos los carcajes de flechas que llevaban, hirieron á muchos de ellos, pero dejáronles la pieza en las manos, donde á lanzadas lo mataron en el aljibe. Los demás esclavos se vol-

vieron al alojamiento donde Avellaneda había quedado y le contaron á su amo y al Capitán el suceso de su jornada, certificando que demás de la mucha gente que parecía haber en aquella tierra donde habían ido, habían tomado en las manos catabres llenos de oro, los cuales los indios les habían hecho soltar.

Avellaneda y sus soldados dieron todo crédito á los negros en lo de la riquezas que habían fingido, y cada cual pretendía verse muy rico y próspero en breve tiempo; pero todos fueron en pocos días frustrados de sus designios, porque como luégo apercibiese toda su gente Avellaneda y otro día caminando la vía del río Guaviare por sus jornadas llegó al propio río, y pasándole y alojándose de la otra banda de él, tomó consigo cuarenta hombres, caminó la vía del lugar ó pueblo donde los negros habían sido ahuyentados, y como los indios los viesen ir hacia sus casas, tomando las armas en las manos hicieron ostentación y muestra de esperarlos con grandes ademanes, con que daban señal de tener gran brío y ánimo, pero desde que cerca de sí vieron los españoles, temiendo la furia de sus caballos y la crueldad de sus espadas y lanzas, les volvieron las espaldas y comenzaron á huir con furia, desamparando el lugar. Los españoles se entraron en él y se apoderan en las comidas que hallaron, que cierto llevaban necesidad de ellas, y de allí fue proveída la demás gente que en las riberas del río quedó alojada.

El Capitán Avellaneda después de haber puesto en partes acomodadas sus velas ó centinelas para que los indios revolviendo sobre ellos no los tomasen descuidados, envió á algunos soldados para que procurasen haber algún indio ó india de quien se pudiesen informar; mas aunque toda diligencia en ello se puso por los soldados á quienes fue cometido, no pudieron haber más de sólo una india que en una roca ó labranza hallaron, cuyo marido dende á poco se acercó al lugar con una lanza en la mano y una rodela por ver si podía haber á su mujer, y como por la vela fue visto, fue de ello dada noticia al Capitán, el cual envió cuatro soldados que cualquiera de ellos pretendía de por sí sujetar y haber á las manos á aquel bárbaro; pero después que en medio de los

cuatro soldados le tuvieron, el bárbaro era tan suelto y ligero y manejaba con tanta liberalidad la lanza que traía, que ninguno de los soldados le osô acometer ni entrar ni hacerle algún daño, y así haciendo rostro á uno de los cuatro españoles con tanta ligereza le acometió é hirió con la lanza y se hizo á lo largo sin recibir daño ninguno, que los españoles quedaron corridos y afrentados de que así se les hubiese ido de entre las manos; y cierto tuvieron razôn de sentirlo, porque parece cosa infalible á soldados que se precian de valientes írseles un bárbaro de entre la manos sano y libre y sin lesiôn.

Este indio como salió victorioso convocô á los demás á que se juntasen y tomasen las armas y diesen sobre los españoles y los matasen y echasen de su tierra, pues además de ser pocos en número les tenían gran ventaja en la soltura y ligereza de sus personas y largor de las lanzas. Los indios vinieron en ello y congregados gran cantidad de ellos, así de los moradores del lugar como de otros muchos que en la comarca había, vinieron al tercero día sobre el Capitán y los demás españoles que con él estaban descuidados de su venida, porque como era á medio día, que es hora en que pocas veces los indios suelen hacer semejantes acometimientos, las velas se habían descuidado y dejado sus puestos por irse á comer; mas aunque antes de acometer á los españoles fueron los indios por ellos sentidos, fue tanta la presteza de los bárbaros en el acometer que no les dieron lugar á ensillar sus caballos, ni armas según era necesario, antes entrando de tropel en el primer bohío que hacia sí tenían donde estaban alojados ciertos españoles, sin consentirles tomar las armas, los forzaron á huir hiriendo á algunos de ellos, donde los indios se detuvieron algún espacio, de suerte que los soldados que más adelante estaban alojados tuvieron lugar de salirlos á recibir con sus espadas y rodelas, y entre los bohíos de aquel pueblo comenzaron á pelear los unos con los otros muy obstinadamente; y es cierto que los españoles aunque peleaban valerosamente fueran por entonces maltratados por la multitud de los bárbaros, si no fueran favorecidos de los esclavos que allí estaban, que serían nueve piezas, las cuales con sus arcos y

flechas dieron en los indios por las espaldas y descargando en ellos su flechería los trataron tan mal, que los constriñeron á huir, porque los negros ninguna flecha que tiraban la dejaban de emplear en los indios, y así andaban algunos cargados de flechas á manera de agarrochados toros; y como los indios prosiguiendo su huída se fueron retirando á una montaña que cerca estaba y fuesen en tanta cantidad que los unos á los otros se impidiesen el huir y caminar, eran más damnificados de los soldados y negros que iban siguiendo su alcance, matando unos y desjarretando otros, dejando el camino bien poblado de cuerpos de indios y añadióseles á los bárbaros otro daño mayor, y fue que como en el camino de la montaña estuviese atravesado un grueso árbol que les impidió el huir con ligereza, caían los unos sobre los otros, y en este lugar no les era á los que los seguían más matar indios que hormigas, y así pagaron los pobres su loco atrevimiento y soltaron las armas y otras baratijas que llevaban hurtadas que en el primer bohío que acometieron y dieron hallaron y robaron. Pasada esta guazabara nunca estos indios curaron de hacer más acometimiento á los españoles, por haberles ido tan mal en ella cuanto se puede colegir de lo dicho.

El Capitán Avellaneda con los soldados que consigo tenía pasó adelante por ver mejor lo que en aquel valle donde estaban había, y así marchó con su gente hasta llegar á un pueblo que los españoles llamaron de las Barrancas Bermejas, que tenía veinte casas grandes de morada, en cuyas entradas había hechos algunos hoyos con estacas para en que los españoles cayesen y se estacasen.

Los moradores de este pueblo, desde que vieron la gente que á él llevaba enderezado su camino, desampararon sus moradas y huyeron, pero entre sí se congregaron y juntaron dende á poco tiempo y determinaron venir sobre los españoles, aprovechándose de todos los ardides de guerra que pudieron y sus juicios alcanzaron, porque antes de dar la guazabara hicieron de noche ciertos acometimientos por ver si estaban los españoles descuidados y dormidos, y como siempre los hallaron velando y con buena guardia, acordaron acometerles de día, para el cual efecto y para ser señores de sus

enemigos en la batalla pusieron muchas estacas y puyas alrededor del pueblo donde los españoles estaban alojados, y amaneciendo sobre el alojamiento se les pusieron á vista, y viniéronse acercando muy ordenadamente por sus escuadrones, los cuales para ser gente tan bárbara traían bien concertados, porque bajando por una loma ó cuchilla abajo hacia los españoles, venían por los lados de la cuchilla dos escuadrones de muchos indios con rodelas de anta muy coloradas y negras y lanzas muy largas, puestos por sus hileras de cinco en cinco, y entre estos dos escuadrones venía otro escuadrón de gente de macanas, y todas las rodelas traían en las manijas puestas cierta redecilla ó mochila llena de piedras para tirar y arrojar, y con este concierto caminaban muy despacio y á compás para los españoles, y ya que estuvieron á tiro de piedra de los bohíos se repararon y comenzaron á despender su munición contra los soldados y españoles, los cuales se estaban quedados y juntos, hechos un cuerpo, procurando disparar un arcabuz que traían, el cual venía tan mal aderezado, que aunque diversas veces le pegaron fuego no quiso salir; pero al fin, ya que los indios habían acabado de tirar las piedras y querían arremeter á los españoles para pelear pie á pie, lo cual si antes hicieran no dejaran de salir con victoria, fue Dios servido que disparó el arcabuz, y fue tanto el miedo que de él tenían, que sin hacer más acometimiento, de hecho volvieron las espaldas y comenzaron á huir, y los soldados dieron luégo en el alcance en ellos y mataron é hirieron algunos, sin querer muchos seguir el alcance porque era tanto el daño que los mismos indios se hacían en las estacas y puyas que en el camino y alrededor del pueblo para ofensa de los españoles habían puesto, que no se escapa cuasi indio que de allí no saliese empuyado ó estacado.

La causa de huir estos indios con tánto temor del estruendo del arcabuz fue porque poco antes que viniesen á dar esta guazabara se habían acercado dos indios al alojamiento de los españoles y al uno derribaron con un arcabuzazo y el otro quedó tan espantado de verlo caer sin casi señal de herida, que dijo á sus compañeros: "Los españoles *traen* consigo ciertos truenos que sin herir matan."

El Capitán, desbaratando los indios, mandó á algunos soldados que saliesen á correr el campo ó los alrededores del alojamiento, los cuales yendo á este efecto hallaron un escuadrón de indios que por la parte de abajo los estaban esperando, para si habiendo los de arriba victoria, huyesen por allí algunos soldados, cayesen en sus manos, cuyo principal estaba sentado en un troncón de un árbol con un sombrero pardo y un cordón de oro y unas mantas pintadas, de suerte que señoreaba á los demás indios, y aunque vio á los españoles no por eso se movió de donde estaba, antes con grandes voces animaba á los suyos para que peleando con los nuéstros los matasen; pero los soldados acometieron á los indios con tanto brío, que en breve espacio los hicieron volver las espaldas y huir, con daño de muchos indios que allí quedaron muertos. Halláron entre estos indios que vinieron á dar esta guazabara sombreros muy galanos, hierros de lanzas y dagas y otras cosas de españoles, que parecían haberlas habido de poco tiempo, pero no se pudo imaginar de dónde las hubiesen habido, porque desde el tiempo que por cerca de esta tierra pasaron y anduvieron los de Venezuela y Hernán Pérez de Quesada, nunca después acá hasta el tiempo que esto sucedió se ha ninguna gente apartado tanto del Reino que pudiese llegar á esta poblazón y Provincia.

Pasadas estas cosas, Avellaneda dio la vuelta sobre el río de Guaviare, donde había dejado alojada la demás gente, y para llegar con brevedad se adelantó dejando encargados los soldados que consigo tenía á Juan Coles, y él en pocos días llegó al alojamiento, donde fue bien recibido por ser deseada su llegada. Juan Coles usó tan mal el cargo que se le encomendó, que en la segunda jornada perdió un español por descuido y negligencia suya, porque como este español que faltó viniese indispuesto y no pudiese caminar con la presteza que los demás, dejóselo algo atrás sin encargar á la retaguardia que tuviese cuenta con él y así fue el pobre muerto de indios ó de alguna fiera, porque aunque después lo volvieron á buscar diversas veces, no se halló rastro ni señal de él. El Capitán Avellaneda recibió pesadumbre muy grande de la pérdida del soldado y reprendió ásperamente al caudillo, pero con todo esto se quedó el pobre español muerto ó perdido.

CAPITULO UNDECIMO

En el cual se escribe cómo el Capitán Avellaneda con toda su gente se partió del alojamiento del río Guaviare y se metió la tierra adentro por montañas hasta llegar al Valle de San Jerónimo, donde pobló la ciudad de Burgos. Cuéntase aquí todo lo que en la dicha ciudad sucedió durante el tiempo que los españoles estuvieron en ella.

Junta la gente en el alojamiento del Guaviare, el Capitán Avellaneda determinó meterse la tierra adentro por una áspera serranía y muy montuosa, por donde entendía hallar camino para el Valle de La Plata, á quien dicen llamarse en lengua de los indios Sibundoy, y enviando delante sus macheteros y azadoneros para que fuesen abriendo el camino, él siguió con las demás gentes su vía y se engolfó en un mar de montañas tan estériles de comidas y raras de poblazones cuanto abundantes de asperezas y trabajos para los soldados, los cuales iban ya sintiendo la necesidad y falta de la comida, que les era ya grande y molesta, y no esperaban sino á que se les muriese el caballo para tener que comer algunos días, y cuando esto sucedía el Capitán hacía que la carne se repartiese de suerte que todos participasen de ella, y fue tan grande la estrechez y aprieto en que el hambre les puso, que había soldado que tenía cuenta dónde se echaban los vergajos de los caballos y los recogía para su comer, y los comía con tanto gusto y tan sin asco como si fuera otra comida más substancial y menos asquerosa; pero de esto no nos debemos maravillar, pues es tan grande el rigor del hambre, que ha forzado á las mujeres á comer sus propios hijos salidos de sus entrañas, como algunos antiguos libros nos lo enseñan. El principal remedio contra el hambre eran algunos palmitos que se hallaban y cortaban por el arcabuco, que tenían muy buen comer, y cocidos con la carne daban gusto y sabor de coles ó repollos murcianos; pero en este tiempo entiendo que cualquier buen gusto les daría esta comida con este trabajo.

Después de haber caminado algunos días por estas montañas por donde toparon dos ó tres poblezuelos de poca substancia ni comida, llegaron á un valle ó poblazón llamada Moquigua, por tener este nombre el principal de ella, á la

cual los españoles llamaron el Valle de San Jerónimo, que pareció tener razonable disposición de tierra y de algunos poblezuelos, lo cual, á causa de la maleza pasada, les pareció á los españoles cosa muy próspera y buena, y también como en todo el tiempo que habían caminado no habían hallado ningún rastro ni claridad del Valle de La Plata, perdieron de todo punto algunos la esperanza de que lo hubiese, y así acordaron el Capitán y sus soldados de poblar un pueblo en este Valle de San Jerónimo con su aditamento de mudarle adonde les pareciese parte más cómoda y mejor para sustentarse, y después de haber el Capitán Avellaneda hecho cierto parlamento á sus soldados trayéndoles á la memoria la perdición en que estaban por causa de sus obstinadas opiniones, las cuales quisieron seguir contra la voluntad de su Capitán, porque parece ser que aunque Avellaneda salió de San Juan con designio de ir en demanda del Valle de La Plata, para el cual efecto se había de meter por las montañas y sierras montuosas, considerando después el mal suceso de los Capitanes que aquel camino habían seguido, acordó mudar derrota y sobre ello habló generalmente á sus soldados en las riberas del río Oma, los cuales dijeron que se había de seguir la demanda del Valle de La Plata y no otra ninguna, y así Avellaneda por satisfacerles y contentarlos siguió aquella derrota, por la cual vino á parar á este Valle de San Jerónimo, y concluyendo su plática el Capitán, disculpándose de no ser á su cargo ni culpa el haber venido al término y estado en que estaban, pobló su pueblo y ciudad, á la cual llamó la ciudad de Burgos, y nombró sus oficiales de gobierno de república, alcaldes y regidores, según la costumbre que en esto se tiene, que ya diversas veces he referido, y allí en el sitio donde estaban comenzaron á hacer sus bohíos ó casas, y pretendiendo con vana esperanza que este pueblo ó ciudad había de permanecer, cada cual edificaba y cultivaba por su persona é indios que de servicio llevaba, lo que podía, á imitación del trabajo de las arañas, que gastando la substancia de sus propias entrañas y consumiendo su propia virtud y vida en hacer unas flacas telas, de ninguna cosa les sirve y aprovecha este trabajo más de como suelen decir de matar moscas y consumir su vivir.

El trabajo que en esta nueva ciudad de Burgos ponían estos soldados yo no siento que les sirviese de cosa más de consumir sus propias vidas, porque ni la tierra daba esperanza de ser buena adelante, ni después, ni de presente les sustentaba ni alimentaba, ni los naturales les servían ni daban ningún auxilio, y demás de faltarles la comida les faltaba la sal, de suerte que entre todos los españoles no se hallaban más de solas cuatro libras de sal, y esas las tenía un solo soldado y no las pretendía dar aunque le diesen otro tanto oro por ellas, porque las tenía ya para la conservación de su salud corporal.

Estuviéronse en este sitio de la ciudad de Burgos los españoles poco más de tres meses, donde demás de las calamidades referidas tuvieron otra no menor, que eran tan continuas las aguas y rayos, truenos y relámpagos, y de tanta tempestad y tormenta acompañados, que ponían espanto á los hombres y los tenían como atónitos y embelesados de verse metidos en tal tormenta, porque quiso su fortuna que estos tres meses que en este sitio hicieron asiento fue la mitad del invierno, porque en estas montañas son más las aguas que en las tierras rasas, y así dura más el invierno, que tiene principio en Marzo y se concluye por Agosto sin cesar; como he dicho todo este tiempo es de llover y tronar y relampaguear, y así se maravillaron estos españoles cómo era posible en tal tierra habitar gentes; mas el que conociere la brutalidad de algunas naciones de indios no se admirará de cosa que de ellos oiga decir ni aun vea también.

En este tiempo tuvieron algunas refriegas ó guazabaras con los indios que en aquel valle había, que aunque eran pocos, procuraban defender bien sus personas y mejor sus comidas, y algunas veces vinieron á acometer y echar los españoles de su ciudad. Los españoles, con gran necesidad y falta que de mantenimiento tenían, aunque las aguas eran muchas y los ríos iban crecidos, no dejaban de salir por su orden á buscarlos, unas veces yendo el propio Capitán en persona y otras enviando sus caudillos; pero aunque como dije los indios procuraban defenderles las comidas, aprovechábales muy poco, porque siempre eran rebatidos de los es-

pañoles y llevaban la peor parte, pues nunca dejaban de ir descalabrados. Usaban estos indios alrededor de sus pueblos fortalecerse con hoyos estacados para en que los españoles cayesen, pero ninguna cosa les aprovechaba ni con ellos dañaban á los nuéstros. Habiendo el Capitán Avellaneda salido á buscar comida con una parte de la gente, dieron ciertos escuadrones de indios en la ciudad ó pueblo y mataron algunos indios de servicio ladinos y siete caballos, que aunque les hicieron falta para la guerra les fueron provechosos para comer, con que aunque bien vendidos se holgaron con ellos; en ésta vale cada cuarto el que le había de comer cuarenta y cincuenta pesos de oro, y les parecía que se lo daban gracioso.

Un principal de aqueste valle, llamado Yaquenos, se fortaleció con su gente en cierto cerro alto y empinado, de tal suerte que á él y á los demás indios sus vecinos les parecía cosa imposible, así por la naturaleza y aspereza del lugar y de su subida, como por la mucha munición de dardos, lanzas y galgas que tenían prevenidos para rebatir á los españoles si pretendiesen subir á su fuerte, y así los indios del valle siempre decían á los españoles que pues eran tan valientes que fuesen á tomar la comida que el Cacique Yaquenos tenía recogida en su fuerte, pareciéndoles que en ninguna parte podrían ser desbaratados sino allí. El Capitán Avellaneda, por deshacer la opinión que los indios tenían de este su fuerte, envió á él un caudillo con treinta y cinco hombres, los cuales ciertamente se pusieron en gran peligro y riesgo, porque los indios que en lo alto estaban los esperaban con las armas referidas y les tenían mucha ventaja.

Puestos en concierto los españoles con sus armas en las manos comenzaron á subir la cuesta arriba, muy poco á poco, por no llegar cansados á lo alto, para si hubiesen de venir á las manos con los indios, los cuales oyéndolos subir dispararon y comenzaron á arrojar de los dardos y galgas que á pique tenían, y es cierto que si no fueran favorecidos del auxilio divino que los quiso guardar de aquel tan evidente peligro, que allí perecieran, porque la ofensa de las galgas arrojadas de alto pocas veces tiene reparo si no es tras de algún árbol ó peña muy crecida, la cual no había en toda esta subida,

y así sucedió aquí un evidente milagro por virtud del Sacratísimo Nombre de Jesús, porque como los indios de lo alto arrojasen una galga ó piedra que según su grandor pesaría más de tres arrobas, y ésta viniese á dar sobre un soldado llamado Andrés García, natural de la villa de Mora, él, viéndola venir enderezada á sí, tomó la rodela con ambas manos, y levantándola sobre la cabeza para recibir en ella el golpe de la galga, invocó denodadamente el nombre de Jesús al tiempo que la piedra llegó á darle, y como si fuera una muy liviana pelota hizo el golpe en la rodela sin moverla de adonde el Andrés García la tenía, y de allí saltó ó pasó adelante sin hacer daño á ninguna persona.

En la primera furia los indios acabaron de gastar la munición arrojadiza que tenían prevenida, sin hacer daño en los nuéstros, y quedaron con sus largas lanzas en las manos, con que defendieron muy bien la entrada á los españoles, si no acertaron á llevar para el mismo efecto algunas lanzas jinetas, con las cuales los apartaron de donde estaban defendiendo y ofendiendo á los que subían, de suerte que tuvieron lugar de entrar en el fuerte y alojamiento ó pueblo de los indios y apoderarse de él, los cuales se habían retirado á cierto arcabuco que cerca de allí estaba, y después que vieron apoderados á los españoles en sus casas y en lo que en ellas tenían, salieron á tratar paces con los nuéstros, las cuales les fueron concedidas por el caudillo con que el Cacique viniese donde él estaba, el cual temiendo que los españoles comieran carne humana y que lo habían de comer á él, no osaba ni osó parecer hasta que le llevaron ciertos pedazos de indio muerto que en el pueblo ó fuerte había dejado, con lo cual creyó lo contrario de la opinión que tenía contra los españoles, y llegado donde el caudillo y los soldados estaban, les dijo que se recogiesen luégo donde su Capitán estaba, porque todos los indios del Valle estaban juntos para ir á dar sobre él; pero disimuló el caudillo con esto echándolo á burla ó compostura, y comenzó á persuadir al Cacique que se fuese con él á ver el Capitán, el cual lo hizo con liberalidad, y acabados de llegar estos soldados al pueblo y lugar de Burgos, dieron los indios que se habían juntado en él, pero con facilidad fueron desba

ratados y ahuyentados, y aun maravillados de cómo habían tomado el fuerte de Yaquenos; quedáronse algunos de estos indios emboscados cerca del pueblo, y como dos ó tres soldados saliesen á buscar palmitos para comerlos, los indios dieron en ellos y tomaron al uno y le cortaron la cabeza y se la llevaron para poner en un palo que cada uno delante de las puertas de su casa tiene á manera de picota, donde cuelgan todas las cabezas de los que matan, y el que más cabezas tiene es entre ellos tenido por más valiente y mejor, y luégo volvieron por el cuerpo muerto del soldado, y aunque estaba ya enterrado lo desenterraron y se lo llevaron para comer. El mayor daño que estos indios hacían á los españoles era en el agua, porque cuando enviaban á sus indios de servicio á lavar ó para traer agua, como era todo montaña y no podían ser vistos ni con facilidad socorridos, salían de ellas los indios que ya estaban emboscados y matábanlos y llevábanselos para comer; este daño remediaron con talar y desmontar las agua das y emboscarse en ellas los españoles y dar en los indios cuando venían á hacer sus saltos.

CAPITULO DUODECIMO

En el cual se escribe cómo por no poderse sustentar el Capitán Avellaneda con su gente en la ciudad de Burgos que había poblado, la desamparó y caminó hasta llegar á un alto páramo. Trátase de la facilidad con que en las Indias pueblan y despueblan un pueblo, por no mirar al principio las circunstancias que se deben mirar.

Los que antiguamente en España poblaron, por defecto de no haber entre ellos el arte de la labor, ni del pan, ni de las otras cosas necesarias para el sustento de los hombres, que después fueron inventadas, solamente procuraban que donde hubiesen de residir el sitio fuese airoso, y las aguas dulces, y las yerbas naturales buenas y tales cuales convenían para su sustento, porque según estas dos cosas juzgaban tener la tierra buenas influencias del cielo ó no tenerlas, porque como su principal sustento habían de ser y eran las frutas y legumbres que la tierra naturalmente produce, y los esquilmos de sus ganados, érales forzoso mirar con diligencia estas cosas; y con todo esto no podían estar continuo en un

lugar, porque no eran bastantes las frutas que en una provincia y región se daban á sustentarles todo el año, y así se mudaban algunos tiempos á las otras partes donde había abundancia de frutos y comidas, y de esta suerte se sustentaron mucho tiempo hasta que fue hallado ó traído entre ellos el arte de cultivar y arar los campos y sembrar el trigo y las otras cosas necesarias para el ordinario sustento, que fueron principal causa para que los pobladores hiciesen y perpetuasen asiento en una parte, y cesó el andar cargados con sus ganados y baratijas de un lugar á otro; y con tener los españoles estos espejos y otros muy mejores de sus mayores, cuasi ninguna de estas cosas miran en las Indias cuando van á poblar, sino que haya muchos indios y que la tierra sea rica de minas de oro ó plata, y como estas dos cosas tengan, muy poco se les da que el temple, sitio, agua, yerbajes y constelación del cielo sea lo más malo y perjudicial que puede ser, y que en ella nunca se crie trigo ni se pueda hacer casa ni cosa que permanezca, porque hácense cuenta que lo que los indios sembraren los ha de sustentar, quieran que no quieran, y ellos les han de sacar oro con que se provean de las otras cosas necesarias, y como estas dos cosas son perecederas é inciertas, muchos pueblos se han despoblado y despoblarán andando el tiempo.

La causa es que como todo el trabajo de la labor y sustento de los tales vecinos depende de los indios que les han de hacer las casas y sustentárselas, y hacerles las labranzas y cavándolas, sembrándolas, desyerbándolas, segándolas, cogiéndolas y trillándolas y encerrándolas; y les han de dar sus hijos para las minas, servicios para sus casas y otros cien mil géneros de imposiciones con que nunca paran, y después de todo esto las demoras y tributos principales, juzgue cada cual si bastarán estos trabajos á consumir y acabar los animales, cuanto más los hombres, y muchas veces no les queda tiempo para hacer sus labores para el sustento de sus casas; todo esto va consumiendo los indios muy poco á poco en poblezuelos nuevos, donde la justicia y los vecinos todos son encomenderos y los unos por los otros nunca cumplen ley ni cédula enteramente que sea en favor

de los indios, y á estos tales pueblos digo que permanecerán y durarán tanto cuanto durare el sustento que los indios dieren y dan á los españoles, y que acabados los indios de ser muertos no hay sustentarse pueblo, porque ni los españoles se dan á hacer heredades, ni labores, ni otras cosas que sean perpetuas, ni la tierra donde habitan es para ello, por el defecto dicho de no mirar con atención las calidades que debe tener el lugar donde poblaren, á lo menos por espacio de dos ó tres leguas de tierra que alrededor del pueblo sería justo que se les diese á los españoles que pueblan y se van á vivir á semejantes nuevas poblazones, con aditamento que las labrasen y cultivasen y gastasen en ello parte de su hacienda, para que después ni fuesen con facilidad movidos á dejarlo perdido é irse, pues la imaginación de haber gasta do sus dineros en semejantes labores y trabajos puede mucho y es causa de no moverse con facilidad los hombres; pero esto dicen muchas personas no poderse hacer por ser las tierras de los indios comarcanos á quienes no se les debe quitar, lo cual hallo yo las más veces ser invención de los propios encomenderos que según su ambición querrían adjudicar todo lo que es y no es de sus indios, los cuales siempre tienen tierras sobradas para sí y para sus vecinos, y así podrían partir con los españoles, á los cuales también se les había de apremiar á que no viviesen ociosamente, sino que se diesen á hacer heredades con que perpetuar la tierra, con pena de que si en ello fuesen negligentes ó descuidados, se les quitasen los indios; y que cada cual fuese obligado á tener bueyes para arar y jumentos para cargar la comida, pues hay abundancia de ellos, y así serían los indios reservados del trabajo y conservados y aumentados, y estos bueyes y jumentos que para reservar el trabajo de los indios cada uno tuviere, debían ser exentos de toda obligación expresa, pues eran y son los tales jumentos para conservar y relevar de trabajo á los naturales y sustento común, y no sería bastante razón decir que van á poder de otro encomendero, pues el á quien se los quitaron para vender en lugar de ellos ha de arar y trabajar con los indios.

Un poco he salido fuéra de mi principal intento, que era

tratar la inconstancia é inconsideración que muchos Capitanes han tenido en poblar pueblos en nombre del Rey y en lugares donde es imposible sustentarse, los cuales si temiesen algún particular, riguroso y ejemplar castigo, no lo harían, y aquel temor de la infamia no les mueva á ello. Sálese cada cual que quiere con no sé qué color y con veinte hombres, y métese por tierras remotas y apartadas, y aunque claramente ve que no es parte para sustentarse ni permanecer, y por ser los soldados pocos y la tierra perversa y mala y de pocos naturales y malos, ó por otras muchas causas que para ello hay, y sólo porque les quede un título de Capitán y una familia de que eran, y dejan la poblazón y vuélvense á comer bodigos, y luégo dicen era el mejor pueblo y la mejor tierra y los mejores indios y los más ricos que había en el mundo, y por aquí van discurriendo por cien mil géneros de fabulaciones con intento de que los tornen á enviar ó les den licencia que salgan con su gente á reedificar aquel pueblo que despoblaron; y cierto es grande el exceso que en esto ha habido en la nueva ciudad de Burgos y de su fundación: habránme escuchado con mucha atención, porque les parecerá que una ciudad llamada la Nueva Burgos no podía dejar de ser cosa que imitase á nuestra ciudad de Burgos en España; pues yo os certifico que la tierra y naturales de ella han forzado á nuestros pobladores á que tomen su ciudad á cuestas y pasen adelante á buscar dónde puedan comer, porque aunque el tiempo que la poblaron se dieron á hacer sus rozas y labranzas y las otras cosas necesarias para su sustento, la naturaleza de la tierra é influencia de los astros y planetas era tan mala, que con ninguna cosa que principiaron salieron ni llegaron al cabo, y en todo este tiempo se sustentaron de las comidas que los indios para su sustento tenían, las cuales se acabaron, de suerte que ya ni hallaban maíz, ni yuca, ni batata, ni otras legumbres ningunas con que poderse sustentar, y así desamparando el sitio donde estaban poblados, caminaron, según atrás queda dicho de los españoles, desde que le asaltaron el fuerte donde con su gente se había recogido.

Fueron el Capitán Avellaneda y sus soldados bien recibidos del Cacique Yaquenos y hospedado y proveído de la comi-

da de que tuvo necesidad, y se ofreció á acompañarlos y guiar los por aquella tierra como hombre que lo sabía, y de este pueblo otro día siguiente caminaron los españoles llevando consigo al Cacique Yaquenos por guía algunas jornadas de montaña por donde toparon dos ó tres lugarejos ó poblezue los de poca suerte, y en el uno de ellos se hallaron más de sesenta cabezas de indios puestas en palos delante de la casa del Cacique, entre las cuales estaba la del español que los indios mataron junto á la ciudad de Burgos. Llegaron pasados algunos días á las riberas de un río que tenía cantidad de labranzas de yuca, maíz y batatas, donde se holgaron los españoles y cogiendo lo que hubieron menester y quisieron, pasaron á lo alto y adelante, donde en lo alto de una empinada cuesta que habían de subir los indios les tenían puesta á punto una gran peña con otras muchas galgas para echarles encima al tiempo que fuesen subiendo, para el cual efecto habían abierto y limpiado un ancho camino por donde los soldados subiesen, y al tiempo que á los indios les pareciese, echarles la peña y las galgas encima, con que pensaban matar la mayor parte de ellos, y ciertamente lo hicieran si el Capitán Avellaneda no advirtiera en aquel haber limpiado y aderezado los indios aquel camino, no procedía de buen comedimiento sino de algún engaño ó emboscada que los indios tenían armada, y así echando su gente por fuéra de aquel camino, les fue abriendo vía por donde pasasen, apartándolos de aquel peligro y trampa que los indios les tenían armada, con lo cual quedaron los bárbaros frustrados de sus designios y los nuéstros salvos de peligro, aunque también les pretendieron estorbar este paso y camino que llevaban con lanzas y piedras y otras armas arrojadizas; pero en oyendo el estruendo de algunos arcabuces que contra ellos se dispararon, desampararon el alto y subida que pretendían defender y diéronse á huir subidos en lo alto sin ningún daño.

Los españoles y sus criados ó gentes de servicio caminaron algunos días pasando por algunas poblazones donde se proveían de alguna comida, hasta que llegaron á un pueblo de indios donde hallaron gallinas de las de España y turmas de tierra y alguna abundancia de comida, por lo cual y por

ir la gente algo fatigada le fue necesario al Capitán detenerse en él algunos días para que la gente se reformase y descansase, que lo habían bien menester, según la mala y doblada y estéril tierra que habían pasado; pero ninguna cosa se les mejoraba lo de adelante, antes se les doblaba y empeoraba poniéndoseles delante muy malos pasos para los caballos, los cuales les era forzoso aderezar á fuerza de brazos, que cuando á estos soldados toman estos trabajos sobre cansados son los más nocibles.

Ofrecióseles en el camino un alegrón de un valle que el Capitán descubrió, que según la apariencia y demostración que dende lejos tenía juzgaban ser el Valle de La Plata, en cuya demanda habían salido, por lo cual cada uno daba por fenecidos sus trabajos y principiada su bienaventuranza y descanso; pero la fortuna les burló en esto como en lo demás, porque dende á muy poco tiempo entraron en el Valle y no hallaron cosa digna de la remuneración de sus trabajos. Pasaron de largo cuasi siempre cubiertos con las ramas y sombras de los árboles y montes hasta llegar al pie de un alto páramo donde casi se hallaron tan atajados por la maleza y aspereza de la tierra y cerrazón y espesura de los arcabucos, que á una parte ni á otra no hallaban salida, y á ellos les era dificultoso el volver atrás por los malos caminos y sierras despobladas que habían de pasar, en donde corrían riesgo de perecer todos, y el mismo peligro tenían donde estaban alojados, porque ni hallaban comida con que se sustentar ni con agua para beber, que cuando estas dos cosas faltan se hacen de todo punto intolerables los trabajos.

CAPITULO DECIMOTERCERO

En el cual se escribe cómo Avellaneda atravesó el páramo y cordillera del Reino hacia la parte de Neiva, sin saber por dónde iba, y fue á salir al valle de la Tristura, que es en Neiva, y allí se esparcieron sus soldados y cada cual se fue por su parte, donde tuvo fin su jornada.

El Capitán Avellaneda, viéndose en este estrecho con su gente, envió la vía del páramo ciertos soldados á que viesen si había salida ó subida por donde los caballos pudiesen subir,

pero hallaron el camino tan cerrado de manglares, que les pareció ser imposible pasar por él los caballos. Estos manglares en semejantes montañas son gran multitud de cepas que de las raíces de los árboles proceden, las cuales levantándose sobre lo fijo de la tierra se van entretejiendo unas con otras y subiendo y levantándose sobre la haz de la tierra, y suelen crecer tanto así entretejidas unas con otras, que se levantan cinco y seis estados del suelo, y esta entretejedura es rala y cubierta de cierta manera de lana que los árboles crían, y cuando ven el camino parece que está sobre fijo, y en poniendo el pie encima si no van con aviso se sume el pie por entre aquellas cepas y raíces y á veces el hombre, y si por semejantes partes quisiesen pasar caballos era imposible si no le echaban encima algunos reparos con que hacerlo fijo.

Vueltos los soldados adonde Avellaneda estaba con tan mala esperanza de pasar los caballos, fueron muertos algunos, así por esta causa como porque entre los españoles había gran falta y necesidad de comida, y entre todos se repartió la carne de los caballos, y aun hubieron de andar á las puñadas sobre el recoger la sangre, y no los mataron todos con esperanza de hacer algún reparo en el camino, porque como los caballos son muy temidos de los indios, procuraron los españoles conservarlos y no hallarse en ninguna parte sin ellos.

Avellaneda animó con buenas palabras á su gente lo mejor que pudo para que diesen orden en reparar el camino para que pasasen los caballos, pues era poco lo que había de aderezar, y así repartió la gente en cinco ó seis cuadrillas para que con hachas y machetes fuesen cortando ramas y fagina y echando sobre la tela y urdimbre de las raíces de los árboles por donde habían de pasar los caballos, y fuesen abriendo el camino, porque demás de los objetos dichos iba muy cerrado y angosto. Los soldados lo fueron aderezando con harto trabajo lo mejor que pudieron, cubriéndolo todo de fagina y ramas de árboles, y sobre esto iban poniendo los sayos de armas que tenían y faldas de los caballos y adargas, sobre que iban los caballos pasando aquel trabajoso paso, y así con el favor de Dios y mediante su buena y mucha dili-

gencia acabaron de pasar los caballos que les quedaban aquella montaña y manglar y subieron el páramo, por donde fueron á dar á un Valle llamado de Duhagua, poblado de algunos indios que traen cubiertas sus personas con mantas de algodón, gente poblada en los altos de las lomas y cuchillas donde están fortalecidos y corroborados por las continuas guerras que los unos con los otros tienen á fin de se comer, porque todos ellos son caribes, y lo mismo acostumbran los indios de atrás del Valle de Moquigua y sus comarcanos, porque en ningún bohío ni poblazón de toda la Provincia por do estos españoles anduvieron, hasta el Valle de Neiva, dejaron de hallar brazos, piernas, manos y pies y cuartos de hombres y mujeres muertos y puestos al humo á cecinar para guardar allende de la que fresca comían.

Este Valle de Duhagua está en las vertientes del río grande de la Magdalena cuasi á los nacimientos de él, y el páramo y cumbre que poco há dije que los españoles pasaron era la cordillera que entre el Reino y los llanos de Venezuela está, y aunque estos españoles atravesaron la cordillera y pasaron á esta otra parte del Reino, no lo habían reconocido ni lo reconocieron hasta después de haber andado algunas jornadas por entre pueblos é indios de guerra caníbales, que aunque tenían noticia de los españoles y pueblos del Reino, nunca la daban enteramente, antes algunos de ellos entendían que comían carne humana los nuéstros, porque llegando ciertos españoles á buscar comida á un pueblo de indios después de haber tenido con ellos ciertos reencuentros y haberlos ahuyentado y echado de su pueblo, les trajeron de presente un cuarto de un indio porque comiesen por muy principal regalo, pero el caudillo que allí iba tornó á enviar el mensajero que lo había traído y mandóle que lo volviese donde su Cacique estaba, al cual dijese como de él no pretendían más de su amistad y comercio, que viniese á verse con el Capitán. El Cacique debió de ser de buena disistión, que luégo vino donde el caudillo estaba y de allí se vino á ver al Capitán, el cual le dijo cómo pretendía hacer allí un pueblo y residir en aquella tierra para defenderle de sus enemigos.

El Cacique mostró holgarse con lo que Avellaneda le

decía y le respondió que él ya tenía noticia cómo servían los indios de Tocaima y Bogotá, y que lo mismo harían él y sus indios, pero de estas palabras nunca tuvo ninguna sospecha Avellaneda ni sus soldados, porque muchas jornadas atrás habían oído á algunos indios hablar algunas palabras castellanas, y parecíales que los que las hablaban debían ser algunos indios de los que en tiempos pasados fueron presos y anduvieron en las jornadas en compañía de los españoles, y así no echaron de ver en lo que el indio decía; mas luégo pasaron adelante por parecerles gente de buena disistión la que por allí había, con designio de si fuese mucha asentar en esta provincia su ciudad de Burgos, que entiendo que andaban ya cansados de traerla á cuestas por los arcabucos y montañas y cerros; pero cuando más contentos iban por la buena esperanza que tenían de topar tierra en que descansar y permanecer, dieron en el Valle de la Tristura, en las riberas del río grande de la Magdalena, donde estuvo el General Jiménez de Quesada cuando desde las Provincias de Tunja salió en demanda de Neiva, donde le habían dicho que había grandes riquezas y en lugar de ellas adquirió graves enfermedades de calenturas para todos sus soldados, según en su lugar queda escrito largo.

Avellaneda por su larga experiencia reconoció luégo haber sido esta tierra hollada y trillada de españoles, y así lo manifestó á sus soldados, que luégo vieron claros vestigios y señales de haber andado gente española antes que ellos en esta tierra y aun de estar cerca de donde ellos estaban, porque en ciertas rozas ó labranzas de indios hallaron unos pies de plátanos, que es árbol que no lo hay entre los naturales sino entre los que habitan cerca de pueblos de españoles. Estas señales les fueron muy odiosas y tristes á todos los soldados, porque demás de hallarse frustrados de sus designios y esperanza que tenían de haber y hallar tierra donde descansar y ser gratificados de sus trabajos, sentían grandemente el haberles salido en vano todo lo que tan á costa de sus personas y haciendas habían pasado y lastado y padecido por tierras tan malas y trabajosas cuanto son las por donde estos soldados anduvieron y entre gentes tan belicosas, caníbales y bestiales en condición y fiereza.

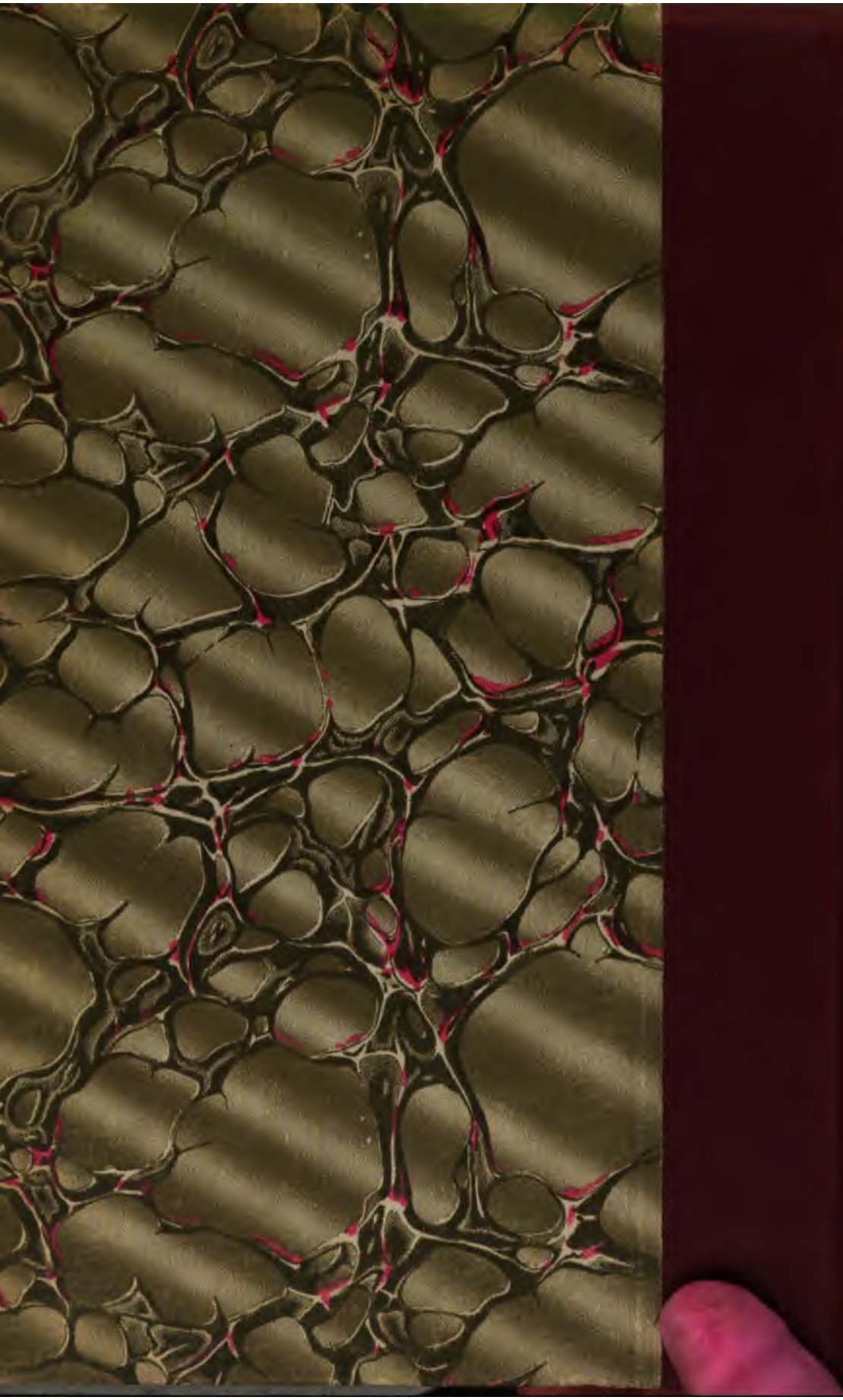
Avellaneda los consoló lo mejor que supo, poniéndoles por delante los trabajos que con más largos días y años de jornadas y descubrimientos habían pasado otros muchos soldados y españoles con las mismas calamidades en ellos, los cuales sin lo procurar ni querer se habían hallado en partes donde no podían recuperar ni soldar su perdición, antes debían dar gracias á Dios, pues los había echado en tierra donde no pereciesen todos como á otros había sucedido por querer con obstinación seguir su opinión, como ellos lo habían hecho, pues de su consejo y parecer no se había seguido la derrota y vía por donde habían venido al paradero donde estaban; y concluyó su plática con decirles que todos ó los más le debían dineros del alivio que les había dado, que aunque su necesidad era tanta como la de cualquiera de ellos, que él les esperaría hasta que Dios se lo diese y lo tuviesen, y que no por eso dejase cada cual de seguir la vía que le pareciese, que él le daba licencia para ello. Los soldados le agradecieron su forzosa liberalidad y franqueza, y cada cual se fue por su parte, porque adonde á esta sazón estaban era ya tierra segura y donde no había riesgo ninguno, y así tuvo fin la ciudad de Burgos, yéndose cada uno de sus pobladores por su parte.

El Capitán Avellaneda con los que le quisieron seguir se volvió por la vía de Santafé á la ciudad de San Juan de los Llanos, donde después acá ha vivido y residido y hoy vive y reside, aunque trabajosamente por los pocos naturales que en aquella Provincia hay y pocos aprovechamientos, que aunque hay minas de oro no hay quien lo saque ni quien las labre, y así acuden á ella pocos españoles, y soy cierto que si el Capitán Avellaneda no hubiese de ordinario residido en este pueblo, entiendo que ya se hubiera despoblado, porque en semejantes pueblos ó ciudades, en faltando los fundadores de ellos que los procuran sustentar por su propia honra, luégo son perdidos, y los que tienen minas de oro é indios que las labren, como poco há dije, duran en el ínterim que los indios y las minas duraren.

INDICE

	Páginas
Introducción	VII
Dedicatoria	I
Proemio	5
Libro primero	11
Libro segundo	57
Libro tercero	114
Libro cuarto	185
Libro quinto	301
Libro sexto	313
Libro séptimo	331
Libro octavo	357
Libro noveno	415

VOLUMENES PUBLICADOS

I—La Patria Boba.
II—El Precursor.
III—Vida de Herrán.
IV—Los Comuneros.
V—Recopilación Historial.

Acabose de imprimir
este volumen el
XXXI de Octubre de
MCMV:
Edicion de mil
ejemplares.